VICTORIA SCHWAB



CONCILIO DE SOMBRAS

Han pasado cuatro meses desde que una misteriosa piedra obsidiana cayó en manos de Kell. Cuatro meses desde que Delilah Bard se cruzó en su camino. Cuatro meses desde que el príncipe Rhy fue herido y desde que los nefastos mellizos Dane del Londres Blanco cayeron y que la piedra fue arrojada con el cuerpo agonizante de Holland por el abismo de regreso al Londres Negro.

Ahora, inquieto tras abandonar su hábito de contrabandista, Kell tiene pesadillas sobre alarmantes eventos mágicos y no puede dejar de pensar en Lila, que despareció por el muelle tal como lo había planeado. Mientras el Londres Rojo se prepara para los Juegos Elementales —una extravagante competencia internacional de magia pensada para entretener a los pueblos y para mantener las buenas relaciones entre los países vecinos—, cierto barco pirata se acerca, trayendo viejos amigos de regreso al puerto.

Y mientras el Londres Rojo está inmerso en el esplendor y las emociones de los Juegos, otro Londres está resurgiendo. El equilibrio de la magia siempre es un peligro y para que una ciudad florezca, otro Londres debe caer…



Victoria Schwab

Concilio de sombras

Shades of magic - 2

ePub r1.0

NoTanMalo 09.02.18

Título original: *A Gathering of Shadows*
Victoria Schwab, 2016
Traducción: Julieta Gorlero

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2



Para los que luchan por seguir avanzando

La magia y el mago deben equilibrarse entre sí.
La magia en sí misma es caos. El mago debe ser la calma.
Un ser fracturado es un recipiente pobre, que derrama poder sin dirección o medida por todas sus grietas.

TIEREN SERENSE,
Sumo Sacerdote del Santuario de Londres



Covent Garden
the Savoy
THE STRAND
Exeter Street
R E G E N T ' S
P A R K
Y
Park Square
York Terrace
Hill Road
Manchester House
MANCHESTER
STREET
Street
SQUARE
ST JAMES'S
SQUARE
M A L L
TOTTENHAM COURT

Uno

Ladrona en el mar

I



El mar Arnesiano

Delilah Bard tenía un don para encontrar problemas.

Siempre había pensado que eso era mejor que dejar que los problemas la encontraran a *ella*, pero flotando en el océano en un esquife para dos personas, sin remos, sin tierra a la vista y sin recursos reales, salvo por las sogas que le ataban las muñecas, estaba empezando a reconsiderarlo.

Era una noche sin luna, el mar y el cielo espejaban la oscuridad estrellada hacia todos lados; solo la ondulación del agua debajo del bote marcaba la diferencia entre arriba y abajo. Ese reflejo infinito solía hacerle sentir a Lila que estaba posada en el centro del universo. Esta noche, a la deriva, hizo que quisiera gritar.

En vez de eso, entornó los ojos hacia las luces que titilaban a lo lejos; solo el tono rojizo diferenciaba los faroles de la nave de la luz de las estrellas. Y mientras miraba, el barco —*su* barco— se movía despacio, pero decididamente se *alejaba*.

El pánico trepó lentamente a su garganta, sin embargo se mantuvo firme.

«Soy Delilah Bard», pensó mientras las sogas le rasgaban la piel. «Soy una ladrona y una pirata y una viajera. Pisé tres mundos diferentes y sobreviví. Derramé la sangre de miembros de la realeza y sostuve magia en mis manos. Y un barco lleno de hombres no puede hacer lo que yo puedo. No necesito a ninguno de ustedes. Soy única, maldita sea».

Sintiéndose bastante fortalecida, se colocó de espaldas al bote y miró adelante, hacia la noche creciente.

«Podría ser peor», razonó, justo antes de sentir que agua fría le lamía las botas, y al bajar la vista observó que había un agujero en el bote. No un agujero grande, en absoluto, pero el tamaño no era un gran consuelo; un pequeño hoyo podía hundir un bote con la misma eficacia, aunque no tan rápido.

Lila refunfuñó y miró hacia abajo, a la soga áspera bien ceñida alrededor de sus manos, doblemente agradecida de que los bastardos le dejaran las piernas sueltas, incluso aunque estuviese atrapada en un *vestido* abominable. Un cachivache verde, suelto, de falda amplia, con demasiada gasa y una cintura tan ajustada que apenas podía respirar y «¿por qué, por Dios, las mujeres se hacían esto a ellas mismas?».

El agua subió unos centímetros más en el esquife y Lila se obligó a concentrarse. Tomó el poco aire que su atuendo le permitía y consideró su escaso inventario, que rápidamente se mojaba: un solo barril de cerveza (un obsequio de despedida), tres

cuchillos (todos ocultos), media docena de bengalas (otorgadas por los hombres que la habían puesto a la deriva), el mencionado vestido (al demonio con él) y los contenidos de la falda y los bolsillos de dicho vestido (necesarios si ella iba a superarlo).

Lila levantó una de las bengalas, un artefacto parecido a los fuegos artificiales que, al golpearlo contra cualquier superficie, producía un chorro de luz de distintos colores. No un estallido, sino un rayo constante lo suficientemente fuerte como para atravesar la oscuridad como un cuchillo. Se suponía que cada bengala duraba un cuarto de hora, y los diferentes colores tenían su propio código en mar abierto: amarillo para un barco que se hunde; verde para una enfermedad a bordo; blanco para un peligro sin nombre y rojo para piratas.

Tenía una de cada color, y sus dedos bailaron sobre las puntas de las bengalas, mientras consideraba sus opciones. Echó un vistazo al agua que seguía entrando y se decidió por la amarilla, que tomó con ambas manos y la estrelló contra el costado del pequeño barco.

La luz salió despedida de repente, enceguecedora. Partió el mundo en dos: el violento blanco dorado de la bengala y la nada profundamente negra alrededor de este. Lila pasó medio minuto maldiciendo y parpadeando para contener las lágrimas ante el brillo, mientras apuntaba la bengala hacia arriba y lejos de su rostro. Y después comenzó a contar. Justo cuando sus ojos finalmente se adaptaron, la bengala flaqueó, titiló y se apagó. Escaneó el horizonte en busca de un barco, pero no vio ninguno, y en el bote el agua continuó subiendo lenta pero constantemente por la pantorrilla de su bota. Tomó una segunda bengala —blanca para el peligro— y la golpeó contra la madera, protegiéndose los ojos.

—Vamos —susurró—. Vamos, vamos, vamos… —Las palabras se perdieron debajo del siseo de la bengala al morir y sumergirla nuevamente en la oscuridad.

Lila apretó los dientes.

A juzgar por el nivel del agua en el pequeño barco, tenía solo un cuarto de hora —el tiempo de una bengala— antes de estar real y verdaderamente en peligro de hundirse.

Entonces algo se arrastró a lo largo del costado de madera del esquife. Algo con dientes.

«Si hay un dios», pensó, «un cuerpo celestial, un poder divino o alguien arriba (o abajo) que quizá quiera verme viva un día más, ya sea por pena o por diversión, ahora sería un buen momento para interceder».

Y tras eso, levantó la bengala roja —para piratas— y la golpeó, con lo que la noche alrededor de ella se tiñó de un carmesí espeluznante. Le recordó por un instante el río Isle en Londres. No *su* Londres —si es que el lúgubre lugar había sido suyo alguna vez— ni el Londres aterradoramente blanco que había dado origen a Athos y Astrid y Holland, sino el Londres de él. El Londres de Kell.

La imagen de Kell apareció en su mente como una bengala, con su cabello

cobrizo y esa arruga constante entre los ojos, uno azul, uno negro. *Antari*. Chico mágico. Príncipe.

Lila miró directamente la luz roja de la bengala, hasta que esta quemó la imagen. Tenía preocupaciones más urgentes ahora mismo. El agua estaba subiendo. La bengala se apagaba. Las sombras serpenteaban contra el bote.

Justo cuando la luz roja de la bengala para piratas comenzaba a extinguirse, lo vio.

Comenzó como nada —un tentáculo de bruma en la superficie del mar—, pero pronto la niebla se transformó en el fantasma de un barco. El casco negro pulido y las velas negras brillantes reflejaban la noche hacia todos lados; las farolas a bordo, lo suficientemente pequeñas y descoloridas como para pasar por luces de estrellas. Solo cuando estuvo lo bastante cerca como para que la luz roja agonizante de la bengala bailara sobre las superficies reflectantes, el barco entró en foco. Y para entonces, casi estaba sobre ella.

A la luz parpadeante de la bengala, Lila pudo discernir el nombre del barco, escrito con pintura iridiscente a lo largo del casco. *Is Ranes Gast*.

El Ladrón de Cobre.

Los ojos de Lila se abrieron de asombro y alivio. Se le dibujó una sonrisa pequeña, íntima, y luego escondió la mirada bajo algo más apropiado, una expresión entre agradecida y suplicante, con una pizca cautelosa de esperanza.

La bengala se consumió y se apagó, pero el barco estaba al lado de ella ahora, lo suficientemente cerca como para que pudiera ver la cara de los hombres que se asomaban por el barandal.

—¡*Tosa*! —gritó en arnesiano, mientras se ponía de pie con cuidado para no sacudir el pequeño navío que se hundía.

Ayuda. La vulnerabilidad nunca le había salido naturalmente, pero hizo lo mejor que pudo para imitarla mientras los hombres miraban hacia abajo, a ella, acurrucada ahí en su pequeño bote inundado, con las muñecas atadas y su vestido verde empapado. Se sintió ridícula.

—¿*Kers la*? —preguntó uno, más a los otros que a ella. *¿Qué es esto?*

—¿Un regalo? —dijo otro.

—Tendrás que compartir —murmuró otro.

Algunos de los otros hombres dijeron cosas menos agradables, y Lila se tensionó, contenta de que sus acentos estuvieran tan llenos de barro y espuma de mar que ella no podía entender todas las palabras, aunque pudiese deducir su significado.

—¿Qué estás haciendo ahí abajo? —preguntó uno de ellos, cuya piel era tan oscura que sus bordes se borroneaban en la oscuridad de la noche.

El arnesiano de Lila aún estaba lejos de ser fluido, pero cuatro meses en el océano rodeada de gente que no hablaba inglés sin dudas lo habían mejorado.

—*Sensan* —respondió Lila (*me hundo*), lo que le valió la risa de la tripulación ahí reunida. Pero ellos no parecían apurados por acarrearla arriba. Lila sostuvo las manos

en alto para que pudieran ver la soga—. Me vendría bien un poco de ayuda —dijo lentamente, era una expresión que había practicado.

—Podemos verlo —dijo el hombre.

—¿Quién tira una cosa tan preciosa? —intervino otro.

—Quizá esté toda usada.

—Nah.

—¡Ey, muchacha! ¿Tienes todas las piezas y partes?

—¡Mejor déjanos ver!

—¿Qué es todo este alboroto? —resonó una voz y un momento después, apareció un hombre flaco como un palo con ojos hundidos y cabello negro con entradas y miró a Lila. La barrió con los ojos a ella, al vestido, el barril, el bote…

El capitán, apostó ella.

—Parece que está en problemas —vociferó él hacia abajo. No levantó la voz, pero de todos modos resonó. Su acento arnesiano era entrecortado pero claro.

—Qué perceptivo —respondió Lila sin poder evitarlo. Su insolencia era una apuesta, pero sin importar dónde estuviera, lo único que ella sabía era cómo interpretar a las personas. Y como era de esperar, el hombre flaco sonrió.

—Han tomado mi barco —continuó ella— y el nuevo no durará demasiado, y como puedes ver…

Él la interrumpió.

—¿Quizá sea más fácil hablar si viene aquí arriba?

Lila asintió con la cabeza y sopló de alivio. Había comenzado a temer que siguieran navegando y la dejaran ahí para que se ahogara. Lo que, a juzgar por sus tonos de voz libidinosos y sus miradas incluso más lascivas, quizá fuera la mejor opción, pero ahí abajo no tenía nada y ahí arriba tenía una oportunidad.

Lanzaron una soga a un lado; el extremo con peso aterrizó en el agua cerca de sus pies. La agarró y la usó para guiar su navío contra el costado del barco, donde habían bajado una escalerilla; pero antes de que pudiera impulsarse hacia arriba, bajaron dos hombres, que aterrizaron en el bote al lado de ella, lo que hizo que este comenzara a hundirse *considerablemente* más rápido. Ninguno de ellos pareció preocuparse. Uno procedió a acarrear el barril de cerveza y el otro, para el horror de Lila, comenzó a acarrearla a *ella*. La lanzó sobre su hombro, y a ella le tomó cada gota de autocontrol —que jamás había sido demasiado— no clavarle un cuchillo en la espalda, especialmente cuando las manos del sujeto comenzaron a desviarse hacia su falda.

Lila se clavó las uñas en las palmas de las manos, y para cuando el hombre finalmente la dejó en la cubierta del barco al lado del barril («Es más pesada de lo que parece —murmuró— y tan solo la mitad de mullida…»), se había hecho ocho pequeñas medias lunas en la piel.

—Bastardo —gruñó Lila en inglés y en voz baja. Él le guiñó un ojo y murmuró algo acerca de que era mullida donde importaba, y Lila juró en silencio que lo mataría. Despacio.

Y entonces se enderezó y se encontró a sí misma parada en el centro de un círculo de marineros.

No, marineros no, por supuesto.

Piratas.

Mugrientos, teñidos por el mar y quemados por el sol, con la piel oscurecida y las ropas descoloridas, todos y cada uno de ellos tenía un cuchillo tatuado sobre la garganta. La marca de los piratas del *Ladrón de Cobre*. Contó a siete a su alrededor, cinco que se ocupaban del cordaje y las velas, y supuso que había otra media docena bajo cubierta. Dieciocho. Veinte para redondear.

El hombre flaco como un palo quebró el círculo y dio un paso adelante.

—*Solase* —dijo, abriendo los brazos—. Lo que mis hombres tienen de pelotas les falta de modales. —Llevó la mano al hombro de su vestido verde. Tenía sangre bajo las uñas—. Está temblando.

—He tenido una mala noche —dijo Lila, con la esperanza, mientras observaba a la ruda tripulación, de que no estuviera a punto de ponerse peor.

El hombre flaco sonrió, su boca, sorprendentemente, estaba llena de dientes.

—*Anesh* —dijo—, pero está en mejores manos ahora.

Lila conocía lo suficiente sobre la tripulación del *Ladrón de Cobre* como para saber que eso era mentira, pero fingió ignorancia.

—¿Las manos de quién serían esas? —preguntó, al mismo tiempo que la figura esquelética le tomaba los dedos y presionaba sus labios cortados contra los nudillos, ignorando la soga que aún estaba enrollada con fuerza alrededor de sus muñecas.

—Baliz Kasnov —contestó él—, el ilustre capitán del *Ladrón de Cobre*.

Perfecto. Kasnov era una leyenda del mar arnesiano. Su tripulación era pequeña pero diligente, y tenían una afición por abordar barcos y cortar pescuezos en las horas más oscuras que preceden al amanecer para luego esfumarse con el cargamento y dejar atrás a los muertos en su putrefacción. Él podía parecer famélico, pero era un conocido glotón de tesoros, especialmente los que se pueden consumir, y Lila sabía que el *Ladrón de Cobre* estaba navegando hacia la costa norte de una ciudad llamada Sol con la esperanza de tenderles una emboscada a los dueños de un envío particularmente grande de licor fino.

—Baliz Kasnov —dijo ella, pronunciando el nombre como si nunca lo hubiese escuchado.

—¿Y usted es? —presionó él.

—Delilah Bard —respondió—. Anteriormente del *Golden Fish*.

—¿Anteriormente? —apuntó Kasnov, mientras sus hombres, evidentemente aburridos por el hecho de que ella todavía estuviera vestida, comenzaban a meterse en el casco—. Bueno, señorita Bard —dijo, enlazando un brazo con el de ella con complicidad—. ¿Por qué no me cuenta cómo fue que terminó en ese pequeño bote? El mar no es un lugar para una joven dama como usted.

—*Vaskens* —dijo ella (*piratas*), como si no tuviese idea de que esa palabra

definía también a los hombres ahí presentes—. Robaron mi barco. Era un regalo de mi padre por mi boda. Se suponía que debíamos navegar hacia Faro, partimos dos noches atrás, pero salieron de la nada y atacaron el *Golden Fish*… —Había practicado este discurso, no solo las palabras sino también las pausas—. Ellos… mataron a mi esposo. A mi capitán. A la mayor parte de mi tripulación. —Aquí Lila volvió al inglés—. Pasó tan rápido… —Se pescó a sí misma, como si el desliz hubiese sido casual.

Pero enganchó la atención del capitán, como un pez en un anzuelo.

—¿De dónde es?

—De Londres —dijo Lila, dejando que se notara su acento. Un murmullo recorrió el grupo. Ella continuó, decidida a terminar su historia—. El *Fish* era pequeño —dijo—, pero preciado. Cargado con provisiones para un mes. Comida, bebida… dinero. Como dije, era un regalo. Y ahora todo ha desaparecido.

Pero en realidad no, todavía no. Miró hacia atrás por sobre el barandal. El barco era un borrón de luz sobre el lejano horizonte. Había detenido su retirada y parecía estar esperando. Los piratas siguieron la dirección de su mirada con ojos hambrientos.

—¿Cuántos hombres eran? —preguntó Kasnov.

—Suficientes —respondió ella—. ¿Siete, ocho?

Los piratas sonrieron con avaricia, y Lila supo lo que estaban pensando. Superaban dos veces ese número y tenían un barco que se escondía como una sombra en la oscuridad. Si pudiesen alcanzar el botín en fuga… Pudo sentir los ojos hundidos de Baliz Kasnov que la examinaban detenidamente. Ella le devolvió la mirada y se preguntó, sin reparar demasiado en ello, si él tendría algo de magia. La mayoría de los barcos estaban protegidos con un puñado de hechizos —cosas que hacían sus vidas más seguras y más convenientes—, pero a ella le había sorprendido mucho descubrir que la mayoría de los hombres que conocía en el mar tenían poca predisposición hacia las artes elementales. Alucard decía que el dominio de la magia era una habilidad valorada y que la verdadera afinidad podía conseguir un lucrativo empleo en tierra. Los magos en el mar casi siempre se enfocaban en los elementos de relevancia —agua y viento—, pero pocas manos podían cambiar la marea, y al final la mayoría aún prefería el viejo y querido acero. Algo que Lila realmente podía apreciar, dado que actualmente llevaba varias piezas escondidas en su persona.

—¿Por qué la perdonaron? —preguntó Kasnov.

—¿Lo hicieron? —desafió Lila.

El capitán se lamió los labios. Ya había decidido qué hacer con el barco, Lila lo podía percibir; ahora estaba decidiendo qué hacer con ella. Los Ladrones de Cobre no tenían reputación de ser misericordiosos.

—Baliz… —dijo uno de los piratas, un hombre con la piel más oscura que el resto. Apretó el hombro de su capitán y le susurró al oído. Lila solo pudo discernir unas pocas palabras murmuradas. *Londinenses*. *Ricos*. Y *rescate*.

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios del capitán.

—*Anesh* —dijo, asintiendo con la cabeza. Y después, ordenó a toda la tripulación ahí reunida—: ¡Icen las velas! ¡Curso al sur por el oeste! Tenemos un *pez dorado* que atrapar.

Los hombres murmuraron su aprobación.

—Mi *lady* —dijo Kasnov, guiando a Lila hacia los escalones—, ha tenido una noche dura. Déjeme mostrarle mi camarote, donde seguramente estará más cómoda.

Detrás de sí, Lila escuchó los sonidos que hacía el barril al ser abierto y la cerveza al ser servida, y sonrió mientras el capitán la llevaba bajo cubierta.



Kasnov no se quedó, gracias a Dios.

La depositó en sus cuartos —ella seguía con la soga alrededor de las muñecas— y se había esfumado, cerrando la puerta detrás de él. Para alivio de Lila, solo había visto a tres hombres bajo cubierta. Eso significaba que había quince a bordo del *Ladrón de Cobre*.

Lila se apoyó en el borde de la cama del capitán y contó hasta diez, veinte y después hasta treinta, mientras sonaban pasos arriba y el barco viraba hacia su propia nave en fuga. Ni siquiera se habían molestado en revisarla para ver si tenía armas, lo que era un poco osado, pensó Lila mientras desenterraba un cuchillo de su bota; en un solo gesto practicado, lo hizo girar en su mano y cortó las sogas. Estas cayeron al suelo mientras Lila se frotaba las muñecas y canturreaba para sí. Era una canción, una saloma, sobre Sarows, un fantasma que, se decía, rondaba de noche por los barcos descarriados.

¿Cómo sabes cuándo viene Sarows?

(Está viniendo, está viniendo, ¿está viniendo a bordo?).

Lila tomó la cintura de su vestido con las dos manos y la desgarró; la falda cayó, revelando pantalones negros ajustados —una pistolera que sostenía un cuchillo encima de cada rodilla— que se estrechaban hacia adentro de sus botas. Tomó el cuchillo y lo deslizó hacia arriba por su corset por la parte de atrás, recortando los lazos para poder respirar.

Cuando el viento muere, pero aún canta en tus oídos.

(En tus oídos, en tu cabeza, en tu sangre, en tus huesos).

Arrojó la falda sobre la cama y la abrió de un tajo desde el dobladillo hasta la cintura deshilachada. Escondidos entre la gasa, había unos seis palitos finos que pasaban por ballenitas y se veían como bengalas, pero que no eran ninguna de las dos cosas. Deslizó la cuchilla nuevamente a su bota y liberó los fósforos.

Cuando la corriente se vuelve quieta, pero el barco sigue a la deriva…

(Ir a la deriva, a la deriva, a la deriva).

Encima de ella, Lila escuchó un golpe seco, como un peso muerto. Y luego otro y otro, a medida que la cerveza hacía efecto. Tomó un trozo de tela negro, le frotó carbón de un lado y se lo ató sobre la nariz y la boca.

Cuando la luna y las estrellas se esconden de la oscuridad.

(Porque la oscuridad no está para nada vacía, para nada).

(Porque la oscuridad no está para nada vacía).

Lo último que Lila tomó de bien adentro de los pliegues de su falda verde fue su máscara. Un pieza para el rostro de cuero negro, simple excepto por los cuernos que se enroscaban con una extraña y amenazante gracia sobre la frente. Lila se colocó la máscara sobre la nariz y la ató en su lugar.

¿Cómo sabes cuándo viene Sarows? (Está viniendo, está viniendo, ¿está viniendo a bordo?).

Había un espejo, semiplateado por el paso del tiempo, apoyado en una esquina del camarote del capitán, y ella le echó una mirada a su reflejo cuando sonaron pasos en las escaleras.

Por qué no lo ves y no lo viste y no lo verás venir (no lo verás venir de ningún modo).

Lila sonrió detrás de la máscara. Y después se dio vuelta y presionó la espalda contra la pared. Luego golpeó un fósforo contra la madera, de la misma forma en que lo había hecho con las bengalas; pero a diferencia de las bengalas, no salió ninguna luz, solo nubes de humo pálido.

Un instante después, la puerta del capitán se abrió de golpe, pero los piratas habían llegado demasiado tarde. Lanzó el fósforo humeante a la habitación y escuchó tropezones y hombres que tosían, antes de que el humo narcótico los hiciera caer.

«Dos menos», pensó Lila, pisando sobre sus cuerpos.

«Quedan trece».

II



Nadie estaba al timón.

El barco había virado contra las olas y ahora se batía, al ser golpeado de costado en vez de frontalmente, de un modo que hacía que todo se meciera desagradablemente debajo de los pies de Lila.

Estaba a mitad de camino de las escaleras cuando el primer pirata arremetió contra ella. Era enorme, pero sus pasos habían sido un poco desacelerados y entorpecidos por la droga disuelta en la cerveza. Lila se lanzó fuera de su alcance y empujó su bota contra el esternón del pirata, que golpeó contra la pared con suficiente fuerza para terminar con los huesos rotos. El sujeto gruñó y se deslizó hacia abajo por las tablas de madera. Un insulto le salía de los labios cuando la punta de la bota de Lila chocó con su mandíbula. La cabeza se quebró hacia un costado y luego quedó colgando hacia el pecho.

«Doce».

Los pasos hacían eco desde lo alto. Encendió otro fósforo y lo lanzó hacia arriba contra los escalones, justo cuando otros tres hombres descendían bajo cubierta. El primero vio el humo e intentó retroceder, pero el impulso del segundo y el tercero impidieron su retirada, y poco tiempo después los tres tosían e intentaban respirar hondo y se desplomaban sobre la escalera de madera.

«Nueve».

Lila empujó al que tenía más cerca con la punta de su bota, luego pasó por encima y subió los escalones. Hizo una pausa en el borde de la cubierta, oculta en la sombra de las escaleras, y observó en busca de señales de vida. Cuando no vio ninguna, tiró de la tela con carbón para descubrirse la boca y respiró hondo el vigorizante aire invernal, antes de salir hacia la noche.

Los cuerpos estaban desparramados por la cubierta. Los contó mientras avanzaba, descontando cada uno del número de piratas a bordo.

«Ocho».

«Siete».

«Seis».

«Cinco».

«Cuatro».

«Tres».

«Dos».

Lila hizo una pausa y miró a los hombres caídos. Y entonces, sobre el barandal, se movió algo. Deslizó uno de sus cuchillos afuera de su vaina, la que llevaba en su

muslo —uno de sus favoritos, una cuchilla gruesa cuya empuñadura tenía como guarda una nudillera de metal—, y avanzó hacia la forma movediza, tarareando mientras caminaba.

¿Cómo sabes cuándo viene Sarows?

(Está viniendo, está viniendo, ¿está viniendo a bordo?).

El hombre gateaba en cuatro patas a lo largo de la cubierta, tenía el rostro hinchado por la cerveza llena de narcóticos. Al principio, Lila no lo reconoció. Pero entonces él levantó la vista y ella pudo ver que era el hombre que la había acarreado a bordo. El de las manos errantes. El que había hablado sobre encontrar sus partes mullidas.

—Perra estúpida —murmuró en arnesiano. Era bastante difícil entenderlo tras el silbido de su respiración. La droga no era letal, al menos no en dosis bajas (ella realmente no había caído en el error de ser precavida con el barril), pero hacía que las venas y las vías respiratorias se hincharan, lo que privaba al cuerpo de oxígeno hasta que la víctima perdía el conocimiento.

Al mirar ahora hacia abajo al pirata, con su rostro hinchado y sus labios azules y su respiración entrecortada e irregular, pensó que quizá había sido demasiado generosa en las mediciones. En ese momento el hombre trataba de ponerse de pie —y fracasaba—. Lila estiró la mano que tenía libre hacia abajo, enredó los dedos en el cuello de la camisa del pirata y lo ayudó a levantarse.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó ella.

—Dije —resolló— perra… estúpida. Pagarás… por esto. Voy a…

No pudo terminar. Lila le dio un fuerte empujón hacia atrás y él golpeó contra el barandal y cayó al mar.

—Muéstrale a Sarows un poco de respeto —masculló ella, al mirarlo sacudirse brevemente y luego desaparecer bajo la superficie del agua.

«Uno».

Escuchó que los tablones detrás de ella gruñían y logró alzar su cuchillo el instante previo a que una soga le rodeara la garganta. Las fibras ásperas le rasguñaron el cuello antes de liberarse con el filo. Cuando lo hizo, se tambaleó hacia adelante y giró para encontrar al capitán del *Ladrón de Cobre*, con ojos enfocados y paso seguro.

Beliz Kasnov no había participado en el reparto de cerveza con su tripulación.

Arrojó los pedazos de soga a un lado, y Lila agarró el cuchillo con más fuerza al prepararse para pelear, pero el capitán no sacó arma alguna. En lugar de eso, llevó las manos hacia adelante con las palmas hacia arriba.

Lila ladeó la cabeza, los cuernos de la máscara se inclinaron hacia él.

—¿Te estás rindiendo? —preguntó ella.

Los ojos oscuros del capitán brillaron y la boca se le contrajo. A la luz de la farola, el cuchillo tatuado en su garganta parecía centellear.

—Nadie toma el *Ladrón de Cobre* —dijo.

Movió los labios y se le retorcieron los dedos y llamas se alzaron sobre ellos. Lila bajó la mirada y vio las marcas a los pies de él, y supo lo que él estaba a punto de hacer. La mayoría de los barcos estaban protegidos contra el fuego, pero él había roto el hechizo. Se lanzó hacia la vela más cercana, y Lila giró la cuchilla en su mano y la lanzó. Tenía el peso descompensado, con la nudillera en la empuñadura, y le dio en el cuello en vez de la cabeza. El capitán cayó hacia adelante, con las manos extendidas para frenar la caída, y el fuego conjurado encontró un rollo de soga en vez de la vela.

Se encendió, pero el cuerpo del propio Kasnov sofocó la mayor parte al caer. La sangre que le caía del cuello extinguió algo más. Solo unos pocos tentáculos de fuego persistían e iban tragándose las sogas hacia arriba. Lila se estiró hacia las llamas y cuando cerró la mano en puño, estas murieron.

Lila sonrió, retiró su cuchillo favorito de la garganta del capitán muerto y limpió la sangre del filo con la ropa de Kasnov. Estaba envainándolo cuando escuchó un silbido, levantó la vista para ver su barco, el *Aguja Nocturna*, aproximándose al *Ladrón de Cobre* por un costado.

Los hombres se habían reunido a lo largo del barandal, ella cruzó el ancho del *Ladrón de Cobre* para recibirlos y se levantó la máscara hasta la frente. La mayoría de los hombres tenían el entrecejo fruncido, pero en el centro estaba de pie una figura alta que llevaba una faja negra y una sonrisa divertida, el cabello rubio oscuro peinado hacia atrás y un zafiro en la frente. Alucard Emery. Su capitán.

—*Mas aven* —gruñó el primer oficial, Stross, escéptico.

—No es posible —dijo el cocinero, Olo, observando los cuerpos desparramados por la cubierta.

El apuesto Vasry y Taverstronask (a quien simplemente llamaban Tav) aplaudieron, Kobis miraba con los brazos cruzados y Lenos tenía la boca abierta como un pescado.

Lila disfrutó de la mezcla de asombro y aprobación mientras iba a la baranda y abría bien los brazos.

—Capitán —dijo contenta—, parece que tengo un barco para usted.

Alucard sonrió.

—Así parece.

Se colocó una plancha entre las dos naves y Lila caminó hábilmente sobre ella, sin mirar ni una sola vez abajo. Aterrizó en la cubierta del *Aguja Nocturna* y giró hacia el muchacho desgarbado con sombras bajo los ojos como si nunca hubiese dormido.

—Págame, Lenos.

Este frunció el entrecejo.

—Capitán —rogó con una risa nerviosa.

Alucard se encogió de hombros.

—Tú hiciste la apuesta —dijo—. Tú y Stross —agregó, señalando con la cabeza a su primer oficial, un hombre tosco y barbudo—. Con sus propias cabezas y sus

propias monedas.

Y así había sido. Seguro, Lila había alardeado de que podía tomar el *Ladrón de Cobre* ella sola, pero ellos habían sido quienes habían apostado que no podía. Comprar la droga suficiente para los fósforos y la cerveza le había tomado casi un mes, un poco cada vez que el barco atracaba. Había valido la pena.

—¡Pero fue un engaño! —argumentó Lenos.

—Estúpidos —dijo Olo, con su voz grave, estruendosa.

—Claramente lo planeó —refunfuñó Stross.

—Sí —dijo Lenos—, ¿cómo se suponía que íbamos a saber que lo había estado *planeando*?

—Para empezar, deberían haber sabido que era mejor no apostar con Bard. —Alucard encontró la mirada de Lila y le guiñó un ojo—. Así son las reglas, y a menos que quieran quedarse con los cuerpos de ese barco cuando hayamos terminado, les sugiero que le paguen a mi ladrona lo debido.

Stross sacó el monedero de su bolsillo lentamente.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó, poniéndole de mala gana el monedero en las manos.

—Eso no importa —respondió Lila, tomando el dinero—. Lo único que importa es que lo hice.

Lenos fue a ceder su propio monedero, pero ella negó con la cabeza.

—Eso no fue lo que aposté y lo sabes.

Lenos se encorvó aún más de lo usual al desatar la cuchilla que llevaba en el antebrazo.

—¿No tienes suficientes cuchillos ya? —masculló, y el labio se le fue hacia adelante en un puchero.

La sonrisa de Lila se hizo más pronunciada.

—No existe tal cosa —dijo, cerrando los dedos alrededor de la navaja. «Además», pensó ella, «este es especial». Había estado codiciando el arma desde la primera vez que vio a Lenos usándola, allá atrás en Korma.

—Te la ganaré y la tendré de nuevo —murmuró.

Lila le palmeó el hombro.

—Puedes intentarlo.

—*Anesh* —resonó la voz de Alucard, que golpeó la tabla con la mano—. Ya basta de estar aquí parados, Agujas, tenemos un barco que saquear. Tomen todo. Quiero que esos bastardos que quedaron se despierten sin nada en las manos más que su propia verga.

Los hombres lo aclamaron y Lila largó una carcajada sin poder evitarlo.

Nunca había conocido a un hombre que amara más su trabajo que Alucard Emery. Lo disfrutaba de la forma en que un niño disfruta un juego, en que hombres y mujeres disfrutan actuar y se lanzan a sus obras con alegría y abandono. Había algo de teatro en todo lo que Alucard hacía. Se preguntó cuántos otros roles podía interpretar. Se

preguntó cuál de todos, si es que había alguno, *no* era un rol sino el actor debajo.

Los ojos del capitán encontraron los suyos en la oscuridad. Eran una tormenta de azules y grises, a veces brillantes y otras veces casi transparentes. Él inclinó la cabeza sin decir palabra en dirección a sus habitaciones, y ella lo siguió.

El camarote de Alucard olía como siempre, a vino de verano y seda limpia y brasas moribundas. Le gustaban las cosas lindas, hasta ahí era obvio. Pero a diferencia de los coleccionistas o los jactanciosos que ponen sus magnificencias a la vista solo para que sean observadas y envidiadas, se veía que todos los lujos de Alucard eran disfrutados a fondo.

—Bueno, Bard —dijo él, cambiando al inglés apenas estuvieron solos—. ¿Me vas a decir cómo te las ingeniaste?

—¿Qué tendría eso de divertido? —desafió ella, que se dejó caer en una de las dos sillas de respaldo alto frente al hogar, donde ardía un fuego tenue, como siempre, y dos vasos cortos esperaban sobre la mesa a ser llenados—. Los misterios son siempre más interesantes que la verdad.

Alucard cruzó hasta la mesa y tomó la botella, mientras su gato blanco, Esa, aparecía y se frotaba contra la bota de Lila.

—¿Estás hecha de algo que *no sea* misterios?

—¿Hubo apuestas? —preguntó ella, ignorando tanto a él como al gato.

—Por supuesto —dijo Alucard, descorchando la botella—. De todo tipo. Si te ahogabas, si el *Ladrón de Cobre* realmente te rescataría, si encontraríamos alguna parte tuya en caso de que lo *hiciera*… —Sirvió líquido color ámbar en los vasos y le ofreció uno a Lila. Ella lo agarró y, mientras lo hacía, él le quitó la máscara cornuda de la cabeza y la arrojó sobre la mesa entre ambos—. Fue un acto impresionante —reconoció mientras se dejaba caer en su propia silla—. Aquellos a bordo que no te temían antes de esta noche sin dudas ahora lo harán.

Lila miró fijo su vaso, de la misma manera en que algunos miran el fuego.

—¿Había algunos a bordo que no me temían? —preguntó con aire de superioridad.

—Algunos de ellos aún te llaman Sarows, ¿sabes? —siguió divagando el capitán—, cuando no estás cerca. Lo dicen en susurros, como si pensaran que puedes escucharlos.

—Quizá pueda. —Hizo que el vaso rodara entre sus dedos.

No hubo una respuesta ingeniosa, y ella levantó la vista del vaso y vio que Alucard la estaba mirando, como siempre hacía, inspeccionando su rostro como los ladrones inspeccionan los bolsillos, tratando de encontrar algo.

—Bueno —dijo finalmente él, levantando su vaso—, ¿por qué brindamos? ¿Por Sarows? ¿Por Baliz Kasnov y sus tontos de cobre? ¿Por los capitanes apuestos y los barcos elegantes?

Pero Lila negó con la cabeza.

—No —dijo, levantando el vaso con una sonrisa filosa—. Por el mejor de los

ladrones.

Alucard se rio, despacio y sin sonido.

—Por el mejor de los ladrones —dijo.

Y luego inclinó el vaso hacia el de ella, y ambos bebieron.

III



Cuatro meses atrás,
Londres Rojo

Alejarse caminando había sido fácil.

No mirar atrás había sido más difícil.

Lila había sentido que Kell la observaba irse y que solo había dejado de hacerlo cuando ella había desaparecido de la vista. Estaba sola, otra vez. *Libre*. Para ir adonde quisiera. Ser quien quisiera. Pero a medida que bajaba la luz, su temeridad comenzó a flaquear. La noche fue cubriendo la ciudad y ella comenzó a sentirse menos como un conquistador y más como una muchacha sola en un mundo extraño sin la mínima comprensión del idioma y con nada en los bolsillos, excepto por el regalo de despedida de Kell (un juego de elementos), su reloj de plata y un puñado de monedas que le había birlado a un guardia del palacio antes de irse.

Había tenido menos, eso era seguro, pero también había tenido más.

Y sabía lo suficiente como para poder reconocer que no llegaría lejos, no sin un barco.

Abrió y cerró el reloj de bolsillo y observó los contornos de las embarcaciones meciéndose en el río, el resplandor rojo del Isle, aún más marcado en la oscuridad creciente. Había puesto los ojos en un barco en particular, lo había estado observando, deseando, todo el día. Era un navío hermoso, su casco y sus mástiles eran de madera oscura tallada y con terminaciones en plata, sus velas pasaban del azul oscuro al negro, dependiendo de la luz. Un nombre recorría su casco —*Saren Noche*— y ella más tarde supo que significaba *Aguja Nocturna*. Por ahora solo sabía que lo quería. Pero no podía simplemente atacar una nave con tripulación completa y declararla suya. Era buena, pero no era *tan* buena. Y después estaba el penoso hecho de que Lila *técnicamente* no sabía cómo navegar. Así que se apoyó sobre una pared de piedra, con su atuendo negro, que la camuflaba entre las sombras, y observó; el suave vaivén del barco y el ruido del Mercado Nocturno más allá de la orilla la llevaron a una especie de trance.

Un trance que se rompió cuando media docena de hombres salió con pisadas fuertes a la cubierta del barco y bajó por la plancha con pesadas botas, con monedas tintineando en los bolsillos y risas estridentes en las gargantas. El barco se había estado preparando para salir al mar todo el día, y los hombres tenían un entusiasmo maníaco que hablaba de la última noche en tierra. Se veían ansiosos por disfrutarla.

Uno lanzó una saloma y los otros lo siguieron y llevaron la canción con ellos a las tabernas.

Lila cerró de golpe el reloj de bolsillo, tomó impulso contra la pared y los siguió.

No tenía disfraz, tan solo sus ropas, que tenían un corte masculino, y su cabello oscuro, que le caía en los ojos, y sus propios rasgos, que afiló. Con voz baja, esperaba poder pasar por un muchacho delgado. Se podía usar una máscara en callejones oscuros y en bailes de disfraces, pero no en tabernas. No sin llamar la atención más de lo que valía la pena por ellos.

Adelante los hombres desaparecieron adentro de un establecimiento. No tenía un nombre evidente, pero el cartel sobre la puerta estaba hecho de metal, de un cobre reluciente que se retorcía y curvaba en olas alrededor de una brújula plateada. Lila se alisó el abrigo, le levantó el cuello y entró.

El olor la golpeó enseguida.

No era fétido ni viciado, como las tabernas cercanas al muelle que ella conocía, ni un aroma floral como el palacio real rojo, sino cálido y simple y sustancioso, el aroma de un estofado recién hecho mezclado con las estelas de humo de las pipas y la sal marina a lo lejos.

El fuego ardía en chimeneas de rincón, y la barra estaba ubicada, no a lo largo de una pared, sino en el mismísimo centro de la habitación, en un círculo de metal que imitaba la brújula de la entrada. Era una pieza de artesanía increíble, una sola pieza de metal cuyos rayos se estiraban hacia las cuatro chimeneas ardientes.

Esta taberna de marineros era como ninguna otra que hubiese visto, con casi ninguna mancha de sangre en el suelo ni peleas a punto de desparramarse a la calle. Marea Estéril, allá en el Londres de Lila —no, no de ella, ya no— había atendido a un público mucho más rudo, pero aquí la mitad de los hombres vestían los colores de la realeza, estaban claramente al servicio de la corona. El resto era una mezcla, pero ninguno tenía un aspecto demacrado o los ojos hambrientos por la desesperación. Muchos —como los hombres que había seguido— estaban curtidos por el mar y envejecidos por el clima, pero incluso sus botas se veían lustrosas y sus armas, bien envainadas.

Lila dejó que el pelo le cayera frente a su ojo ciego y con sutil arrogancia caminó hacia la barra.

—*Avan* —dijo el cantinero, un hombre delgado con ojos amistosos. Un recuerdo la asaltó (Barron, allá en Tiro de Piedra, con su seriedad cálida y su calma estoica), pero alzó la guardia antes de que el golpe pudiera tocarla. Se deslizó a una banqueta y el cantinero le hizo una pregunta, y aunque no sabía las palabras, podía adivinar su significado. Dio un golpecito al vaso casi vacío al lado de ella, y el hombre se dio vuelta para buscar la bebida. Apareció un instante después, era una agradable cerveza espumosa del color de la arena, y Lila tomó un trago largo y reconfortante.

A un cuarto de giro alrededor del bar, un hombre jugueteaba distraídamente con sus monedas, y a Lila le tomó un momento darse cuenta de que el sujeto no las estaba

tocando. El metal rodaba alrededor de sus dedos y debajo de sus palmas como por arte de magia, lo que por supuesto así era. Otro tipo, del otro lado, chasqueaba los dedos y prendía su pipa con la llama que flotaba sobre la punta de su pulgar. Los gestos no la sobresaltaron y se extrañó ante eso; una sola semana en este mundo y ya le parecía más natural de lo que el Londres Gris había sido jamás.

Giró sobre su asiento e identificó a los hombres de la *Aguja Nocturna*, que ahora estaban dispersos en la habitación. Dos hablaban al lado de un hogar, uno era atraído por una mujer bien dotada hacia la sombra más cercana y tres se acomodaban para jugar cartas con un par de marineros vestidos de rojo y dorado. Uno de esos tres llamó la atención de Lila, no porque fuera particularmente apuesto —era, de hecho, bastante feo, por lo que podía ver debajo del bosque de pelo que caía sobre el rostro del sujeto—, sino porque estaba haciendo trampa.

Al menos, ella *creyó* que estaba haciendo trampa. No podía estar segura, ya que el juego parecía tener sospechosamente pocas reglas. De todos modos, estaba segura de que él se había guardado una carta en el bolsillo y había sacado otra. Tenía una mano rápida, pero no tan rápida como el ojo de Lila. Sintió que el desafío le hacía cosquillas en los nervios al irse su mirada desde los dedos al taburete donde él estaba sentado y luego al monedero que descansaba sobre la madera del asiento. El monedero estaba atado a su cinturón con una correa de cuero y se veía lleno de monedas. La mano de Lila vagó a su cintura, donde un cuchillo corto y filoso estaba envainado. Lo deslizó afuera de su funda.

«Imprudente», le susurró una voz en la cabeza. Se sintió bastante desconcertada al descubrir que la voz que antes sonaba como Barron ahora lo hacía como Kell; la empujó a un lado. La sangre le corría con más fuerza por el riesgo, pero se detuvo en seco cuando el hombre se dio vuelta y miró directo hacia ella —no, a ella no, al camarero justo detrás de ella—. Señaló la mesa con el gesto universal de «más bebidas».

Lila terminó su cerveza y dejó algunas monedas en la barra, mientras observaba al camarero cargar la ronda de bebidas en una bandeja y un segundo sujeto aparecía para llevar la orden a la mesa.

Vio su oportunidad y se puso de pie.

El lugar osciló una vez al hacer efecto la cerveza, que era más fuerte de lo usual para ella, pero rápidamente se detuvo. Siguió al hombre con la bandeja, sus ojos fijos en la puerta que estaba más adelante, incluso cuando le tocó el talón con la bota. El sujeto trastabilló y se las ingenió para no perder el equilibrio de su cuerpo, pero no pudo con la bandeja; las bebidas y los vasos se volcaron sobre la mesa, y la mitad de las cartas se deslizaron al suelo en la oleada de cerveza caída. El grupo estalló, maldijeron y gritaron y se pusieron de pie, tratando de salvar monedas y paño, y para cuando el pobre camarero pudo darse vuelta para ver quién lo había hecho tropezar, el dobladillo del abrigo negro de Lila ya desaparecía por la puerta.



Lila paseó por la calle, el monedero del apostador le colgaba de una mano. Ser un buen ladrón no era solo una cuestión de dedos rápidos. Era transformar situaciones en oportunidades. Sintió el peso del botín y sonrió. La sangre le trinó por la victoria.

Y entonces, detrás de ella, alguien gritó.

Se dio vuelta para verse cara a cara con el sujeto barbudo al que acababa de robar. No se molestó en negarlo; no sabía suficiente arnesiano para intentarlo y el monedero aún colgaba de sus dedos. En vez de eso, guardó el botín en el bolsillo y se preparó para pelear. El hombre la doblaba en tamaño a lo ancho y le sacaba una cabeza de alto y, entre un paso y el siguiente, le apareció una cuchilla curva en las manos, una versión miniatura de una guadaña. Le dijo algo, un gruñido bajo que sonó como una orden. Quizá le estaba dando la oportunidad de dejar el trofeo robado y salir caminando intacta. Pero ella dudó de que el orgullo herido del hombre permitiera eso y, aunque lo hiciera, necesitaba el dinero lo suficiente como para arriesgarse. La gente sobrevivía siendo cauta, pero salía adelante siendo audaz.

—El que lo encuentra se lo queda —dijo ella, que vio cómo la sorpresa se encendía en los rasgos del sujeto. «Diablos». Kell le había advertido que el inglés tenía un propósito y un lugar en este mundo. Vivía entre los miembros de la realeza, no entre piratas. Si iba a triunfar en el mar, tendría que cuidar su lengua hasta haber aprendido la nueva.

El hombre barbudo masculló algo, mientras pasaba la mano por la curva de su cuchillo. Se veía muy, pero muy afilado.

Lila suspiró y sacó su propia arma, un filo serrado con una empuñadura adaptada para el puño, cuyos nudillos estaban curvados para formar la guarda. Y después, tras considerar a su oponente otra vez, sacó una segunda cuchilla. La corta y afilada que había usado para birlar el monedero.

—¿Sabes? —dijo ella en inglés, ya que no había nadie más alrededor que pudiera escuchar—, aún puedes darte vuelta e irte.

El hombre barbudo le escupió una oración que terminaba con *pilse*. Era una de las pocas palabras en arnesiano que Lila conocía. Y sabía que no era linda. Todavía estaba ocupada sintiéndose ofendida cuando el sujeto arremetió contra ella. Lila saltó hacia atrás y atrapó la guadaña con sus dos filos. El sonido del metal contra el metal sonó estridentemente por la calle; a pesar del chapoteo del mar y el sonido de las tabernas, no estarían solos mucho tiempo.

Lila empujó el filo hacia adelante, luchando por recobrar el equilibrio, y se alejó bruscamente al mismo tiempo que él volvía a acometer y esta vez le erraba a su garganta por un pelo.

Lila se agachó y giró y se levantó, frenando la cuchillada de la guadaña con su cuchillo principal. Las armas se deslizaron hasta que el filo del sujeto terminó contra

la guarda de la navaja. Ella retorció el cuchillo para liberarlo y fue sobre la parte superior de la guadaña para estrellar los nudillos metálicos de su empuñadura contra la mandíbula del barbudo. Antes de que este pudiera recuperarse, fue desde abajo con la segunda cuchilla y se la enterró entre las costillas. Él tosió, la barba se le manchó de sangre y fue a embestir contra ella con lo que le quedaba de fuerza, pero Lila forzó hacia arriba el arma atacante, que atravesó órganos y terminó contra los huesos, y finalmente la guadaña cayó y el cuerpo del hombre se aflojó.

Por un instante, otra muerte apareció como un destello en su mente, otro cuerpo en su cuchillo, un muchacho en un castillo en un mundo blanco y sombrío. No su primer asesinato, sino el primero que se le había quedado grabado. El primero que había dolido. El recuerdo parpadeó y desapareció, y ella estaba de nuevo en el muelle, la culpa apagándose junto a la vida del hombre. Había pasado tan rápido.

Tiró del cuchillo para liberarlo y dejó que el cuerpo colapsara contra la calle. Los oídos aún le zumbaban por el choque de cuchillos y la excitación de la pelea. Respiró hondo un par de veces para recuperarse, luego se dio vuelta para correr, pero se encontró cara a cara con otros cinco hombres del barco.

Un murmullo cruzó por los tripulantes.

Aparecieron las armas.

Lila maldijo en voz baja y los ojos se le desviaron por un instante hacia el palacio que se alzaba sobre el río detrás de ellos, al destellar en ella un recuerdo —debería haberse quedado, *podría* haberse quedado, hubiese estado segura—, pero Lila lo sofocó y agarró con fuerza sus cuchillos.

Era Delilah Bard y viviría o moriría en su propio…

Un puño le dio en el estómago, haciendo trizas el hilo de sus pensamientos. Un segundo puñetazo dio contra su mandíbula. Lila cayó con fuerza contra la calle y uno de los cuchillos se le escabulló de la mano al mismo tiempo que la vista se le llenaba de estrellas. Luchó para ponerse en cuatro patas, aferrada a la segunda cuchilla, pero una bota le dio duro en la muñeca. Otra encontró sus costillas. Algo le dio en el costado de la cabeza y el mundo se fue de foco por varios largos minutos y solo tembló y volvió a estar en foco cuando unas manos fuertes la arrastraron para que se pusiera de pie. Una espada se detuvo a descansar debajo de su mentón y ella estuvo lista, pero su mundo no terminó con una dentellada del filo.

En vez de eso, una correa de cuero, no demasiado distinta a la que había rebanado al robar el monedero, le envolvió las muñecas con fuerza, y ella fue obligada a caminar por las dársenas.

Las voces de los hombres le llenaron la cabeza como estática, y una palabra rebotó de aquí para allá más que el resto.

Casero. No sabía qué significaba.

Sintió gusto a sangre, pero no podía distinguir si venía de su nariz o su boca o su garganta. No importaba, no si estaban planeando lanzar su cuerpo al Isle (a menos que eso fuera un sacrilegio, lo que hizo que Lila se preguntara qué hacía la gente acá

con sus muertos), pero después de varios momentos de acalorada discusión, la hicieron marchar por la plancha para abordar el barco que había pasado toda la tarde observando. Escuchó un ruido sordo y miró atrás para ver a un hombre que apoyaba el cuerpo del barbudo en la plancha. «Interesante», pensó, aturdida. «Los hombres no lo llevaron a bordo».

Todo ese tiempo, Lila mantuvo la boca cerrada y su silencio solo pareció agitar a la tripulación. Se gritaban los unos a los otros y a ella. Aparecieron más hombres. Más gritos de *casero*. Lila deseó haber tenido más que unos pocos días de aprendizaje del arnesiano. ¿*Casero* significaría *juicio*? ¿*Muerte*? ¿*Asesinato*?

Y entonces un hombre cruzó la cubierta con grandes pasos. Llevaba una faja negra y un sombrero elegante, una espada resplandeciente y una sonrisa peligrosa. Y el griterío paró y Lila entendió.

Casero significaba *capitán*.



El capitán del *Aguja Nocturna* era imponente. Y era sorprendentemente joven. Tenía la piel curtida por el mar pero tersa; el pelo, de un marrón intenso con mechones dorados, atado hacia atrás con un elegante broche. Sus ojos, de un azul tan oscuro que era casi negro, iban del cuerpo en la plancha a la muchedumbre de hombres reunidos, luego a Lila. Un zafiro le brillaba en la ceja izquierda.

—¿*Kers la*? —preguntó.

Los cinco que arrastraron a Lila a bordo estallaron en cotorreos. Ella ni siquiera intentó seguir la corriente y tratar de captar palabras mientras despotricaban alrededor de ella. En vez de eso, mantuvo los ojos en el capitán y, a pesar de que obviamente estaba escuchando sus reclamos, él mantuvo sus ojos en ella. Cuando los hombres se agotaron, el capitán comenzó a interrogarla —o al menos a divagar hacia ella—. No parecía particularmente enojado, simplemente desconcertado. Se apretó el puente de la nariz y habló muy rápido, obviamente ignorante del hecho de que ella no conocía más que unas pocas palabras de arnesiano. Lila esperó a que él se diera cuenta y, en algún momento, él debió haber registrado que el vacío en su mirada era falta de compresión, porque su voz se apagó.

—*Shast* —dijo en voz baja y entre dientes, y después comenzó otra vez, lentamente, probando varios otros lenguajes, algunos más guturales, otros más fluidos que el arnesiano, con la esperanza de captar una luz de comprensión en los ojos de Lila.

Pero Lila solo podía negar con la cabeza. Sabía unas pocas palabras de francés, pero eso probablemente no la ayudaría en este mundo. No *había* una Francia aquí.

—*Anesh* —finalmente dijo el capitán, una palabra arnesiana que, por lo que Lila

había logrado captar, era un sonido general de asentimiento—. *Ta…* —La señaló—… *vasar…* —Trazó una línea a lo ancho por su garganta—… *mas*… —Se señaló a sí mismo—… *eran gast*. —Y con eso, señaló el cuerpo del hombre que ella había destripado.

Gast. Ella ya conocía esa palabra. *Ladrón*.

—*Tas vasar mas eran gast*.

Mataste a mi mejor ladrón.

Lila sonrió contra su propia voluntad y agregó las palabras nuevas a su magro arsenal.

—*Vasar es* —dijo uno de los hombres, señalando a Lila. *Mátala*. O quizá, *Mátalo*, ya que Lila estaba bastante segura de que aún no se habían dado cuenta de que era una chica. Y ella no tenía ninguna intención de informárselo. Quizá estuviera muy lejos de casa, pero algunas cosas no cambiaban, y ella prefería ser hombre, aunque eso significase ser un hombre muerto. Y la tripulación parecía estar apuntando a eso, dado que un murmullo de aprobación recorrió el grupo, enfatizado por *vasar*.

El capitán se pasó una mano por el pelo, obviamente considerando esa opción. Levantó una ceja hacia Lila como diciendo «¿Y bien? ¿Qué quieres que haga?».

Lila tuvo una idea. Una idea muy estúpida. Pero una idea estúpida era mejor que ninguna idea, al menos en la teoría. Así que arrastró las palabras hasta darles forma y las emitió con su sonrisa más filosa.

—*Nas* —dijo despacio—, an *to eran gast*.

No, yo *soy tu mejor ladrón*.

Sostuvo la mirada del capitán mientras lo decía, con el mentón bien en alto, orgullosa. Los otros gruñeron y refunfuñaron, pero para ella no importaban, no existían. El mundo se redujo a Lila y el capitán del barco.

La sonrisa del capitán fue casi imperceptible. Una contracción mínima de los labios.

A otros les divirtió menos su show. Dos de ellos avanzaron hacia ella y en el lapso que a ella le tomó retroceder un correspondiente paso, Lila ya tenía otro cuchillo en la mano. Lo que era una hazaña, teniendo en cuenta la correa de cuero que le ataba las muñecas. El capitán silbó, y ella no supo si era una orden para sus hombres o una señal de aprobación. No importó. Un puño se estrelló contra su espalda y ella se tambaleó hacia adelante y contra el capitán, que la agarró de las muñecas y presionó una guía entre sus huesos. Se le disparó un dolor por el brazo y el cuchillo retumbó contra la cubierta. Lanzó una mirada asesina al rostro del capitán, que estaba solo a unos pocos centímetros del suyo. Y cuando los ojos de él perforaron los suyos, ella sintió que la registraban.

—*¿Eran gast?* —dijo él—. *Anesh…* —Y entonces, para su sorpresa, el capitán la soltó. Se dio un golpecito en la chaqueta—. *Casero* Alucard Emery —dijo, modulando cada sílaba. Luego la señaló con una mirada interrogadora.

—Bard —dijo ella.

Asintió con la cabeza, una vez, pensativo, y luego giró hacia su expectante tripulación. Comenzó a hablarles, con palabras demasiado fluidas y rápidas como para que Lila pudiera descifrarlas. Señaló el cadáver en la plancha y luego a ella. La tripulación no parecía contenta, pero el capitán era el capitán por una razón, así que escucharon. Y cuando él hubo terminado, se quedaron ahí parados, quietos y con cara de pocos amigos. El capitán Emery se dio vuelta y se abrió paso por la cubierta hacia unas escaleras que se sumergían adentro del casco del barco.

Cuando su bota tocó el primer escalón, se detuvo y miró hacia atrás con una sonrisa nueva, una que estaba afilada.

—¡*Nas vasar*! —ordenó. *No matar*.

Y luego le lanzó a Lila una mirada que decía «buena suerte» y desapareció bajo cubierta.



Los hombres envolvieron el cuerpo con una lona y lo dejaron atrás en el muelle.

Por alguna superstición, supuso ella, sobre llevar muertos a bordo. Apoyaron una moneda de oro sobre la frente del hombre, quizá como pago por su traslado final. Por lo que Lila podía ver, el Londres Rojo no era un lugar particularmente religioso. Si estos hombres veneraban algo, veneraban la magia; lo que, supuso, sería una herejía allá en el Londres Gris. Pero por otro lado, los cristianos adoraban a un anciano en el cielo, y si Lila tenía que decir cuál le parecía más real en ese momento, ella se hubiese quedado con la magia.

Por suerte, nunca había sido devota. Nunca había creído en poderes superiores, nunca había ido a la iglesia, nunca había rezado antes de dormir. De hecho, a la única persona a quien le había rezado era a sí misma.

Consideró birlar la moneda de oro, pero más allá de si existía un dios o no, le pareció que estaba mal, así que se quedó parada en la cubierta y observó los procedimientos con resignación. Era difícil sentirse mal por matar a ese hombre —él la hubiese matado a ella— y ninguno de los otros marineros parecía realmente quebrado por su pérdida… pero, por otro lado, Lila pensó que ella no estaba en posición de juzgar cuánto valía una persona según quién la extrañara. Especialmente cuando lo más cercano que ella había tenido a una familia estaba pudriéndose a un mundo de distancia. ¿Quién había encontrado a Barron? ¿Quién lo había enterrado? Hizo las preguntas a un lado. No lo traerían de regreso.

La aglomeración de hombres regresó fatigosamente a bordo. Uno de ellos caminó derecho hacia Lila, ella reconoció su navaja con nudillera en la mano del sujeto. Este masculló algo en voz baja, luego alzó el cuchillo y enterró la punta en un cajón al

lado de la cabeza de Lila. Para crédito del marinero, no había sido *en* la cabeza y, para reputación de Lila, ella no se había sobresaltado. Llevó las muñecas atadas sobre el filo y tiró hacia abajo con un solo movimiento preciso para liberarse del cordón.

El barco estaba casi listo para zarpar, y Lila parecía haber ganado su lugar en él, aunque no estaba del todo segura de si era prisionera, cargamento o tripulación. Comenzó a caer una lluvia ligera, pero ella se quedó en cubierta, fuera del paso, mientras el *Aguja Nocturna* zarpaba. El corazón le latía a toda velocidad mientras el barco se alejaba por el Isle y le daba la espalda a la ciudad reluciente. Lila se aferró al barandal en la popa del *Aguja* y observó cómo el Londres Rojo se encogía a la distancia. Se quedó parada hasta que las manos se le agarrotaron de frío y la locura de lo que estaba haciendo le llegó a los huesos.

Entonces el capitán ladró su nombre —«¡Bard!»— y señaló a un grupo que luchaba con los cajones, y ella fue y dio una mano. Y fue así como —no solo así, claro, porque hubo muchas noches tensas y muchas peleas ganadas, primero contra otros hombres y luego junto a ellos, y sangre derramada y barcos tomados— Lila Bard se convirtió en miembro de la tripulación del *Aguja Nocturna*.





Una vez a bordo del *Aguja Nocturna*, Lila casi no dijo palabra (Kell hubiese estado encantado). Pasó cada momento tratando de aprender arnesiano, reuniendo vocabulario; pero por rápida que fuera absorbiéndolo, aún era más sencillo tan solo escuchar más que entablar una conversación.

La tripulación pasaba una buena cantidad de tiempo lanzando palabras hacia ella, tratando de descubrir cuál era su lengua materna, pero fue Alucard Emery quien la pescó.

Lila solo había estado una semana a bordo cuando el capitán se topó con ella una noche en que estaba maldiciendo a Caster, su revólver, por ser un pedazo de mierda mojado con la última bala trabada en el barril.

—Vaya, vaya, esto sí que es una sorpresa.

Lila levantó la vista y vio a Alucard ahí parado. Al principio pensó que su arnesiano había mejorado, porque entendía las palabras sin pensar; pero luego se dio cuenta de que el capitán no estaba hablando en arnesiano. Estaba hablando en *inglés*. Y no solo eso, sino que su acento tenía la enunciación definida y suelta de alguien que hablaba con fluidez la lengua real. No como los trepadores de la corte que balbuceaban las palabras y las ofrecían como una especie de truco festivo. No, sino como Kell o Rhy. Alguien que había sido criado con el idioma en los labios.

A un mundo de distancia, en las calles grises de la vieja ciudad de Lila, esa fluidez tendría poca importancia, pero aquí significaba que ninguno de los dos era un simple marinero.

En un último intento por salvar su secreto, Lila simuló no entenderlo.

—Oh, no te vuelvas idiota ahora, Bard —dijo el capitán—. Justo cuando te estás poniendo interesante.

Estaban solos en un tramo del barco escondido bajo el borde de la cubierta superior. Los dedos de Lila vagaron hacia el cuchillo en su cintura, pero Alucard alzó una mano.

—¿Por qué no llevamos esta conversación a mis aposentos? —dijo él, con un destello en los ojos—. A menos que quieras hacer una escena.

Lila pensó que era mejor *no* abrirle la garganta al capitán a simple vista.

No, podía hacerse en privado.



En cuanto estuvieron solos, Lila giró hacia él.

—Hablas ing… —comenzó a decir, pero se frenó—… alto imperial. —Así era como se llamaba aquí.

—Obviamente —dijo Alucard, antes de pasar sin esfuerzo al arnesiano—, pero no es *mi* lengua materna.

—*Tac* —contraatacó Lila en el mismo idioma—, ¿quién dijo que es la mía?

Alucard le lanzó una sonrisa juguetona y volvió al inglés.

—Primero, porque tu arnesiano es horrible —criticó él—. Y segundo, porque es una regla universal que todos los hombres maldicen en su lengua materna. Y debo decir, que tu uso fue muy colorido.

Lila apretó los dientes, molesta por su error, mientras Alucard la guiaba a su camarote. Era elegante pero acogedor, con una cama en un recoveco a lo largo de una pared y un hogar en la otra, con dos sillas de respaldo alto frente al fuego tenue. Había un gato blanco acurrucado en un escritorio de madera oscura, como un pisapapeles sobre los mapas. Movió con rapidez la cola ante su presencia y abrió un ojo color lavanda cuando Alucard cruzaba hacia el escritorio para hojear algunos papeles. Acarició al gato distraídamente detrás de las orejas.

—Esa —dijo, a modo de introducción—, la ama de mi barco.

Ahora estaba de espaldas a Lila, cuya mano volvió a vagar hacia el cuchillo en su cadera. Pero antes de que pudiera llegar al arma, los dedos de Alucard se crisparon y el filo saltó de su funda y fue a su mano, donde la empuñadura golpeó contra la palma. Él ni siquiera había levantado la vista. Lila entrecerró los ojos. En la semana que llevaba a bordo, no había visto a nadie hacer magia. Alucard giró hacia ella ahora con una simple sonrisa, como si ella no hubiese estado a punto de atacarlo. Lanzó el cuchillo despreocupadamente sobre el escritorio (el sonido hizo que Esa zarandeara la cola otra vez).

—Puedes matarme más tarde —dijo, señalando las dos sillas frente al fuego—. Primero hablemos.

Había un decantador apoyado en una mesa entre las sillas, junto a dos vasos, y Alucard sirvió una bebida del color de las fresas y se la ofreció a Lila. Ella no la tomó.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque soy un amante del alto imperial —dijo él— y extraño tener a alguien con quien hablarlo. —Era un sentimiento que Lila entendía. El puro alivio de hablar después de tanto silencio era como estirar lo músculos para deshacerse de la rigidez después de haber dormido mal—. No me gustaría olvidarlo mientras estoy afuera en el mar.

Se dejó caer en una de las sillas y bebió el vino, la gema en su ceja brilló a la luz del hogar. Ladeó el vaso vacío hacia la otra silla y Lila lo observó y consideró sus opciones, luego se acomodó ahí. El decantador con vino violeta descansaba en la mesa entre ambos. Ella se sirvió un vaso y se inclinó hacia atrás, imitando la postura

de Alucard, con la bebida segura en el apoyabrazos de la silla, las piernas estiradas, las botas cruzadas a la altura de los tobillos. La imagen de la despreocupación. Él distraídamente hacía girar uno de sus anillos, una pluma de plata enroscada en una sortija.

Por un largo rato, se observaron el uno al otro en silencio, como dos jugadores de ajedrez antes de hacer el primer movimiento. Lila siempre había odiado el ajedrez. Nunca había tenido la paciencia para jugarlo.

Alucard fue el primero en mover, el primero en hablar.

—¿Quién eres?

—Ya te he dicho —dijo ella simplemente—, mi nombre es Bard.

—*Bard* —dijo él—. No hay una casa noble con ese nombre. ¿De qué familia realmente provienes? ¿Los Rosec? ¿Los Casin? ¿Los Loreni?

Lila se rio por la nariz silenciosamente, pero no respondió. Alucard estaba haciendo una suposición, la única suposición que un arnesiano podía hacer: que si hablaba en inglés, o alto imperial, ella debía ser de la nobleza. Un miembro de la corte al que le habían enseñado a mostrar el inglés como las joyas, determinado a causarle una buena impresión a la realeza, a reclamar un título, una corona. Se imaginó al príncipe, Rhy, con su relajado encanto y su aire seductor. Ella probablemente hubiese podido mantenerlo interesado si hubiese querido. Y luego sus pensamientos se desviaron hacia Kell, parado como una sombra detrás del extravagante heredero. Kell, con su pelo rojizo y su ojo negro y su entrecejo perpetuamente fruncido.

—Está bien —interrumpió Alucard—. Una pregunta más sencilla. ¿Tienes un primer nombre, señorita Bard? —Lila levantó una ceja—. Sí, sí, sé que eres mujer. Quizá puedas pasar por un muchacho bonito allá en la corte, pero el tipo de hombres que trabajan en los barcos tiende a tener un poco más de…

—¿Músculo? —arriesgo Lila.

—Iba a decir vello facial.

Lila sonrió a pesar de sí misma.

—¿Hace cuánto que sabes?

—Desde que viniste a bordo.

—Pero me dejaste quedarme.

—Me diste curiosidad. —Alucard volvió a llenar su vaso—. Dime, ¿qué te trajo a mi barco?

—Tus hombres.

—Pero te vi ese día. *Querías* venir a bordo.

Lila lo observó, luego dijo:

—Me gustó tu barco. Se veía costoso.

—Oh, lo es.

—Iba a esperar a que la tripulación desembarcara y luego iba a matarte y tomar el *Aguja* como propio.

—Qué candorosa —dijo con voz cansina y bebió de su vino.

Lila se encogió de hombros.

—Siempre quise un barco pirata.

Alucard se rio ante esa respuesta.

—¿Qué te hace pensar que soy un pirata, señorita Bard?

Lila frunció el entrecejo. No entendía. Los había visto robar un barco tan solo el día anterior, aunque ella había estado confinada al *Aguja*, había mirado desde su escondrijo mientras ellos peleaban y saqueaban y se iban navegando con un nuevo botín.

—¿Qué otra cosa serías?

—Soy un corsario —explicó él, levantando el mentón—. Al servicio de la buena corona arnesiana. Navego con el permiso de los Maresh. Monitoreo sus mares y me ocupo de cualquier problema que encuentro en ellos. ¿Por qué crees que mi alto imperial es tan pulido?

Lila maldijo en voz baja. Con razón los hombres habían sido bienvenidos en esa taberna con la brújula. Eran marineros propiamente dichos. Se sintió un poco decepcionada ante la idea.

—Pero no llevas los colores reales —dijo.

—Supongo que podría…

—¿Entonces por qué no lo haces? —espetó ella.

Él se encogió de hombros.

—Sería menos divertido, creo. —Le ofreció una sonrisa nueva, una traviesa—. Y como dije, *podría* izar la bandera real, *si* quisiera ser atacado en cada esquina o asustar a mis presas. Pero quiero bastante la nave y no me gustaría verla hundirse, y tampoco me gustaría perder mi puesto por no tener qué mostrar. No, los Agujas preferimos una forma más sutil de infiltración. Pero no somos piratas. —Debe haber visto a Lila desinflarse porque agregó—: Vamos, no estés tan decepcionada, señorita Bard. No importa cómo lo llames, pirata o corsario, la diferencia son solo las letras. Lo único que realmente importa es que soy el *capitán* de este barco. Y pretendo mantener mi puesto y mantenerme con vida. Lo que lleva a la pregunta de qué hacer contigo.

»Ese hombre que acuchillaste la primera noche, Bels… La única cosa que te salvó el pellejo fue el hecho de que lo mataste en tierra y no en el mar. Hay reglas en los barcos, Bard. Si derramas sangre a bordo del mío, no tendré otra opción que derramar la tuya.

—Aun así podrías haberlo hecho —observó ella—. Tus hombres ciertamente no lo hubieran objetado. ¿Por qué me salvaste? —La pregunta la había estado carcomiendo desde aquella primera noche.

—Tenía curiosidad —respondió él, sus ojos negros giraron hacia ella—. Había estado buscando por meses la forma de deshacerme de Bels yo mismo; el maldito traidor me había estado robando. Así que supongo que me hiciste un favor y decidí

devolvértelo. Por suerte para ti, la mayoría de la tripulación odiaba al bastardo, de todas maneras.

Esa apareció al lado de la silla del capitán, sus grandes ojos violetas miraban fijamente —o filosamente— a Lila. No parpadeó. Lila estaba bastante segura de que los gatos tenían que parpadear.

—Entonces —dijo Alucard, enderezándose—, viniste a bordo con la intención de asesinarme y robar mi barco. Has tenido una semana, ¿por qué no lo has intentado?

Lila se encogió de hombros.

—No hemos estado en tierra.

Alucard lanzó una carcajada.

—¿Eres siempre así de encantadora?

—Solo en mi lengua materna. Mi arnesiano, como has señalado, deja algo que desear.

—Raro, teniendo en cuenta que jamás conocí a nadie que pudiera hablar la lengua de la corte pero no la vulgar…

Se quedó en silencio, obviamente esperando una respuesta. Lila bebió un sorbo de su vino y dejó que el silencio se asentara.

—Déjame proponerte algo —dijo él, cuando quedó claro que ella no lo seguiría por ese camino—. Pasa las noches conmigo y te ayudaré a mejorar tu lengua.

Lila casi se atraganta con el vino ante eso, luego lanzó una mirada asesina hacia Alucard. Él se estaba riendo; era un sonido relajado, natural, aunque hacía que a la gata se le erizara el pelo.

—No lo dije en ese sentido —dijo él, recobrando la compostura. Lila sintió que estaba del color del licor en su vaso. Le ardía la cara. Le hacía querer golpearlo.

—Ven a hacerme compañía —intentó de nuevo él— y yo guardaré tu secreto.

—¿Y dejar que tu tripulación piense que te estás *acostando* conmigo?

—Oh, dudo que piensen eso —dijo, haciendo un gesto con la mano como descartando la posibilidad. Lila intentó no sentirse insultada—. Y prometo que solo quiero el placer de tu compañía. Incluso te ayudaré con tu arnesiano.

Lila golpeteó los dedos contra el apoyabrazos, pensativa.

—Está bien —dijo. Se puso de pie y cruzó hasta el escritorio, donde su cuchillo se posaba sobre los mapas. Pensó en la forma en que él lo había arrancado de su agarre—. Pero a cambio quiero un favor.

—Qué gracioso, y yo que pensaba que el favor era permitirte quedarte en mi barco, a pesar del hecho de que eres una mentirosa, una ladrona y una asesina. Pero por favor, continúa.

—Magia —dijo ella, regresando el filo a su vaina.

Él levantó la ceja con el zafiro.

—¿Qué hay con ella?

Ella dudó e intentó elegir bien las palabras.

—Puedes hacerla.

—¿Y?

Lila sacó el regalo de Kell del bolsillo y lo apoyó en la mesa.

—Y quiero aprender. —Si deseaba tener una chance en este mundo nuevo, necesitaba aprender su *verdadero* lenguaje.

—No soy muy buen maestro —dijo Alucard.

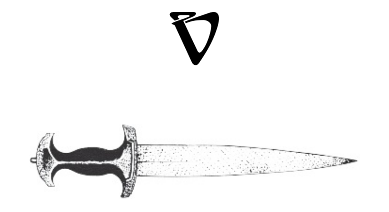
—Pero yo aprendo rápido.

Alucard ladeó la cabeza, pensando. Luego tomó la caja de Kell, quitó el cierre y dejó que se abriera en la palma de su mano.

—¿Qué quieres saber?

Lila volvió a su silla y se inclinó hacia adelante, con los codos en las rodillas.

—Todo.



El mar Arnesiano

Lila canturreaba mientras se abría camino por las entrañas del barco. Metió una mano en el bolsillo, los dedos se cerraron alrededor de un fragmento de piedra blanca que guardaba allí. Un recordatorio.

Era tarde y el *Aguja Nocturna* había navegado para dejar atrás el desvalijado *Ladrón de Cobre*. Los trece piratas que no había matado pronto se despertarían, solo para encontrar a su capitán muerto y su barco saqueado. Podría haber sido peor; podrían haber tenido la garganta degollada por donde llevaban esos cuchillos tatuados. Pero Alucard prefirió dejar que los piratas viviesen, argumentando que la pesca con devolución hacía los mares más interesantes.

Tenía el cuerpo acalorado por el vino y la compañía agradable, y al sentir el barco meciéndose suavemente bajo sus pies, el aire de mar envolviéndole los hombros y las olas murmurando su canción, ese arrullo que había esperado por tanto tiempo, Lila se dio cuenta de que era feliz.

Una voz chistó en su oído.

«Vete».

Lila reconoció esa voz, no del mar, sino de las calles del Londres Gris; le pertenecía a ella, a la muchacha que había sido por tantos años. Desesperada, desconfiada de todo lo que no fuera de ella, y solo de ella.

«Vete», la urgió. Pero Lila no quería.

Y *eso* la asustó más que nada.

Negó con la cabeza y canturreó la canción de Sarows mientras llegaba a su camarote, las notas como una protección contra los problemas, aunque no había encontrado ninguno a bordo de su propio barco hacía meses. No que fuera *su* barco, no exactamente, aún no.

Su camarote era pequeño —apenas lo suficientemente grande para un catre y un baúl—, pero era el único lugar del barco donde podía estar verdaderamente sola, y el peso de su imagen pública se deslizaba afuera de sus hombros como un sobretodo al cerrar la puerta.

Una única ventana interrumpía las tablas de madera de la pared más lejana, la luz de la luna se reflejaba contra el oleaje del océano. Levantó una farola que había sobre el baúl y la encendió con la mano con el mismo fuego encantado que abundaba en la chimenea de Alucard (el hechizo no era de ella y tampoco lo era la magia). Tras

colgar la luz de un gancho en la pared, se quitó las botas, al igual que las armas, que alineó sobre el baúl, todas salvo el cuchillo con nudillera, que mantuvo con ella. Aunque ahora tenía una habitación propia, aún dormía con la espalda hacia la pared y el arma en la rodilla, de la forma en que lo había hecho al principio. Viejos hábitos. No le importaba demasiado. No había dormido bien en años. La vida en las calles del Londres Gris le había enseñado cómo descansar sin realmente dormir jamás.

Al lado de sus armas yacía la pequeña caja que Kell le había dado aquel día. Olía a él, lo que quería decir que olía al Londres Rojo, a flores y a tierra recién revuelta, y cada vez que la abría, una pequeña parte de ella sentía alivio de que el aroma aún estuviese ahí. Un nexo con la ciudad y con él. La llevó consigo al catre, donde se sentó con piernas cruzadas, y apoyó el objeto frente a sus rodillas sobre la rígida sábana. Lila estaba cansada, pero esto se había vuelto parte de su ritual nocturno y sabía que no dormiría bien —o nada— hasta que lo hiciese.

La caja estaba hecha de madera oscura con muescas y se mantenía cerrada con un pequeño broche de plata. Era una cosa bonita y ella podría haberla vendido por algunas monedas, pero Lila la mantenía cerca. No por sentimentalismo, se decía a sí misma —su reloj de bolsillo de plata era la única cosa que en verdad no podía vender —, sino porque era útil.

Deslizó el broche plateado y el tablero de juego se desplegó frente a ella, los elementos en sus ranuras —tierra y aire, fuego y agua y hueso—, esperando a ser movidos. Lila flexionó los dedos. Sabía que la mayoría de la gente podía dominar un solo elemento, quizá dos, y que ella, al ser de otro Londres, no debería ser capaz de dominar ninguno.

Pero Lila nunca dejaba que las probabilidades se interpusieran en su camino.

Además, aquel viejo sacerdote, el maestro Tieren, le había dicho que ella tenía poder en algún lugar de los huesos. Que solo necesitaba ser nutrido.

Ahora sostuvo las manos a cada lado de la ranura que contenía la gota de aceite, con las palmas hacia adentro como si pudiera calentarse con él. No sabía las palabras para llamar a la magia. Alucard había insistido en que no necesitaba aprender otra lengua, que las palabras eran más para el usuario que para el objeto, destinadas a ayudar a uno a concentrarse; pero sin un hechizo propiamente dicho, Lila se sentía tonta. Nada más que una muchacha desequilibrada que hablaba sola en la oscuridad. No, ella necesitaba algo, y se había dado cuenta de que un poema era como una especie de hechizo. O al menos era más que solo palabras.

—«Tigre, tigre, fuego deslumbrante»… —murmuró para sí.

No sabía demasiados poemas —robar no iba de la mano con el estudio de la literatura—, pero se sabía a Blake de memoria, gracias a su madre. Lila no recordaba demasiado de la mujer, quien llevaba muerta más de una década, pero se acordaba de esto —noches en que *Canciones de inocencia y de experiencia* la llevaban al sueño —. La cadencia suave de la voz de su madre, meciéndola como las olas contra un barco.

Las palabras arrullaban a Lila ahora, como lo habían hecho entonces, aquietaban la tormenta que circulaba en su cabeza y aflojaba el nudo de tensión de los ladrones, que sentía en el pecho.

—«Por los bosques de la noche»…

Las palmas de las manos de Lila se calentaron a medida que ella hilaba el poema en el aire. No sabía si estaba haciéndolo bien, si había algo como hacerlo bien (si Kell hubiese estado aquí, probablemente habría insistido en que lo había y la hubiese fastidiado hasta que lo hiciera, pero Kell no estaba aquí y Lila supuso que había más de una forma de hacer que algo funcione).

—«¿En qué profundidades distantes o en qué cielos…?»…

Quiza había que ocuparse del poder, como había dicho Tieren, pero no todas las cosas crecían en los jardines.

Muchas plantas crecían silvestres.

Y Lila siempre había pensado en sí misma más como una maleza que como un rosal.

—«¿… Ardió el fuego de tus ojos?»…

El aceite en la ranura cobró vida con un chispazo: no blanco como el hogar de Alucard, sino dorado. Lila sonrió victoriosa cuando la llama saltó de la muesca hacia el aire entre sus manos, donde bailaba como metal fundido, haciéndole recordar el desfile que había visto aquel primer día en el Londres Rojo, cuando elementales de todas las clases bailaron por las calles, fuego y agua y aire como lazos en la estela.

El poema continuó en su cabeza mientras el calor le hacía cosquillas en las manos. Kell diría que era imposible. Qué palabra inútil en un mundo con magia.

«¿Qué eres?», le había preguntado una vez Kell.

«¿Qué soy?», se preguntó ella ahora, mientras el fuego rodaba por sus nudillos como una moneda.

Dejó que el fuego se extinguiera y la gota de aceite volviera a su ranura. La llama se había desvanecido, pero Lila podía sentir la magia flotando en el aire como humo, al tomar su cuchillo más nuevo, el que le había ganado a Lenos. No era un arma común y corriente. Un mes antes, cuando, sobre la costa de Korma, habían tomado el barco pirata faronés llamado *Serpiente*, lo había visto usarlo. Ahora ella pasó la mano a lo largo de la cuchilla hasta que encontró la muesca oculta, donde el metal se encontraba con la empuñadura. Apretó el gancho y se soltó y el cuchillo hizo una especie de truco de magia. Se separó en sus manos y lo que había sido una hoja ahora eran dos, imágenes en espejo tan delgadas como navajas de afeitar. Lila tocó la gota de aceite y pasó el dedo a lo largo del dorso de ambos cuchillos. Y después los sopesó en las manos, cruzó sus bordes afilados —«Tigre, tigre, fuego deslumbrante»— y atacó.

El fuego lamió el metal y Lila sonrió.

No había visto a Lenos hacer esto.

Las llamas se expandieron hasta que envolvieron las cuchillas desde la

empuñadura hasta la punta, ardiendo con una luz dorada.

No había visto a *nadie* hacer esto.

«¿Qué soy? Única en mi especie».

Decían lo mismo sobre Kell.

El emisario rojo.

El príncipe del ojo negro.

El último *antari*.

Pero mientras giraba los cuchillos llameantes entre los dedos, no pudo evitar preguntarse…

¿Realmente eran únicos en su clase, o eran dos?

Talló un arco ardiente en el aire, maravillándose por el rastro de luz que dejaba en el camino, como la cola de un cometa, y recordó la sensación de los ojos de él en su espalda mientras ella se alejaba. Esperando. Lila sonrió ante el recuerdo. No tenía dudas de que sus caminos se cruzarían otra vez.

Y cuando lo hicieran, ella le *mostraría* lo que podía hacer.

Dos

Un príncipe suelto

I



Londres Rojo

Kell se arrodilló en el centro del Cuenco.

La gran sala circular había sido excavada en uno de los pilares del puente que sostenía el palacio. Establecida bajo la corriente del Isle, el tenue resplandor rojo del río se infiltraba con luz fantasmal por las paredes de piedra lisa. Un círculo de concentración había sido marcado en el piso de piedra, su patrón había sido diseñado para canalizar poder, y todo el espacio, pared y aire por igual, vibraba con energía, con un sonido profundo y reverberante como dentro de una campana.

Kell sintió el poder acumulándose en él, queriendo salir —sintió todo, la energía y la tensión y la furia y el miedo arañándolo para salir—, pero se obligó a enfocarse en su respiración, a encontrar su centro, a hacer un acto consciente del proceso que se había vuelto tan natural. Le dio cuerda hacia atrás al reloj mental hasta que tuvo diez años otra vez y estuvo sentado en el piso de la celda monástica en el Santuario de Londres, con la voz firme del maestro Tieren en la cabeza.

«La magia es enmarañada, así que debes ser claro».

«La magia es salvaje, así que debes ser manso».

«La magia es caos, así que debes estar tranquilo».

«¿Estás tranquilo, Kell?».

Kell se levantó despacio, hasta estar de pie, y alzó la cabeza. Más allá del círculo de concentración, la oscuridad se retorcía y se cernían las sombras. En la luz parpadeante de la antorcha, las formas de práctica parecían adquirir el rostro de enemigos.

La voz reconfortante de Tieren se apagó en su cabeza, reemplazada por el tono frío de Holland.

«¿Sabes qué es lo que te hace débil?».

La voz del *antari* hacía eco en su cabeza.

Kell miró fijo las sombras más allá del círculo, imaginando el aleteo de una capa, un destello de acero.

«Nunca has tenido que ser fuerte».

La luz de la antorcha flaqueó y Kell inhaló, exhaló y asestó.

Se estrelló contra la primera forma y la derribó. Para cuando la sombra cayó, Kell ya estaba girando hacia la segunda, a sus espaldas.

«Nunca tuviste que esforzarte».

Kell lanzó una mano hacia adelante; agua saltó para envolverla y después, en un único movimiento, navegó hacia la figura, volviéndose hielo el instante previo a chocar contra la cabeza del espectro.

«Nunca tuviste que luchar».

Kell giró y se encontró cara a cara con una sombra que cobró la forma de Holland.

«Y definitivamente nunca tuviste que pelear por tu vida».

Tiempo atrás hubiera dudado —tiempo atrás *había* dudado—, pero no esta vez. Con un movimiento rápido de la mano, desde la funda que tenía en la muñeca a su mano se deslizaron estacas de metal. Estas se alzaron en el aire, se dispararon hacia adelante y se enterraron en la garganta, el corazón y la cabeza del espectro.

Pero aún había más sombras. Siempre más.

Kell se presionó contra la pared curva del Cuenco y alzó las manos. Un pequeño triángulo afilado de metal destelló en el dorso de su muñeca; cuando flexionó la mano hacia abajo, se transformó en una punta; Kell deslizó la palma contra esta y le salió sangre. Presionó las manos una contra otra y luego las separó.

—*As Osoro* —le ordenó a la sangre.

Oscurecer.

El comando resonó e hizo eco por la recámara, y el aire entre sus manos comenzó a espesarse y retorcerse en sombras tan densas como el humo. Este se multiplicó y momentos después, la habitación estaba envuelta en la oscuridad.

Kell se dejó caer contra la fría pared de piedra de la habitación, agitado y mareado por la fuerza de tanta magia. El sudor le cayó en los ojos —uno azul, el otro negro puro—, mientras dejaba que el silencio del lugar se asentara en él.

—¿Los mataste a todos?

La voz provino de algún lugar detrás de él, no un espectro, sino de carne y hueso y con un halo de diversión.

—No estoy seguro —dijo Kell. Deshizo el espacio entre sus manos y el velo de oscuridad se disolvió instantáneamente, revelando la habitación por lo que era: un cilindro de piedra vacío claramente diseñado para meditar, no luchar.

Las formas de práctica estaban desparramadas, una ardiendo alegremente, otra llena de lanzas metálicas. Las otras —golpeadas, maltrechas, rotas—, apenas si podían llamarse muñecos de entrenamiento ahora. Cerró la mano en un puño y las llamas del muñeco se extinguieron.

—Presumido —murmuró Rhy. El príncipe se asomaba por el arco de entrada, sus ojos color ámbar brillaban como los de un gato a la luz de la antorcha. Kell se pasó la mano sangrienta por el pelo cobrizo mientras su hermano daba un paso adelante, sus botas hicieron eco contra el piso de piedra del Cuenco.

Rhy y Kell no eran realmente hermanos, no de sangre. Un año mayor que Rhy, Kell había sido traído ante la familia real de Arnes cuando tenía cinco años, sin familia y sin memoria. De hecho, con nada más que una daga y un ojo

completamente negro: la marca de un mago *antari*. Pero Rhy era lo más cercano a un hermano que Kell jamás había conocido. Daría su vida por el príncipe. Y —muy recientemente— lo había hecho.

Rhy levantó una ceja al ver los restos del entrenamiento de Kell.

—Siempre pensé que ser un *antari* significaba que no era necesario practicar, que todo venía —hizo un gesto indiferente— naturalmente.

—La *habilidad* viene naturalmente —respondió Kell—. El *dominio* toma trabajo. Como te expliqué en una de tus lecciones.

El príncipe se encogió de hombros.

—¿Quién necesita magia cuando se es tan apuesto?

Kell revoleó los ojos. Había una mesa a la entrada de la habitación, colmada de recipientes —algunos tenían tierra, otros con arena y aceite— y una gran vasija con agua; sumergió las manos en ella y se mojó la cara antes de que su sangre pudiese manchar de rojo el agua.

Rhy le pasó un trapo.

—¿Mejor?

—Mejor.

Ninguno se estaba refiriendo a las propiedades refrescantes del agua. La verdad era que la sangre de Kell palpitaba con un pulso inquieto, mientras la cosa que circulaba en ella ansiaba actividad. Algo se había despertado en él y no parecía tener la intención de volver a dormirse. Ambos sabían que las visitas de Kell al Cuenco aumentaban, tanto en frecuencia como en duración. Practicar le calmaba los nervios y tranquilizaba la energía en su sangre, pero solo por un rato. Era como una fiebre que cedía, solo para levantarse otra vez.

Rhy estaba inquieto, llevaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, y cuando Kell le echó un vistazo, notó que el príncipe había cambiado los usuales rojo y dorado por verde esmeralda y gris, su seda fina por algodón gastado, sus botas con hebillas de oro reemplazadas por unas de cuero negro.

—¿Qué se supone que eres? —preguntó Kell.

Había un brillo travieso en los ojos de Rhy cuando hizo una reverencia pomposa.

—Un plebeyo, obviamente.

Kell negó con la cabeza. Era un ardid superficial. A pesar de la ropa, el cabello negro de Rhy estaba peinado y brillante, tenía los dedos llenos de anillos, su abrigo verde esmeralda estaba cerrado con botones perlados. Todo en él se veía principesco.

—Aún te ves como un príncipe.

—Claro, obviamente —respondió Rhy—. Solo porque estoy disfrazado no quiere decir que no quiero que me reconozcan.

Kell suspiró.

—En realidad —dijo—, eso es exactamente lo que significa. O lo que *significaría* para cualquiera menos tú. —Rhy solo sonrió, como si fuese un cumplido—. ¿Quiero saber *por qué* estás vestido así?

—Ah —dijo el príncipe—, porque vamos a salir.

Kell negó con la cabeza.

—Yo paso.

Todo lo que quería era darse un baño y tomar un trago, dos cosas que estaban disponibles en la paz de sus propios aposentos.

—Bueno —dijo Rhy—. *Yo* voy a salir. Y cuando me roben y me dejen en un callejón, tú puedes decirles a nuestros padres lo que pasó. No te olvides de incluir la parte en que te quedaste en casa en vez de garantizar mi seguridad.

Kell se quejó.

—Rhy, la última vez…

Pero el príncipe sacudió la mano para descartar «la última vez», como si esta no hubiese involucrado una nariz rota, varios sobornos y mil lines en daños.

—Esto será diferente —insistió—. Nada de travesuras. Nada de caos. Solo una copa en un lugar acorde a nuestro puesto. Vamos, Kell, hazlo por mí. No puedo pasar un minuto más enjaulado planeando torneos mientras nuestra madre cuestiona cada una de mis elecciones y nuestro padre se preocupa por Faro y Vesk.

Kell no confiaba en que su hermano se mantuviese lejos de los problemas, pero podía ver en la tensión en la mandíbula de Rhy y en el destello de sus ojos que su hermano iba a salir. Lo que significaba que *ambos* iban a salir. Kell suspiró y señaló las escaleras con la cabeza.

—¿Puedo al menos pasar por mi habitación a cambiarme?

—No hace falta —dijo Rhy alegremente—. Te traje una túnica limpia. —Sacó una camisa suave de color trigo. Era claro que tenía la intención de sacar a Kell del palacio antes de que pudiera cambiar de parecer.

—Qué considerado —masculló Kell, que se sacó la camisa con una sacudida de hombros. Vio que la mirada del príncipe se posaba sobre la cicatriz garabateada a lo largo de su pecho. Una imagen en espejo de la que Rhy tenía sobre su propio corazón. Una pieza de magia prohibida e irreversible.

«Mi vida es su vida. Su vida es mía. Tráelo de regreso».

Kell tragó saliva. Aún no se había acostumbrado al diseño —tiempo atrás negro, ahora plateado— que los ataba y unía. Dolor de los dos. El placer. La vida.

Se puso la túnica limpia y exhaló cuando la marca desapareció bajo el algodón. Se alisó el pelo hacia atrás para despejarse la cara y giró hacia Rhy.

—¿Contento?

El príncipe comenzó a asentir, pero se detuvo.

—Casi me olvido —dijo, mientras sacaba algo del bolsillo—. Traje sombreros. —Puso un gorro gris claro cuidadosamente sobre sus rizos negros, ocupándose de que quedara con un pequeño ángulo de modo que brillasen las gemas verdes dispersas en el ala.

—Maravilloso —refunfuñó Kell, cuando el príncipe se estiró y depositó un gorro de color carbón sobre el pelo rojizo de su hermano. El abrigo de Kell colgaba de un

gancho en la sala y él fue a buscarlo y se lo puso con una sacudida de hombros.

Rhy chasqueó con la lengua.

—No vas a pasar desapercibido viéndote así —dijo, y Kell resistió la necesidad de señalar que con su piel clara, el pelo cobrizo y el ojo negro (sin mencionar que la palabra *antari* lo seguía dondequiera que fuera, mitad plegaria, mitad insulto), él nunca pasaría desapercibido en ningún lado.

En vez de eso, dijo:

—Tú tampoco. Pensé que ese era el punto.

—Me refiero al abrigo —insistió Rhy—. El negro no está de moda este invierno. ¿No tienes algo color índigo o azul cerúleo escondido ahí dentro?

«¿Cuántos abrigos crees que hay dentro de ese?».

El recuerdo lo golpeó como un puñetazo. Lila.

—Prefiero este —dijo, apartando el recuerdo de ella, la mano de una carterista como un latigazo desde los pliegues de un abrigo.

—Está bien, está bien.

Rhy cambió el peso de un pie a otro de nuevo. El príncipe nunca había tenido la habilidad de quedarse quieto, pero Kell pensó que se había vuelto peor. Ahora había inquietud en sus movimientos, una energía tensa en espejo de la de Kell. Y sin embargo, la de Rhy era distinta. Maníaca. Peligrosa. Sus estados de ánimo eran más oscuros y sus giros más pronunciados, en cuestión de segundos. Todo lo que Kell podía hacer era seguirle el ritmo.

—¿Estamos listos entonces?

Kell echó un vistazo a las escaleras.

—¿Qué hay de los guardias?

—¿Los tuyos o los míos? —preguntó el príncipe—. Los tuyos están parados frente a las puertas de arriba. Ayuda que no conozcan la otra forma de salir de este lugar. En cuanto a mis propios hombres, probablemente estén afuera de mi habitación. Mi sigilo está realmente impecable hoy. ¿Vamos?

El Cuenco tenía su propio camino de salida del palacio, unas escaleras angostas que se retorcían hacia arriba por uno de los soportes estructurales y que daba a la orilla del río; los dos se abrieron camino hacia arriba, iluminados solo por la oscuridad rojiza y las tenues farolas que estaban colgadas de forma dispersa, ardiendo con llamas eternas.

—Esto es una mala idea —dijo Kell, no porque esperaba que Rhy cambiase de opinión, sino simplemente porque era su obligación decirlo, de modo que más tarde pudiese decirles al rey y la reina que había intentado convencerlo.

—La mejor clase de ideas —dijo Rhy, pasando un brazo alrededor de los hombros de Kell.

Y con eso, los dos salieron del palacio a la noche.

II



Otras ciudades se adormecían en los meses invernales, pero el Londres Rojo no mostraba señales de retraimiento. Mientras los dos hermanos caminaban por las calles, fuegos elementales ardían en todos los hogares, vapor salía por las chimeneas y, a través de la nube que brotaba de su respiración, Kell vio con halo las luces del Mercado Nocturno que bordeaban el margen del río; el aroma del vino caliente especiado y de los estofados viajaban en el vapor y las calles estaban ajetreadas, con figuras envueltas en bufandas y capas con tonos de alhajas.

Rhy tenía razón: Kell era el único vestido de negro. Tiró del gorro gris hacia abajo sobre su frente, para esconderse no tanto del frío, sino de las inevitables miradas.

Un par de mujeres jóvenes pasaron al lado de ellos, tomadas del brazo, y cuando una lanzó una mirada favorecedora hacia Rhy y casi se tropieza con sus propias faldas, él la tomó del codo.

—*An, solase, res naster* —se disculpó ella.

—*Mas marist* —respondió Rhy en arnesiano, que le salía con facilidad.

La muchacha no pareció notar a Kell, quien aún se mantenía un paso atrás, a la sombra de la orilla. Pero su amiga sí. Podía sentir que los ojos de la muchacha se quedaban en él y cuando finalmente Kell fue a encontrar su mirada, sintió una satisfacción amarga al ver que ella contenía la respiración.

—*Avan* —dijo Kell, su voz apenas un poco más que niebla.

—*Avan* —dijo ella, con rigidez e inclinando la cabeza.

Rhy presionó los labios sobre los dedos enguantados de la otra muchacha, pero Kell no sacó la vista de la que lo miraba. Había habido un tiempo en que los arnesianos lo habían venerado como a alguien bendito y se tropezaban con sí mismos al intentar inclinarse bien abajo en reverencia; aunque nunca había disfrutado de esa demostración de afecto, esto era peor. Había algo de reverencia en los ojos de la muchacha, pero también miedo y, lo peor, desconfianza. Lo miraba como si fuese un animal peligroso. Como si cualquier movimiento repentino pudiera provocar que él atacara. Después de todo, por lo que ella sabía, él tenía la culpa de la Noche Negra que se había extendido por la ciudad, la magia que había hecho que los ojos de la gente se volvieran tan negros como el suyo mientras los devoraba de adentro hacia afuera. Y sin importar las declaraciones difundidas por el rey y la reina, ni la cantidad de rumores sobre lo contrario que Rhy intentara divulgar, todos creían que había sido cosa de Kell. Su culpa.

Y de cierta forma, claro, lo era.

Sintió la mano de Rhy en el hombro y parpadeó.

Las muchachas se iban caminando, tomadas del brazo, susurrando furiosamente.

Kell suspiró y miró atrás al palacio real, que se alzaba sobre el río.

—Esto fue una mala idea —dijo una vez más, pero Rhy ya había continuado y avanzaba hacia el lado contrario del Mercado Nocturno y el resplandor del Isle.

—¿Adónde estamos yendo? —preguntó Kell, siguiéndole el paso al príncipe.

—Es una sorpresa.

—Rhy —dijo con tono de advertencia Kell, que había terminado odiando las sorpresas.

—No temas, hermano. Te prometí una salida elegante y pienso cumplir.



Kell odió el lugar apenas lo vio.

Se llamaba *Rechenast*.

Esplendor.

Ruinosamente ruidoso y bulliciosamente colorido, Esplendor era un palacio del ocio donde la *ostra* de la ciudad —su élite— evitaba los meses más fríos tan solo negando su presencia. Más allá de las puertas bañadas en plata, la noche invernal se esfumaba. Dentro, era un día de verano, desde las antorchas de fuego que ardían con la intensidad del sol a la arboleda artificial que daba sombra a todos debajo de un follaje veteado.

Al entrar desde la noche helada con sus cortinas de oscuridad y niebla en el campo extenso y bien iluminado, Kell se sintió repentinamente —horriblemente— expuesto. No podía creerlo, pero Rhy y él estaban realmente *mal* vestidos. Se preguntó si Rhy *quería* provocar un escándalo o una escena, que cuestionasen su presencia. Pero los sirvientes apostados a las puertas o bien reconocieron al príncipe real o bien al propio Kell (y por extensión a Rhy, ya que los Santos sabían que nadie más podía arrastrar al *antari* a semejante festejo), porque ambos fueron recibidos.

Kell entrecerró los ojos hacia el embate de actividad. Las mesas de banquete estaban abarrotadas de fruta y queso y jarras con vino de verano frío, y las parejas bailaban a lo largo de una plataforma de piedra azul hecha para que pareciese un estanque, mientras otros se apoltronaban sobre almohadones debajo de los árboles encantados. Sonaban campanas de viento y la gente reía —la risa aguda y estridente de la aristocracia— y brindaban con sus compañeros con copas de cristal, su riqueza, como el paisaje, en exhibición.

Quizá toda la farsa hubiese sido encantadora si no hubiese sido todo tan frívolo, tan chabacano. En su lugar, Kell lo encontró insufrible. El Londres Rojo podía ser la joya del imperio arnesiano, pero aún tenía gente pobre y sufriente; y sin embargo,

aquí en Esplendor, la *ostra* podía jugar a simular, crear utopías con dinero y magia.

Para colmo, Rhy tenía razón: nadie más estaba vestido de negro, y Kell se sintió como una mancha en un mantel limpio (pensó en cambiar su abrigo, pasar del negro a algo más brillante, pero no podía convencerse de usar uno de esos tonos de pavo real que estaban de moda este invierno). El príncipe le puso una mano sobre el hombro y lo guio hacia adentro. Pasaron por una mesa de banquete y Rhy tomó dos flautas champañeras con vino de verano. Kell se quedó con el sombrero puesto y observó la habitación entre el ala del gorro y el borde de la copa que Rhy le puso en la mano.

—¿Crees que ya vieron a través de mi disfraz? —dijo pensativo el príncipe, que mantenía la cabeza inclinada—. ¿O están todos muy ocupados pavoneándose?

Kell se sorprendió ante el esbozo de crítica en el tono de su hermano.

—Dales tiempo —dijo—, acabamos de llegar. —Pero pudo sentir la información moviéndose como un temblor por la habitación, al tiempo que Rhy los llevaba hacia un sofá bajo un árbol.

El príncipe se dejó caer en los almohadones y se deshizo del gorro. Sus rizos negros brillaban y, aun sin la usual diadema de oro en su cabeza, todo en él —su postura, su sonrisa perfecta, su compostura— era regio. Kell sabía que no podía imitar ninguna de esas cosas; lo había intentado. Rhy arrojó su gorro sobre la mesa. Kell vaciló y pasó un dedo sobre el ala del suyo, pero se lo dejó puesto, era su única armadura contra los ojos fisgones.

Bebió un trago de su vino y, al tener poco interés en el resto de Esplendor, observó a su hermano. Aún no entendía el tibio disfraz de Rhy. Esplendor era un lugar de encuentro de la élite, y la élite conocía la compañía del príncipe más que nadie en la ciudad. Habían pasado meses aprendiendo la lengua real tan solo para poder ganar sus favores (aunque Kell sabía que Rhy encontraba ese hábito incómodo e innecesario). Pero la vestimenta no era lo único que le molestaba. Todo en el príncipe estaba en su lugar y sin embargo…

—¿Soy realmente tan apuesto? —preguntó a Kell sin mirarlo a los ojos, mientras resonaba una risa inexpresiva por la habitación.

—Sabes que sí —contestó Kell, llevando la atención hacia la alfombra de césped bajo sus pies.

Nadie se acercó a su sillón salvo por una sirvienta, una mujer joven en un vestido blanco, quien preguntó si había algo que pudiera hacer para que su velada fuese más placentera. Rhy le mostró su sonrisa y la envió en busca de una bebida más fuerte y una flor.

Kell miró cómo el príncipe estiraba los brazos a lo largo del respaldo del sofá y sus ojos dorados brillaban al observar la habitación. Este era Rhy en su forma más discreta y aun así era horriblemente obvio.

La sirvienta regresó con un decantador de licor color rubí y un solo capullo azul oscuro; Rhy aceptó el trago y colocó la flor detrás de la oreja de la muchacha con una sonrisa. Kell revoleó los ojos. Algunas cosas no cambiaban nunca.

Mientras Rhy llenaba su copa, Kell percibió una oleada de susurros, al mismo tiempo que más ojos se dirigían en su dirección. Sintió el peso inevitable cuando la mirada colectiva pasó del príncipe a su compañero. La piel de Kell se erizaba ante la atención, pero en vez de agachar la cabeza, se obligó a mirarlos a los ojos.

—Esto sería mucho más divertido —observó Rhy—, si dejaras de mirar a todo el mundo con el entrecejo fruncido.

Kell le lanzó una mirada fulminante.

—Me tienen miedo.

—Te veneran —dijo Rhy, haciendo un gesto de descarte con la mano—. La mayoría de esta ciudad cree que eres un *dios*.

Kell se estremeció ante la palabra. Los magos *antari* eran raros; tan raros que eran vistos por algunos como divinos, elegidos.

—Y el resto cree que soy un demonio.

Rhy se sentó hacia adelante.

—¿Sabías que en Vesk creen que tú cambias las estaciones y controlas la marea y bendices el imperio?

—Si estás apelando a mi ego…

—Simplemente te estoy recordando que siempre serás singular.

Kell se quedó duro al pensar en Holland. Se dijo a sí mismo que nacería un nuevo *antari*, o sería encontrado, tarde o temprano, pero no estaba seguro de creerlo realmente. Siempre habían sido raros, pero rápidamente se acercaban a la *extinción*. ¿Y si realmente él era el último?

Kell frunció el entrecejo.

—Preferiría ser normal.

Ahora fue el turno de Rhy de lanzar la mirada fulminante.

—Oh, pobrecito. Me pregunto cómo se sentirá que te pongan en un pedestal.

—La diferencia —dijo Kell— es que la gente te *ama*.

—Por cada diez que me aman —dijo Rhy, señalando a la enorme habitación—, uno preferiría verme muerto.

Surgió un recuerdo, de las sombras, hombres y mujeres que habían intentado quitarle la vida a Rhy seis años atrás, simplemente para enviar un mensaje a la corona de que estaba gastando recursos valiosos en frivolidades e ignorando las necesidades de la gente. Al pensar en Esplendor, Kell casi podía comprenderlos.

—El *punto* —continuó Rhy— es que cada diez que te veneran, uno quiere verte arder. Son simplemente las probabilidades cuando se trata de gente como nosotros.

Kell se sirvió un trago.

—Este lugar es horrible —murmuró.

—Bueno… —dijo Rhy, que vació su propia copa de un trago y la apoyó sobre la mesa con un *clic*—, siempre podemos irnos.

Y ahí estaba, en el ojo de Rhy, ese destello, y Kell de repente entendió el atuendo del príncipe. Rhy no estaba vestido para Esplendor porque no era el verdadero

destino.

—Elegiste este lugar a propósito.

Una sonrisa letárgica.

—No sé de qué estás hablando.

—Lo elegiste porque sabías que sería miserable aquí y creíste que cedería cuando me ofrecieras ir a otro lugar.

—¿Y?

—Y subestimas tremendamente mi capacidad de sufrimiento.

—Como quieras —dijo el príncipe, poniéndose de pie con su usual gracia apacible—. *Yo* voy a dar una vuelta por la habitación.

Kell miró con el entrecejo fruncido pero no se levantó. Observó cómo se iba Rhy e intentó emular la indiferencia practicada del príncipe al sentarse hacia atrás con su copa.

Observó a su hermano que maniobraba por el campo de personas, sonriendo alegremente, apretando manos y besando mejillas y ocasionalmente señalando su vestimenta con una risa autocrítica; a pesar de su comentario previo, el hecho era que Rhy encajaba sin ningún esfuerzo. «Como debe ser», pensó Kell.

Y sin embargo, Kell aborrecía la forma codiciosa en que la *ostra* miraba al príncipe. Las pestañas parpadeantes de las mujeres guardaban muy poca calidez y demasiada astucia. Las miradas apreciativas de los hombres guardaban muy poca bondad y demasiada hambre. Uno o dos echaron un vistazo hacia Kell, un fantasma de esa misma hambre, pero ninguno era suficientemente valiente para acercarse. Bien. Que susurraran, que miraran. Sintió la extraña y repentina urgencia de armar una escena, de observar cómo su diversión se endurecía hacia el terror ante la imagen de su verdadero poder.

La mano de Kell apretó con más fuerza la copa y estaba a punto de levantarse cuando captó el filo de la conversación de un grupo cercano.

No tenía la intención de escuchar a escondidas; pero la práctica le salía naturalmente. Quizá la magia en sus venas le daba oídos poderosos o quizá simplemente había aprendido a afilarlos a lo largo de los años. Se convertía en un hábito cuando con tanta frecuencia eras el tema de debates susurrados.

—… Podría haber entrado —dijo un noble, que se recostó sobre una montaña de almohadones.

—Vamos —reprendió una mujer a la altura de su hombro—, aunque tuvieras las habilidades, que no es el caso, ya es demasiado tarde. Ya se ha establecido la lista.

—¿Segura?

Como casi toda la ciudad, estaban hablando de *Essen Tasch* —los Juegos Elementales— y Kell les prestó poca atención al principio, dado que la *ostra* normalmente estaba más preocupada por los bailes y los banquetes que por los competidores. Y cuando hablaban de los magos, era de la misma forma en que la gente hablaba de los animales exóticos.

—Bueno, obviamente la lista no ha sido *publicada* —continuó la mujer en un tono conspirativo—, pero mi hermano tiene sus métodos.

—¿Alguien que conozcamos? —preguntó otro hombre de una forma indiferente, despreocupada.

—He escuchado que la campeona, Kisimyr, ha vuelto a participar.

—¿Y qué hay de Emery?

Con eso, Kell se tensionó, los nudillos se le volvieron blancos contra el vidrio. «Seguro que es un error», pensó, al mismo tiempo que la mujer decía:

—¿*Alucard* Emery?

—Sí. *Yo* escuché que regresa a competir.

Las pulsaciones le golpearon los oídos a Kell y el vino comenzó a girar en su copa.

—Tonterías —insistió uno de los hombres.

—Tú realmente tienes oído para los chismes. Emery no ha puesto un pie en Londres en tres años.

—Quizá eso sea cierto —insistió la mujer—, pero su nombre está en la lista. El amigo de mi hermano tiene una hermana que es mensajera del *Aven Essen* y ella dijo…

Un dolor repentino atravesó el hombro de Kell y este casi deja caer la copa. Disparó la cabeza hacia arriba, buscando la fuente del ataque al mismo tiempo que llevaba la mano al omóplato. Le tomó un momento registrar que el dolor no era en realidad suyo. Era un eco.

«Rhy».

¿Dónde estaba Rhy?

Kell se puso de pie de un salto, con lo que tiró las cosas que había sobre la mesa, y escaneó la habitación en busca de la cabellera de ónice del príncipe, su abrigo azul. No estaba en ningún lado. A Kell el corazón le golpeaba contra el pecho y resistió la urgencia de gritar el nombre de Rhy a través de todo el lugar. Podía sentir que los ojos se movían hacia él y no le importó. No le importaba un carajo ninguno de ellos. La única persona en este sitio —en esta *ciudad*— que le importaba se encontraba en algún lugar cerca y estaba dolorido.

Kell entornó los ojos hacia el campo demasiado luminoso del Esplendor. Los faroles de sol resplandecían a lo alto, pero a la distancia, la luz de la tarde de la habitación abierta se disipaba en pasillos de un bosque más oscuro. Kell maldijo y se precipitó por el campo, ignorando las miradas de los otros clientes.

El dolor regresó, esta vez en la parte baja de la espalda, y el cuchillo de Kell estaba fuera de su vaina al tiempo que él irrumpía en la arboleda oscurecida, maldiciendo la densidad de árboles y con la luz de estrellas en las ramas como única fuente luminosa. Lo único que había en esta arboleda además de eso eran parejas enredadas.

«Demonios», maldijo, con el pulso embravecido, al dar la vuelta.

Había aprendido a tener uno de los suvenires de Rhy consigo por si acaso y estaba a punto de extraer sangre e invocar un hechizo de localización cuando la cicatriz le latió de una manera que le dijo que el príncipe estaba cerca. Dio unas vueltas y pudo escuchar una voz apagada por el bosquecito más cercano, una que podía ser de Rhy; Kell se coló por allí, esperando una pelea, y encontró algo completamente distinto.

Ahí, sobre una pendiente musgosa, un Rhy a medio vestir se cernía sobre la muchacha de blanco, la flor azul aún en el cabello, el rostro del príncipe sumergido en el hombro de ella. Por la espalda desnuda de Rhy, Kell pudo ver rasguños lo suficientemente profundos como para que sangrasen y un nuevo eco de dolor surgió cerca de las caderas del *antari* al mismo tiempo que la muchacha enterraba las uñas en la carne de Rhy.

Kell exhaló con fuerza, con molestia y alivio, y la muchacha lo vio ahí parado y lanzó un grito ahogado. Rhy arrastró la cabeza hacia arriba, sin aliento, y tuvo la audacia de sonreír.

—Maldito bastardo —bufó Kell.

—¿Amante? —preguntó la chica.

Rhy se dejó caer hacia sus talones, luego se retorció con una gracia lánguida y se reclinó sobre el musgo.

—Hermano —explicó.

—Vete —le ordenó Kell a la muchacha. Esta pareció desconcertada, pero levantó su vestido de alrededor de sí y de todas maneras se fue, mientras Rhy se ponía de pie de manera inestable y trataba de encontrar su camisa—. ¡Pensé que te estaban atacando!

—Bueno… —Rhy deslizó la túnica cuidadosamente por su cabeza—. De alguna manera, así era.

Kell encontró el abrigo de Rhy colgado de una rama baja y se lo lanzó. Y luego guio al príncipe de regreso por los bosquecitos y a través del campo, más allá de las puertas plateadas, y afuera a la noche. Fue una procesión silenciosa, pero en cuanto estuvieron libres de Esplendor, Kell se volvió hacia su hermano.

—¿En qué estabas *pensando*?

—¿Tienes que preguntar?

Kell negó con la cabeza, indignado.

—Eres un desgraciado sin igual.

Rhy solo rio.

—¿Cómo iba a saber que ella sería tan ruda conmigo?

—Te voy a matar.

—No puedes —dijo Rhy con simpleza, extendiendo los brazos—. Te aseguraste de eso.

Y por un instante, mientras las palabras flotaban en la neblina de su respiración invernal, el príncipe pareció genuinamente triste. Pero entonces regresó su sonrisa.

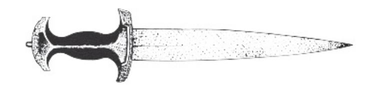
—Vamos —dijo, pasando un brazo alrededor de los hombros de Kell—. Ya he

tenido suficiente Esplendor, de todos modos. Busquemos un lugar más agradable donde beber.

Comenzó a caer un poco de nieve y Rhy suspiró.

—Supongo que no se te ocurrió agarrar mi sombrero, ¿no?

III



—¡Por los Santos! —maldijo Rhy—, ¿en todos los Londres hace este frío?

—Tanto —dijo Kell mientras seguía al príncipe, que se alejaba del corazón brillante de la ciudad y avanzaba por una serie de caminos más angostos— o más frío incluso.

Al caminar, Kell imaginaba este Londres traslúcido contra los otros. Aquí, pronto llegarían a Westminster. Allí, al patio de piedra donde una vez se alzó la estatua de los Danes.

Los pasos de Rhy se detuvieron delante y Kell levantó la vista para ver al príncipe que sostenía abierta la puerta de una taberna. En un letrero de madera arriba de esta se leía *IS AVEN STRAS*.

Las Aguas Benditas.

Kell maldijo en voz baja. Había escuchado lo suficiente sobre este lugar como para saber que no debían estar ahí. *Rhy* no debía estar ahí. No era tan malo como Tres de Cuchillos en el corazón de *shal*, donde las marcas negras de los limitadores brillaban en casi todas las muñecas, o Jack y el Resto, que había traído tantos problemas en su última salida, pero el Aguas tenía su propia reputación.

—*Tac* —lo reprendió Kell en arnesiano, porque este no era el tipo de lugar para hablar en alto imperial.

—¿Qué? —preguntó Rhy con inocencia, arrancándole el gorro de la cabeza a Kell —. No es Rachenast. Y tengo asuntos aquí.

—¿Qué tipo de asuntos? —quiso saber Kell, mientras Rhy se acomodaba el gorro sobre los rizos, pero el príncipe solo le guiñó el ojo y entró, y Kell no tuvo otra opción más que congelarse o seguirlo.

Dentro, el lugar olía a mar y cerveza. Donde Esplendor había sido abierto, con colores fuertes y luces brillantes, el Aguas estaba hecho de rincones oscuros y hogares que ardían tenuemente, mesas y reservados despatarrados como cuerpos por la habitación. El aire viciado de humo y lleno ruido de risas estridentes y amenazas de borrachos.

«Al menos este lugar es honesto consigo mismo», pensó Kell. Sin pretensiones. Sin ilusiones. Le recordó a Tiro de Piedra y Puesta de Sol y Hueso Quemado. Puntos fijos en el mundo, lugares donde Kell había hecho negocios tiempo atrás cuando sus asuntos eran menos respetables. Cuando intercambiaba chucherías de lugares lejanos, de la clase a los que solo él podía llegar.

Rhy tiró del ala del gorro para cubrir sus ojos claros al acercarse a la barra. Hizo una seña a una sombra detrás del camarero y deslizó un papel y un solo lish plateado

por la madera.

—Para el *Essen Tasch* —dijo el príncipe en voz baja.

—¿Competidor? —preguntó la sombra con una voz como de piedra.

—Kamerov Loste.

—¿A ganador?

Rhy negó con la cabeza.

—No. Solo a la fase de nueve.

La sombra lo miró con recelo, pero tomó la apuesta con un movimiento rápido de dedos y se retiró hacia la esquina del bar.

Kell negó con la cabeza, sin poder creerlo.

—Viniste aquí a hacer una apuesta. Sobre el torneo que *tú mismo* estás organizando.

Había un destello en el ojo de Rhy.

—Así es.

—Eso apenas es legal —dijo Kell.

—Y justamente por eso estamos *aquí*.

—Recuérdame por qué no podíamos haber *empezado* la noche aquí.

—Porque —dijo Rhy, haciéndole una seña al tabernero— estabas de un pésimo humor cuando te saqué a rastras del palacio (lo que no es inusual, pero bueno) y estabas decidido a odiar el destino de la noche por principio. Simplemente vine preparado.

El tabernero se acercó pero mantuvo la mirada en el vaso que estaba secando. Si registró el cabello rojo de Kell o su ojo negro, no lo mostró.

—Dos sallies negros —dijo Rhy en arnesiano, y tuvo la inteligencia de pagar con cambio, en lines en vez de lish o rish de oro, que solo llevaban los nobles. El cantinero asintió y sirvió dos vasos de algo denso y oscuro.

Kell alzó el vaso —era demasiado denso para ver a través— y tomó un sorbo cauteloso. Casi se atraganta, y un puñado de hombres más allá en la barra largaron carcajadas. Era un caldo áspero, almibarado pero fuerte, y se aferró a la garganta de Kell mientras le llenaba la cabeza.

—Es repugnante —dijo con la voz entrecortada—. ¿Qué tiene?

—Créeme, hermano, no quieres saber. —Rhy giró hacia el cantinero—. También queremos dos cervezas.

—¿Quién bebe esto? —tosió Kell.

—Gente que se quiere emborrachar —dijo Rhy, que bebió un trago largo e incómodo.

Kell sintió que su propia cabeza nadaba y empujó su vaso más allá.

—Despacio —dijo, pero el príncipe parecía decidido a terminar la jarra y estampó el vaso contra la mesa, con un escalofrío. Los hombre al final de la barra golpearon sus propias jarras en señal de aprobación, y Rhy hizo una reverencia poco estable.

—Impresionante —murmuró Kell. Al mismo tiempo, alguien detrás de ellos

escupía:

—Si me preguntan, el príncipe es un malcriado de mierda.

Kell y Rhy se tensionaron. El hombre estaba desplomado sobre una mesa con otros dos, de espaldas al bar.

—Cuida el pico —le advirtió el segundo—. E’ la realeza a la que está’ insultando.

Pero antes de que Kell pudiera sentir alivio, todos estallaron en risas.

Rhy agarró el mostrador, los nudillos se le pusieron blancos, y Kell apretó el hombro de su hermano con suficiente fuerza como para sentir el dolor en eco en el suyo. Lo último que necesitaba era al príncipe heredero envuelto en una riña en el Aguas Benditas.

—¿Qué fue lo que dijiste? —musitó al oído de Rhy—. ¿Eso de los que nos querían ver arder?

—Dicen que no tiene ni una sola gota de magia —continuó el primer hombre, obviamente borracho. Nadie que estuviese sobrio hablaría de semejantes cosas en voz tan alta.

—Se supón —murmuró el segundo.

—E’ injusto —dijo el tercero—. Porque si no ’taría en su lindo palacio, ’taría mendigando como un perro.

Lo más desagradable era que el hombre probablemente tenía razón. Este mundo era *gobernado* por la magia, pero el poder no seguía una línea o linaje claros; fluía con abundancia en unos y con escasez en otros. Y sin embargo, si la magia le negaba poder a una persona, la gente lo tomaba como un dictamen. Los débiles eran rechazados, abandonados a su suerte. A veces se iban al mar —donde el poder elemental importaba menos que los músculos—, pero más a menudo se quedaban y robaban y terminaban con menos de lo que tenían al principio. Era un costado de la vida que Rhy había evitado solo por su origen.

—¿Qué derecho tien’ a sentarse nese trono? —se quejó el segundo.

—Ninguno, eso e’…

Kell había escuchado suficiente. Estaba a punto de girar hacia la mesa cuando Rhy estiró la mano. El gesto era relajado, el contacto, despreocupado.

—No te molestes —dijo, tomando una de las cervezas, y se dirigió hacia el otro lado de la sala. Uno de los hombres se estaba inclinando hacia atrás sobre la silla, con dos patas levantadas del piso, y Kell la desbalanceó al pasar. No miró atrás, pero disfrutó del sonido del cuerpo estrellándose contra el piso.

—Perro malo —susurró Rhy, pero Kell pudo escuchar la sonrisa en su voz. El príncipe zigzagueó por las mesas hacia un reservado en la pared más lejana, y Kell estaba a punto de seguirlo cuando algo en la taberna le llamó la atención. O mejor dicho, *alguien*. Sobresalía, pero no solo porque era una de las pocas mujeres, sino porque él la conocía. Solo se habían visto dos veces, pero la reconoció al instante, desde la sonrisa felina hasta el cabello negro retorcido en dos cuerdas espiraladas detrás de la cabeza, cada una entretejida con oro. Era una cosa osada usar semejante

metal precioso en un lugar de rufianes y ladrones.

Pero Kisimyr Vasrin era más osada que la mayoría.

También era la campeona reinante de los *Essen Tasch* y la razón por la que el torneo tenía lugar en Londres. Los Juegos no empezaban sino una quincena más tarde, pero aquí estaba, atrayendo la atención en un rincón del Aguas Benditas, rodeada de su usual y cuantioso séquito. La luchadora pasaba la mayor parte del año viajando por el imperio, haciendo presentaciones y aconsejando a magos jóvenes, si sus bolsillos tenían lo suficiente. Había ganado un lugar en la codiciada lista cuando tan solo tenía dieciséis años y, durante los últimos doce años y cuatro torneos, había escalado puestos hasta ser vencedora.

Con tan solo veintiocho, incluso podía lograrlo de nuevo.

Kisimyr tiró distraídamente de un aro de piedra, uno de tres en cada oreja, con una sonrisa lobuna en el rostro. Y luego su mirada se alzó, más allá de su mesa y la habitación, y aterrizó en Kell. Sus ojos eran de una docena de colores, y algunos insistían en que ella podía ver el interior del alma de las personas. Si bien Kell dudaba de que sus singulares iris le otorgaran poderes extraordinarios (por otra parte, ¿quién era él para hablar, con la marca de la magia trazada como con tinta en un ojo?), aun así la mirada era inquietante.

Inclinó el mentón hacia arriba y dejó que la luz de la taberna tocara el negro brillante de su ojo derecho. Kisimyr ni siquiera pareció sorprendida. Simplemente brindó hacia él, con un movimiento casi imperceptible al llevar el vaso de ese líquido negro carbón a sus labios.

—¿Te vas a sentar? —preguntó Rhy—. ¿O vas a quedarte parado en guardia?

Kell quebró el contacto visual y giró hacia su hermano. Rhy estaba estirado sobre el banco, con los pies arriba, pasando un dedo por el borde del gorro de Kell y murmurando sobre lo mucho que le gustaba el suyo. Kell golpeó las botas del príncipe a un lado para así poder sentarse.

Quería preguntarle sobre el listado del torneo, sobre Alucard Emery; pero incluso sin nombrarlo, el nombre le dejaba un gusto amargo en la boca. Tomó un sorbo de cerveza, pero esta no ayudó en nada a quitarle el mal gusto.

—Deberíamos irnos de viaje —dijo Rhy, poniéndose derecho con esfuerzo—, cuando termine el torneo.

Kell se rio.

—Lo digo en serio —insistió el príncipe, barriendo un poco las palabras.

Sabía que Rhy hablaba en serio, pero también sabía que no sucedería. La corona no dejaba que Kell viajara más allá de Londres, incluso cuando se aventuraba a diferentes mundos. Sostenían que era por su propia seguridad —y quizá lo fuese—, pero tanto él como Rhy sabían que esa no era la única razón.

—Hablaré con nuestro padre… —dijo Rhy y se quedó callado, como si el tema ya estuviera desvaneciéndose de su mente. Y después se paró otra vez y se deslizó afuera del reservado.

—¿Adónde vas? —preguntó Kell.

—A buscar otra ronda.

Kell miró el vaso descartado de Rhy y luego el suyo, todavía medio lleno.

—Creo que hemos tenido suficiente —dijo Kell. El príncipe giró hacia él y se sostuvo de la pared.

—¿Ahora hablas por los dos? —espetó, con los ojos vidriosos—. Primero el cuerpo, ¿ahora la voluntad?

El comentario lo golpeó y, de repente, Kell se sintió horriblemente cansado.

—Está bien —refunfuñó—, envenénanos a ambos.

Se frotó los ojos y miró a su hermano irse. Rhy siempre tenía una afición por el consumo, pero nunca con la única intención de estar demasiado borracho para ser útil. Demasiado borracho para pensar. Los Santos sabían que Kell tenía sus propios demonios, pero él mismo sabía que no podía ahogarlos. No así. ¿Por qué dejaba que Rhy lo intentase? No lo sabía.

Kell palmeó los bolsillos de su abrigo y encontró una pinza de metal con tres cigarros finos.

Nunca había fumado demasiado —de hecho, tampoco tomaba demasiado— y sin embargo, queriendo recuperar al menos un poco el control sobre lo que se metía en el cuerpo, chasqueó los dedos y encendió el cigarro con la pequeña llama que bailaba sobre su pulgar.

Kell inhaló hondo. No era tabaco, como en el Londres Gris, ni el carbón horrible que fumaban en el Blanco, sino una hoja especiada que le aclaraba la cabeza y le calmaba los nervios. Kell largó el aire, los ojos se le fueron de foco con la nube de humo.

Escuchó pasos y levantó la vista, esperando a Rhy, solo para encontrar a una mujer joven. Llevaba las marcas del séquito de Kisimyr, desde el cabello negro enroscado hasta los flecos de oro y el pendiente de ojo de gato en su garganta.

—*Avan* —dijo ella, con una voz como de seda.

—*Avan* —dijo Kell.

La mujer dio un paso adelante, su vestido rozó los bordes del reservado a la altura de las rodilas.

—La maestra Vasrin le envía sus saludos y desea que le pase un mensaje.

—¿Y cuál es ese mensaje? —preguntó él y dio otra calada.

Ella sonrió y luego, antes de que él pudiera hacer nada —antes incluso de que pudiese exhalar—, ella se estiró, tomó el rostro de Kell en su mano y lo besó. La respiración se atoró en el pecho de Kell, el calor le ruborizó el cuerpo y cuando la chica se apartó —no demasiado, sino lo suficiente para encontrar su mirada—, ella largó un aliento lleno de humo. Él casi se echa a reír. Los labios de la muchacha se retorcieron en una sonrisa felina y sus ojos buscaron en los de él, no con miedo ni sorpresa, sino con algo como excitación. Asombro. Y Kell supo que esta era la parte en la que debería sentirse como un impostor… pero no lo hizo.

Miró más allá de ella al príncipe, aún parado frente a la barra.

—¿Eso fue todo lo que dijo? —preguntó Kell.

La boca de ella se contrajo.

—Sus instrucciones fueron vagas, *mas aven vares*.

Mi príncipe bendito.

—No —dijo él, con el entrecejo fruncido—, no soy un príncipe.

—¿Qué, entonces?

Él tragó.

—Solo Kell.

Ella se ruborizó. Era demasiado íntimo, las normas sociales dictaban que incluso si él se despojaba de su título real, había que dirigirse a él como *maestro* Kell. Pero él tampoco quería ser eso. Solo quería ser él mismo.

—Kell —dijo ella, probando la palabra en sus labios.

—¿Y tu nombre? —preguntó él.

—Asana —susurró ella, y la palabra escapó como un sonido de placer. Ella lo guio otra vez contra el banco, el gesto de alguna manera atrevido y tímido al mismo tiempo. Y entonces su boca estaba sobre la de él. La vestimenta de la muchacha estaba ajustada a la cintura, como la moda actual indicaba, y él enredó los dedos en los lazos del corsé, en la parte baja de la espalda.

—Kell —susurró alguien a su oído.

Solo que no era Asana, sino Delilah Bard. Ella hacía eso, se deslizaba a sus pensamientos y le robaba la concentración, como un ladrón. Que era exactamente lo que ella era. Lo que había *sido*, antes de que él la sacara de su mundo y la metiera en el de él. Solo los Santos sabían qué estaba haciendo estos días —o dónde—, pero en su mente ella siempre sería la ladrona, la que le robaba en los momentos más inoportunos. «Vete», pensó, y sujetó con más fuerza el vestido de la muchacha. Asana lo besó otra vez, pero él estaba siendo arrastrado hacia otro lado, hacia afuera, a un camino en una noche fría de octubre y otro conjunto de labios presionaba los suyos, allí y luego no, el fantasma de un beso.

—*¿Para qué fue eso?*

Una sonrisa con el filo de un cuchillo.

—*Para la suerte.*

Gruñó de frustración y atrajo a Asana contra sí, la besó con más profundidad, desesperadamente, tratando de sofocar la intrusión de Lila al tiempo que los labios de Asana le rozaban la garganta.

—*Mas vares* —suspiró ella contra su piel.

—No soy… —empezó a decir, pero la boca de la muchacha estaba sobre la suya otra vez, robándole las palabras tanto como el aire. Su mano desapareció en algún lugar de la melena de ella. Ahí estaba ahora, en la nuca de ella. Y ella tenía la mano abierta contra el pecho de Kell y luego los dedos le recorrían el estómago hacia abajo y…

Dolor.

Le rebotó por la mandíbula, repentino y vívido.

—¿Qué pasa? —preguntó Asana—. ¿Algo está mal?

Kell apretó los dientes.

—Nada. —«Voy a matar a mi hermano», pensó.

Movió el pensamiento desde Rhy a Asana, pero justo cuando su boca encontró la de ella, volvió el dolor, que le rasgó la cintura.

Por un solo instante confuso, Kell se preguntó si Rhy no habría dado simplemente con otra conquista entusiasta. Pero entonces el dolor apareció una tercera vez, en esta ocasión, contra sus costillas, lo suficientemente fuerte para quitarle el aliento, así que esa posibilidad se desvaneció.

—Santos —maldijo al salir del abrazo de Asana a rastras, y dejó el reservado, murmurando disculpas. La habitación se meció al pararse demasiado rápido, se apoyó contra la cabina y buscó en la habitación, preguntándose en qué tipo de lío se había metido Rhy ahora.

Y entonces vio la mesa cerca de la barra, donde los tres sujetos habían estado sentados hablando. Se habían ido. Dos puertas en Aguas Benditas: la del frente y la trasera. Eligió la segunda, y adivinó bien, y salió a la noche con una velocidad que francamente lo sorprendió, dado cuánto había tomado —él y también Rhy—. Pero el dolor y el frío eran cosas que despejaban la mente y al resbalar para detenerse en un callejón espolvoreado de nieve, ya podía sentir que la magia corría con fuerza por sus venas, lista para la pelea.

La primera cosa que Kell vio fue la sangre.

Luego el cuchillo del príncipe sobre los adoquines.

Los tres hombres tenían a Rhy acorralado al final del callejón. Uno de ellos tenía un tajo en el antebrazo. Otro, a lo largo de la mejilla. Rhy debió haber dado un par de cuchilladas antes de perder su arma, pero ahora estaba doblado hacia adelante, envolviéndose las costillas con un brazo, y le salía sangre de la nariz. Obviamente los hombres no sabían quién era. Una cosa era hablar mal de un miembro de la realeza, pero ponerle las manos encima…

—Aprende a no cortarme la cara —gruñó uno.

—Te la mejoré —gruñó Rhy, con los dientes apretados. Kell no lo podía creer: Rhy los estaba *provocando*.

—… Buscando problemas.

—Seguro que encuentra.

—No… estaría tan seguro… —El príncipe tosió.

Levantó la cabeza con esfuerzo y miró más allá de los hombres a Kell. Sonrió débilmente y dijo entre dientes sangrientos:

—Bueno, hola ahí atrás. —Como si se encontraran por casualidad. Como si él no estuviera recibiendo la mierda que le estaban dando detrás de Aguas Benditas. Como si, en este momento, Kell no sintiera la urgencia de dejar que los hombres le entrasen

a Rhy por ser tan estúpido y autodestructivo para meterse en esta pelea en primer lugar, porque Kell no tenía dudas de que el príncipe la había empezado. La urgencia estaba agravada por el hecho de que, aunque los matones no lo sabían, no podían realmente *matarlo*. Esa era la cosa con el hechizo chamuscado en la piel de ambos. Nada podía *matar* a Rhy. Porque ya no era la vida de *Rhy* la que lo mantenía en forma. Era la de *Kell*. Y mientras Kell viviera, también lo haría el príncipe.

Pero podían lastimarlo y Kell no estaba tan enojado como para dejar que eso pasara.

—Hola, hermano —dijo, cruzándose de brazos.

Dos de los hombres se giraron hacia Kell.

—¿*Kers la*? —se mofó uno—. ¿Una mascota que viene a morderno' la' pata'?

—No parece que tiene mucho pa' morder —dijo el otro.

El tercero ni se molestó en darse vuelta. Rhy había dicho algo para insultarlo —Kell no captó las palabras— y ahora lanzaba una patada al estómago del príncipe. Nunca llegó. Kell apretó los dientes y la bota del sujeto se congeló en el aire, los huesos de su pierna llamados a detenerse.

—¿Qué demo…?

Kell lo retorció con la mente y el hombre salió volando de costado para dar contra la pared más cercana. Colapsó contra el piso, con un quejido, y los otros dos lo miraron con sorpresa y horror.

—No puedes… —refunfuñó uno, aunque el hecho de que Kell *pudiera* era menos impactante que el hecho de que lo *había hecho*. La magia de huesos era una habilidad rara y peligrosa, prohibida porque rompía la ley cardinal: que nadie usaría magia, mental o física, para controlar a otra persona. Aquellos que mostraban afinidad hacia ella eran alentados a *desaprenderla*. Todo aquel que fuese atrapado haciéndola se hacía acreedor de un set completo de limitadores.

Un mago ordinario nunca se arriesgaría a ser castigado.

Kell no era un mago ordinario.

Levantó el mentón de modo que los hombres pudieran ver sus ojos y sintió un poco de amarga satisfacción al ver que se les iba el color de la cara. Y luego sonaron pasos, y Kell se dio vuelta para encontrar que más hombres salían al callejón. Borrachos y enojados y armados. Algo en él se despertó.

El corazón le latía a toda velocidad y la magia se aceleró por sus venas. Sintió algo en el rostro y le tomó un minuto darse cuenta de que estaba *sonriendo*.

Sacó su daga de la vaina escondida contra su brazo y con un solo movimiento fluido se cortó la palma de la mano. Cayó sangre en rojas gotas pesadas, a la calle.

—*As Isera* —dijo, y las palabras cobraron forma en su sangre y en el aire al mismo tiempo. Vibraron a través del callejón.

Y entonces, el suelo comenzó a *congelarse*.

Comenzó con las gotas de sangre y se expandió rápido como escarcha por las piedras y bajo los pies hasta que, un momento después, todos en el callejón estaban

parados sobre una única hoja sólida de hielo. Un hombre dio un paso y sus pies se salieron de debajo de él y sus brazos se agitaron tratando de recobrar el equilibrio mientras caía. Otro debió tener mejores botas, porque dio un paso seguro hacia adelante. Pero Kell ya se estaba moviendo. Se agachó, presionó su mano sangrienta contra las piedras de las calles y dijo:

—*As asteno*.

Quebrar.

Un sonido de agrietamiento partió la noche, el silencio se rompió junto a la hoja de hielo vítreo. Las grietas se dispararon desde la mano de Kell, fisurando el suelo hacia todos lados, y cuando él se puso de pie, las esquirlas subieron con él. Cada trozo que no estaba siendo sujetado por una bota o un cuerpo se alzó en el aire y quedó colgando, puntas semejantes a cuchillos que salían desde Kell como rayos de luz desquiciados.

De repente, en el callejón todos se volvieron cada vez más quietos, no porque él estuviera llamando los huesos en sus cuerpos, sino porque tenían miedo. Como debía ser. Él no se sentía borracho ahora. No sentía frío.

—Ey, tranquilo —dijo uno, con las manos en alto—. No tienes que hacer esto.

—No es justo —gruñó otro en voz baja, con un cuchillo de hielo contra la garganta.

—¿Justo? —preguntó Kell, sorprendido por la firmeza en su voz—. ¿Es tres contra uno justo?

—¡Él empezó!

—¿Es ocho contra dos justo? —continuó Kell—. Me parece a mí que las probabilidades están a *su* favor.

El hielo comenzó a desplazarse lentamente por el aire. Kell escuchó siseos de pánico.

—Solo nos estábamos defendiendo.

—No sabíamos.

Contra la pared trasera, Rhy se había enderezado.

—Vamos, Kell…

—Quédate quieto, Rhy —advirtió Kell—. Ya has causado suficientes problemas.

Las esquirlas serradas de hielo flotaban por todos lados y luego avanzaron en el aire con lenta precisión, hasta que dos o tres encontraron a cada hombre, en un curso hacia la garganta y el corazón y las vísceras. Las esquirlas y los hombres que las enfrentaban esperaron, ellos con ojos bien abiertos y la respiración contenida, para ver qué harían.

Qué haría *Kell*.

Un movimiento rápido de la muñeca, eso era todo lo que haría falta para acabar con todos los hombres en el callejón.

«Detente», dijo una voz, una palabra casi demasiado suave para ser escuchada.

«Detente».

Y entonces, de repente, mucho más fuerte, la voz era de Rhy, las palabras le rasgaban la garganta.

—KELL, DETENTE.

Y la noche volvió súbitamente a estar en foco y él se dio cuenta de que estaba parado ahí, con ocho vidas en sus manos y que casi había acabado con ellas. No para castigarlos por atacar a Rhy (el príncipe probablemente los había provocado) y no porque fueran hombres malos (aunque varios de ellos quizá lo fuesen). Sino porque simplemente *podía*, porque se sentía bien estar en control, ser el más fuerte, saber que si hacía falta, él sería el último de pie.

Kell exhaló y bajó la mano, dejando que las esquirlas de hielo cayeran contra los adoquines, donde se hicieron añicos. Los hombres largaron la respiración contenida y maldijeron y cayeron hacia atrás como si fuesen uno, al quebrarse el hechizo de aquel momento.

Uno se desplomó en el piso y temblaba.

Otro parecía a punto de vomitar.

—Váyanse de aquí —dijo Kell en voz baja.

Y los hombres escucharon. Él los observó correr.

Ellos ya pensaban que él era un monstruo y ahora él había ido y les había dado peso a esos miedos, lo que simplemente empeoraría todo. Pero no importaba; nada de lo que él hiciera parecía mejorar las cosas.

Sus pasos crujían contra el hielo quebrado al caminar hacia donde Rhy estaba sentado en cuclillas contra la pared. Se veía aturdido, pero Kell pensó que tenía menos que ver con la golpiza y más con la bebida. Le había dejado de caer sangre de la nariz y del labio y el resto de su rostro estaba ileso; cuando Kell buscó en su propio cuerpo un eco de dolor, solo sintió un par de costillas sensibles.

Kell estiró la mano y ayudó a Rhy a ponerse de pie. El príncipe dio un paso adelante y se tambaleó, pero Kell lo agarró y lo mantuvo derecho.

—Ahí vas otra vez —murmuró Rhy, que apoyó la cabeza contra el hombro de Kell—. Nunca me dejas caer.

—¿Y dejar que me arrastres contigo hacia abajo? —lo reprendió Kell, que se envolvió los hombros con el brazo del príncipe—. Vamos, hermano. Creo que ya tuvimos bastante diversión por una noche.

—Lo siento —susurró Rhy.

—Lo sé.

Pero la verdad era que Kell no podía olvidar la forma en que se había sentido durante la pelea, la pequeña parte desafiante de él que innegablemente lo había *disfrutado*. No podía olvidar la sonrisa que le había pertenecido y, sin embargo, también era completamente de otra persona.

Kell sintió un escalofrío y ayudó a su hermano a llegar a casa.

IV



Los guardias los estaban esperando en el pasillo.

Kell había llevado al príncipe todo el camino de regreso al palacio y por los escalones del Cuenco, antes de toparse con los hombres: dos de ellos de Rhy, los otros dos suyos, y los cuatro indignados.

—Vis, Tolners —dijo Kell, fingiendo desenfado—. ¿Quieren darme una mano?

Como si estuviese cargando un costal de trigo y no al príncipe heredero de Arnes.

Los guardias de Rhy parecían pálidos de ira y preocupación, pero ninguno de los dos dio un paso.

—¿Staff, Hastra? —dijo, apelando a sus propios hombres. Se encontró con un silencio sepulcral—. Está bien, salgan del camino, lo voy a llevar yo mismo.

—¿Es sangre del príncipe? —dijo Vis, señalando la manga de Kell, que había usado para limpiar el rostro de Rhy.

—No —mintió—, solo mía.

Los hombres de Rhy se relajaron considerablemente después de eso, lo que Kell encontró desconcertante. Vis era un tipo nervioso, con los pelos siempre de punta, y Tolners era completamente arisco, con la mandíbula inamovible de un oficial. Ambos había servido al mismísimo rey Maxim antes de ser asignados a la guardia del joven heredero y habían tomado la actitud desafiante del príncipe con mucha menos indiferencia que los anteriores hombres de Rhy. En cuanto a los guardias del propio Kell, Hastra era joven y entusiasta, pero Staff casi nunca emitía palabra, ni a Kell ni en su compañía. Durante el primer mes, Kell no había estado seguro de si el guardia lo odiaba o le temía o las dos cosas. Luego Rhy le dijo la verdad —que la hermana de Staff había muerto en la Noche Negra—, así que Kell supo que lo más probable era que ambas.

—Es un buen guardia —dijo Rhy cuando Kell le preguntó por qué le habían asignado semejante sujeto. Y luego agregó con amargura—: Fue elección de nuestro padre.

Ahora, cuando el grupo llegaba al pasillo real que los hermanos compartían, Tolners sacó una nota y la sostuvo para que Kell la leyera.

—Esto no es divertido.

Aparentemente Rhy había tenido la delicadeza de fijar una nota en su puerta, en caso de que alguien en el palacio se preocupara.

No fui secuestrado.
Salí por un trago con Kell.

Esperen sentados.

La habitación de Rhy estaba al final del pasillo, marcada por dos puertas ornamentadas. Kell las abrió de una patada.

—Demasiado ruido —murmuró Rhy.

—Maestro Kell —advirtió Vis, que lo siguió adentro—, debo insistir en que cesen estos…

—No lo obligué a salir.

—Pero le *permitió*…

—Soy su hermano, no su *guardia* —ladró Kell. Sabía que había sido criado para proteger a Rhy tanto como para ser su compañero, pero estaba probando ser una tarea nada sencilla y, además, ¿no había hecho suficiente ya?

Tolners frunció el entrecejo.

—El rey y la reina…

—Váyanse —dijo Rhy, despertándose—. Me están dando dolor de cabeza.

—Su Alteza —comenzó Vis, estirándose hacia el brazo de Rhy.

—Afuera —estalló el príncipe con repentino enojo. Los guardias retrocedieron, luego miraron a Kell con incertidumbre.

—Ya escucharon al príncipe —gruñó él—. Afuera. —Su mirada fue hacia sus propios hombres—. Todos afuera.

Mientras las puertas se cerraban detrás de él, Kell guio y, en igual medida, arrastró al príncipe a su cama.

—Creo que estoy empezando a caerles bien —murmuró.

Rhy rodó sobre su propia espalda, medio atontado, con un brazo sobre los ojos.

—Lo siento… lo siento… —dijo suavemente, y a Kell lo recorrió un escalofrío, al recordar aquella horrible noche en que el príncipe se estaba desangrando y Lila intentaba arrastrarlo hacia un lugar seguro, los suaves «lo siento», desvaneciéndose horriblemente en silencio y quietud y…

—… Es todo culpa mía… —La voz de Rhy lo trajo de regreso.

—Shh —dijo Kell, que se dejó caer en una silla al lado de la cama.

—Solo quería… como era antes.

—Lo sé —dijo Kell, frotándose los ojos—. Lo sé.

Se sentó ahí hasta que Rhy se quedó callado, envuelto en sueños, sin riesgos. Luego se puso de pie con esfuerzo. La habitación se meció levemente, y él se sujetó un momento de la columna de la cama, antes de abrirse camino hacia sus propios aposentos. No por el pasillo y su contingente de guardias, sino por el corredor oculto que unía sus habitaciones. Los faroles cobraron vida al entrar Kell en su dormitorio, con una magia sencilla, sin esfuerzos, pero la luz no hacía que el lugar se sintiera más acogedor. El espacio siempre se había sentido extrañamente foráneo. Rígido, como un traje mal entallado.

Era una habitación para la realeza. Los techos estaban forrados con telas

onduladas, de los colores de la noche, y un escritorio elegante abrazaba una pared. Un sofá y sillas amontonadas alrededor de un juego de té de plata y un par de puertas de vidrio que llevaban a un balcón, ahora cubierto por un manto fino de nieve. Kell se quitó el abrigo con una sacudida de hombros y lo dio vuelta de adentro hacia afuera un par de veces, para regresarlo a su rojo realeza antes de colocarlo sobre una otomana.

Kell extrañaba su pequeña habitación en la cima de las escaleras en Campos de Rubí, con sus paredes ásperas y su catre duro y su ruido constante, pero la habitación y la posada y la mujer que la dirigía habían ardido hasta ser solo cenizas a manos de Holland meses atrás, y Kell no podía convencerse de buscar otro lugar. La habitación había sido un secreto, y Kell le había prometido a la corona —y a Rhy— que dejaría de tener secretos.

Extrañaba la habitación y la privacidad que venía con ella, pero había algo en la ausencia. Supuso que se lo merecía. Otros habían perdido mucho más por su culpa.

Así que Kell se quedó en los aposentos reales.

La cama lo esperaba sobre una plataforma elevada, un colchón lujoso con un mar de almohadones, pero en vez de eso, Kell se desplomó en su silla favorita. Una cosa maltrecha en comparación, arrastrada desde uno de los estudios del palacio frente a las puertas del balcón y, más allá, el cálido resplandor rojo del Isle. Chasqueó los dedos y los faroles se atenuaron y luego se oscurecieron.

Sentado ahí solo con la luz del río, su mente cansada vagó, como hacía invariablemente, de nuevo hacia Lila Bard. Cuando Kell pensaba en ella, ella no era una muchacha, sino tres: la ladrona demasiado flaca que le había robado en un callejón, la compañera manchada de sangre que había peleado junto a él y la muchacha imposible que se había ido y nunca había mirado atrás.

«¿Dónde estás, Lila?», meditó. «¿Y en qué tipo de problemas te estarás metiendo?».

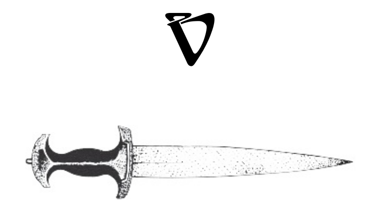
Kell sacó de un tirón un pañuelo de su bolsillo trasero: un pequeño cuadrado de tela oscura que le había dado en un principio una chica vestida de muchacho en un callejón en penumbras, un juego de manos para que ella pudiera robarle. Lo había usado para encontrarla más de una vez, y se preguntó si podría hacerlo de nuevo, o si ahora le pertenecía más a él que a ella. Se preguntó dónde lo llevaría si funcionaba.

Sabía con una certeza profunda como los huesos que ella estaba viva —tenía que estar viva— y la envidiaba, envidiaba el hecho de que esta muchacha del Londres Gris estuviera allá afuera en algún lado, viendo partes del mundo que Kell —un londinense rojo, un *antari*— nunca había visto.

Guardó el pañuelo, cerró los ojos y esperó que el sueño lo arrastrara.

Cuando lo hizo, soñó con ella. Soñó que ella estaba parada en su balcón, incitándolo a salir a jugar. Soñó que la mano de ella se enredaba en la suya, un pulso de poder entrelazándolos uno a otro. Soñó que ambos corrían a toda velocidad por calles extrañas, no los Londres que habían recorrido, sino curvas y esquinas en

lugares en los que él jamás había estado y algunos que quizá nunca vería. Pero ahí estaba ella, a su lado, empujándolo hacia la libertad.



Londres Blanco

Ojka siempre había sido elegante.

Elegante cuando bailaba. Elegante cuando mataba.

La luz del sol se derramó por el piso de piedra y ella se dio vuelta con rapidez, sus cuchillos lamieron el aire al trazar un arco y hundirse, unidos a sus manos y entre sí con un simple trozo de cordón negro.

Su cabello, tiempo atrás blanquecino, ahora brillaba rojo, un choque de color contra su piel aún de porcelana, intenso como la sangre. Le rozaba los hombros cuando giraba y se inclinaba, un mancha brillante en el centro de un círculo mortal. Ojka bailaba y el metal le seguía el paso, un compañero perfecto para sus movimientos fluidos, y todo el tiempo, ella mantenía los ojos cerrados. Sabía la danza de memoria, una danza que había aprendido de chica en las calles de Kosik, la peor parte de Londres. Una danza que había dominado. No permanecías viva en esta ciudad solo por cuestión de suerte. No, si tenías una mínima perspectiva de poder. Los carroñeros la rastrearían, te cortarían el pescuezo para robar cualquier vestigio que hubiera en tu sangre. No les importaba si eras pequeña. Eso solo hacía que fueses más fácil de cazar y matar.

Pero no Ojka. Ella se abrió camino a la fuerza a través de Kosik. Había crecido y se había mantenido con vida en una ciudad que se las ingeniaba para matar a todos. Todo.

Pero eso era otra vida. Eso era antes. Esto era después.

Las venas de Ojka trazaban elegantes líneas negras sobre su piel cuando ella se movía. Podía sentir la magia aleteando en ella, un segundo pulso enredado con el suyo. Al principio había ardido, tan caliente que temía que fuera a consumirla, como lo había hecho con otros. Pero entonces la dejó correr. Su cuerpo dejó de pelear y también lo hizo el poder. Lo abrazó y una vez que lo hizo, este la abrazó a ella y bailaron juntos, ardieron juntos, fusionándose como acero fortalecido.

Las cuchillas zumbaron al pasar, extensiones de su mano. La danza casi había llegado a su fin.

Y entonces sintió el llamado, como una llamarada caliente dentro del cráneo.

Se detuvo —no repentinamente, por supuesto, sino despacio—, retorciendo el cordón negro alrededor de sus manos hasta que las cuchillas golpearon contra sus palmas. Solo entonces abrió los ojos.

Uno era amarillo.

El otro era negro.

Prueba de que había sido elegida.

No era la primera, pero eso estaba bien. Eso no importaba. Lo que importaba era que los otros habían sido demasiado débiles. El primero había durado unos días. El segundo apenas había sobrevivido la semana. Pero Ojka era diferente. Ojka era fuerte. Ella había sobrevivido. Ella *sobreviviría*, mientras fuera valiosa.

Esa era la promesa del rey cuando la había elegido.

Ojka enrolló el cordón alrededor de las cuchillas y deslizó el arma nuevamente a su vaina, que llevaba a la cadera.

El sudor caía en gotas desde las puntas de su cabello carmesí, y ella lo retorció antes de ponerse la chaqueta y abrochar su capa. Trazó con los dedos la cicatriz que le recorría desde la garganta hacia arriba por la mandíbula y a través de la mejilla, hasta terminar justo debajo de la marca del rey.

Cuando la magia le llenó de fuerza los músculos, de calidez la sangre y de color los rasgos, ella temió que borrara la cicatriz. Había sentido alivio al ver que no la había eliminado. Ella había se había ganado esta cicatriz, y cada una de las que llevaba.

El llamado le refulgió detrás de los ojos, y ella salió. El día estaba frío, pero no helado, y arriba, más allá de las nubes, el cielo estaba manchado de azul. *Azul*. No el blanco grisáceo glacial con el que había crecido, sino verdadero azul. Como si el cielo mismo se hubiese descongelado. El agua del Siljt también se estaba descongelando, más y más cada día, el hielo daba paso al agua verde grisácea.

Mirara donde mirase, el mundo se estaba despertando.

Reviviendo.

Y la sangre de Ojka se aceleraba al verlo. Había estado en un negocio una vez y había visto un cofre cubierto de polvo. Recordó haber pasado la mano sobre él, remover la capa gris y que se revelara la madera oscura debajo. Era como eso, pensó. El rey había venido y había barrido la ciudad con su mano, quitando todo el polvo.

Tomaría tiempo, dijo él, pero eso estaba bien. El cambio estaba llegando.

Una sola calle separaba sus cuartos de las paredes del castillo y, al cruzarla, su mirada se fue hacia el río y la otra mitad de la ciudad más allá. Desde el corazón de Kosik a las escaleras del pasillo. Había atravesado un largo camino.

Las verjas estaban abiertas, vides nuevas trepaban las paredes de piedra a ambos lados, y ella se estiró y tocó un capullo violeta al pasar hacia adentro.

Donde una vez se extendía el Krös Mejkt, un cementerio de cadáveres de piedra al pie del castillo, ahora había hierba silvestre, que crecía a pesar del invierno. Solo quedaban dos estatuas, que flanqueaban las escaleras del castillo, ambas encargadas por el nuevo rey, no como advertencia, sino como un recordatorio de falsas promesas y tiranos caídos.

Eran efigies de antiguos gobernantes, Athos y Astrid Dane, talladas en mármol

blanco. Ambas figuras estaban de rodillas. Athos Dane miraba hacia abajo al látigo en sus manos, que se enroscaba como una serpiente alrededor de sus muñecas, su rostro retorcido de dolor, mientras Astrid agarraba la empuñadura de una daga, cuyo filo estaba enterrado en su pecho, su boca estirada en un grito silencioso, inmortal.

Las estatuas eran cosas horribles, inelegantes. A diferencia del nuevo rey.

El nuevo rey era perfecto.

El nuevo rey era el elegido.

El nuevo rey era dios.

¿Y Ojka? Ella vio la forma en que él la miraba con esos ojos hermosos y sabía que él también veía belleza en ella, ahora, más y más cada día.

Llegó a la cima de las escaleras y entró al castillo.

Ojka había escuchado historias sobre guardias con ojos vacíos que habían servido a los Dane, hombres despojados de mente y alma, transformados tan solo en cáscaras. Pero ahora habían desaparecido, y el castillo permanecía abierto y estaba extrañamente vacío. Había sido saqueado, tomado, retenido y perdido en las semanas siguientes a la caída de los Dane, pero no había señales de la masacre ahora. Todo estaba en calma.

Había auxiliares, hombres y mujeres que aparecían y desaparecían, con la cabeza inclinada, y una docena de guardias, pero sus ojos no estaban ausentes. En todo caso, se movían con resolución, una devoción que Ojka entendía. Esto era la resurrección, una leyenda materializada, y todos ellos eran parte de eso.

Nadie la detuvo cuando avanzaba por el castillo.

De hecho, algunos se arrodillaron al pasar ella, mientras otros susurraban bendiciones e inclinaban la cabeza. Cuando llegó a la habitación del trono, las puertas estaban abiertas y el rey estaba esperando. El techo abovedado había desaparecido y las enormes paredes y columnas ahora daban paso al cielo abierto.

Los pasos de Ojka hicieron eco contra el piso de mármol.

«¿Realmente estuvo hecho de huesos alguna vez?», se preguntó. «¿O solo es una leyenda?». (Todo lo que Ojka tenía eran rumores; había sido inteligente, se había mantenido en Kosik y había evitado a los Dane a toda costa durante su reinado. Demasiadas historias rodeaban a los mellizos, todas ellas sanguinarias).

El rey estaba de pie frente a su trono, mirando la superficie brillante de un estanque de adivinación que formaba un círculo negro antes de la plataforma. Ojka encontraba la quietud del estanque casi tan hipnótica como el hombre reflejado en él.

Casi.

Pero había algo que él tenía que esa piscina no. Debajo de la superficie calma del rey, corría energía. Podía sentirla del otro lado de la habitación, propagándose desde él en olas. Una fuente de poder.

La vida podía estar echando raíces en la ciudad, pero en el rey ya había florecido.

Era alto y fuerte, los músculos se entrelazaban sobre su cuerpo escultural, su fuerza era evidente incluso bajo su ropa elegante. El pelo negro peinado hacia atrás

revelaba sus pómulos pronunciados y sus mandíbulas fuertes. La curva de sus labios sobresalía ligeramente y una arruga casi imperceptible se formaba entre sus cejas mientras observaba el estanque, las manos tomadas detrás de la espalda. Sus manos. Recordó el día cuando esas manos habían ido a descansar sobre su piel, una presionada contra la parte de atrás de su cuello, la otra abierta sobre sus ojos. Ella había sentido su poder incluso entonces, antes de que pasara entre ellos, latiendo debajo de la piel de él, y ella lo deseaba, lo necesitaba, como el aire.

La boca de él había estado tan cerca de su oído cuando habló:

—*¿Aceptas este poder?*

—*Lo acepto* —había dicho ella. Y entonces todo fue un calor abrasador y oscuridad y dolor. Ardía. Hasta que su voz surgió de nuevo, cerca, y dijo:

—*Deja de pelear, Ojka. Déjalo entrar*.

Y ella lo había hecho.

Él la había elegido y ella no lo decepcionaría. Igual que en las profecías, su salvador había venido. Y ella estaría ahí a su lado.

—Ojka —dijo ahora sin levantar la vista. Su nombre era un hechizo en sus labios.

—Su Majestad —dijo ella, arrodillándose ante el estanque.

Él alzó lentamente la cabeza.

—Sabes que no me gustan los títulos —dijo, rodeando el estanque. Ella se enderezó y encontró sus ojos, uno verde, otro negro—. Llámame Holland.

Tres

Mareas cambiantes

I



Londres Rojo

La pesadilla comenzó como siempre, con Kell parado en el medio de un lugar público —a veces Tiro de Piedra, o el jardín de estatuas a la entrada de la fortaleza de los Dane, o el Santuario de Londres— rodeado y solo al mismo tiempo.

Esta noche, estaba en el medio del Mercado Nocturno.

Estaba lleno de gente, más lleno de lo que Kell lo había visto jamás, la gente apretada hombro contra hombro a lo largo de la orilla del río. Pensó haber visto a Rhy en el otro extremo, pero para cuando gritó el nombre de su hermano, el príncipe había desaparecido entre la multitud.

Cerca había vislumbrado a una muchacha de pelo negro cortado a la altura de la mandíbula y había llamado «¿Lila?», pero tan pronto como dio un paso hacia ella, la multitud se movió en olas y la tragó de nuevo. Todos le resultaban familiares y todos eran extraños en la cambiante masa de cuerpos.

Y entonces un *shock* de pelo blanco le llamó la atención, la figura pálida de Athos Dane se deslizaba cual serpiente a través de la muchedumbre. Kell gruñó y buscó su cuchillo, solo para ser interrumpido por unos dedos fríos que se cerraron alrededor de los suyos.

—Muchacho de las flores —murmuró una voz a su oído, y él se dio vuelta para encontrar a Astrid, cubierta de grietas, como si alguien hubiese vuelto a unir las piezas de su cuerpo hecho añicos. Kell trastabilló hacia atrás, pero la multitud se volvía incluso más densa ahora, y alguien lo empujó desde atrás. Para cuando recuperó el equilibrio, ambos Dane se habían ido.

Otro destello de Rhy a la distancia. Estaba mirando en derredor, como buscando a alguien, articulando una palabra, un nombre que Kell no podía oír.

Otro extraño se tropezó contra Kell con fuerza.

—Disculpe —murmuró—. Disculpe…

Pero las palabras hacían eco y las personas seguían empujándolo para pasar, como si no lo vieran, como si no estuviese ahí. Y entonces, apenas lo pensó, todo el mundo se detuvo a mitad de paso y todos los rostros se giraron hacia él y los rasgos se transformaron en horribles máscaras de furia y miedo y repugnancia.

—Lo siento —volvió a decir él, alzando las manos, solo para ver que sus venas se volvían negras—. No —susurró, al tiempo que la magia trazaba líneas hacia arriba por sus brazos—. No, por favor, no.

Podía sentir la oscuridad vibrando en su sangre, expandiéndose. La multitud comenzó a moverse otra vez, pero en vez de irse caminando, ahora todos venían hacia él.

—Vayan para atrás —dijo, y cuando no lo hicieron, él intentó correr, solo para descubrir que sus piernas no se movían.

—Demasiado tarde. —Vino de algún lado la voz de Holland. De todos lados—. Una vez que la dejas entrar, ya has perdido.

La magia forzó su avance a través de él con cada latido de su corazón. Kell intentó combatirla, pero ahora estaba en su cabeza, susurrando con la voz de *vitari*.

«Déjame entrar».

El dolor se disparó con fuerza a través del pecho de Kell, al golpearle la oscuridad el corazón, y en la distancia, Rhy colapsó.

—¡No! —gritó Kell, estirándose hacia su hermano, inútilmente, con desesperación, pero cuando su mano rozó a la persona más cercana, la oscuridad saltó como fuego desde sus dedos al pecho del sujeto. Este tembló y luego se desplomó, se deshizo en cenizas al golpear el cuerpo contra las piedras de la calle. La gente a cada lado de él también comenzó a caer, la muerte se expandía como una ola por la multitud, consumiendo a todos silenciosamente. Más allá de ellos, los edificios también empezaron a desplomarse y los puentes y el palacio, hasta que Kell quedó de pie solo en un mundo vacío.

Y entonces, en el silencio, escuchó un sonido: no un llanto ni un grito, sino una *risa*.

Y le tomó un momento reconocer la voz.

Era la suya.



Kell tomó aire por la boca al mismo tiempo que daba un tumbo hacia adelante, al salir del sueño.

La luz se filtraba por las puertas del balcón, al reflejarse en una fina capa de nieve reciente. Las esquirlas de sol lo hicieron estremecer y corrió la vista hacia otro lado, mientras se presionaba el pecho con la mano y esperaba que el corazón se le desacelerara.

Se había quedado dormido en su silla, completamente vestido, y la cabeza le dolía por culpa de los vicios de su hermano.

—Maldición, Rhy —murmuró, mientras se ponía de pie.

Le latía la cabeza, un sonido igualado con lo que fuera que estuviese pasando más allá de su ventana. Los golpes que él —bueno, Rhy— había soportado la noche anterior eran un recuerdo, pero las secuelas de los tragos eran múltiples, y Kell

decidió ahí y entonces que prefería mil veces el dolor agudo y corto de una herida que el dolor alargado e indefinido de la resaca. Se sentía como muerto y mientras se salpicaba agua fría sobre el rostro y el cuello y se vestía, solo podía tener la esperanza de que el príncipe se sintiera peor.

Fuera de su puerta, hacía guardia un hombre de apariencia seria con el cabello cano en las sienes. Kell se avergonzó. Siempre tenía la esperanza de que fuera Hastra. En vez de eso, usualmente le mandaban a Staff. El que lo odiaba.

—Buen día —dijo Kell al pasar.

—Buenas *tardes*, señor —respondió Staff (o Gris, como había apodado Rhy al avejentado guardia real) al seguirle el paso detrás. Kell no se alegró con la aparición de Staff o Hastra como secuela de la Noche Negra, pero no se sorprendió tampoco. No era culpa de los guardias que el rey Maxim ya no confiara en su *antari*. Al igual que no era culpa de Kell que los guardias no siempre pudieran seguirle los pasos.

Encontró a Rhy almorzando con el rey y la reina en la terraza acristalada, un patio cerrado por vidrios. El príncipe parecía estar manejando su resaca con una elegancia asombrosa, pero Kell podía sentir el dolor de cabeza de Rhy latiendo al lado del suyo y notó que el príncipe estaba sentado de espaldas a los paneles de vidrio y la luz que brillaba tras ellos.

—Kell —dijo Rhy animadamente—, comenzaba a pensar que dormirías todo el día.

—Lo siento —dijo Kell con énfasis—, debo haber bebido demasiado anoche.

—Buenas tardes, Kell —dijo la reina Emira, una mujer elegante con piel como de madera pulida y con una diadema de oro apoyada sobre su cabello negro azabache. Su tono de voz era amable pero distante, y pareció que habían pasado semanas desde la última vez que ella se había acercado a tocarle la mejilla. En realidad, había pasado más tiempo. Casi cuatro meses desde la Noche Negra, cuando Kell había dejado que la piedra negra entrase a la ciudad, y *Vitari* había arrasado las calles y Astrid Dane había enterrado una daga en el pecho de Rhy y Kell había dado un trozo de su vida para traerlo de regreso.

«*¿Dónde está nuestro hijo?», había exigido saber la reina, como si solo tuviese uno*.

—Espero que hayas descansado bien —dijo el rey Maxim, echando un vistazo hacia arriba desde el fajo de papeles frente a él.

—Sí, señor. —Había frutas y pan apilados sobre la mesa, y al deslizarse Kell a una silla vacía, un sirviente apareció con una jarra plateada y le sirvió una taza de humeante té. Terminó la taza de un solo y ardiente trago, y el sirviente lo observó, luego dejó la jarra, un pequeño gesto por el cual Kell estaba inmensamente agradecido.

Había dos personas más sentadas a la mesa: un hombre y una mujer, ambos vestidos en gamas de rojo y cada uno con un broche dorado con el sello de Maresh —el cáliz y el sol naciente— ajustado en los hombros. El broche marcaba a las figuras

como amigos de la corona; les permitía acceso completo al palacio e instruía a cualquier sirviente para que no solo les diesen la bienvenida, sino también los asistieran.

—Parlo, Lisane —saludó Kell. Eran los *ostra* seleccionados para ayudar a organizar el torneo, y Kell sentía que los había visto más a ellos en las últimas semanas que al rey y a la reina.

—Maestro Kell —dijeron al unísono, inclinando la cabeza con sonrisas practicadas y modales calculados.

Había un mapa del palacio y los terrenos adyacentes extendido sobre la mesa, un borde bajo un plato de tartas, otro bajo una taza de té, y Lisan estaba señalando el ala sur.

—Hemos organizado que el príncipe Col y la princesa Cora se queden aquí, en la habitación esmeralda. Se harán crecer flores frescas el día anterior a su llegada.

Rhy hizo una mueca a Kell del otro lado de la mesa. Kell estaba demasiado cansado para tratar de interpretarla.

—*Lord* Sol-in-Ar, por otro lado —continuó Lisane—, estará hospedado en el conservatorio occidental. Lo hemos abastecido con café, tal como lo ordenaron, y…

—¿Y qué hay de la reina veskana? —se quejó Maxim—. ¿O el rey faronés? ¿Por qué no nos honran con su presencia? ¿No confían en nosotros? ¿O simplemente tienen mejores cosas que hacer?

Emira frunció el entrecejo.

—Los emisarios que han elegido son apropiados.

Rhy se mofó:

—La reina Lastra de Vesk tiene *siete* hijos, madre; dudo que sea un inconveniente para ella prestarnos dos. En cuanto a los faroneses, *lord* Sol-in-Ar es un antagonista conocido que ha pasado las últimas dos décadas suscitando el descontento dondequiera que vaya, con la esperanza de generar suficiente conflicto para destronar a su hermano y tomar el control de Faro.

—¿Desde cuándo estás tan interesado en la política imperial? —preguntó Kell, quien ya iba por su tercera taza de té.

Para su sorpresa, Rhy le lanzó una reprimenda.

—Estoy interesado en mi *reino*, hermano —espetó—. Tú también deberías estarlo.

—Yo no soy su príncipe —observó Kell. No estaba de humor para soportar la actitud de Rhy—. Solo soy el que tiene que limpiar sus *líos*.

—Oh, ¿dado que tú no has hecho ninguno?

Se sostuvieron la mirada. Kell resistió la urgencia de clavarse un tenedor en la pierna solo para ver a su hermano saltar de dolor.

¿Qué les estaba pasando? Nunca habían sido tan crueles el uno con el otro antes. Pero el dolor y el placer no eran las únicas cosas que parecían haberse transferido con el enlace. Miedo, fastidio, enojo: todo arrastrado por el hechizo de amarre,

reverberando entre ellos, amplificado. Rhy siempre había sido voluble, pero ahora Kell sentía el temperamento continuamente cambiante de su hermano, la oscilación constante, y era enloquecedor. El espacio no significaba nada. Podían estar parados lado a lado o a Londres de distancia. No había escape.

Cada vez más, el vínculo se sentía como una cadena.

Emira se aclaró la garganta.

—Creo que el conservatorio *oriental* sería mejor para *lord* Sol-in-Ar. Llega mejor luz. Pero ¿qué hay de los sirvientes? Los veskanos siempre viajan con un contingente completo…

La reina calmó la mesa, llevando la conversación hábilmente hacia otro lado para evitar los humores caldeados de los hermanos, pero había demasiadas cosas sin decir en el aire, lo que lo hacía denso. Kell se puso de pie y se giró para irse.

—¿Adónde vas? —preguntó Maxim, que le entregó sus papeles a un sirviente.

Kell se dio vuelta.

—Iba a supervisar la construcción de los estadios flotantes, Su Alteza.

—Rhy se puede encargar de eso —dijo el rey—. Tú tienes un recado que llevar. —Con eso, sostuvo en alto un sobre. Kell no se había dado cuenta cuán deseoso estaba de irse (de escapar no solo del palacio, sino de esta ciudad, de este mundo) hasta que vio esa hoja de papel.

No tenía dirección, pero sabía exactamente adónde debía llevarlo. Con el trono del Londres Blanco vacío y la ciudad inmersa en una guerra por la corona por primera vez en siete años, las comunicaciones habían sido suspendidas. Kell había ido solo una vez, en las semanas que siguieron a la caída de los mellizos Dane, y casi había perdido la vida a manos de las masas violentas, después de lo cual, Kell había decidido que dejaría al Londres Blanco solo por un tiempo, hasta que las cosas se arreglaran. Eso solo dejaba al Londres Gris. El reino más simple, sin magia, puro humo gris del carbón y piedra maciza.

—Iré ahora mismo —dijo Kell, cruzando hacia el rey.

—Cuidado con el príncipe regente —advirtió el rey—. Estas correspondencias son cuestión de tradición, pero las preguntas de este hombre se han vuelto incisivas.

Kell asintió. Con frecuencia había querido preguntarle al rey Maxim qué pensaba sobre el líder del Londres Gris y se había preguntado sobre los contenidos de sus cartas, si el príncipe regente preguntaba muchas cosas sobre la corona vecina tanto como lo hacía con Kell.

—Suele preguntar sobre magia —le dijo al rey—. Hago lo que puedo para disuadirlo.

Maxim resopló.

—Es un hombre estúpido. Ten cuidado.

Kell levantó una ceja. ¿Estaba Maxim realmente preocupado por su seguridad? Pero entonces, al estirarse para tomar la carta, vio un destello de desconfianza en los ojos del rey y se sintió desanimado. Maxim llevaba sus resentimientos como

cicatrices. Se iban desvaneciendo de a poco, pero siempre dejaban una marca.

Sabía que él mismo se lo había buscado. Por años había usado sus expediciones como emisario para transportar objetos prohibidos entre los mundos. Si no hubiese desarrollado su reputación como contrabandista, la piedra negra nunca habría encontrado la forma de llegar a sus manos, nunca habría matado a hombres y mujeres ni traído el caos al Londres Rojo. O quizá los Dane igual hubiesen encontrado la forma, pero no habrían usado a *Kell* para eso. Había sido un peón y un estúpido y ahora estaba pagando por ello —al igual que Rhy estaba obligado a pagar su propia parte, por el amuleto de posesión que había llevado a Astrid Dane a tomar residencia en su cuerpo—. Al final, ambos tenían la culpa. Pero el rey aún amaba a Rhy. La reina aún lo miraba.

Emira sacó un segundo sobre, uno más pequeño. La nota para el rey George. Una cortesía más que nada, pero el frágil rey se aferraba a estas correspondencias, al igual que Kell. El rey enfermo no tenía ni idea de cuán cortas se estaban tornando y Kell no tenía ninguna intención de dejárselo saber. Le había tomado el gusto a elaborar, entretejer historias íntimas sobre el rey y la reina arnesianos, las proezas del príncipe y la propia vida de Kell en el palacio. Quizá esta vez le contaría a George sobre el torneo. Al rey le encantaría.

Tomó las cartas y se dio vuelta para irse y ya estaba pensando lo que diría, cuando Maxim lo detuvo.

—¿Qué hay de tu punto de retorno?

Kell se contrajo imperceptiblemente. La pregunta era como un pequeño tirón, un recordatorio de que ahora lo tenían controlado.

—La puerta estará a la entrada de Naresh Kas, justo a la salida del extremo sur del Mercado Nocturno.

El rey le echó una mirada a Staff, quien se quedaría cerca de la puerta, para asegurarse de que hubiese escuchado, y el guardia asintió con la cabeza una vez.

—No vuelvas tarde —ordenó Maxim.

Kell se dio vuelta y dejó a la familia real hablando de las visitas que vendrían por el torneo y de sábanas frescas y de quién prefería café o vino o té fuerte.

A las puertas de la terraza acristalada, echó una mirada hacia atrás y encontró que Rhy lo estaba mirando con una expresión que podría haber sido un «lo siento», pero también «vete al carajo» o como mínimo un «hablamos luego». Kell dejó de lado el tema y escapó, metiendo las cartas en el bolsillo de su abrigo. Caminó enérgicamente por los pasillos del palacio, de regreso a su dormitorio y más allá de este por la segunda habitación, más pequeña, y cerró la puerta detrás de sí. Rhy probablemente hubiese usado semejante rincón para guardar botas o prendedores para capas, pero Kell había transformado el espacio en una biblioteca pequeña pero bien surtida que contenía los textos sobre magia que él había recopilado. Eran tanto filosóficos como prácticos, muchos regalados por el maestro Tieren o tomados de la biblioteca real, así como sus propios diarios, garabateados con pensamientos sobre la magia de sangre

antari, sobre la cual se sabía muy poco. Le había dedicado a *vitari* un volumen negro y delgado, la magia negra que él había tomado —despertado y destruido— el año anterior. Ese diario contenía más preguntas que respuestas.

En la parte trasera de la puerta de madera de la biblioteca, había media docena de símbolos dibujados a mano, cada uno simple pero definido, atajos a otros lugares en la ciudad, dibujados cuidadosamente con sangre. Algunos estaban desvanecidos por la falta de uso, otros eran recientes. Uno de los símbolos —un círculo con un par de líneas cruzadas dibujadas dentro— llevaba al santuario de Tieren en la otra orilla. Mientras Kell trazaba la marca con sus dedos, recordó vívidamente haber ayudado a Lila a cargar un Rhy moribundo a través de la puerta. Otra marca había llevado en otro tiempo a Kell a su habitación en Campos de Rubí, el único lugar en Londres que había sido verdaderamente suyo. Ahora no era nada más que una mancha.

Kell escaneó la puerta hasta que encontró el símbolo que estaba buscando: una estrella hecha con tres líneas cruzadas.

Esta marca venía con sus propios recuerdos, de un rey anciano en una habitación convertida en celda, con los dedos cerrados alrededor de una moneda roja, murmurando sobre magia que se desvanecía.

Kell desenvainó su daga de debajo del puño de su abrigo y se rasgó la muñeca. La sangre se acumuló, abundante y roja. Pasó un dedo por la herida y dibujó la marca de nuevo. Cuando terminó, presionó la palma de la mano contra el símbolo y dijo:

—*As Tascen*. —*Transferir*.

Y después dio un paso adelante.

El mundo se ablandó y se distorsionó alrededor de su mano, y él pasó desde el rincón oscuro a la luz del sol, suficientemente fuerte y brillante como para revivir el dolor que se apagaba detrás de sus ojos. Kell ya no estaba en su biblioteca improvisada, sino parado en un patio bien decorado. No estaba en el Londres Gris, aún no, sino en el jardín de un *ostra* en un elegante pueblo llamado Disan, significativo no por sus grandes árboles frutales o sus estatuas de vidrio, sino porque ocupaba el mismo terreno en el Londres Rojo que el Castillo de Windsor ocupaba en el Gris.

Era el mismo terreno *exacto*.

La magia para viajar funcionaba solo de dos maneras. Kell o bien podía ser transferido entre dos lugares distintos en un mismo mundo o bien viajar al mismo lugar de mundos diferentes. Y como mantenían al rey inglés en Windsor, que se ubicaba bien a las afueras de la ciudad de Londres, él tenía que abrirse camino primero al jardín del *ostra* Paveron. Era una idea inteligente en cuanto a navegación por parte de Kell… aunque no había nadie que supiera lo suficiente de magia *antari* para apreciarlo. Holland quizá, pero Holland estaba muerto y probablemente había tenido una red de cruces e intermedios suficientemente intrincada como para hacer que los intentos de Kell se vieran infantiles. El aire invernal se batía alrededor de él, que tembló al sacar las cartas de su bolsillo con la mano que no tenía sangre, luego

dio vuelta su abrigo de adentro hacia afuera y otra vez y de afuera adentro, hasta que encontró el lado que estaba buscando: una prenda negra hasta la rodilla con una capucha y un forro de terciopelo. Adecuado para el Londres Gris, donde el frío siempre se sentía más intenso, penetrante y húmedo de una forma que calaba por piel y tela.

Kell se puso el nuevo abrigo con una sacudida de hombros y guardó las cartas bien adentro de uno de los bolsillos (estaban forrados con una lana suavizada en vez de seda), sopló una nube de respiración cálida y marcó la pared helada con sangre de su mano. Pero entonces, cuando estaba buscando el cordón de suvenires alrededor de su cuello, algo le llamó la atención. Hizo una pausa y miró alrededor, observando el jardín. Estaba solo, verdaderamente solo, y se encontró a sí mismo queriendo disfrutarlo. Aparte de un viaje al norte cuando Rhy y él eran chicos, esto era lo más lejos que Kell se había alejado de la ciudad. Siempre había sido observado, pero se había sentido más confinado en los últimos cuatro meses que en los casi veinte años que había servido a la corona. Kell solía sentirse como una posesión. Ahora se sentía como un prisionero.

Quizá debería haber huido cuando tuvo la oportunidad.

«Aún puedes huir», dijo una voz en su oído. Sonaba sospechosamente como Lila.

Al final, ella había escapado. ¿Podía hacerlo él? No tenía que huir a otro mundo. ¿Qué pasaría si simplemente… se fuese? Se alejase del jardín y del pueblo, lejos de la ciudad. Podía tomar un tren o un barco hacia el océano y después… ¿qué? ¿Cuán lejos podía llegar sin casi nada de dinero propio y un ojo que lo marcaba como *antari*?

«Podrías tomar lo que necesitas», le dijo la voz.

Era un mundo muy grande. Y él no lo había visto nunca.

Si se quedaba en Arnes, tarde o temprano lo encontrarían. ¿Y si huía a Faro o Vesk? Los faroneses veían su ojo como una marca de fortaleza, nada más, pero Kell había escuchado su nombre junto a una palabra veskana: *crat'a —pilar—*. Como si él solo sostuviera el imperio arnesiano. Y si alguno de los dos imperios le ponía las manos encima…

Kell miró fijo su mano ensangrentada. Santos, ¿cómo podía estar realmente considerando huir?

Era una locura la idea de que podía —de que *iría a*— abandonar su ciudad. A su rey y su reina. A su hermano. Los había traicionado una vez —bueno, un delito, aunque cometido varias veces— y casi le había costado todo. No los dejaría otra vez, sin importar qué agitación se había despertado en él.

«Podrías ser libre», insistió la voz.

Pero esa era la cuestión. Kell nunca sería libre. Sin importar cuán lejos se fuera. Él había renunciado a la libertad junto con su vida al entregársela a Rhy.

—Suficiente —dijo en voz alta, silenciando las dudas al mismo tiempo que sacaba el cordón correspondiente de debajo de su camisa y lo pasaba por sobre su

cabeza. De la tira colgaba una moneda de cobre, la cara alisada por tantos años de uso. «Suficiente», pensó y luego llevó la mano ensangrentada a la pared del jardín. Tenía un trabajo que hacer.

—*As Travars*.

Viajar.

El mundo comenzó a plegarse alrededor de las palabras y la sangre y la magia, y Kell dio un paso adelante, con la esperanza de dejar atrás sus problemas con su Londres, intercambiarlos por unos pocos minutos con el rey.

Pero apenas sus botas se afirmaron sobre la alfombra del palacio, se dio cuenta de que sus problemas tan solo acababan de comenzar. En ese mismo instante, Kell supo que algo andaba mal.

Windsor estaba demasiado silencioso. Demasiado oscuro.

El bol de agua que usualmente lo esperaba en la antesala estaba vacío, las velas a ambos lados, apagadas. Cuando intentó escuchar el sonido de pasos, los escuchó, lejanos, en pasillos detrás de él, pero en la recámara que había adelante, solo encontró silencio.

El terror le trepó a medida que avanzaba hacia la sala de estar del rey, con la esperanza de ver su figura avejentada durmiendo en su silla de respaldo alto o de escuchar su voz frágil y melódica. Pero la habitación estaba vacía. Las ventanas estaban cerradas y aseguradas contra la nieve y no había fuego en el hogar. La habitación estaba fría y oscura de un modo como de clausura.

Kell fue hacia la chimenea y estiró las manos, como para calentarlas, y un instante después, las llamas lamían el hogar vacío. El fuego no duraría mucho, alimentado por nada más que aire y magia, pero con su luz, Kell cruzó el espacio en busca de señales de ocupación reciente. Té frío. Una manta olvidada. Pero la habitación se sentía abandonada, sin rastros de haber sido habitada.

Y entonces su mirada captó la carta.

Si podía llamarse carta.

Un simple pedazo de papel color crema, doblado y apoyado en la bandeja frente al fuego, con su nombre escrito en el frente con la caligrafía firme y confiada del príncipe regente.

Kell tomó la nota, sabiendo qué encontraría antes de desplegar la página, pero igual se sintió mal ante las palabras que bailaban a la luz del fuego encantado.

El rey ha muerto.

II



Las cuatro palabras lo golpearon como un puñetazo.

El rey ha muerto.

Kell se tambaleó; no estaba acostumbrado a las pérdidas. Le temía a la muerte —siempre lo había hecho—, ahora más que nunca, con la vida del príncipe atada a la suya; pero hasta la Noche Negra, Kell nunca había perdido a nadie que conociera. A nadie que le *agradara*. Siempre había sentido cariño por el rey enfermo, incluso en sus últimos años, cuando la locura y la ceguera le robaron la mayor parte de su dignidad y todo su poder.

Y ahora el rey se había ido. El resultado de una suma que había regresado a sus partes, como diría Tieren.

Debajo, el príncipe regente había agregado una posdata.

Sal al pasillo. Alguien te traerá a mis aposentos.

Kell dudó y miró alrededor de la habitación vacía. Y luego, sin ganas, cerró la mano en un puño, sumergiendo el fuego de la chimenea nuevamente en la nada y la habitación nuevamente en la oscuridad, y se fue. Afuera, después de la antesala, a los pasillos de más allá.

Era como poner un pie en otro mundo.

Windsor no era tan opulento como St. James, pero estaba muy lejos de ser tan lúgubre como lo hacía parecer la habitación del viejo rey. Tapices y alfombras les daban calidez a los pasillos. Oro y plata destellaban desde los candelabros e ilustraciones. Había lámparas que ardían en las paredes arbotantes y la brisa parecía traer voces y música.

Alguien se aclaró la garganta y Kell se dio vuelta para encontrar un sirviente bien vestido que lo estaba esperando.

—Ah, señor, muy bien, por aquí —dijo el hombre con una reverencia y después, sin esperar, avanzó por el pasillo.

La mirada de Kell vagó mientras caminaban. Nunca había explorado los pasillos más allá de los aposentos del rey, pero estaba seguro de que no habían sido siempre así.

Las llamas ardían altas en los hogares de cada habitación que pasaban, haciendo

el palacio incómodamente cálido. Las habitaciones mismas estaban todas ocupadas y Kell no pudo evitar sentir que lo estaban poniendo en exhibición, lo estaban guiando por entre damas murmurantes y caballeros curiosos. Cerró los puños con fuerza y bajó la mirada. Para cuando fue depositado en una enorme sala de estar, su rostro estaba rojo de calor y fastidio.

—Ah, maestro Kell.

El príncipe regente —el *rey*, se corrigió Kell a sí mismo— estaba sentado en un sofá, flanqueado por un puñado de hombres acartonados y mujeres risueñas. Él se veía más gordo y más arrogante que nunca, los botones tirantes, su nariz y mentón apuntando hacia arriba. Sus compañeros se quedaron en silencio al ver a Kell parado ahí con su abrigo negro de viaje.

—Su Majestad —dijo, inclinando la cabeza hacia adelante en la más mínima expresión de deferencia. El gesto hizo que el pelo le volviera a caer sobre el ojo negro. Sabía que las siguientes palabras que dijese debían expresar condolencias, pero al mirar el rostro del nuevo rey, Kell sintió que era el más afligido de los dos—. Hubiese ido a St. James de haber…

George hizo un gesto enfático de desenfado con la mano.

—No vine aquí por ti —dijo, poniéndose de pie, aunque sin elegancia—. Voy a pasar una quincena en Windsor, para resolver varias cuestiones. Para dar fin a algunos asuntos, por así decirlo. —Debió haber visto el desagrado que le retorció el rostro a Kell, porque agregó—: ¿Qué pasa?

—No parece entristecido por la pérdida —observó Kell.

George resopló.

—Mi padre ha estado muerto tres semanas y debería haber tenido la decencia de morirse hace años, cuando apenas se enfermó. Por su propio bien y por el mío. —Una sonrisa amarga se extendió por el rostro del nuevo rey como una ola—. Pero supongo que para ti el *shock* es nuevo. —Cruzó hacia un bar lateral para servirse un trago—. Siempre me olvido —dijo mientras el líquido color ámbar se derramaba por el cristal— de que mientras estás en tu mundo, no escuchas nada sobre el nuestro.

Kell se tensionó, su atención pasó con rapidez a los aristócratas salpicados por la vasta habitación. Estaban susurrando, mirando a Kell con interés por sobre sus copas.

Kell resistió la urgencia de estirarse y agarrar de la manga al rey.

—¿Cuántas de estas personas saben? —exigió saber, luchando por mantener la voz baja, firme— ¿Sobre mí?

George hizo un gesto de desdén con la mano.

—Oh, no hay inconvenientes. Creo que les he dicho que eras un dignatario extranjero. Lo cual es cierto, en el sentido más estricto. Pero el problema es que cuanto menos sepan, más rumores habrá. Quizá simplemente deberíamos presentarte…

—Quisiera rendir honores —interrumpió Kell— al antiguo rey. —Sabía que enterraban a los hombres en este mundo. Le resultaba extraño poner un cuerpo en una

caja, pero significaba que el rey (lo que quedara de él) estaría aquí en algún lugar.

George suspiró, como si el pedido fuese a la vez algo esperable y terriblemente inconveniente.

—Lo supuse —dijo y terminó su trago—. Está en la capilla. Pero primero… —Estiró una mano, adornada profusamente con anillos—. Mi carta. —Kell sacó el sobre del bolsillo de su abrigo—. Y la de mi padre.

A regañadientes, Kell sacó la segunda nota. El viejo rey siempre había tenido tanto cuidado con las misivas, incluso le había ordenado a Kell que no arruinara el sello. El nuevo rey tomó un cuchillo corto del bar lateral y cortó el sobre para sacar los contenidos. Odió la idea de que George viera la exigua nota.

—¿Viniste todo el camino hasta aquí para leerle esto? —preguntó, con desprecio.

—Apreciaba al rey.

—Bueno, tendrás que arreglártelas conmigo ahora.

Kell no dijo nada.

La segunda carta era bastante más larga y el nuevo rey se sentó en un sillón para leerla. Kell se sintió extremadamente incómodo ahí parado mientras George inspeccionaba la misiva y su séquito lo inspeccionaba a él. Cuando el rey la hubo leído tres o cuatro veces, asintió para sí, guardó la carta y se puso de pie.

—Muy bien —dijo—, terminemos con esto.

Kell siguió a George hacia afuera, agradecido de poder escapar de la habitación y todas las miradas en ella.

—Hace un frío infernal fuera —dijo el rey, arropándose con un abrigo exuberante—. Supongo que no puedes hacer algo al respecto, ¿no?

Los ojos de Kell se entrecerraron.

—¿Con el clima? No.

El rey se encogió de hombros y ambos salieron a los terrenos del palacio, seguidos de cerca por un montón de asistentes. Kell tiró de su abrigo para ceñirlo a su cuerpo; era un día helado de febrero, el viento fuerte y el aire húmedo y extremadamente frío. Caía nieve alrededor de ellos, si podía decirse que caía. El aire la atrapaba y retorcía los ventisqueros en espirales, de modo que muy poca llegaba a tocar el suelo congelado. Kell levantó su capucha.

A pesar del frío, tenía las manos desnudas dentro de los bolsillos; las puntas de los dedos se le estaban entumeciendo, pero los *antari* dependían de sus manos y su sangre para hacer magia, y los guantes eran engorrosos, un obstáculo para lanzar hechizos rápido. No es que temiera un ataque en suelo del Londres Gris, pero prefería estar preparado…

Por otro lado, con George, una conversación simple se sentía un poco como un duelo, al sentir los dos poco cariño y aún menos confianza el uno por el otro. Además, la fascinación del nuevo rey por la magia iba en aumento. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que George hiciera que Kell atacara, solo para ver si se defendía y cómo? Sin embargo, semejante movida sería renunciar a la comunicación entre sus

mundos, y Kell no creía que el rey fuera *tan* estúpido. Al menos esperaba que no; por mucho que Kell odiara a George, no quería perder su única excusa para viajar.

La mano de Kell encontró la moneda en el bolsillo y la giró una y otra vez distraídamente para mantener los dedos calientes. Supuso que estaban caminando al cementerio, pero en lugar de eso, el rey lo llevó a una iglesia.

—La capilla de St. George —explicó el rey, al entrar.

Era impresionante, una estructura elevada, llena de bordes filosos. Dentro, el techo estaba abovedado sobre un piso de piedra a cuadros. George entregó su abrigo externo sin mirar; simplemente asumió que habría alguien ahí para tomarlo, y así era. Kell levantó la vista hacia la luz que se vertía por los vitrales y pensó abstraídamente que este no era un mal lugar para ser enterrado. Hasta que se dio cuenta de que George III no yacía aquí para descansar eternamente, rodeado de luz solar.

Estaba en el panteón.

El techo era más bajo y la luz era escasa, y eso, sumado al olor de las piedras llenas de polvo, hizo que la piel de Kell se erizara.

George tomó de un estante un candelabro sin encender.

—¿Te importaría? —preguntó el rey. Kell frunció el entrecejo. Había cierta hambre en la forma en que George lo pidió. Codicioso.

—Por supuesto —dijo Kell. Se estiró hacia las velas, sus dedos flotaron sobre ellas antes de continuar más allá hacia un jarrón con fósforos largos. Tomó uno, lo golpeó con un pequeño y ceremonial ademán y encendió las velas.

George frunció los labios, decepcionado.

—Siempre estabas deseoso de hacer trucos para mi padre.

—Su padre era un hombre diferente —dijo Kell, sacudiendo el fósforo para apagarlo.

El entrecejo de George se frunció aún más. Obviamente no estaba acostumbrado a que le dijeran no, pero Kell no estaba seguro de si estaba molesto por la negativa en general o por la negativa específica respecto de la magia. ¿Por qué insistía tanto con una demostración? ¿Simplemente ansiaba una prueba? ¿Entretenimiento? ¿O era algo más?

Siguió al hombre por el panteón real, suprimiendo un escalofrío ante el pensamiento de ser enterrado aquí. Ser colocado en una caja en la tierra era bastante malo, pero ¿ser *sepultado* así, con capas de piedra entre tú y el mundo? Kell nunca comprendería la forma en que estos ciudadanos grises encerraban así a sus muertos, atrapando en oro y madera y piedra los cascarones descartados, como si quedara algún resto de quienes habían sido en vida. ¿Y si así era? Qué castigo cruel.

Cuando George llegó a la tumba de su padre, apoyó el candelabro en el suelo, extendió el dobladillo de su abrigo hacia su mano y se arrodilló con la cabeza inclinada. Movió los labios silenciosamente por unos pocos segundos y luego sacó una cruz de oro de debajo de su cuello y la tocó con los labios. Finalmente se puso de pie, frunció el entrecejo ante el polvo en sus rodillas y lo barrió con la mano para

sacarlo.

Kell se estiró y descansó una mano cuidadosamente sobre la tumba, deseando poder sentir algo —lo que fuese— dentro. Era silencio y frío.

—Sería apropiado decir una plegaria —dijo el rey.

Kell frunció el entrecejo, confundido.

—¿Con qué fin?

—Por su alma, por supuesto. —La confusión de Kell debió haber sido evidente —. ¿No tienen a Dios en su mundo? —Él negó con la cabeza. George pareció desconcertado—. ¿Ningún poder superior?

—No dije eso —respondió Kell—. Supongo que se podría decir que veneramos la magia. Ese es nuestro poder superior.

—Eso es herejía.

Kell levantó una ceja, su mano se deslizó por la tapa de la tumba.

—Su Majestad, ustedes veneran una cosa que no pueden ni ver ni tocar, mientras que yo venero algo con lo que me involucro cada momento de todos los días. ¿Cuál es el camino más lógico?

George arrugó la frente.

—No es una cuestión de lógica. Es una cuestión de fe.

Fe. Parecía un sustituto superficial, pero Kell supuso que no podía culpar a los grismundistas. Todos necesitaban creer en *algo* y, sin magia, se habían conformado con un dios inferior. Uno lleno de agujeros y misterio y reglas inventadas. La ironía era que habían abandonado la magia mucho antes de que esta los abandonara a ellos, sofocándola con ese dios todopoderoso de ellos.

—¿Pero qué hay de sus muertos? —insistió el rey.

—Los quemamos.

—Un ritual pagano —dijo con desprecio.

—Mejor que poner sus cuerpos en una caja.

—¿Y qué hay de sus *almas*? —presionó George, que pareció genuinamente perturbado—. ¿Adónde creen que van, si no creen en el cielo y el infierno?

—Vuelven a la fuente —dijo Kell—. La magia está en todo, Su Majestad. Está en la corriente de vida. Creemos que cuando uno muere, su alma regresa a esa corriente y el cuerpo se reduce nuevamente a los elementos.

—¿Pero qué pasa con *uno*?

—*Uno* cesa de ser.

—¿Cuál es el sentido, entonces —refunfuñó el rey—, de vivir una vida buena si no hay nada después? ¿Si no hay ganancia?

Kell se había preguntado la misma cosa, a su propio modo, pero no era un más allá lo que anhelaba. Simplemente él no quería volver a la nada, como si nunca hubiese sido. Pero haría frío en el infierno del Londres Gris antes de que él estuviese de acuerdo con el nuevo rey en algo.

—Supongo que el sentido es vivir bien.

La tez del rey se estaba volviendo rubicunda.

—¿Pero qué lo detiene a uno para no cometer pecados, si no hay nada que temer?

Kell se encogió de hombros.

—He visto a gente pecar en el nombre de dios y en el nombre de la magia. La gente abusa de su poder superior, sin importar qué forma tenga este.

—Pero ¿sin más allá? —refunfuñó el rey— ¿Sin vida eterna? Es antinatural.

—Al contrario —dijo Kell—. Es la cosa más natural del mundo. La naturaleza está hecha de ciclos y nosotros estamos hechos de naturaleza. Lo que es antinatural es creer en un hombre infalible y en un lugar bonito que nos espera en el cielo.

La expresión de George se oscureció.

—Cuidado, maestro Kell. Eso es blasfemia.

Kell frunció el entrecejo.

—Nunca me dio la impresión de que fuera un hombre muy pío, Su Majestad.

El rey se enojó consigo mismo.

—Más vale prevenir que curar. Además —dijo, mirando en derredor—, soy el rey de Inglaterra. Mi legado es divino. Gobierno por la gracia de ese Dios del que te burlas. Soy Su sirviente, dado que este reino es mío por Su gracia. —Sonaba como algo recitado. El rey se guardó la cruz nuevamente bajo el cuello—. Quizá —agregó, retorciendo el rostro— veneraría a tu dios si pudiera verlo y tocarlo como tú.

Y aquí estaban de nuevo. El viejo rey había visto la magia con reverencia, con el asombro de un niño. Este nuevo rey la veía de la forma en que miraba todo. Con codicia.

—Se lo advertí una vez, Su Majestad —dijo Kell—. La magia no tiene lugar en su mundo. Ya no.

George sonrió y por un instante se pareció más a un lobo que a un hombre bien alimentado.

—Tú mismo lo dijiste, maestro Kell, el mundo está lleno de ciclos. Quizá nuestro tiempo regrese. —Y entonces la sonrisa se desvaneció, tragada por su usual expresión burlona. El efecto era desconcertante e hizo que Kell se preguntara si el hombre era realmente tan denso y egocéntrico como su gente pensaba, o si había algo allí, detrás del caparazón frívolo, indulgente consigo mismo.

¿Qué había dicho Astrid Dane?

«No confío en nada que no me pertenezca».

Una corriente atravesó el panteón, haciendo que la luz de las velas titilara.

—Ven —dijo George, dándole la espalda a Kell y a la tumba del viejo rey.

Kell vaciló, luego sacó el lin del Londres Rojo de su bolsillo, la estrella brillando en el centro de la moneda. Siempre le traía una al rey; todos los meses, el viejo monarca aseguraba que la magia en la suya se desvanecía, como el calor de las brasas agonizantes, así que Kell le traía una para cambiársela, tibia de estar en el bolsillo y con olor a rosas. Ahora Kell observó la moneda mientras la hacía girar sobre sus dedos.

—Esta es nueva, Su Majestad. —La tocó con los labios y luego se estiró y puso la moneda tibia sobre la fría tumba de piedra.

—*Sores nast* —susurró. *Que duerma bien*.

Y con eso, Kell siguió al nuevo rey por las escaleras y de regreso al frío.



Kell luchó consigo mismo para no moverse nerviosamente mientras esperaba que el rey de Inglaterra terminara de escribir su carta.

El hombre se estaba tomando su tiempo, dejando que el silencio en la habitación se profundizara hasta volverse algo tan inmensamente incómodo que incluso Kell quiso hablar, aunque no fuera más que para romperlo. Sabiendo que ese probablemente fuera el objetivo, se contuvo y se quedó parado mirando la nieve caer y el cielo oscurecerse más allá de la ventana.

Cuando finalmente la carta estuvo lista, George se sentó hacia atrás en su silla y levantó su copa de vino, que bebió mientras observaba las páginas.

—Cuéntame una cosa —dijo— sobre la magia. —Kell se tensionó, pero el rey continuó—: ¿Todos en tu mundo poseen esta habilidad?

Kell dudó.

—No, no todos —dijo—. Y no equitativamente.

George inclinó la copa de un lado a otro.

—Entonces se podría decir que los poderosos son elegidos.

—Algunos creen eso —dijo Kell—, otros creen que simplemente es una cuestión de suerte. Una buena mano en la repartición de las cartas.

—Si ese es el caso, entonces a ti te repartieron unas *muy* buenas cartas.

Kell lo observó serenamente.

—Si ha terminado su nota, yo debería…

—¿Cuántas personas pueden hacer lo que tú haces? —interrumpió el rey—. ¿Cuántos pueden viajar entre los mundos? Apuesto que no muchos, o los hubiese visto. Realmente —dijo, poniéndose de pie—, es asombroso que tu rey te deje ir fuera de su alcance.

Podía ver los pensamientos en los ojos de George, como engranajes que se movían. Pero Kell no tenía ninguna intención de convertirse en parte de la colección de ese hombre.

—Su Majestad —dijo Kell, intentando mantener la voz calma—, si siente la urgencia de mantenerme aquí, pensando que puede ganar algo, le recomiendo *enérgicamente* que desista del intento y le recuerdo que cualquier gesto de ese estilo lo haría renunciar a cualquier comunicación futura con mi mundo. —«Por favor, no haga esto», quería añadir. «Ni siquiera lo intente». No podía soportar el solo

pensamiento de perder su último escape—. Además —agregó para asegurarse—, creo que encontraría que no es fácil mantenerme.

Por suerte, el rey alzó sus manos llenas de anillos en una especie de acatamiento burlón.

—Me malinterpretas —dijo con una sonrisa, aunque Kell no creía haberse equivocado en lo absoluto—. Simplemente no veo por qué nuestros dos *grandiosos* reinos no pueden tener un vínculo más cercano.

Dobló su carta y la selló con cera. Era larga, con varias páginas más de lo normal, a juzgar por la forma en que los papeles sobresalían y por su peso, que Kell sintió al tomarla.

—Por años, estas cartas han estado llenas de formalidades, anécdotas en vez de historia, advertencias en lugar de explicaciones, información inútil, cuando podríamos estar compartiendo conocimiento de *verdad* —insistió el rey.

Kell deslizó el sobre adentro de un bolsillo de su abrigo.

—Si eso es todo…

—En realidad no lo es —dijo George—. Tengo algo para ti.

Kell se contrajo cuando el hombre apoyó una pequeña caja sobre la mesa. No la tomó.

—Es muy amable de su parte, Su Majestad, pero debo rehusarme.

La sonrisa superficial de George se desvaneció.

—¿Rechazas un regalo del *rey de Inglaterra*?

—Rechazaría un regalo de cualquiera —dijo Kell—, especialmente cuando puedo darme cuenta de que supone un pago. Aunque no sé por qué.

—Es bastante simple —dijo George—. La próxima vez que vengas, quisiera que *me* traigas algo a cambio.

Kell sintió desprecio, pero no dejó que se notase.

—La transferencia es traición —dijo, recitando una regla que había roto muchas veces.

—Serías muy bien recompensado.

Kell se pellizcó el puente de la nariz.

—Su Majestad, hubo un tiempo en el que quizá hubiera considerado su pedido. —«Bueno, no el suyo», pensó Kell, «*pero* el de alguien»—. Pero ese tiempo ha pasado. Solicite a mi rey conocimientos, si desea. Pídale a él un regalo y, si se lo concede, lo traeré. Pero no cargo nada por propia voluntad. —Las palabras aún dolían al decirlas, una herida que aún no estaba del todo sanada, la piel aún sensible. Hizo una reverencia y se dio vuelta para irse, aunque el rey no lo había despedido.

—Muy bien —dijo George, poniéndose de pie, con las mejillas ruborizadas—. Te acompañaré hasta afuera.

—No —dijo Kell, dándose vuelta—, no quiero causarle semejante molestia —agregó—. Tiene huéspedes que atender. —Las palabras eran cordiales. El tono no—. Me iré por donde vine.

«Y usted no me seguirá».

Kell dejó a George, con el rostro encolerizado, al lado del escritorio y volvió sobre sus pasos hacia la recámara del viejo rey. Deseó poder cerrar la puerta detrás de sí. Pero por supuesto, todas las cerraduras estaban del lado de afuera de esa habitación. Otro recordatorio de que esa habitación había sido más una prisión que un palacio.

Cerró los ojos y trató de recordar la última vez que había visto al rey vivo. El viejo monarca no había tenido un buen aspecto. Para nada. Pero aun así había reconocido a Kell, aun así se había iluminado con su presencia, aun así había sonreído y había llevado su carta real a su nariz para oler su aroma.

«Rosas» había murmurado suavemente. «Siempre rosas».

Kell abrió los ojos. Parte de él —una parte cansada y de luto— simplemente quería irse a casa. Pero el resto de él quería irse de este condenado castillo, ir a algún lugar donde no fuese un emisario real o un *antari*, ni un prisionero ni príncipe, y vagar por las calles del Londres Gris hasta ser solo una sombra, una de miles.

Cruzó a la pared más lejana, donde cortinas pesadas enmarcaban la ventana. Hacía tanto frío aquí dentro que el vidrio no se había cubierto de escarcha. Corrió la cortina y reveló el diseño del empapelado que había detrás, que estaba manchado con un símbolo desgastado, poco más que un borrón bajo la luz tenue. Era un círculo atravesado por una sola línea, una marca de transferencia que llevaba desde Windsor a St. James. Movió la cortina aún más para revelar una marca que debería haberse perdido mucho tiempo atrás, si no hubiese sido completamente escudada del tiempo y la luz.

Una estrella de seis puntas. Una de las primeras marcas que Kell había hecho, años atrás, cuando el rey había sido llevado a Windsor. Había dibujado la misma marca sobre las piedras de la pared de un jardín al lado de Westminster. La segunda marca se había perdido hacía tiempo, lavada por la lluvia o enterrada por el musgo, pero no importaba. Había sido dibujada una vez y aunque las líneas ya no fueran visibles, un sello de sangre no se desvanecía del mundo tan rápido como se perdía de vista.

Kell se levantó la manga y sacó su cuchillo. Talló una línea superficial contra el dorso de su brazo, tocó la sangre con un dedo y volvió a trazar el símbolo. Presionó la mano contra este y echó una última mirada a la habitación vacía, a la luz que se colaba por debajo de la puerta, escuchando los sonidos de risas lejanas.

«Malditos reyes», pensó Kell, para irse de Windsor de una vez por todas.

III



Los confines de Arnes

Las botas de Lila pisaron tierra por primera vez en meses.

La última vez que habían atracado había sido en Korma tres semanas atrás y Lila había sacado la paja corta y había tenido que quedarse a bordo, con el barco. Antes de eso, habían estado en Sol y Rinar, pero en ambas ocasiones Emery había insistido en que se quedara en el *Aguja*. Probablemente no hubiese hecho caso, pero había algo en la voz del capitán que hizo que se quedara. Había bajado en el pueblo portuario de Elon, pero eso había sido la mitad de una noche hacía más de dos meses.

Ahora marcó el piso con una bota, maravillada ante cuán sólido se sentía el mundo bajo sus pies. En el mar, todo se movía. Incluso en días calmos, cuando no había viento y la marea estaba calma, te parabas sobre una cosa que estaba apoyada en el agua. El mundo era flexible y oscilaba. Los marineros hablaban sobre el equilibrio del mar, la forma en que te arrojaba, tanto cuando subías a bordo por primera vez y, luego, cuando desembarcabas.

Pero al caminar por el muelle, Lila no se sintió desequilibrada. En todo caso, se sentía centrada, con buen apoyo. Como si un peso colgara del medio de su ser y nada pudiera derribarla ahora.

La hacía querer comenzar una pelea.

Al primer oficial de Alucard, Stross, le gustaba decir que ella tenía sangre caliente —Lila estaba bastante segura de que lo decía como un cumplido—, pero en realidad, una pelea era simplemente la forma más sencilla de testear tu entereza, de ver si te habías vuelto más fuerte o más débil. Seguro, ella había estado peleando en el mar todo el invierno, pero en tierra era una bestia diferente. Como cuando los caballos eran domados en la arena para que fuesen más rápidos al galopar sobre tierra firme.

Lila se sonó los nudillos y pasó el peso de su cuerpo de un pie a otro.

«Vas buscando problemas», dijo una voz en su cabeza. «Vas a buscar hasta que los encuentres».

Lila se estremeció ante las palabras del fantasma de Barron, un recuerdo con bordes demasiado filosos como para tocarlos.

Miró alrededor; el *Aguja Nocturna* había atracado en un lugar llamado Sasenroche, un cúmulo de madera y piedra en los confines del imperio arnesiano. En los *mismísimos* confines.

Las campanas sonaron la hora, su sonido tamizado por el acantilado y la bruma.

Si entrecerraba los ojos, podía divisar otros tres barcos, una nave arnesiana y los otros dos extranjeros: el primero (lo sabía por las banderas) era un navío mercante veskano, tallado en lo que parecía una pieza sólida de madera negra; el segundo era un planeador submarino faronés, largo y esquelético y con forma de pluma. En alta mar, las lonas podían ser estiradas sobre sus lengüetas de doce maneras diferentes para maniobrar con el viento.

Lila observó a los hombres que se movían por la cubierta del barco veskano. Cuatro meses en el *Aguja* y nunca había viajado por aguas extranjeras, nunca había visto gente de los imperios vecinos de cerca. Había oído historias, por supuesto —los marineros vivían de las historias tanto como del aire marino y el licor barato—, de la piel oscura de los faroneses, adornada por joyas; de los altísimos veskanos y su cabello, que brillaba como metal pulido.

Pero una cosa era escuchar historias y otra era verlas con tus propios ojos.

Era enorme el mundo en el que había terminado, lleno de reglas que no conocía y de razas que jamás había visto e idiomas que no hablaba. Lleno de *magia*. Lila había descubierto que la parte más difícil de su farsa era simular que todo era algo sabido cuando en realidad era tan nuevo para ella; estar obligada a fingir un tipo de desinterés que solo venía con una vida de conocer y dar por hecho. Lila aprendía rápido y sabía cómo mantener una fachada; pero detrás de la máscara de desinterés, absorbía *todo*. Era una esponja, absorbía todas las palabras y costumbres, se entrenaba para ver algo una vez y ser capaz de simular que lo había visto decenas —miles— de veces antes.

Las botas de Alucard resonaron sobre el muelle de madera y ella dejó que su atención regresara desde los barcos foráneos. El capitán se detuvo al lado de ella, respiró hondo y apoyó una mano sobre el hombro de Lila. Ella se tensionó bajo el repentino contacto, un reflejo que dudaba que algún día se desvaneciera, pero no se apartó.

Alucard estaba vestido con su usual estilo distinguido, un saco azul metalizado acentuado por una faja negra, el cabello marrón dorado sujetado hacia atrás con un broche negro, debajo de un sombrero elegante. Parecía tan aficionado a los sombreros como Lila lo era a los cuchillos. Lo único fuera de lugar era el morral que llevaba colgado al hombro.

—¿Hueles eso, Bard? —preguntó él en arnesiano.

Lila olió.

—¿Sal, sudor y cerveza? —arriesgó ella.

—Dinero —respondió él alegremente.

Lila miró alrededor, internalizando el pueblo portuario. Una neblina invernal se tragaba la parte superior de los pocos edificios bajos y lo que se veía a través de la bruma vespertina era bastante común y corriente. Nada en el lugar gritaba dinero. Nada en el lugar gritaba nada, de hecho. Sasenroche era la mismísima definición de la modestia. Lo que aparentemente era la idea.

Porque oficialmente, Sasenroche ni siquiera existía.

No aparecía en ningún mapa de tierra. Lila había aprendido desde temprano que había dos tipos de mapas, de tierra y de mar, y eran tan diferentes como un Londres lo era de otro. Un mapa de tierra era una cosa ordinaria, pero un mapa de mar era una cosa especial, que no solo mostraba alta mar sino sus secretos, sus islas y pueblos ocultos, los lugares que evitar y los lugares a los que ir, y a quién buscar una vez que llegabas allí. Un mapa marino nunca debía bajarse del barco. No podía ser vendido ni intercambiado, no sin que se enterara la gente de mar, y el castigo era elevado; era un mundo pequeño y el premio no era suficiente para arriesgarse. Si algún hombre de mar —o cualquier hombre que quisiera conservar la cabeza sobre los hombros— veía un mapa de mar en tierra, debía quemarlo antes de que lo hicieran arder a él.

De esa manera, Sanseroche era un secreto bien guardado en tierra y una leyenda en el mar. Señalado en los mapas idóneos (y conocido por los marineros idóneos) simplemente como el Rincón, Sanseroche era el único lugar donde los tres imperios se tocaban físicamente. Faro, las tierras al sur y al este, y Vesk, el reino al norte, aparentemente rozaban a Arnes justo aquí en este pequeño y modesto pueblo portuario. Lo que lo hacía un lugar perfecto, había explicado Alucard, para encontrar cosas del extranjero sin cruzar aguas foráneas y para deshacerte de todo lo que no podías llevar a casa.

—¿Un mercado negro? —había preguntado Lila, mirando fijo el mapa de mar del Aguja *sobre el escritorio del capitán.*

—El más negro que hay en tierra —dijo Alucard alegremente.

—¿Y qué hacemos ahí, te ruego me digas?

—Todo buen barco corsario —había explicado él— accede a dos tipo de cosas: unas que puede entregar a la corona y otras que no. Ciertos artefactos no corresponde que estén en el reino, por la razón que sea, pero en un lugar como este se venden a sumas considerables.

Lila fingió desaprobación burlonamente.

—Eso apenas suena como algo legal.

Alucard le lanzó el tipo de sonrisas que probablemente podrían encantar serpientes.

—Actuamos en nombre de la corona, incluso cuando esta no lo sabe.

—¿E incluso cuando nos beneficiamos nosotros? —desafió con ironía Lila.

La expresión de Alucard pasó a ser de fingida indignación.

—Estos servicios que brindamos para mantener a la corona limpia y al reino a salvo pasan desapercibidos y, por lo tanto, sin compensación. De vez en cuando, debemos recompensarnos a nosotros mismos.

—Ya veo…

—Es un trabajo peligroso, Bard —dijo, llevándose una mano llena de anillos al pecho—, tanto para nuestro cuerpo como para nuestra alma.

Ahora, estaban parados los dos juntos en el muelle, él le mostró esa sonrisa

galante otra vez y ella sintió que comenzaba a sonreír también, justo antes de que fueran interrumpidos por un estruendo. Sonó como si una bolsa de piedras hubiese sido arrojada a las dársenas, pero en realidad solo era que el resto de la tripulación del *Aguja Nocturna* estaba desembarcando. Con razón todos pensaban que Lila era un espectro. Los marineros hacían un ruido escandaloso. La mano de Alucard cayó desde el hombro de Lila al girarse él hacia sus hombres.

—Conocen las reglas —vociferó—. Son libres de hacer lo que quieran, pero no hagan nada deshonoroso. Son, después de todo, hombres de Arnes que están aquí al servicio de su corona.

Una risita suave recorrió el grupo.

—Nos encontraremos todos en el Tierra Adentro al atardecer, y tengo asuntos que discutir, así que no se sumerjan demasiado en sus copas antes de eso.

Lila apenas captaba seis palabras de diez —el arnesiano era una lengua fluida, las palabras se superponían unas con otras de una forma serpentina—, pero fue capaz de descifrar el resto.

Una mínima tripulación se quedó a bordo del *Aguja* y al resto se le dio licencia. La mayoría de los hombres iban hacia un lado, hacia los negocios y las tabernas más cercanas al muelle, pero Alucard fue hacia el otro, avanzando solo hacia la boca de una calle angosta, y rápidamente desapareció entre la bruma.

Había una regla tácita que indicaba que donde Alucard fuera, Lila lo seguiría. Que la invitara o no era indiferente. Ella se había convertido en su sombra.

—¿Alguna vez cierras los ojos? —le había preguntado él en Elon, al ver con cuánta atención Lila observaba las calles.

—He descubierto que observar es la manera más rápida de aprender y la forma más segura de mantenerme viva.

Alucard había negado con la cabeza, exasperado.

—El acento de la realeza y la sensibilidad de un ladrón.

Pero Lila solo había sonreído. Kell le había dicho algo muy similar una vez. Antes de saber que él era de la realeza. Y un ladrón, si vamos al caso.

Ahora, mientras la tripulación se dispersaba, siguió al capitán, que se adentraba en Sanseroche en zigzag. Y al hacerlo, Sanseroche comenzó a *cambiar*. Lo que desde el mar parecía un pueblo llano construido contra los acantilados rocosos resultó ser mucho más profundo, las calles se devanaban adentro de los afloramientos rocosos. El pueblo estaba excavado dentro de los acantilados; la roca —un mármol oscuro con venas blancas— se arqueaba y torcía y elevaba y caía por todos lados, tragándose edificios y formando otros, revelando callejones y escalinatas tan solo cuando te acercabas. Entre la forma enroscada del pueblo y el desplazamiento de la bruma marina, era difícil seguir al capitán. Lila lo había perdido varias veces, pero entonces veía la cola de su saco o captaba el sonido rítmico de sus botas y lo encontraba otra vez. Pasó al lado de un puñado de personas, pero llevaban capuchas puestas por el frío, así que sus rostros se perdían en la sombra.

Y entonces dobló en una esquina y el atardecer cubierto de neblina dio paso a algo completamente distinto. Algo que brillaba y resplandecía y olía a magia.

El Mercado Negro de Sasenroche.

IV



El mercado se alzaba alrededor de Lila, súbito y enorme, como si ella hubiese pisado dentro de los acantilados mismos y los hubiera encontrado huecos. Había decenas y decenas de puestos, todos alojados debajo de techos de piedra arqueados, la superficie de los cuales parecía extrañamente… viva. No lograba distinguir si las vetas en la piedra realmente resplandecían con luz o si solo reflejaban la de los faroles que colgaban sobre cada tienda, pero de cualquier manera, el efecto era deslumbrante.

Alucard mantenía un paso relajado, sin prisa, delante de ella, aunque era obvio que tenía un destino. Lila lo seguía, pero era difícil mantener la atención en el capitán en vez de en los puestos. La mayoría de estos tenían cosas que jamás había visto, lo que no era nada especial en sí mismo —no había visto la mayor parte de lo que este mundo tenía para ofrecer—, pero comenzaba a comprender el orden básico de las cosas y mucho de lo que veía aquí parecía romperlo. La magia tenía un pulso y aquí, en el Mercado Negro de Sasenroche, se sentía errático.

Y sin embargo, la mayoría de los objetos exhibidos parecían, a primera vista, bastante inocuos. ¿Dónde escondía Sasenroche sus tesoros verdaderamente peligrosos? Lila había visto en primera persona lo que la magia prohibida podía hacer y si bien esperaba no cruzarse nunca más con una cosa como la piedra del Londres Negro, no podía con su curiosidad. Era asombroso lo rápido que lo mágico se convertía en mundano; solo unos meses atrás, ella no sabía que la magia era real, y ahora sentía la urgencia de buscar las cosas más extrañas.

El mercado rebosaba de gente, pero estaba siniestramente calmado, el murmullo de una docena de dialectos suavizado por la roca, lo que lo volvía un ambiente sin sonido. Adelante, Alucard finalmente se detuvo ante un puesto sin marcas. Estaba cubierto, envuelto en una cortina de seda azul oscuro, tras la cual desapareció el capitán. Lila perdería toda la sutileza que pretendía mostrar si lo seguía adentro, así que se quedó atrás y esperó, examinando una mesa con una gran variedad de filos, desde cuchillos cortos y afilados a grandes guadañas de metal.

Nada de pistolas, sin embargo, notó con amargura.

Su querido revólver, Caster, descansaba sin uso en un baúl al lado de su cama. Se había quedado sin balas y había descubierto que en este mundo no usaban pistolas, al menos no en Arnes. Supuso que podía llevar el arma a un trabajador de metales, pero la verdad era que el objeto no tenía lugar aquí y la transferencia se consideraba una traición —miren lo que le había pasado a Kell por contrabandear objetos; si bien ella había sido uno de esos objetos, también lo había sido la piedra negra—, así que Lila

era un poco renuente a introducir otra arma. ¿Y si desataba algún tipo de reacción en cadena? ¿Y si cambiaba la forma en que se usaba la magia? ¿Y si hacía este mundo más como el de ella?

No, no valía la pena arriesgarse.

En vez de eso, Caster permanecía vacío, un recordatorio del mundo que había dejado atrás. Un mundo que nunca volvería a ver.

Lila se enderezó y dejó que su mirada vagara por el mercado y cuando aterrizó, no fue sobre armas o chucherías, sino sobre sí misma.

El puesto justo a su izquierda estaba lleno de espejos: de diferentes formas y tamaños, algunos enmarcados y otros simples paneles de vidrio revestido.

No había un vendedor a la vista y Lila se acercó un poco para observar su reflejo. Llevaba una capa corta forrada en vellón contra el frío y uno de los sombreros de Alucard (tenía suficientes como para que le sobrasen), un tricornio con una pluma hecha de vidrio y plata. Debajo del sombrero, le devolvían la mirada sus propios ojos marrones, uno más claro que el otro e inútil, aunque muy pocos lo notaban. Su cabello oscuro ahora le rozaba los hombros, haciendo que se viera más como una muchacha de lo que quería (se lo había dejado crecer para la estafa a bordo del *Ladrón de Cobre*), e hizo una nota mental para cortarlo de regreso a su largo usual, a la altura de la mandíbula.

Sus ojos viajaron hacia abajo. Aún no tenía pecho del cual hablar, gracias a Dios, pero cuatro meses a bordo del *Aguja Nocturna* habían efectuado una transformación sutil. Lila siempre había sido delgada —no sabía si era naturalmente o producto de la escasa comida y el excesivo ejercicio de tener que correr tanto por tantos años—, pero la tripulación de Alucard trabajaba duro y comía bien, y ella había pasado de ser delgada a esbelta, de huesuda a enjuta y fuerte. Los cambios eran pequeños, pero hacían la diferencia.

Sintió un cosquilleo frío en los dedos y miró abajo para encontrar que su mano tocaba la superficie fría del espejo. Raro, no recordaba haberse estirado a tocarlo.

Al levantar la vista, encontró la mirada de su reflejo. La observaba. Y entonces, lentamente, comenzó a moverse. Su rostro envejeció varios años y su abrigo se agitó y se oscureció hasta ser el de Kell, el que tenía demasiados bolsillos y lados. Una máscara monstruosa se posaba sobre su cabeza, como una bestia con la boca bien abierta, y una llama lamió los dedos de su reflejo donde se encontraba con el espejo, pero no le ardían. En la otra mano, agua se retorció como una serpiente y se transformó en hielo. El suelo bajo los pies de su reflejo comenzó a agrietarse y romperse, como si estuviese presionado por el peso, y el aire a su alrededor tembló. Lila intentó apartar la mano, pero no pudo, como tampoco pudo apartar la mirada del rostro de su reflejo, donde sus ojos —*ambos*— se volvieron negros y algo se arremolinaba en sus profundidades.

La imagen de repente la soltó y Lila se tiró hacia atrás, respirando hondo. Le dolía la mano y bajó la vista para ver pequeños cortes y gotas de sangre que se acumulaban

en cada uno de los dedos.

Los cortes eran limpios, las líneas hechas por algo filoso. Como vidrio.

Se llevó la mano al pecho y su reflejo —ahora solo una muchacha con un sombrero tricornio— hizo lo mismo.

—El cartel dice *No tocar*. —Vino una voz desde atrás de ella, que se dio vuelta para encontrar al encargado del puesto. Era faronés, con la piel tan negra como las paredes de piedra, y toda su vestimenta estaba hecha de una única pieza de seda blanca. Estaba bien afeitado, como la mayoría de los faroneses, pero solo usaba dos gemas en la piel, una bajo cada ojo. Sabía que era el encargado del puesto porque llevaba anteojos en la nariz, cuyo vidrios no eran simples vidrios, sino espejos, que reflejaban el rostro pálido de Lila.

—Lo siento —dijo ella, mirando atrás hacia el vidrio, esperando ver el lugar donde lo había tocado, donde la había cortado, pero la sangre había desaparecido.

—¿Sabes qué hacen estos espejos? —preguntó el hombre, y a ella le tomó un momento darse cuenta de que aunque su voz tenía un acento muy marcado, él hablaba en *inglés*. Excepto que no, no lo hacía, no exactamente. Las palabras que decía no se alineaban con las que ella escuchaba. Un talismán brillaba sobre la garganta del faronés. Al principio ella había pensado que era una especie de prendedor de tela, pero ahora latía levemente, y ella entendió.

Los dedos del hombre fueron hacia el pendiente.

—Ah, sí, esto es muy práctico cuando eres un mercader en el rincón del mundo. No es estrictamente legal, por supuesto, con las leyes contra el engaño, pero… —Se encogió de hombros, como diciendo «¿Qué se le va a hacer?». Parecía fascinado por el lenguaje en que estaba hablando, como si supiera su significado.

Lila giró de nuevo hacia los espejos.

—¿Qué hacen?

El vendedor observó el vidrio y, en sus anteojos, ella vio el espejo reflejado y reflejado y reflejado y reflejado.

—Bueno —dijo él—, un lado te muestra lo que quieres.

Lila pensó en la muchacha de ojos negros y reprimió un escalofrío.

—No me mostró lo que quiero —dijo.

Él ladeó la cabeza.

—¿Estás segura? La forma quizá no, pero la idea ¿quizá?

¿Cuál era la idea detrás de lo que había visto? La Lila en el espejo había sido… *poderosa*. Tan poderosa como Kell. Pero también era distinta. Más oscura.

—Las ideas son buenas y grandiosas —continuó el mercader—, pero las realidades pueden ser… menos placenteras.

—¿Y el otro lado? —preguntó ella.

—¿Mmm? —Sus anteojos espejados eran inquietantes.

—Dijiste que *un lado* te muestra lo que quieres. ¿Qué hay del otro?

—Bueno, si aún quieres verlo, el otro lado te muestra cómo conseguirlo.

Lila se tensionó. ¿Era eso lo que hacía que los espejos estuvieran prohibidos? El mercader faronés la miró, como si pudiera ver sus pensamientos con tanta claridad como su reflejo, y continuó:

—Quizá no resulte tan extraño mirar en la propia mente. Las piedras de ensoñación y las tablas de adivinación son cosas que nos ayudan a ver dentro de nosotros mismos. El primer lado del espejo no es tan distinto; es casi ordinario… —Lila no pensaba que alguna vez vería *este* tipo de magia como ordinaria—. Ver los hilos del mundo es una cosa. Tirar de ellos es otra. Saber cómo hacer música con ellos, bueno… digamos que esto no es para nada sencillo.

—No, supongo que no lo es —dijo ella en voz baja, todavía frotándose los dedos heridos—. ¿Cuánto te debo por usar el primer lado?

El vendedor se encogió de hombros.

—Todos pueden mirarse —dijo él—. El espejo toma su diezmo. La pregunta ahora, Delilah, es si quieres ver el segundo lado.

Pero Lila ya estaba retrocediendo, alejándose de los espejos y del misterioso mercader.

—Gracias —dijo, notando que él no había puesto un precio—, pero paso.

Estaba a mitad de camino hacia el puesto de armas cuando se dio cuenta de que nunca le había dicho su nombre al mercader.

«Bueno, pensó Lila, mientras se envolvía bien los hombros con su capa. Eso fue perturbador». Metió las manos en los bolsillos —en parte para evitar que le temblaran y en parte para asegurarse de no tocar nada más— y se abrió paso nuevamente hacia el puesto de armas. Pronto sintió que alguien se acercaba a ella y percibió el aroma familiar a miel y plata y vino especiado.

—Capitán —dijo.

—Créase o no, Bard —dijo él—, soy más que capaz de defender mi propio honor.

Le echó una mirada de costado y notó que el morral ya no estaba.

—No es tu honor lo que me preocupa.

—¿Mi salud, entonces? Nadie me ha matado aún.

Lila se encogió de hombros.

—Todos son inmortales hasta que ya no lo son.

Alucard negó con la cabeza.

—Qué perspectiva maravillosamente mórbida, Bard.

—Además —continuó Lila—, no estoy particularmente preocupada por tu honor o tu vida, Capitán. Solo estoy cuidando mi parte.

Alucard suspiró y le pasó un brazo por los hombros.

—Y yo aquí, creyendo que te comenzaba a importar. —Giró para observar los cuchillos sobre la mesa frente a ellos y lanzó una carcajada—. La mayoría de las muchachas anhelan vestidos.

—Yo no soy como la mayoría de las muchachas.

—Sin dudas. —Señaló el exhibidor—. ¿Ves algo que te guste?

Por un momento, la imagen del espejo apareció en la mente de Lila, siniestra y de ojos negros y vibrante de poder. Lila sacudió la cabeza para borrarla, miró las cuchillas y señaló una daga con un filo serrado.

—¿No tienes suficientes cuchillos ya?

—No existe semejante cosa.

Él negó con la cabeza.

—Sigues siendo una criatura muy peculiar. —Con eso, comenzó a guiarla hacia otro lado—. Pero mantén el dinero en tus bolsillos. Nosotros *vendemos* en el Mercado Negro de Sasenroche, Bard. No compramos en él. *Eso* estaría muy mal.

—Te guías por una extraña moral, Alucard.

—Eso me han dicho.

—¿Y si lo robase? —preguntó con indiferencia—. Estoy segura de que no podría decirse que está mal *robar* un objeto de un mercado ilegal.

Alucard se atragantó con una risa.

—Podrías intentarlo, pero fracasarías. Y probablemente perderías una mano en el intento.

—Tienes muy poca fe en mí.

—La fe no tiene nada que ver con esto. ¿Has notado que los vendedores no parecen particularmente preocupados por proteger sus mercancías? —Estaban en la boca de la caverna ahora, y Lila se dio vuelta para observarlos. Entrecerró los ojos hacia los puestos—. Es magia fuerte —continuó él—. Si un objeto fuera a dejar su exhibidor sin permiso, el resultado sería… desagradable.

—¿Qué? ¿Intentaste robar algo alguna vez?

—No soy tan estúpido.

—Quizá sea un rumor, entonces, solo para asustar a los ladrones.

—No lo es —dijo Alucard, al salir de la caverna hacia la noche. La bruma se había espesado y la noche había caído en un manto frío.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Lila, que dobló los brazos hacia adentro, bajo su capa.

El capitán se encogió de hombros.

—Supongo que… —dudó—. Supongo que tengo facilidad para eso.

—¿Para qué?

El zafiro destelló en su ceja.

—Ver magia.

Lila frunció el entrecejo. La gente hablaba de sentir la magia, de *olerla*, pero nunca de *verla*. Obviamente uno podía ver los efectos que tenía sobre las cosas, los elementos que poseía, pero nunca la magia misma. Era como el alma en un cuerpo, creía ella. Podías ver la carne, la sangre, pero no la cosa que este contenía.

Al pensar en ello, la única vez que Lila había visto magia fue el río en el Londres Rojo, el resplandor de poder emanando de él en una luz carmesí constante. Una fuente, así lo había llamado Kell. La gente parecía creer que ese poder circulaba por

todos y todo. Nunca se le había ocurrido que alguien pudiera verlo afuera en el mundo.

—Ajam —dijo ella.

—Mm —dijo él. No ofreció nada más.

Se movieron en silencio por el laberinto de calles y al poco tiempo todo rastro del mercado fue tragado por la niebla. Las piedras oscuras de los túneles dieron paso a la madera, al tiempo que el corazón de Sasenroche daba paso nuevamente a su fachada.

—¿Qué hay de mí? —preguntó ella al llegar al puerto.

Alucard echó una mirada hacia atrás.

—¿Qué hay contigo?

—¿Qué ves —preguntó— cuando me miras?

Quería saber la verdad. ¿Quién era Delilah Bard? ¿*Qué* era? De la primera pregunta, creía saber la respuesta, pero de la segunda… Intentó no inquietarse por eso, pero como Kell había señalado tantas veces, ella no debería estar aquí. No debería estar viva, si iba al caso. Ella eludía la mayoría de las reglas. Y rompía las demás. Y quería saber por qué. Cómo. Si era solo una irregularidad, una anomalía, o algo *más*.

—¿Y bien? —presionó.

Casi esperaba que Alucard ignorara la pregunta, pero finalmente él se dio vuelta y se puso de frente a ella.

Por un instante, el rostro del capitán se arrugó. Muy rara vez fruncía el entrecejo, de modo que la expresión se veía mal en él. Hubo un largo silencio, lleno solo con el golpeteo del pulso de Lila, mientras los ojos oscuros de Alucard la observaban.

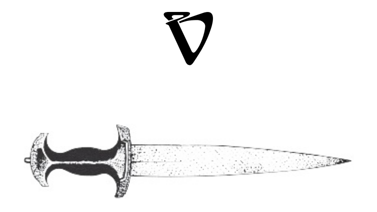
—Secretos —dijo por fin. Y luego le guiñó un ojo—. ¿Por qué crees que dejé que te quedaras?

Y Lila supo que si quería saber la verdad, tendría que darla, y aún no estaba lista para hacer eso, así que se obligó a sonreír y se encogió de hombros.

—Te gusta el sonido de tu propia voz. Y supuse que era porque tendrías con quién hablar.

Él se rio y puso un brazo alrededor de los hombros de Lila.

—También por eso, Bard. También por eso.



Londres Gris

La ciudad se veía extremadamente sombría, cubierta por una luz agonizante, como si todo hubiese sido pintado solo con blanco y negro, una paleta completamente apagada con tonos grises. Las chimeneas lanzaban nubes de humo, y montones de figuras pasaban apuradas, con hombros bajos contra el frío.

Y Kell nunca había sido tan feliz ahí.

Ser invisible.

Parado en la calle angosta a la sombra de Westminster, respiró bien hondo, a pesar del brumoso aire frío lleno de humo, y disfrutó de la sensación. Un viento helado atravesó el lugar y se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar. No sabía adónde estaba yendo. No importaba.

No había lugar donde esconderse en el Londres Rojo, ya no, pero aún podía hacerse un lugar para sí aquí. Pasó a unas pocas personas en las calles, pero nadie lo conocía. Nadie lo rehuía ni se estremecía al verlo. Seguro que había habido rumores alguna vez, en ciertos círculos, pero para la mayoría de los transeúntes, él solo era otro extraño. Una sombra. Un fantasma en una ciudad llena de…

—Eres *tú*.

Kell se tensó ante la voz. Desaceleró el paso, pero no se detuvo, asumiendo que las palabras no eran para él o, si lo eran, entonces habían sido dichas por equivocación.

—¡Señor! —volvió a llamarlo la voz, y Kell miró en derredor (no para buscar el origen de esta, sino más bien a otro posible receptor). Pero no había nadie cerca y la palabra había sido dicha con reconocimiento, con *certeza*.

Su creciente buen humor tembló y se hizo añicos, al forzarse a detenerse y darse vuelta para encontrar a un hombre desgarbado que sostenía un pilón grande de papeles con el brazo y lo miraba directamente a él, con los ojos grandes como monedas. Una bufanda negra colgaba de los hombros del sujeto y su ropa no era desaliñada, pero no le quedaba bien; se veía como si lo hubiesen estirado, el rostro y las extremidades demasiado largos para ese traje. Las muñecas se asomaban por encima de los puños y en el dorso de una de ellas Kell vio el borde de un tatuaje.

Una runa de poder.

La primera vez que Kell la había visto, recordó haber pensado dos cosas. La primera, que era imprecisa, distorsionada como quizá fuera la copia de una copia de

una copia. La segunda, que pertenecía a un entusiasta, a un grismundista que fantaseaba que era un mago.

Kell odiaba a los *entusiastas*.

—Edward Archibald Tuttle tercero —dijo Kell con sequedad.

El hombre —Ned— mostró una sonrisa torpe, como si Kell acabara de darle la noticia más espectacular.

—¡Me recuerdas!

Kell lo recordaba. Recordaba a cada una de las personas con quienes había hecho negocios (o elegido *no* hacerlos).

—No tengo tu tierra —dijo Kell, recordando la promesa medio sarcástica de traerle una bolsa de tierra si él lo esperaba.

Ned hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Regresaste —dijo, apresurándose hacia Kell—. Había comenzado a creer que no lo harías, después de todo, digo, después de ese horrible asunto con el dueño de la posada, qué asunto espantoso. Esperé, ¿sabes?, antes de que pasara y después, claro, y aún, y estaba empezando a preguntarme, que no es lo mismo que dudar, claro está. No había empezado a dudar, pero nadie te había visto, no por meses y meses, y ahora, bueno, has regresado…

Ned finalmente se calló, al quedarse sin aire. Kell no sabía qué decir. El hombre había hablado tanto que era suficiente para los dos. Un viento helado atravesó el lugar y Ned casi pierde sus papeles.

—Maldita sea, hace frío —dijo—. Déjame que te invite un trago.

Señaló con la cabeza hacia algo detrás de Kell al decirlo, y Kell se dio vuelta para ver una taberna. Se le abrieron grandes los ojos al darse cuenta de adónde lo habían llevado sus traicioneros pies. Debería haberlo sabido. La sensación estaba ahí, en el mismo suelo, el tirón sutil que les pertenecía a los puntos fijos.

Tiro de Piedra.

Kell estaba parado solo a unos pocos pasos del lugar donde él había hecho negocios, el lugar donde Lila había vivido y Barron había muerto. (Había regresado una vez, cuando todo había terminado, pero las puertas estaban cerradas. Subió las angostas escaleras hasta la habitación de Lila en la cima, no encontró nada más que una mancha oscura en el piso y un mapa sin marcas. Se había llevado el mapa, la última chuchería que había contrabandeado. No había vuelto desde entonces).

A Kell le dolió el pecho al ver el lugar. Ya no se *llamaba* Tiro de Piedra. Se veía igual —se sentía igual, ahora que Kell le estaba prestando atención—, pero el cartel que colgaba sobre la puerta decía CINCO PUNTAS.

—Realmente no debería… —dijo Kell, frunciendo el entrecejo ante el nombre.

—La taberna no abre hasta dentro de una hora —insistió Ned—. Hay algo que quiero mostrarte. —Sacó una llave de su bolsillo y dejó caer uno de sus pergaminos en el proceso. Kell se estiró y lo atrapó, pero tenía la atención puesta en la llave mientras Ned la insertaba en la cerradura.

—¿Eres *dueño* de este lugar? —dijo sin poder creerlo.

Ned asintió.

—Bueno, es decir, no siempre, pero lo compré después de que ocurriera ese asunto desagradable. Se hablaba de que iban a demolerlo y simplemente sentí que eso no estaba bien, así que cuando salió a la venta, bueno, quiero decir, tú y yo sabemos que este lugar no es *solo* una taberna, quiero decir, es algo especial, tiene un aura de… —bajó la voz— *magia…* —y entonces la subió de nuevo— alrededor. Y además, sabía que volverías. Simplemente lo *sabía*…

Ned entró mientras divagaba y Kell casi no tuvo otra opción más que seguirlo. Podría haberse ido caminando y dejar al hombre cotorreando, pero Ned había esperado, había comprado la maldita taberna para poder seguir esperando, y algo decía esa determinación tenaz, así que siguió al hombre adentro.

El lugar estaba impenetrablemente oscuro y Ned apoyó sus pergaminos en la mesa más cercana y se abrió camino, medio a tientas, hacia el hogar para avivar el fuego.

—Las horas son distintas aquí ahora —dijo, apilando unos pocos troncos en la chimenea—, porque mi familia no sabe, ¿sabes?, que me he encargado del Puntas, ellos simplemente no entenderían, dirían que no es una profesión adecuada para alguien de mi posición, pero no me conocen, no de verdad. Siempre fui una especie de sapo de otro pozo, supongo. Pero a ti no te importa eso, lo siento, solo quería explicarte por qué estaba cerrado. Hay otra clientela hoy en día, también…

Ned se quedó callado, luchando con un trozo de piedra de fusil, y la mirada de Kell vagó desde los leños medio carbonizados en el hogar a los faroles sin encender que estaban dispersos sobre las mesas y colgaban desde las vigas del techo. Suspiró y luego, o bien porque sentía frío o por indulgencia, chasqueó los dedos; en el hogar el fuego cobró vida y Ned se tropezó hacia atrás cuando este restalló con la luz blanca azulada de las llamas encantadas antes de que se tornaran amarillas y naranjas, como de un fuego más ordinario.

Uno a uno, los faroles comenzaron a brillar también, y Ned se enderezó y se dio vuelta, asimilando la luz que se expandía en las lámparas que se encendían solas, como si Kell hubiese invocado las estrellas mismas para que vinieran a su taberna.

Hizo un sonido, una inhalación profunda de aire, y sus ojos se abrieron grandes: no con miedo, o siquiera sorpresa, sino con adoración. Con *reverencia*. Había algo en la fascinación irreflexiva del sujeto, su deleite desenfrenado ante la demostración, que a Kell le hizo recordar al viejo rey. Le dolió el corazón. Alguna vez había creído que los entusiastas eran hambrientos, codiciosos, pero quizá había estado equivocado. Ned no era nada parecido al rey George. No, Ned tenía la intensidad infantil de alguien que *quería* que el mundo fuera más extraño de lo que era, de alguien que pensaba que podía hacer que la magia existiera con solo *creerlo*.

Ned se estiró y puso una mano sobre uno de los faroles.

—Está caliente —susurró.

—El fuego generalmente lo es —dijo Kell, inspeccionando el lugar. Con la inyección de luz, podía ver que mientras que afuera había permanecido igual, dentro el Cinco Puntas era un lugar completamente diferente.

Se habían colgado cortinas del techo en tiras oscuras que subían y bajaban por encima de las mesas, que estaban dispuestas como los rayos de una rueda. Se habían dibujado —no, *quemado*— diseños negros sobre la superficie de madera de las mesas, y Kell pensó que se suponía que eran símbolos de poder —aunque algunos se parecían al tatuaje de Ned, vagamente distorsionado, otros simplemente parecían completamente inventados—.

Tiro de Piedra siempre había sido un lugar de magia, pero Cinco Puntas se *veía* como uno. O al menos, la idea de un niño sobre uno.

Había un aire de misterios, de representación, y cuando Ned se quitó el abrigo, Kell vio que estaba usando una camisa negra de cuello alto con botones de ónix. Debajo de la garganta, le colgaba un collar con una estrella de cinco puntas, y Kell se preguntó si de ahí había salido el nombre de la taberna, hasta que vio el dibujo enmarcado en la pared. Era un esquema de la caja que Kell había tenido consigo cuando Ned y él se habían conocido. El juego de elementos con sus cinco ranuras.

Fuego, agua, tierra, aire, hueso.

Kell frunció el entrecejo. El diagrama era asombrosamente exacto, hasta la veta de la madera. Escuchó el sonido de vasos que chocan y vio a Ned detrás del mostrador, sacando botellas de la pared. Sirvió dos tragos de algo oscuro y sostuvo uno en el aire como ofrecimiento.

Por un momento, Kell pensó en Barron. El cantinero había sido tan ancho como Ned era estrecho, tan áspero como el joven era exuberante. Pero había sido tan parte del lugar como la madera y la piedra, y estaba muerto por Holland. Por culpa de Kell.

—¿Maestro Kell? —presionó Ned, que aún sostenía el vaso en alto.

Kell sabía que debía regresar, pero se encontró a sí mismo acercándose a la barra, llamando a la banqueta a que se corriera unos centímetros, antes de sentarse.

«Presumido», dijo una voz en su cabeza, y quizá tuviese razón, pero la verdad era que había pasado mucho tiempo desde que alguien lo había mirado como Ned lo hacía ahora.

Kell tomó el trago.

—¿Qué es lo que me quieres mostrar, Ned?

El hombre sonrió ante el uso de su apodo.

—Bueno, verás —dijo, sacando una caja de debajo del mostrador—, he estado *practicando*. —Apoyó la caja sobre la barra, abrió la tapa y sacó un pequeño paquete de adentro. Kell tenía el vaso a mitad de camino hacia sus labios cuando vio lo que Ned estaba sosteniendo, y rápidamente lo apoyó en el mostrador. Era un set de elementos, parecido al que Kell había intercambiado aquí cuatro meses atrás. No, era *exactamente* ese juego, desde los costados de madera oscura al pequeño cerrojo de bronce.

—¿Dónde obtuviste eso? —preguntó.

—Bueno, lo compré. —Con reverencia, Ned apoyó el tablero para magos sobre el bar y deslizó el cerrojo para dejar que el tablero se desplegase y revelara los cinco elementos en sus ranuras—. A ese caballero al que se lo vendiste. No fue fácil, pero llegamos a un acuerdo.

«Genial», pensó Kell, su humor se enfrió de repente. La única cosa peor que un entusiasta ordinario era uno adinerado.

—Intenté hacer uno para mí —continuó Ned—. Pero no era lo mismo, nunca he sido demasiado bueno con ese tipo de cosas, deberías haber visto los garabatos de ese dibujo, antes de que contratara…

—Concéntrate —dijo Kell, percibiendo que Ned podía irse por las ramas toda la noche.

—Cierto —dijo—, bien, lo que te quería mostrar —se sonó los dedos en un gesto teatral— era esto.

Ned golpeó ligeramente la ranura que contenía agua y luego apoyó las palmas de las manos sobre el mostrador. Entrecerró los ojos hacia el tablero, y Kell se relajó al darse cuenta de adónde estaba yendo esto: a ningún lado.

Sin embargo, había algo distinto. La última vez que Ned había tratado de hacer esto, había hecho gestos en el aire y había dicho tonterías al agua, como si las palabras mismas tuvieran algún poder. Esta vez, movía los labios, pero Kell no podía escuchar lo que estaba diciendo. Mantuvo las manos apoyadas, abiertas sobre la barra a cada lado del tablero.

Por un momento, como se esperaba, no pasó nada.

Y entonces, justo cuando Kell estaba perdiendo la paciencia, el agua se *movió*. No demasiado, pero una gota pareció elevarse levemente desde el charco para volver a caer, generando pequeñas oleadas en el agua.

Santos.

Ned dio un paso atrás, triunfal, y si bien logró mantener la compostura, era evidente que quería lanzar los brazos al aire y vitorear.

—¿Lo viste? ¿Lo viste? —festejó. Y Kell lo había visto.

No era una habilidad para la magia peligrosa, pero era mucho más de lo que había esperado. Debería haber sido imposible —para Ned o para *cualquier* grismundista—, pero los últimos meses lo habían hecho preguntarse si realmente había algo fuera de los límites. Después de todo, Lila había venido del Londres Gris y era… bueno, pero en verdad ella era algo completamente distinto.

—La magia no tiene lugar en su mundo —le había dicho al rey—. Ya no.

—El mundo está lleno de ciclos. Quizá nuestro tiempo regrese.

¿Qué estaba pasando? Siempre había pensado en la magia como un fuego, cada Londres se posaba más y más lejos de su calor. El Londres Negro se había quemado, al estar tan cerca de la llama; pero el Londres Gris se había quedado en ascuas hacía mucho tiempo. ¿Habría aún, de algún modo, una chispa? ¿Algo que pudiera ser

reencendido? ¿Acaso había él soplado sobre las llamas agonizantes? ¿O Lila?

—Eso es todo lo que he podido lograr —dijo Ned con entusiasmo—, pero con el entrenamiento apropiado… —Miró a Kell expectante al decirlo y luego rápidamente bajó la mirada—. Quiero decir, con el maestro adecuado o, al menos, alguna guía…

—Ned —comenzó a decir Kell.

—Por supuesto, sé que debes estar ocupado, muy solicitado, y el tiempo es precioso.

—Edward… —intentó hablar otra vez.

—Pero tengo algo para ti —insistió el hombre.

Kell suspiró. ¿Por qué de repente todos estaban tan deseosos de darle regalos?

—Intenté pensar sobre lo que dijiste la última vez, sobre cómo solo te interesaban las cosas que importan, y me tomó un poco de tiempo, pero creo que he encontrado algo valioso. Voy a buscarlo.

Antes de que Kell pudiera detenerlo, pudiera explicarle que fuera lo que fuese, él no podía tomarlo, el sujeto ya no estaba detrás del bar y se apresuraba hacia el pasillo y subía la escalera de a dos escalones a la vez.

Kell lo observó irse, deseando que se quedara.

Extrañaba Tiro de Piedra, sin que importara su nombre, extrañaba la simple solidez de este lugar, de esta ciudad. ¿Tenía que volver a casa? Y ese era el problema, justo ese. El Londres Rojo era *casa*. Kell no pertenecía aquí, a este mundo. Era una criatura de magia, arnesiano, no inglés. Y aunque este mundo aún tuviera poder (Tieren decía que ningún lugar no lo tenía realmente), Kell no podía darse el lujo de avivarlo, ni por Ned, ni el rey, ni por sí mismo. Ya había perturbado dos mundos. No iba a tener la culpa por un tercero.

Se rastrilló el pelo con una mano y se levantó de la banqueta; el sonido de las pisadas que venía de arriba se volvía más tenue.

El tablero de juego aún estaba abierto sobre el mostrador. Kell sabía que debía llevárselo, pero, luego, ¿qué? Tendría que explicar su presencia a Staff y Hastra. No, que se lo quedara el tontuelo del muchacho. Apoyó el vaso vacío sobre la barra y se dio vuelta para irse, mientras se metía las manos en los bolsillos.

Sus dedos rozaron algo en el fondo mismo de su abrigo.

Cerró la mano alrededor de este y sacó un segundo lin del Londres Rojo. Era viejo, la estrella dorada estaba alisada por el tiempo y las manos, y Kell no sabía cuánto tiempo había estado languideciendo en su bolsillo. Podría haber sido una de las monedas que había tomado del viejo rey, intercambiada por una nueva y tibia del bolsillo. O quizá fuese un vuelto extraviado, perdido en el bolsillo forrado de lana. La observó un momento, luego escuchó que una puerta se cerraba arriba y pasos en la escalera.

Apoyó la moneda en el mostrador, al lado de su vaso vacío, y se fue.

VI



Sanseroche

Cuando era pequeña, Lila odiaba las tabernas.

Parecía ligada a ellas por algún tipo de atadura; ella correría tan fuerte como podía y luego, en algún punto, alcanzaría el final de la línea y sería jalada hacia atrás. Había pasado años tratando de cortar ese amarre. Nunca pudo.

Tierra Adentro estaba ubicado al final de las dársenas, sus faroles rodeados de halos debido a los tentáculos de bruma marina que se deslizaban por el puerto. Había un cartel sobre la puerta que estaba escrito en tres idiomas, solo uno de los cuales reconoció Lila.

Desde adentro le llegaban ruidos familiares, el sonido ambiente de sillas que se corren y vasos que chocan, de risas y amenazas y peleas a punto de desatarse. Eran los mismos sonidos que había escuchado cientos de veces en Tiro de Piedra, y le resultó extraño que esos ruidos pudieran existir aquí, en un pueblo con un Mercado Negro en el límite de un imperio en un mundo mágico. Había, pensó, cierto consuelo en lugares así, en la tela que los hacía, en la forma en que dos tabernas a ciudades de distancia —a *mundos* de distancia— podían sentirse igual, verse igual, sonar igual.

Alucard sostenía la puerta abierta para que ella pasara.

—*Tas enol* —dijo, volviendo al arnesiano. *Después de ti*.

Lila asintió y entró.

Dentro, Tierra Adentro parecía suficientemente familiar; era la gente lo que era diferente. A diferencia del Mercado Negro, aquí los hombres se habían deshecho de las capuchas y los sombreros, y Lila pudo observar bien por primera vez a las tripulaciones de los otros barcos atracados en el muelle. Un veskano altísimo pasó a los empujones, al ocupar casi toda la entrada al irse, con una trenza enorme cayéndole por la espalda. Tenía los brazos desnudos al salir al frío invernal.

Había un tropel de hombres parados justo al lado de la puerta, hablando en voz baja en fluidas lenguas foráneas. Uno echó una mirada hacia Lila y ella se sobresaltó al ver que sus ojos eran dorados. No ámbar, como los del príncipe, sino brillantes, casi reflectantes, sus centros metálicos moteados con negro. Esos ojos sobresalían contra la piel oscura como el océano de noche, y a diferencia del faronés que había visto en el mercado, el rostro de este hombre estaba salpicado con decenas de trozos de vidrio verde claro. Los fragmentos trazaban líneas sobre sus cejas, seguían la curva de sus mejillas y dejaban un rastro por su cuello. El efecto causaba obsesión.

—Cierra la boca —chistó Alucard a su oído—. Pareces un pescado.

La luz en la taberna era tenue, brillaba hacia arriba desde las mesas y los hogares, en vez de hacia abajo desde el techo y las paredes, y se creaban sombras extrañas en los rostros al rebotar la luz de las velas sobre mejillas y ceños.

No estaba terriblemente atestado —solo había visto cuatro barcos en el puerto—, así que pudo distinguir a los hombres del *Aguja*, que estaban diseminados por ahí y hablando en grupos de dos o tres.

Stross y Lenos habían conseguido una mesa al lado del bar y estaban jugando a las cartas con un puñado de veskanos; Olo observaba y el corpulento Tav estaba inmerso en una conversación con un arnesiano de otro barco.

El apuesto Vasry estaba coqueteando con una moza que parecía faronesa —nada raro en eso— y un tripulante flacucho llamado Kobis estaba sentado en el extremo de un sillón leyendo un libro bajo la luz tenue, claramente disfrutando la cosa más cercana que podía encontrar jamás a la paz y tranquilidad.

Una docena de rostros giraron al mismo tiempo que Lila y Alucard se movían a través de la habitación, y ella sintió que se encogía hasta llegar a la sombra más cercana, antes de darse cuenta de que ninguno la miraba a ella. Era al capitán del *Aguja Nocturna* al que le prestaban atención. Algunos saludaban con la cabeza, otros levantaban una mano o un vaso, unos pocos gritaban un saludo. Obviamente había hecho algunos amigos durante sus años en el mar. Al pensar en eso, en si Alucard Emery había hecho *enemigos*, ella aún no había conocido a ninguno.

Un arnesiano de otra tripulación lo saludó con la mano y, en vez de seguirlo, Lila se abrió camino hacia el bar y ordenó un tipo de sidra que olía a manzana y especias y licor fuerte. Había tomado varios tragos cuando giró su atención al veskano que estaba unos metros más allá en la barra.

La tripulación del *Aguja* llamaba «*choser*» —*gigantes*— a los veskanos, y ella estaba empezando a entender por qué.

Lila intentó no mirarlo —es decir, intentaba mirar pero sin que pareciera que no podía sacarle los ojos de encima—, pero el hombre era *enorme*, incluso más alto de lo que había sido Barron, con un rostro que parecía un bloque de piedra rodeado por una cuerda de pelo rubio. No el rubio blancuzco sin color de los mellizos Dane, sino un color miel, rico en una forma que combinaba con su piel, como si nunca hubiese pasado un día a la sombra.

Tenía los brazos, uno de los cuales estaba apoyado en la barra, del tamaño de la cabeza de Lila; su sonrisa era más amplia que la cuchilla de Lila, pero ni cerca de ser tan retorcida; y sus ojos, cuando se movieron hacia ella, eran de un azul despejado. El pelo y la barba del veskano crecían juntos alrededor de su rostro y solo se bifurcaban sobre sus ojos grandes y su nariz recta y hacían que su expresión fuese difícil de leer. Ella no podía descifrar si simplemente él la estaba estudiando o desafiando.

Los dedos de Lila vagaron hacia el puñal que llevaba a la cadera, aunque honestamente no quería probar su mano contra un hombre que, más que ser

atravesado por el filo, parecía que iba a *abollarlo*.

Y entonces, para su sorpresa, el veskano levantó su copa.

—*Is Aven* —dijo ella, levantando su propio trago. *Salud*.

El hombre guiñó un ojo y luego comenzó a bajar su cerveza en una sola bocanada continua, y Lila, al percibir el desafío, hizo lo mismo. Su vaso era la mitad del tamaño de la copa del veskano, pero para ser justos, él más que la doblaba en tamaño, así que parecía una competencia justa. Cuando el porrón vacío de Lila golpeó la barra un instante antes que el de él, el veskano se rio y aporreó la mesa dos veces con el puño cerrado mientras murmuraba con aprobación.

Lila dejó una moneda en el mostrador y se puso de pie. La sidra la golpeó como una cubierta agitada, como si ya no estuviese en tierra firme, sino de regreso en el *Aguja* durante una tormenta.

—Con cuidado. —Alucard la tomó del codo, luego pasó un brazo alrededor de sus hombros para esconder su inestabilidad—. Eso te pasa por hacer amigos.

La guio hacia un reservado donde la mayoría de los hombres se habían reunido, y ella se dejó caer, agradecida, en una silla en un extremo. Cuando el capitán se sentó en su lugar, el resto de la tripulación se acercó, como atraídos por una corriente invisible. Pero, obviamente, la corriente era el mismo Alucard.

Los hombres rieron. Chocaron las copas. Arrastraron las sillas.

Lenos robó una mirada hacia ella desde el otro lado de la mesa. Él era quien había empezado los rumores sobre que ella era Sarows. ¿Aún le tenía miedo, después de todo este tiempo?

Ella sacó el cuchillo —el que ahora era de ella— de su cinturón y lo lustró con la punta de la camisa.

La cabeza le daba vueltas por aquel primer trago y dejó que sus oídos y su atención vagaran a través de la tripulación como humo, dejando que las palabras arnesianas se disolvieran de nuevo en altos y bajos, las melodías de un lenguaje extraño.

En el otro extremo de la mesa, Alucard alardeaba y brindaba y bebía con su tripulación, y Lila se maravilló por cómo los hombres cambiaban para encajar en el ambiente. Ella sabía cómo adaptarse bastante bien, pero Alucard sabía cómo *transformarse*. Allá en el *Aguja*, era no solo un capitán, sino un rey. Aquí en esta mesa, rodeado por sus hombres, era uno de ellos. Aún el jefe, siempre el jefe, pero no tan por encima del resto. Este Alucard se tomaba el trabajo de reírse tan fuerte como Tav y de coquetear tanto como Vasry y derramar su cerveza tanto como Olo, aunque Lila lo había visto escandalizarse cada vez que ella derramaba agua o vino en su camarote.

Era una actuación, una que era divertida de ver. Lila se preguntó, quizá por centésima vez, qué versión de Alucard era la verdadera o si, de algún modo, todas eran verdaderas, cada una a su modo.

También se preguntó dónde había encontrado Alucard a un grupo tan extraño de

hombres, cuándo y cómo los había levantado. Aquí, en tierra, parecían tener muy poco en común. Pero en el *Aguja*, funcionaban como amigos, como *familia*. O al menos como Lila imaginaba que actuaría una familia. Claro que peleaban y de vez en cuando hasta terminaban a los golpes, pero también eran ferozmente leales.

¿Y Lila? ¿También ella era leal?

Pensó en aquellas primeras noches, cuando había dormido con la espalda contra la pared y su cuchillo a mano, esperando ser atacada. Cuando había tenido que enfrentar el hecho de que no sabía casi nada sobre la vida a bordo del barco y luchaba cada día para mantenerse de pie, aferrándose a los despojos de habilidad y lenguaje y, cuando era ofrecida, ayuda. Parecía que había pasado toda una vida. Ahora la trataban más o menos como si fuese una de ellos. Como si *perteneciera*. Una pequeña parte desafiante de ella, la parte que había hecho todo lo posible por extinguirse en las calles de Londres, palpitó ante el pensamiento.

Pero el resto de ella sintió náuseas.

Quería apartarse de la mesa y salir, irse, romper las cuerdas que la ataban a este barco y a esta tripulación y a esta vida, y empezar de nuevo. Cuando sentía el peso de esos lazos, deseaba poder tomar el cuchillo más filoso y cortarlos, recortar la parte de ella que quería, que se encariñaba, que se sentía a gusto ante el contacto de la mano de Alucard sobre su hombro, ante la sonrisa de Tav, el gesto de Stross.

«Débil», le advertía una voz en la cabeza.

«Huye», le decía otra.

—¿Estás bien, Bard? —preguntó Vasry, que se veía genuinamente preocupado.

Lila asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa nuevamente para dejarla fija en su rostro.

Stross deslizó un trago fresco hacia ella, como si no fuera nada.

«Huye».

Alucard encontró su mirada y le guiñó un ojo.

Dios, debería haberlo matado cuando tuvo la oportunidad.

—Muy bien, Capitán —gritó Stross por encima del ruido—. Nos has tenido esperando. ¿Cuál es la gran noticia?

La mesa comenzó a acallarse, y Alucard bajó su porrón a la mesa.

—Escuchen, montón de borrachos —dijo, y su voz se expandió como una ola. El grupo se acalló primero en murmullos y después quedó en silencio—. Pueden pasar la noche en tierra. Pero partimos con los primeros rayos de luz.

—¿Adónde vamos a continuación? —preguntó Tav.

Alucard miró directamente a Lila cuando lo dijo.

—A Londres.

Lila se quedó dura en su silla.

—¿Para qué? —dijo Vasry.

—Por negocios.

—Qué raro —observó Stross, rascándose la mejilla—. ¿No estamos cerca de la

fecha del torneo?

—Puede ser —dijo Alucard con una sonrisa de satisfacción.

—No, no lo *hiciste* —se asombró Lenos.

—¿No hizo qué? —preguntó Lila.

Tav largó una carcajada.

—Fue y entró en el *Essen Tasch*.

«*Essen Tasch*», pensó Lila, tratando de traducir la frase. «Elemento… algo». ¿Qué era? Todo el resto de la mesa parecía saberlo. Solo Kobis se quedó callado, simplemente mirando su bebida con el entrecejo fruncido, pero no parecía confundido, solo preocupado.

—No sé, Capitán —dijo Olo—. ¿Crees que eres lo suficientemente bueno para jugar ese juego?

Alucard se rio y sacudió la cabeza. Se llevó el vaso a los labios, bebió un buen trago y después golpeó el porrón contra la mesa. Se hizo añicos, pero antes de que la cerveza pudiera derramarse, saltó en el aire, junto al contenido de todos los vasos en la mesa, y el líquido se congeló mientras subía. Las bebidas congeladas flotaron un momento, luego cayeron a la mesa de madera, algunas se alojaron en punta sobre esta, otras salieron rodando. Lila observó la lanza helada que había sido su sidra cayendo a su vaso. Solo el témpano que había sido la bebida de Alucard se quedó en el aire, flotando, suspendido sobre su jarra rota.

La tripulación gritó de alegría y aplaudió.

—Ey —gruñó un hombre detrás del mostrador—. Todo lo que se rompe se paga.

Alucard sonrió y levantó las manos, como si se estuviera rindiendo. Y entonces, al flexionar los dedos, las esquirlas de vidrio desparramadas por la mesa temblaron y se reunieron para cobrar la forma de un porrón, como si el tiempo hubiese comenzado a rebobinarse. El porrón se formó en una de las manos de Alucard, las grietas se borronearon y luego desaparecieron cuando el vaso se fusionó. Lo sostuvo en alto, como si estuviera inspeccionándolo, y luego las piezas de cerveza helada, que aún flotaban en el aire sobre su cabeza, se licuaron y se vertieron nuevamente al vaso ileso. Bebió un sorbo y brindó por el hombre detrás de la barra, y la tripulación estalló en vítores estridentes, golpeando la mesa y olvidando sus propias bebidas.

Solo Lila se quedó sentada inmóvil, atónita por la demostración.

Había visto a Alucard haciendo magia, por supuesto —él le había estado enseñando por meses—. Pero había una diferencia —un abismo, un mundo— entre hacer levitar un cuchillo y *esto*. No había visto a nadie manipular la magia de esta manera. No desde Kell.

Vasry debió de haber leído su sorpresa, porque inclinó la cabeza hacia ella.

—El capitán es uno de los mejores de Arnes —dijo—. La mayoría de los magos solo pueden manipular un elemento. Unos pocos son binarios. ¿Pero Alucard? Él es *triádico*. —Dijo la palabra con reverencia—. No va por ahí mostrando su poder, porque los grandes magos rara vez salen a alta mar, son más raros que un buen botín,

de modo que suelen ser atrapados y vendidos. Claro que ese no sería el único precio por su cabeza, pero de todos modos. La mayoría no deja las ciudades.

«Entonces, ¿por qué él sí?», se preguntó ella.

Cuando levantó la vista, vio la mirada de Alucard dirigida hacia ella, el zafiro destellando sobre un ojo oscuro como una tormenta.

—¿Has ido alguna vez a un *Essen Tasch*, Vasry? —preguntó.

—Una vez —dijo el apuesto marinero—. La última vez que los Juegos se hicieron en Londres.

«Juegos», pensó Lila. Así que eso era lo que significaba *Tasch*.

Los Juegos Elementales.

—Solo se hacen cada tres años —continuó Vasry— en la ciudad del último vencedor.

—¿Cómo son? —preguntó Lila con curiosidad, aunque luchando por mantener un interés casual.

—¿Nunca has ido? Bueno, te espera un gran espectáculo. —A Lila le agradaba Vasry. No era el hombre más afilado, no por mucho; no leía demasiado en las preguntas, no se preguntaba cómo o por qué ella no sabía las respuestas—. El *Essen Tasch* ha estado jugándose por más de sesenta años, desde la última guerra imperial. Cada tres años, se juntan Arnes y Faro y Vesk y contribuyen a sus mejores magos.

—Es la forma que tienen los imperios de estrecharse las manos y sonreír y mostrar que todo está bien —intervino Tav, quien se había inclinado hacia delante de forma conspirativa.

—*Tac*, la política es aburrida —dijo Vasry, haciendo un gesto de descarte con la mano—. Pero es muy divertido mirar los duelos. Y las *fiestas* también lo son. Las bebidas, las apuestas, las mujeres hermosas…

Tav se rio por la nariz.

—No escuches a Vasry, Bard —dijo—. Los duelos son la mejor parte. Una docena de los mejores magos de cada imperio se enfrentan mano a mano.

«Duelos».

—Oh, y las máscaras también son bonitas —reflexionó Vasry, con ojos vidriosos.

—¿Máscaras? —preguntó Lila, al despertársele el interés.

Tav se inclinó hacia adelante, entusiasmado.

—En un principio —dijo—, los competidores usaban cascos para protegerse. Pero con el tiempo comenzaron a embellecerlos. Para distinguirse. En un momento, las máscaras simplemente empezaron a formar parte del torneo. —Tav frunció levemente el entrecejo—. Me sorprende que nunca hayas ido a un *Essen Tasch*, Bard.

Lila se encogió de hombros.

—Nunca he estado en el lugar justo en el momento indicado.

Tav asintió, como si esa respuesta fuera lo suficientemente buena, y dejó pasar el tema.

—Bueno, si Alucard está en las filas, será un torneo para recordar.

—¿Por qué lo hacen los hombres? —preguntó Lila—. ¿Solo para presumir?

—No solo los hombres —dijo Vasry—. Las mujeres también.

—Es un honor ser elegido para competir para tu corona…

—La gloria está muy bien —dijo Vasry—, pero en este juego el ganador se lleva todo. No es que el capitán necesite el dinero.

Tav le lanzó una mirada de advertencia.

—Un premio tan grande como ese —dijo Olo, uniéndose a la conversación—, hasta al propio rey le duele desprenderse de él.

Lila pasó un dedo por la sidra que comenzaba a derretirse sobre la mesa, escuchando a la tripulación a medias mientras charlaban. Magia, máscaras, dinero… El *Essen Tasch* se estaba poniendo más y más interesante.

—¿Puede competir cualquiera? —preguntó distraídamente.

—Seguro —dijo Tav—, siempre y cuando sean lo suficientemente buenos para obtener un lugar.

Lila dejó de dibujar la sidra con el dedo y nadie notó que el líquido derramado continuó moviéndose, trazando diseños a lo largo de la madera.

Alguien apoyó un nuevo trago frente a ella.

Alucard estaba pidiendo que le prestaran atención.

—A Londres —dijo, levantando su vaso.

Lila alzó el suyo.

—A Londres —dijo, con una sonrisa afilada como un cuchillo.

Cuatro

Los Londres llaman

I



Londres Rojo

La ciudad estaba bajo asedio.

Rhy estaba parado en el balcón más alto del palacio y observaba cómo se reunían las fuerzas. El aire frío le mordía las mejillas y tiraba de su media capa, haciéndola flamear hacia arriba como una bandera dorada detrás de él.

Abajo, lejos, las estructuras colisionaban, las paredes se alzaban y los sonidos de fuegos avivados y martillos contra acero hacían eco como armas que chocan entre sí en un aluvión de madera y metal y vidrio.

A la mayoría le sorprendería saber que cuando Rhy pensaba en sí mismo como rey, se veía a sí mismo así: no en un trono o brindando con amigos en cenas lujosas, sino supervisando ejércitos. Y si bien nunca había visto un frente de batalla *verdadero* —la última guerra verdadera había sido sesenta años atrás, y las fuerzas de su padre siempre apagaban estallidos en las fronteras y escaramuzas civiles antes de que pudieran intensificarse—, Rhy había sido bendecido con suficiente imaginación como para compensarlo. Y a primera vista, Londres *realmente* parecía estar bajo ataque, aunque las fuerzas fueran las suyas.

Dondequiera que mirara Rhy, la ciudad estaba siendo tomada, no por soldados enemigos, sino por albañiles y magos que trabajaban duro para construir las plataformas y escenarios, los estadios flotantes y las carpas a las orillas del río que albergaría el *Essen Tasch* y a los competidores.

—La vista desde aquí arriba —dijo un hombre detrás de él— es… magnífica. —Las palabras eran en alto imperial, pero los bordes estaban suavizados por el acento de la *ostra* arnesiana.

—Realmente lo es, maestro Parlo —dijo Rhy, girándose hacia el sujeto. Se tuvo que morder para no sonreír. Parlo se veía sumamente miserable, medio helado y obviamente incómodo con la distancia entre el balcón y el río rojo bien abajo, y agarraba los pergaminos contra el diseño floreado de su chaleco como si fuesen sogas. Casi tan mal como Vis; el guardia estaba parado con su armadura, con la espalda presionada contra la pared, y se veía pálido.

Rhy estaba tentado a inclinarse hacia atrás contra la baranda solo para poner al *ostra* y al guardia nerviosos.

—¿Qué lo trae al techo? —preguntó Rhy.

Parlo sacó un pergamino de debajo de su brazo.

—Los planes para la ceremonia de apertura, Su Alteza.

—Por supuesto. —Aceptó los pergaminos pero no los desenrolló. Parlo seguía ahí parado, como esperando algo (¿una propina?, ¿un premio?) y Rhy finalmente agregó —: Puede retirarse.

El *ostra* pareció herido, así que Rhy sacó a relucir su mejor sonrisa principesca.

—Vamos, maestro Parlo, ha sido dispensado no desterrado. La vista aquí puede ser magnífica, pero el clima no lo es, y usted pareciera necesitar un té y un fuego. Encontrará ambas cosas en la galería de la planta baja.

—Supongo que eso suena agradable… pero los planes…

—Con suerte, no necesitaré ayuda descifrando un programa que yo mismo diseñé. Y si la necesito, sé dónde encontrarlo.

Después de un momento, Parlo finalmente asintió y se retiró. Rhy suspiró y apoyó los pergaminos en una pequeña mesa de vidrio al lado de la puerta. Desenrolló el papel y entrecerró los ojos porque la luz del sol hizo que la página resplandeciera blanca, la cabeza aún le latía levemente de la noche anterior. Las noches se habían vuelto más difíciles para Rhy. Nunca había tenido miedo de la oscuridad —incluso después de que las Sombras vinieran e intentaran matarlo una noche—, pero eso era porque la oscuridad misma *solía* estar vacía. Ahora no lo estaba. Podía sentirlo, lo que fuera que fuese, flotando en el aire alrededor de él, esperando a que el sol bajara y el mundo se acallase. Lo suficientemente callado para *pensar*. Pensamientos, eso era lo que lo esperaba, y una vez que comenzaban a surgir, él parecía no poder silenciarlos.

Santos, y sí que lo intentaba.

Se sirvió una taza de té y llevó la atención de regreso a los planos, puso peso en las esquinas para evitar que el viento se los llevara. Y ahí estaba, desplegada frente a él, la cosa en la que se concentraba en un intento desesperado por mantener los pensamientos a raya.

Is Essen Tasch.

Los Juegos Elementales.

Un torneo internacional entre los tres imperios —Vesk, Faro y, obviamente, Arnes —. No era un asunto modesto. El *Essen Tasch* estaba compuesto por treinta y seis magos, mil espectadores adinerados dispuestos a hacer el viaje y, por supuesto, los invitados reales. El príncipe y la princesa de Vesk. El hermano del rey de Faro. Por tradición, el torneo era albergado por la capital del último campeón. Y gracias a la habilidad de Kisimyr Vasrin, y a la visión de Rhy, Londres sería la deslumbrante atracción principal de los Juegos de este año.

Y en el centro, el éxito supremo de Rhy: los primeros estadios flotantes.

Las carpas y los escenarios florecían por la ciudad, pero el orgullo más grande de Rhy estaba reservado para esos tres estadios que estaban siendo erigidos, no sobre las orillas, sino sobre el propio río. Eran temporales, sí, y serían demolidos cuando el torneo terminase. Pero también eran gloriosos, obras de arte, estatuas en la escala de

un estadio. Rhy había contratado a los mejores trabajadores del metal y de la tierra del reino para construir esos magníficos escenarios. Se estaban elaborando puentes y pasarelas alrededor del palacio, y desde arriba parecían ondas doradas a lo ancho del agua roja del Isle. Cada estadio era un octágono, con lonas que se estiraban como velas sobre un esqueleto de piedra. Sobre este cuerpo, los escenarios estaban cubiertos: el primero, de escamas esculpidas; el segundo, de plumas de tela; el tercero, de pelaje herboso.

Mientras Rhy observaba, descendían hacia el río enormes dragones esculpidos en hielo que rodearían el estadio oriental, mientras que pájaros de lona volaban como cometas sobre el central, atrapados por un viento perpetuo. Y al oeste, ocho magníficos leones de piedra marcaban los postes del estadio, cada uno en una pose distinta, un momento capturado en la narrativa del depredador y la presa.

Podría simplemente haber numerado las plataformas, supuso Rhy, pero eso hubiese sido tristemente predecible. No, el *Essen Tasch* exigía más.

«Espectáculo».

Eso es lo que todos esperaban. Y espectáculo era ciertamente algo que Rhy sabía cómo entregar. Pero esto no era solo sobre montar un show. Kell podía bromear todo lo que quisiese, pero a Rhy *sí* le importaba el futuro de su reino. Cuando su padre lo puso a cargo del torneo, se había sentido insultado. Había pensado que el *Essen Tasch* era una fiesta enaltecida, y si bien Rhy era bueno en cuanto al entretenimiento, él había querido más. Más responsabilidad. Más poder. Y le había dicho eso mismo al rey.

—Gobernar es un asunto delicado —lo había reprendido su padre—. Cada gesto supone un propósito y tiene un significado. Este torneo no es solo un juego. Ayuda a mantener la paz con los imperios vecinos y nos permite mostrarles nuestros recursos sin que eso implique una amenaza. —El rey había entrelazado los dedos—. La política es una danza hasta el momento en que se transforma en una guerra. Y nosotros controlamos la música.

Y cuanto más pensaba en eso Rhy, más entendía.

Los Maresh habían estado en el poder por más de cien años. Desde antes de la Guerra de los Imperios. La élite *ostra* los amaba y ningún *vestra* de la realeza era lo suficientemente audaz para desafiar su reinado, sólido como era. Ese era el beneficio de gobernar por más de un siglo; nadie se podía acordar de cómo era la vida antes de que los Maresh subieran al poder. Era fácil creer que la dinastía nunca acabaría.

Pero ¿y los otros imperios? Ninguno hablaba de guerra —nadie jamás hablaba de guerra—, pero rumores de descontento llegaban como neblina por las fronteras. Con siete hijos, los veskanos intentaban alcanzar el poder, y el hermano del rey estaba hambriento; era solo una cuestión de tiempo antes de que *lord* Sol-in-Ar intentara llegar al trono faronés por la fuerza, e incluso aunque Vesk y Faro tuvieran la vista puesta uno en el otro, el hecho seguía siendo que Arnes se ubicaba directamente entre ellos.

Y después estaba Kell.

Por mucho que Rhy bromeara con su hermano sobre su reputación, no era un chiste ni para Faro ni para Vesk. Algunos estaban convencidos de que Kell era la piedra angular del imperio arnesiano, que este se derrumbaría y caería sin él en el centro.

No importaba si era verdad; sus vecinos siempre buscaban debilidades, porque gobernar un imperio era una cuestión de *fortaleza*. Lo que en realidad era la *imagen* de fortaleza. El *Essen Tasch* era el pedestal perfecto para semejante demostración.

Una oportunidad para que Arnes brillara.

Una oportunidad para que *Rhy* brillara, no solo como una joya, sino como una espada. Siempre había sido el símbolo de la riqueza. Quería ser el símbolo del *poder*. La magia era poder, por supuesto, pero no era el único tipo. Rhy se dijo a sí mismo que podía ser fuerte aun sin ella.

Presionó la baranda del balcón con más fuerza.

El recuerdo del regalo de Holland destelló en su mente. Meses atrás había hecho algo tonto —tan tonto que casi les había costado a él y a su ciudad todo— solo para ser fuerte de la misma manera en que Kell lo era. Su pueblo nunca sabría cuán cerca había estado él de fallarles. Y más que nada en el mundo, Rhy Maresh quería ser lo que su pueblo necesitara. Por mucho tiempo creyó que necesitaban un heredero alegre, elegante. No era tan ignorante como para pensar que su ciudad estaba libre de sufrimiento, pero solía creer —o quizá solo *quería* creer— que podía llevarle algo de alegría a su pueblo siendo él mismo feliz. Después de todo, lo amaban. Pero lo que iba bien con un príncipe no iría bien en un rey.

«No seas macabro», pensó. Sus padres, ambos, gozaban de buena salud. Pero la gente vivía y moría. Así era la naturaleza del mundo. O al menos, así era como debía ser.

Los recuerdos se alzaron como bilis en la garganta. El dolor, la sangre, el miedo y finalmente, la calma y la oscuridad. La rendición del dejarse ir y ser arrastrado de regreso, la fuerza de ello como una caída, un dolor terrible, aturdidor al golpear contra el suelo. Solo que no estaba cayendo hacia abajo. Estaba cayendo hacia arriba. Emergiendo de vuelta a la superficie de sí mismo y…

—Príncipe Rhy.

Parpadeó y vio a su guardia, Tolners, parado en la entrada, alto y tenso y oficial.

A Rhy le dolieron los dedos al levantarlos de la baranda helada. Abrió la boca para hablar y sintió sabor a sangre. Debió haberse mordido la lengua. «Lo siento, Kell», pensó. Era una cosa tan peculiar saber que tu dolor estaba atado al de alguien más, que cada vez que te lastimabas otro lo sentía, y cada vez que ese otro sufría, era por tu culpa. Estos días, Rhy parecía ser siempre la fuente del sufrimiento de Kell, mientras que el propio Kell caminaba por ahí como si el mundo de repente estuviese hecho de vidrio, todo por Rhy. No era parejo al final, no estaba equilibrado, no era justo. Rhy sostenía el *dolor* de Kell en las manos, mientras Kell sostenía la *vida* de

Rhy en las suyas.

—¿Está bien? —presionó el guardia—. Se ve pálido.

Rhy bebió una taza de té —ahora frío— y se enjuagó el gusto metálico de la boca y dejó la taza a un lado con dedos temblorosos.

—Dime, Tolners —dijo, fingiendo liviandad—, ¿es tanto el peligro en que estoy que necesito no uno, sino *dos* hombres para proteger mi vida? —Rhy señaló al primer guardia, quien aún estaba parado con la espalda contra la piedra fría del exterior—. ¿O has venido a relevar al pobre Vis antes de que se nos desmaye?

Tolners miró a Vis y asintió con la cabeza. El otro guardia salió, agradecido, con la cabeza gacha, por las puertas de la terraza hacia la seguridad de la habitación. Tolners no tomó un lugar a lo largo de la pared, sino que se quedó parado frente a Rhy en posición de firme. Estaba vestido, como siempre lo estaba, con armadura completa, su capa roja flameaba detrás de él por el viento frío, y llevaba el casco dorado bajo el brazo. Parecía más una estatua que un hombre y, en ese momento —como en muchos otros—, Rhy extrañó a sus antiguos guardias, Gen y Parrish. Extrañó su sentido del humor y sus charlas y la forma en que él podía hacer que olvidasen que era un príncipe. Y a veces, la forma en que ellos podían hacer que él también lo olvidara.

«No seas obstinado», pensó Rhy. «No puedes ser el símbolo del poder y un hombre común y corriente al mismo tiempo. Debes elegir. Elige bien».

El balcón de repente se sintió atestado. Rhy liberó los planos de la mesa y se retiró a la calidez de sus aposentos. Dejó los papeles sobre un sofá y estaba cruzando a un aparador para buscar una bebida más fuerte, cuando notó una carta apoyada sobre la mesa. ¿Cuánto tiempo había estado ahí?

La mirada de Rhy se movió a toda velocidad hacia sus guardias. Vis estaba parado al lado de las puertas de madera oscura, ocupado con un hilo suelto en su capa. Tolners aún estaba en el balcón, mirando las construcciones para el torneo con una leve arruga entre las cejas.

Rhy levantó el papel y lo desplegó. El mensaje estaba garabateado en una letra pequeña que no era ni inglés ni arnesiano, sino kas-avenés, un raro dialecto fronterizo que le habían enseñado a Rhy hacía varios años.

Siempre había tenido habilidad para los lenguajes, siempre que pertenecieran a los hombres y no a la magia.

Rhy sonrió al ver el dialecto. Tan inteligente como usar un código, pero mucho menos evidente.

La nota decía:

Príncipe Rhy:

Estoy en completo desacuerdo y mantengo la esperanza, aunque mínima, de que ambos entrarán en

razón. En el caso de que no lo hagan, he hecho los arreglos necesarios —que espero no vengan a atormentarme—. Discutiremos el costo de sus emprendimientos esta tarde. Quizá los vapores terminen siendo esclarecedores. Sea cual sea su decisión, espero una sustancial donación para el Santuario de Londres cuando esto termine.

Su sirviente, anciano y Aven Essen.
Tieren Serence

Rhy sonrió y guardó la nota justo cuando las campanas sonaban por la ciudad, repicadas desde el mismo santuario del otro lado del río.

«Quizá los vapores terminen siendo esclarecedores».

Rhy aplaudió, lo que sobresaltó a sus guardias.

—Caballeros —dijo, mientras tomaba una bata—. Creo que tengo ganas de tomar un baño.

II



El mundo debajo del agua era cálido y tranquilo.

Rhy se quedó sumergido tanto como pudo, hasta que la cabeza le dio vueltas y el pulso le golpeó los oídos y el pecho comenzó a dolerle. Entonces, y solo entonces, salió a la superficie para llenar sus pulmones de aire.

Amaba los baños reales, había pasado muchas tardes —noches, mañanas— lánguidas en ellos, pero rara vez solo. Estaba acostumbrado a las risas de su bulliciosa compañía que hacían eco contra las piedras, el abrazo juguetón de un compañero, besos salpicados sobre la piel; pero hoy los baños estaban en silencio, salvo por el suave goteo del agua. Sus guardias estaban parados a ambos lados de la puerta y había un par de asistentes sentados, esperando con jarras de jabón y aceite, cepillos, batas y toallas, mientras Rhy caminaba por el agua de la piscina, que le llegaba a la cintura.

Ocupaba la mitad de la habitación una amplia piscina de piedra negra pulida, con los bordes ribeteados con vidrio y oro. La luz bailaba a lo largo de los techos abovedados, y la pared más lejana solo estaba interrumpida por ventanas altas y delgadas llenas de vitrales.

El agua que lo rodeaba todavía se desparramaba por su ascenso, y él abrió los dedos sobre la superficie, esperando a que las olas se alisaran otra vez.

Era un juego que solía jugar cuando era pequeño, en el que trataba de ver si podía aquietar la superficie del agua. No con magia, sino con paciencia. Cuando era niño, le había costado más esperar que invocar elementos; pero estos días, estaba mejorando en ese aspecto. Se paró en el mismísimo centro del baño e hizo más lento el ritmo de su respiración y observó cómo el agua se volvía quieta y lisa como el vidrio. Pronto, su reflejo se afirmó en su superficie, claro como en un espejo, y Rhy observó su pelo negro y sus ojos ámbar, antes de que su mirada invariablemente se deslizara hacia sus hombros marrones y luego a la marca en su pecho.

Los círculos se unían de una manera que era tanto intuitiva como extraña. Un símbolo de muerte y vida. Se concentró y se volvió consciente del pulso en sus oídos, el eco de Kell, ambos latidos se volvían más y más fuertes, hasta que Rhy pensó que el sonido arruinaría la quietud vítrea del agua.

Una sutil aura de paz rompió el pulso creciente.

—Su Alteza —dijo Vis desde su lugar al lado de la puerta—, tiene un…

—Déjalo pasar —dijo el príncipe, de espaldas al guardia. Cerró los ojos y escuchó el suave sonido de pies descalzos, el susurro del ropaje contra la piedra: silenciosos y, sin embargo, lo suficientemente altos como para tapar el corazón de su

hermano.

—Buenas tardes, príncipe Rhy. —La voz del *Aven Essen* era un tamborileo bajo, más suave que el del rey pero igual de fuerte. Sonoro.

Rhy giró en un círculo lento para mirar de frente al sacerdote, con una sonrisa resplandeciente en el rostro.

—Tieren. Qué agradable sorpresa.

El Sumo Sacerdote del Santuario de Londres no era un hombre corpulento, pero sus túnicas blancas casi se lo tragaban. En todo caso, él crecía para llenarlas, las telas hacían un tenue sonido sibilante alrededor de él, incluso cuando se quedaba quieto. El aire de la habitación cambió con su presencia, con una calma se posaba sobre todo, como la nieve. Lo que era bueno, porque contrarrestaba la visible incomodidad que la mayoría de las personas parecían sentir al estar cerca del hombre, y se alejaban intimidadas como si Tieren pudiera ver a través de ellas, más allá de piel y huesos, directo a los pensamientos y deseos y alma. Lo que probablemente era la razón por la que Vis ahora estudiaba sus botas.

El *Aven Essen* era una figura intimidante para la mayoría —como lo era Kell, supuso Rhy—, pero para él, el maestro Serense siempre había sido *Tieren*.

—Si este no es un buen momento… —comenzó el sacerdote, metiendo las manos en sus mangas.

—En absoluto —dijo Rhy, ascendiendo las escaleras de vidrio que bordeaban el baño por todos sus lados. Podía sentir los ojos en la habitación yendo hacia su pecho: no al símbolo quemado en su piel bronceada, sino a la cicatriz entre sus costillas, donde había entrado su cuchillo, el de Astrid. Pero antes de que el aire frío pudiera instalarse o los ojos detenerse, ya estaba allí un asistente, cubriéndolo con una lujosa bata roja—. Por favor, déjennos —dijo, dirigiéndose al resto de la habitación. Los asistentes comenzaron a retirarse al instante, pero el guardia se quedó—. Tú también, Vis.

—Príncipe Rhy —comenzó a decir—, se supone que no debo…

—Está bien —dijo Rhy, jocosamente—. No creo que el *Aven Essen* tenga intención de lastimarme.

Las cejas plateadas de Tieren se levantaron una fracción.

—Eso aún está por verse —dijo el sacerdote, con voz pareja.

Vis estaba a mitad de un paso, pero volvió a detenerse ante las palabras. Rhy suspiró. Desde la Noche Negra, los guardias reales habían recibido estrictas instrucciones con respecto al heredero del reino. Y su *antari*. No sabía cuáles eran las palabras exactas que había usado su padre, pero estaba bastante seguro de que incluían «no los dejen» y «fuera de su vista» y posiblemente «bajo pena de muerte».

—Vis —dijo despacio, tratando de poner el semblante de piedra de su padre al dar órdenes—. Me insultas a mí y al sumo sacerdote con tu insistente presencia. Hay una puerta para salir y entrar en esta habitación. Párate del otro lado con Tolners y *protégela*.

La imitación debe haber sido convincente, porque Vis asintió y se retiró a regañadientes.

Tieren se sentó sobre un banco de piedra ancho que estaba contra la pared, sus túnicas blancas se concentraron a su alrededor, y Rhy fue a tomar asiento al lado de él y arrellanó hacia atrás contra las piedras.

—No tiene demasiado humor este grupo —dijo Tieren cuando estuvieron solos.

—Nada de nada —se quejó Rhy, que rotó los hombros—. Lo juro, la sinceridad es su propia forma de castigo.

—¿Vienen bien las preparaciones para el torneo?

—Así es —dijo Rhy—. Los estadios están casi listos y las carpas imperiales son realmente decadentes. Casi que envidio a los magos.

—Por favor, dime que *tú* no estás pensando en competir también.

—¿Después de todo lo que atravesó Kell para mantenerme con vida? Eso sería un agradecimiento miserable.

Se formó una pequeña arruga entre los ojos de Tieren. En cualquier otra persona, hubiese sido imperceptible, pero en el rostro calmo del *Aven Essen*, se registraba como descontento, aunque él afirmaba que Kell y Rhy eran los únicos que lograban sacar esa particular arruga en su frente.

—Hablando de Kell… —dijo Rhy.

La mirada de Tieren se afiló.

—¿Lo has reconsiderado?

—¿Realmente creíste que lo haría?

—Lo último que se pierde es la esperanza.

Rhy negó con la cabeza.

—¿Hay algo que debería preocuparnos?

—¿Además de tus tontos planes? No lo creo.

—¿Y el casco?

—Estará listo. —El *Aven Essen* cerró los ojos—. Estoy demasiado viejo para subterfugios.

—Necesita esto, Tieren —presionó Rhy. Y después, con una sonrisa tímida—: ¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes —respondió Tieren—. ¿Por qué? —Abrió un ojo—. ¿Se me notan las canas?

Rhy sonrió. La cabeza de Tieren había sido blanca desde que recordaba. Rhy quería al anciano y sospechaba que, a pesar de sí mismo, él también lo quería. Como *Aven Essen*, era protector de la ciudad, un talentoso sanador y un amigo íntimo de la corona. Había sido mentor de Kell cuando él había obtenido sus poderes y había cuidado de Rhy hasta que sanara siempre que había estado enfermo, o cuando había hecho algo estúpido y no quería que lo atraparan. Él y Kell, sin dudas, habían mantenido al anciano ocupado.

—¿Sabes? —dijo Tieren despacio—, realmente deberías tener más cuidado

respecto de quién ve tu marca.

Rhy le dirigió una mirada de ofensa fingida.

—No puedes esperar que me mantenga vestido *todo* el tiempo, maestro Tieren.

—Supongo que eso sería pedir mucho.

Rhy inclinó la cabeza hacia atrás contra las piedras.

—La gente asume que es solo una cicatriz de aquella noche —dijo—, que es exactamente lo que es, y siempre que *Kell* se mantenga vestido (lo que, seamos honestos, es *mucho* más fácil de pedir), nadie se dará cuenta de nada.

Tieren suspiró, su signo universal para mostrar descontento. La verdad era que la marca perturbaba a Rhy, más de lo que quería admitir, y esconderla solo le hacía sentir que era como una maldición. Y, extrañamente, era todo lo que tenía. Al mirar sus brazos, su pecho, Rhy vio que aparte del estallido del hechizo y la herida del cuchillo, que se veía tan pequeña y pálida debajo, tenía muy pocas cicatrices. El sello no era agradable, pero era una cicatriz que se había ganado. Y una con la que necesitaba convivir.

—La gente murmura —observó Tieren.

—Si insisto en esconderla aún más que ahora, tan solo murmurarán más.

«¿Qué hubiese pasado —se preguntó Rhy— si hubiese ido a Tieren con mis miedos sobre mi debilidad, en vez de aceptar el regalo de Holland para fortalecerme? ¿Habría sabido el sacerdote qué decirme, cómo ayudarme?». Rhy se había confesado con Tieren en las semanas que siguieron al incidente. Le había contado acerca de cómo había aceptado el talismán —el amuleto de posesión—, esperando una de las reprimendas del anciano. En lugar de eso, Tieren había escuchado y solo había hablado una vez que Rhy se había quedado sin palabras.

«*La fortaleza y la debilidad son cosas enmarañadas*» *había dicho el* Aven Essen. «*Se parecen mucho, solemos confundirlas, de la misma manera en que confundimos magia y poder*».

A Rhy le había parecido una respuesta insustancial, pero los meses que siguieron, Tieren había estado ahí, a su lado, un recordatorio y un apoyo.

Cuando miró a Tieren ahora, el hombre estaba mirando fijo el agua, más allá de ella, como si pudiera ver algo ahí reflejado en la superficie o en el vapor.

Quizá Rhy pudiera aprender a hacer eso. Ver el futuro. Pero Tieren le había dicho una vez que no era tanto una cuestión de observar, sino de introspección, y Rhy no estaba seguro de querer pasar más tiempo del necesario haciendo eso. De todas formas, no podía deshacerse de la sensación —la esperanza— de que todos nacían con la habilidad de hacer *algo*, de que si tan solo buscaba lo suficiente, lo encontraría. Encontraría su don. Su *propósito*.

—Y bien —dijo Rhy, rompiendo el silencio—, ¿encuentras en las aguas algo de tu agrado?

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Hay mucho que hacer.

Tieren suspiró.

—Como parece que no serás disuadido… —Sacó un pergamino de adentro de las mangas plegadas de sus túnicas—. La lista final de competidores.

Rhy se enderezó y tomó el papel.

—Será publicada en un día o dos —explicó el sacerdote—, una vez que hayamos recibido las lista de Faro y Vesk. Pero pensé que querrías verla antes. —Había algo en su tono, una advertencia tenue, y Rhy deshizo el nudo y desenrolló el pergamino con dedos nerviosos, sin estar seguro de lo que encontraría. Como *Aven Essen* de la ciudad, era tarea del maestro Tieren seleccionar a los doce representantes de Arnes.

Rhy escaneó la lista, su atención se detuvo primero en *Kamerov Loste* —sintió emoción al ver el nombre, un invento, una ficción hecha realidad— antes de que un nombre mucho más abajo le atrapara la mirada, una espina escondida entre rosas.

Alucard Emery.

Rhy hizo un gesto de dolor, retrocedió, pero no antes de que el nombre lo golpeara.

—¿Cómo? —preguntó, con voz baja, casi apagada.

—Aparentemente —dijo Tieren—, no eres el único que tiene influencias. Y antes de que te molestes, deberías saber que Emery rompió *muchísimas* menos reglas que tú. De hecho, técnicamente no rompió ninguna. Audicionó para mí en el otoño, cuando el *Agujas* estaba atracado, y en lo que a mí concierne, él es el más fuerte de las filas. Dos semanas atrás, vino a verme su hermana para refrescarme la memoria y para pedir por su lugar, aunque creo que ella solo quiere que él regrese a casa. Si eso no es suficiente, está el tema del tecnicismo.

Rhy intentó no desmoronarse como un castillo de cartas.

—¿Qué tecnicismo?

—Emery fue formalmente invitado a competir tres años atrás, pero… —Tieren dudó y se veía incómodo—. Bueno, ambos sabemos que ciertas circunstancias lo impidieron. Tiene derecho a un lugar.

Rhy quería meterse de nuevo en la tina y desaparecer debajo del agua. En vez de eso, despacio, metódicamente, enrolló de nuevo el papel y lo volvió a atar con un hilo.

—Y yo que pensaba que quizá te pondrías contento —dijo Tieren—. El misterio y la locura de la juventud están más allá de mí.

Rhy se dobló hacia adelante, se frotó el cuello y luego el hombro. Con los dedos encontró la cicatriz sobre su corazón y trazó las líneas abstraídamente, un hábito reciente. La piel estaba plateada y lisa, apenas levantada, pero sabía que el sello atravesaba todo, carne y hueso y alma.

—Déjame ver —dijo Tieren, poniéndose de pie.

Rhy se sintió agradecido por el cambio de foco. Ladeó la cabeza para despejar la zona y dejar que el hombre examinara su hombro. Tieren presionó una mano fría y seca en la parte delantera y otra en la espalda. Rhy sintió una extraña calidez que se

extendía en él a lo largo de las líneas del hechizo.

—¿Se ha debilitado el vínculo?

Rhy negó con la cabeza.

—Más bien, parece estar fortaleciéndose. Al principio, los ecos eran apagados, pero ahora… no es solo dolor, Tieren. Placer, fatiga. Pero también enojo, inquietud. Por ejemplo, ahora, si aclaro mi cabeza, puedo sentir el… —dudó y buscó a su hermano— hastío de Kell. Es agotador.

—Eso tiene sentido —dijo Tieren, dejando caer las manos—. Este no es simplemente un vínculo físico. Kell y tú están compartiendo una fuerza vital.

—Quieres decir que yo estoy compartiendo la suya —lo corrigió Rhy. Su propia vida había sido cercenada por la puñalada de una daga en su pecho. Lo que él tenía lo estaba extrayendo de Kell. El calor del baño se había desvanecido, y Rhy se sentía cansado y con frío.

—La autocompasión no le queda bien, Su Alteza —dijo Tieren, caminando hacia la puerta.

—Gracias —exclamó Rhy hacia el anciano, sosteniendo el pergamino— por esto.

Tieren no dijo nada, solo arrugó levemente el entrecejo —ahí estaba otra vez esa línea— y desapareció.

Rhy se hundió otra vez contra el banco y observó la lista de nuevo, el nombre Kamerov demasiado cerca del de Alucard.

Una cosa era segura.

Iba a ser un torneo espectacular.

III



Los guardias se encontraron con Kell en la boca del Naresh Kas, como estaba planeado.

Staff, con sus pectorales marcados y sus sienes y barba grises, y Hastra, joven y alegre, con un cutis dorado por el sol y una corona de rizos oscuros. «Al menos son apuestos», había dicho Rhy meses atrás, al ver a los nuevos guardias. El príncipe había estado enfurruñado porque los que le habían asignado, Tolners y Vis, no tenían ni buena apariencia ni sentido del humor.

—Caballeros —dijo Kell, mientras su abrigo se asentaba alrededor de él en el callejón. Los guardias parecían tener frío, y él se preguntó cuánto tiempo habían estado esperándolo—. Les hubiese traído algo caliente, pero… —Levantó las manos como diciendo «reglas».

—Está bien, maestro Kell —dijo Hastra con los dientes apretados, sin captar la burla. Staff, por su parte, no dijo nada.

Tuvieron la decencia de no revisarlo ahí en ese momento, sino que se dieron vuelta y en silencio le siguieron los pasos en dirección al palacio. Podía sentir que los ojos se movían hacia su pequeña procesión, cualquier chance de pasar desapercibido estaba arruinada por la presencia de los guardias reales que lo flanqueaban con sus armaduras brillantes y capas rojas.

Kell hubiese preferido un subterfugio, la sospecha de ser seguido, a la realidad, pero enderezó los hombros y sostuvo la cabeza en alto e intentó recordarse a sí mismo que se veía como un miembro de la realeza, aunque se sintiera como un prisionero.

No había hecho nada mal, hoy no, y los Santos sabían que había tenido la oportunidad. *Varias* oportunidades.

Por fin llegaron a los escalones del palacio, que incluso ahora tenían diversas flores, espolvoreadas con escarcha.

—¿El rey? —preguntó Kell mientras avanzaban por la entrada.

Staff lideró el camino hacia la habitación donde estaba el rey Maxim, parado cerca de un hogar encendido, conversando con varios *ostra*. Cuando vio a Kell, los despachó a todos. Kell mantuvo la cabeza en alto, pero ninguno de los asistentes lo miró a los ojos. Cuando se hubieron ido, el rey señaló con la cabeza que se acercara.

Kell se mantuvo en el medio de la habitación antes de abrir los brazos para Staff y Hastra, en un gesto que era tanto un desafío como una invitación.

—No seas dramático —dijo el rey Maxim.

Los guardias tuvieron la decencia de verse vacilantes mientras se acercaban.

—Rhy debe estar influenciándome, Su Majestad —dijo Kell con seriedad, mientras Staff lo ayudaba a quitarse el abrigo, y Hastra palmeaba su camisa y sus pantalones y pasaba una mano alrededor de los bordes de sus botas. No tenía nada encima y no serían capaces de encontrar nada en su abrigo, no a menos que él quisiera que encontraran algo. A veces le preocupaba que el abrigo tuviera una mente propia. La única persona que alguna vez se las había arreglado para encontrar lo que quería en sus bolsillos era Lila. Nunca supo cómo ella lo había logrado. Abrigo traidor.

Staff sacó la carta del Londres Gris de uno de los bolsillos y se la entregó al rey antes de devolverle el saco a Kell.

—¿Cómo estaba el rey? —preguntó Maxim, tomando la carta.

—Muerto —dijo Kell. Eso tomó al hombre por sorpresa. Kell relató su visita y el renovado interés del príncipe regente (ahora George IV) en la magia. Incluso mencionó que el nuevo rey había intentado sobornarlo, poniendo especial énfasis en el hecho de que él había *rechazado* la oferta.

Maxim se sobó la barba y pareció preocupado, pero no dijo nada, solo movió la mano para darle a entender a Kell que podía retirarse. Este se dio vuelta, sintiendo que su ánimo se oscurecía, pero cuando Staff y Hastra se disponían a seguirlo, Maxim los llamó.

—Déjenlo —dijo, y Kell se sintió agradecido por esa pequeña muestra de amabilidad mientras escapaba hacia sus habitaciones.

El alivio no duró. Al llegar a las puertas de su dormitorio, encontró dos guardias más parados allí. Eran los hombres de Rhy.

—Por los Santos, podría jurar que ustedes se multiplican —murmuró.

—¿Señor? —dijo Tolners.

—Nada —masculló Kell, dejándolos atrás. Había solo una razón por la que Tolners y Vis estarían de guardia fuera de *su* puerta.

Encontró a Rhy parado en el medio de la habitación, de espaldas a Kell, mientras se observaba en un espejo de cuerpo entero. Desde este ángulo, Kell no podía ver el rostro de Rhy y, por un momento, un recuerdo surgió en su mente, de Rhy esperando a que él se despertara —solo que no había sido Rhy, claro, sino Astrid usando su piel, y estaban en el dormitorio de Rhy en ese momento, no en el suyo—. Pero por este instante los detalles se borronearon y se encontró a sí mismo observando a Rhy en busca de pendientes o amuletos, buscando sangre en el piso, antes de que el pasado se desmoronara en el recuerdo.

—Ya era hora —dijo Rhy, y Kell se sintió secretamente aliviado cuando la voz que vino de los labios de Rhy era indudablemente la de su hermano.

—¿Qué te trae a mi habitación? —preguntó Kell, cuyo alivio pasaba ahora a la irritación.

—Aventura. Intriga. Preocupación de hermano. O —continuó el príncipe perezosamente— quizá le estoy dando a tu espejo algo que mirar, además de tu

constante puchero.

Kell frunció el entrecejo y Rhy sonrió.

—¡Ahí está! El famoso entrecejo fruncido.

—No frunzo el entrecejo —refunfuñó Kell.

Rhy lanzó una mirada cómplice a su propio reflejo. Kell suspiró y arrojó su abrigo al sillón más cercano antes de dirigirse al camarín conectado con su dormitorio.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Rhy hacia él.

—Espera —gritó su respuesta Kell, que cerró la puerta entre ambos. Una sola vela se encendió y a su luz vio los símbolos marcados en la madera. Ahí, entre otras marcas y aún con sangre fresca, estaba la puerta a Disan. El camino hacia el castillo de Windsor. Kell se estiró y frotó la marca hasta que quedó oculta y luego desapareció.

Cuando regresó, Rhy estaba sentado en la silla favorita de Kell, a la que había arrastrado para que estuviera mirando a la habitación en lugar de las puertas del balcón.

—¿De qué se trató eso? —preguntó el príncipe, con la cabeza apoyada en una mano.

—Esa es mi silla —dijo Kell inexpresivamente.

—Una cosa vieja y maltratada —dijo Rhy, sabiendo cuánto le gustaba a Kell. Y al ponerse de pie el príncipe, sus ojos dorados destellaban con picardía.

—Todavía estoy con dolor de cabeza —dijo Kell—. Así que si estás aquí para forzarme a salir de nuevo…

—No es por eso que estoy aquí —dijo Rhy, que cruzó hasta un aparador. Comenzó a servirse un trago y Kell estaba a punto de decir algo muy desagradable cuando vio que solo era té.

Rhy señaló uno de los sofás con la cabeza.

—Siéntate.

Kell se hubiese quedado parado solo para molestar, pero estaba cansado por el viaje, así que se dejó caer en el sillón más cercano. Rhy terminó de preparar su té y se sentó en el de enfrente.

—¿Entonces?

—Pensé que Tieren le había enseñado a ser paciente —lo reprendió Rhy. Apoyó el té sobre la mesa y sacó una caja de madera de debajo—. Quería disculparme.

—¿Por qué cosa? —preguntó Kell—. ¿Las mentiras? ¿Las borracheras? ¿Las peleas? ¿Las incansables…? —Pero algo en la expresión de Rhy hizo que se detuviera.

El príncipe se barrió los rizos para despejarse la cara y Kell se dio cuenta de que se veía más viejo. No viejo —Rhy solo tenía veinte, un año y medio menos que Kell —, pero los bordes de su cara se habían afilado y sus ojos brillantes tenían menos asombro y más intensidad. Había crecido, y Kell no pudo evitar preguntarse si era el

natural, simple e inevitable paso del tiempo o si los últimos vestigios de su juventud habían sido extirpados por lo que había pasado.

—Mira —dijo el príncipe—, sé que las cosas han sido difíciles. Más difíciles que nunca estos últimos meses. Y sé que solo he empeorado las cosas.

—Rhy…

El príncipe alzó la mano para callarlo.

—He sido difícil.

—También yo —admitió Kell.

—Realmente lo has sido.

Kell se encontró a sí mismo riendo, pero sacudió la cabeza.

—Ya es difícil mantener una vida, Rhy. Dos es…

—Encontraremos el camino —insistió el príncipe. Y luego se encogió de hombros—. O harás que nos maten a ambos.

—¿Cómo puedes decir eso con tanta liviandad? —espetó Kell, enderezándose.

—Kell. —Rhy se sentó hacia adelante, con los codos en las rodillas—. Estaba muerto.

Las palabras flotaron en el aire entre ellos.

—Estaba *muerto* —dijo otra vez— y tú me trajiste de regreso. Ya me has dado algo que no debería tener. —Una sombra atravesó su rostro al decirlo, allí, y luego ya no—. Si volviera a perderse —continuó—, aun así habré vivido dos veces. Todo esto es prestado.

—No —dijo Kell con seriedad—, está comprado y pagado.

—¿Por cuánto tiempo? —contraatacó Rhy—. No puedes medir lo que has adquirido. Estoy agradecido por la vida que me has comprado, aunque detesto el costo. ¿Pero qué planeas hacer, Kell? ¿Vivir para siempre? No quiero eso.

Kell frunció el entrecejo.

—¿Preferirías morir?

Rhy pareció cansado.

—La muerte nos llega a todos, hermano. No puedes esconderte de ella por siempre. *Moriremos* un día, tú y yo.

—¿Y eso no te asusta?

Rhy se encogió de hombros.

—No tanto como la idea de malgastar una vida perfectamente buena por miedo a ello. Y con ese fin… —Empujó la caja hacia Kell.

—¿Qué es?

—Una ofrenda de paz. Un regalo. Feliz cumpleaños.

Kell volvió a arrugar el entrecejo.

—No cumplo años hasta dentro de un mes.

Rhy levantó su té.

—No seas desagradecido. Solo tómalo.

Kell llevó la caja a sus rodillas y levantó la tapa. Dentro, un rostro lo miraba.

Era un casco, hecho de una sola pieza de metal que se curvaba desde el mentón hacia la punta de la cabeza y hacia abajo hasta la base del cráneo. Una abertura formaba la boca, un arco la nariz, y un visor con forma de ceja escondía los ojos del usuario. Aparte de esta forma sutil, las únicas marcas de la máscara eran un par de alas decorativas, una sobre cada oreja.

—¿Voy a entrar en combate?

—Algo así —dijo Rhy—. Es tu máscara para el torneo.

Kell casi dejó caer el casco.

—¿El *Essen Tasch*? ¿Perdiste la razón?

Rhy se encogió de hombros.

—Creo que no. A menos que tú hayas perdido la tuya… —Hizo una pausa—. ¿Crees que funcione así? Digo, supongo que…

—¡Soy un *antari*! —interrumpió, luchando para mantener la voz baja—. Soy el hijo adoptivo de la corona Maresh, el mago más fuerte del imperio arnesiano, posiblemente del *mundo*…

—Cuidado, Kell, se te ve el ego.

—Y tú quieres que compita en un torneo interimperial.

—Obviamente que el gran y poderoso *Kell* no puede competir —dijo Rhy—. Eso sería como arreglar el juego. Podría comenzar una guerra.

—*Exacto*.

—Por eso vas a estar disfrazado.

Kell lanzó un quejido y sacudió la cabeza.

—Esto es una locura, Rhy. E incluso si estuvieras lo suficientemente loco para creer que podría funcionar, Tieren nunca lo permitiría.

—Oh, claro que no. Al principio no quiso. Me peleó con uñas y dientes. Lo llamó una locura. Nos llamó estúpidos…

—¡Ni siquiera fue mi idea!

—… Pero al final entendió que aprobar algo y permitirlo no son siempre la misma cosa.

Kell entrecerró los ojos.

—¿Por qué cambiaría de opinión Tieren?

Rhy tragó.

—Porque le dije la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad?

—Que lo necesitas.

—Rhy…

—Que *ambos* lo necesitamos. —Hizo una mueca al decirlo.

Kell dudó, al encontrar la mirada de su hermano.

—¿Qué quieres decir?

Rhy salió del sofá empujándose contra este.

—No eres el único que quiere escapar de su propia piel, Kell —dijo, yendo de un

lado a otro—. Veo la forma en que este confinamiento te está afectando. —Se tocó el pecho—. Lo *siento*. Pasas horas en el Cuenco luchando contra nadie y no has estado en paz ni un solo día desde lo de Holland, desde lo de los Dane, desde la Noche Negra. Y si quieres la cruda verdad, a menos que encuentres alguna descarga —Rhy dejó de caminar—, seré yo el que terminará estrangulándote.

Kell hizo un gesto de dolor y bajó la vista a la máscara en su regazo. Pasó los dedos por el metal pulido. Era simple y elegante, la plata pulida hasta que el brillo era casi un espejo. Su reflejo le devolvió la mirada, distorsionada. Era una locura y le daba miedo cuánto quería aceptar. Pero no podía.

Apoyó la máscara en el sofá.

—Es demasiado peligroso.

—No si tenemos cuidado —insistió su hermano.

—Estamos atados el uno al otro, Rhy. Mi dolor se vuelve tu dolor.

—Soy perfectamente consciente de nuestra condición.

—Entonces sabes que no puedo. Que no lo *haré*.

—No solo soy tu hermano —dijo Rhy—. Soy tu príncipe. Y te lo ordeno. Competirás en el *Essen Tasch*. Quemarás algo de este fuego antes de que se expanda.

—¿Y qué hay de nuestra conexión? Si me lastiman…

—Entonces compartiré tu dolor —dijo Rhy sin dudar.

—Dices eso ahora, pero…

—Kell. Mi miedo más grande en la vida no es morir. Es ser la fuente de sufrimiento de otros. Sé que te sientes atrapado. Sé que soy tu jaula. Y no puedo… —Se le quebró la voz, y Kell pudo sentir el dolor de su hermano, todo lo que había tratado de sofocar hasta la caída de la noche y ahogar hasta el amanecer—. *Harás* esto —dijo Rhy—. Por mí. Por los dos.

Kell sostuvo la mirada de su hermano.

—Está bien —dijo.

Los rasgos de Rhy vacilaron y luego se abrieron en una sonrisa. A diferencia del resto de su rostro, su sonrisa era tan aniñada como siempre.

—¿Lo harás?

Kell sintió que una emoción lo recorría al tomar la máscara otra vez.

—Lo haré. Pero si no voy a competir como yo mismo —dijo—, entonces, ¿quién seré?

Rhy buscó en la caja y sacó de entre los envoltorios un rollo de papel que Kell no había notado. Lo sostuvo en alto y cuando Kell lo desenrolló, vio la nómina arnesiana. Doce nombres. Los hombres y las mujeres que representarían al imperio.

Estaba Kisimyr, obviamente, al igual que Alucard (una emoción recorrió a Kell ante el pensamiento de tener una excusa para pelear con él). Pasó los ojos por encima de ellos, buscando.

—Yo mismo elegí el nombre —dijo Rhy—. Competirás como…

—Kamerov Loste —respondió Kell, al leer el séptimo nombre en voz alta.

Por supuesto.

«K. L.».

Las letras talladas en el cuchillo que llevaba en su antebrazo. Las únicas cosas que habían venido con él de su vida anterior, lo que fuera que haya sido. Esas letras se habían transformado en su nombre —*KL, Ka-ele, Kell*—, pero ¿cuántas noches había pasado pensando qué representaban? ¿Cuántas noches había soñado con un nombre para sí?

—Oh, vamos —lo reprendió Rhy, malinterpretando la tensión de Kell al confundirla con irritación—. ¡Es un buen nombre! Bastante principesco, si me permites decirlo.

—Funcionará —dijo Kell, luchando para reprimir una sonrisa mientras ponía el papel a un lado.

—Bueno —dijo Rhy, que levantó el casco y lo sostuvo en alto hacia Kell—. Pruébatelo.

Kell dudó. La voz del príncipe era liviana, la invitación relajada, pero había algo más en el gesto, y ambos lo sabían. Si Kell se ponía la máscara, esto dejaría de ser una idea tonta e inofensiva y se transformaría en algo más. En algo real. Se estiró y tomó el casco.

—Espero que te entre —dijo Rhy—. Siempre has tenido una cabeza grande.

Kell se deslizó el casco sobre la cabeza, de pie como estaba. El interior era suave, el entallado quedaba justo por el acolchado. El visor iba de oreja a oreja, de modo que su visión y su audición eran claras.

—¿Cómo me veo? —preguntó, con la voz ligeramente apagada por el metal.

—Mira por ti mismo —dijo Rhy, señalando el espejo con la cabeza. Kell giró hacia el vidrio. Era inquietante, el metal pulido creaba un reflejo casi tubular y la incisión del visor escondía su mirada de modo que aunque él podía ver bien, nadie podría ver que uno de sus ojos era azul y el otro negro.

—Voy a sobresalir —dijo.

—Es el *Essen Tasch* —dijo Rhy—. Todos sobresalen.

Y si bien era verdad que todos usaban máscaras y era parte de la actuación, de la tradición, esta no era solo una máscara.

—La mayoría de los competidores no se visten como si estuviera yendo a la guerra.

Rhy se cruzó de brazos y le dio una mirada apreciativa.

—Sí, bueno, la mayoría de los competidores realmente no necesitan mantener su anonimato, pero tus rasgos son… únicos.

—¿Me estás diciendo feo?

Rhy se rio por la nariz.

—Ambos sabemos que eres el chico más lindo del baile.

Kell no podía parar de echar miradas al espejo. El casco plateado flotaba sobre sus simples ropas negras, pero faltaba algo…

Su abrigo aún estaba acomodado sobre el respaldo del sillón. Lo tomó y lo sacudió ligeramente mientras lo daba vuelta de adentro hacia afuera, y al hacerlo, su habitual chaqueta negra con botones dorados se transformó en otra cosa. Algo nuevo.

—No había visto ese antes —dijo Rhy. Tampoco Kell, no hasta unos días atrás, cuando se había aburrido y había decidido ver qué otros lados había plegados dentro del abrigo (de vez en cuando, atuendos sin uso parecían desaparecer y aparecían nuevos en su lugar).

Kell se había asombrado por la repentina aparición de este, tan distinto a los otros, pero ahora, al ponérselo con una sacudida de hombros, se dio cuenta de que era porque este abrigo no le pertenecía a él.

Le pertenecía a *Kamerov*.

El abrigo le llegaba a las rodillas y era plateado, ribeteado con un borde negro estampado y forrado con seda color rojo sangre. Las mangas eran angostas y los bajos acampanados, el cuello era suficientemente alto como para alcanzar la base de su cabeza.

Kell cerró los broches del abrigo, lo que marcó una línea asimétrica desde el hombro hasta la cadera. Rhy se había puesto a revolver el armario de Kell y ahora emergía con un bastón de plata. Lo arrojó y Kell lo tomó en el aire, con los dedos doblados alrededor de la cabeza negra de un león que daba forma a la empuñadura.

Y luego se dio vuelta para ver su reflejo.

—Bueno, maestro Loste —dijo Rhy, dando un paso atrás—, te ves espléndido.

Kell no reconoció al hombre en el espejo, y no solo porque la máscara le escondía la cara. No, era la postura también, los hombros derechos y la cabeza en alto, la mirada firme detrás del visor.

Kamerov Loste era una figura impactante.

Una brisa se arremolinó suavemente alrededor de él, agitando su abrigo. Kell sonrió.

—Sobre eso —dijo Rhy, refiriéndose al aire que lo envolvía—. Por razones obvias, Kamerov no puede ser un *antari*. Sugiero que elijas un elemento y te apegues a él. Dos si es necesario (he escuchado que había bastantes duales este año), pero los triádicos son lo suficientemente raros como para llamar la atención…

—Ajam… —dijo Kell, modificando su postura.

—Si bien apruebo este repentino ataque de narcisismo —dijo Rhy—, esto es importante, Kell. Cuando estés usando esa máscara, no puedes ser el mago más poderoso de Arnes.

—Comprendo. —Kell se quitó el casco y luchó para alisarse el pelo—. Rhy —dijo—, ¿estás seguro…? —El corazón le latía a toda velocidad. Quería hacer esto. No debería querer hacerlo. Era una idea terrible. Pero igual quería. La sangre de Kell trinaba ante la idea de una pelea. De una buena pelea.

Rhy asintió.

—Muy bien, lo haré.

—¿Has entrado en razón, entonces?

Kell sacudió la cabeza, aturdido.

—O la he perdido. —Pero sonreía ahora, con tanta fuerza que sintió que la cara se le podía rajar.

Hizo girar el casco una y otra vez en sus manos.

Y entonces, tan súbitamente como se le había levantado el espíritu, ahora se hundía.

—*Por los Santos* —maldijo, dejándose caer otra vez al sillón—, ¿qué hay de mis guardias?

—¿Dorado y Gris? —preguntó Rhy, usando los sobrenombres que les había puesto—. ¿Qué hay de ellos?

—No es que pueda deshacerme de Staff y Hastra por toda la duración del torneo. Ni tampoco puedo extraviarme en cada uno de los combates.

—Lo siento, pensé que eras un mago erudito.

Kell alzó las manos.

—No tiene nada que ver con mis habilidades, Rhy. Una cosa es la sospecha y otra cosa es la obviedad.

—Bueno —dijo el príncipe—, entonces tendremos que decirles.

—Y ellos le dirán al rey. ¿Y quieres adivinar qué hará el rey? Porque estoy dispuesto a apostar que no arriesgará la estabilidad del reino solo para que yo pueda desahogarme.

Rhy se pellizcó el puente de la nariz. Kell frunció el entrecejo. Ese gesto no iba con el príncipe; era algo que *él* haría, que había hecho cientos de veces.

—Déjamelo a mí —dijo. Cruzó hasta las puertas de Kell y las abrió de golpe, para asomarse por el marco. Kell esperaba que los guardias realmente se hubieran quedado atrás cuando había dejado al rey Maxim, pero seguramente le habían dado solo un respiro, porque Rhy los hizo entrar y cerró la puerta antes de que sus propios guardias pudieran seguirlos.

Kell se puso de pie, sin estar seguro de qué se proponía hacer su hermano.

—Staff —dijo Rhy, dirigiéndose al hombre con las sienes grises—. Cuando mi padre te asignó para vigilar a Kell, ¿qué te dijo?

Staff miró a Kell y luego a Rhy, como si fuese una trampa, una pregunta engañosa.

—Bueno…, dijo que debíamos estar en guardia y mantenerlo lejos del peligro y reportarle a Su Majestad si veíamos al maestro Kell haciendo algo… sospechoso.

Kell arrugó el entrecejo, pero Rhy mostró una sonrisa alentadora.

—¿Fue así, Hastra?

El guardia de cabello dorado oscuro inclinó la cabeza.

—Sí, Su Alteza.

—Pero si ustedes fuesen informados de algo por adelantado, entonces no sería sospechoso, ¿no?

Hastra levantó la cabeza.

—Eh… no, ¿Su Alteza?

—Rhy —protestó Kell, pero el príncipe levantó la mano.

—Ambos juraron lealtad a esta familia, esta corona y este imperio, por sus vidas. ¿Ese juramento se mantiene?

Ambos hombres inclinaron la cabeza y llevaron una mano a su pecho.

—Por supuesto, Su Alteza —dijeron casi al unísono.

«¿Qué demonios está tramando Rhy?», se preguntó Kell.

Y entonces, el semblante del príncipe cambió. La expresión relajada desapareció, al igual que su sonrisa alegre. Enderezó la postura y apretó los dientes, y en ese momento pareció más un futuro rey que un príncipe. Se pareció a *Maxim*.

—Entonces comprendan esto —dijo, su voz ahora baja y seria—. Lo que estoy a punto de decirles concierne a la seguridad y la protección no solo de nuestra familia, sino también de todo el imperio arnesiano.

Los ojos de los hombres se abrieron de preocupación. Los de Kell se entrecerraron.

—Creemos que hay una amenaza en el torneo. —Rhy le lanzó una mirada cómplice a Kell, aunque Kell honestamente no tenía idea de adónde iba con esto—. Con el fin de determinar la naturaleza de esta amenaza, Kell competirá en el *Essen Tasch* disfrazado como un participante más, Kamerov Loste.

Los guardias fruncieron el entrecejo, robando miradas hacia Kell, quien asintió con la cabeza.

—El secreto de mi identidad —Kell tomó la palabra— es primordial. Si Faro o Vesk descubren mi participación, asumirán que hemos arreglado el juego.

—Mi padre ya sabe de la inclusión de Kell —agregó Rhy—. Y tiene sus propios asuntos que atender. Si ven algo sospechoso durante el torneo, le informarán al propio Kell o a mí.

—¿Pero cómo se supone que vamos a protegerlo y escoltarlo —preguntó Staff— si va a estar simulando que es otra persona?

Rhy no perdía puntada.

—Uno de ustedes será su ayudante (todo competidor necesita un asistente) y el otro continuará su guardia desde una distancia prudencial.

—Siempre quise ser parte de un plan secreto —susurró Hastra. Y luego agregó elevando la voz—: Su Alteza, ¿podría ser yo el que se disfrace? —Su entusiasmo era algo apenas contenido.

Rhy lo miró a Kell, quien asintió. Hastra se iluminó y Rhy juntó las manos en un aplauso suave y decisivo.

—Entonces, está arreglado. Siempre que Kell sea Kell, serán sus guardias y mantendrán su atención usual. Pero cuando se trate de Kamerov, la ilusión debe ser impecable, el secreto bien mantenido.

Los dos guardias asintieron solemnemente y fueron dispensados. «Por los

Santos», pensó Kell mientras las puertas se cerraban. «Realmente lo ha logrado».

—Ahí tienes —dijo Rhy despatarrándose en el sillón—. No fue tan difícil.

Kell miró a su hermano con una mezcla de sorpresa y fascinación.

—¿Sabes? —dijo, levantando la máscara—, si puedes gobernar tan bien como puedes mentir, serás un rey increíble.

La sonrisa de Rhy era una cosa deslumbrante.

—Gracias.

IV



Sanseroche

Era tarde cuando finalmente Lila se abrió camino de regreso al *Aguja Nocturna*. Sanseroche se había aquietado y había empezado a caer aguanieve, una mezcla helada que se derretía sobre la cubierta y tenía que ser removida antes de que se volviera sólida al congelarse.

Allá en su Londres —*anterior* Londres—, Lila siempre había odiado el invierno.

Las noches más largas significaban más horas en las que robar, pero la gente que se aventuraba a salir usualmente no tenía otra opción, lo que los hacía objetivos pobres. Peor que eso, en invierno todo era húmedo y gris y helado.

Tantas noches de su vida pasada se había ido a dormir temblando. Noches en las que no podía permitirse comprar madera o carbón, así que se ponía todas la prendas de ropa que tenía y se acurrucaba y se congelaba. La calefacción costaba dinero, pero también la comida y el techo y cada una de las malditas cosas que necesitabas para sobrevivir, y algunas veces tenías que elegir.

Pero aquí, si Lila practicaba, podía invocar fuego con los dedos, lo podía mantener ardiendo solo con magia y voluntad. Estaba determinada a dominarlo, no solo porque el fuego era útil o poderoso, sino porque era cálido y, sin importar qué pasara, Lila Bard no quería tener frío nunca más.

Esa era la razón por la que Lila prefería el fuego.

Exhaló una nube. La mayoría de los hombres se quedaron atrás para disfrutar la noche en tierra, pero Lila prefería su habitación en el barco y quería estar sola para poder pensar.

«Londres». Se le aceleró el pulso al pensarlo. Habían pasado cuatro meses desde que había abordado por primera vez el *Aguja Nocturna*. Cuatro meses desde que le había dicho adiós a una ciudad que ni siquiera conocía, cuyo nombre era la única conexión con su vida anterior. Había planeado regresar, por supuesto. En algún momento. ¿Qué diría Kell cuando la viera? No que *eso* fuera su primer pensamiento. No lo era. Era el sexto, o quizá el séptimo, en algún lugar debajo de todos los que eran sobre Alucard y el *Essen Tasch*. Pero aún estaba *ahí,* nadando en su cabeza.

Lila suspiró, su respiración se nublaba, apoyó los codos sobre la baranda del barco, cubierta de aguanieve, y miró hacia abajo, a la corriente, que chapoteaba contra el casco. Lila prefería el fuego, pero no era su único truco.

Su concentración se enfocó abajo, en el agua, y al hacerlo, intentó empujar la

corriente hacia atrás, lejos. La ola más cercana trastabilló, pero siguió viniendo. A Lila le había empezado a doler la cabeza, que le latía con fuerza al ritmo de las olas, pero se aferró a la baranda astillada, decidida. Imaginó que podía sentir el agua —no solo la vibración que viaja hacia arriba por el bote, sino la energía que corría en ella —. ¿No se suponía que la magia era la cosa en todas las cosas? Si eso era verdad, entonces no se trataba de mover el agua, sino de mover la *magia*.

Pensó en «El tigre», el poema que usaba para enfocar su mente, con su ritmo marcado y constante… pero era una canción para el fuego. No, quería otra cosa. Algo que fluyera.

—«Dulces sueños» —murmuró, convocando un verso de otro poema de Blake, tratando de conseguir la sensación correcta— «de agradables corrientes…». —Dijo el verso una y otra vez hasta que el agua le llenó la vista, hasta que el sonido de las olas chapoteando era todo lo que podía oír y el ritmo de estas igualó el de su pulso y pudo sentir la corriente en sus venas, y el agua arriba y abajo en el muelle comenzó a aquietarse y…

Una gota oscura golpeó la baranda entre sus manos.

Lila se llevó los dedos a la nariz; salieron manchados de sangre.

Alguien chasqueó la lengua y Lila alzó rápido la cabeza. ¿Cuánto tiempo había estado Alucard parado detrás de ella?

—Por favor, dime que no acabas de intentar ejercer tu voluntad sobre el *océano* —dijo mientras le ofrecía un pañuelo.

—Casi lo logro —insistió ella, sosteniendo la tela contra su rostro. Olía como él. A su magia, una extraña mezcla de aire de mar y miel, plata y especias.

—No es que dude de tu potencial, Bard, pero eso no es posible.

—Quizá no para ti —lanzó, aunque en verdad aún estaba desconcertada por lo que lo había visto hacer en la taberna.

—Para nadie —dijo Alucard, cambiando a la voz que ponía cuando le enseñaba —. Te lo he dicho: cuando controlas un elemento, tu voluntad tiene que ser capaz de envolverlo. Tiene que ser capaz de alcanzarlo, de rodearlo. Así es como le das forma a un elemento y así es como lo dominas. Nadie puede extender su mente alrededor de un océano. No sin desgarrarse. La próxima vez, apunta a…

Cortó el discurso cuando un terrón de nieve golpeó el hombro de su abrigo.

—¡Grr! —dijo cuando un poco de nieve se deslizó hacia adentro por su cuello—. Sé dónde duermes, Bard.

Lila sonrió con superioridad.

—Entonces sabes que duermo con cuchillos.

La sonrisa del capitán flaqueó.

—¿Todavía?

Ella se encogió de hombros y giró nuevamente hacia el agua.

—La forma en que me tratan…

—He dejado mis órdenes muy claras —dijo él, asumiendo, obviamente, que había

sido maltratada. Pero no era eso.

—… Como si fuera uno de ellos —terminó de decir ella.

Alucard parpadeó, confundido.

—¿Por qué no lo harían? Eres parte de la tripulación.

Lila se estremeció. «Tripulación». La misma palabra se refería a más de una cosa. Pero pertenecer significaba sentir afecto, y sentir afecto era una cosa peligrosa. En el mejor de los casos, complicaba todo. En el peor, hacía que la gente muriese. Gente como Barron.

—¿Preferirías que intentaran acuchillarte en la oscuridad? —preguntó el capitán —. ¿Que te arrojaran por la borda y simularan que fue un accidente?

—Claro que no —dijo Lila. Pero al menos entonces ella sabría cómo reaccionar. Reconocía las peleas. ¿La amistad? No sabía qué hacer con eso—. Probablemente estén demasiado asustados para intentarlo.

—Algunos de ellos quizá te tengan miedo, pero todos te respetan. Y no los alientes —agregó, dándole un empujoncito en el hombro con el suyo—, pero hasta quizá les *gustes* a algunos.

Lila lanzó un quejido y Alucard una carcajada.

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Soy Delilah Bard —dijo con calma—. El mejor ladrón a bordo del *Aguja Nocturna*.

Normalmente, Alucard lo dejaba ahí, pero no esa noche.

—¿Pero quién *era* Delilah Bard antes de que viniera a bordo de mi barco?

Lila mantuvo los ojos en el agua.

—Otra persona —dijo—. Y será alguien distinto otra vez cuando se vaya.

Alucard exhaló el aire y los dos se quedaron ahí parados, uno al lado del otro en la cubierta, mirando más allá hacia la bruma. Esta se posaba sobre el agua, borroneando la línea entre el mar y el cielo, pero no estaba del todo quieta. Se movía y se retorcía y se enroscaba, con movimientos tan suaves y fluidos como el vaivén del agua.

Los marineros la llamaban «bruma de adivinación»; supuestamente, si mirabas fijo lo suficiente, empezabas a ver cosas. Si eran visiones o un simple truco de los ojos, dependía de a quién le preguntaras.

Lila entrecerró los ojos hacia la neblina espiralada, sin esperar nada —nunca había tenido una imaginación particularmente vívida—, pero después de un momento pensó haber visto que la bruma empezaba a moverse, a *cambiar*. El efecto era extrañamente fascinante y Lila se encontró con que no podía dejar de mirar cómo los tentáculos de neblina fantasmal se transformaban en dedos y luego en una mano que se acercaba hacia ella en la oscuridad.

—Entonces. —La voz de Alucard fue como una roca que chocó contra su visión —. Londres.

Ella exhaló, y la nube de su respiración se devoró la vista.

—¿Qué hay con eso?

—Pensé que estarías contenta. O triste. O furiosa. En verdad, pensé que estarías *algo*.

Lila ladeó la cabeza.

—¿Y por qué pensarías eso?

—Han pasado cuatro meses. Supuse que te habías ido por una razón.

Ella lo miró.

—¿Por qué te fuiste *tú*?

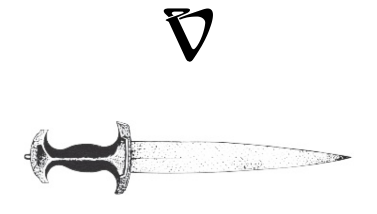
Una pausa, la sombra más breve y luego él se encogió de hombros.

—Para ver el mundo.

Lila se encogió de hombros.

—Yo también.

Ambos dijeron mentiras, o en el mejor de los casos, verdades parciales, pero por esta vez, ninguno desafió al otro, y ambos se dieron vuelta para quedar de espaldas al agua y cruzar la cubierta en silencio, protegiendo sus secretos contra el frío.



Londres Blanco

Incluso las estrellas brillaban con color ahora.

Lo que siempre había considerado blanco se había convertido en un azul hielo y el cielo nocturno, antes negro, ahora se percibía como un terciopelo púrpura, el borde más interno de un moretón.

Holland estaba sentado en el trono, mirando hacia arriba, más allá de las paredes abovedadas, a la enorme expansión de cielo, esforzándose para identificar los colores de su mundo. ¿Habían estado siempre ahí, enterrados debajo del film de magia endeble, o eran nuevos? Vides de color verde bosque reptaban, oscuras y suculentas, alrededor de los pilares de piedra blanca que rodeaban la habitación del trono, sus hojas color esmeralda se estiraban hacia la luz plateada de la luna mientras sus raíces se extendían por el suelo hacia la superficie negra, inmóvil, del estanque de adivinación.

¿Cuántas veces había soñado Holland con sentarse en este trono? Con rebanarle el pescuezo a Athos, con apuñalar el corazón de Astrid y recuperar su vida. Cuántas veces… y sin embargo, no habían sido sus manos en absoluto, al final.

Habían sido las de Kell.

La misma mano que había insertado una barra de metal en el pecho de Holland y había empujado su cuerpo moribundo hacia el abismo.

Holland se puso de pie, descendió los escalones de la plataforma, los abundantes pliegues de su capa se acomodaron alrededor de él, y se detuvo frente al estanque negro reflectante. La habitación del trono estaba vacía alrededor de él. Los había despachado a todos, sirvientes y guardias, ansiando estar solo. Pero no existía semejante cosa, ya no. Su reflejo lo miraba desde la superficie vidriosa del agua, como una ventana en la oscuridad; su ojo verde era como una gema flotando en el agua, su ojo negro desaparecía en las profundidades. Se veía más joven, pero obviamente ni en su juventud se había visto *así* Holland. El rubor de la salud, la suavidad de una vida sin dolor.

Holland estaba parado completamente inmóvil, pero su reflejo se movía.

Una inclinación de la cabeza, un esbozo de sonrisa, el ojo verde devorado por la oscuridad.

«Hacemos un buen rey», dijo el reflejo, las palabras hacían eco en la cabeza de Holland.

—Sí —dijo Holland, con voz firme—, lo hacemos.

Londres Negro,
Tres meses atrás

Oscuridad.

En todos lados.

De la clase que se expandía.

Por segundos y horas y días.

Y después.

Despacio.

La oscuridad se aclaró en un crepúsculo.

La nada dio paso a algo, se aunó hasta que hubo suelo y aire y un mundo en el medio.

Un mundo que estaba imposiblemente, antinaturalmente quieto.

Holland yacía en la tierra fría, con la sangre apelmazada en el torso y en la espalda en el lugar donde lo había atravesado la barra de metal. Alrededor de su cuerpo, el crepúsculo tenía una extraña permanencia en él, ningún rastro de la luz del día persistía, ningún borde de la noche que se acercaba. Había una intensa quietud en este lugar, como estantes debajo de una capa de polvo asentada hace tiempo. Una casa abandonada. Un cuerpo sin respiración.

Hasta que Holland tomó una bocanada de aire.

El mundo polvoriento tembló alrededor de él en respuesta, como si al respirar él le hubiese insuflado vida, establecido el tiempo para vibrar hacia el movimiento. Motas de polvo —o cenizas u otra cosa— que habían estado flotando en el aire encima de él, de la forma en que las partículas parecen hacerlo en los rayos de luz solar, ahora bajaban lentamente y se posaban como nieve sobre su cabello, mejillas, ropa.

Dolor. Todo era dolor.

Pero estaba vivo.

De alguna manera —imposible— estaba vivo.

Le dolía todo el cuerpo —no solo la herida en el pecho, sino los músculos y huesos— como si hubiese estado acostado en el suelo por días, semanas, y cada pequeña respiración enviaba punzadas que le atravesaban los pulmones. Debería estar muerto. En vez de eso, se mentalizó y se sentó.

La vista le dio vueltas por un momento, pero para su alivio, el dolor en el pecho no empeoró. Se mantuvo como un dolor pesado, latiendo a tiempo con su corazón. Miró en derredor y descubrió que estaba sentado en un jardín amurallado o, al menos, lo que quizá alguna vez había sido un jardín; las plantas se habían marchitado hacía

mucho tiempo y lo que aún quedaba de vides y tallos parecía a punto de desmoronarse en cenizas.

¿Dónde estaba?

Holland examinó sus recuerdos, pero la última imagen que tenía era del rostro de Kell, con una expresión de seria determinación incluso cuando luchaba contra el agua que Holland había usado para atarlo, los ojos de Kell entrecerrándose para enfocarse, seguido de una punzada de dolor en la espalda de Holland, la vara de metal desgarrando piel y músculo, destrozando costillas y rasgando la cicatriz en su pecho. Tanto dolor y luego rendición y luego nada.

Pero esa pelea había sido en otro Londres. Este lugar no contenía nada del olor floral de esa ciudad, nada de su pulso mágico. Tampoco era *su* Londres —Holland sabía esto con casi igual certeza, porque aunque compartía su atmósfera estéril, la paleta incolora, no tenía su frío penetrante, el aroma a cenizas y metal—.

Vagamente, Holland recordó haber yacido en el Bosque de Piedra, insensible a todo salvo su pulso débil y agonizante. Y después, la succión del abismo. Una oscuridad que asumió era la muerte. Pero la muerte lo había rechazado, enviándolo a este lugar.

Y este podía ser solo un lugar.

El Londres Negro.

Holland había dejado de sangrar y sus dedos se movieron distraídamente, automáticamente, no hacia la herida, sino al círculo de plata que había asegurado su capa —la marca del dominio de los Dane—, solo para descubrir que había desaparecido, al igual que la capa misma. Su camisa estaba rota y la piel debajo de esta, alguna vez plateada y cicatrizada por el sello de Athos, ahora era un lío de carne desgarrada y sangre seca. Solo entonces, con los dedos flotando sobre la herida, sintió Holland el cambio. Había estado eclipsado por el *shock* y el dolor y los alrededores extraños, pero ahora le hormigueaba por la piel y a través de las venas una liviandad que no había sentido en siete años.

Libertad.

El hechizo de Athos estaba roto, el amarre destruido. ¿Pero cómo? La magia estaba conectada al alma, no a la piel —Holland lo sabía, había intentado recortarla una docena de veces— y solo podía ser roto por su emisor.

Lo que solo podía significar una cosa.

Athos Dane estaba *muerto*.

Al tomar conocimiento, Holland tembló con una intensidad inesperada y tomó una bocanada de aire y se sostuvo del suelo desecado debajo de sí. Solo que ya no estaba desecado. Mientras hacia todos lados el mundo tenía la desolada quietud del paisaje invernal, el suelo debajo de Holland, el lugar donde su sangre había mojado la tierra, era un verde suculento y despierto.

Además de él, en el suelo estaba apoyada la piedra negra —*vitari*— y se tensionó, antes de darse cuenta de que estaba hueca. Vacía.

Se palpó en busca de armas. Nunca había estado particularmente interesado en ellas, al preferir sus propios talentos afilados al filo torpe de una cuchilla, pero la cabeza le daba vueltas y, considerando el esfuerzo que le tomaba tan solo estar derecho, honestamente no estaba seguro de si tenía algo de magia que poder usar en ese momento. Había perdido su cuchilla curva en el otro Londres, pero encontró una daga contra su canilla. Presionó la punta contra el suelo duro y la usó para empujarse a sí mismo a fin de ponerse de rodillas, luego de pie.

Una vez que estuvo parado —contuvo una oleada de mareo y dolor intenso—, Holland vio que el verdor no estaba completamente confinado a su marca en el suelo. Salía de él y forjaba una especie de camino. Era apenas algo más que un hilo verde que serpenteaba por la tierra estéril, una tira estrecha de césped y maleza y flores silvestres, que desaparecían por el arco en la pared en el extremo lejano del jardín.

Con paso vacilante, Holland lo siguió.

El pecho le palpitaba y le dolía el cuerpo, las venas aún hambrientas de sangre, pero las costillas que él sabía estaban rotas habían comenzado a sanar y los músculos lo sostenían y, de a poco, Holland encontró algo parecido a su viejo andar.

Años bajo la crueldad de Athos Dane le habían enseñado a soportar el dolor en silencio y ahora apretaba los dientes y seguía el lazo de vida, que lo llevaba más allá de la pared del jardín en una senda.

A Holland se le atragantó la respiración en el pecho, lo que envió una punzada fresca a su hombro. La ciudad se extendía alrededor de él, una versión de Londres familiar y completamente *distinta* a la vez. Los edificios eran estructuras elegantes, imposibles, talladas en piedra brillante, sus formas se elevaban hacia el cielo como el humo. Reflejaban la poca luz que quedaba a medida que el crepúsculo se adentraba en el ocaso, pero no había otra fuente de luz. Ni faroles colgados ni fuegos en las chimeneas. Holland tenía ojos agudos, así que no era la creciente oscuridad lo que le molestaba, sino lo que significaba. O no había nadie aquí para *necesitar* luz o lo que quedaba prefería la oscuridad.

Todos asumieron que el Londres Negro se había consumido, se había destruido, como un fuego sediento de combustible y aire. Y si bien eso parecía verdad, Holland sabía que las suposiciones estaban hechas para tomar el lugar de los hechos, y el tramo de verde a los pies de Holland le hizo preguntarse si el mundo estaba realmente muerto o si simplemente estaba *esperando*.

Después de todo, puedes matar gente, pero no puedes matar la magia.

No realmente.

Siguió el hilo del nuevo crecimiento, que serpenteaba por calles fantasmales, e iba estirando la mano aquí y allá para apoyarse en las paredes de piedra suave y, al hacerlo, miraba por las ventanas y no encontraba nada. A nadie.

Llegó al río, el que era conocido con distintos nombres pero corría por todos los Londres. Era negro como la tinta, pero eso lo perturbó menos a Holland que el hecho de que no fluía. No estaba congelado, como el Isle; al estar hecho de agua, no podía

haberse podrido ni petrificado con el resto de la ciudad. Y sin embargo, no había corriente alguna. La quietud imposible solo sumaba a la perturbadora sensación de que Holland estaba parado en un espacio de tiempo más que en un lugar.

Después de un rato, el camino verde lo llevó al palacio.

Como muchos de los otros edificios, se alzaba hacia el cielo como humo, sus agujas negras desaparecían en la neblina del crepúsculo. Las verjas estaban abiertas, su peso encorvado en bisagras oxidadas, los grandes escalones quebrados. El hilo herboso continuaba, sin perturbarse ante el paisaje. De hecho, parecía espesarse, trenzándose en una soga de vides y flores a medida que subía los escalones rotos. Holland subió también, con una mano presionada contra sus costillas doloridas.

Las puertas del palacio se abrieron ante su contacto, el aire en el interior estaba viciado y estancado como en una tumba; los cielos abovedados, reminiscentes del castillo con forma de iglesia del Londres Blanco, pero con bordes más suaves. La forma en que la piedra pulida continuaba dentro y fuera, sin signos de juntura o unión, lo hacía parecer etéreo, imposible. Todo este lugar había sido hecho con magia.

El camino de verdor persistía frente a él, serpenteaba sobre pisos de piedra y debajo de otro par de puertas, paneles enormes de vidrio de color con flores marchitas atrapadas dentro. Holland abrió las puertas de un empujón y se encontró a sí mismo mirando a un rey.

Contuvo el aire, antes de darse cuenta de que el hombre frente a él, fundido en las sombras, no estaba hecho de carne y hueso, sino de una piedra negra brillante.

Tan solo una estatua sentada en un trono.

Pero a diferencia de las estatuas que llenaban el Bosque de Piedra en la entrada del palacio de los Dane, este estaba *vestido*. Y las prendas parecían *moverse*. La capa alrededor de los hombros del rey se agitaba como movida por un viento, y el cabello del rey, aunque *tallado*, parecía correrse ligeramente por la brisa (aunque *no había* brisa alguna en la habitación). Había una corona apoyada en la cabeza del rey y una voluta gris un tono más claro que la piedra misma se arremolinaba en los ojos abiertos de la estatua. Al principio, Holland pensó que simplemente era parte de la piedra, pero entonces el remolino de gris se agitó y se movió. Se retorció en pupilas que vagaron hasta encontrar a Holland y se detuvieron.

Holland se tensionó.

La estatua estaba *viva*.

No de la forma en que lo están los hombres, quizá, pero viva de todas maneras, de una forma simple e imperecedera, como el césped a sus pies. Natural. Y sin embargo, completamente antinatural.

—*Oshoc* —murmuró Holland. Una palabra para un trozo de magia que se partió, se transformó en otra cosa, algo con una mente propia. Una voluntad.

La estatua no dijo nada. Las volutas de humo gris lo observaron desde el rostro del rey y el hilo de verdor avanzó hacia arriba por la plataforma, se retorció alrededor

del trono de *oshoc* y sobre una bota esculpida. Holland se encontró a sí mismo caminando hacia adelante, hasta que sus pies rozaron la base de la plataforma del trono.

Y entonces, finalmente, la estatua habló.

No en voz alta, sino en la mente de Holland.

«*Antari*».

—¿Quién eres? —preguntó Holland.

«Soy rey».

—¿Tienes un nombre?

Otra vez, la ilusión de movimiento. El gesto más mínimo: una tensión en los dedos sobre el trono, una inclinación de la cabeza, como si esto fuera una adivinanza.

«Todas las cosas tienen nombre».

—Se encontró una piedra en mi ciudad —continuó Holland— y se llamaba a sí misma *vitari*.

Una sonrisa pareció destellar como una luz contra el rostro petrificado de la criatura.

«No soy *vitari*», dijo suavemente. «Pero *vitari* era yo». Holland frunció el entrecejo y la criatura pareció disfrutar su confusión. «Una hoja para un árbol», dijo con indulgencia.

Holland se tensionó. La idea de que el poder de la piedra era una mera hoja comparado con la cosa que estaba sentada ante él; la cosa con cara de piedra y actitud calma y ojos fríos como el mundo…

«Mi nombre —dijo la criatura— es Osaron».

Era una palabra antigua, una palabra *antari*, que significaba *sombra*.

Holland abrió la boca para hablar, pero se quedó sin aire cuando otro espasmo de dolor se le disparó por el pecho. El humo gris se retorció.

«Tu cuerpo está débil».

A Holland le cayó sudor por la mejilla, pero se obligó a enderezarse.

«Te salvé».

Holland no sabía si el *oshoc* quería decir que le había salvado la vida una vez o si aún la estaba salvando.

—¿Por qué? —dijo sin aire.

«Estaba solo. Ahora estamos juntos».

Un escalofrío lo recorrió. Esta era la *cosa* que se había devorado un mundo entero de magos. Y ahora, de alguna manera, Holland la había despertado.

Otro espasmo de dolor y sintió que una rodilla amenazaba con ceder a su peso.

«Vives gracias a mí. Pero aún estás muriendo».

La visión de Holland se fue de foco y volvió. Tragó y sintió gusto a sangre.

—¿Qué le pasó a este mundo? —preguntó.

La estatua lo miró sin inmutarse.

«Murió».

—¿Lo mataste? —Holland siempre había asumido que la plaga del Londres Negro era algo vasto e incombatible, que había nacido de la debilidad y la codicia y el hambre. Nunca se le había ocurrido que podía ser una cosa, una entidad. Un *oshoc*.

«Murió», repitió la sombra. «Como lo hacen todas las cosas».

—*¿Cómo?* —preguntó Holland—. ¿*Cómo* murió?

«Yo… no sabía», dijo la cosa, «que los humanos eran tan frágiles. He aprendido… cómo ser más cuidadoso. Pero…».

«Pero era demasiado tarde», pensó Holland. «Ya no quedaba nadie».

«Te salvé», dijo otra vez, como queriendo remarcarlo.

—¿Qué quieres?

«Hacer un trato». Un viento invisible se levantó alrededor de Holland y la estatua de Osaron pareció inclinarse hacia adelante. «¿*Tú* qué quieres, *antari*?».

Intentó blindar su mente ante la pregunta, pero comenzaron a verterse respuestas como humo. Vivir. Ser libre. Y entonces pensó en su mundo, sediento de poder, de vida. Pensó en su mundo que moría, no como este lugar, sino despacio, dolorosamente.

«¿Qué quieres tú, Holland?».

Quería salvar su mundo. Detrás de sus ojos, la imagen comenzó a cambiar al cobrar vida Londres —*su* Londres—. Se vio a sí mismo en el trono, mirando hacia arriba a través de un palacio sin techo al cielo azul brillante, el calor del sol contra su piel y…

—No —gritó y enterró la mano en su hombro herido, el dolor lo sacudió afuera de la visión. Era un truco, una trampa.

«Todas las cosas tienen un costo», dijo Osaron. «Esa es la naturaleza del mundo. Dar y quitar. Puedes quedarte aquí y morir por nada mientras tu mundo también muere. O puedes salvarlo. La elección es tuya».

—¿Y qué quieres *tú*? —preguntó Holland.

«Vivir», dijo la sombra. «Puedo salvar tu vida. Puedo salvar tu mundo. Es un simple trato, *antari*. Mi poder por tu cuerpo».

—¿Y la mente de quién? —desafió Holland—. ¿La *voluntad* de quién?

«Nuestra», ronroneó el rey.

A Holland le dolió el pecho. Otro amarre. ¿Nunca sería libre?

Cerró los ojos y estaba de regreso en aquel trono, mirando hacia arriba a ese maravilloso cielo.

«¿Y bien?», preguntó el rey sombra. «¿Tenemos un trato?».

Cinco

La bienvenida real

I



El mar Arnesiano

—¡Maldición, Bard! Vas a prender fuego a la gata.

Lila levantó la cabeza. Estaba sentada en el borde de una silla en el camarote de Alucard, sosteniendo una llama entre las manos. Debió haber perdido la concentración, porque bajó las manos sin pensar y el fuego entre ellas se hundió hacia el suelo y Esa, que había estado sentada ahí observando con intensidad felina.

Inspiró con fuerza y juntó las manos rápidamente, extinguiendo las llamas a tiempo para salvar la cola blanca y peluda de Esa.

—Lo siento —murmuró, dejándose caer hacia atrás en la silla—. Debo haberme aburrido.

En verdad, Lila estaba exhausta. Había estado durmiendo menos de lo usual desde el anuncio de Alucard y pasaba cada momento libre practicando lo que él le había enseñado y unas pocas cosas que no. Y cuando realmente había intentado dormir, sus pensamientos invariablemente iban hacia Londres. Y el torneo. Y Kell.

—Debe ser —refunfuñó Alucard, que se puso a Esa bajo el brazo y la depositó, a salvo, en su escritorio.

—¿Qué esperabas? —Bostezó—. Estuve sosteniendo esa llama por años.

—Cuarenta y tres minutos reloj —dijo—. Y el *objetivo* mismo del ejercicio es evitar que tu mente se distraiga.

—Bueno —dijo ella, mientras se servía un trago—, supongo que estoy distraída.

—¿Por mi presencia intoxicante o por nuestro inminente arribo?

Lila hizo que el vino diera vueltas y bebió un sorbo. Era intenso y dulce, más fuerte que el que normalmente dejaba el capitán decantándose en la mesa.

—¿Ya has luchado antes contra un veskano? —preguntó ella, eludiendo la pregunta.

Alucard bebió un sorbo de su propia copa.

—Detrás de una taberna, sí. En un torneo, no.

—¿Y con un faronés?

—Bueno —dijo él, sentándose en la silla opuesta—, si su forma de combatir se parece en algo a sus modales en la cama…

—Bromeas —dijo Lila, que se sentó hacia adelante—, pero ¿no tendrás que pelear contra los dos en el *Essen Tasch*?

—Suponiendo que no pierda en la primera ronda, sí.

—Entonces, ¿qué sabes sobre ellos? —insistió ella—. ¿Habilidades? ¿Estilo de combate?

El zafiro destelló cuando el capitán levantó una ceja.

—Eres tremendamente inquisitiva.

—Soy naturalmente curiosa —contestó ella—. Y créase o no, preferiría no tener que buscar un nuevo capitán cuando esto termine.

—Oh, no te preocupes, pocos competidores *mueren* en realidad. —Ella le lanzó una mirada intensa—. En cuanto a lo que sé, bueno, veamos. Aparte de que los veskanos crecen como árboles y los faroneses llevan mis elecciones de moda en el rostro al extremo, ambos son bastante fascinantes cuando se trata de magia.

Lila apoyó el trago a un costado.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, los arnesianos tiene al Isle como fuente. Creemos que la magia corre por el mundo de la forma en que el río corre por nuestra capital, como una vena. De forma similar, los veskanos consideran a sus montañas, de las que dicen que los llevan más cerca de sus dioses, cada uno de los cuales personifica un elemento. Son gente fuerte, pero dependen de la fuerza física, al creer que cuanto más se parezcan a las montañas, más cerca están del poder.

—¿Y los faroneses? ¿Cuál es su fuente?

Alucard bebió un sorbo.

—Esa es la cosa. No tienen una. En vez de eso, los faroneses creen que la magia está en todos lados. Y en un sentido tienen razón. La magia técnicamente está en todo, pero ellos aseguran que pueden acceder al corazón del mundo simplemente caminando sobre él. Los faroneses se consideran a sí mismos una raza bendita. Un poco arrogantes, pero son *poderosos*. Quizá *hayan* encontrado una manera de convertirse en recipientes. O quizá usan esas joyas para atar la magia a ellos. —Su voz se coloreó con disgusto al decir esto y Lila recordó que Kell le había hablado de los londinenses blancos, de la forma en que usaban tatuajes para amarrar poder y la forma en que los londinenses rojos veían la práctica como deshonrosa—. O quizá todo sea para impresionar.

—¿No te molesta que todos crean diferentes cosas?

—¿Por qué habría de molestarme? —preguntó—. Todos creemos en la misma cosa, en realidad, solo le damos nombres distintos. Difícilmente se pueda considerar un crimen.

Lila rio por la nariz. Ojalá la gente en su mundo tuviera una postura tan indulgente.

—El *Essen Tasch* es, en sí mismo, una especie de lección —continuó Alucard— de que no importa cómo llames a la magia, siempre que puedas creer.

—¿Realmente crees que puedes ganar el torneo? —preguntó ella.

Él rio.

—Probablemente no.

—Entonces, ¿para qué molestarse?

—Porque pelear es la mitad de la diversión —dijo él y, luego, al leer el escepticismo de Lila, agregó—: No pretendas que no entiendes el concepto, Bard. He visto cómo te lanzas a buscar problemas.

—No es eso…

Y no lo era. Estaba tratando de imaginar a Alucard en un duelo de magia. Era difícil, porque Lila nunca había visto al capitán *pelear*. Obviamente lo había visto sostener una espada y hacer gestos ampulosos con ella, pero usualmente se paraba por ahí viéndose lindo; antes de su demostración en Sanseroche, ella no había tenido ni idea de cuán bueno era con la magia. Pero la manera en que había actuado en Tierra Adentro sin ningún esfuerzo… No pudo evitar preguntarse cómo se vería luchando. ¿Sería un torrente de energía o una brisa, o sería como Kell, que de alguna manera era las dos cosas al mismo tiempo?

—Me sorprende —dijo Alucard— que nunca hayas visto el torneo.

—¿Quién dijo que no lo he visto?

—Has estado interrogando a mis hombres por días. ¿Creíste que no iba a notarlo?

«Obviamente», pensó ella.

—Bueno, nunca lo he visto. —Lila se encogió de hombros y tomó su bebida otra vez—. No todos pasan el invierno en la ciudad.

La expresión petulante del capitán flaqueó.

—Simplemente me podrías haber preguntado a *mí*.

—¿Y soportar tu especulación, tus respuestas que son preguntas, tu interrogatorio constante?

—Me han dicho que mis preguntas son bastante entretenidas. —Lila rio por la nariz dentro de su copa—. No puedes culpar a un capitán por querer saber sobre su tripulación.

—Y no puedes culpar a un ladrón por mantener sus secretos bien guardados.

—Tienes problemas para confiar, Delilah Bard.

—Tus poderes de observación son asombrosos. —Ella sonrió y terminó su vino. Le ardieron los labios y la garganta. Realmente era más fuerte que lo usual. Lila no solía beber demasiado; había pasado demasiados años necesitando cada una de sus facultades para mantenerse viva. Pero aquí, en el camarote de Alucard Emery, se dio cuenta de algo: no tenía miedo. No estaba corriendo. Sí, era un acto de equilibrio cada vez que hablaba, pero ella sabía cómo mantenerse en pie.

Alucard le ofreció una sonrisa perezosa, ebria. Borracho o sobrio, siempre estaba sonriendo. Tan diferente de Kell, que siempre estaba con el entrecejo fruncido.

Alucard suspiró y cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás contra la silla afelpada. Tenía un rostro agradable, suave y afilado al mismo tiempo. Ella sintió una extrañísima necesidad de estirarse y trazar las líneas de la cara del capitán con los dedos.

Lila realmente debería haberlo matado al principio, cuando lo conoció. Cuando

no podía conocerlo. Cuando no podía gustarle tanto.

Él abrió lentamente los ojos.

—Daría plata y oro por conocer tus pensamientos —dijo despacio, llevándose el vaso a los labios.

Esa se frotó contra la silla de Lila y esta enredó la cola del gato entre sus dedos.

—Solo estaba deseando haberte matado hace meses —dijo ella, con una alegría calma, disfrutando la forma en que Alucard casi se ahogaba con el vino.

—Oh, Bard —bromeó—, ¿quiere eso decir que desde entonces ha florecido tu afecto por mí?

—El afecto es una debilidad —dijo ella automáticamente.

Ante eso, Alucard dejó de sonreír y apoyó su vaso a un lado. Se inclinó hacia adelante y la observó por un largo rato, y luego dijo:

—Lo siento. —Sonó tan… sincero, lo que hizo desconfiar a Lila. Alucard era muchas cosas, pero genuino no era una de ellas.

—¿Por agradarme? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—Por lo que haya sido que te pasó. Por que alguien te haya lastimado tan profundamente que ves cosas como los amigos y el afecto como armas en vez de escudos. —Lila sintió que un calor le subía a las mejillas.

—Me ha mantenido con vida, ¿no?

—Quizá. Pero la vida no tiene sentido sin placer.

Lila se enfureció ante eso y se puso de pie.

—¿Quién dice que no siento placer? Siento placer cuando gano una apuesta. Placer al conjurar fuego. Placer cuando…

Alucard la interrumpió. No con una palabra, sino con un beso. Cerró el espacio entre ellos de un solo movimiento fluido y luego, una de sus manos estaba en el brazo de Lila y otra contra la nuca, y su boca en la de ella. Lila no se apartó. Se dijo a sí misma después de eso que era la sorpresa lo que la detenía, pero quizá eso era una mentira. Quizá fuese el vino. Quizá era el calor de la habitación. Quizá era miedo a que él tuviera razón sobre ella, sobre el placer, sobre la vida. Quizá, pero en ese momento todo lo que ella sabía era que Alucard la estaba besando y después ella lo besaba a él. Y después, de repente, la boca de Alucard se había ido de la de ella y la sonrisa del capitán flotaba frente a su rostro.

—Dime —susurró él—, ¿no fue mejor eso que ganar una apuesta?

Ella estaba sin aire.

—Tienes un argumento válido.

—Me encantaría insistir en el punto —dijo él—, pero primero… —Se aclaró la garganta y bajó la vista al cuchillo que ella estaba apoyando contra el interior de su pierna.

—Un reflejo —dijo ella con una sonrisa maliciosa y regresó el arma a su funda.

Ninguno de los dos se movió. Sus rostros estaban muy cerca, nariz a nariz, labio a

labio y pestaña a pestaña, y todo lo que ella podía ver eran los ojos de él, azules intensos, y las líneas levemente risueñas que arrugaban los rabillos, de la forma en que Kell arrugaba el espacio intermedio. Opuestos. El pulgar de Alucard le acarició la mejilla y luego él la besó nuevamente, y esta vez no hubo ataque en el gesto, ni sorpresa, solo precisión. La boca de él rozó la de ella y cuando ella se inclinó hacia adelante para adentrarse en él, él retrocedió juguetonamente. Paso por paso, como un baile. Él quería que ella lo deseara, quería probar que tenía razón —la parte lógica de ella sabía todo eso, pero la parte lógica se estaba perdiendo debajo de sus latidos—. Los cuerpos eran cosas traicioneras, notó Lila, mientras los labios de Alucard le rozaban el mentón y comenzaban a avanzar hacia abajo por su cuello, haciendo que sintiera un escalofrío.

Él debió haber sentido el temblor, porque sonrió contra su piel con esa sonrisa perfecta de encantador de serpientes. Ella arqueó la espalda. La mano de Alucard estaba en la base de su cintura, atrayéndola hacia él mientras recorría su clavícula con los labios. El calor se apoderó de su cuerpo donde las manos de Alucard encontraban piel. Lila enredó los dedos en el pelo de él y llevó su boca de regreso a la suya. Eran un enredo de extremidades y deseo y ella no creyó que fuera mejor que la libertad o el dinero o la magia, pero ciertamente estaba cerca.

Alucard fue el primero en tomarse un respiro.

—Lila —susurró contra ella, con la respiración agitada.

—Sí —dijo ella, la palabra mitad respuesta, mitad pregunta.

Los ojos a medio cerrar de Alucard bailaban.

—¿De qué estás huyendo?

Las palabras fueron como agua fría y la arrancaron del momento. Lo empujó hacia atrás. A Alucard la silla le dio detrás de las rodillas y tropezó elegantemente para caer en ella con algo que era mitad risa mitad suspiro.

—Eres un bastardo —espetó ella, que se sonrojó furiosamente.

Él ladeó la cabeza con pereza.

—Sin dudas.

—Todo eso, lo que haya sido que fue —sacudió la mano—, solo para que te diga la verdad.

—No diría eso. Soy más que capaz de varias cosas al mismo tiempo.

Lila levantó su copa de vino y se la lanzó. Tanto el vino como el cáliz volaron en el aire a toda velocidad, pero antes de que pudieran llegar a la cabeza de Alucard simplemente se detuvieron. El vidrio quedó colgando en el aire entre ellos, las gotas púrpura de vino flotando, como si no tuvieran peso.

—Eso —dijo él, mientras se estiraba para arrancar el cáliz del aire— es un añejado *muy* costoso.

Los dedos de la otra mano hicieron un movimiento en espiral y el vino se transformó en lazo y se vertió nuevamente en la copa. El capitán sonrió. Y también Lila, justo antes de agarrar la botella de la mesa y lanzarla al fuego. Esta vez, Alucard

no fue lo suficientemente rápido y el hogar restalló y resplandeció al devorar el vino.

Alucard dejó escapar un sonido de exasperación, pero Lila ya estaba dando un portazo, y el capitán era lo suficientemente sensato como para no seguirla.

II



Londres Rojo

Sonaban las campanas, y Rhy llegaba tarde.

Podía distinguir los sonidos distantes de la música y las risas, el repiqueteo de los carruajes y el baile. La gente lo estaba esperando. Habían tenido una pelea su padre y él sobre cómo Rhy no tomaba las cosas con seriedad. Cómo él *nunca* tomaba las cosas con seriedad. ¿Cómo podría ser rey cuando ni siquiera se tomaba la molestia de llegar a tiempo?

Las campanas dejaron de sonar y Rhy maldijo, mientras intentaba abotonarse la túnica. No lograba ajustar el botón más alto.

—¿Dónde *está*? —Pudo escuchar a su padre quejándose.

El botón se salió otra vez y Rhy gruñó y cruzó al espejo, pero cuando estuvo frente a este, se quedó helado.

El mundo se quedó en silencio en sus oídos.

Él estaba mirando al espejo, pero *Kell* le devolvía la mirada.

Los ojos de su hermano estaban bien abiertos, alarmados. La habitación de Rhy estaba reflejada detrás de él, pero Kell actuaba como si estuviera atrapado en una caja, el pecho le subía y le bajaba con pánico.

Rhy se estiró hacia él, pero un horrible escalofrío lo recorrió al tocar el vidrio. Se tiró rápidamente hacia atrás.

—Kell —dijo—, ¿me escuchas?

Los labios de Kell se movían y Rhy pensó, por un instante, que el reflejo imposible estaba repitiendo sus propias palabras, pero las formas que hacía la boca de Kell eran distintas.

Kell presionó las manos contra el espejo y alzó la voz y solo pasó una palabra apagada.

—*Rhy…*

—¿Dónde estás? —urgió Rhy cuando la habitación detrás de Kell comenzó a oscurecerse y revolverse en sombras, y el dormitorio estaba disolviéndose a negro—. ¿Qué está pasando?

Y entonces, del otro lado del vidrio, Kell se agarró el pecho y *gritó*.

Un sonido horrible y desgarrador que atravesó la habitación e hizo que todos los pelos del cuerpo de Rhy se erizaran.

Gritó el nombre de Kell y golpeó el espejo con los puños, tratando de romper el

hechizo o el vidrio, tratando de llegar a su hermano, pero la superficie ni siquiera se rajó. Rhy no sabía qué estaba mal. No podía sentir el dolor de Kell. No podía sentir nada.

Detrás del vidrio, Kell dejó escapar un sollozo y se dobló hacia adelante antes de caer de rodillas.

Y entonces Rhy vio sangre. Kell presionaba las manos contra su pecho y Rhy miraba, horrorizado e impotente, cómo la sangre se derramaba por entre los dedos de su hermano. Tanta. Demasiada. Una vida. «No, no, no», pensó. «Esto no».

Bajó la mirada y vio el cuchillo enterrado entre sus costillas, sus propios dedos aferraban la empuñadura dorada.

Rhy contuvo el aire e intentó sacarse el filo, pero estaba trabado.

Detrás del vidrio, Kell tosió sangre.

—*Resiste* —gritó Rhy.

Kell estaba arrodillado en un charco rojo. Una habitación. Un mar. Tanto rojo. Se le cayeron las manos.

—Resiste —rogó Rhy, que tiraba del cuchillo con toda su fuerza. No se movía.

La cabeza de Kell se desplomó hacia adelante.

—Resiste.

El cuerpo se vino abajo.

El cuchillo se liberó.



Rhy dio un tumbo hacia adelante al salir del sueño.

El corazón le golpeaba el pecho, y las sábanas estaban empapadas de sudor. Tiró de una almohada, se la puso en el regazo y enterró la cara en ella. Tomó aire para calmar su respiración agitada mientras esperaba que su cuerpo asimilara que el sueño no era real. Le caía sudor por las mejillas. Los músculos se le contraían. Se le entrecortó la respiración y levantó la cabeza, con la esperanza de ver luz matinal filtrándose por las puertas del balcón, pero se encontró con oscuridad, solo templada por el pálido resplandor rojo del Isle.

Reprimió un sollozo de frustración.

Había un vaso de agua al lado de su cama y se lo tomó de un solo trago, sosteniéndolo con dedos temblorosos, mientras esperaba a ver si su hermano entraba de golpe, convencido de que el príncipe estaba bajo ataque, tal y como había hecho las primeras noches.

Pero respecto de las noches y las mañanas y los sueños en el medio, Rhy y Kell rápidamente habían llegado a un entendimiento silencioso. Después de una mala noche, uno le daría al otro una breve mirada consoladora, pero parecía crucialmente

importante que no se *dijeran* absolutamente nada sobre las pesadillas que los acosaban a ambos.

Rhy se presionó el pecho con la palma de la mano, disminuía la presión al inhalar y la incrementaba al exhalar, tal como le había enseñado Tieren años atrás, después de que las Sombras lo raptaran. No era el secuestro lo que le generó pesadillas en los meses siguientes, sino la imagen de Kell arrodillado sobre él, con los ojos abiertos y la piel pálida, un cuchillo en la mano y ríos de sangre corriendo desde el tajo en sus venas.

«Está bien», se dijo Rhy a sí mismo ahora. «Tú estás bien. Todo está bien».

Sintiéndose más firme, arrojó las sábanas a un lado y se puso de pie.

Sus manos anhelaban preparar un trago, pero no podía soportar la idea de volver a dormir. Además, estaba más cerca el amanecer que el anochecer. Mejor era simplemente esperar.

Rhy se puso un par de pantalones de seda y una bata —esta última era afelpada y pesada de una manera simple y reconfortante— y abrió las puertas del balcón de un empujón, dejando que el frío helado de la noche disipara cualquier vestigio de sueño.

Debajo, los escenarios flotantes no eran nada más que sombras que manchaban el resplandor del río. La ciudad estaba salpicada aquí y allá por luces, pero su atención fue hacia los muelles, donde incluso ahora había barcos navegando soñolientamente hacia el puerto.

Rhy entrecerró los ojos, en un esfuerzo por encontrar un barco en particular.

Una nave de madera oscura con rebordes plateados y velas negras azuladas.

Pero no había señales del *Aguja Nocturna*.

Aún no.

III



El mar Arnesiano

Lila cruzó a toda velocidad la cubierta del *Aguja*, fulminando con la mirada a quien se atreviera a espiar hacia su lado. Había dejado su abrigo en el camarote de Alucard y el viento de la noche la golpeó como una pared, penetrando mangas y piel. Mordía y quemaba, pero Lila no regresó, en vez de eso le dio la bienvenida al *shock* de frío despabilante mientras cruzaba la popa y se desplomaba contra la baranda.

«Bastardo», refunfuñó hacia el agua debajo.

Estaba acostumbrada a ser el ladrón, no el objetivo. Y casi había caído en la trampa, concentrada en la mano frente a su cara mientra la otra intentaba robarle de los bolsillos. Sujetó la baranda con los dedos desnudos y observó el mar abierto, furiosa: con Alucard, con ella misma, con este estúpido barco, cuyos bordes eran tan fijos y tan pequeños.

«*¿De qué estás huyendo?*», *había preguntado él.*

«De nada».

«De todo».

«De nosotros. De esto».

«De la magia».

La verdad era que había habido un instante, al mirar fijamente el fuego ardiente, en que este le había devuelto la mirada, abrasador y feroz, y escuchado, y ella supo que podría haberlo hecho crecer, podría haber incendiado todo el camarote en un instante de ira, quemado el barco y a sí misma y a todos en él.

Había comenzado a entender que la magia no era solo algo a lo que acceder, que tomar, cuando era necesario. Siempre estaba ahí, lista, esperando. Y eso la asustaba. Casi tanto como la forma en que Alucard había sido capaz de jugar con ella, usarla de juguete, torcer su distracción para su beneficio. Había dejado que se le cayera la guardia, un error que no cometería otra vez.

«Bastardo».

El aire frío ayudó a enfriar el fuego en sus mejillas, pero la energía aún fluía bajo su piel. Miró con furia el mar e imaginó que se estiraba y empujaba el agua con toda su fuerza. Como un niño en la bañera.

No se molestó en invocar poemas, no esperó que el deseo realmente cobrara forma, pero un segundo después, sintió que la energía se desbordaba a través de ella y el agua se acumulaba y se alzaba, y la nave se ladeaba violentamente sobre la

repentina ola.

Surgieron gritos de preocupación a lo largo del *Aguja* al intentar los hombres descifrar lo que había pasado. Y Lila sonrió con malicia, deseando que bajo cubierta, algunos de los vinos más finos de Alucard se hubiesen destruido. Y entonces se dio cuenta de lo que había hecho. Había movido el océano —o al menos una porción de este del tamaño de un barco—. Se llevó una mano a la nariz, esperando encontrar sangre, pero no había nada. Estaba bien. Ilesa. Dejó escapar una risita de asombro.

«¿Qué eres?».

Lila tembló, el frío finalmente le había llegado a los huesos. De repente se sintió cansada y no sabía si era una reacción de rebote por la magia empleada o simplemente que la frustración la había agotado.

¿Qué era lo que Barron solía decir?

Algo sobre temperamentos y velas y barriles de pólvora.

El hecho de que no pudiera recordar las palabras exactas fue como un golpe seco contra el pecho. Barron era uno de sus lazos y ahora ya no estaba. ¿Y qué derecho tenía ella a estar de duelo? Ella había querido librarse de él, ¿o no? Y era por esto. La gente solo podía lastimarte si te importaba lo suficiente.

Lila estaba a punto de darse vuelta e irse de la baranda cuando escuchó un resoplido apagado y se dio cuenta de que no estaba sola. Obviamente, nadie estaba realmente solo, no en un barco, pero alguien estaba parado contra el cordaje, conteniendo la respiración. Entrecerró los ojos hacia las sombras y después, cuando la figura parecía más dispuesta a colapsar que a dar un paso adelante, chasqueó los dedos e invocó una pequeña y vibrante llama, un gesto hecho con indiferencia, aunque había estado practicándolo por semanas.

La luz, que luchaba contra la brisa marina, iluminó la forma de espantapájaros de Lenos, el segundo oficial de Alucard. Este chilló y ella suspiró y apagó el fuego, sumergiéndolos a ambos de nuevo en la reconfortante oscuridad.

—Lenos —dijo ella, tratando de sonar amistosa. ¿Había visto él lo que ella había hecho con el barco y el mar? La mirada en su rostro era de cautela, no de miedo rotundo, pero esa solía ser la expresión que tenía cuando ella estaba cerca. Después de todo, él había sido el que comenzó el rumor de que ella era Sarows, que merodeaba el *Aguja*.

El hombre dio un paso adelante y ella vio que él sostenía en alto algo para ella. Un abrigo.

Una negación se alzó hasta los labios de Lila automáticamente, pero luego el buen juicio la hizo estirarse y tomarlo. Había sobrevivido a puertas mágicas y reinas malvadas; sería una tonta si moría de un resfrío.

Él soltó el abrigo en el instante en que los dedos de ella lo agarraron, como temiendo que lo quemaran, y ella se lo puso con un sacudón de hombros, el forro aún estaba tibio por el calor del cuerpo de Lenos. Levantó el cuello y metió las manos en los bolsillos y flexionó los dedos para calentarlos.

—¿Me tienes miedo? —preguntó ella en arnesiano.

—Un poco —admitió Lenos, corriendo la mirada.

—¿Porque no confías en mí?

Él negó con la cabeza.

—No es eso —murmuró él—. Es que eres distinta que nosotros…

Ella le ofreció una sonrisa torcida.

—Así me han dicho.

—No porque seas, bueno, ya sabes, una muchacha. No es eso.

—Porque soy Sarows, ¿entonces? ¿Realmente crees eso?

Él se encogió de hombros.

—No es eso, no exactamente. Pero eres *aven*.

Lila frunció el entrecejo. La palabra que él usó era *bendita*. Pero Lila había aprendido que no había un equivalente en inglés. En arnesiano ser *bendito* no siempre era una cosa buena. Algunos decían que significaba *elegido*. Otros decían *favorecido*. Pero otros decían *maldito. Otro. Apartado*.

—*Aven* puede ser algo bueno también —dijo ella—, siempre que esté de tu lado.

—¿Tú estás de nuestro lado? —preguntó él en voz baja.

Lila estaba de su propio lado. Pero supuso que también estaba del lado del *Aguja*.

—Seguro.

Lenos se envolvió con sus propios brazos y llevó la atención más allá de ella, al agua. Una bruma se acercaba rodando y él la miraba intensamente, Lila se preguntó qué vería él en la niebla.

—Crecí en un pequeño lugar llamado Casta —dijo—. En los acantilados del sur. Los castanos piensan que a veces la magia elige a las personas.

—Como el maestro Kell —dijo ella, que agregó—: el príncipe del ojo negro.

Lenos asintió con la cabeza.

—Sí, la magia eligió al maestro Kell. Pero lo que él es (*antari*) es solo un tipo de *aven*. Quizá el más fuerte, pero depende de tu definición de fortaleza. Los sacerdotes son otro tipo. Algunos creen que ellos son los más fuertes, porque tienen lo suficiente de cada elemento para usarlos todos en equilibrio, así pueden curar y hacer crecer y crear la vida. Solía haber todo tipo de *aven*. Algunos que podían dominar todos los elementos. Algunos que podían dominar uno, pero eran tan poderosos que podían cambiar las mareas o el viento o las estaciones. Algunos que podían oír lo que la magia tenía para decir. *Aven* no es solo una cosa, porque la magia no es solo una cosa. Los castanos creen que cuando un *aven* aparece, es por una razón. Es porque la magia está tratando de decirnos algo… —Se quedó callado. Lila se quedó mirándolo. Era lo más extenso que Lenos le había dicho jamás. Lo más extenso que lo había escuchado hablar con *nadie*, de hecho.

—Entonces, ¿crees que estoy aquí por una razón? —preguntó.

Lenos se meció sobre sus propios pies.

—Todos estamos aquí por una razón, Bard. Algunas razones simplemente son

más grandes que otras. Así que supongo que no tengo miedo de quién eres o, incluso, de lo que eres. Tengo miedo de *por qué* eres.

Tembló y se dio vuelta para irse.

—Espera —dijo ella, sacándose el abrigo—. Toma.

Él se estiró a buscarlo, y para alivio de Lila, sus manos casi se rozan, pero él no se apartó. Lila observó cómo el hombre se retiraba por la cubierta, luego ella rotó el cuello y se abrió camino hacia abajo.

Encontró su propio saco colgado en la puerta de su camarote, junto a una botella de vino púrpura sin abrir y una nota que decía *Solase. Lo siento*.

Lila suspiró y tomó la botella, sus pensamientos revueltos y su cuerpo ansiaba dormir.

Y luego escuchó la llamada en la parte superior.

—¡*Hals*! —gritó una voz desde la cubierta. *Tierra*.

IV



Las campanas sonaron doce veces y luego doce veces más. Siguieron y siguieron hasta que Kell perdió la cuenta, mucho más que las horas en un día, una semana, un mes.

El sonido persistente solo podía significar una cosa: habían llegado los miembros de la realeza.

Kell estaba parado en su balcón y los observó venir. Habían pasado seis años desde la última vez que Londres había sido anfitrión del *Essen Tasch*, pero aún recordaba haber observado la procesión de barcos y gente, haber tratado de imaginar de dónde venían, qué habían visto. Él no podía ir al mundo, pero en estas raras ocasiones, este parecía venir a él.

Ahora, mientras miraba los barcos navegando por el Isle (tanto como los estadios flotantes de Rhy lo permitían), se encontró a sí mismo preguntándose cuál elegiría Lila para ella. Había un puñado de embarcaciones pequeñas y privadas, pero la mayoría eran naves enormes, barcos lujosos diseñados para transportar a mercaderes ricos y nobles de Faro y Vesk hasta las festividades en la capital arnesiana. Todos los barcos llevaban la marca de origen, ya sea en las velas o a los lados, el símbolo de su corona pintado. Eso, junto con un pergamino de aprobación, les daría acceso a los muelles durante el *Essen Tasch*.

¿Preferiría Lila un elegante barco de madera plateado, como el que llevaba la marca de Faro? ¿O algo más atrevido, como la nave veskana pintada de colores vibrantes que se acercaba ahora? ¿O una orgullosa embarcación arnesiana, con madera oscura pulida y velas nuevas? Ahora que lo pensaba, ¿sabía Lila realmente *cómo* navegar? Probablemente no, pero si alguien podía hacer que lo extraño pareciera normal, que lo imposible pareciera fácil, esa era Delilah Bard.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Rhy, que apareció al lado de él.

—Tus estadios hacen del río un desorden.

—Tonterías —dijo Rhy—, he hecho que erigieran dársenas temporarias en las orillas del norte y del sur a ambos lados de la ciudad. Hay suficiente espacio.

Kell señaló el Isle con la cabeza.

—Diles eso a nuestros invitados.

Debajo, las otras naves se habían separado para hacer lugar a la flota veskana, que subía por el río y se detuvo solo cuando llegó a la barricada. La barcaza real veskana, una embarcación espléndida, hecha de madera de secoya con velas oscuras que llevaban el emblema real de cuervo en vuelo contra una luna blanca, estaba flanqueada por dos barcos militares.

Minutos después, les siguió el buque imperial faronés, sus naves esqueléticas y plateadas, con el blasón del árbol negro marcado en sus velas.

—Deberíamos ir yendo —dijo el príncipe—. Tenemos que estar ahí para darles la bienvenida.

—¿*Tenemos*? —repitió Kell, aunque el rey ya había dejado en claro que su presencia era necesaria. No porque Kell era familia, pensó con amargura, sino porque era *aven*. Un símbolo del poder arnesiano.

—Querrán verte —había dicho el rey, y Kell había entendido. Cuando Maxim decía *verte* no se refería a Kell la *persona*. Quería decir Kell el *antari*. Se enfureció. ¿Por qué se sentía como un trofeo? O peor, una chuchería…

—Basta con eso —lo reprendió Rhy.

—¿Basta con qué?

—Con lo que sea que esté pasando por tu cabeza que te tiene con el entrecejo más fruncido que de costumbre. Harás que nos salgan arrugas a ambos. —Kell suspiró—. Vamos —insistió Rhy—. No hay forma de que me encuentre con ellos solo.

—¿A quién le tienes miedo? ¿A *lord* Sol-in-Ar?

—A Cora.

—¿La princesa veskana? —Kell rio—. Es solo una niña.

—Era solo una niña (y una niña pesadillesca, de hecho), pero he escuchado que ha crecido para ser algo realmente aterrador.

Kell negó con la cabeza.

—Vamos, entonces —dijo, pasando un brazo alrededor de los hombros del príncipe—. Yo te defenderé.

—Mi héroe.



El palacio rojo tenía cinco salones: el Grand, un salón de baile extravagante de tres pisos hecho de madera pulida y cristal esculpido; el Dorado, un salón de recepción, todo de piedra y metales preciosos; el de Cristal, ubicado en el corazón del palacio y hecho completamente de vidrio; el Cielo en el techo, con su piso de mosaicos que brillaba bajo el sol y las estrellas; y el Rose. El último de estos, ubicado cerca del frente del palacio y al que se accedía por sus propios pasillo y puertas, poseía una elegancia majestuosa. Había sido construido en un ala del palacio con nada encima y la luz brillaba por las ventanas colocadas en el techo. Las paredes y el piso eran de mármol real, una piedra blanca con hilos de oro y granate, creada por magos del mineral solo para uso de la corona. En lugar de pilares, *bouquets* de flores en jarrones enormes formaban líneas paralelas a lo largo de la habitación. Entre esas columnas, una alfombra dorada iba desde la entrada hasta la plataforma del trono.

El Salón Rose era donde la corona recibía en audiencia a su gente y donde tenía pensado recibir a los miembros de las realezas vecinas.

Si alguna vez aparecían.

Kell y Rhy estaban de pie a ambos lados de los tronos, Rhy apoyado contra la silla de su padre, Kell en posición de firmes al lado de la reina.

El maestro Tieren estaba parado al pie de la plataforma, pero parecía negarse a encontrar la mirada de Kell. ¿Era su imaginación o el *Aven Essen* había estado eludiéndolo? Los guardias reales estaban parados, esculturales, en sus relucientes armaduras, mientras un conjunto selecto de *ostra* y *vestra* se arremolinaba por ahí, tras haberse dispersado en grupos para charlar. Había pasado más de una hora desde que los barcos reales habían atracado y se había enviado una escolta para que los acompañara al palacio. El vino espumante que aguardaba en las bandejas se estaba quedando sin efervescencia con la espera.

Rhy pasaba el peso del cuerpo de un pie a otro, claramente tenso. Esta era, después de todo, la primera vez que estaba al mando de un asunto real y si bien siempre había sido alguien que se fijaba en los detalles, estos normalmente tenían que ver con su vestimenta o su cabello. El *Essen Tasch* estaba a una escala completamente distinta. Kell lo observó mover nerviosamente el brillante sello de oro de los Maresh —un cáliz y el sol naciente— sobre su corazón. Le había dado uno a Kell, quien lo había abrochado en la pechera de su abrigo rojo.

El rey Maxim jugueteaba con una moneda, algo que Kell solo había visto hacer cuando no podía sentarse en calma. Como su padre antes que él, Maxim Maresh era un labrador del metal, un mago fuerte con sus propios méritos, aunque ahora no le hacía demasiada falta. Aun así, Kell había escuchado historias de la juventud de Maxim, cuentos del «príncipe del acero» que había forjado ejércitos y derretido corazones, y sabía que incluso ahora el rey viajaba dos veces al año a las fronteras para avivar el fuego de sus hombres.

—Espero que no les haya pasado nada a nuestros huéspedes —dijo el rey Maxim.

—Quizá se perdieron —reflexionó Rhy.

—No creo que tengamos semejante suerte —murmuró Kell.

La reina Emira les lanzó una mirada, y Kell casi se echa a reír. Era una reprimenda tan simple y maternal.

Finalmente, sonaron las trompetas y se abrieron las puertas.

—Por fin —musitó Rhy.

—El príncipe Col y la princesa Cora —anunció el sirviente, cuya voz hizo eco por la sala— de la Casa Taskon, familia real de Vesk.

Los hermanos Taskon entraron flanqueados por una docena de asistentes. Eran imponentes, vestidos holgadamente de verde y plateado, con capas elegantes que les caían detrás. Col tenía dieciocho ahora, Cora era dos años menor.

—Sus Majestades —dijo el príncipe Col, un joven fornido, en un arnesiano fuertemente acentuado.

—Somos bienvenidos a su ciudad —agregó la princesa Cora, con una reverencia y una sonrisa angelical.

Kell le disparó una mirada a Rhy que decía «¿Realmente? ¿Esta es la niña a la que le tienes miedo?».

Rhy le respondió con una que decía «Tú también deberías temerle».

Kell observó otra vez a la princesa Cora, más cuidadosamente. La princesa apenas parecía lo suficientemente fuerte para sostener una copa de champagne. Llevaba las cascadas de pelo rubio miel peinadas en una elaborada trenza que le rodeaba la cabeza como una corona, con esmeraldas entrelazadas todo alrededor.

Era menuda para ser veskana; alta, sí, pero de cintura pequeña, esbelta de una forma que iba más con la corte arnesiana. A Rhy le habían permitido acompañar a su madre al *Essen Tasch* en Vesk tres años atrás, así que la había visto crecer. Pero Kell, confinado a la ciudad, solo había visto el torneo cuando Arnes era el anfitrión. Cuando los Juegos se habían llevado a cabo ahí seis años atrás, el príncipe Col había venido junto a uno de sus otros hermanos.

La última vez que Kell había visto a Cora, doce años atrás, ella era una niña pequeña.

Ahora sus ojos celestes viajaron hacia arriba y aterrizaron en la mirada de dos tonos de Kell y ahí se quedaron. Él estaba tan acostumbrado a que la gente eludiera sus ojos, retiraran la mirada para encontrar un lugar más seguro, que esa intensidad lo tomó desprevenido y tuvo que luchar contra la repentina necesidad de mirar hacia otro lado.

Mientras tanto, un asistente llevó un objeto grande, cubierto por una pesada tela verde, a la plataforma del trono y lo apoyó en el escalón. Al quitar con rapidez y un estilo dramático la tela, el asistente reveló un pájaro dentro de una jaula, no una réplica multicolor o un ave cantora, ambas apreciadas por la corte arnesiana, sino algo más… *depredador*. Era enorme y de un verde perlado, salvo por la cabeza, que tenía una pluma y un collar negros. El pico parecía el filo de una navaja.

—Un agradecimiento —anunció el príncipe Col— por invitarnos a vuestro hogar. —Col tenía el mismo color que Cora, pero nada más. Donde ella era alta, él era altísimo. Donde ella era estrecha, él tenía la contextura de un toro. Uno apuesto, pero de todas maneras había algo bovino en su actitud y expresión.

—Lo aprecio —dijo el rey, haciéndole un gesto con la cabeza al maestro Tieren, quien caminó hacia adelante y levantó la jaula. Iría al santuario, supuso Kell, o sería liberado. Un palacio no era un lugar para tener animales salvajes.

Kell siguió el intercambio por el rabillo del ojo, su atención aún dirigida hacia la princesa, cuya mirada todavía estaba en él, como fascinada por su ojo negro. Se veía como la clase de muchacha que señalaba algo —o a *alguien*— y decía «quiero uno de esos». El pensamiento era casi divertido, hasta que recordó las palabras de Astrid —«Voy a apoderarme de tu vida, chico de las flores»— y entonces la gracia se enfrió. Kell dio un leve paso hacia atrás, casi imperceptible.

—Nuestro hogar será el suyo —estaba diciendo el rey Maxim. Todo parecía guionado.

—Y si los dioses nos favorecen —dijo el príncipe Col con una sonrisa— también lo será el torneo.

Rhy se enfureció, pero el rey simplemente se rio.

—Ya lo veremos —dijo con una sonrisa afable que Kell sabía era falsa. El rey no tenía ningún afecto por el príncipe Col, ni ningún miembro de la familia real veskana, de hecho. Pero el peligro real yacía con Faro. Con *lord* Sol-in-Ar.

Como si les hubiesen dado el pie, las trompetas sonaron otra vez y el séquito veskano tomó sus copas y pasó a un lado.

—*Lord* Sol-in-Ar, regente de Faro —anunció el sirviente cuando se abrieron las puertas.

A diferencia de los veskanos, cuyo séquito iba alrededor de los príncipes, Sol-in-Ar iba caminando al frente y sus hombres en formación detrás. Todos estaban vestidos al estilo faronés, una única pieza de tela plegada intrincadamente alrededor de ellos y el extremo echado hacia atrás sobre un hombro cual capa. Sus hombres usaban un violeta intenso, acentuado con negro y blanco; mientras que Sol-in-Ar iba de blanco y los mismísimos bordes de la tela estaban ribeteados con índigo.

Como todos los faroneses de la realeza, estaba afeitado al ras, de modo que se veían por completo los abalorios insertos en su piel, pero a diferencia de la mayoría, que prefería el vidrio o las gemas preciosas, la ornamentación de *lord* Sol-in-Ar parecía esquirlas con forma de diamante hechas de oro blanco, que trazaban caminos curvos desde las sienes hasta la garganta. Tenía el cabello negro corto, y una sola gota de oro blanco más grande sobresalía de su frente, justo arriba de las cejas, y marcaba que era de la realeza.

—¿Cómo eligen? —se había preguntado Rhy en voz alta, años atrás, mientras sostenía un rubí sobre su frente—. Es decir, padre dice que el número *de gemas es un indicador social, pero aparentemente el color es un misterio. Pero dudo que sea arbitrario (si fueran los veskanos quizá, pero nada de los faroneses parece arbitrario), lo que quiere decir que el color debe significar* algo.

—¿Importa? —había preguntado Kell, cansado.

—Por supuesto que importa —había espetado Rhy—. Es como saber que hay un idioma que no hablas y no tener a nadie dispuesto a enseñártelo.

—Quizá es privado.

Rhy había ladeado la cabeza y arrugado el entrecejo para evitar que el rubí se cayera.

—¿Cómo me veo?

Kell había reído por la nariz.

—Ridículo.

Pero no había nada de ridículo en *lord* Sol-in-Ar. Era alto —varios centímetros más alto que los hombres de su guardia—, con mandíbula marcada y porte rígido. Su

piel era del color del carbón, sus ojos verde claro y filosos como el cristal tallado. Hermano mayor del rey de Faro, comandante de la flota faronesa, responsable de la unificación de territorios antes dispersos y considerado el cerebro detrás de la mayor parte de las decisiones del trono.

E imposibilitado para gobernar por falta de magia. Cuestión que compensaba con creces con su habilidad militar y un ojo sagaz para el orden, pero Kell sabía que ese hecho ponía nervioso a Rhy.

—Bienvenido, *lord* Sol-in-Ar —dijo el rey Maxim.

El regente faronés asintió, pero no sonrió.

—Su ciudad brilla —dijo simplemente. Su acento era fuerte y parejo, como una piedra del río.

Hizo un movimiento rápido con la mano y dos asistentes trajeron al frente macetas con árboles jóvenes, cuyas cortezas eran de un color negro intenso. Los mismos árboles que marcaban el sello real faronés, de la misma forma en que el pájaro era el símbolo de Vesk. Kell había oído hablar sobre los abedules faroneses, árboles raros de los que se decía que tenían propiedades medicinales, e incluso mágicas.

—Un obsequio —dijo suavemente—. Para que las cosas buenas crezcan.

El rey y la reina inclinaron la cabeza en agradecimiento, y la mirada de *lord* Sol-in-Ar barrió la plataforma, pasó sobre Rhy y aterrizó tan solo un momento en Kell, antes de hacer una reverencia y retroceder. Tras eso, el rey y la reina descendieron de sus tronos y, al hacerlo, tomaron unas copas de vino espumante. El resto de la habitación imitó el movimiento, y Kell suspiró.

Estar parado ahí como exhibición era suficientemente doloroso.

Ahora venía la tarea realmente desagradable de socializar.

Rhy claramente se estaba armando de valor para enfrentar a la princesa, quien aparentemente había pasado su último encuentro tratando de robarle besos y de tejer flores en el cabello del príncipe. Pero Rhy pareció haberse preocupado por nada; ella tenía los ojos puestos en otra presa. «Por los Santos», maldijo Kell en su cabeza y se aferró a su copa de champagne al acercarse ella.

—Príncipe Kell —dijo ella, que le mostró una sonrisa aniñada. Él no se molestó en señalarle que debía dirigirse a él como «maestro» y no «príncipe»—. Bailará conmigo durante los bailes nocturnos.

Él no estaba seguro de si simplemente su arnesiano era limitado o de si realmente quería ser tan directa. Pero Rhy le lanzó una mirada que decía que había estado meses preparándose para este torneo, que era una demostración de política y diplomacia, que todos harían sacrificios y que prefería clavarse un puñal que dejar que Kell pusiera en riesgo la paz del imperio al negarle un baile a la princesa.

Kell hizo un esfuerzo por sonreír e hizo una reverencia.

—Por supuesto, Su Alteza —respondió y agregó, en veskano—: *Gradaich an'ach* . —*Es un placer*.

La sonrisa de la princesa se amplió mientras se iba meneando hacia uno de sus asistentes.

Rhy se inclinó hacia adelante.

—Parece que no soy yo el que necesita protección después de todo. Sabes… —Bebió un sorbo de vino—… sería una pareja interesante…

Kell mantuvo su sonrisa fija.

—Te clavaré este alfiler.

—Sufrirías.

—Valdría la pena… —Se quedó callado al ver que *lord* Sol-in-Ar se acercaba.

—Príncipe Rhy —dijo el regente, inclinando la cabeza. Rhy se enderezó y luego hizo una profunda reverencia.

—*Lord* Sol-in-Ar —dijo—, *hasanal rasnavoras ahas*. —*Su presencia honra a nuestro reino*.

Los ojos del regente se abrieron de placentera sorpresa.

—*Amun shahar* —dijo antes de pasar nuevamente al arnesiano—. Su faronés es excelente.

El príncipe se sonrojó. Siempre había tenido oído para los idiomas. Kell también sabía una buena cantidad de faronés, gracias a que Rhy prefería tener alguien con quien practicar, pero no dijo nada.

—Usted hace el esfuerzo de aprender nuestra lengua —dijo Rhy—. Solo es una cuestión de respeto ser recíprocos. —Y luego, con una sonrisa encantadora, agregó—: Además, el lenguaje faronés siempre me ha parecido hermoso.

Sol-in-Ar asintió y su mirada se movió hacia Kell.

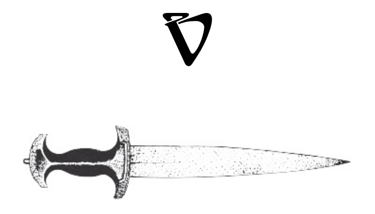
—Y tú —dijo el regente—, tú debes ser el *antari* arnesiano.

Kell inclinó la cabeza y cuando levantó la vista, Sol-in-Ar aún lo estaba examinando, de pies a cabeza, como si la marca de su magia no solo estuviera dibujada en su ojo, sino sobre cada centímetro de su ser. Cuando finalmente su atención se enfocó en el rostro de Kell, el regente frunció el entrecejo levemente, y la gota de metal en su frente centelló.

—*Namunast* —murmuró. *Fascinante*.

En cuanto Sol-in-Ar se fue, Kell terminó su vino de un solo trago y luego retrocedió hasta las puertas abiertas del Salón Rose, antes de que alguien pudiese detenerlo.

Había tenido suficiente de la realeza por un día.



El río se estaba volviendo rojo.

Cuando el *Aguja Nocturna* alcanzó la boca del Isle, Lila apenas pudo percibir un leve tinto en el agua, y solo visible de noche. Ahora, con la ciudad acercándose cada vez más, el agua brillaba como un rubí iluminado desde adentro, la luz roja visible incluso al mediodía. Era como un faro que los guiaba hacia Londres.

Al principio, pensó que la luz del río era invariable, pareja, pero ahora notaba —después de meses de entrenarse para ver y sentir y pensar la magia como una cosa viva— que latía debajo de la superficie, como un rayo detrás de capas de nubes.

Se inclinó sobre la baranda e hizo girar el fragmento de piedra blanca entre sus dedos. Tan solo la tenía desde que había enfrentado a los mellizos Dane en el Londres Blanco, pero los bordes habían comenzado a suavizarse por el roce. Se obligó a dejar las manos quietas, pero había demasiada energía nerviosa y no había adónde dejarla ir.

—Estaremos allí al atardecer —dijo Alucard al lado de ella. Las pulsaciones de Lila se aceleraron—. Si hay algo que quieras decirme sobre tu partida de la ciudad, ahora es el momento. Bueno, en realidad, cualquier momento de los últimos cuatro meses hubiera estado bien, ahora es realmente tu última oportunidad, pero…

—No empieces —refunfuñó ella, que guardó el trozo de piedra nuevamente en su bolsillo.

—Todos tenemos demonios, Bard. Pero si los tuyos están esperando ahí…

—Mis demonios están todos muertos.

—Entonces te envidio. —El silencio cayó sobre ellos—. Sigues enojada conmigo.

Lila se enderezó.

—Intentaste seducirme para sacarme *información*.

—No puedes recriminarme eso por siempre.

—Fue *anoche*.

—Bueno, me estaba quedando sin opciones y pensé que valía la pena intentarlo.

Lila revoleó los ojos.

—Realmente sabes cómo hacer que una chica se sienta especial.

—Pensé que estaba en problemas precisamente por hacerte sentir especial.

Lila resopló, y el pelo que le caía sobre los ojos se corrió a un lado. Volvió a mirar el río y se sorprendió al ver que Alucard se quedaba y apoyaba los codos sobre la baranda al lado de ella.

—¿Y *tú*? ¿Contento de regresar? —preguntó.

—Londres me gusta bastante —dijo él. Lila esperó a que continuara, pero él no lo

hizo. En vez de eso, comenzó a frotarse las muñecas.

—Haces eso —observó Lila, que señaló las manos del capitán con la cabeza— cuando estás pensando.

Él se detuvo.

—Qué bueno que no tengo el hábito de pensar las cosas con profundidad. —Con los codos aún apoyados sobre la baranda, giró las manos para que quedaran palmas hacia arriba, los puños de su túnica se levantaron de forma que Lila pudo ver las marcas que le cruzaban las muñecas. La primera vez que ella se había percatado de estas, pensó que solo eran sombras, pero de cerca se dio cuenta de que eran *cicatrices*.

Él se cruzó de brazos y sacó una petaca de adentro de su abrigo. Estaba hecha de vidrio, un líquido rosa pálido se sacudía dentro. Alucard nunca había parecido demasiado afecto a la sobriedad, pero cuanto más cerca estaba la ciudad, más bebía.

—Estaré sobrio otra vez para cuando atraquemos —dijo, adivinando la mirada de Lila. Su mano libre se fue hacia su muñeca nuevamente.

—Es una señal inconsciente —señaló Lila—. Lo de tus muñecas. Por eso lo mencioné. La gente siempre debería saber cuáles son sus señales.

—¿Y cuáles son las tuyas, Bard? —preguntó él y le ofreció la petaca.

Lila la agarró, pero no bebió. En vez de eso, ladeó la cabeza.

—Tú dime.

Alucard se retorció hacia ella y entrecerró los ojos, como si pudiera ver la respuesta en el aire que la rodeaba. Sus ojos azules se abrieron burlonamente como si hubiesen encontrado la respuesta.

—Te pones el pelo detrás de la oreja —dijo—, pero solo del lado derecho. Cuando estás nerviosa. Supongo que es para evitar moverte de un lado a otro.

Lila le sonrió de mala gana.

—Acertaste el gesto, pero no el motivo.

—Ilumíname.

—La gente tiene una tendencia a esconderse detrás de sus rasgos cuando está nerviosa —respondió ella—. Yo me pongo el pelo detrás de la oreja para mostrarle a mi oponente (mi objetivo, adversario o lo que sea) que no me escondo. Los miro a los ojos y dejo que ellos *me* miren a los ojos.

Alucard levantó una ceja ante eso.

—Bueno, *el ojo*.

La petaca estalló en la mano de Lila. Ella protestó, primero por la sorpresa y luego por el dolor causado por el licor en la mano. Dejó caer el recipiente y este cayó en pedazos a la cubierta.

—¿Qué dijiste? —susurró ella.

Alucard ignoró la pregunta. Chasqueó la lengua e hizo un movimiento rápido con la muñeca, tras lo que las esquirlas de vidrio se alzaron en el aire sobre sus dedos. Lila se llevó la mano ensangrentada al pecho, pero Alucard le ofreció la otra mano.

—Permíteme —dijo, tomando la muñeca de Lila, que giró suavemente para exponer los cortes superficiales. Tenía vidrios en la mano, pero cuando los labios del capitán se movieron, las astillas y fragmentos se alzaron para reunirse con los trozos más grandes que ya estaban en el aire. Con un movimiento de los dedos, barrió las esquirlas, que cayeron silenciosamente fuera del barco.

—Alucard —gruñó ella—, ¿qué dijiste?

Tenía la mano aún apoyada hacia arriba sobre la de él.

—Tu seña —dijo él, mientras examinaba los cortes— es pequeña. Intentas hacerla pasar por un ladeo de la cabeza, una fijación de la mirada, pero en realidad lo haces para compensar una falta en la visión. —Sacó un retazo de tela negra de su manga y comenzó a envolverle la mano. Ella lo dejó hacer—. Y el pelo —agregó mientras ataba la venda improvisada con un nudo—. Solo lo pones detrás de la oreja del lado *derecho* para despistar a la gente. —Dejó caer la mano de Lila—. Es tan sutil que dudo que demasiada gente lo note.

—Tú lo notaste —murmuró ella.

Alucard se estiró, con un nudillo levantó el mentón de Lila y la miró a los ojos. Al ojo.

—Soy extraordinariamente perceptivo —dijo.

Lila cerró los puños y se concentró en el dolor que surgió en ellos.

—Eres una ladrona increíble —dijo él—, especialmente cons…

—No te atrevas a decir *considerando* —estalló ella, que se alejó de él. Alucard la respetaba lo suficiente como para no apartar la mirada—. Soy una ladrona increíble, Alucard. Esto —dijo, señalándose el ojo— no es una debilidad. No lo ha sido por un largo tiempo. Y aunque lo fuera, está más que compensada.

Alucard sonrió. Un sonrisa pequeña, genuina.

—Todos tenemos cicatrices —dijo él, y antes de poder detenerse, ella le echó una mirada a las muñecas de Alucard—. Sí —dijo él, percibiendo la mirada—, incluso los capitanes encantadores. —Empujó los puños de su túnica hacia arriba otra vez, revelando piel suave y bronceada solo interrumpida por las franjas plateadas alrededor de ambas muñecas. Eran extrañamente uniformes. De hecho, casi parecían…

—Grilletes —confirmó él.

Lila frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

Alucard se encogió de hombros.

—Un mal día. —Se alejó un paso y se apoyó nuevamente contra la pila de cajones—. ¿Sabes lo que hacen los arnesianos con los piratas que capturan? —preguntó con indiferencia—. ¿Con los que tratan de escapar?

Lila se cruzó de brazos.

—Pensé que me habías dicho que no eras un pirata.

—No lo soy. —Hizo un gesto con la mano—. Ya no. Pero la juventud nos hace

tontos a todos. Digamos que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado del lado equivocado.

—¿Qué les hacen…? —preguntó Lila, curiosa a pesar de sí misma.

La mirada de Alucard vagó hacia el río.

—Los carceleros usan un sistema de disuasión eficiente. Mantienen a todos los prisioneros con grilletes, te los ponen incluso antes de escuchar tu declaración. Son cosas pesadas, unidas a la altura de la muñeca, pero no son tan malas si consideras otros hierros. Pero si haces demasiado alboroto u opones resistencia, entonces simplemente calientan el metal. No demasiado. La primera vez solo es una advertencia. Pero si es tu segunda o tercera ofensa, o si eres lo suficientemente tonto como para intentar escapar, es mucho peor. —Los ojos de Alucard de alguna forma se habían enfocado y vaciado al mismo tiempo, como concentrados, solo que en otra cosa, en algo lejano. Su voz tenía una uniformidad extraña cuando hablaba—. Es un método bastante simple. Toman del fuego una barra de metal y con ella tocan la esposa de hierro hasta que se calienta. Cuanto peor fue la infracción, más tiempo sostienen la vara sobre las esposas. La mayor parte de las veces, se detienen cuando comienzas a gritar o cuando ven que la piel empieza a quemarse…

En su mente, Lila vio a Alucard Emery no con su refinado saco de capitán, sino golpeado y lleno de moretones, con su pelo marrón pegado contra el rostro por el sudor, con las manos atadas e intentando apartarse del hierro caliente. Intentando usar su encanto para salir del lío. Pero obviamente no había funcionado. Imaginó el sonido de los ruegos, el olor de la carne chamuscada, el grito…

—El problema es —estaba diciendo Alucard— que el metal se calienta mucho más rápido de lo que se enfría, así que el castigo no termina cuando apartan la barra.

Lila se sintió descompuesta.

—Lo lamento —dijo, aunque odiaba esas palabras, odiaba la lástima que iba con ellas.

—Yo no —dijo él simplemente—. Todo buen capitán necesita sus cicatrices. Mantienen a sus hombres a raya.

Lo dijo muy relajado, pero ella pudo ver los estragos del recuerdo en su rostro. Sintió una extrañísima urgencia de estirarse y tocarle la muñeca, como si de su piel aún emanara calor.

En vez de eso, preguntó:

—¿Por qué te hiciste pirata?

Él le lanzó esa sonrisa tímida.

—Bueno, pareció la mejor de varias ideas malas.

—Pero no funcionó.

—Qué perspicaz.

—¿Y cómo escapaste?

El zafiro parpadeó sobre su ojo.

—¿Quién dice que me escapé?

Justo entonces, la llamada pasó a través de la tripulación.

—¡Londres!

Lila se retorció y vio a la ciudad alzándose como fuego bajo la luz que iba disminuyendo. Se le aceleró el corazón.

Alucard se irguió, las mangas de la túnica se deslizaron sobre sus muñecas.

—Bueno —dijo, su sonrisa lasciva de nuevo en su lugar—, parece que hemos llegado.

VI



El *Aguja Nocturna* atracó al anochecer.

Lila ayudó a amarrar las líneas y a fijar las rampas, con la atención desviada hacia las decenas de barcos elegantes que llenaban las orillas del Isle. Los amarraderos del Londres Rojo eran un revuelo de energía y gente, caos y magia, risas y crepúsculo. A pesar del frío de febrero, la ciudad irradiaba calidez. A la distancia, se alzaba el palacio real, como un segundo sol sobre la oscuridad creciente.

—Bienvenida de vuelta —dijo Alucard, rozándole el hombro con el propio, mientras arrastraba un baúl hasta el muelle. Lila se sobresaltó al ver a Esa sentada arriba, sus ojos púrpura bien abiertos, moviendo la cola de un lado a otro.

—¿No debería quedarse en el barco? —Las orejas de la gata se crisparon, y Lila sintió que cualquier inclinación placentera que la gata había estado sintiendo hacia ella ya no estaba.

—No seas ridícula —dijo Alucard—. El barco no es un lugar para un gato. —Lila estaba a punto de señalar que la gata había estado a bordo de la nave tanto como ella, cuando él agregó—: Creo en mantener mis cosas valiosas conmigo.

Lila se enderezó. ¿Eran los gatos tan preciados aquí? ¿O raros? No había visto a ningún otro, pero en el poco tiempo que había estado en tierra, no había estado exactamente observando eso.

—¿Ah, sí?

—No me gusta esa mirada —dijo Alucard, girando el baúl y a la gata hacia otro lado.

—¿Qué mirada? —preguntó Lila con inocencia.

—La mirada que dice que Esa podría desaparecer convenientemente si te digo lo que vale. —Lila rio por la nariz—. Pero si debes saber, solo es invaluable porque guardo mi corazón dentro de ella, así nadie puede robarlo. —Sonrió al decirlo, pero Esa ni siquiera parpadeó.

—No me digas.

—A decir verdad —dijo él, apoyando el baúl sobre una carreta—, ella fue un regalo.

—¿De quién? —preguntó Lila antes de poder evitarlo.

Alucard sonrió con aire de superioridad.

—Ah, ¿de repente estás dispuesta a hablar? ¿Comenzamos a intercambiar preguntas y respuestas?

Lila revoleó los ojos y se fue a ayudar a la tripulación a acarrear más baules a tierra. Un par de manos se quedarían con el *Aguja*, mientras el resto iba a una posada.

Con la carreta cargada, Alucard le presentó sus papeles al guardia de armadura brillante y Lila dejó que sus ojos vagaran hacia otros barcos. Algunos eran intrincados, otros simples, pero todos eran, a su modo, impresionantes.

Y entonces, dos barcos más allá, vio una figura descendiendo de una embarcación arnesiana. Una *mujer*. Y no del tipo que Lila sabía que solía frecuentar barcos. Estaba vestida con pantalones y un abrigo sin cuello y llevaba una espada colgada en el cinturón a la altura de la cintura.

La mujer comenzó a abrirse camino por el muelle hacia el *Aguja* y había algo animal en la forma en que se movía. *Acechaba*. Era más alta que Lila, es más, era más alta que Alucard, con rasgos tan puntiagudos como los de un zorro y una melena —no hay mejor palabra para describirlo— de pelo cobrizo, con largos mechones que no estaban trenzados realmente, sino retorcidos en sí mismos de modo que parecía mitad león y mitad serpiente. Quizá Lila debería haberse sentido amenazada, pero estaba demasiado ocupada sintiéndose deslumbrada.

—Vaya, esa es una capitana con la cual no quieres cruzarte —susurró Alucard a su oído.

—Alucard Emery —dijo la mujer cuando llegó hasta ellos. Su voz tenía una ligera aspereza marina, y su arnesiano estaba lleno de filos—. No te he visto desembarcar en Londres desde hace bastante tiempo. Estás aquí por el torneo, supongo.

—Me conoces, Jasta. No puedo dejar pasar la oportunidad de quedar como un tonto.

Ella se rio por la nariz, un sonido que pareció como de campanas oxidadas.

—Algunas cosas nunca cambian.

Él frunció el entrecejo burlonamente.

—¿Eso quiere decir que no apostarás por mí?

—Veré si me sobran algunas monedas —dijo. Y tras eso, Jasta siguió andando, con sus armas repiqueteando como monedas.

Alucard se inclinó hacia Lila.

—Un consejo, Bard. Jamás retes a aquella en una competencia de tragos. O a una lucha de espadas. Ni a nada en lo que puedas perder. Porque lo harás.

Pero Lila apenas estaba escuchando. No podía sacar la vista de Jasta, mientras la mujer caminaba acechante por las dársenas, un puñado de hombres rapaces aparecían tras sus pasos.

—Nunca había visto una mujer capitana.

—No hay muchas en Arnes, pero el mundo es grande —dijo Alucard—. Es más común en su lugar natal.

—¿Y eso dónde es?

—¿Jasta? Es de Sonal. Del lado oriental del imperio. Arriba, contra el límite veskano, por eso se ve…

—¿Gigante?

—Exacto. Y no vayas buscando una nueva tripulación. Si llegaras a hacer el disparate que hiciste, pero para meterte en su barco, ella te cortaría la garganta y te echaría por la borda.

Lila sonrió.

—Suena como mi tipo de capitán.



—Aquí estamos —dijo Alucard cuando llegaron a la posada.

El nombre del lugar era Is Vesnara Shast, lo que se traducía como *El Camino Errante*. Lo que Lila no sabía, no hasta que vio la intranquilidad de Lenos, era que la palabra arnesiana para *camino —shast—* era la misma que para *alma*. El nombre alternativo le pareció un poco perturbador y la atmósfera del lugar no hizo nada para aliviar esa sensación.

Era una estructura vieja y torcida —no había notado, en su corto tiempo en el Londres Rojo el otoño pasado, que la mayoría de los edificios se sentían como nuevos— que se veía como cajas apiladas bastante al voleo una sobre otra. En realidad le recordaba un poco a su guarida allá en el Londres Gris. Piedras viejas que comenzaban a asentarse, pisos que empezaban a arquearse.

El salón principal estaba repleto de mesas, cada una de las cuales, a su vez, estaba repleta de marineros arnesianos, y la mayoría de ellos parecían estar compenetrados en sus vasos, aunque apenas había comenzado a anochecer. Una sola chimenea ardía en la pared más lejana, un lebrel irlandés estaba estirado frente a esta, pero el aire de la habitación estaba viciado por los cuerpos.

—Vivimos una vida de lujos, ¿no cierto? —refunfuñó Stross.

—Tenemos camas —dijo Tav, siempre optimista.

—¿Estás seguro? —preguntó Vasry.

—¿Será que alguien reemplazó mi tripulación curtida por un racimo de niños llorones? —reprendió Alucard—. ¿Quieres que vaya a buscarte una teta para chupetear, Stross?

El primer oficial refunfuñó, pero no dijo nada más, mientras el capitán repartía las llaves. Cuatro hombres por habitación. Pero a pesar de los cuartos atestados, y el hecho de que la posada parecía estar excediendo por mucho su capacidad, Alucard se las había ingeniado para conseguir una habitación para sí.

—Es el privilegio de ser el capitán —dijo.

En cuanto a Lila, a ella le tocó estar con Vasry, Tav y Lenos.

El grupo se dispersó, llevándose consigo los baúles hacia las habitaciones. El Camino Errante era, como el nombre sugería, una maraña de pasillos y escaleras que parecían desafiar varias leyes de la naturaleza a la vez. Lila se preguntó si había algún

tipo de hechizo sobre la posada o si simplemente era peculiar. Era la clase de lugar donde puedes perderte con facilidad, y solo podía imaginar que se volvía más confuso a medida que avanzaba la noche y la cantidad de tragos. Alucard lo llamó «excéntrico».

Su habitación tenía cuatro cuerpos, pero solo dos camas.

—Esto será acogedor —dijo Tav.

—No —dijo Lila en un arnesiano decidido, pero lleno de errores—. No comparto cama…

—¿*Tac*? —bromeó Vasry, mientras apoyaba su baúl en el piso—. Estoy seguro de que podemos encontrar una form…

—… Porque tengo el hábito de apuñalar gente mientras duermo —finalizó Lila, con tranquilidad.

Vasry tuvo la delicadeza de palidecer un poco.

—Bard puede tener una cama —dijo Tav—. Yo voy al piso. Y Vasry, ¿cuáles son las probabilidades de que realmente pases las noches aquí con nosotros?

Vasry batió sus largas pestañas negras.

—Buen punto.

Hasta aquí, Lenos no había dicho nada. Ni cuando les habían dado la llave, ni cuando habían subido las escaleras. Se abrazó a la pared, obviamente perturbado por tener que compartir habitación con Sarows. Tav era el más resistente, pero si ella jugaba bien sus cartas, para mañana probablemente tendría la habitación para ella sola.

No era una mala habitación. Era casi del mismo tamaño que su camarote, que era casi del mismo tamaño que un armario, pero cuando miró hacia afuera de la estrecha ventana, pudo ver la ciudad y el río y el palacio que trazaba un arco sobre él.

Y la verdad era que se sentía bien estar de regreso.

Se puso los guantes y un gorro y extrajo un paquete de su baúl antes de irse. Cerró la puerta justo cuando Alucard salía de una habitación del otro lado del pasillo. La cola blanca de Esa le rodeaba una bota.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—Al Mercado Nocturno.

Él levantó la ceja adornada con el zafiro.

—¿Apenas has pisado el suelo de Londres y ya sales a gastar tus monedas?

—¿Qué puedo decir? —dijo Lila sin alterarse—. Necesito un vestido nuevo.

Alucard rio por la nariz, pero no insistió, y aunque la escoltó por las escaleras, no la siguió afuera.

Por primera vez en meses, Lila estaba verdaderamente sola. Tomó aire y sintió que se le aflojaba el pecho al desprenderse de Bard, el mejor ladrón a bordo del *Aguja Nocturna*, y se convertía en una simple extraña en la creciente oscuridad.

Pasó al lado de varias tablas de adivinación que publicitaban el *Essen Tasch*, la tiza blanca bailaba sobre la superficie negra a medida que los detalles sobre las varias

ceremonias y celebraciones se deletreaban. Un par de niños daban vueltas alrededor de un charco, al que congelaban y descongelaban. Un hombre veskano encendió una pipa con un chasquido de dedos. Una mujer faronesa de alguna forma cambió el color de su echarpe, simplemente pasando los dedos por él.

Donde fuese que Lila mirara, veía signos de magia.

En el mar, era algo bastante extraño —no tanto como lo hubiese sido en el Londres Gris, obviamente—, pero aquí, estaba en todos lados. Lila se había olvidado de la forma en que el Londres Rojo resplandecía de magia, y cuanto más tiempo pasaba aquí, más se daba cuenta de que Kell realmente *no* encajaba. No iba con los choques de colores, la risa y los embates y los destellos de la magia. Él era demasiado sencillo.

Este era un lugar para artistas. Y eso a Lila no le importaba.

No era tarde, pero la oscuridad del invierno se había posado sobre la ciudad para cuando ella se acercó al Mercado Nocturno. La hilera de puestos a lo largo de la orilla parecían *resplandecer*, iluminados no solo por los usuales faroles y antorchas sino también por esferas de luz suave que seguían a quienes estaban en el mercado adonde fuera que fuesen. Al principio, pareció que ellos mismos brillaban, no de pies a cabeza, sino desde su centro, como si la mismísima fuerza vital de repente se hubiera vuelto visible. El efecto era perturbador, cientos de pequeñas luces brillando contra la parte frontal de las capas. Pero al acercarse más, se dio cuenta de que la luz venía de algo en sus manos.

—¿Fuego de palma? —preguntó un hombre a la entrada del mercado que sostenía una esfera de vidrio con luz pálida. Era tan solo lo suficientemente cálida para cubrir de vaho el aire alrededor de sus bordes.

—¿Cuánto?

—Cuatro lines.

No era barato, pero tenía los dedos fríos, incluso con los guantes puestos, y estaba fascinada con la esfera, así que le pagó al hombre y tomó la bola. Se maravilló al sentir que un calor suave y difuso se expandía por sus manos y por sus brazos.

Abrazó el fuego de palma sonriendo a pesar de sí misma. El aire del mercado aún olía a flores, pero también a madera encendida y a canela y a fruta. Había sido tan forastera el otoño anterior —seguía siendo extranjera, obviamente, pero ahora sabía lo suficiente como para ocultarlo—. El revoltijo de letras que meses atrás no habían significado nada ahora comenzaban a formar palabras. Cuando los mercaderes ofrecían sus mercaderías a los gritos, ahora podía deducir lo que eran, y cuando la música parecía cobrar forma en el aire, como por arte de magia, ella sabía que eso era exactamente lo que era, y el pensamiento no le hacía perder el equilibrio. De hecho, se había sentido desequilibrada toda su vida y ahora sus pies estaban firmemente plantados.

La mayoría de la gente deambulaba de un puesto a otro, probando vino y brochetas de carne, acariciando los bordes aterciopelados de capuchas y suvenires

mágicos, pero Lila caminaba con la cabeza en alto, canturreando para sí, mientras zigzagueaba por las carpas y los puestos hacia el otro extremo del mercado. Ya habría tiempo para pasear luego, pero ahora mismo tenía un mandado.

Por la orilla, el palacio surgía como una luna roja baja. Y ahí, intercalado entre otras dos carpas en el extremo lejano del mercado, cerca de las escaleras del palacio, encontró el puesto que estaba buscando.

La última vez que había estado aquí, no había podido leer el cartel montado sobre la entrada. Ahora sabía suficiente arnesiano para poder descifrarlo.

IS POSTRAN.

El Ropero.

Simple pero ingenioso; al igual que sucedía en inglés, la palabra *postran* significaba tanto *ropa* como *el lugar donde esta se guarda*.

Había pequeñas campanas enhebradas en la cortina que servía de puerta, y cuando Lila apartó la tela a un lado, estas repiquetearon suavemente. Entrar en el lugar era como atravesar el umbral de una casa bien calefaccionada. Faroles encendidos en las esquinas emitían no solo una luz rosada, sino una magnífica cantidad de calor. Tiempo atrás, la pared del fondo había estado cubierta de rostros, pero ahora estaba forrada con cosas de invierno: gorros, bufandas, capuchas y algunos accesorios que parecían fusionar las tres cosas.

Había una mujer redonda, con el cabello forzado en un rodete trenzado, arrodillada frente a una de las mesas, intentando alcanzar algo allí debajo.

—*An esto* —llamó ante el sonido de las campanas, luego murmuró insultos silenciosos a lo que fuera que se había escapado—. ¡Ajá! —dijo al fin, y se metió una bola en el bolsillo antes de ponerse de pie—. *Solase* —dijo, mientras se acomodaba la ropa y se daba vuelta— *Kers…* —Pero entonces se quedó callada y sonrió.

Habían pasado cuatro meses desde que Lila había entrado en la tienda de Calla a admirar las máscaras en la pared. Cuatro meses desde que la mercader le había dado el rostro de un demonio y un abrigo y un par de botas, los comienzos de una nueva identidad. Una nueva vida.

Cuatro meses, pero los ojos de Calla se iluminaron al instante con reconocimiento.

—Lila —dijo, estirando la i.

—Calla —dijo Lila— *As esher tan ves*. —*Espero que estés bien*.

La mujer sonrió de nuevo.

—Tu arnesiano —dijo en inglés—. Está mejorando.

—No lo suficientemente rápido —dijo Lila—. Tu alto imperial es impecable, como siempre.

—*Tac* —la retó, mientras alisaba el frente de su delantal.

Lila sentía una calidez peculiar hacia la mujer, un cariño que debería haberla puesto nerviosa, pero no podía persuadirse a sí misma de apagar ese sentimiento.

—Has estado fuera.

—En el mar —respondió Lila.

—Has atracado junto a la mitad del mundo, al parecer —dijo Calla, que cruzó hacia la entrada de su puesto y cerró la cortina—. Y justo a tiempo para el *Essen Tasch*.

—No es una coincidencia.

—Has venido a observar, entonces —dijo ella.

—Mi capitán va a competir —contestó Lila.

Los ojos de Calla se abrieron.

—¿Navegas con Alucard Emery?

—¿Has escuchado hablar de él?

Calla se encogió de hombros.

—Las reputaciones son cosas ruidosas. —Barrió el aire con la mano, como despejando humo—. ¿Qué te trae a mi tienda? ¿Hora de un nuevo saco? Verde, quizá, o azul. El negro no está de moda este invierno.

—No me importa realmente —dijo Lila—. Nunca me apartarás de mi abrigo.

Calla largó una carcajada y luego pasó un dedo indagador a lo largo de la manga de Lila.

—Ha aguantado bastante bien. —Y luego chasqueó la lengua—. Solo los Santos saben las cosas que habrás estado haciendo vestida en él. ¿Es eso un rasguño de *cuchillo*?

—Me enganché con un clavo —mintió.

—*Tac*, Lila, mi trabajo no es tan frágil.

—Bueno —concedió ella—, pudo haber sido un pequeño cuchillo.

Calla negó con la cabeza.

—Primero atacas castillos y ahora peleas en los mares. Eres una muchacha muy peculiar. *Anesh*, el maestro Kell es un muchacho peculiar, así que, ¿qué sabré yo?

Lila se sonrojó ante la inferencia.

—No me he olvidado de mi deuda —dijo—. He venido a pagar. —Con eso, sacó una pequeña caja de madera. Era una cosa elegante, con incrustaciones de vidrio. Dentro, la caja estaba forrada con seda negra y dividida en cuencas. Una tenía perlas de fuego, otra un carrete de alambre de plata, hebillas de piedra violeta y diminutas plumas de oro, delicadas como plumones. A Calla se le cortó el aliento al ver el tesoro.

—*Mas aven* —susurró. Y luego levantó la vista—. Discúlpame por preguntar, pero confío en que nadie vendrá a buscar esto, ¿no? —Sorprendentemente, había muy poco juzgamiento en la pregunta. Lila sonrió.

—Si has escuchado hablar de Alucard Emery, entonces sabes que navega un barco real. Esto fue confiscado de un barco en nuestras aguas. Eran mías y ahora son tuyas.

Los dedos cortos de Calla pasaron sobre las alhajas. Y luego cerró la tapa y guardó la caja.

—Es demasiado —dijo—. Tendrás crédito.

—Me alegra escucharlo —dijo Lila—, porque he venido a pedirte un favor.

—No es un favor si compras y pagas. ¿Qué puedo hacer por ti?

Lila buscó en su abrigo y sacó la máscara negra que Calla le había dado meses atrás, la que había solidificado su apodo de Sarows. Estaba gastada por el aire salado y meses de uso; tenía grietas a lo ancho del cuero negro, los cuernos habían perdido algo de su impulso hacia arriba y los cordones que la ataban estaban en riesgo de cortarse.

—¿Qué demonios has estado haciendo con esto? —la reprendió Calla, con los labios fruncidos en un gesto como de desaprobación maternal.

—¿La arreglarías?

Calla negó con la cabeza.

—Mejor empezar algo nuevo —dijo y dejó la máscara a un lado.

—No —insistió Lila, que se estiró para tomarla—. Le tengo cariño a esta. Estoy segura de que puedes reforzarla.

—¿Para qué? —preguntó Calla socarronamente—, ¿para ir a la batalla?

Lila se mordió el labio y la mercader pareció leer la respuesta.

—*Tac*, Lila, está lo excéntrico y está la *locura*. No puedes tener la intención de competir en el *Essen Tasch*.

—¿Qué? —bromeó Lila—. ¿*Es impropio de una dama*?

Calla suspiró.

—Lila, cuando nos conocimos, te di a elegir entre toda mi mercadería y tú escogiste una máscara demoníaca y un abrigo de hombre. Esto no tiene nada que ver con lo que es apropiado, es solo que es peligroso. *Anesh*, así como tú lo eres. —Lo dijo como con reticencia, si bien era un elogio—. Pero no estás en la lista.

—No te preocupes por eso —dijo Lila con una sonrisa de superioridad.

Calla comenzó a protestar y luego se detuvo a sí misma y negó con la cabeza.

—No, no quiero saber. —Se quedó mirando fijo la máscara de demonio—. No debería ayudarte con esto.

—No tienes que hacerlo —dijo Lila—. Puedo buscar a alguien más.

—*Podrías* —dijo Calla—, pero no sería tan bueno.

—Ni de *cerca* tan bueno —insistió Lila.

Calla suspiró.

—*Stas reskon* —murmuró. Era una frase que Lila había escuchado antes. *Persigues el peligro*.

Lila sonrió, pensando en Barron.

—Un amigo una vez me dijo que si hubiera problemas que encontrar, yo los encontraría.

—Seríamos amigos, entonces, tu amigo y yo.

—Creo que sí —dijo Lila, y le flaqueó la sonrisa—. Pero él se ha ido.

Calla dejó la máscara a un lado.

—Vuelve en dos días. Veré qué puedo hacer.

—*Rensa tav*, Calla.

—No me agradezcas aún, muchacha extraña.

Lila se dio vuelta para irse, pero vaciló al llegar a la cortina.

—Acabo de regresar —dijo con cuidado—, así que no he tenido tiempo de preguntar por los príncipes. —Echó una mirada hacia atrás—. ¿Cómo están?

—Estoy segura de que puedes ir y verlos por ti misma.

—No puedo —dijo Lila—. Quiero decir, no debería. Kell y yo, lo que teníamos… era un acuerdo temporario.

La mujer le echó una mirada que decía que no creía que fuese así, al menos en lo que podía ver. Lila supuso que era el fin de la conversación, así que volvió a darse vuelta, pero Calla dijo:

—Vino a verme después de que te fuiste. El maestro Kell.

Los ojos de Lila se abrieron.

—¿Para qué?

—Para pagar la deuda por tus prendas.

El humor de Lila se oscureció.

—Puedo pagar mis propias deudas —estalló— y Kell lo sabe.

Calla sonrió.

—Eso es lo que le dije. Y se fue. Pero una semana después, regresó e hizo la misma oferta. Viene todas las semanas.

—Bastardo —dijo Lila entre dientes, pero la mercader negó con la cabeza.

—¿No lo ves? —dijo Calla—. No viene a pagar tu deuda. Viene a ver si has vuelto a pagarla tú misma. —Lila sintió el rostro acalorado—. No sé por qué ustedes dos dan vueltas el uno alrededor del otro. No es *mi* baile cósmico. Pero sí sé que ambos vienen a preguntar por el otro, cuando solo unos pocos pasos y un puñado de escalones los separan.

—Es complicado —dijo Lila.

—*As esta narash* —murmuró Calla para sí, y Lila ahora comprendía lo suficiente como para saber lo que había dicho. *Todas las cosas lo son*.

VII



Kell caminó por el Mercado Nocturno por primera vez en semanas.

Había tomado la costumbre de eludir ese tipo de apariciones públicas, al ser sus momentos desafiantes demasiado raros comparados con aquellos de vergüenza. «Deja que piensen lo que quieran», era un pensamiento que lo visitaba con menos frecuencia que el de «Te ven como un monstruo».

Pero necesitaba aire y Rhy, por una vez en su vida, estaba demasiado ocupado como para entretenerlo. Lo que estaba bien. En la locura creciente por la cercanía de los Juegos, Kell simplemente quería moverse, deambular, y así fue que se encontró a sí mismo caminando por el mercado bajo el denso refugio de las multitudes. El influjo de extranjeros en la ciudad le proveía un escondite. Había tantos forasteros aquí para que los lugareños miraran que era mucho menos probable que lo notaran a él. Especialmente cuando Kell había hecho caso del consejo de Rhy y había cambiado su austero abrigo negro por uno azul grisáceo más a la moda y se había puesto una capucha invernal sobre su cabello cobrizo.

Hastra caminaba al lado de él en ropa común. No había intentado deshacerse de su guardia esta noche y, a cambio, el joven había accedido a cambiar su abrigo rojo y dorado y su armadura por algo menos llamativo, aunque su espada real seguía colgada en la funda a su lado.

Ahora, a medida que la vacilación inicial daba paso al alivio, Kell se encontró a sí mismo *disfrutando* del mercado por primera vez en años, avanzando por entre la multitud con un maravilloso grado de anonimato. Lo volvía impaciente por vestir la máscara de competidor, por convertirse en alguien completamente distinto.

Kamerov.

Hastra desapareció y reapareció unos pocos minutos después con una taza de vino especiado, que le ofreció a Kell.

—¿Y la tuya? —preguntó Kell al tomar la taza.

Hastra negó con la cabeza.

—No es apropiado, señor, beber cuando se está de guardia.

Kell suspiró. No era que le gustaba la idea de beber solo, pero tenía la imperiosa necesidad de vino. Su primera parada no había sido el mercado. Habían sido los muelles.

Y ahí había encontrado lo inevitable: casco oscuro, molduras plateadas, velas azules.

El *Aguja Nocturna* había regresado a Londres.

Lo que significaba que Alucard Emery estaba aquí. En algún lado.

Kell sentía ganas de hundir el barco, pero eso solamente causaría problemas, y si Rhy se enteraba, probablemente haría una escena o se apuñalaría solo por resentimiento.

Así que se conformó con mirar al *Aguja* con odio y dejó que su imaginación hiciera el resto.

—¿Estamos en una misión, señor? —había susurrado Hastra (el joven guardia se estaba tomando su nuevo rol como confidente y cómplice con mucha seriedad).

—Así es —murmuró Kell, fingiendo severidad.

Se había quedado parado bajo la sombra del alero de un negocio y había observado con el entrecejo fruncido el barco por largos minutos en los que nada sucedió, hasta que anunció que necesitaba un trago.

Así fue como Kell terminó en el mercado, bebiendo vino y observando las multitudes ausentemente.

—¿Dónde está Staff? —preguntó—. ¿Se cansó de que lo dejáramos atrás?

—En realidad, creo que lo enviaron a encargarse de *lord* Sol-in-Air.

«¿Encargarse?», pensó Kell. ¿El rey estaba tan nervioso por el *lord* faronés?

Volvió a caminar por el mercado, con Hastra un par de pasos detrás.

La muchedumbre se volvió más densa a medida que Kell se adentraba, con la gente arremolinándose alrededor de él como una marea. Faroneses con sus telas brillantes intrincadamente plegadas y su piel llena de joyas. Los veskanos adornados con bandas de oro y plata, altos y con melenas que los hacían aún más altos. Y, por supuesto, arnesianos con sus sofisticadas bufandas capucha y sus capas.

Y además, algunos que Kell no podía ubicar. Algunos lo suficientemente pálidos para ser veskanos, pero con ropa arnesiana. Una figura con piel oscura y una espiral de trenzas veskanas.

La pesadilla flotó a la superficie de su mente —tantos rostros extraños, tantas caras casi familiares—, pero la forzó a irse. Un extraño rozó su brazo al cruzar caminos y Kell encontró que las manos se le iban a los bolsillos para chequear que no le faltara nada, aunque no había nada ahí para robar.

«Tanta gente», pensó. Lila robaría de todos los bolsillos aquí.

Justo al pensarlo, notó una sombra en medio del color y la luz.

Una figura delgada.

Una abrigo negro.

Una sonrisa filosa.

Kell contuvo la respiración, pero para cuando terminó de parpadear, la sombra se había ido. Tan solo otro fantasma creado por la multitud. Un engaño del ojo.

Aun así, el vistazo, aunque falso, lo hizo sentir inestable, y desaceleró el paso lo suficiente como para interrumpir el tránsito peatonal alrededor de él.

Hastra estaba ahí, otra vez a su lado.

—¿Está bien, señor?

Kell desestimó su preocupación.

—Estoy bien —dijo—, pero mejor regresemos.

Se dirigió hacia el extremo del mercado cercano al palacio y solo se detuvo al llegar al puesto de Calla.

—Espera aquí —le dijo a Hastra, antes de meterse adentro.

La tienda de Calla cambiaba constantemente, al parecer, para satisfacer las necesidades de la ciudad por las festividades. Su vista vagó por los variados accesorios invernales que ahora forraban las paredes y cubrían las mesas.

—¡Avan! —llamó la mercader al aparecer detrás de un área acortinada cerca del fondo de la carpa, sosteniendo un retazo de cuero negro en una mano. Calla era bajita y redonda, con el ojo astuto de una mujer de negocios y la calidez de un fuego a leña. Su rostro se iluminó al verlo—. ¡Maestro Kell! —dijo, replegándose en una profunda reverencia.

—Vamos, Calla —dijo él, guiándola para que se enderezara—, no hay necesidad de que hagas eso.

Los ojos de la mujer bailaron con más picardía que de costumbre.

—¿Qué lo trae a mi tienda esta noche, *mas vares*?

Dijo las palabras —*mi príncipe*— con tanto cariño que él no se molestó en corregirla. En vez de eso, se puso a juguetear con una caja que había sobre la mesa, una cosa hermosa con incrustaciones.

—Oh, me encontré viniendo al mercado y pensé en venir a ver si estabas bien.

—Me hace un gran honor —dijo ella, con una sonrisa aún más amplia—. Y si venía a encargarse de aquella deuda —continuó ella, con ojos brillantes—, debería saber que ha sido recientemente saldada.

Kell sintió que se le tensionaba el pecho.

—¿Qué? ¿*Cuándo*?

—Así es —continuó Calla—, hace tan solo unos minutos.

Kell ni siquiera dijo adiós.

Salió corriendo de la tienda y se metió en el agitado mercado y escaneó las corrientes de gente que pasaba.

—Señor —preguntó Hastra, claramente preocupado—. ¿Qué sucede?

Kell no respondió. Giró en un círculo lento, registrando la multitud en busca de la sombra delgada, el abrigo negro, la sonrisa afilada.

Ella había sido real. Ella había estado *aquí*. Y por supuesto, ya se había ido.

Kell sabía que había empezado a atraer la atención, incluso con la cobertura de las masas. Algunos arnesianos habían comenzado a susurrar. Y él podía sentir sus miradas.

—Vámonos —dijo, obligándose a ir hacia el palacio. Pero mientras caminaba, con el corazón agitado, reprodujo el momento en su mente, ese destello del fantasma.

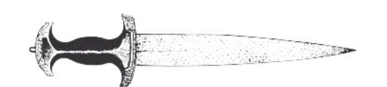
Pero *no* había sido un fantasma. Ni un engaño del ojo.

Delilah Bard estaba de nuevo en Londres.

Seis

Impostores

I



Londres Blanco

Holland conocía las historias de memoria.

Había crecido con ellas: historias de un rey malo, un rey loco, una maldición; de un rey bueno, un rey fuerte, un salvador. Historias de por qué la magia se había ido y quién la traería de regreso. Y cada vez que un nuevo monarca llegaba al trono con sangre y vestigios de poder en las venas, la gente decía «ahora». Ahora la magia regresará. Ahora el mundo despertará. Ahora será mejor, ahora nos volveremos fuertes.

Las historias corrían en las venas de cada londinense. Incluso cuando la gente se volvía escuálida y pálida, incluso cuando habían comenzado a pudrirse de adentro afuera, incluso cuando no tenían comida, ni fuerza, ni poder, las historias sobrevivían. Y cuando Holland era pequeño, también las creía. Incluso creyó, cuando su ojo se puso negro, que él podía ser el héroe. El rey bueno. El rey fuerte. El salvador.

Pero de rodillas ante Athos Dane, Holland había visto las historias por lo que eran: cuentos desesperados para almas hambrientas.

Y sin embargo…

Y sin embargo…

Ahora estaba parado en la plaza en el corazón de la ciudad, con su nombre en cada lengua y el poder de un dios corriendo en sus venas. Donde fuera que pisara, la escarcha se retiraba. Cada cosa que tocaba recobraba su color. Todo alrededor de él, la ciudad se avivaba (el día que el Siljt se descongeló, la gente enloqueció. Holland había dirigido alzamientos, había presenciado revueltas, pero jamás en su vida había visto una *celebración*). Por supuesto, había tensión. La gente había estado famélica por mucho tiempo, había sobrevivido solo sobre la base de violencia y avaricia. No podía culparlos. Pero aprenderían. Verían. Esperanza, fe, cambio: estas eran cosas frágiles y había que cuidarlas.

—¡*Køt*! —llamaron (*rey*) mientras la voz en su cabeza, ese compañero constante, canturreaba de placer.

El día era brillante, el aire vivo, y la gente se amontonaba para ver la última proeza de Holland, mantenida a raya por la Guardia de Hierro. Ojka estaba parada al lado de él, su cabello encendido bajo el sol, un cuchillo en la mano.

«¡Rey! ¡Rey! ¡Rey!».

Se llamaba la Plaza de Sangre, el lugar donde estaban parados. Un sitio de

ejecuciones, las piedras bajo sus botas, manchadas de negro y marcadas donde dedos desesperados habían arañado la sangre vertida por si acaso contenía un dejo de magia. Ocho años atrás, los Dane lo habían arrastrado de una muerte rápida aquí y le habían otorgado una agonía lenta.

La Plaza de Sangre.

Era tiempo de darle a ese nombre otro significado.

Holland extendió las manos y sobre sus palmas, Ojka apoyó el filo. La muchedumbre guardó silencio, expectante.

—¿Mi rey? —dijo Ojka, sus ojos amarillos pedían permiso.

Tantas veces la mano había sido de él, pero no la voluntad. Esta vez la mano era de su sirviente, pero la voluntad suya.

Holland asintió y la cuchilla lo mordió. La sangre se acumuló y cayó sobre las piedras arruinadas, y donde golpeó, rompió la superficie del mundo, como una piedra lanzada al lago. El suelo se onduló y detrás de sus ojos, Holland vio que la plaza renacía. Limpia y completa. A medida que las ondas se expandían, tragaban las manchas, reparaban las grietas, convertían los adoquines rotos en mármol pulido, la pila abandonada de un pozo en una fuente, las columnas caídas en pasajes abovedados.

«Podemos hacer más», dijo el dios en su cabeza.

Y antes de que Holland pudiera separar los pensamientos del *oshoc* de los suyos, la magia se extendió.

Los pasajes abovedados de la Plaza de Sangre se ondularon y se reformaron, la piedra se derritió en agua antes de solidificarse en vidrio. Más allá de ellos, las calles temblaron y el suelo debajo de la multitud se disolvió de piedra a tierra oscura y rica. La gente cayó sobre sus rodillas y se hundió en la tierra fértil y enterró los dedos hasta las muñecas.

«Suficiente, Osaron», pensó Holland. Cerró las manos ensangrentadas, pero las ondas continuaron, las cubiertas de los edificios arruinados colapsaron haciéndose arena, las fuentes no fluían con agua sino con vino color ámbar.

Las columnas se transformaron en árboles de manzana, sus troncos aún de mármol, y a Holland comenzó a dolerle el pecho, el corazón le palpitaba a medida que la magia se vertía como sangre desde sus venas, cada latido llevando más poder al mundo.

«¡Suficiente!».

Las ondas murieron.

El mundo se quedó inmóvil.

La magia se disipó; la plaza, una monstruosidad resplandeciente de elementos; sus bordes, una orilla vacilante. La gente estaba cubierta de tierra y mojada por la lluvia de la fuente, los rostros brillantes, los ojos bien abiertos, no de hambre, sino de asombro.

—¡Rey! ¡Rey! ¡Rey! —gritaron, mientras en la cabeza de Holland hacía eco la

palabra propia de Osaron.

«Más. Más. Más».

II



Londres Rojo

De regreso en el Camino Errante, el gentío había disminuido, pero el perro aún estaba echado en la misma posición frente al hogar. Lila no pudo evitar preguntarse si estaba vivo. Cruzó hasta la chimenea y se arrodilló lentamente, con una mano hacia el pecho de la criatura.

—Ya me fijé —dijo una voz detrás de ella. Lila levantó la vista para ver a Lenos moviéndose nerviosamente—. El perro está bien.

Lila se enderezó.

—¿Dónde están todos?

Lenos inclinó la cabeza hacia una mesa en la esquina.

—Stross y Tav están en pleno juego.

Los hombres jugaban *sanct* y, por lo que ella podía ver, no hacía mucho que habían comenzado, porque ninguno de los dos se veía demasiado enojado y ambos aún tenían sus armas y la mayor parte de su vestimenta. Lila no era muy adepta al juego, mayormente porque después de cuatro meses de observar cómo los marineros ganaban y perdían, ella sentía que aún no estaba cerca de entender las reglas lo suficiente como para jugar, mucho menos para hacer trampa.

—Vasry salió —continuó Lenos, mientras Lila avanzaba despacio hacia la mesa—. Kobis se fue a la cama.

—¿Y Alucard? —preguntó, intentando mantener el tono de voz apagado de desinterés. Tomó el trago de Stross y se lo bajó, ignorando las protestas masculladas del primer oficial.

Stross lanzó una carta con una figura encapuchada que sostenía dos copas.

—Demasiado tarde —le respondió este, manteniendo los ojos hacia la mesa y sobre las cartas—, el capitán dijo que se iba a acostar.

—Extremadamente temprano —reflexionó Lila.

Tav soltó una risita y farfulló algo, pero ella no lo pudo descifrar. Él era de un lugar sobre el límite del imperio y, cuanto más tomaba, menos comprensible se volvía su acento. Y como por defecto Lila se quedaba callada cuando no entendía algo, simplemente se fue caminando. Después de dar algunos pasos, se detuvo y se dio vuelta hacia Lenos otra vez, para sacar el fuego de palma de su abrigo. La luz ya se estaba apagando y no se había dado cuenta de preguntar si había alguna forma de restablecerla o si era un amuleto de esos que se usan una sola vez, lo que parecía un

desperdicio.

—Toma —dijo ella, lanzándole la esfera a Lenos.

—¿Para qué es esto? —preguntó él, sorprendido.

—Mantiene las sombras a raya —dijo ella, mientras se dirigía a las escaleras. Lenos se quedó ahí parado, mirando la bola, perplejo o bien ante la esfera en sí misma, o bien ante el hecho de que Sarows le había dado un regalo.

¿Por qué se lo *había* dado?

«Te estás ablandando», refunfuñó una voz en su cabeza. No era de Kell, ni de Barron. No, esta voz era toda suya.

Mientras subía los escalones, sacó una botella angosta de vino que había birlado, no de la posada ni del mercado —sabía bien que no debía robar en las carpas protegidas—, sino de la reserva del propio Alucard a bordo del *Aguja*.

La habitación del capitán estaba frente a la de ella, las puertas se enfrentaban como en un duelo, lo que parecía apropiado. Pero cuando llegó a las puertas, hizo una pausa entre ellas, al presentársele la pregunta de a cuál había venido y cuál planeaba abrir.

Se quedó ahí en el pasillo.

No estaba segura de por qué se sentía atraída a la habitación de él más que a la suya. Quizá porque estaba inquieta, al haber regresado a esta ciudad por primera vez, un lugar que era a la vez extraño y familiar. Quizá porque quería regresar a la comodidad del inglés. Quizá porque quería saber más sobre el torneo y la participación de Alucard. O quizá simplemente por costumbre. Así era como pasaba la mayoría de las noches en el mar, después de todo, una botella de vino y un hogar mágico, cada uno tratando de husmear en los secretos del otro sin ceder uno de los propios. ¿Se había acostumbrado tanto Lila a esa danza que ahora realmente la extrañaba?

«Al diablo con esto», pensó. Qué manera de desperdiciar la vida, quedarse parada y pensando tanto sobre una cosa tan pequeña. ¿Qué importaba por qué quería ver al capitán? Simplemente quería.

Y entonces, haciendo a un lado los motivos, se estiró para tocar a la puerta, solo para detenerse al escuchar pasos dentro, que venían rápidamente.

Su sentido de carterista se agitó y su cuerpo se movió antes que su mente, sus botas retrocedieron un paso, luego dos, para deslizarse con fluidez detrás de una esquina en la curva más cercana del pasillo. No tenía razón alguna para esconderse, pero lo había estado haciendo por tanto tiempo que el gesto le salió naturalmente. Además, esconderse era simplemente ver sin ser vista, y eso le daba la delantera. No se perdía nada con ello y con frecuencia había algo que ganar.

Un instante después, la puerta se abrió de golpe y Alucard Emery salió al pasillo.

Lo primero que Lila notó fue su silencio. El capitán del *Aguja Nocturna* normalmente hacía cierta cantidad de ruido. Sus joyas tintineaban y sus armas sonaban al chocar, sus botas con tacones de acero anunciaban cada paso e incluso

cuando su atuendo era silencioso, el propio Alucard solía canturrear por lo bajo. Lila lo había mencionado una vez y él simplemente había dicho que no era muy adepto al silencio. Ella pensó que él era incapaz de ser silencioso, pero cuando ahora avanzaba por el pasillo, sus pasos solamente marcados por un suave crujido de las tablas del piso, ella se dio cuenta de que, antes, él siempre había *querido* ser ruidoso.

Otro aspecto del rol que él jugaba, ahora hecho a un lado, reemplazado por… ¿qué?

Estaba completamente vestido, pero no con sus prendas usuales. Alucard siempre había preferido cosas finas y llamativas, pero ahora parecía menos un capitán pirata y más una sombra elegante. Había cambiado el saco azul que usaba a bordo por una media capa gris carbón y una simple bufanda plateada. No llevaba armas a la vista y el zafiro había desaparecido de su ceja, al igual que todos los anillos de sus dedos, excepto por uno, la banda de plata gruesa con forma de pluma. Llevaba el cabello marrón dorado peinado hacia atrás bajo una gorra negra, y el primer pensamiento de Lila fue que, despojado de esas cosas, él parecía más joven, casi un muchacho.

¿Pero adónde estaba yendo? ¿Y por qué estaba disfrazado?

Lila lo siguió por las escaleras de la posada y afuera a la noche, lo suficientemente cerca como para seguirle el rastro y lo suficientemente lejos como para evitar ser vista. Ella había pasado los últimos cuatro meses siendo una corsaria, pero había pasado *años* siendo una sombra. Sabía cómo camuflarse en la oscuridad, cómo rastrear a un objetivo, cómo respirar y moverse con la corriente nocturna en vez de contra ella, y los pasos de Alucard podían ser ligeros, pero los de ella eran silenciosos.

Había esperado que él se dirigiera hacia el mercado, repleto de gente, o por la red de calles que trazaban líneas de luz lejos del río. En vez de eso, se abrazó a sus orillas y siguió el resplandor rojo del Isle y su principal confluencia más allá del palacio hasta un puente en el lado lejano. Estaba hecho de piedra clara y acentuado con cobre: barandas de cobre y columnas de cobre y doseles de cobre esculpidos. Todo eso formaba una especie de túnel brillante. Lila vaciló ante la entrada: todo el largo del puente debajo de los doseles estaba bien iluminado, el metal reflejaba y magnificaba la luz, y aunque la gente estaba esparcida todo a lo largo, mayormente en pareja o en grupos, con los cuellos hacia arriba contra el frío, pocos parecían estar avanzando hacia la orilla opuesta. Pasar inadvertida sería casi imposible.

Unos pocos vendedores habían instalado puestos bajo las farolas, que tenían halos por la niebla y la luz de las velas, y Lila se quedó atrás para ver si Alucard se dirigía a uno de ellos, pero él se abrió paso rápidamente hacia el otro lado, con los ojos hacia adelante, y Lila se vio obligada o bien a seguirlo o bien a quedar atrás. Fue tras él, luchando por mantener su paso relajado, ignorando los brillantes puestos y el cielo de diseños metálicos, pero no tan explícitamente como para revelar su objetivo. Fue un esfuerzo en vano; al final, Alucard nunca miró hacia atrás.

Al caminar debajo de los doseles de cobre, vio que estaban veteados como para

parecer árboles, la luz de las estrellas brillaba entre las hojas, y Lila pensó, una vez más, lo extraño que era el mundo con el que se había topado y cuán contenta estaba de estar ahí.

Alucard cruzó todo el largo del puente y descendió un lujoso conjunto de escalones hacia la orilla sur del Isle. Lila solo había estado una vez en este lado, cuando ella y Kell llevaron a Rhy al santuario, y nunca había pensado demasiado qué otras cosas había en esta otra mitad, más oscura, de la ciudad. Negocios y tabernas, hubiera adivinado ella, quizá una versión más turbia de la orilla norte. Se hubiese equivocado. Esta mitad de Londres era más silenciosa en comparación; el santuario se alzaba solemnemente desde un recodo del río, y más allá de una línea de negocios y posadas que daban a la orilla, la ciudad daba paso a jardines y huertas y, más allá de estos, mansiones.

El viejo territorio de Lila en Mayfair y el Regent Park palidecían en comparación con la orilla sur de este Londres. Carruajes elegantes tirados por magníficos corceles salpicaban calle tras calle de lujosos palacetes, de paredes altas y decorados con mármol y cristal y reluciente metal. La misma neblina crepuscular parecía brillar con opulencia.

Más adelante, Alucard había acelerado el paso y Lila se apresuró para igualar el ritmo. Había bastante menos gente en estas calles, por lo que era mucho más difícil seguirlo, pero él tenía la atención fija hacia adelante. Hasta lo que Lila podía ver, no había nada que observar aquí. Ni negocios que hacer. Ni había problemas en los que meterse. Nada más que casas, con la mitad de las ventanas a oscuras.

Finalmente Alucard abandonó el camino y pasó a través de una intrincada verja hacia un patio cubierto de arbustos y bordeado por árboles, las ramas desnudas por el invierno.

Cuando Lila lo alcanzó, vio que el metal trabajado de la verja formaba una E ornamental. Y entonces miró adentro y contuvo el aire. El piso del patio era un mosaico de brillantes piedras azules y plateadas. Se quedó a la sombra de la verja mientras Alucard se abría paso por el paseo. Observó cómo, a mitad de camino a la puerta, él hizo una pausa para recomponerse. Se sacó la gorra de la cabeza y la metió en el morral que llevaba al hombro, se alborotaba el pelo, flexionaba las manos, murmuraba algo que no pudo escuchar y luego retomaba el camino, con pasos calmos y seguros al subir con saltitos unos pocos escalones, tras lo cual tocó el timbre.

Un momento después, se abrió una de las dos puertas principales y apareció un mayordomo. Al ver a Alucard, hizo una reverencia.

—*Lord* Emery —dijo, dando un paso al costado—, bienvenido a casa.

Lila se quedó mirando sin poder creerlo.

Alucard no estaba visitando al dueño de la casa.

Él *era* el dueño de la casa.

Antes de que él pudiese entrar, apareció una niña en la entrada, que chilló de alegría y lanzó los brazos alrededor de su cuello.

—¡Luc! —exclamó mientras él la mecía en el aire. La muchachita no podía tener más de doce o trece años y tenía el cabello marrón ondulado y los ojos oscuros de Alucard.

—Anisa. —Sonrió de una manera que Lila no había visto antes, no en él. No era la sonrisa orgullosa de un capitán ni el gesto pícaro de un libertino, sino la de absoluta adoración de un hermano mayor. Ella nunca había tenido hermanos, así que no *comprendía* la mirada, pero reconoció el amor ciego y simple, que retorció algo en ella.

Y entonces, tan repentinamente como la muchacha se había lanzado hacia adelante, se apartó, imitando el fruncimiento burlón de labios que Lila había visto en boca de Alucard tantas veces.

—¿Dónde está Esa? —preguntó la muchacha, y Lila se tensionó, no por la pregunta en sí misma, sino por el hecho de que había sido pronunciada en *inglés*. Nadie hablaba esa lengua en el Londres Rojo, no a menos que estuvieran tratando de causar una buena impresión a la realeza. O si *eran* de la realeza.

Alucard soltó una risita.

—Por supuesto —dijo él, cruzando el umbral—. Tres años fuera de casa y tu primera pregunta es sobre la gata… —Desaparecieron adentro y Lila se encontró a sí misma mirando cómo se cerraba la puerta de entrada.

Alucard Emery, capitán del *Aguja Nocturna*, mago del torneo y… ¿miembro de la realeza del Londres Rojo? ¿Sabía alguien eso? ¿Lo sabían *todos*? Lila entendía que debería estar sorprendida, pero no lo estaba. Había sabido, desde el momento que conoció a Alucard a bordo del *Aguja Nocturna*, que él estaba interpretando un papel; no era solo una cuestión de descubrir al hombre detrás. Ahora ella sabía la verdad, y la verdad le daba una carta que jugar. Y cuando se trataba de hombres como Alucard Emery, cualquier ventaja era provechosa.

Una pared decorativa rodeaba la casa y Lila se las ingenió para elevarse con la ayuda de una rama baja. Apoyada sobre ella, podía ver a través de los ventanales de vidrio, muchos de los cuales estaban sin cerrar. Su silueta se confundía con el entramado de los árboles a su espalda mientras ella rodeaba la casa, siguiendo los atisbos de Alucard y su hermana al avanzar hacia un gran salón con ventanas altas y un hogar ardiente y un par de puertas de vidrio en la pared lejana que daban a un jardín extenso. Se dejó caer en cuclillas sobre la pared cuando un hombre apareció a la vista. Tenía la tez de Alucard y la mandíbula con el mismo corte cuadrado, pero esta se veía rígida sin la sonrisa de Alucard. El hombre parecía varios años más viejo.

—Berras —dijo Alucard como forma de saludo. Las ventanas estaban entreabiertas y la palabra le llegó a Lila a través de la abertura.

El hombre, Berras, dio unos pasos adelante y por un instante pareció que quizá golpearía a Alucard, pero antes de que pudiese, la muchacha se lanzó frente a su hermano como un escudo —había algo terriblemente ensayado en el gesto, como si lo hubiese hecho muchas veces antes— y Berras dejó la mano quieta en el aire. En uno

de los dedos, Lila vio una reproducción del anillo de pluma de Alucard, antes de que la mano cayera nuevamente a un lado del hombre.

—Vete, Anisa —ordenó.

La niña dudó, pero Alucard le mostró una sonrisa gentil y asintió, y ella se retiró de la habitación. En cuanto estuvieron solos, Berras estalló.

—¿Dónde está Kobis?

—Lo empujé por la borda —dijo Alucard. Una repulsión se extendió por el rostro del hombre, y Alucard revoleó los ojos—. Por los Santos, Berras, era una broma. Tu pequeño y malhumorado espía está albergado en una posada con el resto de mi tripulación.

Berras hizo una leve mueca de desdén ante la mención de los hombres del *Aguja*.

—Esa mirada no te queda bien, hermano —dijo el capitán—. Y el *Aguja Nocturna* navega para la corona. Insultar mi puesto es insultar la Casa Maresh, y no quisiéramos hacer *eso*.

—¿Por qué estás *aquí*? —gruñó Berras, levantando una copa. Pero antes de que pudiera beber, Alucard hizo un movimiento rápido con la muñeca y el vino abandonó su copa, se elevó en forma de cinta y se retorció sobre sí mismo al mismo tiempo. Entre un instante y otro, se había endurecido en un bloque de hielo de color rubí.

Alucard arrancó el cristal del aire y lo observó con desinterés.

—Estoy en la ciudad por el torneo. Solo vine a asegurarme de que mi familia está bien. Qué tonto fui al pensar que encontraría una bienvenida. —Lanzó el cubo congelado al hogar y se dio vuelta para irse.

Berras no habló, no hasta que Alucard estuvo a las puertas del jardín.

—Hubiese dejado que te pudras en prisión.

Una pequeña sonrisa amarga tocó los bordes de la boca de Alucard.

—Por suerte no dependía de ti.

Con eso, salió hecho una furia. Lila se enderezó encima de la pared y rodeó el perímetro para encontrar a Alucard parado sobre un amplio balcón que miraba el terreno. Más allá de la pared, podía divisar el arco del palacio, el resplandor difuso del río.

El rostro de Alucard era una máscara de fría calma, que bordeaba el desinterés, pero agarraba el borde del balcón con fuerza, con los nudillos de los dedos blancos.

Lila no hizo ruido alguno, sin embargo, Alucard suspiró y dijo:

—No es respetuoso espiar.

«Maldición». Se había olvidado del don que él tenía para ver la magia en la gente. Debía ser una habilidad útil para un ladrón, y Lila se preguntó, no por primera vez, si había alguna forma de robar talento como uno hacía con chucherías.

Bajó de la pared de poca altura al borde de la baranda del patio, antes de dejarse caer sin hacer ruido a la terraza al lado de él.

—Capitán —dijo ella, mitad saludo y mitad a modo de disculpas.

—¿Sigues cuidando simplemente tus intereses? —preguntó él. Pero no sonaba

enojado.

—No estás molesto —observó ella.

Alucard levantó una ceja, y ella se encontró a sí misma echando de menos el familiar destello azul.

—Supongo que no. Además, mis excursiones fueron bastante inocuas comparadas con las tuyas.

—¿Me seguiste? —estalló Lila.

Alucard soltó una risita.

—No estás en posición de sonar ofendida.

Lila negó con la cabeza, silenciosamente agradecida por no haber decidido entrar al palacio a sorprender a Kell. A decir verdad, aún no había decidido cuándo lo vería. *Si* lo vería. Pero cuando —y si— lo hiciera, ciertamente no quería a Alucard ahí espiándolos. Kell era alguien aquí, un miembro de la realeza, un santo, aun cuando ella solo podía pensar en él como el tonto contrabandista que fruncía demasiado el entrecejo y casi había hecho que los matasen a ambos.

—¿Por qué sonríes?

—Nada —dijo Lila, neutralizando su expresión—. Así que… *Luc*, ¿ajam?

—Es un apodo. Estoy seguro de que tienen de esos allí de donde sea que vienes. Y para que conste, prefiero Alucard. O capitán Emery.

—¿Sabe la tripulación?

—¿Qué cosa?

—Que eres… —Ella señaló la mansión, buscando la palabra.

—No podría ser un secreto, Bard. La mayoría de los arnesianos han oído hablar de la Casa de Emery. —Él le lanzó una mirada que decía «Raro, ¿no es cierto?, que tú no»—. ¿No has escuchado que me llaman *vestra*?

Lila lo había oído.

—Simplemente supuse que era un insulto. Como *pilse*.

Alucard se rio silenciosamente.

—Quizá lo sea, para ellos. Significa *realeza*.

—¿Como un *príncipe*?

Soltó una carcajada sin humor.

—Qué decepción debo ser para ti. Sé que querías un pirata. Deberías haberte metido con tretas en un barco distinto. Pero no te preocupes. Hay muchas puertas entre mi persona y el trono. Y no tengo ninguna intención de verlas abiertas.

Lila se mordió el labio.

—Pero si todos saben, ¿entonces por qué te escabulles por ahí como un ladrón?

La mirada de Alucard vagó de regreso a la pared del jardín.

—Porque hay otras personas en esta ciudad, Bard. Algunas que no me importaría ver. Y algunas que preferiría que no me vieran.

—¿Cómo es eso? —se burló ella—. ¿El gran Alucard Emery tiene enemigos?

—Viene con la profesión, me temo.

—Es difícil imaginar que haya personas a las que no puedas cautivar con tu encanto.

Los ojos del capitán se entrecerraron.

—Lo dices como si no fuera un elogio.

—Quizá no lo es.

Un silencio incómodo comenzó a posarse sobre ellos.

—Linda casa —dijo Lila.

No era lo indicado para decir. La expresión de Alucard se endureció.

—Espero que me disculpes por no invitarte a entrar y presentarte a mi estimada familia. Podría ser difícil explicar la presencia repentina de una muchacha en un traje de hombre con la habilidad de hablar la lengua real, pero sin la gracia para usar la puerta delantera.

Lila se mordió para no responder. Sintió que la despachaban, aunque cuando pisó el borde del balcón, Alucard dijo «espera», y había algo en su voz que ella apenas pudo reconocer, porque nunca lo había escuchado en él antes. Sinceridad. Se dio vuelta y lo vio rodeado de un halo por la luz que venía de la habitación detrás, enmarcado por la puerta. Él era poco más que una silueta, un retrato simplificado de un noble.

La imagen de lo que alguien debía ser, no lo que era.

Entonces Alucard dio un paso adelante, dejando atrás la luz y entrando en las sombras con ella. Esta versión de él se veía real. Parecía correcta. Y Lila entendió: cuando él dijo «espera», quiso decir «espérame».

—Supongo que ambos deberíamos regresar —agregó él, con la intención de sonar indiferente, pero quedándose corto.

—¿No deberías despedirte?

—Nunca me gustaron las despedidas. Ni las bienvenidas, ya que vamos al caso. Repeticiones innecesarias. Además, me verán de nuevo.

Lila echó una mirada atrás.

—¿No se molestará Anisa?

—Oh, me imagino que sí. Lamentablemente me he acostumbrado a decepcionarla.

—Pero qué hay de…

—Basta de preguntas, Lila —dijo—. Estoy cansado.

Las últimas protestas se enfriaron como cenizas en su lengua, mientras Alucard subía al barandal al lado de ella y después, con una sola zancada sin esfuerzo, a la pared baja.

Era angosta, pero él se movía con pies seguros y facilidad sobre ella. Ni siquiera bajaba la vista para mirar sus pasos.

—Crecí aquí —dijo, leyendo la sorpresa de Lila—. Si hay una manera de entrar o salir, la he usado.

Se deslizaron por la pared del jardín y bajaron al patio, abrazados a las sombras

hasta que estuvieron a salvo más allá de la verja.

Alucard comenzó a caminar por la calle sin mirar atrás, pero Lila le echó un vistazo a la mansión.

La verdad era que Lila entendía por qué Alucard lo hacía. Porque había cambiado seguridad y aburrimiento por aventura. No sabía cómo se sentía estar a salvo, y nunca había tenido el lujo de estar aburrida, pero era como le había dicho una vez a Kell. La gente robaba o bien para permanecer con vida o para sentirse viva. E imaginaba que huía por las mismas razones.

Lila trotó para alcanzarlo y luego, una vez al lado del capitán, le siguió el ritmo, la calle estaba en silencio salvo por el sonido de sus botas. Miró disimuladamente al costado, pero los ojos de Alucard estaban fijos hacia adelante, y lejos.

Solía odiar a la gente como él, gente que dejaba cosas buenas, desechaba comidas calientes y techos sólidos como si no importaran.

Pero entonces Barron murió y Lila se dio cuenta de que de cierta manera ella había hecho eso mismo. Huir de lo que podría haber sido una buena vida. O al menos una feliz. Porque no era suficiente ser feliz, no para Lila. Ella quería *más*. Quería una aventura. Solía pensar que si robaba lo suficiente, ese deseo se desvanecería, el hambre se iría, pero quizá no era tan sencillo. Quizá no era una cuestión de lo que no tenía, de lo que no era, sino de lo que *era*. Quizá ella no era el tipo de persona que robaba para *mantenerse* viva. Quizá solo lo hiciera por la adrenalina. Y eso la asustaba, porque quería decir que ella no necesitaba hacerlo, no podía justificarlo, se podría haber quedado en Tiro de Piedra, podría haber salvado la vida de Barron… Era una pendiente resbaladiza, ese tipo de pensamientos, una que terminaba en un abismo; así que Lila se apartó.

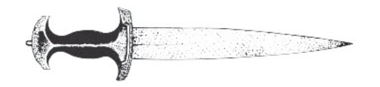
Era quien era.

¿Y Alucard Emery?

Bueno, él era un hombre con sus propios secretos.

Y ella no podía criticarle eso.

III



Kell se agazapaba y se escabullía, moviéndose como luz y sombra a través del Cuenco.

Disfrutaba del ardor en sus músculos, las palpitaciones de su corazón; había dormido mal y se había despertado peor, sus pensamientos aún agitados ante la noticia de que Lila había regresado. Tenía sentido, ¿no? Si se había unido a una tripulación arnesiana, la mayoría de ellas habían atracado en Londres por el torneo.

Faltaban solo dos días para el *Essen Tasch*.

Una espada osciló alto y Kell se lanzó hacia atrás, afuera de su alcance.

Dos días y aún no había señales de ella. Una parte pequeña e irracional se había convencido de que él sería capaz de *sentir* el regreso de Lila, de que estaría sintonizado a ella de la misma forma en que lo había estado con Tiro de Piedra y Puesta de Sol y Hueso Quemado. Los puntos fijos en los mundos. Por otro lado, quizá *estaba* sintonizado a ella. Quizá ella era la pequeña fuerza invisible que lo había llevado afuera, a la ciudad, en primer lugar.

Pero no la había visto y con la ciudad tan desbordada, ¿cómo se suponía que iba a hallarla?

«Solo sigue los cuchillos», dijo una voz en su cabeza. «Y los cuerpos en los que están atascados».

Sonrió para sí mismo. Y después, con un pequeña punzada, se preguntó cuánto tiempo haría desde que había llegado a Londres. Y por qué no había venido a verlo antes. Sus caminos solo se habían cruzado por unos pocos días, pero él y Rhy y Tieren eran las únicas personas que ella conocía en este mundo o, mejor dicho, las únicas personas que ella conocía cuatro meses atrás. Quizá se había marchado y había hecho un montón de amigos, aunque él lo dudaba.

El siguiente golpe casi encuentra su piel, pero Kell se corrió justo a tiempo.

«Concéntrate», se reprendió a sí mismo. «Respira».

La máscara plateada estaba perfectamente moldeada a su cara y tapaba todo salvo el aire y la vista. Se la había puesto para acostumbrarse a su tamaño y peso, y rápidamente se encontró a sí mismo deleitándose con la diferencia, deslizándose en la comodidad del anonimato, del personaje. Siempre que usaba la máscara, Kell no era Kell.

Era *Kamerov*.

¿Qué pensaría Lila sobre eso? Lila, Lila, incluso había considerado usar magia de sangre para encontrarla —él aún tenía su pañuelo—, pero se detuvo a sí mismo antes de sacar el cuchillo. Había pasado meses sin caer tan bajo. Además, no era un

cachorro, persiguiendo a su amo o un hueso. Dejaría que ella viniese a él. Pero por qué ella *no* había venido a…

El metal destelló, demasiado cerca, y él maldijo y rodó para recuperar la posición.

Había cambiado una docena de enemigos por uno solo, pero a diferencia de los muñecos contra los que había entrenado, este estaba realmente vivo. Hastra se movía adelante y atrás, en armadura completa, intentando eludir los golpes de Kell. El joven guardia había estado sorprendentemente dispuesto a correr alrededor del Cuenco armado solo con un pequeño escudo y una espada desafilada, mientras Kell perfeccionaba su agilidad y practicaba transformar elementos en armas.

«La armadura…», pensó, el viento batiéndose alrededor de él, «está diseñada para agrietarse…». Saltó, se empujó contra una pared, lanzó una ráfaga de aire contra la espalda de Hastra. «… cuando es golpeada». Hastra trastabilló hacia adelante y se dio vuelta para enfrentarlo. «Los primeros diez golpes…». Continuó recitando las reglas mientras el agua se arremolinaba alrededor de su mano. «… ganan el encuentro…». El agua se partió, para rodear las dos manos. «… a menos que uno de los competidores…». Ambas corrientes se dispararon hacia adelante y se congelaron antes de chocar. «… no pueda continuar…». Hastra pudo bloquear solo una esquirla y la segunda lo alcanzó en el muslo blindado y se hizo añicos en forma de gotas de hielo. «… o admite la derrota».

Kell sonrió bajo la máscara y cuando el jadeante guardia se quitó el casco, también estaba sonriendo. Kell se sacó la máscara plateada, y su cabello, húmedo, quedó parado.

—¿Es esto lo que ha estado haciendo aquí todas estas semanas, maestro Kell? —dijo Hastra sin aire—. ¿Practicando para el torneo?

Kell dudó.

—Supongo —respondió finalmente. Después de todo, él había estado entrenando; solo que no había sabido para *qué*.

—Bueno, está dando resultados, señor —dijo el guardia—. Lo hace parecer fácil.

Kell se rio. La verdad era que le dolía todo el cuerpo e incluso cuando su sangre pedía una pelea, su poder se sentía escaso. Drenado. Se había acostumbrado demasiado a la eficiencia de la magia de sangre, pero los elementos requerían más voluntad para ser blandidos. La fatiga por usar hechizos de sangre lo golpeaba enseguida, pero este tipo de lucha lo agotaba. Quizá lograría dormir bien una noche antes del torneo.

Hastra cruzó la habitación de entrenamiento cautelosamente, como si estuviera pisando sobre terreno sagrado, y se quedó parado al lado de la arcada del Cuenco, observando la mesa de herramientas con el bol de agua y los contenedores de tierra y arena y aceite.

—¿Y *tú*? ¿Tienes un elemento? —preguntó Kell, alisándose el pelo hacia atrás.

La sonrisa de Hastra se suavizó.

—Un poco de esto, un poco de aquello, señor.

Kell frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Mis padres querían que fuera un sacerdote —dijo el joven guardia, rascándose la cabeza—. Pero pensé que eso no sonaba demasiado divertido. Pasar todo el día meditando en esa estructura de piedra llena de moho…

—¿Puedes *equilibrarte*? —interrumpió Kell, asombrado. Los sacerdotes eran elegidos no por su fuerza con un elemento, sino por su habilidad serena para manejarlos a todos, no como lo hacía Kell, con poder puro, sino con el equilibrio necesario para nutrir la vida. Equilibrar los elementos era una habilidad sagrada. Hasta Kell tenía dificultades con el equilibrio; al igual que un viento fuerte podía arrancar de raíz un árbol joven, el poder de los *antari* contenía demasiada fuerza para las artes sutiles. Podía influenciar cosas ya crecidas, pero la vida era frágil al comienzo y requería un contacto gentil.

El joven guardia se encogió de hombros y luego se animó un poco.

—¿Quiere ver? —preguntó, casi tímido.

Kell miró alrededor.

—¿Ahora mismo?

Hastra sonrió y metió una mano en el bolsillo para sacar una pequeña semilla. Cuando Kell levantó una ceja, el guardia largó una risita.

—Uno nunca sabe cuándo tendrá la necesidad de impresionar a una dama —dijo —. Mucha gente infla el pecho y opta por los destellos y los estallidos. Pero no puedo explicarle cuántas noches han comenzado con una semilla y terminado, bueno… —Hastra parecía divagar cuando se ponía nervioso y, aparentemente, Kell lo ponía muy nervioso—. Por otro lado, dudo que usted tenga que hacer demasiado esfuerzo para impresionarlas, señor.

Hastra miró los elementos en la mesa. En un pequeño bol había algo de tierra suelta: no tierra rica de las huertas y jardines, sino de la rocosa que se podía encontrar bajo los adoquines de la calle. No era la cosa más elegante con que entrenar —y cuando le daban a elegir, Kell prefería rocas a tierra—, pero era abundante. Kell observó cómo Hastra levantaba una mano llena de tierra y hacía una pequeña marca con el dedo antes de dejar caer la semilla. Luego sumergió la otra mano en el bol de agua y la presionó sobre la tierra, envolviendo semilla y barro con ambas manos para hacer una bola. Hastra cerró los ojos y sus labios comenzaron a moverse. Kell sintió un calor sutil en el aire entre ambos, una sensación que conocía bien de su tiempo con Tieren.

Y entonces, aún murmurando, Hastra comenzó a abrir lentamente las manos, el montículo de tierra mojada apoyada como un huevo entre ellas.

Kell observó, fascinado, cómo un tallo verde claro trepaba por la tierra humedecida. El tallo creció un centímetro, luego dos, retorciéndose en el aire. Comenzaron a florecer hojas, su superficie de color morado, antes de que una flor esférica emergiera.

Hastra se detuvo, se veía complacido.

—¿Qué es? —preguntó Kell.

—Acina —dijo el guardia—. Sus hojas son buenas para el dolor.

—Eso es increíble.

El joven guardia se encogió de hombros.

—Mi mamá y mi papá no estuvieron muy contentos cuando elegí ser guardia.

—Me lo imagino. —Kell quería decirle a Hastra que era desaprovechado aquí. Que su talento era demasiado precioso para ser desperdiciado a cambio de una espada y una armadura. Pero entonces, si solo el valor de una persona determinaba su lugar, ¿qué argumento tenía Kell para querer más?

—Pero eso es solo porque ellos no saben —continuó Hastra alegremente—. Probablemente crean que estoy patrullando las calles en el *sha*. Estarán orgullosos cuando sepan que soy su guardia, señor. Además, hice un trato con mi padre —agregó—. Me uniré al santuario en algún momento. Pero he querido ser guardia real desde que tengo memoria. Sabía que no sería feliz a menos que lo intentara. No puedo pensar en algo peor que preguntarse qué hubiera pasado si… Entonces pensé: ¿por qué no tener las dos cosas? El santuario aún me tendrá, cuando esté bien listo.

—¿Y si mueres antes?

La alegría de Hastra se oscureció.

—Entonces otra persona recibirá mi don. Y con suerte será menos terca que yo. Eso es lo que dice mi madre. —Se inclinó hacia adelante, con complicidad—. Aunque cuido los jardines, cuando nadie está mirando.

Kell sonrió. Los terrenos del palacio parecían sospechosamente frondosos para esta época del año. Hastra se enderezó, su mirada se fue hacia las escaleras.

—Deberíamos irnos…

—Aún tenemos tiempo —le aseguró Kell, que se puso de pie.

—¿Cómo sabe? —preguntó Hastra—. No podemos escuchar las campanas aquí abajo, y no hay ventanas que permitan medir la luz.

—Magia —dijo Kell y luego, cuando los ojos de Hastra se abrieron, señaló el reloj de arena apoyado en la mesa con sus otras herramientas—. Y eso.

Todavía había arena en el recipiente y Kell no estaba listo todavía para enfrentar el mundo de arriba.

—Vamos una vez más.

Hastra retomó su posición.

—Sí, señor.

—Llámame Kamerov —dijo Kell, deslizando el casco nuevamente sobre su cabeza.

IV



«*¡Sessa av!*».

Las palabras corrían por la parte superior de las tablas de adivinación por todo Londres.

«*¡Dos días!*».

La ciudad estaba en cuenta regresiva.

«*¡Dos días para el* Essen Tasch!».

Dos días, y Lila Bard tenía un problema.

Había tenido la esperanza de que hubiese un punto débil obvio en el sistema, una forma de amenazar o sobornar a alguien para entrar en el listado del torneo, o birlar una invitación comodín, pero aparentemente los campeones habían sido seleccionados hacía *semanas*. Había doce nombres en esa lista y dos suplentes, lo que quería decir que si Lila Bard quería una chance de participar —y *sí* que la quería—, iba a tener que robar un nombre.

Lila había birlado muchas cosas en su tiempo, pero una identidad no era una de ellas. Seguro, había adoptado seudónimos, había interpretado una gran variedad de papeles inventados, pero nunca había suplantado a alguien *real*.

Y obviamente, no podía simplemente imitarlos. Tenía que *reemplazarlos*.

«No vale la pena», le advirtió una voz en su cabeza, aquella molesta y pragmática que sonaba demasiado parecida a la de Kell. Quizá fuese una locura. Quizá simplemente debería tomar un lugar en las tribunas y alentar a su capitán, ganar un par de monedas extra apostando. No sería una forma desagradable de pasar la semana. Y después de todo, ¿qué lugar tendría ella en el cuadrilátero? Solo había estado practicando unos pocos meses.

Pero.

Estaba esa palabra, clavada en su piel como una espina.

Pero.

Pero estaba inquieta.

Pero quería emoción.

Pero sería un desafío.

Y cuando de magia se trataba, Lila no solo aprendía rápido. Tenía un talento *natural*.

El maestro Tieren le había dicho meses atrás que algo poderoso yacía dentro de ella, esperando ser despertado. Bueno, Lila lo había pinchado con un palo y estaba bien despierto; una cosa viva, vibrante, tan inquieta como ella.

La inquietud siempre la volvía imprudente.

Aun así, estaba el molesto tema del listado.

Lila había pasado el día deambulando por el Londres Rojo, aprendiendo todo lo que podía sobre el *Essen Tasch* y los competidores. Había pasado bastante tiempo en tabernas y burdeles y bares para saber dónde tenías más chances de encontrar respuestas sin hacer preguntas. Obviamente siempre podías obtener algo de los bolsillos, pero con frecuencia, si te sentabas en un lugar por tiempo suficiente, te enterabas de más cosas de las que nadie a quien le pagaras te diría. Y todos parecían estar hablando del torneo.

Alucard, aparentemente, era uno de los arnesianos favoritos, conjuntamente con una mujer llamada Kisimyr, la ganadora del torneo anterior, y un hombre llamado Jinnar. Pero los nombres eran nombres. Necesitaba ver a los participantes ante de que subieran al escenario. Si no había buenos objetivos, se dijo a sí misma, desistiría, se quedaría en las tribunas con el resto de la tripulación. Si no había buenos objetivos. Pero tenía que verlos. Tenía que saber.

Frustrada, Lila terminó su trago y saltó de su banqueta y se dirigió hacia la posada.

En algún lugar del camino, sus pies cambiaron de rumbo y para cuando se enfocó en el lugar donde estaba, se encontró a sí misma parada en la calle principal frente al palacio real, mirándolo fijo. Todo el día había encontrado que su mirada se iba hacia la brillante estructura.

«Entra», dijo una voz.

Lila rio por la nariz. ¿Qué iba a hacer? ¿Subir por los escalones de entrada? Lo había hecho una vez antes, pero eso había sido como asistente al baile, con una invitación robada. Las puertas habían estado abiertas de par en par, pero ahora estaban cerradas, una docena de centinelas con armaduras pulidas y capas rojas que hacían guardia.

¿Qué les diría? «Estoy aquí para ver al príncipe del ojo negro». Su inglés quizá le permitiría atravesar la puerta de entrada, pero después ¿qué? ¿La reconocerían el rey y la reina como la muchacha flacucha que había ayudado a Kell a salvar su ciudad? Lila sospechaba que *Rhy* se acordaría de ella. Se encontró a sí misma entusiasmándose ante los recuerdos del príncipe, no de cuando estaba bajo control de Astrid Dane, ni de cuando estaba desangrándose en un catre del santuario, sino de después, rodeado de almohadones, con ojeras oscuras bajo sus ojos ámbar. Cansado y amable y seductor a pesar del dolor.

¿Y Kell?

¿Qué suerte había corrido el príncipe del ojo negro? ¿Le daría la bienvenida? ¿Le daría una bebida y le preguntaría por sus viajes o frunciría el entrecejo y preguntaría si estaba lista para irse, regresar a su propio mundo donde pertenecía?

Lila entornó los ojos hacia arriba al anochecer —los balcones altos del palacio, reducidos a halos de luz en la tarde fría— y pensó que podía divisar una sombra parada en uno de los patios más altos. Era demasiado lejos para distinguir, era esa

distancia en que todo se reducía a formas vagas y la mente podía transformarlas en cualquier cosa. Igual, la sombra pareció doblarse ante sus ojos, como si se hubiese inclinado sobre la baranda y, en ese momento, el borrón de oscuridad se convirtió en un mago con un abrigo de cuello alto. Lila se quedó parada y observó hasta que la forma se disolvió, tragada por el avance de la noche.

La mirada se le fue hacia abajo y aterrizó en un par de elegantes tablas de adivinación negras que se alzaban como columnas ante los escalones del palacio. Meses atrás, el rostro de Kell había aparecido en ellas, primero con la palabra «Desaparecido» en la parte superior y luego con la palabra «Buscado». Ahora la tiza espectral anunciaba una variedad de eventos en las horas previas al torneo propiamente dicho —cielos, había muchas fiestas—, pero uno en particular le llamó la atención. Algo llamado *Is Gosar Noche*.

La Noche de los Estandartes.

Logró ver el aviso justo antes de que la tabla se borrara, y tuvo que quedarse ahí parada por diez minutos hasta que el mensaje volvió a circular. Cuando lo hizo, leyó tan rápido como pudo, intentando descifrar la escritura arnesiana.

Por lo que podía entender, los competidores de los tres imperios eran convocados al palacio la noche siguiente —la noche previa al torneo— para una recepción real. Y para seleccionar su estandarte, fuera lo que fuese que eso significara.

¿No era esto lo que ella quería?

Una excusa para entrar en el palacio rojo.

Todo lo que necesitaba era un nombre.

Sonaron las campanas y Lila maldijo en voz baja. Había pasado todo un día, pensó con amargura, mientras caminaba fatigosamente hacia Camino Errante, y no estaba más cerca de su objetivo.

—Ahí estás —dijo la voz del capitán apenas ella dio un paso adentro.

Un puñado de los hombre de Alucard se habían reunido en el salón de entrada. No estaban vestidos para el barco ni para el muelle ni para la posada con taberna. Tav, Stross y Vasry se habían puesto finas medias capas encapuchadas que se fruncían sobre las muñecas y tenían el cuello y los puños cerrados con broches de plata pulida. El propio Alucard llevaba un elegante saco negro azulado con ribetes plateados y los rizos sujetados atrás debajo de un sombrero que se hundía y ondulaba como el mar. Una mano descansaba sobre la empuñadura de su espada corta, el anillo de pluma de plata brillaba en la luz tenue. Además del zafiro que aún destellaba en su ceja derecha, no se veía como el *casero* del *Aguja Nocturna*. Y sin embargo, aunque no parecía un pirata, tampoco se veía completamente principesco. Se veía refinado, pero también filoso, como un cuchillo bien mantenido.

—¿Dónde has estado, Bard?

Ella se encogió de hombros.

—Explorando.

—Casi nos vamos sin ti.

A Lila se le arrugó una ceja.

—¿Adónde van?

Alucard mostró una sonrisa.

—A una fiesta —dijo él. Solo que la palabra para *fiesta* en arnesiano no era tan simple. Lila estaba aprendiendo que muchas palabras arnesianas tenían significados que cambiaban para adaptarse a su contexto. La que Alucard usó era la más amplia: *tasura*, que significaba *fiesta* o *evento* o *función* o *reunión*, y cuyo significado variaba de *festivo* a *perverso*.

—Odio las fiestas —dijo ella, dirigiéndose a las escaleras.

Pero a Alucard no se lo disuadía tan fácilmente. La alcanzó y la tomó del codo, con cuidado y solo por un instante, porque sabía cuán peligroso era tocar a Lila cuando ella no quería ser tocada.

—Creo que vas a disfrutar esta —murmuró en inglés.

—¿Por qué?

—Porque sé cuán fascinada estás por los Juegos.

—¿Y?

—Y es una tradición no oficial —dijo él— que los competidores locales compartan unos tragos antes de que empiece el torneo. —El interés de Lila se despertó—. Es un poco de pose, lo admito —agregó él, señalando a los otros—, pero esperaba que vinieses.

—¿Por qué yo?

—Porque es una oportunidad para medir a la competencia —dijo Alucard—. Y tú tienes los ojos más agudos —agregó con un guiño.

Lila intentó esconder su excitación.

—Bueno —dijo—, si insistes.

Alucard sonrió y sacó una bufanda plateada de su bolsillo.

—¿Para qué es esto? —preguntó ella, mientras él se la ataba alrededor de la garganta.

—Esta noche eres parte de mi séquito.

Lila se rio abiertamente, un sonido penetrante que pinchó a los otros hombres.

—Tu *séquito*. —«¿Qué viene después?», se preguntó ella. «¿Un escudero?».

—Creo que es el nombre para una tripulación en tierra.

—Espero que no pretendas que te llame *maestro* —dijo ella, ajustándose el nudo.

—Por los Santos, no, esa palabra no, solo queda bien en la cama. Y *lord* me eriza la piel. *Capitán* está bien. —Señaló a los hombres que esperaban—. ¿Vamos?

La sonrisa de Lila se amplió mientras asentía mirando a la puerta.

—Llévenos, capitán.



El cartel sobre la puerta de la taberna decía *Is Casnor Ast*.

La Puesta de Sol.

Los pasos de Lila se hicieron más lentos, luego se detuvieron. Era la cosa más extraña, pero no podía deshacerse de la sensación de que había estado ahí antes. No lo había estado, por supuesto. Solo se había quedado unos días en el Londres Rojo después del calvario con los Dane, antes de unirse a la tripulación del *Aguja* —solo lo suficiente para curarse y responder preguntas—, y había estado confinada al palacio todo ese tiempo.

Pero parada ahí, en el umbral, el lugar se sentía tan *familiar*. Cuando cerró los ojos, casi sintió que estaba en… no podía ser. Lila parpadeó y miró alrededor, a las calles circundantes, intentando superponer la imagen de esta ciudad con la de otra, la de aquella en la que había vivido toda su vida. Y cuando las imágenes se fusionaron, se dio cuenta de que sabía exactamente dónde estaba. Dónde estaría. En esta esquina, allá en el Londres Gris, exactamente a la misma distancia del río, se erigía otra taberna, una que conocía demasiado bien.

Tiro de Piedra.

¿Cuáles eran las probabilidades? Las tabernas eran tan abundantes como los problemas, ¿pero dos que ocuparan el mismo lugar exacto? Incluso desde afuera no se parecían en nada y, sin embargo, este lugar le tiraba de los huesos con la misma peculiar gravedad que siempre había sentido allá en casa. *Casa*. Nunca había pensado en Tiro de Piedra de esa manera cuando estaba allí, pero ahora era la única palabra que le iba. Solo que no era el *edificio* lo que anhelaba. No realmente.

Se metió la mano en el bolsillo y cerró los dedos alrededor del reloj de plata que colgaba como un peso en el fondo del forro de seda.

—¿*Kers la*, Bard?

Levantó la vista y se dio cuenta de que Alucard estaba sosteniendo la puerta abierta para que ella entrara. Lila negó con la cabeza.

—*Skan* —dijo. *Nada*.

Al pisar dentro, el poder la golpeó como una ola. No podía ver la magia como Alucard lo hacía, pero sí podía sentirla, llenando el aire como vapor emanado por los magos ahí reunidos. No todos los competidores viajaban con un séquito completo. Algunos —como la mujer bronceada que estaba contra la pared del fondo, con su pelo negro retorcido en sogas y salpicado de oro— eran el centro de su propio universo, mientras otros estaban sentados en pequeños grupos o deambulaban por la habitación solos, dejando un aura de poder, como una estela, a su paso.

Mientras tanto, el *dejá vu* continuaba. Hizo lo mejor que pudo para deshacerse de la sensación y concentrarse. Después de todo, ella no estaba aquí solo para ser parte del cuadro de Alucard. Estaba el tema de encontrar un objetivo, de llevar a cabo su propio pequeño truco de magia. La taberna estaba llena de magos y Delilah Bard iba a hacer desaparecer a uno de ellos.

Alguien bramó un saludo para Alucard y el séquito se detuvo mientras los dos se

estrechaban las muñecas. Tav fue a buscar tragos, mientras Stross observaba la habitación, evaluándolo todo con entusiasmo. Supuso que a él lo habían traído por la misma razón que a ella: para medir a la competencia.

Vasry, mientras tanto, miró la habitación como si fuese un banquete.

—Esa es la campeona reinante, Kisimyr —le susurró a Lila en arnesiano, mientras la mujer con sogas de pelo caminaba hacia Alucard, sus botas resonaban contra el desgastado piso de madera. El hombre que había saludado al capitán retrocedió unos pasos al acercarse ella.

—Emery —dijo la mujer, con una sonrisa felina y un acento alcohólico—, realmente no sabes cómo mantenerte lejos de los problemas. —Ella no era de Londres. Estaba hablando imperial, pero las palabras se superponían, no de la manera serpentina de la lengua faronesa, sino como si hubiese hachado todos los bordes y sacado todo el espacio en el medio. Tenía una voz grave, resonante, y cuando hablaba, sonaba como un trueno retumbante.

—No cuando los problemas son más divertidos —dijo Alucard con una reverencia. La sonrisa de Kisimyr se agrandó cuando ambos se quedaron conversando tranquilamente. Había algo afilado en esa sonrisa y, en conjunto con el resto de su cara, la ceja inclinada y la mirada directa, se leía como una provocación. Un desafío. La mujer exudaba confianza. No arrogancia, no exactamente. (Esta solía ser infundada, y todo en Kisimyr decía que a ella simplemente le *encantaría* encontrar una excusa para mostrarte lo que podía hacer).

A Lila le gustaba eso, se encontró a sí misma imitando los rasgos, preguntándose qué conjunto formarían en su propio rostro.

No sabía si quería pelear con la mujer o ser su amiga, pero ciertamente no la *reemplazaría*. La atención de Lila cambió y cruzó hacia un par de figuras musculosas y una muchacha muy linda vestida de azul con cascadas de cabello oscuro, sin mencionar un buen número de curvas. Ninguna buena combinación ahí. Continuó observando la habitación mientras el séquito de Alucard se abría camino hacia una cabina en una de las esquinas.

Kisimyr había regresado a los pliegues de su propio grupo y estaba hablando con un hombre joven de piel oscura que estaba a su lado. Era de huesos pequeños y fibroso, tenía los brazos desnudos y aros de oro que le recorrían el largo de las dos orejas y hacían juego con los de Kisimyr.

—Losen —dijo Alucard suavemente—, su protegido.

—¿Tendrán que competir uno contra otro?

El capitán se encogió de hombros.

—Depende del sorteo.

Un hombre con una pila de papeles apareció al lado de Kisimyr.

—Trabaja para el adivinador ese —dijo Stross—. Mejor evitarlo, a menos que quieras aparecer en las tablas.

Justo entonces, las puertas de la taberna se abrieron de golpe y un hombre joven

entró volando —bastante literalmente— en una ráfaga de viento. Esta se arremolinaba alrededor de él y a través de la taberna, haciendo que las llamas de las velas temblaran y los faroles se mecieran. Alucard se retorció en su asiento, luego revoleó los ojos con una sonrisa.

—¡Jinnar! —dijo, y Lila no logró descifrar, por la forma en que lo dijo, si era un nombre o un insulto.

Incluso al lado de los enormes veskanos y los faroneses llenos de joyas que ella había conocido en Sanseroche, el recién llegado era uno de los hombres más llamativos que había visto jamás. Delgado como un sombra crepuscular, su piel tenía el bronceado intenso de un arnesiano y su cabello, negro, se disparaba hacia arriba en un mechón vertical. Debajo de las cejas negras, sus ojos eran *plateados*, brillantes como los de un gato en la luz tenue de una taberna y marcados solo por gotas negras en el centro. Un reborde de gruesas pestañas negras enmarcaba ambos charcos plateados, y tenía la sonrisa de un chacal, no afilada sino ancha. Y se ensanchó aún más cuando vio a Alucard.

—¡Emery! —exclamó, quitándose la capa de los hombros y cruzando la habitación, los dos gestos entretejidos en un movimiento fluido y continuo. Debajo de su capa, sus prendas no eran solo ceñidas, estaban moldeadas a su cuerpo, decoradas con esposas plateadas que rodeaban su garganta y recorrían el largo de sus antebrazos.

Alucard se puso de pie.

—¿Te dejaron salir en público?

El hombre joven lanzó un brazo alrededor de los hombros del capitán.

—Solo para el *Essen Tasch*. Ya sabes que el viejo Tieren tiene una debilidad por mí.

Habló tan rápido que Lila apenas pudo seguirlo, pero su atención se despertó ante la mención del sumo sacerdote de Londres.

—Jin, te presento a mi tripulación. Al menos, los que más me agradan.

Los ojos del joven bailaron sobre la mesa, revolotearon sobre Lila solo un momento —se sintió como una brisa fría— antes de regresar a Alucard. De cerca, su mirada metálica era aún más perturbadora.

—¿Cómo te llamamos estos días?

—Capitán está bien.

—Realmente muy oficial. Aunque supongo que no es tan malo como un título *vestra*. —Se sumergió en un elaborado gesto que se pareció vagamente a una reverencia, si a una reverencia se sumara un gesto rudo con la mano—. Su eminencia Alucard, segundo hijo de la Casa Real de Emery.

—Te estás avergonzando a ti mismo.

—No, te estoy avergonzando a *ti* —dijo Jin, enderezándose—. Hay una diferencia.

Alucard le ofreció un asiento, pero Jin rehusó, en vez de eso se apoyó sobre el

hombro de la silla del propio Alucard, liviano como una pluma.

—¿De qué me he perdido?

—De nada, aún.

Jin miró alrededor.

—Van a ser extraños.

—¿Ah sí?

—Hubo un aire de misterio alrededor de ellos todo este año.

—¿Es un chiste elemental?

—Ja —dijo Jin—. Ni siquiera me di cuenta de eso.

—Pensé que tenías una lista de chistes sobre el viento —bromeó Alucard—. Yo la tengo, solo para ti. Los he dividido en fresquetes, ventarrones, vapores…

—Como tus velas —pinchó Jin, apartándose de la silla—. Tan llenas de aire. Pero estoy hablando en serio —dijo, inclinándose hacia adelante—. No he visto ni a la mitad de la competencia. Quizá se hayan escondido para lograr un efecto. ¡Y la pompa que rodea todo! Estuve en Faro tres años atrás, y tú sabes cuánto les gusta su oro, pero era la guarida de un indigente comparado con este asunto. Te lo digo, el aire de espectáculo se ha ido. Culpa al príncipe. Siempre ha tenido un don para el drama.

—Lo dice el hombre que flota a cinco centímetros del suelo.

Lila bajó la mirada y se sobresaltó un poco al ver que Jinnar estaba realmente flotando. No constantemente, sino que cada vez que se movía, le tomaba una fracción de segundo más posarse, como si la gravedad no tuviera el mismo agarre en él que en los demás. O quizá, como si algo más lo estuviese levantando.

—Bueno, sí —dijo Jin encogiendo los hombros—. Supongo que encajo espléndidamente. Al igual que tú —agregó, dándole un golpecito a la pluma de plata en el gorro de Alucard—. Ahora si me disculpas, debería hacer rondas y saludar. Regresaré.

Y con eso, se fue. Lila giró hacia Alucard, perpleja.

—¿Es siempre así?

—¿Jinnar? Siempre ha sido un poco… entusiasta. Pero no dejes que su humor infantil te engañe. Es el mejor hechicero de viento que he conocido jamás.

—Estaba levitando —dijo Lila. Había visto a bastantes magos haciendo magia. Pero Jinnar era mágico.

—Jinnar pertenece a una peculiar escuela de magia, una que cree no solo en usar los elementos, sino en volverse uno con ellos. —Alucard se rascó la cabeza—. Es como cuando los niños aprenden a jugar *renna* y tienen que llevar la pelota con ellos a todos lados, para sentirse a gusto con ella. Bueno, Jin nunca baja la pelota.

Lila observó al hechicero de viento revoloteando por la habitación, saludando a Kisimyr y Losen, también a la chica de azul. Y después se detuvo para apoyarse en el borde de un sofá y comenzó a hablar con un hombre que no había notado aún. O mejor dicho, lo había visto pero lo había tomado por un miembro extraviado del séquito de otra persona, vestido como estaba con un sencillo abrigo negro con un

prendedor iridiscente con la forma de una *S* al cuello. Se había abierto camino más temprano entre la multitud reunida, abrazándose a los bordes de la habitación, y había agarrado una copa de cerveza blanca. Las acciones contenían más incomodidad que sigilo, y finalmente se había retirado a un sofá para saborear su bebida en paz.

Ahora Lila entrecerraba los ojos para ver, a través de la habitación llena de humo y sombras, cómo Jin le estrechaba la mano. La piel del sujeto era clara, su cabello oscuro —más oscuro que el de Lila— y más corto, pero sus huesos eran afilados. «¿Cuánto medirá?», se preguntó, estudiando el corte de sus hombros, el largo de sus brazos. Un poco de aire fresco le rozó la mejilla y ella parpadeó, al darse cuenta de que Jin había regresado.

Estaba sentado nuevamente sobre el respaldo de la silla de Alucard y había aparecido sin hacer ningún tipo de saludo.

—¿Y bien? —preguntó Alucard, inclinando la cabeza hacia atrás—, ¿están todos aquí?

—Casi todos. —Jinnar sacó la lista de competidores de su bolsillo—. No hay signos de Brost. Ni de ese Kamerov. Ni Zinisra.

—Alabados sean los Santos —murmuró Alucard ante ese último nombre.

Jin soltó una risita.

—Haces más enemigos que la mayoría hace compañeros de sábanas.

El zafiro en la ceja de Alucard tintineó.

—Oh, tengo muchos de esos también. —Señaló al hombre en el sofá—. ¿Y la sombra?

—¿Alto, oscuro y callado? El nombre es Stasion Elsor. Un tipo bastante amigable. Tímido, creo.

«Stasion Elsor», pensó Lila, probando el nombre con la lengua.

—O lo suficientemente listo como para guardar sus cartas cerca de su pecho.

—Quizá —dijo Jin—. De cualquier manera, es su primera vez, viene de Besa Nal, sobre la costa.

—Stross, uno de mis hombres, es de esa región.

—Sí, bueno, con suerte, los modales de Stasion sobre el escenario serán más fuertes que cuando está en la taberna.

—No siempre se trata de montar un show —lo reprendió Alucard.

Jin largó una carcajada.

—Mira quién habla, Emery. —Con eso, desmontó de la silla y se fue volando.

Alucard se puso de pie. Miró la bebida en su mano, como si no estuviese seguro de cómo había llegado ahí. Entonces la terminó de un solo trago.

—Supongo que será mejor ir a decir hola —dijo, apoyando el vaso vacío—. Enseguida vuelvo.

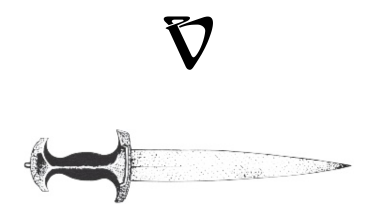
Lila asintió, ausente, su atención ya había regresado al sujeto en el sofá. Solo que ya no estaba ahí. Lo buscó con la vista por la habitación y sus ojos aterrizaron en la puerta justo a tiempo para ver a Stasion Elsor desapareciendo por ahí. Lila se terminó

su propio trago y se puso de pie de un salto.

—¿Adónde vas? —preguntó Stross.

Ella le mostró una sonrisa filosa y se levantó el cuello del abrigo.

—A buscar problemas.



Era casi de la misma altura. Eso fue lo primero que notó al seguirle el paso. Elsor era apenas más alto y su espalda era una fracción más amplia, pero tenía cintura angosta y piernas largas. Mientras Lila lo seguía, primero igualó su paso y luego comenzó a imitarlo.

Tan cerca del río, las calles estaban lo suficientemente atestadas como para cubrir su persecución, y ella comenzó a sentirse menos como un ladrón con un objetivo y más como un gato tras su presa.

Hubo muchas ocasiones para darse vuelta y regresar. Pero ella siguió adelante.

Lila jamás había creído en el destino, pero como la mayoría de la gente que rechazaba la religión, ella podía reunir un poco de fe cuando era necesario.

Elsor no era de Londres. No tenía un séquito. Mientras acortaba la distancia, se preguntó cuánta gente lo habría notado en la taberna, además de Jinnar. La luz en Puesta de Sol había sido tenue. ¿Había realmente alguien que hubiera visto bien su cara?

Una vez que el torneo comenzase, de todas maneras no tendrían rostros.

«Es una locura», advirtió una voz, ¿pero qué tenía que perder? ¿A Alucard y el *Aguja*? El afecto, la pertenencia, todo estaba sobrevalorado.

Elsor se puso las manos en los bolsillos.

Lila se puso las manos en los bolsillos.

Él relajó el cuello.

Ella relajó el cuello.

Ella llevaba una variedad de cuchillos encima, pero no planeaba matarlo, no si lo podía evitar. Robar una identidad era una cosa; robar una vida era otra, y aunque ciertamente había matado a varios, no se lo tomaba a la ligera. Aun así, para que su plan funcionara, algo tenía que pasarle a Stasion Elsor.

Dobló una esquina hacia una calle angosta que llevaba a los muelles. La calle era irregular y estaba vacía, solo salpicada de tiendas sin luz y cajones y botes de basura desparramados.

Elsor era, sin dudas, un excelente mago, pero Lila tenía el elemento de la sorpresa y ningún problema para jugar sucio.

Había una barra de metal apoyada contra una puerta, parpadeando bajo la luz de la farola.

Chirrió contra las piedras cuando Lila la levantó, y Elsor se dio vuelta. Él fue rápido, pero ella fue más veloz y ya estaba escondida a presión en una entrada para cuando los ojos de él encontraron el lugar donde ella había estado.

Una llama se encendió en la palma del sujeto, y él sostuvo la luz en alto, las sombras bailaron por la calle. Un manipulador del fuego.

Era el último signo que Lila necesitaba.

Ella movió los labios, la magia le hormigueó por el cuerpo mientras evocaba un par de versos de Blake. No una canción sobre fuego, o agua, sino sobre tierra. Una maceta en el alféizar encima de él se deslizó por el borde y cayó. Le erró por unos centímetros y se hizo añicos contra la calle, y Elsor se dio vuelta para enfrentar el sonido por segunda vez. Al mismo tiempo, Lila acortó la distancia y levantó el caño, sintiéndose un poco menos culpable.

«Si se deja engañar dos veces…», pensó, mientras asestaba con la barra.

Las manos del sujeto se levantaron, demasiado despacio para detener el golpe pero lo suficientemente rápido para rozarle la parte frontal de la chaqueta antes de colapsar en la calle con un sonido de peso muerto y el siseo de una llama al extinguirse.

Lila palmeó las gotas de fuego en su abrigo y frunció el entrecejo. A Calla no le iba a gustar.

Dejó el caño contra la pared y se arrodilló para observar a Stasion Elsor —de cerca, los ángulos de su rostro eran incluso más marcados—. Le caía sangre por la frente, pero su pecho subía y bajaba, y Lila se sintió orgullosa de su control mientras ponía uno de los brazos de él alrededor de sus hombros y, con la carga, se puso de pie con mucho esfuerzo. Con la cabeza inconsciente colgando hacia adelante y el cabello oscuro cubriendo la herida en su sien, él casi parecía un hombre pasado de copas.

«¿Y ahora qué?», pensó ella y, en ese momento exacto, una voz detrás de ella dijo:

—¿Y ahora qué?

Lila se dio vuelta, soltando a Elsor y sacando su daga al mismo tiempo. Con un movimiento veloz de la muñeca, la daga se convirtió en dos y, cuando chocó metal contra metal, los dos filos se encendieron y el fuego lamió sus bordes.

Alucard se quedó parado en la boca de la calle angosta, con los brazos cruzados.

—Impresionante —dijo, pero sonó decididamente nada impresionado—. Dime, ¿planeas quemarme o apuñalarme o ambas cosas?

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó ella.

—Realmente creo que el que debería preguntar eso soy yo.

Ella señaló el cuerpo.

—¿No es obvio?

La mirada de Alucard se disparó desde los cuchillos hacia la barra de metal y la forma desplomada a los pies de Lila.

—No, no realmente. Porque no es *posible* que seas tan estúpida como para matar a un competidor.

Con un chasquido, Lila juntó los cuchillos y apagó las llamas.

—No lo maté.

Alucard dejó escapar un quejido por lo bajo.

—Por los Santos, realmente tienes una conducta suicida. —Agarró su gorro—. ¿En qué estabas *pensando*?

Lila miró en derredor.

—Hay muchos transportes que van y vienen. Pensaba guardarlo en uno de ellos.

—¿Y qué planeas hacer cuando se despierte, dé media vuelta con el bote y regrese a tiempo para hacer que te arresten y competir? —Cuando Lila no respondió (no había llegado exactamente tan lejos), Alucard negó con la cabeza—. Tienes talento para tomar cosas, Bard. Pero no estás ni cerca de ser tan buena para deshacerte de ellas.

Lila mantuvo su postura.

—Me las ingeniaré. —Alucard estaba maldiciendo en una variedad de lenguajes, por lo bajo y con dientes cerrados—. ¿Y me estabas *siguiendo*?

Alucard lanzó las manos hacia arriba.

—Has atacado a un competidor, solo puedo imaginar que con la estúpida idea de tomar su lugar, ¿y realmente tienes el descaro de ofenderte por *mis* acciones? ¿Te pusiste a *pensar* siquiera lo que esto significaría para mí? —Sonaba vagamente histérico.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

—¡Tiene todo que ver conmigo! —estalló él—. ¡Soy tu capitán! Eres mi tripulante. —La crítica golpeó con fuerza inesperada—. Cuando las autoridades descubran que una marinera a bordo de mi barco saboteó a un competidor, ¿qué crees que pensarán? ¿Que estabas lo suficientemente loca para hacer algo así de estúpido por tu cuenta o que fui *yo* quien te mandó a hacerla? —Estaba pálido de furia y el aire alrededor de ellos vibraba. Una sensación de indignación recorrió a Lila a toda velocidad, seguida rápidamente de un sentimiento de culpa. La combinación le revolvió el estómago.

—Alucard… —comenzó a decir.

—¿Te vio la cara?

Lila se cruzó de brazos.

—No lo creo.

Alucard comenzó a caminar de un lado a otro, hablando entre dientes, y luego se arrodilló de golpe al lado de Elsor. Hizo que el hombre rodara y quedara boca arriba y comenzó a hurgar en sus bolsillos.

—¿Le vas a *robar*? —preguntó ella, sin poder creerlo.

Alucard no dijo nada y esparció el contenido del saco de Elsor sobre las piedras congeladas. La llave de una posada. Unas pocas monedas. Un puñado de páginas dobladas. Metida en el medio de estas, Lila vio la invitación formal al *Essen Tasch*. Alucard arrancó el broche iridiscente del cuello del abrigo del sujeto, luego negó con la cabeza y juntó los objetos. Se puso de pie y puso los artículos en las manos de Lila.

—Cuando esto salga mal, y lo *hará*, no arrastrarás al *Aguja* contigo. ¿Entendido,

Bard?

Lila asintió con la cabeza firmemente.

—Y que no te queden dudas —dijo él—, esta es una muy mala idea. Te *atraparán*. Quizá no enseguida. Pero tarde o temprano lo harán. Y cuando lo hagan, no te protegeré.

Lila levantó una ceja.

—No te lo estoy pidiendo. Creas o no, Alucard, puedo protegerme a mí misma.

El capitán bajó la mirada hacia el hombre inconsciente entre ellos.

—¿Quieres decir que *no* necesitas mi ayuda para deshacerte de este hombre?

Lila se acomodó el pelo detrás de la oreja.

—No estoy segura de *necesitarla*, pero ciertamente la apreciaría. —Se arrodilló para tomar uno de los brazos de Elsor y Alucard se estiró para agarrar el otro, pero a mitad de camino, se detuvo y pareció reconsiderar. Se cruzó de brazos, sus ojos oscuros y su boca tenían una expresión seria.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Lila, enderezándose.

—Este secreto cuesta caro, Bard —dijo—. Lo guardaré a cambio de otro.

«Maldición», pensó Lila. Había pasado meses en el mar sin compartir nada que no hubiese querido.

—Te daré una pregunta —dijo finalmente—. Una respuesta.

Alucard había preguntado las mismas cosas una y otra y otra vez: «¿Quién eres?» y «¿Qué eres?» y «¿De dónde vienes?». Y las respuestas que ella le había dado una y otra y otra vez ni siquiera habían sido mentira. «Delilah Bard. Única en mi especie. Londres».

Pero parado ahí en los muelles esa noche, Alucard no hizo ninguna de esas preguntas.

—Dices que eres de Londres… —La miró a los ojos—, pero no te refieres a *este*, ¿no es cierto?

El corazón de Lila dio un salto y ella sintió que sonreía, aunque esta era la única pregunta que no podía responder con una mentira.

—No —dijo—. Ahora ayúdame con este cuerpo.



Alucard terminó siendo perturbadoramente hábil para hacer desaparecer a alguien.

Lila se inclinó contra un conjunto de cajas en la zona de transportes del muelle —dedicada a los barcos que iban y venían, más que a los que se habían establecido por toda la duración del torneo— e hizo girar el broche con forma de S de Elsor en sus dedos. El propio Elsor estaba sentado en el suelo, desplomado contra los cajones, mientras Alucard intentaba convencer a un par de hombres con apariencia tosca de

aceptar una pieza de carga de último momento. Ella solo captó fragmentos de la conversación, la mayoría de ellos de Alucard, sintonizada como estaba al arnesiano del capitán.

—¿Dónde pones…? ¿Qué es eso, una quincena a esta altura del año…?

Lila guardó el broche en el bolsillo y revisó los papeles de Elsor, sosteniéndolos hacia la luz de la farola más cercana. Al hombre le gustaba dibujar. Pequeños dibujos bordeaban los bordes de cada hoja de papel, excepto la invitación formal. Esta era una cosa preciosa, con bordes dorados —le recordó a la invitación al baile por el cumpleaños del príncipe Rhy—, dañada por un único pliegue en el centro. Elsor también llevaba una carta a medio escribir y algunas pocas notas sobre los otros competidores. Lila sonrió al ver la única palabra que había escrito sobre Alucard Emery:

«Artista».

Dobló las páginas y las guardó en su abrigo. Hablando de abrigos… se agachó y comenzó a quitarle al hombre inconsciente el suyo. Era fino, de color gris oscuro, con un cuello bajo y rígido y un cinturón en la cintura. Por un momento consideró hacer un intercambio, pero no pudo dejar ir la pieza maestra de Calla, así que en vez de eso tomó una manta de lana de un carro y envolvió a Elsor en ella para que no se congelara.

Finalmente, sacó un cuchillo y cortó un mechón de pelo de la cabeza del sujeto, con el que hizo un nudo, y luego lo dejó caer en su bolsillo.

—No quiero saber —dijo entre dientes Alucard, quien de repente estaba parado detrás de ella, los marineros un paso atrás. Señaló al hombre en el suelo con la cabeza —. *Ker tas naster* —refunfuñó. *Ahí está su hombre*.

Uno de los marineros tocó a Elsor con la punta de su bota.

—¿Borracho?

El otro marinero se agachó y colocó un par de grilletes alrededor de las muñecas de Elsor, y Lila vio que Alucard se sobresaltaba por reflejo.

—Con cuidado —dijo, mientras lo levantaban para ponerlo de pie.

El marinero se encogió de hombros y balbució algo tan confuso que Lila no supo distinguir dónde terminaba una palabra y comenzaba la siguiente. Alucard solo asintió mientras ellos se daban vuelta y lo cargaban hacia el barco.

—¿Eso es todo? —preguntó Lila.

Alucard frunció el entrecejo.

—¿Sabes cuál es la moneda más valiosa en la vida, Bard?

—¿Cuál?

—El favor. —El capitán entrecerró los ojos—. Ahora les debo a esos hombres. Y tú me debes a mí. —Mantuvo los ojos apuntados a los marineros, que cargaban al inconsciente Elsor a bordo—. Me he deshecho de tu problema, pero no se *mantendrá* así. Ese es un transporte de criminales. Una vez que zarpe, no está autorizado a regresar hasta que llegue a Delonar. Y él no está en el acta, así que para cuando

atraque, ellos sabrán que están transportando a un hombre inocente. Así que sin importar qué pase, es mejor que no estés aquí cuando regrese.

El significado de las palabras estaba claro, pero aun así, ella tenía que preguntar.

—¿Y el *Aguja*?

Alucard la miró, con la mandíbula rígida.

—Solo tiene lugar para un criminal. —Dejó escapar un suspiro corto, que se transformó en vaho frente a su boca—. Pero yo no me preocuparía.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te atraparán mucho antes de que zarpemos.

Lila se las ingenió para mostrar una amarga sonrisa de superioridad, al mismo tiempo que Stasion Elsor y los marineros desaparecían bajo cubierta.

—Ten un poco de fe, Capitán.

Pero la verdad era que no tenía idea de qué iba a hacer cuando esto se desmoronara, ni idea de si ella se había condenado a sí misma por accidente o, peor, a propósito. Si había saboteado otra vida. Al igual que había hecho en Tiro de Piedra.

—Dejemos una cosa en claro —dijo Alucard mientras se alejaban de los muelles caminando—. Mi ayuda termina aquí. Alucard Emery y Stasion Elsor no tienen asuntos entre sí. Y si la suerte nos pone en el mismo *ring*, no te perdonaré.

Lila se rio por la nariz.

—Espero que no. Además, todavía tengo un par de trucos bajo la manga.

—Supongo que los tienes —dijo, y finalmente le echó una mirada—. Después de todo, si corres lo suficientemente rápido, nadie podrá atraparte.

Lila arrugó la frente al recordar la pregunta que él le había hecho, su respuesta.

—¿Hace cuánto lo sabías? —preguntó.

Alucard dejó ver un esbozo de sonrisa, enmarcada por la entrada de la posada.

—¿Por qué crees que dejé que subieras a mi barco?

—¿Porque era el mejor ladrón?

—Ciertamente eras el más extraño.



Lila ni se molestó en dormir; había demasiado que hacer. Ella y Alucard desaparecieron en sus respectivas habitaciones sin siquiera darse las buenas noches y, cuando unas horas más tarde ella se fue con las cosas de Elsor empacadas bajo el brazo, Alucard no la siguió; aunque ella *sabía* que él estaba despierto.

«Un problema a la vez», se dijo a sí misma mientras subía los escalones de la posada Carruajes y Castillo con la llave del cuarto colgada en los dedos. Una placa de cobre en el extremo contenía el nombre del lugar y el número de habitación: «3».

Encontró la habitación de Elsor y se metió en ella.

Había saqueado los bolsillos del sujeto y estudiado sus papeles, pero si había algo más que aprender antes de representar el papel al anochecer, supuso que lo encontraría allí.

El cuarto era simple. La cama estaba hecha. Había un espejo apoyado al lado de la ventana y un portarretratos díptico descansaba sobre la estrecha repisa de la ventana, con un retrato de Elsor de un lado y una mujer joven en el otro.

Revolviendo un baúl al pie de la cama, encontró algunas prendas de ropa, un cuaderno, una espada corta, un par de guantes. Estos últimos eran peculiares, diseñados para cubrir el dorso de las manos, pero exponiendo las palmas y las yemas de los dedos. Perfecto para un manipulador del fuego, pensó, y los guardó en uno de sus bolsillos.

El cuaderno tenía más que nada bosquejos —incluidos varios de la mujer joven— y unas pocas notas garabateadas y un registro de viajes. Elsor era meticuloso y todas las pruebas apuntaban a que, en efecto, había venido solo. Había varias cartas y papeles metidos en el cuaderno, y Lila estudió su firma, la practicó primero con los dedos y luego con el cabo de un lápiz, hasta que logró hacerla bien.

Luego comenzó a vaciar el baúl, lanzando los contenidos sobre la cama uno por uno. Un conjunto de cajas cerca del fondo contenía un sombrero alargado que se enrollaba hacia abajo sobre la frente y una lona que se desplegaba para revelar un set de artículos de tocador.

Y luego, en una caja en la parte trasera del baúl, encontró la máscara de Elsor.

Era de madera tallada y se parecía levemente a un carnero, con cuernos que abrazaban los lados de la cabeza y se enroscaban contra las mejillas. La única cobertura facial era una placa para la nariz. Eso no funcionaría. La regresó al fondo del baúl y cerró la tapa.

A continuación se probó cada prenda de vestir para analizar sus medidas contra las de Elsor. Como había esperado, no eran tan distintas. Un examen de un par de pantalones confirmó que ella era unos dos o tres centímetros más baja que él, pero si colocaba algunas medias en los talones de sus botas, lograría la altura extra que necesitaba.

Por último, Lila tomó el retrato de la repisa y examinó el rostro del sujeto. Estaba usando un gorro como el que ella había desechado sobre la cama y el cabello se desparramaba debajo de este, enmarcándole el rostro con rizos casi negros.

El pelo de Lila era varios tonos más claros, pero cuando lo empapó con agua de la tinaja, se pareció bastante. No era una solución permanente, por supuesto, más teniendo en cuenta que era invierno, pero la ayudó a concentrarse mientras sacaba uno de sus cuchillos.

Regresó el retrato a la repisa y lo estudió, mientras tomaba un mechón de pelo y lo rebanaba con el filo. Su cabello había crecido mucho en los meses que había pasado en el mar y había algo liberador en cortarlo nuevamente. Las hebras caían al piso a medida que iba rebajando la parte de atrás y daba forma a la de adelante, la

combinación violenta de frío y acero les daban a las puntas unos ligeros bucles.

Al revolver las escasas provisiones de Elsor, encontró un peine, así como un frasco con algo oscuro y brillante. Olía a castañas y cuando se lo aplicó en el cabello, sintió alivio al ver que fijaba los bucles.

La chaqueta color gris oscura del sujeto yacía en la cama, y ella se la puso con una sacudida de hombros. Tras tomar el gorro de la cama, se lo colocó con cuidado sobre el cabello recién recortado y se dio vuelta para mirar su reflejo. Un extraño, no del todo Elsor pero ciertamente no Bard, le devolvía la mirada. Faltaba algo. El broche. Buscó en los bolsillos del abrigo y sacó el prendedor iridiscente, que se colocó a la altura de la garganta. Luego ladeó la cabeza, ajustó su postura y gestos, hasta que la ilusión encontró un foco nítido.

Lila soltó una sonrisa.

«Esto», pensó, mientras sumaba la espada corta de Elsor a su cintura, «es *casi* tan divertido como ser pirata».

—*Avan, ras Elsor* —dijo una mujer rolliza cuando ella descendió las escaleras. La encargada de la posada.

Lila asintió, deseando haber tenido la oportunidad de escuchar al hombre hablar. ¿No había dicho Alucard que Stross era de la misma zona del imperio? Su acento tenía bordes ásperos, lo que Lila intentó imitar al murmurar:

—*Avan*.

La ilusión se mantuvo. Nadie más le prestó atención, y Lila salió caminando a la luz matinal, no como un ratero ni un marinero, sino como un mago listo para el *Essen Tasch*.

Siete

Intersecciones

I



El día anterior al *Essen Tasch*, el Mercado Nocturno se levantó alrededor del mediodía.

Aparentemente, el atractivo de las festividades y los extranjeros ansiosos por gastar dinero eran suficientes para alterar los horarios. Con tiempo que matar antes de la Noche de los Estandartes, Lila se paseó por los puestos, con sus monedas que cascabeleaban en los bolsillos de Elsor; se compró una taza de té especiado y algún tipo de bizcocho dulce, e intentó sentirse cómoda en su nuevo personaje.

No se animó a regresar a Camino Errante, donde tendría que cambiar a Elsor por Bard o, si no, ser reconocida. Una vez que el torneo comenzara, no importaría. Las identidades desaparecerían detrás de los personajes. Pero hoy necesitaba ser vista. Observada. Recordada.

No era difícil. Los dueños de las tiendas eran reconocidos chismosos, todo lo que tenía que hacer era entablar una conversación mientras compraba, dar indirectas, dejar escapar algún detalle, un nombre una o dos veces, rodear deliberadamente el tema del torneo, dejar un paquete olvidado para que alguien corriera tras ella al grito de «¡Elsor! ¡Maestro Elsor!».

Para cuando llegó al extremo del mercado cercano al palacio, el trabajo estaba hecho, los rumores se entretejían a través de la muchedumbre. «Stasion Elsor». «Uno de los competidores». «Un tipo apuesto». «Demasiado delgado». «Nunca lo había visto». «¿Qué puede hacer? Supongo que ya lo veremos». Sintió los ojos sobre ella mientras hacía compras, captaba los extremos de sus conversaciones susurradas, e intentó apagar su instinto de ladrón, que quería deshacerse de las miradas y desaparecer.

«Aún no», pensó mientras el sol comenzaba finalmente a caer.

Todavía falta una cosa.

—Lila —dijo Calla cuando ella entró—. Llegaste temprano.

—No me diste un horario.

La mercader se detuvo para asimilar la nueva apariencia de Lila.

—¿Cómo me veo? —preguntó ella, metiendo las manos en el abrigo de Elsor.

Calla suspiró.

—Menos femenina que lo usual. —Sacó el sombrero de la cabeza de Lila y lo dio vuelta en sus manos—. Esto no está mal —dijo Calla, antes de notar el cabello esquilado de Lila. Tomó un mechón entre los dedos—. Pero ¿qué es *esto*?

Lila se encogió de hombros.

—Quería un cambio.

Calla chasqueó la lengua, pero no dijo más. En vez de eso, desapareció tras una cortina y, un momento después, emergió con una caja.

Dentro estaba la máscara de Lila.

Esta la levantó y se tambaleó ante el peso. El interior había sido revestido con un metal oscuro, estaba moldeado con tanta habilidad que el metal parecía vertido en vez de martillado. Calla no se había deshecho de la máscara demoníaca, no del todo, pero la había desarmado y había hecho algo nuevo. Las líneas eran nítidas, los ángulos agudos. Donde los cuernos negros antes subían en espiral sobre la cabeza, ahora se curvaban hacia atrás de una forma elegante. La frente era más puntiaguda, se proyectaba hacia adelante como un visor. Y la parte inferior de la máscara, que antes terminaba sobre sus pómulos, ahora caía más abajo a los lados, siguiendo las líneas de su mandíbula. Aún era un rostro monstruoso, pero era una raza de demonios nueva.

Lila deslizó la máscara sobre su cabeza. Aún estaba asombrándose con la belleza monstruosa de esta, cuando Calla le entregó otra cosa. Estaba hecha del mismo cuero negro y revestida con el mismo metal oscuro y daba forma a una especie de corona, o a una sonrisa, con los lados más altos que el centro. Lila la giró en sus manos, preguntándose para qué era, hasta que Calla la tomó, rodeó a Lila y ató la placa alrededor de su cuello.

—Para que no pierdas la cabeza —dijo la mujer, que luego procedió a abrochar los costados del protector cervical a unas diminutas articulaciones ocultas en los costados afilados de la máscara. Era como una mandíbula y cuando Lila miró su reflejo, vio que sus rasgos quedaban dentro de las dos mitades del cráneo del monstruo.

Una sonrisa pícara se apoderó de sus labios, sus dientes brillaron dentro de la boca del casco.

—Eres brillante —dijo Lila.

—*Anesh* —dijo Calla, encogiéndose de hombros, aunque Lila pudo ver que la mercader estaba orgullosa.

Sintió una repentina y peculiar necesidad de *abrazar* a la mujer, pero resistió.

La mandíbula articulada le permitía alzar la máscara, algo que hizo. La cabeza del demonio descansaba sobre la suya como una corona y la mandíbula continuaba rodeándole el cuello.

—¿Cómo me veo? —preguntó.

—Extraña —dijo Calla— y peligrosa.

—Perfecto.

Afuera, comenzaron a sonar las campanas, y la sonrisa de Lila se agrandó.

Era hora.



Kell cruzó hasta la cama y examinó la ropa: un conjunto de pantalón negro y camisa negra de cuello alto, ambos ribeteados con oro. Sobre la camisa estaba apoyado el broche de oro que Rhy le había dado para la recepción real. Su abrigo esperaba tirado sobre el respaldo de una silla, pero lo dejó ahí. Era el talismán de un viajero y esta noche estaba confinado al palacio.

La ropa sobre la cama era elección de Rhy y no era simplemente un regalo.

Era un mensaje.

Mañana, puedes ser *Kamerov*.

Esta noche, eres *Kell*.

Hastra apareció antes, solo para confiscar su máscara, por orden de Rhy.

Kell había estado reacio a cederla.

—Debe estar entusiasmado —había dicho Hastra, leyendo la duda— con el torneo. Me imagino que no tiene demasiadas oportunidades de probar su temple.

Kell había fruncido el entrecejo.

—Esto no es un juego —había dicho, quizá con demasiada severidad—. Se trata de mantener el reino a salvo. —Sintió una punzada de culpa al ver que Hastra palidecía.

—He jurado proteger a la familia real.

—Lamento, entonces —dijo Kell con remordimiento—, que hayas terminado teniendo que protegerme a *mí*.

—Es un honor, señor. —No había nada en su tono, sino la más simple y pura verdad—. Lo defendería con mi vida.

—Bueno —dijo Kell, entregando la máscara de Kamerov—, espero que nunca tengas que hacerlo.

El joven guardia dejó entrever una pequeña sonrisa vergonzosa.

—Yo también, señor.

Kell caminó de un lado para otro de la habitación e intentó quitarse el día siguiente de la mente. Primero tenía que sobrevivir a esta noche.

Había una jarra y un bol apoyados en el aparador y Kell vertió agua en la tinaja y presionó los bordes con las manos hasta que salió vapor. Cuando estuvo limpio, se vistió con el atuendo elegido por Rhy, queriendo complacer a su hermano. Era lo menos que podía hacer; aunque Kell se preguntó, mientras se ponía la túnica, por cuánto tiempo reclamaría Rhy un pago por esto. Podía imaginarse al príncipe una década más tarde, ordenándole que le llevara un té.

«Búscalo tú mismo», le diría él, y Rhy chasquearía la lengua y respondería: «¿Te acuerdas de Kamerov?».

El atuendo de noche de Kell era ajustado, entallado, del estilo que Rhy prefería, y confeccionado con una tela negra tan fina que capturaba la luz, en vez de tragarla. El corte y la forma lo obligaban a pararse bien erguido, lo que eliminaba su habitual encorvadura. Abrochó los botones de oro, los puños y el cuello —por los Santos, ¿cuántos cierres se necesitaban para vestir a un hombre?— y, finalmente, el broche

real sobre su corazón.

Kell se miró al espejo y se tensionó.

Incluso con su piel clara y su cabello cobrizo, incluso con el ojo negro que brillaba como piedra pulida, Kell se veía *majestuoso*. Se quedó mirando su reflejo por largo rato, fascinado, antes de apartar la mirada.

Se veía como un príncipe.



Rhy estaba parado frente al espejo, abrochando los relucientes botones de su túnica. Más allá del balcón cerrado, los sonidos de la celebración se elevaban en la noche fría como vapor. Carruajes y risas, pasos y música.

Se le estaba haciendo tarde y lo sabía, pero no parecía lograr controlar sus nervios, aplacar sus miedos. Se estaba poniendo oscuro y la oscuridad se apoyaba contra el palacio y contra él, el peso de esta, instalado en su pecho.

Se sirvió un trago —el tercero— y se obligó a sonreírle a su reflejo.

¿Dónde estaba el príncipe que disfrutaba de estas festividades, al que nada le encantaba más que ser la alegría contagiosa en el centro de la sala?

Muerto, pensó Rhy, fríamente, antes de poder detenerse, y se alegró, no por primera vez, de que Kell no pudiera leerle la mente además de sentir su dolor. Por suerte, otra gente aún parecía mirar a Rhy y ver lo que había sido en vez de lo que era. No sabía si eso significaba que era bueno escondiendo la diferencia o que, para empezar, simplemente no estaban prestando atención. Kell observaba y Rhy estaba seguro de que veía el cambio, pero tenía el tino de no decir nada. No había nada que decir. Kell le había dado a Rhy la vida —*su* vida— y no era su culpa que a Rhy no le gustara tanto como la suya propia. Había perdido esa, malograda por su propia estupidez.

Se bajó la bebida, con la esperanza de que le diera ánimos, pero apagó el mundo sin siquiera tocar sus pensamientos.

Tocó los botones relucientes y ajustó su corona por décima vez, y tembló al rozarle el cuello una ráfaga de aire frío.

—Me temo que no tienes suficiente oro —dijo una voz desde las puertas del balcón.

Rhy se quedó duro.

—¿Para qué están los guardias —habló despacio— si dejan que hasta piratas pasen?

El hombre dio un paso adelante y luego otro, los objetos de plata en él sonaron como campanillas amortiguadas.

—*Corsario* es el término que se usa estos días.

Rhy tragó saliva y se dio vuelta para quedar frente a Alucard Emery.

—En cuanto al oro —dijo con firmeza—, se trata de un equilibrio delicado. Cuanto más me pongo, más probable es que alguien trate de robármelo.

—Qué dilema —dijo Alucard, robando otro paso. Rhy lo contempló. Llevaba puestas prendas que claramente jamás habían visto el mar. Un traje azul oscuro, acentuado por una capa plateada, su abundante pelo castaño estaba peinado y adornado con gemas al tono. Un solo zafiro destellaba sobre su ojo derecho. Esos ojos, como lirios nocturnos sumergidos en la luz de la luna. Él solía oler a estos también. Ahora olía a brisa de mar y especias y otras cosas que Rhy no lograba ubicar, de tierras que nunca había visto.

—¿Qué trae a un rufián como tú a mis aposentos? —preguntó.

—Un rufián —Alucard probó la palabra en su lengua—. Mejor un rufián que un miembro de la realeza aburrido.

Rhy sintió los ojos de Alucard vagando despacio, hambrientos, sobre él, y se sonrojó. El calor comenzó en su rostro y se extendió hacia abajo, por su cuello, su pecho, debajo de la camisa y el cinturón. Era desconcertante; Rhy podía no tener magia, pero cuando se trataba de conquistas, estaba acostumbrado a ser él quien tenía el poder (las cosas sucedían según su capricho y para su placer). Ahora sentía que ese poder flaqueaba, se escurría. En todo Arnes, había solo una persona capaz de perturbar al príncipe, de reducirlo desde un orgulloso heredero a un joven nervioso, y ese era Alucard Emery. Renegado. Rufián. Corsario. Y de la realeza. Alejado del trono por un trecho de líneas sucesorias enmarañadas, claro, pero igual. Alucard Emery podría haber tenido un blasón y un lugar en la corte. En vez de eso, había huido.

—Has venido para el torneo —dijo Rhy, dándole charla.

Alucard frunció los labios ante el intento.

—Entre otras cosas.

Rhy dudó, inseguro de qué decir. Con cualquier otra persona, hubiera retrucado con un comentario insinuante, pero ahí parado, apenas a un paso de Alucard, sintió que le faltaba el aire, además de las palabras. Dio media vuelta para apartarse, jugueteando con los puños. Escuchó el repiqueteo de la plata y un momento después, cual serpiente, Alucard le pasó un brazo alrededor de los hombros, de forma posesiva, y llevó los labios a su cuello, justo debajo de la oreja. Rhy *tembló* de verdad.

—Eres demasiado confianzudo con tu príncipe —le advirtió.

—¿Así que lo confiesas, entonces? —Alucard rozó la garganta del príncipe con su labios—. ¿Que eres mío?

Mordió el lóbulo de la oreja de Rhy y el príncipe jadeó y arqueó la espalda. Alucard siempre sabía qué decir —qué hacer— para inclinar el mundo bajo sus pies.

Rhy se dio vuelta para decir algo, pero la boca de Alucard ya estaba sobre la suya. Manos enredadas en el pelo, aferradas a los sacos. Eran una colisión, estimulados por

la fuerza de tres años de separación.

—Me extrañaste —dijo Alucard. No era una pregunta, pero *había* una confesión en eso, porque todo sobre Alucard (la tensión en su espalda, la forma en que sus caderas presionaban contra las de Rhy, la aceleración de su corazón y el temblor en su voz) decía que ese echar de menos había sido mutuo.

—Soy un príncipe —dijo Rhy, esforzándose por mantener la compostura—. Sé cómo mantenerme entretenido.

El zafiro destelló en la ceja de Alucard.

—*Yo* puedo ser muy entretenido. —Ya se estaba acercando mientras hablaba y Rhy se encontró a sí mismo cerrando la distancia, pero a último momento, Alucard enredó los dedos en el cabello de Rhy y tiró su cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello del príncipe. Presionó los labios en pendiente bajo la mandíbula de Rhy.

Rhy apretó los dientes, luchando por reprimir un gemido, aunque su quietud debió de traicionarlo; sintió que Alucard sonreía contra su piel. Los dedos del hombre vagaron hacia su túnica y desabotonaron el cuello con destreza, de modo que sus besos pudieran continuar hacia abajo, pero Rhy sintió que dudaba al ver la cicatriz sobre su corazón.

—Alguien te ha herido —susurró sobre la clavícula de Rhy—. ¿Por qué no te hago sentir mejor?

Rhy atrajo el rostro de Alucard de regreso al suyo, desesperado por quitarle la atención de la marca y de las preguntas que pudiesen surgir de esta. Mordió el labio de Alucard y se deleitó con la pequeña victoria de un suspiro que le hizo brotar cuando…

Las campanas sonaron.

La Noche de los Estandartes.

Iba a llegar tarde. Iban a llegar tarde.

Alucard rio despacio, con tristeza. Rhy cerró los ojos y tragó saliva.

—*Por los Santos* —maldijo, odiando el mundo que esperaba más allá de sus puertas y su propio lugar en él.

Alucard ya se estaba apartando y, por un instante, todo lo que Rhy quiso hacer era atraerlo hacia sí otra vez, sujetarlo con fuerza, aterrorizado de que si lo dejaba ir, Alucard desaparecería de nuevo, no solo de la habitación, sino de Londres, lejos de él, se escabulliría por la noche y por el mar, como había hecho tres años atrás. Alucard debió haber visto el pánico en sus ojos, porque se dio vuelta y atrajo a Rhy hacia él y presionó los labios sobre los del príncipe una última vez, un beso suave, persistente.

—Calma —dijo, separándose lentamente—. No soy un fantasma. —Y entonces sonrió y se acomodó el saco y se dio vuelta—. Arregle su corona, mi príncipe —dijo desde la puerta—. Está torcida.

II



Kell estaba a mitad de las escaleras cuando se topó con un *ostra* petiso con barba recortada y mirada exhausta. Parlo, la sombra del príncipe desde que habían comenzado las preparaciones para el torneo.

—Maestro Kell —dijo, sin aire—. ¿No está con usted el príncipe?

Kell ladeó la cabeza.

—Supuse que ya estaba abajo.

Parlo negó con la cabeza.

—¿Habrá pasado algo?

—No ha pasado nada —dijo Kell con seguridad.

—Bueno, entonces está a punto de pasar. El rey está perdiendo la paciencia, ya ha llegado la mayoría de los invitados, y el príncipe aún no ha entrado en escena.

—Quizá esté justamente intentando hacer una entrada triunfal. —Parlo parecía a punto de desfallecer del pánico—. Si estás preocupado, ¿por qué no vas a buscarlo a su habitación?

El *ostra* se volvió aún más pálido, como si Kell acabara de sugerir algo inaudito. Obsceno.

—Está bien —refunfuñó Kell, regresando hacia arriba por las escaleras—. *Yo* lo haré.

Tolners y Vis estaban parados afuera de la habitación de Rhy. Kell se hallaba a unos pocos pasos de la recámara cuando las puertas se abrieron de golpe y una figura salió caminando. Una figura que *no era* Rhy en absoluto. Los ojos de los guardias se abrieron de par en par al verlo. El hombre obviamente no había entrado por ahí. Kell se detuvo en seco cuando casi chocan, y aunque habían pasado años —demasiado pocos, desde el punto de vista de Kell—, reconoció al sujeto al instante.

—Alucard Emery —saludó con frialdad, exhalando el nombre como una maldición.

Una sonrisa lenta se extendió en la boca del sujeto, y Kell necesitó todo su control para no quitársela por la fuerza.

—Maestro Kell —dijo Alucard, alegremente—. Qué placer inesperado toparme con usted aquí. —Su voz tenía algo naturalmente risueño en su trasfondo, y Kell nunca podía descifrar si se estaba burlando.

—No veo cómo puede ser inesperado —respondió Kell—, dado que *yo* vivo aquí. Lo que es inesperado *es* que yo me tope *contigo*, pensé que había sido bastante claro la última vez que nos encontramos.

—Bastante —dijo en eco Alucard.

—¿Entonces qué estabas haciendo en los aposentos de mi hermano?

Alucard levantó su ceja adornada.

—¿Quiere un relato detallado? ¿O un resumen es suficiente?

A Kell se le clavaron las uñas en la palma de las manos. Podía sentir la sangre. Se le vinieron a la mente hechizos, una decena de maneras diferentes de borrarle esa mirada petulante a Emery de la cara.

—¿Por qué estás aquí? —gruñó.

—Estoy seguro de que ya lo ha escuchado —contestó Alucard con las manos en los bolsillos—. Voy a competir en el *Essen Tasch*. Así que fui invitado al palacio real para la Noche de los Estandartes.

—Evento que tiene lugar en la planta baja, y *no* en la recámara del príncipe. ¿Estás perdido? —No esperó la respuesta de Alucard—. Tolners —estalló. El guardia dio un paso al frente—. Escolte al maestro Emery al Salón Rose. Asegúrese de que no se desvíe.

Tolners hizo un gesto como para agarrar la manga de Alucard y se encontró a sí mismo propulsado hacia atrás repentinamente contra la pared. Alucard jamás sacó las manos de los bolsillos y su sonrisa jamás flaqueó.

—Estoy seguro de que puedo encontrar el camino solo.

Salió en dirección a las escaleras, pero al pasar al lado de Kell, este lo tomó del hombro.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de desterrarte de esta ciudad?

—Vagamente. Tus amenazas parecían superponerse unas con otras.

—Dije —bramó con dientes apretados— que si le rompías el corazón a mi hermano una segunda vez, te arrancaría el tuyo. Sostengo mi promesa, Alucard.

—Aún te gusta ladrar, ¿no es cierto, Kell? Siempre el perro leal, siempre a los talones. Quizá algún día realmente muerdas. —Con eso se soltó y se fue caminando, su capa azul plateada flameando tras él.

Kell lo observó irse.

En cuanto Alucard salió de su vista, Kell golpeó la pared con el puño, con suficiente fuerza como para rajar el panel incrustado de madera. Maldijo de dolor y frustración, y una maldición en eco provino desde adentro de los aposentos de Rhy, pero esta vez Kell no se sintió mal por causar un poco de dolor a su hermano. Tenía sangre donde sus uñas habían cortado la piel de sus manos, y Kell la presionó contra la decoración rota.

—*As Sora* —murmuró. *Recomponer*.

La grieta comenzó a irse, las piezas de madera se fusionaron nuevamente entre sí. Mantuvo la mano ahí, intentando aflojar el nudo en su pecho.

—Maestro Kell… —comenzó a decir Vis.

—¿Qué? —ladró, girando hacia los guardias. El aire en el pasillo se arremolinó alrededor de él. Las tablas de madera del piso temblaron. Los hombres palidecieron —. Si ven a ese hombre cerca de los aposentos de Rhy otra vez, arréstenlo.

Kell respiró hondo para recomponerse y estaba estirándose para abrir la puerta del príncipe cuando esta se abrió hacia adentro para revelar a Rhy, que estaba acomodando el aro de oro sobre su cabeza. Cuando vio la reunión de guardias con Kell en el centro, ladeó la cabeza.

—¿Qué? —dijo—. No es *tan* tarde. —Antes de que alguien pudiera hablar, Rhy comenzó a avanzar por el pasillo—. No te quedes ahí parado, Kell —lo llamó—. Tenemos una fiesta que dar.



—No estás de humor —dijo el príncipe cuando entraban en el esplendor majestuoso del Salón Rose.

Kell no dijo nada, intentando salvar al hombre que había visto más temprano en el espejo de su habitación. Registró el salón, su atención se atoró casi al instante en Alucard Emery, quien estaba parado haciendo sociales con un grupo de magos.

—En serio, Kell —lo reprendió Rhy—. Si las miradas pudieran matar…

—Quizá las miradas no puedan —dijo, flexionando los dedos.

Rhy sonrió y saludó con la cabeza a un grupo de invitados.

—Sabías que venía —dijo entre dientes.

—No tenía idea de que le darías una bienvenida tan íntima —lanzó Kell en respuesta—. ¿Cómo puedes ser tan tonto…?

—No lo invité a entrar…

—… ¿Después de todo lo que ha pasado?

—*Suficiente* —siseó el príncipe, y las cabezas más cercanas se dieron vuelta.

Kell se hubiese retraído ante la atención, pero Rhy abrió los brazos, como recibiéndola.

—Padre —llamó hacia el otro lado del salón—, quisiera hacer los honores.

El rey Maxim alzó su copa en respuesta, y Rhy subió ágilmente al macetero de piedra más cercano, y los allí reunidos hicieron silencio.

—¡*Avan*! —dijo, y su voz hizo eco por toda la sala—. *Glad'ach. Sasors* —agregó para los invitados de Vesk y Faro—. Soy el príncipe Rhy Maresh —continuó, volviendo al arnesiano—. Maxim y Emira, los ilustres reyes, mi padre y mi madre, me han otorgado el honor de ser el anfitrión de este torneo. Y es un honor. —Alzó una mano y apareció una ola de sirvientes reales, cargando bandejas llenas de copas de cristal, frutas caramelizadas, carne ahumada y decenas de otras delicias—. Mañana serán presentados como competidores. Esta noche, les pido que disfruten como invitados de honor y amigos. Beban, coman y reclamen su estandarte. Por la mañana, ¡comienzan los Juegos!

Rhy hizo una reverencia y la multitud de magos y miembros de la realeza

presentes aplaudieron, mientras él bajaba de un salto. La marea de personas cambió, algunos se dirigieron hacia los banquetes, otros hacia las mesas de estandartes.

—Impresionante —observó Kell.

—Vamos —dijo Rhy, sin mirarlo a los ojos—. *Uno* de nosotros necesita un trago.



—Deténgase.

Lila apenas había comenzado a subir los escalones del palacio, con la máscara demoníaca debajo del brazo, cuando escuchó la orden.

Se tensionó, sus dedos fueron, por reflejo, hacia el cuchillo que llevaba en la espalda, al mismo tiempo que un par de guardias en armaduras brillantes bloqueaba su camino. Tenía palpitaciones, que la urgían a luchar o huir, pero Lila se obligó a mantenerse donde estaba. No habían sacado las armas.

—Estoy aquí por la Noche de los Estandartes —dijo, sacando la verificación real de Elsor de su abrigo—. Me dijeron que debía presentarme en el palacio.

—Está buscando el Salón Rose —explicó el primer guardia, como si Lila supiera dónde demonios quedaba *eso*. El otro guardia señaló un segundo conjunto, más pequeño, de escalones.

Lila nunca había notado las otras entradas al palacio —había dos, flanqueaban las escalinatas principales y ambas eran insulsas a comparación—, pero ahora que se las habían señalado, el tránsito en esos escalones y alrededor de ellos, comparado con la gran entrada vacía, era obvio. Como también lo era el hecho de que las puertas al Salón Rose estaban bien abiertas, mientras la entrada principal estaba firmemente cerrada.

—*Solase* —dijo ella, negando con la cabeza—. Debo estar más nervioso de lo que creía.

Los guardias sonrieron.

—Lo guiaré —dijo uno, como si ella realmente pudiera perderse una segunda vez. El guardia la acompañó al segundo conjunto de escalones y arriba, antes de dejarla con un asistente, quien la guio por el recibidor hasta el Salón Rose.

Era un espacio impresionante, tenía menos de salón de baile que la habitación del trono, indudablemente refinado sin ser ostentoso. Cuán lejos había llegado, pensó con ironía, para encontrar que enormes jarrones con flores recién cortadas y lujosos tapices rojos y dorados eran moderados.

Un conocido capitán estaba parado cerca de la entrada del Salón, vestido de negro azulado y plata. Vio a Lila y su rostro pasó por varias reacciones antes de quedarse con una expresión de calma apreciación.

—Maestro Elsor.

—Maestro Emery. —Lila hizo un ademán y una reverencia, haciendo su postura más rígida y en ángulos.

Alucard negó con la cabeza.

—Honestamente no sé si debería estar impresionado o perturbado.

Lila se enderezó.

—No son cosas que se cancelen entre sí.

Él señaló la máscara de Sarows que ella llevaba bajo el brazo.

—¿*Quieres* que te descubran?

Lila se encogió de hombros.

—Hay muchas sombras por la noche.

Ella le echó un vistazo a la máscara que él tenía bajo el brazo. Hecha de escamas de color azul oscuro, cuyos bordes en punta eran plateados, la máscara iba desde la línea del pelo hasta los pómulos. Una vez puesta, dejaría su sonrisa encantadora expuesta y no haría nada para domar la corona de rizos dorados que se alzaba encima. La máscara en sí misma lucía puramente estética, sus escamas no ofrecían ni anonimato ni protección.

—¿Qué se supone que eres? —preguntó ella en arnesiano—. ¿Un pez?

Alucard lanzó un sonido ofendido y burlón.

—*Obviamente* —dijo, blandiendo el casco— soy un dragón.

—¿No tendría más sentido que fueras un pez? —desafió Lila—. Después de todo, vives en el mar y eres bastante escurridizo y…

—Soy un dragón —interrumpió él—. Simplemente no le pones imaginación.

Lila sonrió, en parte por diversión y en parte por alivio, al entrar en una charla amistosa familiar.

—Pensé que el símbolo de la Casa Emery era una pluma. ¿No deberías ser un pájaro?

Alucard tamborileó la máscara con los dedos.

—Mi familia está llena de pájaros —dijo, las palabras teñidas de rencor—. Mi padre era un buitre. Mi madre era una urraca. Mi hermano mayor es un cuervo. Mi hermana, un gorrión. Yo nunca he sido verdaderamente un pájaro.

Lila resistió la necesidad de decirle que quizá haya sido un pavo real. No parecía el momento indicado.

—Pero el símbolo de nuestra casa —continuó él— representa el *vuelo*, y los pájaros no son las únicas cosas que vuelan. —Sostuvo en alto la máscara de dragón —. Además, no compito por la Casa Emery. Estoy compitiendo por mí mismo. Y si pudieras ver el resto de mi vestuario, no…

—¿Tienes alas? ¿Una cola?

—Bueno, no, esas cosas estorbarían. Pero sí tengo más escamas.

—Al igual que un pez.

—Vete —espetó él, pero había humor en su voz, y en poco tiempo estaba riendo con facilidad, y luego recordaron dónde estaban. *Quiénes* eran.

—¡Emery! —exclamó Jinnar, que apareció al lado del capitán.

Su máscara —una corona plateada que se espiralaba como algodón de azúcar o quizá un remolino de viento— colgaba de las yemas de sus dedos. Sus pies estaban firmemente apoyados sobre el piso esta noche, pero Lila casi podía sentir la vibración de energía emanando de él, ver que borroneaba sus contornos. Como un colibrí. ¿Cómo podría luchar contra un colibrí? ¿Cómo podría luchar con cualquiera de ellos?

—¿Y quién es este? —preguntó Jinnar, mirando a Lila.

—Anda, Jinnar —dijo Alucard, divertido—, ¿no reconoces a nuestro maestro Elsor?

Los ojos plateados del mago se entornaron. Lila alzó una ceja desafiante. Jinnar había conocido al *verdadero* Stasion Elsor allá en la taberna. Ahora sus ojos metálicos la escanearon, confundidos y luego desconfiados. Los dedos de Lila se agitaron y la mano de Alucard fue a descansar al hombro de ella. Si fue para mostrar solidaridad o para evitar que ella sacara un arma, ella no lo supo.

—Maestro Elsor —dijo Jinnar lentamente—. Luce diferente esta noche. Pero por otro lado —agregó, sus ojos saltaron a Alucard—, la luz era muy tenue en la taberna y no lo he visto desde entonces.

—Una confusión normal —dijo Lila con tranquilidad—. No soy de mostrarme demasiado.

—Bueno —intervino Alucard alegremente—, espero que supere eso una vez que suba al escenario.

—Estoy seguro de que entraré en ritmo —respondió Lila.

—Estoy seguro de que así será.

Un momento de silencio se posó sobre ellos, algo extraordinario teniendo en cuenta el alboroto de la multitud reunida.

—Bueno, si me disculpan —dijo Alucard, rompiendo el instante—, aún debo ir a atormentar a Brost como corresponde y estoy decidido a conocer a este tipo Kamerov…

—Un gusto conocerlo… otra vez —dijo Jinnar, antes de seguir a Alucard.

Lila los observó irse, luego comenzó a zigzaguear entre la gente, intentando mantener sus rasgos fijos en resignación, como si socializar con docenas de magos imperiales fuese algo ordinario. A lo largo de una pared, había mesas cargadas con muestras de tela y jarrones de tinta, y magos pasaban las páginas con diseños mientras declaraban sus estandartes —un cuervo sobre verde, una llama sobre blanco, una rosa sobre negro—, banderas que flamearían desde las gradas el día siguiente.

Lila agarró una copa de cristal de la bandeja de un sirviente y la pesó con los dedos, antes de recordar que no estaba aquí como ladrona. Atrapó la mirada de Alucard y brindó con él con un guiño. Mientras daba vueltas por el salón, internalizando el piso principal y la galería de arriba, y bebiendo vino dulce, contó los cuerpos para ocupar su mente y mantener la compostura.

Treinta y seis magos, ella incluida, doce de cada uno de los tres imperios y todos

marcados por una máscara sobre la cabeza o bajo el brazo o colgada del hombro.

Dos docenas de sirvientes, más o menos (era difícil saber, vestidos iguales como estaban y siempre en movimiento).

Doce guardias.

Quince *ostra,* a juzgar por sus expresiones arrogantes.

Seis *vestra,* según sus broches reales.

Dos veskanos rubios con coronas en vez de máscaras, cada uno con un séquito de seis, y un faronés alto con un rostro inexpresivo y un séquito de ocho.

El rey y la reina de Arnes, espléndidos de rojo y dorado.

El príncipe Rhy en la galería de arriba.

Y, parado al lado de él, Kell.

Lila contuvo la respiración. Por una vez, el cabello cobrizo de Kell estaba peinado hacia atrás, mostrando su rostro y revelando tanto el azul intenso de su ojo izquierdo como el negro brillante del derecho. No estaba usando su abrigo habitual, en *ninguna* de sus formas. En vez de eso, estaba vestido de pies a cabeza de negro elegante, con un broche de oro sobre su corazón.

Kell le había dicho una vez que se sentía más como una posesión que como un príncipe, pero parado al lado de Rhy, con una mano alrededor de su copa y la otra sobre la baranda, y la mirada hacia la multitud abajo, parecía pertenecer.

El príncipe dijo algo y el rostro de Kell se iluminó con una risa silenciosa.

¿Dónde estaba el muchacho ensangrentado que había colapsado sobre el piso de su dormitorio?

¿Dónde estaba el mago torturado, cuyas venas se tornaban negras mientras luchaba contra el llamado de un talismán?

¿Dónde estaba el triste y solitario miembro de la realeza que se había quedado parado en los muelles mirando cómo ella se alejaba?

A ese último casi lo podía ver. Ahí, en la comisura de su boca, en el rabillo del ojo.

Lila sintió que su cuerpo se movía hacia él, atraída como por la gravedad, varios pasos dados antes de que se diera cuenta. Ella no era Lila Bard esta noche. Era Stasion Elsor, y mientras la ilusión parecía estar manteniéndose bastante bien, sabía que se caería frente a Kell. Y a pesar de eso, parte de ella aún quería mirarlo a los ojos, disfrutar de la sorpresa de él, verla disolverse en reconocimiento y —con suerte— bienvenida. Pero no podía imaginar que se alegraría de verla, no aquí, mezclándose con la multitud de competidores. Y en verdad, Lila saboreó la sensación de observar sin ser observada. La hizo sentir como un depredador, y en una habitación llena de magos, eso era algo.

—Creo que no nos conocemos —vino una voz de detrás de ella, con un inglés acentuado.

Se dio vuelta para encontrar a un hombre joven, alto y esbelto, con cabello marrón rojizo y pestañas oscuras alrededor de los ojos grises. Tenía una máscara

blanca plateada bajo el brazo y la cambió a otro lado antes de extender una mano enguantada.

—Kamerov —dijo afablemente—. Kamerov Loste.

Así que este era el mago escondidizo, el que ni Jinnar ni Alucard habían logrado encontrar. No vio por qué tanto alboroto.

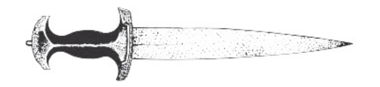
—Stasion Elsor —respondió ella.

—Bueno, maestro Elsor —dijo él con una sonrisa confiada—, quizá nos encontremos en el escenario.

Ella levantó una ceja y comenzó a irse.

—Quizá.

III



—Me tomé el atrevimiento de diseñar tu banderín —dijo Rhy, apoyando el codo en la baranda de mármol de la galería—. Espero que no te importe.

Kell se encogió.

—Quiero saber, ¿qué tiene?

Rhy sacó de su bolsillo un retazo de tela doblado y se lo dio. El material era de color rojo y, cuando Kell lo abrió, vio la imagen de una rosa en blanco y negro. La rosa había sido espejada, plegada a lo largo del eje central y reflejada, de modo que el diseño era en realidad *dos* flores, rodeadas de una espiral de espinas.

—Qué sutil —dijo Kell monótonamente.

—Podrías al menos simular estar agradecido.

—¿No podías elegir algo un poco más… no sé… imponente? ¿Una serpiente? ¿Una gran bestia? ¿Un ave de presa?

—¿La huella sangrienta de una mano? —retrucó Rhy—. Oh, ¿por qué no un brillante ojo negro?

Kell lo miró con furia.

—Tienes razón —continuó Rhy—. Debería haber dibujado un rostro con el entrecejo fruncido. Pero entonces todos hubiesen *sabido* que eras tú. Creí que esto era bastante adecuado.

Kell murmuró algo poco halagador entre dientes, mientras se metía la bandera en el bolsillo.

—De nada.

Kell observó el Salón Rose.

—¿Crees que alguien notará que yo… bueno, que Kamerov Loste no se presenta a las festividades?

Rhy bebió un sorbo de su trago.

—Lo dudo —dijo—, pero por si acaso…

Señaló con su copa hacia una figura esbelta que se movía por entre la gente. Kell estaba a mitad de un trago de vino cuando vio al hombre y casi se atraganta. La figura era alta y delgada, con cabello cobrizo recortado. Estaba vestido con elegantes pantalones negros y una túnica de cuello alto de color plateado, pero era la máscara que llevaba bajo el brazo lo que llamó la atención de Kell.

Una pieza única de metal blanco plateado, esculpida y pulida hasta un brillo extremo.

Su máscara. O mejor dicho, la de *Kamerov*.

—¿Quién demonios es *ese*?

—Ese, mi querido hermano, es Kamerov Loste. Al menos por esta noche.

—Maldición, Rhy, cuanto más gente sepa de este plan, más probable es que fracase.

El príncipe descartó el comentario con un movimiento de la mano.

—Le he pagado a nuestro actor muy bien para que interprete el papel esta noche, y en lo que a él respecta, es solo porque al verdadero Kamerov no le interesan las exhibiciones públicas. Este es el único evento donde se espera que los treinta y seis competidores muestren su rostro, incluido Kamerov. Además, Castars es discreto.

—¿Lo *conoces*?

Rhy se encogió de hombros.

—Nuestros caminos se han cruzado.

—Detente —dijo Kell—. Por favor. No quiero escuchar sobre tus interludios románticos con el hombre que actualmente se hace pasar por mí.

—No seas obsceno. No he estado con él desde que accedió a interpretar este rol particular. Y eso en sí mismo es un testimonio de mi respeto por ti.

—Qué halagador.

Rhy encontró la mirada del sujeto y unos momentos después, tras haber recorrido la habitación, el falso Kamerov Loste —bueno, Kell pensó que ambos eran falsos, pero la copia de la copia— subía las escaleras a la galería.

—Príncipe Rhy —dijo el sujeto, haciendo una reverencia con un poco más de floreo del que Kell hubiese usado—. Y maestro Kell —agregó respetuosamente.

—Maestro Loste —dijo Rhy, con alegría.

Los ojos del sujeto, ambos grises, vagaron hacia Kell. De cerca, vio que eran de la misma altura y contextura. Rhy había sido meticuloso.

—Le deseo buena suerte en los próximos días —dijo Kell.

La sonrisa del sujeto se amplió.

—Es un *honor* luchar por Arnes.

—Es un poco exagerado, ¿no crees? —preguntó Kell cuando el impostor regresaba al salón.

—Ay, no seas amargo —dijo Rhy—. Lo importante es que Kamerov tiene un *rostro*. Específicamente, uno que no es el *tuyo*.

—No tiene el saco.

—No, desafortunadamente para nosotros, no puedes sacar chaquetas *afuera* de ese abrigo tuyo, y supuse que no estarías dispuesto a separarte de él.

—Estabas en lo cierto. —Kell estaba comenzando a darse vuelta cuando vio la sombra moviéndose a través del salón, una figura vestida de negro con un esbozo de sonrisa autosuficiente y una máscara demoníaca. Se veía casi como la que le había visto a Lila la noche del baile de máscaras de Rhy. La noche en que Astrid había vuelto a Kell prisionero, había tomado el cuerpo de Rhy para sí. Lila había aparecido como un espectro en el balcón, vestida de negro y usando una máscara con cuernos. La había usado entonces y, más tarde, cuando huían con el cuerpo moribundo de Rhy

entre ellos, y en la habitación del santuario mientras Kell luchaba por revivirlo. La había usado sobre su cabellera cuando ambos estaban parados en el bosque de piedra en los escalones del castillo de Londres Blanco y había colgado de sus dedos ensangrentados cuando todo había acabado.

—¿Quién es ese? —preguntó él.

Rhy siguió su mirada.

—Alguien que claramente comparte tu gusto por la monocromía. Más allá de eso… —Rhy sacó de su bolsillo un papel plegado y echó un vistazo a la lista de competidores—. No es Brost, él es enorme. He conocido a Jinnar. Debe ser Stasion.

Kell entrecerró los ojos, pero el parecido ya estaba desvaneciéndose. El cabello era demasiado corto, demasiado oscuro, la máscara diferente, la sonrisa reemplazada por líneas duras. Kell sacudió la cabeza.

—Sé que es una locura, pero por un segundo creí que era…

—Por los Santos, ¿la ves en todos y en todo ahora, Kell? Hay una palabra para eso.

—¿Alucinación?

—Enamoramiento.

Kell se rio por la nariz.

—No estoy enamorado —dijo—. Es solo… —Solo quería verla—. Nuestros caminos se cruzaron una vez. Hace meses. Cosas que pasan.

—Oh, sí, tu relación con la señorita Bard es sumamente ordinaria.

—Cállate.

—Cruzar mundos, matar reyes, salvar ciudades. Las marcas de todo buen cortejo.

—No estábamos cortejándonos —estalló Kell—. Por si lo has olvidado, ella se fue.

No quería sonar tan herido. No era que ella lo había *dejado*, simplemente se había ido. Y él no la podía seguir, aunque hubiese querido. Y ahora ella había *regresado*.

Rhy se enderezó.

—Cuando esto termine, deberíamos hacer un viaje.

Kell revoleó los ojos.

—Esto de nuevo no.

Y entonces vio la sotana blanca del maestro Tieren moviéndose por el salón de abajo. El *Aven Essen* había estado evitándolo toda la noche, toda la semana, todo el mes.

—Sostén esto —dijo, pasándole su trago al príncipe.

Antes de que Rhy pudiera objetar, Kell se había ido.



Lila se retiró antes de que la multitud se redujera, con la máscara demoníaca que colgaba de una mano y el banderín que había elegido en la otra. Dos cuchillos cruzados contra un área negra. Estaba en el vestíbulo cuando escuchó pasos detrás de ella. No botas crujientes sobre el mármol, sino zapatos suaves, bien usados.

—Delilah Bard —dijo una voz calma, familiar.

Ella se detuvo a mitad de un paso, luego se dio vuelta. El sumo sacerdote del Santuario de Londres estaba ahí parado, sosteniendo una copa de plata con ambas manos, los dedos entrelazados. Su sotana blanca tenía ribetes dorados, su cabello gris plateado estaba peinado de forma sencilla alrededor de sus agudos ojos azules.

—Maestro Tieren —dijo ella, sonriendo aunque el corazón le palpitaba en advertencia—. ¿El *Aven Essen* puede beber?

—No veo por qué no —dijo él—. La clave de todas las cosas, sea magia o alcohol, es la moderación. —Observó la copa—. Además, esto es agua.

—Ah —dijo Lila, robando un paso hacia atrás, la máscara detrás de su espalda. No estaba del todo segura sobre qué hacer. Normalmente, sus dos opciones al ser acorralada eran darse vuelta y correr o luchar, pero ninguna parecía apropiada cuando se trataba del maestro Tieren. Una pequeña parte de ella se emocionó por ser reconocida, y realmente no podía imaginarse sacando un cuchillo contra el mentor de Kell.

—Vaya atuendo el que llevas puesto —observó el *Aven Essen*, avanzando—. Si querías una audiencia con el príncipe Rhy y el maestro Kell, estoy seguro de que simplemente podrías haber pedido una. ¿Era el disfraz realmente necesario? —Y luego agregó, al leer su expresión—: Pero este disfraz no era solo una forma de entrar al palacio, ¿no es cierto?

—En realidad, estoy aquí como competidora.

—No, no lo eres —dijo simplemente.

Lila se enfureció.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque los seleccioné yo mismo.

Lila se encogió de hombros.

—Uno de ellos debe haber renunciado.

Él la observó largamente.

¿Estaba leyendo sus pensamientos? ¿*Podía*? Esa era la parte más difícil de haber caído en un mundo donde la magia era posible. Hacía que te preguntaras si *todo* era magia. Lila no era ni una escéptica ni una creyente; se guiaba por sus instintos y el mundo que podía ver. Pero el mundo que podía ver se había vuelto considerablemente extraño.

—Señorita Bard, ¿en qué problema se ha metido ahora? —Antes de que ella pudiera responder, continuó—: Pero esa no es la pregunta correcta, ¿o sí? A juzgar por su apariencia, la pregunta correcta sería: ¿dónde está el maestro Elsor?

Lila mostró una sonrisa.

—Está vivo y bien. O al menos lo estaba la última vez que me fijé. —El sacerdote dejó escapar un suspiro corto—. Él está bien, maestro Tieren. Pero no podrá llegar para el *Essen Tasch*, así que yo lo reemplazaré.

Hubo otro suspiro breve, lleno de desaprobación.

—Fue usted quien me alentó —desafió Lila.

—Te dije que alimentaras el poder que se despertaba, no que hicieras trampa para entrar a un torneo internacional.

—Usted me dijo que había magia en mí. ¿Ahora cree que no tengo lo que se necesita?

—Yo no *sé* lo que tienes, Lila. Y tú tampoco. Y mientras me alegra escuchar que tu estadía en nuestro mundo ha sido hasta ahora fructífera, lo que necesitas es tiempo y práctica y una buena dosis de disciplina.

—Tenga un poco de fe, maestro Tieren. Alguna gente cree que la necesidad es la llave del progreso.

—Esa es gente estúpida. Y tú tienes un peligroso menosprecio por tu propia vida y por la vida de otros.

—Así me han dicho. —Robó otro paso atrás. Estaba en la puerta ahora—. ¿Va a intentar detenerme?

Él le lanzó una dura mirada azul.

—¿Podría?

—Podría intentarlo. Arrestarme. Exponerme. Podemos hacer un show de esto. Pero no creo que eso sea lo que usted quiere. El verdadero Stasion Elsor está camino a Delonar y no regresará a tiempo para competir. Además, este torneo es importante, ¿no es cierto? —Pasó un dedo hacia abajo por el marco de la puerta—. Por razones diplomáticas. Hay gente aquí de Faro y Vesk. ¿Qué cree que harán si descubren de dónde vengo realmente? ¿Qué dirán sobre las puertas entre los mundos? ¿Qué dirían sobre *mí*? Se complica bastante rápido, ¿no es cierto, maestro Tieren? Pero más que eso, creo que tiene curiosidad de ver qué puede hacer una chica del Londres Gris.

Tieren la miró fijo.

—¿Te han dicho alguna vez que eres demasiado aguda para tu propio bien?

—Demasiado aguda. Demasiado intensa. Demasiado imprudente. Lo he escuchado todo. Es un milagro que siga viva.

—Realmente.

La mano de Lila cayó desde el marco de la puerta.

—No le cuente a Kell.

—Oh, créeme, niña, es lo último que pensaba hacer. Cuando te atrapen, planeo simular que ignoro *todo* acerca de esto. —Bajó la voz y agregó, más que nada para sí—: Este torneo me matará. —Y luego se aclaró la garganta—. ¿Sabe que estás aquí?

Lila se mordió el labio.

—Todavía no.

—¿Piensas decirle?

Lila miró hacia el Salón Rose, más allá del sacerdote. Pensaba hacerlo, ¿o no? Entonces, ¿qué la estaba frenando? ¿La incertidumbre? Mientras ella supiera y él no, ella tenía el control. En cuanto él supiera, la balanza se movería. Además, si Kell averiguaba que ella iba a competir —si averiguaba lo que ella había hecho para competir—, ella nunca vería el escenario desde adentro, y aunque no la arrestaran, estaba segura de que nunca la dejaría en paz por ello.

Dio un paso afuera, en el rellano, Tieren la siguió.

—¿Cómo están? —preguntó ella, mirando afuera a la ciudad.

—¿Los príncipes? Parecen estar bastante bien. Y sin embargo… —Tieren sonaba genuinamente preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Las cosas no han sido igual desde la Noche Negra. El príncipe Rhy es el mismo y, sin embargo, no lo es. Sale a la calle con menos frecuencia y crea más problemas cuando lo hace.

—¿Y Kell?

Tieren vaciló.

—Algunos lo creen responsable por la sombra que cruzó nuestra ciudad.

—Eso no es justo —ladró Lila—. Nosotros salvamos la ciudad.

Tieren se encogió de hombros, como diciendo que esa es la naturaleza del miedo y la duda. Se reproducen con demasiada facilidad. Kell y Rhy habían parecido felices en ese balcón, pero ella podía ver los bordes raídos del disfraz. La oscuridad justo detrás.

—Es mejor que te vayas —dijo el *Aven Essen*—. Mañana será… bueno, algo será.

—¿Me alentará? —preguntó ella, obligándose a mantener la voz liviana.

—Rezaré por que no hagas que te maten.

Lila sonrió con suficiencia y comenzó a bajar los escalones. Estaba a mitad de llegar a la calle, cuando escuchó que alguien decía:

—Espere.

Pero no había sido Tieren. Esa voz era de alguien más joven, una voz que no había escuchado en cuatro meses. Aguda y baja, con un toque de esfuerzo, como agitado o reprimido.

Kell.

Ella vaciló en las escaleras, con la cabeza gacha, los dedos dolidos donde habían agarrado el casco. Estaba a punto de darse vuelta, pero él habló de nuevo, llamando a alguien. No era a ella.

—Tieren —dijo Kell—. Espere, por favor.

Lila tragó saliva, de espaldas al sumo sacerdote y el príncipe del ojo negro.

Necesitó de toda su fuerza para empezar a caminar de nuevo.

Y cuando lo hizo, no miró atrás.



—¿Qué sucede, maestro Kell? —preguntó Tieren.

Kell sintió que las palabras se le secaban en la garganta. Finalmente, logró decir solo una oración petulante.

—Me ha estado evitando.

Los ojos del anciano brillaron, pero no negaron su reclamo.

—Tengo muchos talentos, Kell —dijo—, pero creas o no, el engaño nunca ha estado entre ellos. Supongo que es por eso que nunca he ganado una partida de *sanct*…

Kell levantó una ceja. No podía imaginar al *Aven Essen* jugando, para empezar.

—Quería agradecerle. Por permitirnos a Rhy y a mí…

—No te he permitido nada —interrumpió Tieren. Kell se avergonzó—. Simplemente no te he detenido, porque si he aprendido algo sobre ustedes dos es que si quieren hacer una cosa, la harán, y al demonio el mundo.

—Cree que estoy siendo egoísta.

—No, maestro Kell. —El sacerdote se frotó los ojos—. Creo que estás siendo humano.

Kell no sabía si eso era un desaire, viniendo del *Aven Essen*, quien se suponía que debía pensar que él era *bendito*.

—A veces pienso que me he vuelto loco.

Tieren suspiró.

—A decir la verdad, creo que todos están locos. Creo que Rhy está loco por armar esta estratagema, más loco aún por planearla tan bien. —Su voz bajó un poco—. Creo que el rey y la reina están locos por culpar a un hijo más que al otro.

Kell tragó.

—¿Me perdonarán alguna vez?

—¿Qué prefieres? ¿Su perdón o la vida de Rhy?

—No debería tener que elegir —estalló Kell.

La mirada de Tieren vagó hacia los escalones y al Isle y a la ciudad resplandeciente.

—El mundo no es ni justo ni correcto, pero tiende a equilibrarse a sí mismo. La magia nos enseña eso. Pero quiero que me prometas algo.

—¿Qué?

Esa aguda mirada azul regresó.

—Que tendrás cuidado.

—Haré lo mejor que pueda. Sabe que no deseo causarle dolor a Rhy, pero…

—No te estoy pidiendo que cuides la vida de Rhy, niño tonto. Estoy pidiendo que cuides la tuya. —El maestro Tieren llevó la mano al rostro de Kell, una calma familiar se transmitió como calor.

Justo entonces, apareció Rhy, que se veía alegremente borracho.

—¡Ahí estás! —gritó. Envolvió los hombros de Kell con un brazo y siseó—: *Escóndete*. La princesa Cora está cazando príncipes.

Kell dejó que Rhy lo arrastrara de regreso adentro y le echó una última mirada a Tieren, quien estaba parado en los escalones, de espaldas al palacio y con los ojos hacia la noche.

IV



—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Nos escondemos.

—Estoy seguro de que nos podríamos haber escondido en el palacio.

—De verdad, Kell. No tienes imaginación.

—¿Se va a hundir?

La botella en manos de Rhy derramó líquido.

—No seas ridículo.

—Creo que es una pregunta válida —retrucó Kell.

—Me dijeron que no podía hacerse —dijo Rhy, brindando por el escenario.

—¿Que no podía o que no debía? —preguntó Kell, pisando la superficie del estadio como si estuviese hecha de vidrio—. Porque si es lo segundo…

—Eres tan molesto. —Rhy se golpeó el pie contra algo, un dolor agudo le hizo eco a Kell en los dedos del pie.

—Aquí tienes —se quejó, invocando fuego a la palma de su mano.

—No. —Rhy se lanzó sobre él, forzándolo a cerrar la mano, por lo que la luz se extinguió—. Nos estamos escabullendo. Se supone que eso se hace a oscuras.

—Bueno, entonces mira por dónde vas.

Rhy debe haber decidido que había ido lo suficientemente lejos, porque se dejó caer al piso de piedra pulida del estadio. A la luz de la luna, Kell podía ver los ojos de su hermano, la diadema de oro sobre su cabellera, la botella de vino especiado mientras sacaba el corcho.

Kell bajó al suelo, al lado del príncipe, y se apoyó contra algo: ¿una plataforma, una pared, un conjunto de escalones? Inclinó la cabeza hacia atrás y se maravilló con el estadio, con lo poco que podía ver. Las gradas se llenarían en poco tiempo, el ardid se desarrollaría pronto, y la idea de que todo eso pudiera realmente funcionar…

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Kell.

—Es un poco tarde para que cambiemos de parecer —observó el príncipe.

—Estoy hablando en serio, Rhy. Todavía estamos a tiempo.

El príncipe bebió un sorbo de vino y apoyó la botella entre ambos, claramente pensando en su respuesta.

—¿Te acuerdas de lo que te dije? —preguntó suavemente—. Después de aquella noche. Acerca de por qué tomé el pendiente de Holland.

Kell asintió.

—Querías fuerza.

—Aún la quiero —susurró Rhy—. Todos los días. Me despierto queriendo ser

una persona más fuerte. Un mejor príncipe. Un rey valioso. Ese deseo es como un fuego en mi pecho. Y luego están estos momentos, estos momentos horribles y gélidos en que recuerdo lo que hice… —La mano se le fue al corazón—. A mí mismo. A ti. A mi reino. Y duele… —Le tembló la voz—. Más de lo que dolió morir. Hay días en los que siento que no merezco esto. —Le dio un golpecito al sello de almas—. Merezco estar…

Se quedó en silencio, pero Kell podía sentir el dolor de su hermano, como si fuese algo físico.

—Supongo que lo que intento decir —continuó Rhy— es que yo también necesito esto. —Sus ojos finalmente encontraron los de Kell—. ¿Está bien?

Kell tragó saliva.

—Está bien. —Agarró la botella.

—Dicho esto, intenta que no nos maten a ambos.

Kell soltó un quejido y Rhy rio.

—Por los planes inteligentes —dijo Kell, brindando con su hermano— y los príncipes elegantes.

—Por los magos enmascarados —dijo Rhy, birlando el vino.

—Por las ideas locas.

—Por el *Essen Tasch*.

—¿No sería increíble —murmuró Rhy después, cuando la botella ya estaba vacía — si nos saliéramos con la nuestra?

—Quién sabe —dijo Kell—. Quizá lo hagamos.



Rhy entró tropezándose a la habitación, haciendo gestos con la mano para rechazar las preguntas de Tolners sobre dónde había estado, y cerró la puerta en la cara del guardia. Estaba oscuro y dio tres pasos inestables antes de golpearse la canilla contra una mesa baja y maldecir con fiereza.

La habitación flotaba, un revoltijo de sombras iluminado solo por la luz tenue del fuego bajo en el hogar y las velas en las esquinas, solo la mitad de las cuales estaban encendidas. Rhy retrocedió hasta que su espalda encontró la pared más cercana y espero allí a que la habitación se detuviera.

Abajo, la fiesta finalmente se había disipado, los miembros de la realeza se habían retirado a sus cuartos, los nobles a sus hogares. Mañana. Mañana el torneo finalmente estaría aquí.

Rhy sabía cuál era la verdadera duda de Kell, y no era ser atrapado o crear problemas; era el miedo a causarle dolor a él. Todos los días Kell se movía como si Rhy estuviese hecho de vidrio, y los estaba volviendo locos a ambos. Pero una vez

que la competencia comenzara, una vez que viera que Rhy estaba bien, que podía soportarlo, sobrevivir —demonios, podía sobrevivir a *cualquier cosa*, ¿no era ese el punto?—, entonces quizá Kell se soltaría, dejaría de contener la respiración, dejaría de intentar protegerlo y simplemente *viviría*.

Porque Rhy no necesitaba su protección, ya no, y solo le había dicho una verdad a medias cuando le dijo que ambos necesitaban esto.

La verdad completa era que Rhy lo necesitaba *más*.

Porque Kell le había dado un regalo que él no quería, que nunca podría retribuir.

Siempre había envidiado la fuerza de su hermano.

Y ahora, de una forma horrible, era suya.

Era inmortal.

Y *odiaba* serlo.

Y odiaba odiarlo. Odiaba haberse convertido en la cosa que jamás había querido ser, una carga para su hermano, una fuente de dolor y sufrimiento, una prisión. Odiaba que, de haber podido elegir, hubiese dicho que no. Odiaba estar agradecido de no haber tenido opción, porque quería vivir, aunque no lo merecía.

Pero más que nada, Rhy odiaba la forma en que su vida cambiaba cómo *Kell* vivía, la forma en que su hermano se movía por la vida como si de repente fuese frágil. La piedra negra y lo que fuese que vivía dentro de ella, y por un tiempo en Kell, habían cambiado a su hermano, habían despertado algo agitado, algo temerario. Rhy quería gritar, sacudir a Kell y decirle que no rehuyera del peligro por él, sino que fuera contra este, aunque eso significase salir herido.

Porque Rhy se merecía ese dolor.

Podía ver que su hermano se sofocaba debajo del peso de esto. De él.

Y él odiaba eso.

Y este gesto —este gesto estúpido, loco, peligroso— era lo mejor que podía hacer.

Lo máximo que podía hacer.

La habitación se enderezó y, de repente, con desesperación, Rhy necesitó otro trago.

Había un aparador a lo largo de la pared, una cosa de madera ornamentada con incrustaciones de oro. Copas de vidrio bajas se apiñaban en una bandeja con una docena de distintas botellas de licor fino, y Rhy entrecerró los ojos en la penumbra, observando la selección antes de ir por el estrecho frasquito en el fondo, escondido tras las botellas más altas y brillantes. El bálsamo en el vial era lechoso, del tapón salía un tubito estrecho.

«Uno para calmar. Dos para acallar. Tres para dormir».

Eso es lo que había dicho Tieren cuando se lo prescribió.

Los dedos de Rhy temblaron al estirarse hacia el frasco, chocando las otras cosas.

Era tarde y no quería estar solo con sus pensamientos.

Podía llamar a alguien —nunca había tenido problemas para encontrar compañía

—, pero no estaba de humor para sonreír y divertirse y ser encantador. Si Gen y Parrish estuvieran aquí, jugarían *sanct* con él, lo ayudarían a mantener los pensamientos a raya. Pero Gen y Parrish estaban muertos, y era culpa de Rhy.

«No deberías estar vivo».

Sacudió la cabeza, tratando de silenciar las voces, pero estas se aferraban.

«Decepcionas a todos».

—Detente —gruñó por lo bajo. Odiaba la oscuridad, la ola de sombras que siempre lo alcanzaba. Había tenido la esperanza de que la fiesta lo agotara, lo ayudara a dormir, pero su cuerpo cansado no hacía nada para acallar estos pensamientos furibundos.

«Eres débil».

Dejó que tres gotas cayeran en un vaso vacío, seguidas de un chorrito de agua endulzada con miel.

«Un fracaso».

Rhy bebió el contenido de una sola vez («Asesino») y comenzó a contar, en parte para marcar los efectos y en parte para ahogar las voces. Se quedó parado en la barra, mirando fijo el vaso vacío y midiendo los segundos hasta que sus pensamientos y su vista comenzaran a borronearse.

Rhy se alejó del aparador y casi se cae cuando el mundo se inclinó alrededor de él. Se sostuvo contra el pilar de la cama y cerró los ojos («No deberías estar vivo»), se quitó las botas de un tirón y palpó su camino para entrar a la cama. Se envolvió alrededor de sí mismo mientras los pensamientos lo seguían azotando: la voz de Holland, el amuleto, distorsionados ahora, retorcidos en los recuerdos de la noche en que Rhy murió.

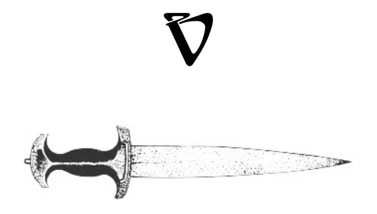
No se acordaba de todo, pero recordaba a Holland ofreciéndole el regalo.

«Para fortalecer».

Recordó estar parado en sus aposentos, deslizar el cordón con el pendiente por sobre su cabeza, estar a mitad de camino hacia el salón y luego, nada. Nada hasta que un calor abrasador le desgarró el pecho, y bajó la vista para ver su propia mano alrededor de la empuñadura de una daga, el filo enterrado entre sus costillas.

Recordaba el dolor y la sangre y el miedo y finalmente el silencio y la oscuridad. La rendición de dejarse ir, de hundirse, lejos, y el *shock* de ser arrastrado de regreso, la fuerza de esto como una caída, un dolor terrible, discordante. Solo que no estaba cayendo hacia abajo. Estaba cayendo hacia arriba. Elevándose de regreso a la superficie de sí mismo y entonces, y entonces.

Y entonces el bálsamo finalmente hizo efecto, los recuerdos fueron silenciados al desvanecerse con compasión el presente y el pasado, y Rhy se deslizó febrilmente hacia el sueño.



Londres Blanco

Holland iba de un lado al otro de la recámara real.

Era tan enorme y abovedada como la habitación del trono, con amplios ventanales en cada uno de los lados. Construida dentro de la aguja occidental del castillo, miraba desde arriba a toda la ciudad. Desde aquí podía ver el resplandor del Sijlt bailando como la luz de la luna contra las nubes bajas, ver las lámparas que ardían, tenues pero constantes, difusas por los cristales y la neblina baja, ver la ciudad —*su* ciudad— dormir y despertarse, descansar y agitarse, y volver a la vida.

Levantó de golpe la cabeza cuando algo aterrizó sobre el alféizar —el poder se elevó a la superficie por reflejo—, pero era tan solo un pájaro. Blanco y gris con una cresta dorada suave y ojos que brillaban tan negros como los de Holland. Exhaló.

Un *pájaro*.

¿Cuánto tiempo hacía desde que había visto uno? Los animales se habían volado con la magia mucho tiempo atrás, en busca de lugares remotos donde el mundo no estaba muriendo, hurgando para alcanzar la vida menguante. Cualquier criatura lo suficientemente tonta como para extraviarse en algún lugar dentro del alcance era matada para sustento o hechizos, o ambas cosas. Los Dane habían conservado dos caballos, dos bestias blancas impolutas, e incluso aquellas habían caído en los días posteriores a su muerte, cuando la ciudad se sumió en el caos y la masacre por la corona. Holland se había perdido esos primeros días, por supuesto. Los había pasado aferrándose a la vida en un jardín a un mundo de distancia.

Pero aquí, ahora, había un pájaro.

No se dio cuenta de que se estiraba hacia él hasta que este se erizó y desplegó las alas. Sus dedos apenas rozaron sus plumas antes de que el ave estuviese fuera del alcance.

Un solo pájaro. Pero era una señal. El mundo estaba cambiando.

Osaron podía invocar muchas cosas, pero no esto. Nada con un latido, nada con alma. Holland pensó que eso era para mejor. Después de todo, si Osaron pudiese hacer un cuerpo por sí mismo, entonces no necesitaría a Holland. Y por más que Holland necesitara la magia de Osaron, pensar que el *oshoc* pudiera moverse libremente hizo que un escalofrío lo recorriera. No, Holland no solo era el socio de Osaron, también era su prisión.

Y su prisionero se estaba volviendo cada vez más inquieto.

«Más».

La voz hacía eco en su mente.

Holland tomó un libro y comenzó a leer, pero solo había pasado dos páginas cuando el papel se agitó, como si lo hubiese movido el viento, y toda la cosa —desde el papel hasta la cubierta— se convirtió en vidrio en sus manos.

—Esto es infantil —murmuró, mientras ponía el libro arruinado a un lado y apoyaba las manos abiertas sobre el alféizar.

«Más».

Sintió un temblor debajo de las manos y bajó la mirada para encontrar tentáculos de niebla extendiéndose sobre la piedra y dejando escarcha, flores, hiedra, fuego a su paso.

Holland arrancó las manos de allí como si quemara.

—Detén esto —dijo, llevando los ojos al espejo alto, elegante, entre dos ventanas. Observó su reflejo y vio la mirada impaciente, impetuosa de Osaron.

«Podríamos hacer más».

«Podríamos ser más».

«Podríamos tener más».

«Podríamos tener cualquier cosa».

«Y sin embargo…».

La magia serpenteó hacia adelante, reptó desde las propias manos de Holland, cien líneas delgadas como un hilo que se propagaron y arquearon alrededor de él, hilando de pared a pared y desde el techo al piso, hasta que él se quedó parado en el centro de una jaula.

Holland negó con la cabeza y disipó la ilusión.

—Este es mi mundo —dijo—. No es un lienzo para que lleves a cabo tus caprichos.

«No tienes visión», se molestó Osaron desde el reflejo.

—Tengo una visión —respondió Holland—. He visto lo que sucedió con *tu* mundo.

Osaron no dijo nada, pero Holland podía sentir su agitación. Podía sentir el *oshoc* caminando inquieto por los bordes de su ser, haciendo muescas de desgaste en su mente. Osaron era tan viejo como el mundo e igual de salvaje.

Holland cerró los ojos e intentó forzar la calma sobre ambos, como si fuese una manta. Necesitaba dormir. Había una cama grande en el mismísimo centro de la habitación, elegante pero intacta. Holland no dormía. No del todo. Athos había pasado demasiados años tallando —cortando, quemando, rompiendo— la desconfianza de la paz en su cuerpo. Sus músculos se rehusaban a aflojarse; su mente no se relajaba; las paredes que había construido no habían sido levantadas para venirse abajo. Athos podía estar muerto, pero Holland no podía deshacerse del miedo de que cuando su ojos se cerraran, los de Osaron pudieran abrirse. No podía soportar el pensamiento de perder el control otra vez.

Había apostado guardias ante su habitación para asegurarse de no vagar, pero cada vez que se despertaba, el dormitorio se veía diferente. Un despliegue de rosas que subían por la ventana, un candelabro de hielo, una alfombra de musgo o alguna tela exótica; algún pequeño cambio forjado por la noche.

«Teníamos un trato».

Podía sentir la voluntad del *oshoc* luchando contra la suya, volviéndose más fuerte cada día, y aunque Holland aún estaba en control, no sabía por cuánto más. Algo tendría que ser sacrificado. O alguien.

Holland abrió los ojos y se encontró con la mirada del *oshoc*.

—Quiero hacer un trato nuevo.

En el espejo, Osaron ladeó la cabeza, esperando, escuchando.

—Te encontraré otro cuerpo.

La expresión de Osaron se amargó.

«Son demasiado débiles para sustentarme. Incluso Ojka se derrumbaría bajo mi contacto verdadero».

—Te encontraré un cuerpo tan fuerte como el mío —dijo Holland con cuidado.

Osaron pareció intrigado. «¿Un *antari*?».

Holland continuó.

—Y su mundo. Para que lo hagas el tuyo. Y a cambio, me dejarás este mundo a mí. No como estaba, sino como puede ser. Restaurado.

«Otro cuerpo, otro mundo», reflexionó Osaron. «¿Tan ansioso de deshacerte de mí?».

—Quieres más libertad —dijo Holland—. Te la estoy ofreciendo.

Osaron consideró la oferta. Holland intentó mantener la mente en calma y despejada, sabiendo que el *oshoc* podía sentir sus sentimientos y saber sus pensamientos.

«Me ofreces un recipiente *antari*. Sabes que no puedo tomar un cuerpo tal sin permiso».

—Ese es mi problema —dijo Holland—. Acepta mi oferta y tendrás un nuevo cuerpo y un nuevo mundo para hacer lo que te plazca. Pero no tomarás *este* mundo. No lo arruinarás.

«Hmmm», el sonido fue una vibración en la cabeza de Holland. «Muy bien», dijo el *oshoc* finalmente. «Tráeme otro cuerpo, y trato hecho. Tomaré su mundo en vez de este».

Holland asintió.

«Pero», agregó Osaron, «si no pueden ser persuadidos, mantendré tu cuerpo como propio».

Holland gruñó. Osaron aguardó.

«¿Y bien?». Una sonrisa lenta reptó sobre el reflejo. «¿Aún quieres hacer el trato?».

Holland tragó saliva y miró tras la ventana, un segundo pájaro pasó volando.

—Sí.

Ocho

El Essen Tasch

I



Kell se sentó de golpe, con un grito aún alojado en la garganta.

Líneas de sudor trazaban los contornos de su rostro mientras él parpadeaba para alejar la pesadilla.

En sus sueños, el Londres Rojo estaba ardiendo. Aún podía sentir olor a humo ahora que estaba despierto, y le tomó un momento darse cuenta de que no era un simple eco que lo acompañaba desde la pesadilla. Las sábanas estaban chamuscadas donde las estaba agarrando, de alguna manera había invocado fuego mientras dormía. Kell quedó mirándose las manos, los nudillos blancos. Habían pasado muchos años desde la última vez que su control había flaqueado.

Kell arrojó los cubrecamas al suelo y estaba casi de pie cuando escuchó la cascada de sonido detrás de las ventanas, las trompetas y campanas, los carruajes y gritos.

El torneo.

Le zumbaba la sangre mientras se vestía. Dio vueltas su abrigo varias veces —para asegurarse de que la chaqueta plateada de Kamerov no hubiese sido tragada por los infinitos pliegues de tela—, antes de regresarlo al rojo de la realeza y dirigirse al primer piso.

Hizo una aparición breve en el desayuno, saludó al rey y la reina con la cabeza y le deseó suerte a Rhy mientras una ráfaga de asistentes se revolvía alrededor del príncipe con los últimos planes, notas y preguntas.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó el rey, cuando Kell tomaba un pastelito y se dirigía hacia la puerta.

—¿Señor? —preguntó, mirando hacia atrás.

—Este es un evento real, Kell. Se espera que asistas.

—Por supuesto. —Tragó saliva. Rhy le lanzó una mirada que decía «Te he traído hasta aquí. No lo arruines ahora». ¿Y si lo hacía? ¿Tendría Rhy que llamar a Castars para que hiciera otra aparición? Sería demasiado arriesgado intercambiar roles otra vez y a tiempo para los combates, y Kell tenía la sensación de que el encanto de Castars no lo salvaría en el *ring*. Kell se esforzó para encontrar una excusa—. Es que… No pensé que fuera sensato estar parado con la familia real.

—¿Y por qué crees eso? —preguntó el rey Maxim. Los ojos de la reina se movieron en su dirección, mirando por encima de su hombro, y Kell se tuvo que tragar la necesidad de decir que él *no era* realmente un miembro de la familia real, como los últimos meses habían dejado muy claro. Pero la mirada de Rhy fue una advertencia.

—Bueno —dijo Kell, luchando por encontrar una explicación—, por la seguridad del príncipe. Una cosa es ponerme en exhibición con dignatarios y competidores en la compañía de la realeza, Su Majestad, pero usted mismo ha dicho que soy un objetivo. —El príncipe le dirigió un pequeño movimiento con la cabeza a modo de aliento, y Kell continuó—: ¿Es realmente sensato ponerme tan cerca de Rhy en semejante evento público? Estaba pensando en apostarme en un lugar menos evidente, en caso de que me necesiten. Algún lugar con una buena vista del podio real, pero no sobre este.

La mirada del rey se entrecerró mientras pensaba. La mirada de la reina regresó a su té.

—Bien pensado —dijo Maxim a regañadientes—, pero mantén a Staff o a Hastra contigo en todo momento —advirtió—. Nada de vagar.

Kell se las ingenió para sonreír.

—No hay ningún lugar en el que preferiría estar.

Y con eso, se escabulló.

—El rey *sabe* sobre su rol —dijo Hastra mientras caminaban por el salón—, ¿no cierto?

Kell le echó un vistazo al joven guardia.

—Por supuesto —dijo con desenvoltura. Y luego, por capricho, agregó—: Pero la reina no. Sus nervios no podrían soportar el estrés.

Hastra asintió con complicidad.

—No ha sido la misma, ¿verdad? —susurró—, desde aquella noche.

Kell se enderezó y aceleró el paso.

—Ninguno de nosotros lo ha sido.

Cuando llegaron a los escalones del Cuenco, Kell hizo una pausa.

—¿Conoces el plan?

—Sí, señor —dijo Hastra. Sonrió con excitación y desapareció.

Kell se quitó el abrigo con una sacudida de hombros y lo dobló de adentro hacia afuera mientras descendía al Cuenco, donde ya había dibujado un atajo en la pared de piedra brillosa. Su máscara descansaba dentro de su caja, que estaba apoyada sobre la mesa junto a una nota de su hermano.

«Mantén esto —y tu cabeza— sobre tus hombros».

Kell se puso la chaqueta plateada de Kamerov con una sacudida de hombros y abrió la caja. La máscara esperaba dentro, su superficie pulida para reproducir claridad refinó el reflejo de Kell hasta que pareció que pertenecía a alguien más.

Al lado de la caja había un trozo de tela roja enrollada y cuando Kell la alisó, vio que era un nuevo banderín. Las dos rosas habían sido reemplazadas por leones gemelos, blancos y negros y delineados con dorado contra el fondo rojo.

Kell sonrió y se puso la máscara por la cabeza con un tirón, su cabello rojizo y sus ojos de dos tonos desaparecieron detrás de la superficie plateada.

—Maestro Kamerov —dijo Staff, cuando salió al aire matutino—. ¿Está listo?

—Lo estoy —respondió en arnesiano, los bordes de su voz apagados y suavizados por el metal.

Comenzaron a subir los escalones y cuando llegaron a la cima, Kell esperó mientras el guardia desaparecía y luego reaparecía un momento después para confirmar que el camino estaba despejado. O mejor dicho, cubierto. Los escalones estaban protegidos por los cimientos del palacio, que iban desde el río a la calle, y los puestos del mercado atestaban las orillas, obstruyendo el paso. Para cuando Kell salió de la sombra del palacio y se escabulló entre carpas y hacia la calle principal, el *antari* de la realeza había quedado atrás. Kamerov Loste había tomado su lugar.

Aunque quizá fuese un hombre diferente, aún era alto, delgado y estaba vestido de color plateado, desde la máscara hasta las botas, y los ojos de la multitud rápidamente registraron al mago en medio de ellos. Pero después de la primera ola, Kell no se encogió ante la atención. En vez de tratar de encarnar a Rhy, encarnó una versión de sí mismo —una que no le tenía miedo a la mirada de la gente, una que tenía poder y nada que esconder— y pronto estaba caminando con confianza y comodidad.

Mientras se abría paso con la muchedumbre hacia el estadio central, Staff iba atrás, mezclado con otros guardias apostados en la calle en intervalos regulares, y caminaba en medio de la gente.

Kell sonrió al subir por el camino del puente desde la orilla hacia el más grande de los estadios. La noche anterior se había imaginado que sentía el suelo moviéndose debajo de él, pero eso quizá había sido el vino, porque esta mañana, al llegar al pasaje abovedado que llevaba al piso del recinto, se sentía tan sólido como la tierra bajo sus pies.

Media docena de otros hombres y mujeres, todos arnesianos, ya estaban reunidos en el pasillo —los magos de Faro y Vesk debían congregarse en sus propios corredores—, esperando hacer su entrada triunfal. Como Kell, estaban engalanados con su vestuario oficial para el torneo, con abrigos elegantes o capas y, por supuesto, cascos.

Reconoció el cabello ensortijado de Kisimyr detrás de una máscara felina, Losen un paso detrás de ella, como si fuera una verdadera sombra. Al lado de ellos estaba la forma enorme de Brost, cuyos rasgos estaban apenas oscurecidos por una simple tira de metal oscuro sobre los ojos. Y ahí, detrás de una máscara de escamas adornada de azul, estaba parado Alucard.

La mirada de Alucard vagó hacia Kell, y este sintió que se tensaba, pero por supuesto, donde Kell vio un enemigo, Alucard solo pudo haber visto a un extraño en una máscara plateada. Y uno que obviamente se había presentado durante la Noche de los Estandartes, porque Alucard inclinó la cabeza con una sonrisa arrogante en los labios.

Kell devolvió el saludo, deseando en secreto que sus caminos se cruzaran en el *ring*.

Jinnar apareció en una ráfaga de viento contra la espalda de Kell, se deslizó más allá con una risita animada, antes de chocar hombros con Alucard.

Sonaron más pasos en el túnel y Kell se dio vuelta para ver a los últimos arnesianos unirse al grupo, la figura oscura de Stasion Elsor al final. Era largo y delgado, su rostro estaba completamente oculto tras una máscara demoníaca. Por un instante, a Kell se le cortó la respiración, pero Rhy tenía razón: Kell estaba decidido a ver a Lila Bard en cada forma vestida de negro, en cada sombra altanera.

Los ojos de Stasion Elsor estaban ensombrecidos por la máscara, pero de cerca, el rostro del demonio era diferente: los cuernos se arqueaban hacia atrás y tenía una mandíbula esquelética que abordaba boca y garganta. Un mechón de cabello de un tono más oscuro que el de Lila trazaba una línea como una grieta entre los oscurecidos ojos marrones del mago. Y aunque su boca era visible entre los dientes demoníacos, Stasion no sonreía, solo miraba fijamente a Kell. Kamerov.

—*Fal chas* —dijo Kell. *Buena suerte*.

—A ti —respondió simplemente Stasion, su voz casi engullida por el repentino estallido de las trompetas.

Kell se dio vuelta hacia los pasajes arqueados, al abrirse las puertas y comenzar las ceremonias.

II



—¿Ves, Parlo? —dijo Rhy, saliendo al balcón real del estadio—. Te dije que no se iba a hundir.

El asistente se abrazó a la pared trasera, se veía descompuesto.

—Por ahora, todo bien, Su Alteza —dijo, esforzándose por que lo escuchara por sobre las trompetas.

Rhy dirigió su sonrisa a la multitud expectante. Miles y miles se habían apiñado en el estadio central para las ceremonias de apertura. Arriba, los pájaros de tela se zambullían y elevaban en sus sogas de seda y, abajo, la piedra pulida del piso del estadio estaba vacía, salvo por tres plataformas elevadas. De astas montadas en cada una de estas, colgaban enormes banderas, cada una con un sello imperial.

El árbol faronés.

El cuervo veskano.

El cáliz arnesiano.

Sobre cada plataforma, había doce astas más bajas con banderines enrollados, esperando a sus competidores.

Estaba todo perfecto. Estaba todo listo.

Al apagarse las trompetas, una brisa fresca revolvió los rizos de Rhy, y él tocó la banda de oro que le abrazaba las sienes. Más oro brillaba en sus orejas, en su garganta y en sus puños, y al destellar con la luz, la voz de Alucard le presionó la piel.

«Me temo que no tienes lo suficiente…».

Rhy dejó de moverse nerviosamente. Detrás de él, el rey y la reina se sentaban entronizados en sillas doradas, flanqueados por *lord* Sol-in-Ar y los hermanos Taskon. El maestro Tieren estaba parado a un costado.

—¿Puedo, padre?

El rey asintió y Rhy dio unos pasos adelante hasta que estuvo al frente y en el centro de la plataforma, mirando al *ring*. El balcón real no se posaba en lo más alto del estadio, sino que estaba empotrado en el medio de un lado inclinado, una caja elegante a mitad de camino entre la entrada de los competidores y directamente frente a la plataforma de los jueces.

La gente comenzó a callarse y Rhy sonrió y sostuvo en alto un anillo de oro del tamaño de un brazalete. Cuando habló, el metal hechizado amplificó sus palabras. Los mismos anillos encantados —aunque de cobre y acero— se habían enviado a tabernas y patios a lo largo de la ciudad para que todos pudieran escuchar. Durante los combates, los comentaristas usarían los anillos para mantener a la ciudad al tanto

de las distintas victorias y derrotas, pero en este momento, la atención de la ciudad pertenecía a Rhy.

—Buenos días a todos los que se han congregado.

Una oleada de sorpresa placentera recorrió a la multitud reunida, al darse cuenta de que estaba hablando en arnesiano. La última vez que Londres había albergado el torneo, el padre de Rhy se había colocado por encima de su pueblo y había hablado en alto imperial, mientras un traductor ofrecía las palabras en lengua vulgar desde una plataforma más baja.

Pero esto no era solo un asunto de Estado, como su padre había afirmado. Era una celebración para el pueblo, su ciudad, su imperio, en el idioma de *ellos*.

También fue un paso más allá: la plataforma de abajo, donde debían estar los traductores no solo de Arnes sino también de Faro y Vesk, estaba vacía. Los extranjeros fruncieron el entrecejo, preguntándose si la ausencia había sido algún tipo de menosprecio. Pero sus expresiones se tornaron alegres cuando Rhy continuó.

—¡*Glad-ach*! —dijo, dirigiéndose a los veskanos—. *Anagh cael tach*. —Y luego, con la misma desenvoltura, pasó a la viperina lengua de Faro—: *Sasors noran amurs*.

Dejó que las palabras se apagaran, mientras saboreaba la reacción de la multitud. Rhy siempre había tenido facilidad para los idiomas. Ya era hora de darles algún uso.

—Mi padre, el rey Maxim, me ha otorgado el honor de supervisar el torneo de este año.

Esta vez, al hablar, sus palabras hacían eco desde otras esquinas del estadio, su voz se retorcía en las otras dos lenguas vecinas. Una ilusión, una que Kell le había ayudado a diseñar, con una variedad de hechizos de voz y proyección. Su padre había insistido en que la fuerza era la imagen de la fuerza. Quizá lo mismo se aplicaba a la magia.

—Por más de cincuenta años, los Juegos Elementales nos han hermanado a través del deporte y la celebración, nos han dado una razón para brindar con nuestros hermanos veskanos y para abrazar a nuestros amigos faroneses. Y aunque solo un mago, una nación, puede alzarse con el título este año, ¡deseamos que los Juegos continúen siendo una celebración del vínculo entre nuestros grandes imperios! —Rhy ladeó la cabeza y sonrió con picardía—. Pero dudo que estén todos aquí para hablar de política. Me imagino que están aquí para ver algo de *magia*.

Un hurra de aliento recorrió las masas.

—Bueno, entonces, les presento a sus magos.

Desde la plataforma real se desenrolló una columna de tela negra brillosa, cuyo extremo tenía peso para que quedara bien tirante al estirarse. Una pancarta idéntica se desplegó en el lado opuesto del estadio.

—De Faro, nuestros venerables vecinos del sur, les presento a las mellizas de viento y fuego Tas-on-Mir y Tas-an-Mir; el susurrador de olas Ol-ran-Es; el inigualable Ost-ra-Gal…

Al mismo tiempo que Rhy leía cada nombre, estos aparecían en letras blancas

contra el cartel de seda oscura debajo de él.

—De Vesk, nuestros nobles vecinos del norte, les presento al descomunal Otto, el inamovible Voz, el feroz Rul…

Y cuando su nombre era anunciado, el competidor caminaba a lo largo del suelo del estadio y tomaba su lugar en el podio.

—Y finalmente, de nuestro gran imperio de Arnes, les presento a nuestra campeona, la gata de fuego Kisimyr. —Un hurra estruendoso surgió de la multitud—. El rey del mar, Alucard; el hijo del viento, Jinnar…

Y cuando cada mago tomaba su lugar, el banderín de su elección se desarrollaba sobre su cabeza.

—Y Kamerov, el caballero de plata.

Era una danza, elaborada y elegante y coreografiada a la perfección.

La multitud bramó en aplausos cuando el último de los estandartes arnesianos chasqueó en el aire fresco de la mañana: un juego de cuchillas gemelas sobre Stasion Elsor.

—A lo largo de los próximos cinco días y noches —continuó Rhy—, estos treinta y seis magos competirán por el título y la corona. —Se tocó la cabeza—. No pueden tener esta —agregó con un guiño—, es mía. —Una oleada de risas recorrió las gradas —. No, la corona del torneo es mucho más espectacular. Riquezas incomparables, renombre inigualable, gloria para su nombre, su casa, su reino.

Desapareció todo rastro de escritura de las cortinas de tela negra y las líneas de la grilla del torneo aparecieron en blanco.

—Para la primera ronda, se ha agrupado a los magos en pares. —Al mismo tiempo que lo dijo, se escribieron los nombres en los bordes externos de la programación.

Los espectadores comenzaron a murmurar y los propios magos comenzaron a moverse al ver los nombres de sus oponentes por primera vez.

—Los dieciocho vencedores —prosiguió Rhy— serán nuevamente separados en pares y los nueve que avancen serán colocados en grupos de tres, donde tendrán que enfrentarse uno a uno. De cada grupo, saldrá uno, el que tenga la posición más alta, para combatir en la final. Solo entrarán tres magos y solo uno saldrá victorioso. Así que díganme —concluyó Rhy, dando vueltas el aro dorado entre sus dedos—: ¿están listos para ver algo de magia?

El ruido en el estadio se volvió ensordecedor, y el príncipe sonrió. Quizá no fuese capaz de invocar fuego o atraer lluvia o hacer crecer árboles, pero aún sabía cómo generar impacto. Podía sentir la excitación de la audiencia, como si fuera un pulso dentro de él. Y entonces se dio cuenta de que no era solo la excitación de la multitud lo que estaba sintiendo.

También era la de Kell.

«Muy bien, hermano», pensó, sosteniendo el anillo de oro en su dedo gordo como una moneda.

—Ha llegado la hora de maravillarse y alentar y elegir a sus campeones. Entonces, sin más demora… —Rhy lanzó el círculo de oro al aire y, al hacerlo, explotaron fuegos artificiales por encima. Cada explosión de luz había sido emparejada con su propio estallido de humo negro azulado, una ilusión nocturna que llegaba solo tan lejos como el fuego de artificio y lo activaba contra un cielo gris invernal.

Atrapó el aro y lo sostuvo en alto otra vez, su voz tronó por encima de los fuegos artificiales y los hurras de la multitud.

—¡Que comiencen los Juegos!

III



Lila había perdido la cabeza. Esa era la única explicación. Estaba parada en una plataforma, rodeada de hombres y mujeres que prácticamente vibraban de poder, la explosión de fuegos artificiales a lo alto y el rugido de la multitud en todos lados, usando la ropa robada de un extraño y a punto de competir en nombre de un imperio al que no servía, en un mundo al cual ni siquiera pertenecía.

Y estaba sonriendo como una idiota.

Alucard le dio un empujón en el hombro y ella se dio cuenta de que los otros magos estaban bajando de la plataforma, yendo en fila hacia el pasillo por el que habían entrado.

Siguió a la procesión, que salía del escenario y cruzaba el armazón del túnel-puente —ella honestamente no lograba descifrar qué estaba sosteniendo al estadio, pero lo que fuera que fuese, ella parecía estar caminando sobre ello— y regresaba a la tierra firme de las orillas sureñas de la ciudad.

Una vez en tierra, los espacios entre los magos comenzaron a agrandarse, a medida que caminaban a su propio ritmo hacia las carpas, y Lila y Alucard se encontraron con que había lugar para moverse y hablar.

—Aún pareces un pez —susurró Lila.

—Y tú aún pareces una muchacha jugando a los disfraces —retrucó Alucard. Unos pocos pasos en silencio después, agregó—: Te alegrará saber que hice que enviaran al hogar de nuestro amigo una pequeña suma, con el argumento de que era un bono de competidor.

—Qué generoso —dijo Lila—. Te lo devolveré de mis *ganancias*.

Alucard bajó la voz.

—Jinnar mantendrá la boca cerrada, pero no hay nada que yo pueda hacer respecto del maestro Tieren. Será mejor que lo evites, porque sin dudas sabe cómo es Stasion Elsor.

Lila hizo un gesto de descarte con la mano.

—No te preocupes por eso.

—No puedes *matar* al *Aven Essen*.

—No estaba planeando hacerlo —disparó ella—. Además, Tieren ya sabe.

—¿*Qué*? —Sus ojos oscuros como una tormenta se entrecerraron detrás de su máscara de escamas—. ¿Y desde cuándo llamas al *Aven Essen* de Londres por su nombre de pila? Estoy bastante seguro de que eso es una especie de blasfemia.

Los labios de Lila se retorcieron.

—El *maestro* Tieren y yo tendemos a cruzarnos.

—Todo parte de tu pasado misterioso, seguramente. No, está bien, no te molestes en decirme nada útil, solo soy tu capitán y el hombre que te ayudó a mandar a un hombre inocente a solo los Santos saben dónde para que pudieras competir en un torneo para el cual no estás de ninguna manera cualificada.

—Perfecto —dijo—, no lo haré. Y pensé que no ibas a relacionarte con Stasion Elsor.

Alucard frunció los labios, su boca perfectamente expuesta debajo de la máscara. Parecía estar enojado.

—¿Adónde estamos yendo? —preguntó ella para romper el silencio.

—A las carpas —dijo Alucard, como si eso explicara todo—. El primer combate es en una hora.

Lila trajo la programación de los Juegos a su mente, pero resultó ser innecesario, ya que todas las tablas de adivinación que se cruzaban parecían estar mostrando la grilla. Cada pareja tenía un símbolo al lado para marcar la pista —un dragón para la oriental, un león para la occidental, un pájaro para la central—, así como el orden. Según la grilla, Kisimyr debía enfrentar a su propio protegido, Losen; Alucard contra el veskano llamado Otto; Jinnar versus un faronés con una sarta de sílabas. ¿Y Lila? Leyó el nombre frente al de Stasion. *Sar Tanak*. Un cuervo a la izquierda del nombre indicaba que Sar era de Vesk.

—¿Tienes idea de cuál es Sar? —preguntó Lila, señalando con la cabeza a los altísimos hombres y mujeres rubios que caminaban adelante.

—Ah —dijo Alucard, haciendo un gesto hacia una figura del otro lado de la procesión—. *Allí* está Sar.

Los ojos de Lila se abrieron de par en par, al mismo tiempo que la silueta daba un paso adelante.

—¿*Ahí*?

Se elevaba con una altura de más de un metro ochenta y su cuerpo era como un bloque de piedra. Era una mujer, hasta donde Lila podía ver, sus rasgos imperturbables detrás de su máscara falconiforme, su cabello rubio claro en cortas trenzas desprolijas que sobresalían como plumas. Parecía ser de ese tipo de criaturas que cargan un hacha.

¿Qué había dicho Alucard sobre los veskanos, de que veneraban las montañas? Sar *era* una montaña.

—Pensé que la magia no tenía nada que ver con el tamaño físico.

—El cuerpo es un recipiente —explicó Alucard—. Los veskanos creen que cuanto más grande el recipiente, más poder puede contener.

—*Genial* —murmuró Lila para sí.

—Anímate —dijo Alucard cuando se acercaban a otra tabla de adivinación. Señaló sus nombres con la cabeza, ubicados en lados opuestos de la grilla—. Al menos nuestros caminos probablemente no se cruzarán.

Los pasos de Lila se desaceleraron.

—¿Quieres decir que tengo que vencer a toda esta gente solo para tener una chance de enfrentarme contigo?

Él ladeó la cabeza.

—Podrías haber solicitado ese privilegio cualquier noche a bordo del *Aguja,* Bard. Si querías una muerte rápida y humillante.

—Oh, ¿eso crees?

Cruzaron frente al palacio mientras conversaban y Lila descubrió que, en el lado más lejano, en lugar de los jardines que normalmente iban de la pared del palacio al puente de cobre, había tres carpas, unas cosas enormes y circulares con los colores del imperio. Lila se alegró secretamente de que las carpas no estuvieran también flotando. Había encontrado su equilibrio en el mar, claro, pero tenía suficientes cosas de qué preocuparse en el *Essen Tasch* como para pensar en la posibilidad de ahogarse.

—Y alégrate de no tener a Kisimyr en tu grupo —siguió Alucard, mientras un guardia sostenía abierta una solapa acortinada que servía de entrada principal a su carpa—. O Brost. Saliste bien parada.

—No hace falta que suenes tan aliviado… —dijo Lila, que se quedó callada al ver el esplendor del interior de la carpa arnesiana. Estaban parados en una especie de área común en el centro, el resto de la carpa estaba segmentado en doce espacios con forma de porción de pastel. La tela ondeaba hacia abajo desde el techo en punta (igual que lo hacía en los dormitorios del palacio) y todo era suave y lujoso y ribeteado en oro. Por primera vez en su vida, el asombro de Lila no iba acompañado del deseo de robar algo (o bien se estaba acostumbrando demasiado a la riqueza o, lo que era más probable, tenía suficiente carga sobre sus hombros como para agregar robo).

—Lo creas o no —susurró Alucard—, a uno de nosotros le gustaría verte viva.

—Quizá te sorprenda.

—Siempre lo haces. —El capitán miró en derredor y vio su banderín en una de las doce habitaciones acortinadas—. Y ahora, si me disculpas, tengo que prepararme para un duelo.

Lila lo saludó con la mano.

—Me aseguraré de elegir tu banderín. Es el que tiene un pez, ¿verdad?

—¡Ja!

—Buena suerte.



Lila se desajustó el casco al entrar a su carpa privada, marcada por una bandera negra con cuchillos cruzados.

—Maldita sea —masculló mientras se quitaba la máscara y la mandíbula demoníaca se le enredaba en el pelo. Y luego levantó la vista. Y se detuvo. La habitación era muchas cosas (simple, elegante, amenizada con sillones y mesas y tela ondeante). Pero *no* estaba vacía.

Había una mujer parada en el medio del espacio, vestida de blanco y dorado, sosteniendo una bandeja de té. Lila se sobresaltó y luchó contra la urgencia de sacar un arma.

—¿*Kers la*? —ladró, con el casco aún descansando en la cabeza.

La mujer frunció un poco el entrecejo.

—*An tas arensor*.

—No necesito una asistente —respondió Lila, todavía en arnesiano y aún luchando con su casco.

La mujer apoyó la bandeja, avanzó hacia adelante y, con un movimiento sencillo, desenredó el nudo, liberando a Lila de las mandíbulas del demonio. Le levantó el casco de la cabeza y lo puso sobre la mesa.

Lila decidió no agradecerle la ayuda arbitraria, pero las palabras se le salieron de la boca.

—De nada —respondió la mujer.

—No te necesito —repitió Lila.

Pero la mujer se mantuvo firme.

—Se les asigna un ayudante a todos los competidores.

—Bueno —dijo Lila con brusquedad—, entonces te dispenso.

—No creo que puedas.

Lila se frotó el cuello.

—¿Hablas alto imperial?

La mujer pasó al inglés sin esfuerzo.

—Va bien con mi puesto.

—¿Como sirviente?

Una sonrisa arañó la comisura de los labios de la mujer.

—Como sacerdotisa. —«Por supuesto», pensó Lila. El maestro Tieren elegía a los competidores. Tenía sentido que también suministrara a los asistentes—. El príncipe insiste en que todos los competidores tengan un asistente para que se ocupe de sus diferentes necesidades.

Lila levantó una ceja.

—¿Como qué?

La mujer se encogió de hombros y señaló hacia una silla.

Lila se tensó. Había un *cuerpo* en ella. No tenía cabeza.

La mujer cruzó hacia la forma, y Lila se dio cuenta de que no era un cuerpo sin cabeza después de todo, sino una armadura, no pulida, como las que usaban los guardias reales, sino simple y blanca. Lila se encontró estirándose hacia la pieza más cercana. Cuando la levantó, se maravilló por su liviandad. No parecía que fuera a

hacer demasiado por protegerla. La volvió a lanzar a la silla, pero la asistente la atrapó antes de que cayera.

—Con cuidado —dijo ella, apoyando la pieza con suavidad—, las placas son frágiles.

—¿De qué sirve una armadura frágil? —preguntó Lila. La mujer la miró como si hubiese hecho una pregunta muy estúpida. Lila odiaba ese tipo de miradas.

—Este es tu primer *Essen Tasch* —dijo ella. No era una pregunta. Sin esperar la confirmación, la mujer se inclinó hacia un baúl al lado de la silla y sacó una pieza de armadura extra. La sostuvo en alto para que Lila la viera y luego la lanzó contra el suelo. Cuando se encontró con el piso, la placa se agrietó y, al hacerlo, hubo un destello de luz. Lila hizo una mueca ante el repentino resplandor; tras el destello, la placa de la armadura ya no era blanca, sino gris oscuro.

—Así es cómo cuentan los puntos —explicó la asistente, recuperando la placa usada—. Una armadura completa tiene veintiocho piezas. El primer mago que rompe diez gana el combate.

Lila se estiró hacia abajo y levantó la placa arruinada.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó, dándola vueltas en sus manos.

—Bueno —dijo la sacerdotisa—, no puedes lanzar golpes con tu cuerpo, solo con tus elementos, pero estoy segura de que eso ya lo sabías.

Lila no tenía idea. Sonó una trompeta. Los primeros encuentros estaban a punto de comenzar.

—¿Tienes nombre? —preguntó, entregándole la placa.

—Ister.

—Bueno, Ister… —Lila retrocedió hacia la cortina—. ¿Simplemente… estás aquí parada hasta que te necesite?

La mujer sonrió y sacó un tomo de su bolsillo.

—Tengo un libro.

—Déjame adivinar, ¿un texto religioso?

—En realidad —dijo Ister, acomodándose en el sillón bajo—, es sobre piratas.

Lila sonrió. La sacerdotisa empezaba a caerle bien.

—Bueno —dijo Lila—, no le diré nada al *Aven Essen*.

La sonrisa de Ister se torció.

—¿Quién crees que me lo dio? —Dio vuelta la página—. Su duelo es a las cuatro, maestro Stasion. No llegue tarde.



—Maestro Kamerov —dijo una voz alegre cuando Kell entró a su carpa.

—Hastra.

La armadura y la capa del joven guardia habían desaparecido y, en su lugar, usaba una simple túnica blanca con bordes dorados. Una bufanda, marcada por el mismo ribete dorado, le envolvía el rostro y la garganta holgadamente, ocultando todo excepto su nariz aguileña y sus cálidos ojos marrones. Un rizo escapó de la envoltura y cuando tiró la bufanda hacia abajo, hasta el cuello, Kell vio que sonreía.

Por los Santos, se veía joven, como un novicio del santuario.

Kell no se molestó en quitarse el casco. Era demasiado peligroso, y no solo porque lo podían reconocer; la máscara era un recordatorio constante de la estratagema. Sin su peso, quizá se olvidara quién era, y quién no.

A regañadientes, se quitó la chaqueta plateada y la dejó en una silla, mientras Hastra ajustaba las placas sobre su túnica de mangas largas.

A la distancia sonaron las trompetas. Los primeros tres combates estaban a punto de comenzar. No había forma de saber en cuánto tiempo terminaría la ronda inicial. Algunos encuentros podían durar una hora. Otros habrían terminado en cuestión de minutos. El de Kell era el tercer duelo de la pista occidental. Su primer rival era un mago de viento faronés llamado Ost-ra-Nes.

Repasó los detalles en su mente mientras las placas de armadura eran aseguradas y ajustadas. No se dio cuenta de que Hastra había terminado hasta que el joven guardia habló.

—¿Está listo, señor?

Había un espejo frente a una de las paredes de cortina y Kell se observó, con el corazón palpitante. «Debe estar entusiasmado», había dicho Hastra, y Kell lo *estaba*. Al principio había pensado que era una locura —y honestamente, si lo pensaba bien, sabía que aún era una locura—, pero no podía evitarlo. Al demonio con la lógica, al demonio con la sabiduría, estaba entusiasmado.

—Por aquí —dijo Hastra, revelando una segunda puerta de cortina en el borde exterior de la carpa privada. Era casi como si el agregado hubiese sido diseñado teniendo en cuenta el engaño de Kell. Quizá lo *estaba*. Por los Santos, ¿cuánto tiempo había pasado Rhy planeando esta pantomima? Quizá Kell no le había dado a su obstinado hermano suficiente crédito. Y quizá Kell mismo no estaba prestando suficiente atención. *Había* estado pasando demasiado tiempo en sus aposentos, o al menos en el Cuenco, y había dado por sentado que solo porque podía sentir el cuerpo de Rhy, también conocía la mente de su hermano. Obviamente, estaba equivocado.

—*¿Desde cuándo estás tan interesado en la política del imperio?*

—*Estoy interesado en mi reino, hermano*.

Rhy había cambiado, eso sí lo había notado Kell. Pero tan solo había visto los humores cambiantes de su hermano, la forma en que su temperamento se oscurecía a la noche. Esto era diferente. Esto era *ingenioso*.

Solo para asegurarse, Kell tomó su cuchillo, descartado junto a su chaqueta, y descorrió uno de los muchos tapices de la carpa. Hastra observó cómo cortaba la piel suave de su antebrazo y tocaba la sangre que surgía con los dedos. Sobre la pared

lienzo, dibujó un pequeño símbolo, una línea vertical con una pequeña marca horizontal hacia la derecha en la punta y otra en la base que iba hacia la izquierda. Kell la sopló hasta que estuvo seca, luego dejó que el tapiz regresara a su lugar, ocultando el símbolo de la vista.

Hastra no preguntó. Simplemente le deseó suerte, luego se quedó en la carpa mientras Kell se iba; varios pasos después, un guardia real —Staff— lo alcanzó y se puso al lado de él. Caminaron en silencio, en la calle las multitudes —hombres y mujeres a los que les importaban menos los combates que las fiestas que los rodeaban — se separaban alrededor de él. Aquí y allá había niños blandiendo banderas, y Kell observó los leones enredados entre otros banderines.

—¡Kamerov! —gritó alguien, y pronto el cántico se repetía en el aire («Kamerov, Kamerov, Kamerov»), el nombre dejando una estela tras él, cual capa.

IV



—¡Alucard!, ¡Alucard!, ¡Alucard! —coreaba la multitud.

Lila se había perdido el comienzo de la pelea, pero no importaba; su capitán estaba ganando.

El estadio oriental estaba colmado en su totalidad; en los niveles más bajos, la gente estaba hombro contra hombro, mientras que las gradas más altas brindaban peores vistas pero más aire. Lila había optado por las tribunas más altas abiertas al público, para equilibrar su deseo de estudiar el combate con la necesidad de mantener el anonimato. Con el sombrero negro de Stasion posado sobre la frente, apoyó los codos en la baranda y observó cómo tierra oscura se revolvía alrededor de los dedos de Alucard. Se imaginó que podía ver su sonrisa, incluso desde esta altura.

El príncipe Rhy, quien había aparecido unos pocos minutos atrás, con las mejillas sonrojadas por moverse entre los estadios, ahora estaba parado sobre el balcón real y miraba cautivado, con el noble faronés de expresión seria a su hombro.

Dos astas se elevaban sobre la plataforma real, cada una con un banderín para señalar el combate. El de Alucard era una pluma plateada —o una gota de fuego, no podía descifrarlo— contra un fondo azul oscuro. Ella tenía una copia en la mano. El otro banderín mostraba un conjunto de tres triángulos blancos apilados sobre un telón verde intenso. El oponente de Alucard, un veskano llamado Otto, usaba un casco que se veía antiguo con una placa para la nariz y un calavera abovedada.

Otto había elegido fuego para la tierra de Alucard, y ahora ambos estaban bailando y eludiendo los golpes del otro. El suelo de piedra pulida de la pista estaba salpicado de obstáculos, formaciones rocosas que ofrecían tanto protección como una oportunidad para emboscar al otro, y deben haber estado protegidas, dado que Alucard nunca las hizo mover.

Otto era sorprendentemente rápido de pies para un hombre de dos metros diez de altura, pero su habilidad era la fuerza bruta, mientras que la de Alucard era la prestidigitación —Lila no podía pensarla de ninguna otra forma—. La mayoría de los magos, al igual que la mayoría de los luchadores comunes, revelaban sus ataques al moverse en la misma dirección de su magia. Pero Alucard podía quedarse perfectamente quieto mientras su elemento se movía o, en este caso, podía esquivar para un lado y enviar su poder para el otro y, a través de ese método simple pero efectivo, había marcado ocho golpes contra dos de Otto.

Alucard era un espectáculo, agregaba florituras y brillos, y Lila había estado en el papel de receptora de sus juegos suficientes veces para ver que ahora estaba jugando con el veskano, pasando a un modo defensivo para prolongar la pelea y complacer al

público.

Un hurra se elevó desde el estadio occidental, donde Kisimyr estaba enfrentando a su protegido, Losen, y momentos después, las palabras en la grilla más cercana cambiaron. El nombre de Losen se desvaneció y el de Kisimyr se escribió en el casillero de avance. En la pista de abajo, llamas rodeaban los puños de Otto. Lo más difícil del fuego era darle fuerza detrás, darle peso además de calor. El veskano estaba lanzando su propio peso detrás de los ataques, en vez de usar la fuerza del fuego.

—La magia es como el océano —le había dicho Alucard en su primera lección—. Cuando las olas van para el mismo lado, crecen. Pero cuando se chocan, se cancelan. Te metes en el camino de tu magia, y rompes el impulso. Muévete con ella, y…

El aire alrededor de Lila comenzó a vibrar placenteramente.

—Maestro Tieren —dijo sin darse vuelta.

El *Aven Essen* dio un paso para quedar al lado de ella.

—Maestro Stasion —dijo con desenfado—, ¿no debería estar preparándose?

—Soy el último en pelear —respondió ella y le echó una mirada—. Quería ver el combate de Alucard.

—¿Alentando a amigos?

Ella se encogió de hombros.

—Estudiando a rivales.

—Ya veo…

Tieren le dio una mirada evaluativa. O quizá era de desaprobación. Era difícil leerlo, pero a Lila le caía bien. No solo porque no había intentado detenerla, sino porque le podía hacer preguntas, y él claramente no creía en proteger a una persona ocultándole cosas. Él le había encomendado una difícil tarea una vez, él había guardado los secretos de ella dos veces, y él le había dejado elegir su propio camino en cada bifurcación.

Lila señaló el palco real con la cabeza.

—El príncipe parece entusiasmado con este combate —aventuró Lila, mientras abajo Otto eludía por poco un ataque—. ¿Pero quién es el faronés?

—*Lord* Sol-in-Ar —dijo Tieren—, el hermano mayor del rey.

Lila frunció el entrecejo.

—¿Ser el mayor no debería *hacerlo* el rey?

—En Faro, el heredero del trono no está determinado por el orden de nacimiento, sino por los sacerdotes. *Lord* Sol-in-Ar no tiene afinidad con la magia. Entonces, no puede ser rey.

Lila podía escuchar el desagrado en la voz de Tieren, y sabía que no era por Sol-in-Ar, sino por los sacerdotes que lo consideraban indigno.

A ella no le convencía toda esa tontería de que la magia separaba a los fuertes de los débiles, haciendo algún tipo de juicio espiritual. No, eso era demasiado parecido al destino, y Lila no creía demasiado en eso. Las personas elegían su camino. O

hacían uno nuevo.

—¿Cómo sabe tanto? —preguntó ella.

—He pasado mi vida estudiando la magia.

—No creí que estuviésemos hablando de magia.

—Estábamos hablando de personas —respondió él, sus ojos seguían el duelo— y las personas son el componente más variable e importante en la ecuación de la magia. La propia magia es, después de todo, una constante, una fuente pura e inalterable, como el agua. Las personas, y el mundo que forman, son los conductores de la magia, determinan su naturaleza, dan color a su energía, como la tinta lo hace con el agua. Tú, de todas las personas, deberías poder ver que la magia cambia en las manos de los hombres. Es un elemento que moldear. En cuanto a mi interés en Faro y Vesk, el imperio arnesiano es vasto. No es, sin embargo, toda la extensión del mundo y, la última vez que me embarqué para verificarlo, la magia existía más allá de sus fronteras. Me agrada el *Essen Tasch*, aunque solo sea por ser un recordatorio de eso y por la chance de ver cómo se trata a la magia en otras tierras.

—Espero que haya escrito todo esto en algún lado —dijo ella—. Para la posteridad y todo eso.

Se dio un golpecito en la cabeza.

—Lo guardo en un lugar seguro.

Lila rio por la nariz. Su atención regresó a Sol-in-Ar. Los hombres hablaban, y los hombres en alta mar hablaban más que la mayoría.

—¿Es cierto lo que dicen?

—No lo sabría, maestro Elsor. No me mantengo al tanto.

Lila dudaba que él fuera tan ingenuo como parecía.

—¿Que *lord* Sol-in-Ar quiere derrocar a su hermano y comenzar una guerra?

Tieren apoyó una mano sobre el hombro de Lila, su agarre sorprendentemente firme.

—Cuidado con esa lengua tuya —dijo en voz baja—. Hay demasiados oídos para observaciones tan imprudentes.

Observaron el resto del combate en silencio. No duró demasiado más.

Alucard era un borrón de luz, su casco parpadeaba bajo el sol mientras él giraba detrás de una roca y pasaba del otro lado. Lila miraba, fascinada, cómo él alzaba las manos y la tierra alrededor de él se disparaba hacia adelante.

Otto arrojó fuego alrededor de sí como un caparazón, protegiéndose de frente y detrás y a ambos lados. Lo que era genial, excepto que obviamente no podía ver a través de la llamarada, así que no notó el momento en que la tierra cambió de dirección y se elevó en el aire, donde se unió en terrones antes de caer, no con fuerza ordinaria, sino lloviendo a toda velocidad. La multitud contuvo el aire, y el veskano alzó la vista demasiado tarde. Sus manos se dispararon hacia el cielo, y lo mismo hizo el fuego, pero no con suficiente rapidez; tres de los misiles encontraron su objetivo, contra hombro, antebrazo y rodilla, con bastante fuerza como para destruir las placas

de la armadura.

En un resplandor de luz, el combate había terminado.

Un oficial —un sacerdote, a juzgar por su sotana blanca— sostuvo un aro dorado sobre sus labios y dijo:

—¡Alucard Emery avanza!

La multitud estalló en aplausos, y Lila levantó la vista hacia la plataforma real, pero el príncipe se había ido. Miró alrededor, ya sabiendo que Tieren también. Las trompetas sonaron en el estadio central. Lila vio que Jinnar había avanzado. Escaneó la lista del escenario central.

«Tas-on-Mir», se leía en el nombre de arriba y, justo debajo, «Kamerov».



La magia trinó en la sangre de Kell cuando el público rugió arriba en el estadio. Por los Santos, ¿habían venido cada una de las personas del Londres Rojo a ver la ronda de apertura?

Jinnar pasó al lado de él en el túnel de salida de su duelo. No parecía que hubiese sudado siquiera.

—¡*Fal chas*! —exclamó el mago de ojos plateados, quitándose los restos de su armadura. Por lo que se podía ver, solo se le habían roto tres placas.

—*Rensa tav* —respondió Kell automáticamente, mientras su pecho vibraba con energía nerviosa. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué estaba haciendo aquí? Todo esto era un error… y sin embargo, sus músculos y sus huesos ansiaban una pelea y, más allá del túnel, podía oírlos gritar el nombre («¡Kamerov!, ¡Kamerov!, ¡Kamerov!») y aunque no era suyo, aun así le envió una nueva ráfaga de fuego por las venas.

Sus pies avanzaron hacia adelante por su propia cuenta hacia la boca del túnel, donde esperaban dos asistentes con una mesa entre ellos.

—¿Te han explicado bien las reglas? —preguntó el primero.

—¿Y estás listo, dispuesto y apto? —lanzó el segundo.

Kell asintió. Había visto suficientes competiciones para saber cómo funcionaban las cosas y Rhy había insistido en repasar todas y cada una de ellas, solo para estar seguro. A medida que el torneo avanzaba, las reglas cambiarían para permitir duelos más largos y difíciles. El *Essen Tasch* se volvería mucho más peligroso entonces, tanto para Kell como para Rhy. Pero los combates de apertura eran simplemente para separar a los buenos de los muy buenos, los habilidosos de los expertos.

—¿Su elemento? —preguntó el primero.

Había una selección de esferas de vidrio en la mesa, muy parecidas a las que Kell había usado alguna vez para intentar enseñarle magia a Rhy. Cada esfera contenía un elemento: tierra oscura, agua teñida, polvo de color para darle forma al viento y, en el

caso del fuego, una porción de aceite del tamaño de una mano para crear la llama. La mano de Kell pasó sobre las bolas mientras él intentaba decidir cuál debía elegir. Como *antari*, podía blandir cualquiera. Como Kamerov, debía elegir. Su mano se apoyó sobre la esfera que contenía agua, manchada con un azul brillante para que fuese visible para los espectadores una vez que estuviera en la pista.

Los dos asistentes se inclinaron y Kell salió a la pista, llevado hacia adelante por una ola de ruido. Entrecerró los ojos para mirar hacia arriba por su visor. Era un día soleado de invierno, el frío mordía pero la luz era brillante y destellaba contra las agujas del estadio y el hilo metálico de las banderas que ondeaban desde todos lados. Los leones del banderín de Kell le guiñaban el ojo desde alrededor de toda la pista, mientras que la espiral azul plateada de Tas-on-Mir se destacaba aquí y allá contra su fondo negro (su hermana melliza, Tos-an-Mir, usaba la inversa: negro sobre azul plateado).

El drama y el espectáculo siempre parecían absurdos desde lejos, pero aquí parado en el escenario, en vez de en las gradas, Kell sintió que el show lo capturaba. Los cantos, el aliento del público, vibraban con energía, con magia. Le aleteó el corazón, su cuerpo ansiaba una pelea, y miró hacia arriba más allá de las multitudes, a la plataforma real, donde Rhy había tomado su lugar al lado del rey y miraba hacia abajo. Sus ojos se encontraron y aunque Rhy de ninguna manera podía ver a Kell a través de su máscara, aun así él sintió que intercambiaban miradas, como si se tirara de una cuerda tensa.

«No hagas que nos maten a ambos».

Rhy asintió casi imperceptiblemente una vez desde el balcón y Kell zigzagueó entre los obstáculos de piedra hasta el centro de la pista.

Tas-on-Mir ya había entrado al *ring*. Estaba vestida, como todos los faroneses, con una única pieza de tela enrollada, cuyos detalles se perdían tras la armadura. Su casco simple enmarcaba su rostro más que enmascararlo, y gemas azul plateado brillaban como gotas de sudor a lo largo de su frente y hacia abajo por sus mejillas. En una mano, sostenía una esfera llena de polvo rojo. Una maga de viento. La mente de Kell se aceleró. El aire era uno de los elementos más sencillos para mover y uno de los más difíciles para pelear; sin embargo, la fuerza venía con facilidad, pero la precisión no.

Había un sacerdote con sotana blanca parado en un pedestal sobre el balcón más bajo para presidir el encuentro. Hizo un gesto y los dos avanzaron adelante, inclinaron la cabeza hacia la plataforma real y luego se enfrentaron el uno al otro, sosteniendo en alto sus esferas. La arena en la bola de Tas-on-Mir comenzó a arremolinarse, mientras que el agua en la de Kell se bamboleaba lentamente.

Entonces o bien un silencio se posó sobre el estadio o bien el pulso de Kell ahogó todo: las multitudes, los banderines que flameaban, los hurras lejanos de otros combates. Algún lugar en ese vacío de ruido, la esferas cayeron y el primer sonido que llegó a oídos de Kell fue el de estas haciéndose añicos contra el suelo de la pista.

Por un instante, la sangre en las venas de Kell se aceleró y el mundo alrededor de él se detuvo. Y luego, igual de rápido, retornó el movimiento. El viento de la faronesa se levantó de golpe y comenzó a girar alrededor de ella. El agua oscura se arremolinó alrededor de los brazos de Kell antes de acumularse sobre las palmas de sus manos.

La faronesa se sacudió y el viento teñido de rojo se disparó con la fuerza de una lanza. Kell se arrojó hacia atrás justo a tiempo para eludir un golpe, pero no pudo detener el segundo, que dio contra su costado y destrozó una placa, regando la pista de luz.

El golpe le quitó el aliento a Kell; robó una mirada hacia arriba a Rhy en el palco real y vio que se agarraba de la silla y apretaba los dientes. De un vistazo, podía pasar por concentración, pero Kell sabía lo que era, un eco de su propio dolor. Emitió una disculpa silenciosa, luego se lanzó detrás del montículo de piedra más cercano y escapó por poco de otro golpe. Rodó y se puso de pie, agradeciendo que la armadura estuviera diseñada para responder solo a ataques y no a la fuerza autoinfligida.

Desde arriba, Rhy le dio una mirada fulminante.

Kell observó los dos volúmenes de agua que aún flotaban sobre sus manos e imaginó la voz de Holland haciendo eco alrededor de la pista, envuelto en el viento. Provocándolo.

«Pelea».

Escudado por la roca, sostuvo en alto una mano y la esfera acuosa sobre sus dedos comenzó a dividirse en dos corrientes y luego en cuatro y luego en ocho. Los cordones envolvieron la pista en un círculo desde lados opuestos y se estiraron para ser cada vez más y más finos, en cintas y luego en hilos y luego filamentos, y se entrecruzaron en una red.

En respuesta, se levantó el viento rojo y se afiló como el agua lo había hecho, una decena de cuchillas de aire; Tas-on-Mir estaba intentando forzarlo a salir. Kell hizo un gesto de dolor cuando una astilla de viento le mordió la mejilla. La voz de su oponente comenzó a llegar con el aire desde una docena de lugares, y para el resto del estadio debía parecer que Kell estaba peleando a ciegas, pero Kell podía *sentir* a la faronesa —la sangre y la magia latiendo bajo su piel, la tensión contra los hilos de agua que él estiraba para tensarlos—. «Dónde… dónde… ahí». Giró y se lanzó, no hacia un lado sino hacia *arriba*. Se montó sobre el montículo, la segunda esfera se congeló el instante previo a dejar su mano. Se hizo astillas al precipitarse hacia Tas-on-Mir, quien se las ingenió para invocar un escudo de viento antes de que las esquirlas pudieran tocarla. Pero estaba tan concentrada en el ataque de frente que se había olvidado de la red de agua, que se había transformado, en cuestión de un segundo, en un bloque de hielo detrás de ella. Este se estrelló contra su espalda, quebrando las tres placas que protegían su columna.

El público estalló cuando la faronesa cayó hacia adelante sobre pies y manos, y el agua navegó de regreso al lado de Kell y se enroscó en sus muñecas.

Había sido un amague. El mismo que había usado contra Holland. Pero a

diferencia del *antari*, Tas-on-Mir no yació inmóvil. Un momento después estaba nuevamente de pie, el viento rojo batiéndose alrededor de ella mientras las placas rotas caían.

«Tres abajo, pensó Kell. Siete más para quebrar».

Él sonrió debajo de su máscara, y luego ambos se transformaron en borrones de luz y viento y hielo.



Rhy apretó los dedos contra los apoyabrazos de su silla.

Abajo, Kell se agachaba y eludía los ataques de la faronesa.

Incluso como Kamerov, era increíble. Se movía alrededor de la pista con una gracia impactante, apenas tocaba el suelo. Rhy solo había visto a su hermano luchar en riñas y trifulcas. ¿Así se había visto cuando enfrentó a Holland? ¿O a Athos Dane? ¿O era el resultado de los meses que había pasado en el Cuenco, impulsado por sus propios demonios?

Kell dio otro golpe y Rhy se encontró a sí mismo luchando para evitar una carcajada: ante esto, ante el absurdo de lo que estaban haciendo, ante el dolor muy real en su costado, ante el hecho de que él no podía hacer que se detuviera. El hecho de que no lo haría, aunque pudiera. Había una especie de control en soltar, en rendirse.

—Nuestros magos son fuertes este año —le dijo a su padre.

—Pero no demasiado fuertes —dijo el rey—. Tieren ha elegido bien. Esperemos que los sacerdotes de Faro y Vesk hayan hecho lo mismo.

Rhy arrugó la frente.

—Pensé que todo esto se trataba de mostrar nuestra fortaleza.

Su padre le dio una mirada de reprimenda.

—Nunca te olvides, Rhy, que estás mirando un *juego*. Uno con tres jugadores fuertes pero iguales.

—¿Y si uno de estos años Vesk y Faro juegan para *ganar*?

—Entonces sabríamos.

—¿Sabríamos qué?

La mirada del rey volvió al duelo.

—Que la guerra está cerca.

Abajo, en la pista, Kell rodó, luego se levantó. El agua oscura se arremolinó y viró alrededor de él, escurriéndose por debajo y atrás de la pared de aire de la faronesa antes de golpear contra su pecho. La armadura ahí estalló en luz con el golpe y el público rugió con aplausos.

El rostro de Kell estaba oculto, pero Rhy sabía que estaba sonriendo.

«Presumido», pensó, justo antes de que Kell se corriera demasiado despacio y dejara que una ráfaga de viento con forma de cuchillo pasara y lo golpeara contra las costillas. Un erupción de luz surgió frente a los ojos de Rhy y detrás de ellos, y él contuvo el aire. El dolor le quemaba la piel e intentó imaginar que lo podía meter para adentro, lejos de Kell, y encallarlo dentro de sí.

—Estás pálido —observó el rey.

Rhy se acomodó hacia atrás contra la silla.

—Estoy bien. —Y lo estaba. El dolor lo hacía sentir vivo. El corazón le golpeaba en el pecho, corriendo al lado del de su hermano.

El rey Maxim se puso de pie y miró en derredor.

—¿Dónde está Kell? —preguntó. Su voz había tomado la costumbre de endurecerse con el nombre de una forma que a Rhy le revolvía el estómago.

—Estoy seguro de que está por aquí —respondió el príncipe, mirando a los dos luchadores en el ring—. Ha estado esperando con ansias el torneo. Además, ¿no es para eso que están Staff y Hastra? ¿Para seguirle el rastro?

—Se han vuelto laxos en sus tareas.

—¿Cuándo dejarás de castigarlo? —estalló Rhy—. Él no es el único que estuvo mal.

Los ojos de Maxim se oscurecieron.

—Y él no es el futuro rey.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Todo —dijo su padre, acercándose y bajando la voz—. ¿Crees que hago esto por resentimiento? ¿Por una maldad injusta? Esto pretende ser una lección, Rhy. Tu pueblo sufrirá cuando te equivoques y tú sufrirás cuando lo haga tu pueblo.

—Créeme —murmuró Rhy, frotándose el eco de un dolor en las costillas—, estoy sufriendo.

Abajo, Kell se agachó y giró. Rhy podía ver que la pelea estaba llegando a su fin. La faronesa estaba superada —lo había estado desde el principio— y sus movimientos se estaban volviendo más lentos, mientras que Kell se tornaba más rápido, más confiado.

—¿Realmente crees que su vida corre peligro?

—No es *su* vida lo que me preocupa —dijo el rey. Pero Rhy sabía que eso no era cierto. No del todo. El poder de Kell lo volvía un blanco. Vesk y Faro creían que él era bendito, la joya de la corona arnesiana, la fuente de poder que mantenía al imperio fuerte. Era un mito que Rhy estaba seguro que la corona arnesiana perpetuaba, pero lo peligroso de las leyendas era que algunas personas se las tomaban a pecho, y aquellos que pensaban que la magia de Kell protegía el imperio podían también creer que al eliminarlo, podían amputar al imperio. Otros creían que si podían secuestrarlo, la fuerza de Arnes sería de ellos.

Pero Kell no era un talismán… ¿o sí?

Cuando eran niños, Rhy miraba a Kell y solo veía a su hermano. Al crecer, su

visión cambió. Algunos días creía ver una oscuridad. Otra veces, creía ver un dios. No es que le fuera a decir eso a Kell. Sabía que Kell odiaba la idea de ser un elegido.

Rhy pensó que había peores cosas que ser.

Kell recibió otro golpe abajo en el ring, y Rhy sintió que los nervios de su brazo gritaban.

—¿Estás seguro de que estás bien? —insistió su padre, y Rhy se dio cuenta de que sus nudillos se habían vuelto blancos alrededor de la silla.

—Perfectamente —dijo, tragando el dolor, mientras Kell lanzaba los últimos dos golpes, uno seguido del otro, para finalizar el combate. El público estalló en aplausos mientras la faronesa se ponía de pie, bamboleándose y asentía, rígida, antes de retirarse del ring.

Kell dirigió su atención al palco real e hizo una profunda reverencia.

Rhy alzó la mano, para agradecer la victoria, y la figura vestida de plata y blanco desapareció en el túnel.

—Padre —dijo Rhy—, si no perdonas a Kell, lo perderás.

No hubo respuesta.

Rhy giró hacia su padre, pero el rey ya se había ido.





La gente siempre decía que la peor parte era esperar, y Lila estaba de acuerdo. Tanto, de hecho, que rara vez esperaba por algo. La espera dejaba demasiado lugar para las preguntas, para las dudas. Debilitaba la determinación de la persona, lo que probablemente era la razón por la que, mientras estaba parada en el túnel de la pista occidental esperando su combate, empezó a sentir que había cometido un terrible error.

«Peligroso».

«Imprudente».

«Una tontería».

«Una locura».

El coro de dudas tan fuerte que sus botas dieron un paso atrás por su propia cuenta.

En uno de los otros estadios, las masas alentaban al salir vencedores los arnesianos.

Lila retrocedió otro paso.

Y entonces vislumbró la bandera —su bandera— en las gradas y sus pasos se detuvieron de golpe.

«Soy Delilah Bard, —pensó—. Pirata, ladrona, maga».

Las yemas de los dedos le comenzaron a hormiguear.

«He cruzado mundos y tomado barcos. He luchado contra reinas y salvado ciudades».

Le temblaron los huesos y se le aceleró la sangre.

«Soy única en mi especie».

Las trompetas de llamada resonaron y, con ellas, Lila se obligó a avanzar por el pasaje abovedado, con su esfera colgando de sus dedos. El aceite iridiscente se bamboleaba dentro, listo para ser encendido.

Apenas salió al ring, la ansiedad se diluyó, dejando una emoción familiar a su paso.

«Peligroso».

«Imprudente».

«Una tontería».

«Una locura».

Las voces comenzaron otra vez, pero ya no podían detenerla. La espera había terminado. Ya no había vuelta atrás, y ese simple hecho hacía que fuese más fácil avanzar.

Las gradas lanzaron un hurra cuando Lila entró en la pista. Desde la galería, el estadio había parecido bastante grande. Desde el suelo, se veía *enorme*.

Observó al público —había tantas personas, tantos ojos sobre ella—. Como ladrón nocturno, Lila Bard sabía que mantenerse fuera de los radares era la forma más segura de mantenerse viva, pero no podía evitarlo, *disfrutaba* de este tipo de engaño. Estar parada justo frente al objetivo mientras guardabas las monedas birladas. Sonreír mientras robabas. Mirar a los ojos y desafiarlos a ver más allá de la treta. Porque los mejores trucos eran los que llevabas a cabo no cuando el objetivo estaba de espaldas, sino mientras este estaba mirando.

Y Lila quería que la vieran.

Entonces vio a la veskana.

Sar entró en la pista, cruzó el amplio espacio en una cuestión de pasos, antes de detenerse en el centro. Ahí parada, parecía haber crecido directo del piso de piedra, un roble altísimo con forma de mujer. Lila nunca había creído ser baja, pero al lado de la veskana, se sentía una ramita.

«Cuanto más grande sea —pensó Lila—, con más fuerza caerá. Espero».

Al menos las placas de la armadura estaban adaptadas al tamaño, lo que le daba a Lila un objetivo más grande. La máscara de Sar estaba hecha de madera y metal entrelazados para formar algún tipo de bestia, con cuernos y un hocico y hendiduras para los ojos, a través de las cuales brillaban los propios ojos azules de Sar.

Lila apretó los dientes.

La tierra era el elemento más duro —casi cualquier golpe rompería una placa—, pero también era el que se daba en menor cantidad. El aire estaba en todos lados, lo que significaba que el fuego también lo estaba, si podías forzarlo a cobrar forma.

Sar hizo una reverencia, su sombra se cernió sobre Lila.

La bandera de la veskana ondeaba arriba en el aire, un azul impoluto marcado por una única X amarilla. Entre la letra de Sar y los cuchillos de Lila, el público era un mar de líneas cruzadas. La mayoría eran plateadas sobre negro, pero Lila pensó que probablemente tenía menos que ver con los rumores sobre la habilidad de Stasion Elsor y más con el hecho de que él era arnesiano. La población local siempre sería mayoría. Ahora mismo, su lealtad era por default. Pero Lila podía ganársela. Se imaginó un estadio entero con banderas negras y plateadas.

«No te adelantes».

El suelo de la pista estaba salpicado de obstáculos, montículos y columnas y paredes bajas todas hechas de la misma piedra oscura del piso, de modo que los competidores y sus elementos se destacaban contra el fondo color carbón.

El sonido de las trompetas se apagó y la mirada de Lila se alzó al palco real, pero el príncipe no estaba ahí. Solo un hombre joven con una capa verde y una corona de madera pulida con incrustaciones de plata —uno de los miembros de la realeza veskana— y el maestro Tieren. Lila guiñó el ojo y aunque el *Aven Essen* probablemente no lo pudiera ver, sus ojos brillantes parecieron entrecerrarse en

desaprobación.

Un silencio tenso se posó sobre el público y Lila se retorció hacia atrás para ver a un hombre con sotana blanca y dorada sobre la plataforma del árbitro, que balconeaba sobre la pista. Tenía la mano en alto y, por un segundo, ella se preguntó si él estaba llamando a la magia, hasta que se dio cuenta de que estaba llamando a silencio.

Sar sostuvo su esfera en alto, la tierra se levantó y se agitó dentro con energía nerviosa.

Lila tragó saliva y levantó la suya, el aceite inquietantemente quieto en comparación.

«Tigre, tigre, fuego deslumbrante…».

Apretó con más fuerza la esfera y la superficie del aceite estalló en llamas. El efecto fue impresionante, pero no duraría, no con tan poco aire dentro de la esfera. No esperó, en cuanto el hombre de blanco comenzó a bajar la mano, Lila destrozó la bola contra el suelo, lanzando un estallido de fuego hambriento de aire. La fuerza de este sacudió a Lila y sorprendió al público, que pareció creer que todo era para contribuir con el espectáculo.

Sar molió su propia esfera con las manos y, así como así, el combate estaba en marcha.



—Concéntrate —la regañó Alucard.

—Estoy concentrada —dijo Lila, que sostenía las manos a cada lado del aceite.

—No, no lo estás. Recuerda: la magia es como el océano.

—Sí, sí —refunfuñó Lila—, olas.

—Cuando las olas van hacia el mismo lado —siguió la lección él, ignorando el comentario—, crecen. Cuando chocan, se cancelan.

—Bien, entonces yo quiero hacer crecer la ola…

—No —dijo Alucard—. Solo deja que el poder pase a través de ti.

Esa se frotó contra Lila. El Aguja se meció ligeramente con el mar. Le dolían los brazos de tenerlos en alto, una gota de aceite en cada mano. Era su primera lección y ya estaba fallando.

—No estás intentándolo.

—Vete al infierno.

—No luches. No lo fuerces. Sé una puerta abierta.

—¿Qué pasó con las olas?

Alucard la ignoró.

—Todos los elementos están intrínsecamente conectados —divagó, mientras ella

luchaba por invocar fuego—. No hay una línea marcada entre uno y otro. En vez de eso, existen en un espectro, se infiltran el uno en el otro. Se trata de encontrar qué parte de ese espectro te llama con más fuerza. El fuego se infiltra en el aire, que se infiltra en el agua, que se infiltra en la tierra, que se infiltra en el metal, que se infiltra en el hueso.

—¿Y la magia?

Él arrugó la frente, como si no entendiera.

—La magia está en todo.

Lila flexionó los dedos, concentrándose en la tensión que estos tenían, porque necesitaba concentrarse en algo.

«Tigre, tigre, fuego deslumbrante…».

Nada.

—Estás haciendo demasiado esfuerzo.

Lila dejó escapar un sonido de exasperación.

—Pensé que no me estaba esforzando lo suficiente.

—Se trata de un equilibrio. Y tu agarre es demasiado fuerte.

—Ni siquiera lo estoy tocando.

—Claro que lo haces. Solo que no estás usando las manos. Estás ejerciendo fuerza. Pero la fuerza no es lo mismo que la voluntad. Estás agarrando algo cuando solo necesitas sostenerlo. Estás intentando controlar el elemento. Pero no funciona así, no realmente. Es más como una conversación. Pregunta y respuesta, llamado y reacción.

—Espera, entonces, ¿se trata de olas o puertas o conversaciones?

—Puede ser lo que tú quieras.

—Eres un pésimo maestro.

—Te lo advertí. Si no estás en condiciones…

—Cállate. Me estoy concentrando.

—No puedes hacer que suceda la magia mirando con furia.

Lila respiró hondo para tranquilizarse. Intentó enfocarse en cómo se sentía el fuego, imaginó el calor contra las palmas de sus manos, pero eso tampoco funcionó. En vez de eso, atrajo recuerdos de Kell, de Holland, de la forma en que el aire cambiaba cuando hacían magia, el hormigueo, el pulso. Pensó en sostener la piedra negra, en llamar a su poder, la vibración entre su sangre y sus huesos y algo más, algo más profundo. Algo extraño e imposible y, al mismo tiempo, extremadamente familiar.

Las yemas de los dedos comenzaron a arderle, pero no con calor, sino algo más extraño, algo caliente y frío, áspero y suave y vivo.

«Tigre, tigre, fuego deslumbrante», susurró en silencio, y un instante después, el fuego cobró vida contra las palmas de sus manos. No necesitaba ver qué había hecho. Podía sentirlo, no solo el calor, también el poder que nadaba debajo de este.

Lila era oficialmente una maga.



Lila aún estaba tratando de dominar el fuego para darle forma cuando la primera pelota de tierra —que básicamente era una roca— se estrelló contra su hombro. El estallido de luz fue intenso y fugaz cuando la placa se rompió. El dolor permaneció.

No había tiempo para reaccionar. Otra masa venía a toda velocidad hacia ella, y Lila dio una vuelta para salir de la línea de ataque de Sar, agachándose contra un pilar un instante antes de que la tierra se hiciera añicos contra este y llovieran piedritas contra el piso de la pista. Pensando que tenía tiempo antes del siguiente ataque, Lila continuó rodeando el pilar, preparada para dar en el blanco, pero le dieron en el pecho con una jabalina de tierra, que destruyó la placa central. El impacto la lanzó hacia atrás contra un montículo y su columna golpeó la roca con una fuerza brutal, dos placas más se hicieron añicos mientras ella jadeaba y se caía sobre manos y rodillas.

Cuatro placas perdidas en cuestión de segundos.

La veskana soltó una risita, baja y gutural, y antes de que Lila siquiera pudiese levantarse, y mucho menos contraatacar, otra pelota de tierra le dio en la canilla, quebrando una quinta placa y mandándola de nuevo en cuatro patas al piso.

Lila rodó para ponerse de pie, maldiciendo brutalmente, las palabras perdidas bajo los hurras y los cantos y los banderines chasqueando en el viento. Un charco de fuego seguía ardiendo en el suelo mojado con aceite. Lila se empujó contra él con su voluntad y envió un río de llamas hacia Sar. Apenas rozó a la veskana, el calor le lamió la armadura sin causar daños. Lila maldijo y se lanzó detrás de un obstáculo.

La veskana dijo algo muy provocador, pero Lila continuó escondida.

«Piensa, piensa, piensa».

Había pasado todo el día mirando los combates, tomando notas sobre los movimientos que todos hacían, la forma en que competían. Había reunido secretos, las grietas en la armadura de un jugador, las señales en su juego.

Y había aprendido una cosa muy importante.

Todos *respetaban las reglas*. Bueno, por lo que Lila podía ver, no había tantas, aparte de la obvia: no tocar. Pero estos competidores eran como artistas. No jugaban sucio. No luchaban como si realmente importara. Seguro, querían ganar, querían la gloria y el premio, pero no peleaban como si sus vidas estuvieran en riesgo. Había mucha fanfarronada y poco miedo. Se movían con la confianza de saber que sonaría una campana, un silbato, y el combate habría terminado, y ellos estarían a salvo.

Las peleas reales no funcionaban así.

Delilah Bard nunca había estado en una pelea que no importara.

Sus ojos miraron con velocidad la pista y aterrizaron en la plataforma del juez. El hombre había dado un paso atrás, dejando la cornisa libre. Estaba sobre la pista, no mucho. Podía alcanzarla.

Lila llevó el fuego hacia adentro bien tirante, listo para atacar. Y entonces se dio

vuelta, montó en la pared y saltó. Lo logró, con lo justo, el público lanzó gritos ahogados de sorpresa cuando ella aterrizó en la plataforma y giró hacia Sar.

Y como era de esperar, la veskana vaciló.

Golpear al público claramente no estaba permitido. Pero no había reglas sobre pararse frente a este. Ese momento de duda era todo lo que Lila necesitaba. Sar no atacó, Lila sí, un cometa de fuego se disparó de cada mano.

«No luches. No lo fuerces. Sé una puerta abierta».

Pero Lila no se sentía como una puerta abierta. Se sentía como una lupa que amplificaba la magia extraña que ardía dentro de ella, de manera que cuando se encontró con el fuego, la fuerza fue una explosión en sí misma.

Los cometas se retorcieron y se arquearon en el aire y colisionaron contra Sar desde distintos ángulos. Ella bloqueó uno. El otro chocó su costado e hizo trizas las tres placas que iban desde la cadera al hombro.

Lila sonrió como una tonta cuando el público estalló. Un destello dorado captó su atención. En algún momento había llegado el príncipe para mirar. Alucard estaba en las gradas debajo de él y en su propio nivel, el árbitro de blanco se acercaba como un trueno. Antes de que pudiera cobrar una falta, Lila saltó desde la plataforma de regreso al montículo. Desafortunadamente, Sar se había recuperado, tanto de la sorpresa como del golpe, y cuando el pie de Lila tocaba la protuberancia, un proyectil de tierra le dio en el hombro, quebrando una sexta pieza de armadura y haciéndola caer por el borde.

Mientras caía hacia atrás, hizo una vuelta en el aire con una gracia felina y aterrizó en cuclillas.

Sar se preparó para un ataque apenas las botas de Lila tocaran la piedra, razón por la que Lila lanzó fuego *antes* de aterrizar. El meteoro se estrelló contra la canilla de la veskana, destruyendo otra placa.

Cuatro a seis.

Lila se estaba acercando.

Rodó para quedar detrás de un obstáculo y recuperarse, mientras Sar estiraba sus gruesos dedos y la tierra desparramada por la pista se agitaba y regresaba hacia ella.

Lila vio un terrón grande de arcilla y se dejó caer sobre una rodilla, cerró los dedos alrededor de la tierra en el momento previo a que la fuerza invisible de Sar la aferrara y se la llevara, con suficiente fuerza como para remolcar el elemento y a Lila con este. Ella no lo soltó, sus botas se deslizaron sobre la superficie lisa del piso de piedra mientras Sar la atraía hacia ella sin darse cuenta, Lila aún permanecía escondida, oculta por varios obstáculos. Los montículos y columnas y paredes terminaron y en cuanto lo hicieron, Sar vio a Lila, vio que ella soltaba la bola de tierra, ahora cubierta en llamas. Esta se dirigió a toda velocidad hacia la veskana, atraída primero por su llamado y luego por la voluntad de Lila, y se estrelló contra su pecho, destruyendo dos placas más.

Bien. Ahora estaban iguales.

Sar volvió a atacar y Lila la eludió despreocupadamente… o al menos eso era lo que pretendía, pero sus botas estaban sujetas al suelo, ella bajó la mirada para ver que una franja de tierra se había endurecido y oscurecido como una piedra y se había fusionado al piso. Los dientes de Sar destellaron en una sonrisa detrás de su máscara y todo lo que Lila pudo hacer fue alzar los brazos a tiempo para bloquear el siguiente ataque.

Un dolor resonó a través de ella como un diapasón cuando las placas sobre su estómago, cadera y muslo se hicieron añicos. Lila sintió gusto a sangre y deseó solo haberse mordido la lengua. Estaba a una placa de perder el maldito combate y Sar se estaba preparando para golpear otra vez y la tierra que sujetaba su bota aún estaba firme.

Lila no podía liberar su pie y su fuego estaba desparramado por la pista, muriendo junto a sus chances. Se le aceleró el corazón y la cabeza le dio vueltas, el ruido en la pista ahogaba todo mientras el ataque definitivo se dirigía hacia ella.

Bloquearlo no tenía sentido, así que lanzó las manos hacia adelante, el calor chamuscaba el aire mientras ella llamaba lo que quedaba de su fuego a formar un escudo.

«Protégeme», pensó, abandonando la poesía y los hechizos por la súplica.

No esperó que funcionara.

Pero lo hizo.

Una oleada de energía barrió sus brazos y se encontró con las pocas llamas y, un instante después, el fuego *explotó* frente a ella. Brotó una pared de llamas, dividió la pista y dejó a Sar como una sombra del otro lado, su ataque de arcilla hecho cenizas.

Los ojos de Lila se abrieron detrás de la máscara.

Nunca le había hablado a la magia, no directamente. Seguro, la había maldecido y refunfuñado y hecho una montón de preguntas retóricas. Pero nunca la había comandado, no de la forma en que Kell hacía con su sangre. No de la forma en que ella había hecho con la piedra, antes de descubrir el costo.

Si el fuego venía con un precio, aún no podía sentirlo. Sentía su pulso embravecido en la cabeza, le dolían los músculos y sus pensamientos iban a toda velocidad, y la pared de llamas ardía alegremente ante ella. El fuego le lamía los dedos estirados, el calor le cepillaba la piel pero nunca se posaba lo suficiente como para quemar.

Lila no intentó ser una ola ni una puerta. Simplemente empujó, no con fuerza, sino con la voluntad, y la pared de fuego se disparó hacia adelante, a toda velocidad, hacia Sar. Para Lila, todo eso pareció durar una eternidad. No entendió por qué Sar estaba parada quieta, hasta que el tiempo volvió a estar en foco y ella se dio cuenta de que la aparición de la pared, su transformación, había sido obra de un instante.

El fuego se retorció en sí mismo, como un pañuelo que atraviesa la mano, al lanzarse hacia Sar, comprimiéndose, ganando fuerza y calor y velocidad.

La veskana era muchas cosas, pero no era rápida, no tanto como Lila y

definitivamente no tanto como el fuego. Alzó los brazos, pero no pudo bloquear la explosión. Esta destruyó las placas que quedaban en su parte frontal con un resplandor de luz.

Sar se tambaleó hacia atrás, la madera de su máscara chamuscada, y finalmente se derrumbó la tierra alrededor de la bota de Lila, liberándola.

El combate había terminado.

Y ella había *ganado*.

Las piernas de Lila se debilitaron y ella tuvo que luchar contra la necesidad de dejarse caer en el piso de piedra frío.

Le caía sudor por el cuello y tenía las manos en carne viva. La cabeza le zumbaba con energía y sabía que tan pronto como la excitación se desvaneciera, todo dolería como el infierno, pero ahora mismo, se sentía increíble.

Invencible.

Sar se puso de pie, dio un paso hacia ella y le ofreció la mano, que se tragó la de Lila al estrecharla. Luego la veskana desapareció en el túnel y Lila se giró hacia la plataforma real para ofrecerle una reverencia al príncipe.

El gesto se detuvo a la mitad cuando Lila vio a Kell tras el hombro de Rhy, agitado y enrojecido. Lila se las ingenió para terminar la reverencia, una mano sobre el corazón. El príncipe aplaudió. Kell solo ladeó la cabeza. Y luego la guiaron afuera del escenario, acompañada de hurras y el eco de «¡Stasion, Stasion, Stasion!».

Lila cruzó la pista dando pasos lentos y regulares, para escapar al túnel oscuro.

Y ahí se dejó caer sobre las rodillas y se rio hasta que le dolió el pecho.

VI



—Te perdiste un gran combate —dijo Rhy. Stasion Elsor se había ido y el estadio comenzaba a vaciarse. La primera ronda había terminado. De treinta y seis, ahora quedaban dieciocho y mañana, de dieciocho, pasarían a ser nueve.

—Perdón —dijo Kell—, ha sido un día ajetreado.

Rhy rodeó los hombros de Kell con un brazo y luego hizo una mueca de dolor.

—¿Tenías que dejar que ese último golpe te llegara? —susurró por debajo de los sonidos del público.

Kell se encogió de hombros.

—Quería brindarle un show a la gente. —Pero estaba sonriendo.

—Mejor guardas esa sonrisa —lo regañó Rhy—. Si alguien te ve tan alegre, va a pensar que te volviste loco.

Kell intentó someter a sus rasgos para que tomaran su seriedad habitual, pero fracasó. No podía evitarlo. La última vez que se había sentido así de vivo, alguien había estado tratando de matarlo.

Le dolía el cuerpo en doce lugares distintos. Había perdido seis placas contra las diez de la faronesa. Usar un solo elemento había resultado ser mucho más difícil de lo que había creído. Normalmente él dejaba que las líneas entre ellos se borronearan y atraía a cualquiera que necesitara, sabiendo que podía llamar al que fuera y este respondería. Al final, Kell había necesitado la mitad de su concentración para no romper las reglas.

Pero lo había hecho.

Rhy dejó caer el brazo y señaló con la cabeza el lugar de la pista donde había estado el arnesiano.

—Ese quizá haga sudar al resto.

—Pensé que las chances estaban a favor de Alucard.

—Oh, aún lo están. Pero este es distinto. Deberías ver su próximo combate, si te haces el tiempo.

—Voy a chequear mi agenda.

Un hombre se aclaró la garganta.

—Su Alteza. Maestro Kell. —Era el guardia de Rhy, Tolners. Este lideró la escolta para salir del estadio y Staff los siguió desde atrás camino al palacio. Habían pasado solo unas pocas horas desde que Kell se había ido, pero sintió que era un hombre diferente. Las paredes no eran tan sofocantes y las miradas ya no le molestaban tanto.

Se había sentido tan bien pelear. A la euforia se unía un extraño alivio, un

aflojamiento de sus extremidades y su pecho, como un deseo saciado. Por primera vez en meses, había podido extender su poder. No del todo, por supuesto, y en todo momento era consciente de la necesidad de ser discreto, de permanecer oculto, pero era *algo*. Algo que había necesitado con desesperación.

—Vienes esta noche, por supuesto —dijo Rhy mientras subían las escaleras al salón real—, al baile, ¿no?

—¿Otro más? —se quejó Kell—. ¿No se vuelve un tedio?

—La política es agotadora, pero la compañía puede ser agradable. Y no puedo esconderte de Cora para siempre.

—Hablando de agotar —murmuró Kell cuando llegaban a su pasillo. Se había detenido a la puerta de su habitación, mientras Rhy continuaba hacia las puertas con la R de oro incrustado en el fondo.

—Los sacrificios que hacemos —vociferó Rhy hacia atrás.

Kell revoleó los ojos mientras el príncipe desaparecía. Llevó la mano a su propia puerta e hizo una pausa. Le estaba saliendo un moretón en la muñeca y podía sentir que otros lugares donde le habían pegado se estaban coloreando debajo de la ropa.

No podía esperar al combate de mañana.

Abrió la puerta de un empujón y ya se estaba quitando el abrigo con una sacudida de hombros cuando vio al rey parado frente a las puertas de su balcón, mirando hacia afuera a través del vidrio escarchado. A Kell se le fue el ánimo al piso.

—Señor —dijo con cautela.

—Kell —dijo el rey a modo de saludo. Su atención se dirigió a Staff, quien estaba parado en el umbral de la puerta—. Por favor, espera afuera. —Y luego agregó para Kell—: Siéntate.

Kell se sentó en un sofá, sus moretones ahora se sentían menos como victorias y más como traiciones.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Kell cuando estuvieron solos.

—No —dijo el rey—, pero he estado pensando sobre lo que dijiste esta mañana.

¿Esta mañana? Esta mañana había quedado años atrás.

—¿Sobre qué, señor?

—Sobre tu cercanía a Rhy durante el *Essen Tasch*. Con tantos extranjeros inundando la ciudad, preferiría que te quedaras en el palacio.

Kell sintió que se le oprimía el pecho.

—¿He hecho algo mal? ¿Me está castigando por algo?

El rey Maxim negó con la cabeza.

—No estoy haciendo esto para castigarte. Estoy haciéndolo para proteger a Rhy.

—Su Majestad, *yo* soy quien protege a Rhy. Si algo llegara a…

—Pero Rhy no necesita tu protección —interrumpió el rey—, ya no. La única forma de mantenerlo a salvo es manteniéndote a *ti* a salvo. —A Kell se le secó la boca—. Vamos, Kell —continuó el rey—, no te puede importar demasiado. No te he visto en el torneo en todo el día.

Kell negó con la cabeza.

—Ese no es el punto. Esto no es…

—La pista central se puede ver desde los balcones del palacio. Puedes mirar el torneo desde aquí. —El rey apoyó un aro dorado del tamaño de la palma de su mano en la mesa—. Incluso lo puedes escuchar.

Kell abrió la boca, pero las protestas murieron en su lengua. Tragó saliva y apretó los puños.

—Muy bien, señor —dijo, poniéndose de pie—. ¿También tengo prohibidos los bailes?

—No —dijo el rey, ignorando el filo en la voz de Kell—. Llevamos un registro de todos los que entran y salen. No veo razón para mantenerte alejado de eso, siempre y cuando tengas cuidado. Además, no queremos que nuestros invitados se pregunten dónde estás.

—Por supuesto —murmuró Kell.

Tan pronto como el rey se fue, Kell cruzó a la pequeña habitación alejada de la recámara principal y cerró la puerta. Las velas cobraron vida en las paredes llenas de estantes y, bajo su luz, pudo ver la parte trasera de la puerta, cuya madera estaba marcada por una docena de símbolos, cada uno un portal a otro lugar en Londres. Sería tan fácil irse. No podían retenerlo. Kell sacó su cuchillo y cortó una línea superficial en su brazo. Cuando la sangre se acumuló, tocó la herida con el dedo, pero en vez de trazar un símbolo existente, dibujó una marca nueva en un trecho de madera vacío: una barra vertical con dos acentos horizontales, uno en la cima que llevaba a la derecha, uno en la base que llevaba a la izquierda.

El mismo símbolo que había hecho en la carpa de Kamerov esa mañana.

Kell no tenía ninguna intención de perderse el torneo, pero si una mentira aplacaría la mente del rey, entonces así sería. En cuanto a perder la confianza del rey, no importaba. El rey no tenía confianza en él desde hacía meses.

Kell sonrió con amargura hacia la puerta y fue a reunirse con su hermano.

VII



Londres Blanco

Ojka estaba parada debajo de los árboles, limpiando la sangre en sus cuchillos.

Había pasado la mañana patrullando las calles de Kosik, su viejo territorio, donde los problemas aún estallaban como el fuego en los campos secos. Holland decía que era de esperar, que el cambio siempre traía agitación, pero Ojka era menos indulgente. Sus cuchillas encontraban las gargantas de los traidores y los descreídos, silenciando su disidencia de a una voz a la vez. No merecían ser parte de este mundo nuevo.

Ojka enfundó las armas y respiró hondo. Los terrenos del castillo, alguna vez plagados de estatuas, ahora estaban llenos de árboles, y todos ellos florecían a pesar del frío invernal. Desde que Ojka podía recordar, su mundo había olido a cenizas y sangre, pero ahora tenía aroma a aire fresco y hojas caídas, a bosques y fuegos intensos, a la vida y la muerte, a dulce y húmedo y limpio, a promesa, a cambio, a poder.

Sus manos se fueron hasta el árbol más cercano y cuando apoyó la mano abierta sobre el tronco, pudo sentir un pulso. No sabía si era el suyo o el del rey o el del árbol. Holland le había dicho que era el pulso del mundo, que cuando la magia se comportaba como debía, le pertenecía a nadie y a todos, nada y todo. Era una cosa compartida.

Ojka no entendía eso, pero quería hacerlo.

La corteza era áspera y cuando picó un pedazo con una uña, se sorprendió al ver la madera debajo veteada con los hilos plateados de un hechizo. Un pájaro graznó arriba de su cabeza, y Ojka se acercó, pero antes de poder examinar el árbol, sintió el pulso de calor detrás de su ojo, la voz del rey zumbando en su cabeza, resonante y bienvenida.

«Ven a mí», dijo.

La mano de Ojka dejó el árbol.



Se sorprendió de encontrar al rey solo.

Holland estaba sentado hacia adelante en su trono, con los codos en las rodillas y la cabeza inclinada sobre un bol plateado, de cuya superficie desbordaba humo serpenteante. Contuvo el aliento al darse cuenta de que él estaba en medio de un hechizo. Las manos del rey estaban en alto a cada lado del bol; su rostro, una máscara de concentración. Su boca era una línea firme, pero sombras se entretejían a través de sus dos ojos, retorciéndose por el negro del izquierdo antes de pasar al verde del derecho. Las sombras estaban vivas, serpenteaban por su vista de la misma manera en que el humo lo hacía en el bol, donde se retorcía alrededor de algo que ella no podía ver. En la oscuridad se trazaban, cual rayos, líneas de luz, y a Ojka le picó la piel por la fuerza de la magia antes de que el hechizo terminara; el aire alrededor de ella tembló y todo se quedó quieto.

Las manos del rey cayeron desde el bol, pero pasaron largos momentos antes de que la oscuridad viviente se retirara del ojo derecho del rey, dejando un verde esmeralda a su paso.

—Su Majestad —dijo Ojka con cuidado.

Él no levantó la vista.

—Holland.

Ante eso, irguió la cabeza. Por un instante, su mirada bicolor estaba extrañamente vacía; su foco, bien lejos. Y luego se agudizó y ella sintió que el peso de su atención se posaba sobre ella.

—Ojka —dijo él, en su manera suave y reverberante.

—Me llamó.

—Lo hice.

Se puso de pie y señaló el piso al lado de la plataforma.

Fue entonces cuando vio los cuerpos.

Había dos de ellos, barridos a un lado como tierra, y para ser justos, parecían menos cadáveres que pilas de ceniza desmoronadas, la carne destruida a negro sobre marcos de hueso, los cuerpos contorsionados como por dolor, lo que quedaba de las manos alzado hacia lo que quedaba de gargantas. Uno se veía mucho peor que el otro. No sabía qué les había pasado. No estaba segura de *querer* saber. Y sin embargo, se sintió impelida a preguntar. La pregunta salió a los tropezones, su voz desgarró el silencio.

—Cálculos —respondió el rey, casi para sí—. Me equivoqué. Pensé que el collar era demasiado fuerte, pero no lo es. La gente simplemente es demasiado débil.

Un miedo se expandió a través de Ojka como un escalofrío, mientras su atención regresaba al bol plateado.

—¿Collar?

Holland buscó algo dentro del bol —por un instante, algo en él pareció retroceder, resistir el movimiento, pero el rey persistió— y al hacerlo, la sombra se derramó por su piel, hacia arriba de los dedos, por las manos y las muñecas, transformándose en un par de guantes negros, suaves y fuertes, sus superficies sutilmente estampadas con

encantamientos. Protección contra lo que fuese que esperaba en la oscuridad.

Desde las profundidades del bol plateado, el rey sacó un círculo de metal oscuro, con una bisagra en un lado, y símbolos tallados que brillaban en su superficie. Ojka intentó leer las marcas, pero su visión no dejaba de resbalarse, incapaz de encontrar agarre. El espacio dentro de la diadema parecía tragar luz, energía; el aire adentro se volvía pálido y descolorido y finito como el papel. Había algo *malo* en el collar de metal, algo malo en una forma que doblegaba el mundo alrededor de sí, y eso que era malo tiraba de los sentidos de Ojka, la hacía sentir mareada y descompuesta.

Holland dio vuelta el círculo en sus manos enguantadas, como si estuviese inspeccionando una pieza de artesanía.

—Debe ser suficientemente fuerte —dijo.

Ojka tomó coraje y dio un paso adelante.

—Me llamó —repitió ella, su atención pasó de los cuerpos al rey.

—Sí —dijo él, levantando la vista—. Necesito saber si funciona.

El miedo le hormigueó por todo el cuerpo, el viejo e instintivo escozor del pánico, pero se mantuvo firme.

—Su Majestad…

—¿Confías en mí?

Ojka se tensionó. Confianza. La confianza era algo difícil de ganar en un mundo como el de ellos. Un mundo donde la gente estaba sedienta de magia y mataba por poder. Ojka se había mantenido con vida tanto tiempo a través de cuchillos y engaños y pura desconfianza, y era verdad que las cosas estaban cambiando ahora, gracias a Holland, pero el miedo y la cautela aún susurraban advertencias.

—Ojka. —Él la observó con calma, con ojos color esmeralda y tinta.

—Confío en usted —dijo ella, obligándose a decir las palabras, haciéndolas reales antes de que pudieran regresar a su garganta.

—Entonces ven aquí. —Holland sostuvo en alto el collar como si fuese una corona, y Ojka sintió que reculaba. No. Ella se había ganado este lugar al lado de él. Se había ganado su poder. Había sido suficientemente fuerte para sobrevivir la transferencia, la prueba. Había probado ser valiosa. Debajo de su piel, la magia latió fuerte y constante. No estaba lista para dejarla ir, para renunciar al poder y volver a ser una asesina ordinaria. «O peor», pensó, echándoles un vistazo a los cuerpos.

«Ven aquí».

Esta vez, la orden le zumbó en la cabeza, tiró de sus músculos, huesos, magia.

Los pies de Ojka se movieron hacia adelante, un paso, dos, tres, hasta que estuvo parada frente al rey. *Su* rey. Él le había dado tanto y aún tenía que reclamar el precio. Ningún beneficio venía sin un costo. Ella le hubiese pagado con hechos, con sangre. Si este era el costo —lo que fuera que fuese—, entonces así sería.

Holland bajó el collar. Sus manos tan seguras, sus ojos tan firmes. Ella debería haber inclinado la cabeza, pero en vez de eso, le sostuvo la mirada y ahí encontró equilibrio, encontró calma. Ahí se sintió a salvo.

Y entonces el metal se cerró alrededor de su garganta.

La primera cosa que sintió fue el frío cortante del metal sobre su piel. Sorpresa, pero no dolor. Luego el frío se afiló como cuchillo. Se deslizó debajo de su piel, la rasgó hasta abrirla, la magia se desparramó como sangre desde las heridas.

Ojka jadeó, se tambaleó y quedó de rodillas mientras el hielo se disparaba por su cabeza y hacia abajo por su pecho, estacas heladas expandiéndose por sus músculos y carne, huesos y médula.

Frío. Punzante y desgarrador, y luego desapareció.

Y a su paso… nada.

Ojka se dobló hacia adelante, sus dedos aferrados inútilmente al collar de metal, mientras dejaba salir un quejido animal. El mundo se veía mal —pálido y estrecho y vacío— y se sintió amputada de él, de sí misma, de su rey.

Era como perder una extremidad: nada del dolor, pero todo lo malo, una pieza vital de ella cercenada con tanta rapidez que podía sentir el espacio donde había estado, donde debería estar. Y entonces se dio cuenta de lo que era. La pérdida de un sentido. Como la vista o la audición o el tacto.

La magia.

No podía sentir su zumbido, no podía sentir su fuerza. Había estado en todos lados, una presencia constante en sus huesos y hasta en el aire alrededor de su cuerpo y, de repente, horriblemente… ya no estaba.

En sus manos, las venas comenzaban a aclararse, de negras a azul pálido y en el reflejo del piso de piedra pulida, pudo ver el emblema oscuro de la marca del rey que se retiraba de su frente y de su mejilla, yéndose hasta que no fue nada más que una mancha en el centro de sus ojos amarillos.

Ojka siempre había tenido temperamento, que se inflamaba rápido, y su poder se alzaba con su estado de ánimo. Pero ahora, cuando el pánico y el terror la desgarraban, nada surgió para equipararlos. No podía parar de temblar, no podía escapar del *shock* y del horror y el miedo. Estaba débil. Vacía. Carne y sangre y nada más. Y era *terrible*.

—Por favor —susurró a la habitación del trono mientras Holland se paraba inclinado hacia ella, observando—. Por favor, mi rey. Siempre he sido… leal. Siempre seré… leal. Por favor…

Holland se arrodilló frente a ella y le tomó el mentón con la mano enguantada, guiándolo suavemente hacia arriba. Ella podía ver la magia revolviéndose en sus ojos, pero no podía sentirla en su contacto.

—Dime —dijo él—, ¿qué sientes?

La palabra se escapó con un escalofrío.

—Yo… yo no puedo… sentir… nada.

Entonces el rey sonrió con amargura.

—Por favor —susurró Ojka, odiando la palabra—. Me eligió…

El dedo gordo del rey acarició su mentón.

—Te elegí —dijó él, los dedos resbalándose hacia abajo por su cuello—. Y todavía lo hago.

Un instante después, el collar había desaparecido.

Ojka jadeó, la magia regresó desbordante como aire en las venas hambrientas. Un dolor bienvenido, brillante y vívido y vivo. Apoyó la cabeza contra la piedra fría.

—Gracias —susurró, observando la marca que trazaba un camino por su ojo, a través de su frente y su mejilla—. Gracias.

Le tomó largos instantes ponerse de pie, pero se obligó a levantarse mientras Holland regresaba ese horrible collar a su bol plateado, los guantes se derritieron desde sus dedos, vertiéndose en sombras alrededor del metal.

—Su Majestad —dijo Ojka, que odió el temblor en su voz—. ¿Para quién es el collar?

Holland se llevó los dedos al corazón, su expresión ilegible.

—Para un viejo amigo.

«Si eso es para un amigo», pensó ella, «¿qué les hará Holland a sus enemigos?».

—Ve —dijo él, mientras regresaba a su trono—. Recupera tu fuerza. Vas a necesitarla.

Nueve

Rumbo de colisión

I



Cuando Lila se despertó al día siguiente, le tomó un momento recordar dónde estaba y, lo que era más importante, por qué le dolía todo.

Recordó haber regresado a la habitación de Elsor la noche anterior, resistir la urgencia de colapsar en la cama todavía completamente vestida. De alguna manera se había vuelto a poner su propia ropa, había vuelto a su propia habitación en Camino Errante, aunque no se acordaba demasiado del trayecto. Ahora estaba bien entrada la mañana. Lila no podía recordar la última vez que había dormido tanto, o tan profundamente. ¿No se suponía que dormir te hacía sentir descansado? Ella solo se sentía exhausta.

Su bota estaba atrapada debajo de algo que resultó ser el gato de Alucard. Lila no sabía cómo se había metido la criatura en su habitación. No le importaba. Y a la gata tampoco parecía importarle. Apenas se movió cuando Lila arrastró su pie para liberarlo y se sentó.

Cada parte de ella protestó.

No era solo el desgaste por el combate; se había metido en algunas peleas duras anteriormente, pero nada se había sentido así. La única cosa que se había acercado a esto eran las secuelas de la piedra negra. Las repercusiones del talismán habían sido de ahuecamiento y repentinas, aunque esto era sutil pero profundo. Una prueba de que la magia no era un recurso inagotable.

Lila salió a rastras del catre, reprimiendo un gruñido de dolor, agradecida de que la habitación estuviese vacía. Se quitó la ropa con tanto cuidado como le fue posible, haciendo muecas de dolor ante los moretones que habían comenzado a florecer sobre sus costillas. Pensar en pelear hoy otra vez la hizo estremecerse y, sin embargo, parte de ella se entusiasmó con la idea. Ciertamente, era una parte muy pequeña de ella.

«Peligroso».

«Imprudente».

«Una tontería».

«Una locura».

Las palabras comenzaban a sentirse más como medallas de honor que como golpes.

Abajo, el salón principal estaba escasamente poblado, pero divisó a Alucard en una mesa al lado de la pared. Cruzó la habitación, arrastrando las botas hasta que llegó hasta él y se dejó caer en una silla.

Él estaba mirando un papel y no levantó la vista cuando ella apoyó la cabeza en la mesa con un suave ruido sordo.

—No eres una persona a la que le gusten demasiado las mañanas, ¿hmm?

Ella masculló algo poco agradable. Él le sirvió una taza de intenso té negro, las especias entrelazadas al vapor.

—Es un momento del día tan inútil —dijo ella, que se levantó con esfuerzo y tomó la taza—. No se puede dormir. No se puede robar.

—Hay *más* en la vida.

—¿Como qué?

—Como comer. Y beber. Y bailar. Te perdiste un gran baile anoche.

Ella emitió un quejido al pensarlo. Era demasiado temprano como para imaginarse como Stasion Elsor presentándose en la pista, mucho menos en el palacio.

—¿Celebran *todas* las noches?

—Lo creas o no, algunas personas realmente vienen al torneo *solo* por las fiestas.

—¿No se vuelve tedioso todo eso…? —Agitó una mano como si todo aquello pudiera ser resumido en un simple gesto. En realidad, Lila solo había ido a un baile en toda su vida, y esa noche había comenzado con una máscara demoníaca y un glorioso abrigo nuevo y había terminado con ambos cubiertos por la sangre del príncipe y los restos pétreos de una reina extranjera.

Alucard se encogió de hombros y le ofreció algún tipo de torta.

—Puedo pensar en formas menos placenteras de pasar la noche.

Tomó esa especie de pancito dulce y mordisqueó una esquina.

—Me olvido de que eres parte de ese mundo.

La mirada del capitán se enfrió.

—No lo soy.

El desayuno fue vivificante; su vista comenzó a enfocarse y, al hacerlo, su atención se concentró en los papeles en las manos de Alucard. Era una copia de la programación de los Juegos, los dieciocho vencedores ahora emparejados en nueve grupos nuevos. Había estado tan cansada que ni siquiera lo había chequeado.

—¿Qué tal el terreno para hoy?

—Bueno, yo tengo el lujo de enfrentarme con uno de mis amigos más antiguos, sin mencionar que es el mejor mago de viento que jamás he conocido…

—¿Jinnar? —preguntó Lila, de repente interesada. Ese sería un gran combate.

Alucard asintió, serio.

—Y tú tienes que vértelas con… —Pasó el dedo a lo largo de la página—… Ver-as-Is.

—¿Qué sabes sobre él? —preguntó Lila.

Alucard arrugó la frente.

—Disculpa, ¿me has confundido con un camarada? La última vez que chequeé, estábamos en lados opuestos del *fixture*.

—Oh, vamos, Capitán. Si muero en esto, tendrás que buscarte un nuevo ladrón.

Las palabras ya habían salido cuando recordó que ya había perdido su puesto a bordo del *Aguja Nocturna*. Lo intentó otra vez.

—Mi charla ingeniosa es única. Sabes que la extrañarás cuando me haya ido. —Otra vez, había dicho la cosa incorrecta y un silencio pesado se instaló a su paso—. Está bien —dijo exasperada—. Dos preguntas más, dos respuestas más, a cambio de lo que sea que sepas.

Los labios de Alucard se curvaron. Dobló la lista y la apoyó a un lado y entrelazó los dedos con exagerada calma.

—¿Cuándo viniste a nuestro Londres por primera vez?

—Cuatro meses atrás —dijo—. Necesitaba cambiar de aire. —Había pensado detenerse ahí, pero las palabras siguieron saliendo—. Acabé envuelta en algo que no esperaba y, una vez que empezó, quería llegar hasta el final. Luego terminó y yo estaba aquí y tenía la oportunidad de empezar de cero. Hay pasados a los que no vale la pena aferrarse.

Eso obtuvo una mirada de interés y ella supuso que él continuaría por esta línea de interrogación, pero en vez de eso, él cambió de dirección.

—¿De qué huías la noche en que te uniste a mi tripulación?

Lila frunció el entrecejo, su mirada se escapó hacia la taza de té negro.

—¿Quién dijo que estaba huyendo? —murmuró. Alucard levantó una ceja, paciente como un gato. Ella bebió un largo trago caliente y dejó que la quemara todo el camino hacia abajo antes de hablar—. Mira, todo el mundo habla sobre lo desconocido como si fuera una cosa enorme y terrible, pero es lo *familiar* lo que siempre me ha molestado. Es pesado, crece alrededor de uno como piedras, hasta que son paredes y un techo y una celda.

—¿Por eso estabas tan decidida a tomar el lugar de Stasion? —preguntó con mucha frialdad—. ¿Porque mi compañía se ha vuelto una carga?

Lila apoyó su taza. Se tragó la necesidad de disculparse.

—Tenías dos preguntas, Capitán. Es mi turno.

Alucard se aclaró la garganta.

—Muy bien. Ver-as-Is. Obviamente es faronés, y no es un buen tipo, por lo que he escuchado. Un mago de tierra con temperamento. Ustedes dos se llevarían espléndidamente. Es la segunda ronda, así que tienes permitido usar un segundo elemento, si eres capaz.

Lila tamborileó la mesa con los dedos.

—Agua.

—¿Fuego y agua? Eso es inusual. La mayoría de los magos duales eligen elementos adyacentes. El fuego y el agua están en lados opuestos del espectro.

—¿Qué puedo decir? Siempre he sido contraria. —Guiñó su ojo bueno—. Y he tenido un gran maestro.

—Aduladora.

—Tarado.

Él se llevó la mano al pecho como ofendido.

—A ti te toca esta tarde —dijo, poniéndose de pie— y a mí en breve. —No

parecía contento.

—¿Estás preocupado —preguntó ella— por tu combate?

Alucard levantó su taza de té.

—Jinnar es el mejor en lo que hace. Pero solo hace una cosa.

—Y tú eres un hombre de talentos múltiples.

Alucard terminó su bebida y apoyó la taza de nuevo en la mesa.

—Eso me han dicho. —Se puso su saco—. Nos vemos del otro lado.



El estadio estaba *abarrotado*.

El estandarte de Jinnar volaba, violeta atardecer sobre un fondo plateado; el de Alucard, plateado contra azul de medianoche.

Dos arnesianos.

Dos favoritos.

Dos amigos.

Rhy estaba en la plataforma real, pero Lila no vio señales del rey o la reina, ni de Kell de hecho, aunque divisó a los hermanos de Alucard un palco más abajo. Berras con el entrecejo fruncido mientras Anisa aplaudía y alentaba y agitaba el banderín de su hermano.

La pista era un borrón de movimiento y luz, y todo el público contenía el aire mientras los dos favoritos bailaban uno alrededor del otro. Jinnar se movía como el aire, Alucard como el acero.

Lila jugueteaba inquieta con la astilla de piedra blanca, haciendo girar el recuerdo del Londres Blanco sobre sus dedos mientras miraba, tratando de seguir el ritmo de los movimientos de los competidores, de leer las líneas de ataque, predecir lo que harían y entender cómo lo hacían.

Era un combate parejo.

Jinnar era una belleza cuando se trataba de viento, pero Alucard tenía razón; era su único elemento. Podía transformarlo en una pared o una ola, usarlo para cortar como un cuchillo y, con su ayuda, prácticamente podía volar. Pero Alucard sostenía tierra y agua y todo lo que entre ellas hacían —filos tan sólidos como el metal, escudo de piedra y hielo—, y al final, sus dos elementos triunfaron contra el único de Jinnar, y Alucard ganó, rompiendo diez placas de armadura contra las siete que quebró Jinnar.

El mago de ojos plateados se retiró, una sonrisa visible a través de los hilos de metal de su máscara, y Alucard inclinó su mentón cubierto de escamas hacia la plataforma real y le ofreció una profunda reverencia al príncipe antes de desaparecer por el pasillo.

El auditorio comenzaba a vaciarse, pero Lila se quedó. La caminata hasta la pista le había aflojado las extremidades, pero no le entusiasmaba moverse otra vez, no hasta que tuviera que hacerlo, así que se quedó atrás observando cómo las masas menguaban y fluían, algunos hacia otros encuentros y otros hacia allí. Los banderines azules y plateados desaparecieron, reemplazados por un gato rojo fuego sobre un fondo dorado —ese era el estandarte de Kisimyr— y un par de leones sobre rojo.

Kamerov.

Lila se guardó la astilla de piedra blanca y se acomodó. *Esto* iba a ser interesante.

Había apuntado a Kisimyr como forjadora de fuego, pero la campeona arnesiana salió —en realidad, caminó al acecho, con su melena de pelo negro desparramada en sogas debajo de su máscara felina—, sosteniendo esferas de agua y tierra.

Para deleite del público, Kamerov apareció con las mismas.

Un combate balanceado, entonces, al menos en cuanto a los elementos. Ni siquiera era la pelea de Lila —gracias a Dios no era su pelea—, pero sintió que se le aceleraba un poco el pulso de excitación.

Las esferas cayeron y el estallido dio comienzo al combate.

Estaban bien emparejados: le tomó cinco minutos completos a Kisimyr dar el primer golpe, un tiro oblicuo al muslo de Kamerov. Le llevó otros ocho a Kamerov descargar el segundo.

Los ojos de Lila se entrecerraron mientras miraba, al percatarse de algo incluso antes de saber lo que era.

Kisimyr se movía de una forma que era elegante pero casi animal. Pero Kamerov… Había algo *familiar* en la fluidez con la que peleaba. Era armónico, casi sin esfuerzo, los floreos agregados de una forma que parecía innecesaria. Antes del torneo, en verdad, solo había visto un puñado de peleas con magia. Pero era como un *déjà vu* observarlo ahí abajo en la pista.

Lila tamborileó la baranda con los dedos y se inclinó hacia adelante.

¿Por qué parecía tan familiar?



Kell se agazapó y rodó y eludió, tratando de igualar su velocidad a la de Kisimyr, lo cual era difícil porque ella era *veloz*. Más que su anterior oponente y más fuerte que nadie con que él hubiese luchado, salvo por Holland. La campeona lo igualaba medida por medida, punto por punto. Ese primer golpe había sido un error torpe, torpe; pero por los Santos, se sentía bien. Vivo.

Detrás de la máscara de Kisimyr, Kell captó un esbozo de sonrisa y, detrás de la suya, él le devolvió el gesto.

La tierra flotaba en un disco sobre su mano derecha, el agua se arremolinaba

alrededor de la izquierda. Se retorció desde atrás del refugio de una columna, pero ella ya se había ido. Detrás de él. Kell giró, lanzando el disco. Demasiado lento. Ambos chocaron, atacaron y se lanzaron hacia lados opuestos, como si estuviesen luchando con espadas en vez de agua y tierra. Estocada. Bloqueo. Ataque.

Una lanza de tierra endurecida pasó a centímetros de la mejilla blindada de Kell, que rodó y se levantó sobre una rodilla y atacó con ambos elementos al mismo tiempo.

Ambos dieron en el blanco, cegándolos con la luz.

El público se enardeció, pero Kisimyr ni siquiera vaciló.

El agua de la campeona, teñida de rojo, había estado orbitando alrededor de ella sin parar. El ataque de Kell lo había acercado, había terminado dentro de la esfera de la arnesiana, y ahora ella empujó fuerte contra parte del círculo y esta se disparó hacia adelante sin romper el anillo, congelándose en una estaca de hielo.

Kell saltó hacia atrás, pero sin la rapidez suficiente; el hielo se estrelló contra su hombro, destruyendo la placa y penetrando la piel debajo.

El público contuvo el aire.

Kell siseó de dolor y se presionó la mano contra la herida. Cuando sacó la mano de su hombro, sangre manchaba sus dedos, rojo rubí. La magia susurraba a través de él —«*As Travars. As Orense. As Osaro. As Hasari. As Steno. As Staro*»—. Sus labios casi forman un hechizo, pero se frenó justo a tiempo, se limpió la sangre con la manga y atacó de nuevo.



Los ojos de Lila se agrandaron.

El resto del público estaba enfocado en Kamerov, pero resultó ser que ella levantó la vista justo después del golpe y vio al príncipe Rhy en el palco real, su rostro que se contorsionaba de dolor. Lo ocultó con rapidez, borró la tensión de sus rasgos, pero sus dedos agarraban la baranda con fuerza, la cabeza gacha, y Lila vio y *entendió*. Ella había estado ahí esa noche, cuando los príncipes fueron amarrados, sangre con sangre, dolor con dolor, vida con vida.

Su atención se disparó hacia la pista.

De repente fue obvio. La altura, la postura, los movimientos fluidos, la elegancia imposible.

Su labios se abrieron en una sonrisa salvaje.

«Kell».

Era él. Tenía que ser él. Ella había conocido a Kamerov Loste en la Noche de los Estandartes, había registrado sus ojos grises, su sonrisa de zorro. Pero también había registrado su altura, la forma en que se movía, y no había duda, ninguna duda en su

mente: el hombre que estaba en la pista no era el que le había deseado suerte en el Salón Rose. Era el hombre con quien había luchado lado a lado en tres Londres diferentes. A quien había robado y amenazado y salvado. Era Kell.

—¿Qué te está haciendo sonreír? —preguntó Tieren, que apareció a su lado.

—Solo estoy disfrutando el combate —dijo ella.

El *Aven Essen* emitió un pequeño sonido de escepticismo.

—Dígame —agregó ella, manteniendo los ojos en la pelea—, ¿al menos intentó disuadirlo de esta locura? ¿O simplemente planea fingir ignorancia sobre él también?

Hubo una pausa y, cuando Tieren respondió, su voz fue pareja.

—No sé de qué estás hablando.

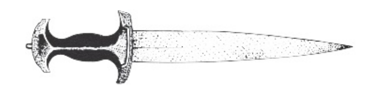
—Seguro que no lo sabe, *Aven Essen*. —Se giró hacia él—. Apuesto a que si Kamerov, ahí abajo, se sacara su casco, se vería como el hombre que estuvo en la Noche de los Estandartes y no como alguien con el ojo negro…

—Este tipo de comentarios me hace desear haberte entregado —dijo el sacerdote, interrumpiéndola—. Los rumores son cosas peligrosas, *Stasion*, especialmente cuando surgen de alguien que es culpable de sus propios crímenes. Así que te preguntaré otra vez —dijo—, ¿qué te está haciendo sonreír?

Lila le sostuvo la mirada, sus rasgos inmóviles.

—Nada —dijo ella, girando hacia el combate—. Nada de nada.

II



Al final, ganó Kamerov.

Ganó *Kell*.

«Había sido un combate asombrosamente parejo entre la campeona vigente y el llamado Caballero de Plata». El público parecía mareado de tanto contener la respiración, la pista era un revoltijo de piedras rotas y hielo negro, la mitad de los obstáculos estaban agrietados o quebrados o en ruinas.

La forma en que él se había movido. La forma en que había peleado. Incluso en el poco tiempo que habían pasado juntos, Lila jamás lo había visto pelear así. Un solo punto, había ganado por un solo punto, había destronado a la campeona y en lo único que ella podía pensar era: «Se está conteniendo».

«Incluso ahora, se está conteniendo».

—¡Stasion! ¡Stasion!

Lila hizo un esfuerzo por dejar de pensar en Kell; tenía preocupaciones propias y más apremiantes.

Su segundo combate estaba a punto de comenzar.

Estaba parada en medio de la pista occidental, las gradas repletas de plateado y negro, el banderín verde claro del faronés, apenas un acento entre la multitud.

Frente a ella estaba parado el hombre en cuestión, Ver-as-Is, con una esfera de tierra coloreada en cada mano. Lila observó al mago: era grácil, sus extremidades largas y delgadas y trenzadas con músculos, su piel era del color del carbón y sus ojos de un verde claro imposible, igual que su bandera. Bien hundidos en su rostro, parecían resplandecer. Pero fue lo dorado lo que más le llamó la atención.

La mayoría de los faroneses que ella había visto llevaban gemas en la piel, pero Ver-as-Is usaba oro. Debajo de su máscara, que ocultaba solo la parte superior de su cabeza, cuentas del metal precioso trazaban las líneas de su rostro y cuello en una superposición esquelética.

Lila se preguntó si era alguna clase de símbolo de estatus, una exhibición de riqueza.

Pero exhibir tu riqueza era pedir que te la robaran, y ella se preguntó cuán difícil sería remover las cuentas.

¿Cómo se quedaban puestas? ¿Adhesivo? ¿Magia? No, ella notó que los ornamentos sobre Ver-as-Is no habían sido pegados en su lugar, no exactamente; habían sido enterrados, cada uno de ellos incrustado en la piel. La modificación estaba hecha con pericia, la carne alrededor de las cuentas apenas levantada, creando la ilusión de que el metal había crecido directamente desde su cara. Pero ella podía

ver las líneas de cicatrización tenues donde la carne y el objeto extraño se encontraban.

Eso ciertamente lo hacía un robo difícil.

Y sucio.

—*Astal* —dijo el juez en blanco y dorado. *Prepárense*.

El público se acalló.

El faronés alzó sus esferas, esperando que ella hiciera lo mismo.

Lila sostuvo en alto sus bolas —fuego y agua—, dijo una corta plegaria y soltó.



Alucard llenó dos vasos con el decantador que estaba sobre la mesa.

Uno de los vasos estaba camino a los labios de Lila cuando dijo:

—Yo no bebería eso si fuera tú.

Lila se detuvo y miró de cerca el contenido.

—¿Qué es esto?

—Vino de avise… en su mayor parte.

—En su mayor parte —repitió ella. Entrecerró los ojos y, en efecto, podía ver partículas de algo dando vueltas en el líquido—. ¿Qué le has puesto?

—Arena roja.

—Supongo que contaminaste mi bebida favorita por alguna razón.

—Así es.

Apoyó su propio vaso otra vez en la mesa.

—Esta vez vas a aprender a influenciar dos elementos simultáneamente.

—No puedo creer que arruinaste una botella de vino de avise.

—Te dije que la magia era una conversación…

—También dijiste que era un océano —dijo Lila—. Y una puerta y, una vez, creo que incluso la llamaste gato…

—Bueno, esta noche la vamos a llamar conversación. Simplemente estamos agregando a otro participante. El mismo poder, diferentes líneas.

—Nunca he podido palmearme la cabeza y frotarme el estómago al mismo tiempo.

—Bueno, entonces esto va a ser interesante.



Lila jadeó, intentando recuperar el aire.

Ver-as-Is circulaba, y el cuerpo de ella gritaba, aún dolido por el día anterior. Y

sin embargo, la magia estaba ahí, debajo de su piel, latiendo para salir.

Estaban empatados, seis a seis.

Se le metió sudor en los ojos al agacharse, eludir, saltar, atacar. Un golpe de suerte sacó la placa en el bíceps del faronés. Siete a seis.

El agua giraba a toda velocidad frente a ella como escudo y se volvía hielo cada vez que Ver-as-Is atacaba. Se hacía añicos con los golpes lanzados por él, pero mejor el escudo que sus preciadas placas.

El truco no funcionó demasiado tiempo. Después del segundo bloqueo, el faronés captó la trampa y tras un primer ataque lanzó inmediatamente un segundo. Lila perdió dos placas más en cuestión de segundos. Siete a ocho.

Ella podía sentir que su fuerza menguaba y el faronés solo parecía volverse más fuerte. Más rápido.

Fuego y agua estaba probando ser una muy mala elección. No se podían tocar; cada vez que lo hacían, se cancelaban, se volvían vapor o humo…

Y eso le dio una idea.

Maniobró hasta el montículo más cercano, uno lo suficientemente bajo para escalar, y unió las dos fuerzas en sus manos. Hacia afuera salió ondeando humo blanco, que llenó la pista, y bajo su cubierta, ella se dio vuelta y saltó sobre la roca. Desde arriba, podía ver el remolino de aire hecho por Ver-as-Is, que giraba tratando de encontrarla. Lila se concentró y el vapor se separó; el agua se volvió bruma y luego hielo, al congelarse alrededor de él, mientra el fuego se elevaba en el aire y luego caía en lluvia. Ver-as-Is llevó su tierra hacia arriba en forma de arco para escudarse, pero no antes de que ella rompiera dos de sus placas. Nueve a ocho.

Antes de que ella pudiera saborear la ventaja, una estaca de tierra se disparó en el aire hacia ella, que saltó hacia atrás desde el montículo.

Y derecho a una trampa.

Ver-as-Is estaba ahí, dentro de su defensa, cuatro lanzas de arcilla se precipitaban hacia ella. No había forma de eludir los golpes, no había *tiempo*. Iba a perder, pero no se trataba solo del combate, no en este momento, porque esas lanzas eran afiladas, tan afiladas como el hielo que había penetrado el hombro de Kell.

El pánico la atravesó, de la forma en que tantas veces había hecho cuando un cuchillo se acercaba demasiado y sentía que la balanza se inclinaba, la caricia del peligro, el beso de la muerte.

«No». Algo se alzó dentro de ella, algo simple e instintivo, y en ese momento, el mundo entero se *desaceleró*.

Era magia —tenía que serlo—, pero diferente de todo lo que jamás había hecho. Por un instante, el espacio dentro de la pista pareció *cambiar*, se le desaceleró el pulso y se prolongaron las fracciones de tiempo dentro del segundo, estirando el momento; no demasiado, solo lo suficiente para que ella esquivara, rodeara y atacara. Aun así, una de la lanzas de Ver-as-Is le rozó el brazo, quebró la placa y le hizo salir sangre, pero no importó, porque al cuerpo de Ver-as-Is le tomó un instante demasiado

largo —ese mismo instante robado— moverse, y el hielo de ella lo golpeó en el costado, destruyendo la placa final.

Y justo así, el momento terminó de golpe y todo se emparejó. Ella no se había dado cuenta del silencio imposible de ese segundo suspendido hasta que colapsó. A su paso, el mundo era caos. El brazo le ardía y el público había estallado en hurras, pero Lila no podía parar de mirar fijo a Ver-as-Is, quien miraba hacia abajo, a sí mismo, como si su cuerpo lo hubiese traicionado. Como si supiera que lo que acababa de pasar no era posible.

Pero si Lila había roto las reglas, nadie parecía haberlo notado. Ni el árbitro, ni el rey ni las tribunas enardecidas.

Ver-as-Is le lanzó una mirada amenazante, pero no reclamó nada. En vez de eso, se dio vuelta y salió a toda velocidad. Lila lo observó irse. Sintió algo mojado en los labios y sabía a cobre. Alzó los dedos por entre la mandíbula de su máscara y se tocó la nariz, estos regresaron rojos. La cabeza le daba vueltas. Pero estaba todo bien; había sido una pelea dura.

Y había ganado.

Solo que no estaba segura de cómo.

III



Rhy estaba apoyado sobre el borde de la cama de Kell, frotándose el cuello mientras Hastra trataba de envolver el hombro de Kell. Se estaba sanando, pero no lo suficientemente rápido como para un baile.

—Aguántatelas, hermano —lo regañó el príncipe—. Mañana va a ser peor.

Había ganado. Por poco —muy poco— y no solo porque ganarle a Kisimyr por más que un pelo hubiese generado sospechas. No, ella era buena, era excelente, quizá incluso la mejor. Pero Kell no estaba listo para dejar de pelear aún, no estaba listo para renunciar a la libertad y al entusiasmo y regresar a ser una chuchería en una caja. Kisimyr era fuerte, pero Kell estaba desesperado y hambriento y había marcado el décimo punto.

Estaba en la ronda de los nueve.

Tres grupos de tres, todos contra todos, de a uno por vez, y solo el poseedor del puntaje más alto avanzaría. No sería suficiente con ganar. Kell tendría que ganar por más de un solo golpe.

Y le había tocado una mala mano. Mañana, tendría no uno, sino dos combates. Sentía pena por el príncipe, pero ahora ya no había vuelta atrás.

Kell le había contado a Rhy sobre el pedido del rey de que él se quedara en el palacio. Obviamente, le había dicho *después* de escabullirse a la pelea.

—Le va a dar un ataque si se entera —advirtió Rhy.

—Por eso no se enterará —dijo Kell. Rhy no parecía muy convencido. A pesar de todo su desenfado, nunca había sido bueno cuando de desobedecer a su padre se trataba. Y hasta hacía no demasiado, tampoco lo había sido Kell.

—Hablando de mañana —dijo Rhy desde la cama—, es necesario que empieces a perder.

Kell se tensionó, lo que envió una nueva punzada de dolor por su hombro.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Tienes alguna idea de cuán difícil fue planear esto? ¿Llevarlo a cabo? Honestamente es un milagro que no nos hayan descubierto…

Kell se puso de pie, probó el hombro.

—Bueno, eso es un voto de confianza.

—Y no voy a dejar que lo arruines *ganando*.

—No tengo ninguna intención de ganar el torneo. Solo estamos en los nueve. —Kell sintió que había algo que estaba pasando por alto. La mirada en el rostro de Rhy lo confirmó.

—Los mejores treinta y seis se convierten en dieciocho —dijo Rhy, despacio—.

Los mejores dieciocho se convierten en nueve.

—Sí, puedo hacer las cuentas —dijo Kell, mientras se abrochaba la túnica.

—Los mejores nueve se convierten en tres —continuó Rhy—. ¿Y qué pasa con esos tres, sabio matemático Kell?

Kell frunció el entrecejo. Y luego cayó en la cuenta.

—Ah.

—Ah —repitió Rhy, bajando de la cama con un saltito.

—La Ceremonia del Descubrimiento —dijo Kell.

—Sí, eso —dijo su hermano.

El *Essen Tasch* tenía pocas reglas cuando se trataba de pelear y menos aún sobre los disfraces usados durante los combates. Los competidores tenían la libertad de mantener a sus personajes durante la mayor parte del torneo, pero la Ceremonia del Descubrimiento demandaba que los tres finalistas se descubrieran frente al público y a los reyes, que se quitaran las máscaras y no las usaran en el duelo final y la subsecuente coronación.

Como muchos de los rituales del torneo, el origen de la Ceremonia del Descubrimiento se estaba desvaneciendo de la memoria, pero Kell sabía que la historia tenía origen en los primeros días de paz, cuando un asesino intentó usar el torneo, y el anonimato que permitía, para matar a la familia real faronesa. El asesino acabó con el mago ganador y se puso su casco y cuando los reyes y reinas de los tres imperios lo invitaron a la plataforma para que recibiese el premio, atacó, asesinó a la reina faronesa e hirió gravemente a un joven de la realeza antes de que lo detuvieran. La paz en ciernes podría haberse derrumbado ahí mismo, pero nadie estaba dispuesto a reivindicar al asesino, que había muerto antes de poder confesar. Al final, se sostuvo paz entre los reinos, pero nació la Ceremonia del Descubrimiento.

—*No puedes* avanzar más allá de los nueve —dijo Rhy, terminante.

Kell asintió, sintió que el corazón se le iba al piso.

—Alégrate, hermano —dijo el príncipe, abrochando el sello real sobre su pecho —. Aún tienes dos combates. Y quién sabe, quizá alguien te gane justamente.

Rhy fue hacia la puerta y Kell le siguió los pasos.

—Señor —dijo Hastra—, unas palabras.

Kell se detuvo. Rhy hizo una pausa en el umbral de la puerta y miró atrás.

—¿Vienes?

—Te alcanzaré.

—Si no apareces, es muy probable que haga algo estúpido, como lanzarme a los brazos de Aluc…

—No me voy a perder el maldito baile —estalló Kell.

Rhy le guiñó un ojo y cerró la puerta detrás de sí.

Kell se volvió a su guardia.

—¿Qué pasa, Hastra?

El guardia se veía profundamente nervioso.

—Es solo que… mientras usted estaba compitiendo, regresé al palacio para ver en qué estaba Staff. El rey estaba pasando por ahí y se detuvo y me preguntó cómo había pasado el día usted… —Hastra vaciló, dejando lo obvio sin decir: el rey no habría preguntado semejante cosa si supiese sobre el engaño de Kell. Lo que significaba que no lo sabía.

Kell se tensionó.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó, preparándose para lo peor.

Hastra bajó la mirada al piso.

—Le dije que no había dejado el palacio.

—¿Le mentiste al rey? —preguntó Kell, con la voz cuidadosamente pareja.

—No fue una mentira —dijo Hastra despacio, levantando la vista—. No en el sentido más estricto del término.

—¿Cómo?

—Bueno, le dije que *Kell* no había dejado el palacio. No dije nada sobre *Kamerov*…

Kell miró al hombre joven con asombro.

—Gracias, Hastra. Rhy y yo… no deberíamos haberte puesto en esa posición.

—No —dijo Hastra, con una firmeza sorprendente, y luego, agregó rápido—: pero entiendo por qué lo hizo.

Empezaron a sonar las campanas. Había comenzado el baile. Kell sintió un agudo dolor en el hombro y tuvo la sospecha de que Rhy le estaba mandando un mensaje.

—Bueno —dijo Kell, mientras se dirigía hacia la puerta—, no tendrás que mentir por mucho tiempo más.



Esa noche, Lila estuvo a punto de ir al baile. Ahora que sabía la verdad, quería ver el rostro de Kell sin la máscara, como si quizá pudiese ver el engaño escrito en las líneas de su entrecejo.

En vez de eso, terminó vagando por los muelles, observando el sube y baja de los barcos, escuchando el *shush* de las olas contra los cascos. De las yemas de los dedos le colgaba su casco, con la mandíbula bien abierta.

Los muelles estaban extrañamente vacíos —la mayoría de los marineros y estibadores debían de haberse aventurado hacia los bares y fiestas o, al menos, al Mercado Nocturno—. Los hombres de mar amaban estar en tierra más que cualquiera que viviera allí y sabían cómo disfrutarla lo mejor posible.

—Gran combate el de hoy —dijo una voz. Un momento después apareció Alucard, que se le puso al lado.

Ella pensó en su conversación de aquella mañana, en el dolor en la voz del

capitán al preguntar por qué lo había hecho, robado la identidad de Elsor y ponerse en riesgo —ponerlos a *todos* en riesgo—. Y ahí estaba otra vez, ese traicionero deseo de disculparse, de pedir de regreso su puesto en el barco o al menos recuperar su aprecio.

—¿Me estás siguiendo otra vez? —preguntó—. ¿No deberías estar festejando?

Alucard inclinó la cabeza hacia atrás.

—No tenía ganas esta noche. Además —dijo, mientras su mirada caía—, quería ver qué hacías que era tanto mejor que los bailes.

—Querías asegurarte de que no me metiera en problemas.

—No soy tu padre, Bard.

—Menos mal. Los padres no deberían intentar seducir a sus hijas para enterarse de sus secretos.

El capitán sacudió la cabeza con remordimiento.

—Fue *una sola vez*.

—Cuando era más chica —dijo ella, como ausente—, solía caminar por los muelles allá en Londres (*mi* Londres) y observaba todos los barcos que llegaban. Algunos días, imaginaba cómo se vería el mío. Otros días simplemente intentaba imaginar uno que me llevara lejos. —Alucard la estaba mirando fijo—. ¿Qué?

—Es la primera vez que ofreces información voluntariamente.

Lila sonrió torciendo la boca.

—No te acostumbres.

Caminaron en silencio por algunos momentos, los bolsillos de Lila tintineaban. El Isle brillaba rojo al lado de ellos y, a la distancia, el palacio resplandecía.

Pero Alucard nunca se había llevado bien con el silencio.

—Así que esto es lo que haces en vez de bailar —dijo él—. ¿Merodeas los muelles como el fantasma de algún marinero?

—Bueno, solo cuando me aburro de hacer esto. —Sacó un puño de su bolsillo y lo abrió para revelar una colección de joyas, monedas, chucherías.

Alucard negó con la cabeza, exasperado.

—¿Por qué?

Lila se encogió de hombros. Porque era familiar, podría haber dicho, y porque era buena en eso. Además, los contenidos de los bolsillos de la gente eran mucho más entretenidos en *este* Londres. Había encontrado una piedra onírica, un guijarro de fuego y algo que parecía una brújula pero no lo era.

—Quien es ladrón, lo es siempre.

—¿Qué es esto? —preguntó él, arrancando la astilla de piedra blanca de entre el revoltijo de gemas robadas.

Lila se tensó.

—Eso es mío —dijo—. Es un suvenir.

Él se encogió de hombros y dejó caer la astilla de regreso a la pila.

—Te van a atrapar.

—Entonces, mejor me divierto mientras puedo —respondió ella, guardando el montón—. Y quién sabe, quizá la corona también me perdone.

—Yo no esperaría sentado. —Alucard había comenzado a frotarse las muñecas y, al darse cuenta, se detuvo y alisó su saco—. Bueno, quizá te contentes con merodear los muelles y robar a los que pasan, pero yo preferiría una bebida caliente y algo de ropa fina, así que… —Hizo una gran reverencia—. ¿Puedo confiar en que te mantendrás lejos de los problemas, al menos hasta mañana?

Lila solo sonrió con superioridad.

—Lo intentaré.



Mientras iba hacia Camino Errante, Lila se dio cuenta de que la estaban siguiendo.

Podía escuchar sus pasos, oler su magia en el aire, y su corazón se aceleró de esa vieja forma tan familiar. Así que cuando echó una mirada atrás y vio a alguien en la calle estrecha, no se sorprendió.

No corrió.

Debió haberlo hecho, debió haber tomado una calle principal apenas se dio cuenta, ponerse a la vista de la gente. En vez de eso, Lila hizo lo que le había prometido a Alucard que trataría de no hacer.

Encontró problemas.

Cuando llegó al siguiente giro en el camino, un callejón, lo tomó. Algo destelló en el extremo opuesto y Lila dio un paso hacia ahí, antes de darse cuenta de lo que era.

Un cuchillo.

Ella se retorció para salir del camino cuando este vino volando hacia ella. Fue rápida, pero no lo suficiente: el filo la rozó al costado antes de caer retumbando al piso.

Lila se presionó la cintura con la mano.

El corte era superficial, apenas sangraba, y cuando volvió a levantar la mirada, vio a un hombre cuyos contornos se borroneaban en la oscuridad. Lila se dio vuelta, pero la entrada al callejón estaba bloqueada por otra figura.

Lila cambió de postura, tratando de mantener los ojos en los dos al mismo tiempo. Pero al dar un paso hacia la sombra más oscura de la pared del callejón, una mano le agarró el hombro, y ella se lanzó adelante mientras una tercera silueta salía de la oscuridad.

No había adónde correr. Dio un paso hacia la figura en la boca del callejón, con la esperanza de que fuese un marinero borracho o un matón.

Y entonces vio el oro.

Ver-as-Is no estaba usando su casco y, sin él, ella podía ver el resto del diseño que seguía un trazado por encima de los ojos y se adentraba en la cabellera.

—Elsor —siseó, su acento faronés convirtió el nombre en un sonido serpentino.

«Mierda», pensó Lila. Pero solo dijo:

—Otra vez tú.

—Tramposo, pedazo de escoria —continuó en un arnesiano mal pronunciado—. No sé cómo lo hiciste, pero lo vi. Lo sentí. No hay manera de que hubieses podido…

—No seas resentido —lo interrumpió ella—. Es solo un jue…

La calló un puño que chocó contra su costado herido y ella se dobló hacia adelante, tosiendo. El golpe no había venido de Ver-as-Is, sino de uno de los otros, sus rostros con gemas incrustadas enmascarados con una tela oscura. Lila sujetó con más fuerza la máscara forrada de metal que llevaba en la mano y lanzó un golpe, que se estrelló contra la frente del hombre más cercano. Este gritó y se tambaleó hacia atrás, pero antes de que Lila pudiera embestir de nuevo, estaban sobre ella, seis manos contra las dos de ella, estrellándola contra la pared del callejón. Se tropezó hacia adelante cuando uno le torció el brazo detrás de la espalda. Lila se dejó caer a una rodilla por instinto y rodó, lanzando al hombre por sobre su hombro, pero antes de que ella pudiera pararse, una bota le pateó la mandíbula. La oscuridad estalló en esquirlas de luz fracturada y un brazo le envolvió la garganta desde atrás y tiró hasta que ella estuvo de pie.

Lila estaba atrapada. Esperó la oleada de poder que había sentido en la pista, esperó que el mundo se desacelerara y que su fuerza volviera, pero nada de eso sucedió.

Entonces hizo algo inesperado: se rio.

No tenía ganas de reír —el dolor le rugía en el hombro y apenas podía respirar—, pero lo hizo de todas formas y fue recompensada con la confusión que se expandía como una mancha en el rostro de Ver-as-Is.

—Eres patético —escupió—. No pudiste ganarme uno a uno, ¿entonces vienes de a tres? Lo único que haces es probar cuán débil eres.

Llamó a su magia, fuego o tierra, incluso hueso, pero nada vino. Le latía la cabeza y le seguía cayendo sangre de la herida en el costado.

—¿Crees que solo tu pueblo puede hechizar el metal? —siseó Ver-as-Is, llevando el cuchillo a su garganta.

Lila lo miró a los ojos.

—Realmente me vas a matar solo porque perdiste un combate.

—No —dijo él—. Igual por igual. Hiciste trampa. Entonces yo también.

—¡Ya perdiste! —estalló ella—. ¿Cuál es el maldito sentido?

—Un país no es un hombre, pero un hombre es un país —dijo y después ordenó a sus hombres—: Desháganse de él.

Los otros dos comenzaron a arrastrarla hacia los muelles.

—No puedes hacerlo tú mismo —lo retó ella.

Si el golpe lo lastimó, él no dejó que se notara, simplemente se dio vuelta y comenzó a irse caminando.

—Ver-as-Is —lo llamó ella—, te daré una opción.

—¿Eh? —Él echó una mirada hacia atrás, sus ojos verde claro se abrieron entretenidos.

—Me puedes dejar ir ahora mismo y marcharte —dijo ella, despacio—, o los mataré a todos.

Él sonrió.

—Y si te dejo ir, supongo que seré parte de tus amigos, ¿no?

—Oh, no —dijo ella, negando con la cabeza—. A ti te mataré sin importar qué. Pero si tus hombres me sueltan ahora, no los mataré a ellos.

Por un momento, creyó sentir que se aflojaba el brazo que le rodeaba la garganta. Pero entonces regresó, el doble de apretado. «Mierda», pensó, mientras Ver-as-Is venía hacia ella, haciendo girar el cuchillo que tenía en la mano.

—Si tan solo las palabras fuesen armas… —dijo, y llevó el cuchillo hacia abajo. El mango se estrelló contra la sien de Lila y todo se volvió negro.

IV



Lila se despertó como cuando una persona que se ahoga rompe la superficie del agua.

Abrió los ojos de golpe, pero el mundo se mantuvo completamente negro. Abrió la boca para gritar y se dio cuenta de que ya estaba abierta, una mordaza de tela apagaba el sonido.

Sentía un dolor punzante en un lado de la cabeza que se agudizaba con cada movimiento, y sintió que quizá vomitaría. Intentó sentarse y rápidamente descubrió que no podía.

La inundó el pánico, la necesidad de vomitar repentinamente reemplazada por la necesidad de respirar. Estaba en una caja. Una caja muy pequeña.

Se quedó inmóvil y exhaló temblorosa cuando la caja no se movió ni se meció. Por lo que podía ver, aún estaba en tierra. A menos, obviamente, que estuviera *bajo* tierra.

El aire de repente se sintió muy escaso.

No podía descifrar si la caja era realmente un ataúd, porque no alcanzaba a ver las dimensiones. Yacía de costado en la oscuridad. Intentó moverse otra vez y se dio cuenta de que no podía; tenía las manos y los pies atados juntos, los brazos retorcidos hacia atrás de su espalda. Las muñecas le dolían por la aspereza de la soga que las rodeaba, tenía los dedos entumecidos, los nudos estaban tan ajustados que la piel ya estaba en carne viva. El más mínimo intento por liberarse generaba un estremecimiento de dolor agudo.

«Los voy a matar», pensó. «Los voy a matar a todos». No dijo las palabras en voz alta por la mordaza… y el hecho de que no había demasiado aire en la caja. Saberlo le hacía querer respirar hondo.

«Mantén la calma».

«Mantén la calma».

«Mantén la calma».

Lila no tenía miedo de muchas cosas. Pero no era adepta a los espacios pequeños y oscuros. Intentó registrar su cuerpo en busca de un cuchillo, pero no había ninguno. Las chucherías que había recolectado tampoco estaban. Su astilla de piedra blanca no estaba. La furia atravesó a Lila como un fuego.

Fuego.

Eso es lo que necesitaba. «¿Qué podría salir mal si hay fuego en una caja de madera?», se preguntó con ironía. En el peor de los casos, simplemente se quemaría viva antes de poder salir. Pero si iba a escapar —y ella iba a escapar, aunque no fuera más que para matar a Ver-as-Is y sus hombres—, entonces necesitaba liberarse de la

soga. Y la soga se encendía.

Entonces Lila intentó invocar fuego.

«Tigre, tigre, fuego deslumbrante…».

Nada. Ni siquiera una chispa. No podía ser la herida del cuchillo; esta se había secado y el hechizo con ella. Así era como funcionaba. ¿*Era* así como funcionaba? Parecía que así era como debía funcionar.

Pánico. Más pánico. Pánico desgarrador.

Cerró los ojos y tragó saliva e intentó otra vez.

Y otra vez.

Y otra.



—Concéntrate —dijo Alucard.

—Bueno, es un poco difícil, considerando las circunstancias. —Lila estaba parada en el medio del camarote del capitán, con una venda en los ojos. La última vez que lo había visto, él estaba sentado en su silla, con un tobillo sobre la rodilla, bebiendo un licor oscuro. A juzgar por el sonido de una botella al ser levantada, aún estaba ahí.

—Ojos abiertos, ojos cerrados —dijo él—, no hay diferencia.

Lila estaba en completo desacuerdo. Con los ojos abiertos, podía invocar fuego. Con los ojos cerrados, bueno, no podía. Además, se sentía como una tonta.

—¿Cuál es exactamente el punto de esto?

—El punto, Bard, es que la magia es un sentido.

—Como la vista —ladró ella.

—Como *la vista —dijo Alucard—, pero no la vista. No necesitas verla. Solo sentirla.*

—El sentir es un sentido también.

—No seas simplista.

Lila sintió que Esa se enredaba entre sus piernas y resistió la urgencia de patear a la gata.

—Odio esto.

Alucard la ignoró.

—La magia es todo y nada. Es vista y gusto y aroma y sonido y tacto, y también es algo completamente distinto. Es el poder en todos los poderes y, a la vez, lo es en sí misma. Y una vez que sepas cómo sentir su presencia, no estarás nunca sin ella. Ahora deja de quejarte y concéntrate.



«Concéntrate», pensó Lila, luchando por mantener la calma. Podía sentir la magia, mezclada en su pulso. No necesitaba verla. Todo lo que necesitaba hacer era alcanzarla.

Cerró los ojos con fuerza, intentando engañar a su mente para que pensara que la oscuridad era una elección. Ella era una puerta abierta. Tenía el control.

«Arde», pensó, la palabra la golpeó adentro como un fósforo. Chasqueó los dedos y sintió el calor familiar del fuego lamiendo el aire sobre su piel. La soga se encendió, iluminando las dimensiones de la caja —pequeña, muy pequeña, demasiado pequeña— y cuando giró la cabeza, un rostro espeluznante le devolvió la mirada, que se convirtió en la máscara demoníaca justo antes de que Lila fuese derribada por un dolor abrasador. Cuando el fuego flotaba sobre sus dedos, no dolía, pero ahora, al comer las sogas, *quemaba*.

Reprimió un grito mientras la llama le lamía las muñecas antes de que finalmente se quebrara la soga. Apenas sus manos estuvieron libres, ella rodó sobre el fuego y se sumergió otra vez en la oscuridad. Bajó la mordaza que tenía en la boca, se sentó para alcanzar sus tobillos, pero se golpeó la cabeza contra la parte superior de la caja y maldijo con fuerza mientras caía hacia atrás. Maniobrando con cuidado, se las ingenió para alcanzar las sogas contra sus pies y las desató.

Con las extremidades liberadas, empujó contra la tapa de la caja. No se movió. Maldijo y unió las palmas de las manos, una pequeña llama surgió entre ellas. Con su luz pudo ver que la caja no tenía cerrojo. Era un cajón de carga. Y estaba cerrado con clavos. Lila apagó la luz y dejó que su cabeza dolorida descansara contra el suelo del cajón. Respiró hondo un par de veces para recuperarse —«Las emociones no son fuerza», se dijo a sí misma, recitando una de las muchas frases de Alucard— y luego presionó las palmas de las manos contra las paredes de madera del cajón y *empujó*.

No con las manos, sino con su *voluntad*. Voluntad contra madera, voluntad contra clavo, voluntad contra aire.

La caja tembló.

Y *explotó*.

Los clavos de metal salieron expulsados, las tablas se quebraron y el aire dentro de la caja empujó todo *afuera*. Se cubrió la cabeza mientras le caían escombros, luego se puso de pie, jadeando. Tenía las muñecas irritadas y en carne viva, le temblaban las manos del dolor y la furia, mientras se esforzaba por orientarse.

Se había equivocado. Estaba en una bodega de carga. En un barco. Pero a juzgar por la firmeza de la nave, esta aún estaba atracada. Lila bajó la vista hacia los restos del cajón. No se le escapó la ironía de la situación; después de todo, había intentado hacer lo mismo con Stasion Elsor. Pero le gustaba creer que si realmente lo hubiese puesto en un cajón, ella al menos le hubiera dado agujeros por los que respirar.

La máscara demoníaca le guiñó un ojo desde los escombros y la sacó de entre ellos y se la colocó sobre la cabeza. Sabía dónde se estaba hospedando Ver-as-Is. Había visto a su tripulación en Rayo de Sol, una posada en la misma calle de Camino Errante.

—Eh —la llamó un hombre, mientras subía a la cubierta—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Lila no se detuvo. Cruzó el barco rápidamente y bajó por la plancha al muelle, ignorando los gritos desde cubierta, ignorando el sol matutino y el sonido lejano de vítores.

Lila le había advertido a Ver-as-Is lo que pasaría.

Y ella era una mujer de palabra.



—¿Qué parte de «es necesario que pierdas» no entiendes?

Rhy caminaba de un lado a otro de la carpa de Kell, se veía furioso.

—No deberías estar aquí —dijo Kell, frotándose el hombro dolorido.

No había tenido la intención de ganar. Solo había querido que fuese una buena pelea. Con resultado ajustado. No era su culpa que Rul el «Lobo» se hubiese tropezado. No era su culpa de que la fase de nueve favoreciera el combate cuerpo a cuerpo. No era su culpa que el veskano claramente se había divertido demasiado la noche anterior. Había visto al hombre pelear y había sido brillante. ¿Por qué no podía ser brillante *hoy*?

Kell se pasó una mano por el cabello, engominado con sudor. El casco plateado descansaba, abandonado, sobre los almohadones.

—No necesitamos este tipo de problemas, Kell.

—Fue un accidente.

—No quiero oírlo.

Hastra estaba parado contra la pared, parecía querer desaparecer. Arriba en el estadio central, aún estaban gritando hurras con el nombre de Kamerov.

—Mírame —estalló Rhy, que tiró de la mandíbula de Kell para que sus miradas se encontraran—. Es necesario que empieces a perder *ahora*. —Comenzó a caminar de un lado a otro nuevamente, su voz baja, aunque había hecho que Hastra despejara la carpa—. La ronda de nueve es una cuestión de puntos —continuó—. El que más tenga de tu grupo avanza. Con suerte, uno de los otros ganará su combate por goleada, pero en lo que te concierne, Kamerov se *va*.

—Si pierdo por mucho, levantará sospechas.

—Bueno, entonces necesitas perder por lo *suficiente* —dijo Rhy—. La buena noticia es que he visto a tu próximo adversario y es lo suficientemente bueno para

ganarte. —Kell se amargó—. Está bien —corrigió Rhy—, es suficientemente bueno para ganarle a *Kamerov*. Y eso es exactamente lo que va a hacer.

Kell suspiró.

—¿Contra quién me enfrento?

Rhy finalmente dejó de caminar.

—Su nombre es Stasion Elsor. Y con suerte, te aplastará.



Lila trabó la puerta detrás de sí.

Encontró sus cuchillos en una bolsa al pie de la cama, junto a las chucherías y la astilla de piedra blanca. Los hombres en sí aún estaban durmiendo. Por lo que se veía —las botellas vacías, las sábanas revueltas—, habían tenido una larga noche. Lila eligió su cuchillo favorito, el que tenía la nudillera, y se acercó a las camas, tarareando suavemente.

¿Cómo sabes cuándo viene Sarows?

(Está viniendo, está viniendo, ¿está viniendo a bordo?).

Mató a los dos camaradas de Ver-as-Is en sus camas, pero a él lo despertó, justo antes de rajarle el cogote. No quería que él rogara; simplemente quería que viera.

Una cosa extraña sucedió cuando los faroneses murieron. Las gemas que marcaban su piel oscura perdieron el agarre y cayeron. Las cuentas de oro del rostro de Ver-as-Is repiquetearon en el suelo como gotas de lluvia. Lila recogió la más grande y se la guardó como pago antes de irse. Regresó por donde había venido, con el abrigo bien apretado y la cabeza baja, y buscó la máscara en el cesto donde la había ocultado. Las muñecas todavía le ardían y la cabeza aún le dolía, pero se sentía mucho mejor ahora, y mientras se abría paso hacia Camino Errante, respirando el aire fresco, dejando que la luz del sol le calentara la piel, un sosiego la inundó —la calma que venía de tomar el control, de lanzar una amenaza y llevarla a cabo—, Lila se sentía como ella misma otra vez. Pero debajo de todo eso, había como una ansiedad, no era culpa ni arrepentimiento, sino la irritante sensación de que se estaba olvidando de algo.

Cuando escuchó las trompetas, cayó en la cuenta.

Estiró el cuello para explorar el cielo en busca del sol, pero solo encontró nubes. Pero ya sabía. Sabía que era tarde. Sabía que *ella* estaba llegando tarde. Sintió que el estómago se le ponía duro como una piedra, y se puso el casco de golpe y *corrió*.



Kell estaba parado en el medio de la pista, esperando.

Las trompetas sonaron una segunda vez. Enderezó los hombros hacia el túnel opuesto, esperando que su oponente emergiera.

Pero no vino nadie.

El día estaba fresco y su respiración se transformaba en neblina frente a su máscara. Pasó un minuto, luego dos, y Kell encontró que la atención se le iba a la plataforma real, donde estaba parado Rhy, observando, esperando. Detrás de él, *lord* Sol-in-Ar se veía imperturbable, la princesa Cora parecía aburrida, la reina Emira perdida en sus pensamientos.

El público comenzaba a agitarse, empezaba a desconcentrarse.

El entusiasmo de Kell se tensionó, se intensificó, vaciló.

Su estandarte —los leones espejados sobre rojo— flameaba sobre el podio y entre el público. El otro banderín —los cuchillos cruzados sobre negro— chasqueaba con la brisa.

Pero Stasion Elsor no estaba en ningún lado.



—Llegas muy tarde —dijo Ister cuando Lila entró a toda velocidad en la carpa arnesiana.

—Lo sé —ladró ella.

—Nunca te…

—Solo *ayúdame*, sacerdotisa.

Ister envió a un mensajero al estadio y reclutó a dos asistentes más, y los tres se apresuraron a meter a Lila en su armadura, un frenesí de correas y placas y partes.

Por los Santos. Ni siquiera sabía con quién le tocaba pelear.

—¿Tienes sangre ahí? —preguntó un asistente, señalándole el cuello.

—No es mía —murmuró Lila.

—¿Qué les pasó a tus muñecas? —preguntó otro.

—Demasiadas preguntas, poco trabajo.

Ister apareció con una bandeja grande, cuya superficie estaba cubierta de armas. No, armas no, no exactamente, solo las empuñaduras y mangos.

—Creo que les falta algo.

—Esta es la ronda de los nueve —dijo Ister—. Tú tienes que proveer el resto. —Tomó una empuñadura de la bandeja y cerró los dedos alrededor de ella. Los labios de la sacerdotisa comenzaron a moverse y Lila observó cómo una ráfaga de viento se batía y giraba, ceñida alrededor y sobre la empuñadura hasta formar una especie de cuchilla.

Los ojos de Lila se abrieron grandes. En las primeras dos rondas se había peleado

a la distancia, los ataques lanzados a través de la pista como explosivos. Pero las armas significaban un combate cuerpo a cuerpo, y la lucha codo a codo era la especialidad de Lila. Sacó dos empuñaduras de daga de la bandeja y las deslizó por debajo de las placas de sus antebrazos.

—*Fal chas* —dijo Ister, justo antes de que las trompetas tronaran en advertencia. Lila ajustó la mandíbula demoníaca y salió, las últimas hebillas de su máscara aún salidas hacia atrás.



Kell ladeó la cabeza hacia Rhy, preguntándose qué haría el príncipe. Si no se presentaba, Elsor estaría obligado a abandonar. Si lo obligaban a abandonar, Kell lograría los puntos para avanzar. Kell *no podía* avanzar. Observó cómo ese problema se reproducía en el rostro de su hermano, y luego el rey le susurró algo al oído. El príncipe pareció palidecer aún más al levantar el anillo de oro a su boca, listo para suspender el combate. Pero antes de que pudiese hablar, apareció un asistente en el borde de la plataforma y habló rápido. Rhy dudó y luego, misericordiosamente, sonaron las trompetas.

Momentos después, Stasion se apresuró por el estadio, se veía… desaliñado. Pero cuando vio a Kell, esbozó una sonrisa, sus dientes brillaban blancos detrás de su máscara demoníaca. No había ninguna calidez en ese aspecto. Era la sonrisa de un depredador.

El público estalló en aplausos y excitación mientras Kamerov Loste y Stasion Elsor tomaban sus lugares en el centro de la pista.

Kell entrecerró los ojos por su visor hacia la máscara de Elsor. De cerca, era una cosa pesadillesca.

—*Tas renar* —dijo Kell. *Llegas tarde*.

—Valgo la espera —respondió Stasion. Su voz tomó a Kell por sorpresa. Ronca y suave y afilada como un cuchillo. Y sin embargo, indudablemente femenina.

Él conocía esa voz.

Lila.

Pero esta no era Lila. Esta *no podía* ser Lila. Ella era humana, una grismundista —una grismundista distinta de todos, sí, pero una grismundista de todas formas— y no sabía cómo hacer magia y definitivamente nunca estaría lo suficientemente loca como para entrar en el *Essen Tasch*.

Apenas cruzó por su cabeza el pensamiento, el argumento de Kell se derrumbó. Porque si alguien era tan cabeza dura para hacer algo así de estúpido, así de temerario, así de suicida, esa era la muchacha que le había robado de los bolsillos aquella noche en el Londres Gris, la que lo había seguido por una puerta entre los

mundos —una puerta a la que nunca debería haber sobrevivido— y había enfrentado a la piedra negra y los reyes blancos y la muerte misma con una sonrisa afilada.

Esa misma sonrisa afilada que ahora destellaba, entre los labios de un rostro demoníaco.

—*Espera* —dijo Kell.

La palabra fue un suspiro, pero fue demasiado tarde. El árbitro ya había hecho la señal y Lila soltó sus esferas. Kell dejó caer las suyas un instante después, pero ella ya estaba al ataque.

Kell vaciló, ella no. Él aún estaba tratando de asimilar su presencia cuando ella cubrió de hielo el suelo debajo de los pies del *antari*, luego atacó desde cerca con una daga hecha de fuego. Kell se movió, pero no lo suficiente, y un momento después estaba sobre su espalda y una explosión de luz surgía de la placa sobre su estómago, y Lila Bard estaba arrodillada sobre él.

Él miró fijo los ojos marrones desparejos de ella.

¿Sabía ella que era él quien estaba detrás de la máscara plateada?

—Hola —dijo ella y, con esa sola palabra, él supo que sí. Antes de que él pudiera decir nada, Lila se alejó otra vez. Kell rodó rápidamente hacia atrás y se impulsó en cuclillas, en una postura de combate.

Ella tenía dos cuchillos ahora (por supuesto, ella había elegido las cuchillas —una hecha de fuego, otra de hielo—) y los estaba revoleando despreocupadamente. Kell no había elegido nada. (Era una movida audaz, una que Kamerov haría y una diseñada para hundirlo. Aunque no así de rápido). Agitó su agua en forma de látigo y atacó, pero Lila rodó fuera de alcance y lanzó su cuchilla de hielo. Kell la eludió y en ese momento de distracción, ella intentó golpear otra vez, pero en esta oportunidad, la tierra de Kell se aferró a su bota y el látigo fustigó. Lila alzó su fuego para bloquear el azote y el látigo de agua se quebró alrededor del filo, sin embargo el extremo logró encontrar su antebrazo y destruyó una placa.

Lila aún estaba atada a su lugar, pero sonreía con superioridad, y un instante después, su filo de hielo golpeó a Kell desde atrás. Este se tropezó hacia adelante mientras una segunda placa se rompía y perdió el agarre del pie de ella.

Y entonces, la verdadera pelea comenzó.

Lucharon, un revoltijo borroso de elementos y extremidades, los puntos marcados solo por ráfagas de luz. Se juntaban, se separaban de un salto, igualándose el uno al otro, golpe a golpe.

—¿Has perdido la cabeza? —gruñó él cuando los elementos de ambos chocaron.

—También me alegra verte —respondió ella, mientras se agachaba y giraba detrás de él.

—Debes detenerte —ordenó él, apenas esquivando una bola de fuego.

—Tú primero —desafió ella, lanzándose detrás de una columna.

—Esto es una locura.

—Yo no soy la única disfrazada. —Lila se acercó y él pensó que ella atacaría,

pero en el último segundo, ella cambió de opinión, tocó el filo de fuego con la mano vacía y empujó.

Por un instante, el aire alrededor de ellos flaqueó. Kell vio un destello de dolor en el rostro de Lila detrás de la máscara, pero entonces una pared de fuego *erupcionó* hacia él y todo lo que pudo hacer fue llamar a su agua a que se elevase en una ola sobre su cabeza. Salió vapor cuando los dos elementos colisionaron. Y después Lila hizo algo completamente inesperado. Se estiró y congeló el agua sobre la cabeza de él. El agua *de Kell*.

El público contuvo el aire y Kell maldijo, mientras la lámina de hielo se agrietaba y astillaba y se venía abajo contra él. No iba contra las reglas —ambos habían elegido agua—, pero era una cosa rara atribuirse el elemento del oponente y dominarlo.

Una cosa más rara todavía, ser dominado.

Kell podría haber escapado, podría haber estirado la pelea otro poco. Pero tenía que perder. Así que se mantuvo firme y dejó que el techo de hielo cayera e hiciera añicos las placas sobre los hombros y la espalda, que estallaron de luz.

Y así como así, se había terminado.

Delilah Bard había ganado.

Se detuvo al lado de él y le ofreció una mano.

—Bien jugado, *mas vares* —susurró ella.

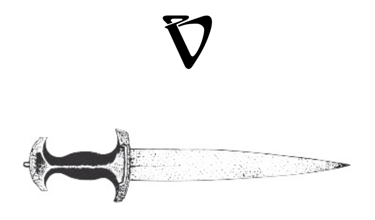
Kell se quedó ahí parado, aturdido. Sabía que debía hacer una reverencia hacia ella, hacia el público e irse, pero sus pies no se movían. Observó cómo Lila inclinaba su máscara hacia las gradas y hacia el rey, luego observó cómo le lanzaba una última sonrisa pícara y se escabullía. Él hizo una reverencia precipitada hacia el palco real y se fue corriendo tras ella, afuera del estadio y adentro de las carpas, donde abrió la cortina marcada por las dos cuchillas cruzadas.

Había un asistente parado ahí esperando, la única figura en una carpa que, de no ser por eso, estaba vacía.

—¿Dónde está? —reclamó, aunque sabía la respuesta.

La máscara demoníaca estaba apoyada sobre los almohadones, descartada junta al resto de la armadura.

Lila ya se había ido.



Lila se inclinó hacia atrás contra la puerta de Elsor, jadeando.

Lo había tomado por sorpresa, hasta ahí era seguro, y ahora Kell sabía. Sabía que había estado en Londres desde hacía días, sabía que ella había estado ahí, justo al lado de él, en el torneo. El corazón le golpeaba el pecho; se sentía como un gato que finalmente había cazado al ratón y luego lo había dejado ir. Por ahora.

La excitación comenzaba a aplacarse, al igual que su pulso. Le latía la cabeza y, al tragar, sintió gusto a sangre. Esperó que la oleada de mareo pasara y, cuando lo hizo, dejó que su cuerpo se hundiera hacia el piso de madera, la voz de Kell sonaba en sus oídos.

Ese tono familiar, exasperado.

«Esto es una locura».

Tan arrogante, como si no fuera que *ambos* estaban rompiendo las reglas. Como si él no estuviera interpretando un papel, como ella.

«Debes detenerte».

Podía imaginarse su entrecejo detrás de esa máscara plateada, la arruga remarcándose entre esos ojos de dos colores.

¿Qué haría él ahora?

¿Qué haría *ella*?

Pasara lo que pasara, valía la pena.

Lila se puso de rodillas y frunció el entrecejo cuando una gota de sangre golpeó los tablones de madera del piso. Se tocó la nariz, luego se limpió la mancha roja con la manga y se puso de pie.

Comenzó a quitarse la ropa de Elsor, arruinada por el ataque de Ver-as-Is y el subsecuente combate. Lentamente se desprendió de armas y tela, luego se miró fijamente al espejo, medio vestida, su cuerpo era una red de moretones frescos y viejas cicatrices.

Había un fuego de poca intensidad en el hogar, un bol con agua fría sobre el baúl. Lila se tomó su tiempo para asearse y secarse y calentarse, para enjuagarse la grasa del pelo, la sangre de la piel.

Miró la habitación intentando decidir qué ponerse.

Y entonces tuvo una idea.

Una idea nueva, peligrosa, que era, por supuesto, su tipo favorito de ideas.

«Quizá sea tiempo —pensó— de ir a un baile».



—¡Rhy! —llamó Kell, y la multitud se separaba alrededor de él. Se había quitado el casco y cambiado el abrigo, pero todavía tenía el cabello engominado de sudor y se sentía sin aliento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el príncipe. Estaba volviendo al palacio a pie, rodeado por un séquito de guardias.

—¡Era ella! —siseó Kell, al alcanzarlo.

Alrededor de ellos, la gente alentaba y saludaba, con la esperanza de obtener al menos una mirada o una sonrisa del príncipe.

—¿Quién era ella? —preguntó Rhy, mientras complacía a la muchedumbre.

—Stasion Elsor —susurró—. Era *Lila*.

Rhy arrugó la frente.

—Sé que ha sido un largo día —dijo, dándole una palmadita al hombro de Kell —, pero obviamente…

—Sé lo que vi, Rhy. Ella me habló.

Rhy negó con la cabeza, la sonrisa aún fija en la boca.

—Eso no tiene ningún sentido. Tieren seleccionó a los jugadores hace semanas.

Kell miró en derredor, pero Tieren estaba convenientemente ausente.

—Bueno, a mí no me seleccionó.

—No, pero yo sí. —Llegaron a los escalones del palacio y la multitud se quedó atrás mientras ellos subían.

—No sé qué decirte… No sé si ella es Elsor o si simplemente se hace pasar por él, pero la persona con la que acabo de pelear allí no era un mago venido del campo. Era Delilah Bard.

—¿Por eso perdiste con tanta facilidad? —preguntó el príncipe cuando llegaron a la cima de las escaleras.

—¡Tú me dijiste que perdiera! —estalló Kell, mientras los guardias mantenían las puertas abiertas. Sus palabras hicieron eco por el vestíbulo, que estaba demasiado silencioso, y el estómago de Kell se retorció cuando al levantar la vista, él vio al rey parado en el centro de la habitación. Maxim le echó un vistazo a Kell y dijo:

—Arriba. *Ahora*.

Cuando estuvieron solos en su habitación, el rey dijo:

—Pensé que había sido claro.

Kell estaba sentado en una silla al lado del balcón, siendo castigado como un niño mientras Hastra y Staff estaban parados en silencio a un lado. A Rhy le habían ordenado esperar afuera y en ese momento estaba armando un escándalo en el pasillo.

—¿No te di instrucciones para que te quedaras dentro de las paredes del palacio? —reclamó Maxim, con la voz llena de condescendencia.

—Sí, pero…

—¿Haces oídos sordos a mis deseos?

—No, señor.

—Bueno, obviamente no fui claro cuando te lo pedí como tu padre, así que ahora te lo ordeno como tu *rey*. Estás, a partir de ahora, *confinado* al palacio hasta próximo aviso.

Kell se enderezó.

—Esto no es *justo*.

—No seas infantil, Kell. No te lo hubiese pedido si no fuera por tu propio bien. —Kell se mofó, y los ojos del rey se oscurecieron—. ¿Te burlas de mi orden?

Se quedó quieto.

—No. Pero ambos sabemos que esto no es sobre lo que es bueno para *mí*.

—Tienes razón. Se trata de lo que es bueno para nuestro reino. Y si eres leal a esta corona y a esta familia, estarás confinado al palacio hasta que este torneo haya terminado. ¿Entendido?

Kell sintió que se le oprimía el pecho.

—Sí, señor —dijo, su voz apenas un susurro.

El rey giró hacia Staff y Hastra.

—Si deja el palacio otra vez, ustedes dos enfrentarán cargos, ¿entendido?

—Sí, Su Majestad —respondieron con amargura.

Con eso, el rey salió hecho una furia.

Kell puso la cabeza entre sus manos, tomó aire, luego barrió todo lo que estaba sobre la mesa baja frente a él; salieron volando libros y una botella de vino de avise se hizo añicos contra el piso taraceado.

—Qué desperdicio —murmuró Rhy, dejándose caer en la silla de enfrente.

Kell se dejó caer hacia atrás y cerró los ojos.

—Eh, no es tan malo —insistió Rhy—. Al menos ya estás fuera de competencia.

Eso hundió aún más el ánimo de Kell. Sus dedos vagaron a los suvenires que llevaba alrededor del cuello, mientras intentaba reprimir la necesidad de *irse. Huir*. Pero no podía, porque fuera lo que fuese lo que el rey creía, Kell *era* leal a su corona, a su familia. A *Rhy*.

El príncipe se sentó hacia adelante, aparentemente ajeno a la tormenta que se batía en la cabeza de Kell.

—Entonces —dijo él—, ¿qué nos pondremos para la fiesta?

—Al diablo con la fiesta —refunfuñó Kell.

—Vamos, Kell, la fiesta no te hizo nada. Además, ¿y si una cierta mujer con una cierta afición por el travestismo decide aparecer? No querrías perderte eso.

Kell arrastró la cabeza hacia arriba desde los almohadones.

—Ella no debería estar compitiendo.

—Bueno, llegó hasta aquí. Quizá no le estás dando suficiente crédito.

—La dejé ganar.

—¿Y todos los demás hicieron lo mismo? —preguntó Rhy, divertido—. Y debo

decir, parecía como que se estaba defendiendo bastante bien.

Kell se quejó. Era cierto. Lo que no tenía sentido. Por otro lado, nada sobre Lila jamás lo tenía. Se puso de pie.

—Está bien.

—Ese es un buen perdedor.

—Pero nada de rojo y dorado —dijo, dando vuelta su abrigo de adentro hacia afuera—. Esta noche, me visto de negro.



Calla estaba tarareando y colocando alfileres en el dobladillo de una falda cuando Lila entró.

—¡Lila! —dijo alegremente—. *Avan*. ¿Con qué te puedo ayudar esta noche? ¿Un sombrero? ¿Algún brazalete?

—En realidad… —Lila pasó la mano a lo largo del exhibidor de abrigos, luego suspiró y señaló la línea de vestidos con la cabeza—. Necesito uno de esos. —Sintió un miedo vago al mirar las prendas acampanadas, poco prácticas, pero Calla sonrió con placer—. No te sorprendas tanto —dijo—, es para el maestro Kell.

Eso solo hizo que la sonrisa de la mercader se agrandara.

—¿Cuál es la ocasión?

—Un baile del torneo. —Lila había comenzado a estirarse hacia uno de los vestidos, pero Calla tamborileó la mesa con los dedos.

—No —dijo con firmeza—. Nada de negro. Si vas a hacer esto, lo vas a hacer bien.

—¿Qué tiene de malo el negro? Es el color perfecto.

—Para esconderse. Para camuflarse entre sombras. Para tomar castillos. No para un baile. Te dejé ir al último de negro, y eso me ha molestado todo el invierno.

—Si eso es verdad, entonces no tienes suficientes cosas de qué preocuparte.

Calla chasqueó la lengua y giró hacia la colección de vestidos. La mirada de Lila los barrió y se encogió ante una falda de color amarillo huevo, ante una manga púrpura aterciopelada. Parecían como trozos de fruta madura, como postres decadentes. Lila quería verse poderosa, no *comestible*.

—Ah —dijo Calla, y Lila se preparó, mientras la mujer sacaba un vestido del exhibidor y se lo presentaba—. ¿Qué tal este?

No era negro, pero tampoco era de repostería. La prenda era verde oscuro y a Lila le recordó a las noches en el bosque, a rayos de luz de luna a través de las hojas.

La primera vez que había huido de casa —si podía llamársela así— tenía diez. Se había dirigido al parque St. James y había pasado toda la noche temblando en un árbol bajo, mirando hacia arriba por entre las ramas a la luna, imaginando que estaba

en otro lugar. Por la mañana se arrastró de regreso y encontró a su padre desmayado por el alcohol en el dormitorio. Ni se había molestado en ir a buscarla.

Calla leyó las sombras en su rostro.

—¿No te gusta?

—Es lindo —dijo Lila—, pero no va conmigo. —Se le hizo difícil encontrar las palabras—. Quizá con quien solía ser, pero no con quien soy ahora.

Calla asintió y regresó la prenda a su lugar.

—Ah, aquí vamos.

Buscó otro y lo sacó del exhibidor.

—¿Qué hay de este? —El vestido era… difícil de describir. Era algo entre azul y gris y salpicado con gotas de plata. Miles de ellas. La luz bailaba a lo largo del corsé y por las faldas, causando que todo en él resplandeciera sombríamente.

Le recordó al mar y el cielo nocturno. Le recordó a cuchillos filosos y estrellas y libertad.

—Ese —respiró Lila— es perfecto.

No se dio cuenta de cuán complicado era el vestido hasta que intentó ponérselo. Había parecido un montón de tela bien cosida al colgar del brazo de Calla, pero en verdad era el artilugio más intrincado que Lila jamás había enfrentado.

Aparentemente, el estilo de ese invierno era la estructura. Cientos de cierres y botones y broches. Calla lo sujetó y tiró y enderezó y de alguna manera colocó el vestido sobre el cuerpo de Lila.

—*Anesh* —dijo Calla cuando finalmente terminó.

Lila le echó una mirada cautelosa al espejo, esperando verse en el centro de un elaborado artefacto de tortura. En vez de eso, sus ojos se abrieron de la sorpresa.

Ese corsé transformó la constitución de por sí angosta de Lila en algo con curvas, aunque modestas. Le proveyó una cintura. No podía ayudar demasiado cuando de busto se trataba, ya que Lila no tenía nada con lo que trabajar, pero afortunadamente la tendencia de este invierno era enfatizar los hombros, no el busto. El vestido subía hasta la garganta y terminaba en un cuello que a Lila le recordó vagamente a la línea de la mandíbula de su casco. Pensar en la máscara demoníaca le dio fuerza.

Eso era todo lo que esto era, en realidad: otro disfraz.

Para consternación de Calla, Lila insistió en dejarse los pantalones ceñidos bajo las faldas, al igual que sus botas, con el argumento de que nadie sería capaz de notarlo.

—Por favor, dime que esto será más fácil de sacar de lo que fue ponerlo.

Calla levantó una ceja.

—¿Crees que el maestro Kell no sabe cómo?

Lila sintió que se le encendían las mejillas. Debería haber desengañado a la mercader de su suposición meses atrás, pero esa suposición —que Kell y Lila estaban de alguna manera… comprometidos, o al menos enredados— era la razón por la que Calla había aceptado ayudarla en un principio. Y más allá de la cuestión del amor

propio, la vendedora era terriblemente útil.

—Ahí se desata —dijo Calla, dándoles un golpecito a dos prendedores en la base del corsé.

Lila se estiró hacia atrás y tocó con los dedos los lazos del corsé, mientras se preguntaba si podría esconder uno de sus cuchillos allí.

—Siéntate —urgió la mercader.

—Honestamente, no sé si puedo.

La mujer chasqueó la lengua y señaló una banqueta con la cabeza y Lila se sentó sobre esta.

—No te preocupes. El vestido no se romperá.

—No es el vestido lo que me preocupa —refunfuñó. Con razón tantas de las mujeres a las que había robado parecían estar al borde del desmayo; claramente no podían respirar, y Lila estaba bastante segura de que sus corsés no habían estado *tan* ajustados como este.

«Por Dios», pensó Lila. «He tenido el vestido puesto por cinco minutos y ya estoy chillando».

—Cierra los ojos.

Lila la miró, escéptica.

—*Tac*, debes confiar.

Lila nunca había sido buena confiando, pero había llegado hasta aquí y ahora que tenía el vestido puesto, estaba empeñada a seguir hasta el final. Así que cerró los ojos y dejó que la mujer aplicara algo entre las pestañas y la ceja y luego en sus labios.

Mantuvo los ojos cerrados al sentir un cepillo pasándole por el pelo, unos dedos alborotando las mechas.

Calla tarareaba mientras trabajaba, y Lila sintió que algo en ella flaqueba, se entristecía. Su madre había muerto hacía mucho tiempo, tanto que apenas recordaba la sensación de sus manos alisándole el pelo, el sonido de su voz.

«Tigre tigre, fuego deslumbrante».

Lila sintió que las palmas de sus manos comenzaban a arder y, preocupada por la posibilidad de prender fuego su vestido, las unió y abrió los ojos, se concentró en la alfombra de la carpa y en el tenue dolor de las horquillas contra su cuero cabelludo.

Calla había colocado un puñado de horquillas en el regazo de Lila. Eran de plata pulida y las reconoció como las del baúl que había traído de afuera.

—Estas las traes de regreso —dijo Calla al terminar—. Me gustan.

—Traeré todo de regreso —dijo Lila, poniéndose de pie—. Más allá de esta noche, no me sirve el vestido.

—La mayoría de las mujeres creen que un vestido solo debe ser para una noche.

—Esas mujeres son derrochadoras —dijo Lila, frotándose las muñecas. Todavía estaban irritadas por las sogas de esa mañana. Calla las vio y no dijo nada, solo abrochó unos anchos brazaletes de plata sobre ambas. «Guanteletes», pensó Lila, aunque la primera palabra que le había venido a la mente era *cadenas*.

—Un toque final.

—Por Dios, Calla —se quejó ella—. Creo que esto es más que suficiente.

—Eres una muchacha muy extraña, Lila.

—Crecí muy lejos de aquí.

—Sí, bueno, eso lo explica un poco.

—¿Explica qué? —preguntó Lila.

Cala hizo un gesto hacia ella.

—Y supongo que donde creciste, las mujeres se visten como hombres y usan armas como joyas.

—… Siempre he sido única.

—Sí, bueno, con razón tú y Kell se atraen. Ambos únicos. Ambos… un poco… —De repente, convenientemente, el idioma pareció fallarle.

—¿Malos? —ofreció Lila.

Calla sonrió.

—No, no, malos no. Con la guardia alta. Pero esta noche —dijo, asegurando un velo, o ribete, al pelo de Lila—, tú bajas la guardia.

Lila sonrió, a pesar de sí misma.

—Esa es la idea.

VI



Londres Blanco

El cuchillo centelló en la mano de Ojka.

El rey estaba parado detrás de ella, esperando.

—¿Estás lista?

Apretó con más fuerza los dedos alrededor de la navaja y el miedo bulló a través de ella. Miedo y poder. Había sobrevivido al marcado, a la fiebre sanguínea, incluso a ese collar. Sobreviviría a esto.

—*Kosa* —dijo, la respuesta apenas audible. *Sí*.

—Bien.

Estaban parados en el patio del castillo, con las verjas cerradas y solo las estatuas de los mellizos caídos de testigos, mientras la mirada del rey le calentaba la espalda y el viento invernal le mordía la cara. La vida estaba volviendo a la ciudad, coloreándola como un moretón, pero el frío se había quedado en los bordes. Especialmente de noche. El sol era cálido y las cosas crecían debajo de él, pero cuando se hundía, se llevaba todo el calor. El rey decía que era normal, que un mundo saludable tenía estaciones de calor y luz y otras de sombra.

Ojka estaba lista para el calor.

Era la primera cosa que había sentido, tiempo atrás cuando surgió la fiebre sanguínea. Glorioso calor. Había visto los cascarones quemados de sus fallidos predecesores, pero ella le había dado la bienvenida al calor.

Había creído, entonces, en el poder de Holland. En su potencial.

Había creído incluso cuando el collar del rey se había cerrado alrededor de su garganta.

Y ahora él le estaba pidiendo que creyera otra vez. Que creyera en su magia. En la magia que él le había dado. Ella había hecho los hechizos de sangre. Había invocado hielo y fuego. Había arreglado cosas y roto otras. Había dibujado puertas dentro de su propio mundo. Esto no sería distinto. Todavía estaba dentro de su alcance.

Miró hacia abajo al cuchillo, la empuñadura contra una palma, el filo presionado contra la otra. Tenía sus órdenes. Y sin embargo, dudaba.

—Mi rey —dijo, todavía frente a la pared del patio—, no es cobardía lo que me hace preguntar, pero…

—Conozco tu mente, Ojka —dijo Holland—. Te preguntas por qué te pido este trabajo. Por qué no voy yo mismo. La verdad es que no puedo.

—No hay nada que usted no pueda hacer.

—Todas las cosas tienen un costo —dijo él—. Para restaurar este mundo, nuestro mundo, tuve que sacrificar algo de mí. Si me voy ahora, no estoy seguro de poder regresar.

Así que de ahí venía el poder. De un hechizo. De un trato. Había escuchado al rey hablando consigo mismo como si fuera con alguien más, había visto lo que acechaba en las sombras de su ojo, incluso había creído ver que su reflejo se movía cuando él no.

¿Cuánto había sacrificado ya Holland?

—Además… —Ella sintió las manos de él en sus hombros, calor y magia estallaron a través de ella con su contacto—. Te di mi poder para que pudieras usarlo.

—Sí, mi rey —susurró ella.

Le latió el ojo derecho cuando él envolvió con su amplia contextura la de ella, más angosta, moldeando su cuerpo al de ella. Los brazos del rey taparon los de ella, desde los hombros hasta los codos y las muñecas, sus manos fueron a descansar sobre las de ella.

—Estarás bien, Ojka, mientras seas lo suficientemente fuerte.

«¿Y si no lo soy?».

No creyó haber dicho las palabras en voz alta, pero el rey las escuchó de todos modos.

—Entonces estarás perdida y yo también lo estaré. —Las palabras eran frías, pero no la forma en que él las dijo. Su voz era como siempre, una piedra alisada por el uso, con un peso que hacía que sus rodillas se debilitaran. Él llevó los labios a su oreja—. Pero creo en ti.

Tras eso, él guio con su mano el cuchillo en la de ella, arrastrando el filo contra la piel. La sangre se acumuló, oscura como la tinta, y él presionó algo contra la mano ensangrentada de ella. Una moneda, tan roja como su pelo, con una estrella dorada en el centro.

—Sabes lo que te pido —dijo él, guiando la mano herida y la moneda adentro de la fría pared de piedra—. Sabes lo que debes hacer.

—No lo defraudaré, mi rey.

—Espero que no —dijo Holland, alejándose de ella y llevándose el calor consigo.

Ojka tragó saliva y se concentró en el lugar donde la mano ardiente se encontraba con las piedras frías mientras decía el comando, tal como él le había enseñado.

—*As Travars*.

Su ojo marcado zumbó en su cráneo, su sangre tembló con las palabras. Donde su mano tocaba piedra, creció una sombra que formó una puerta. Tenía la intención de dar un paso adelante, de dar un paso a través, pero nunca tuvo la oportunidad.

La oscuridad la arrancó hacia adelante. El mundo se desgarró. Y también ella.

Un rompimiento de sus músculos. Un quiebre de sus huesos.

Le ardía la piel y tenía helada la sangre y todo era dolor.

Duró una eternidad y un instante y luego no hubo nada.

Ojka se desplomó sobre sus rodillas, temblando al saber que de alguna manera había fallado. No era lo suficientemente fuerte. No era valiosa. Y ahora ella se había ido, arrancada de su mundo, de su propósito, de su rey. Esta calma, esta sensación de calma, esto debía ser la muerte.

Y sin embargo…

Se suponía que la muerte no tenía bordes, y esto lo tenía. Los podía sentir, incluso con los ojos cerrados. Podía sentir dónde su cuerpo terminaba y el mundo empezaba. ¿Podría ser la muerte un mundo en sí mismo? ¿Tenía música?

Los ojos de Ojka se abrieron lentamente y ella respiró hondo al ver la calle de adoquines debajo de sí, el cielo nocturno teñido de rojo. Sus venas ardieron oscuras a lo largo de su piel. Su ojo latió con poder. La moneda roja estaba aún clavada en su palma y su cuchillo destellaba en las piedras unos metros más allá.

Y como una ola que golpea, comprendió.

Lo había logrado.

Un sonido escapó de su garganta, una mezcla de *shock* y triunfo, mientras se ponía de pie tambaleante. Le dolía todo, pero Ojka disfrutó del dolor. Significaba que estaba viva, que había *sobrevivido*. La habían probado, testeado, y la habían hallado apta.

«¿Mi rey?», pensó ella, buscando por la oscuridad del espacio y las paredes entre mundos. Mundos que *ella* había cruzado.

Por un largo momento, no hubo respuesta. Luego, increíblemente, ella escuchó la voz del rey, unida al golpeteo de su propio pulso en su cabeza.

«Mi mensajera».

Era el sonido más hermoso. Un hilo de luz en la oscuridad.

«Estoy aquí», pensó ella, preguntándose dónde era exactamente *aquí*. Holland le había contado sobre este mundo. El resplandor rojo, eso debía ser el río. Y ese faro de luz, el palacio. Podía escuchar sonidos de gente, sentir su energía, al reacomodar su capa blanca y mover su cabellera roja para que quedara frente a su ojo marcado. «¿Ahora qué?».

Hubo otra pausa y cuando la voz del rey volvió a venir, era suave y pareja.

«Encuéntralo».

Diez

Catástrofe

I



Londres Rojo

La ciudad brillaba desde las escaleras del palacio, un tramo de escarcha y niebla y magia.

Lila la contempló y luego se dio vuelta y presentó la invitación de Elsor. Los escalones estaban llenos de extranjeros y nobles y los guardias ni se molestaron en mirar el nombre en el sobre, simplemente vieron el sello real y la escoltaron adentro.

Habían pasado cuatro meses desde la última vez que había pisado el corazón del palacio real.

Había visto el Salón Rose, obviamente, antes del torneo, pero estaba separado, era impersonal. El palacio mismo se sentía como una casa enorme. El *hogar* de la realeza. El salón de entrada estaba, una vez más, forrado de ramos sobrecargados de flores, pero habían sido arreglados en forma de pasaje y guiaron a Lila hacia la izquierda por el vestíbulo y más allá de otro conjunto de puertas grandes que debían haber estado cerradas antes, pero ahora estaban abiertas como alas. Las atravesó hacia un enorme salón de baile de madera pulida y cristal tallado, un panal de luz.

A este lo llamaban el Salón Grand.

Lila había estado en otro salón de baile, la noche de la mascarada —el Salón Dorado— y era impresionante, con su decoración en piedra y metal. Este tenía todo el esplendor, la opulencia, y algo más. Docenas de candelabros colgaban del techo abovedado varias plantas más arriba e iluminaban el espacio con luz de vela refractada. Las columnas se alzaban desde el piso de roble, adornadas con escaleras en espiral que se abrían hacia pasarelas y llevaban a galerías y espacios montados en lo alto dentro de las paredes.

En el centro del salón, elevado sobre una tarima, tocaba un cuarteto de músicos. Sus instrumentos eran variados, pero todos estaban hechos de madera pulida y encordados con alambres de oro, y hasta los propios músicos estaban cepillados con oro. Estaban parados perfectamente quietos, salvo por el muy necesario movimiento de sus dedos.

¿Qué había dicho Jinnar sobre el príncipe Rhy? Un don para el drama.

Lila observó el enorme salón de baile y captó al príncipe moviéndose entre las mesas del otro lado de la sala. Ahí, al lado de las puertas del balcón, ella vio a Alucard, haciéndole una reverencia a una faronesa vestida con seda púrpura. Seductor.

Bordeó la habitación, preguntándose cuánto tardaría en descubrir a Kell entre semejante multitud. Pero en cuestión de momentos, lo vio, no en la pista de baile ni socializando entre las mesas, sino arriba. Estaba parado solo en uno de los balcones más bajos, su forma desgarbada apoyada hacia adelante sobre la baranda. Su alborotado cabello cobrizo brillaba bajo los candelabros y él hacía rodar una copa entre sus manos, parecía afligido. Desde este ángulo, no podía verle los ojos, pero se imaginó que podía ver la arruga entre ellos.

Se veía como si estuviese buscando a alguien.

Y Lila tuvo la sensación de que ese alguien era *ella*.

Retrocedió a la seguridad de la sombra de la columna y, por unos momentos, observó a Kell mirando la multitud. Pero no se había puesto un vestido solo para lucirlo, así que finalmente terminó su trago, apoyó la copa vacía en la mesa más cercana y salió a la luz.

Al hacerlo, apareció una muchacha al lado de Kell. La princesa de Vesk. Su mano tocó el hombro de Kell y Lila frunció el entrecejo. ¿Tenía edad suficiente para coquetear así? Santo cielo, parecía una niña. Delgada pero de cara redonda, linda pero con hoyuelos —suaves—, con una corona de madera y plata sobre su trenza rubia.

Kell le lanzó una mirada a la princesa, pero no rehuyó su contacto, y ella debió haber tomado su quietud como una invitación, porque deslizó su brazo sobre el de él y descansó la cabeza contra su hombro. Lila encontró que sus dedos ansiaban un cuchillo, pero para su sorpresa, la mirada de Kell vagó más allá de la muchacha, hacia la pista de baile y aterrizó en *ella*.

Kell se tensionó visiblemente.

Lila también.

Ella observó cómo él le decía algo a la princesa y liberaba su brazo. La muchacha pareció ofendida, pero él no la miró dos veces —no sacó la vista de Lila— mientras descendía las escaleras e iba hacia ella, ojos oscuros, puños apretados a los lados.

Abrió la boca y Lila se preparó para un ataque. Pero en vez de gritar, Kell exhaló, le ofreció la mano y dijo:

—Baila conmigo.

No era una pregunta. Era apenas un pedido.

—No sé bailar —dijo ella.

—Yo sí —dijo él simplemente, como si el acto no necesitara de dos. Pero estaba parado ahí, esperando, y las miradas comenzaban a irse hacia ellos, así que ella tomó su mano y dejó que él la guiara hacia el extremo ensombrecido de la pista de baile. Cuando la música recomenzó, los dedos de Kell tomaron los de ella con más fuerza, la otra mano encontró su cintura, y ambos comenzaron a moverse; bueno, Kell empezó a moverse y Lila se movía con él, obligándose a dejarse llevar por él, a confiar en su guía.

Ella no había estado tan cerca de él en meses. Su piel vibraba donde él la tocaba.

¿Era normal eso? Si la magia circulaba por todo y todos, ¿era así como se sentía cuando esta se encontraba a sí misma otra vez?

Bailaron en silencio por largos momentos, dando vueltas juntos y separados, una versión más lenta de su cadencia en el *ring*. Y entonces, de la nada, Lila preguntó:

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me sacaste a bailar?

Él *casi* sonrió. Un fantasma. Un engaño de la luz.

—Para que no pudieras escaparte otra vez antes de que yo te dijese hola.

—Hola —dijo Lila.

—Hola —dijo Kell—. ¿Dónde has estado?

Lila sonrió con suficiencia.

—¿Por qué, me extrañaste?

Kell abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir y finalmente logró responder:

—Sí.

La palabra en voz baja y la sinceridad la tomaron a ella por sorpresa. Un golpe debajo de las costillas.

—¿Qué? —balbució— ¿La vida de la realeza ya no es de tu gusto? —Pero la verdad era que ella también lo había extrañado. Había echado de menos su terquedad y su malhumor y su constante fruncimiento del entrecejo. Había extrañado sus ojos, uno azul claro, el otro negro brillante.

—Te ves… —comenzó a decir él, luego se quedó callado.

—¿Ridícula?

—Increíble.

Lila arrugó la frente.

—Tú no —dijo ella, al observar las sombras bajo sus ojos, la tristeza en ellos—. ¿Qué pasa, Kell?

Él se tensionó levemente, pero no la soltó. Respiró hondo, como si estuviera formulando una mentira, pero cuando exhaló, salió la verdad.

—Desde aquella noche, no me he sentido… Pensé que competir ayudaría, pero solo ha empeorado las cosas. Siento que me estoy asfixiando. Sé que piensas que es una locura, que tengo todo lo que necesito, pero he visto a un rey marchitarse y morir dentro de un castillo. —Bajó la mirada, como si pudiera ver el problema a través de su camisa—. No sé qué me está pasando.

—La vida —dijo Lila, mientras daban vueltas en la pista—. Y la muerte.

—¿Qué quieres decir?

—Todos creen que tengo un deseo de muerte, ¿sabes? Pero no quiero morir, morir es fácil. No, quiero *vivir*, pero acercarse a la muerte es la única manera de sentirse vivo. Y una vez que lo haces, te das cuenta de que todo lo que estabas haciendo antes no era realmente vivir. Solo era conformarse. Puedes llamarme loca, pero creo que vivimos mejor cuando las apuestas son altas.

—Estás loca —dijo Kell.

Ella se rio despacito.

—¿Quién sabe? Quizá sea el mundo el que se ha torcido. Quizá aún estés poseído. O quizá simplemente hayas probado lo que realmente es estar vivo. Tómalo de alguien que ha escapado por poco varias veces. Casi mueres, Kell. Así que ahora sabes lo que se siente estar vivo. Lo que es temer por esa vida. Pelear por ella. Y una vez que lo sabes, bueno, no hay vuelta atrás.

La voz de él estaba vacilante.

—¿Qué hago?

—No soy la persona para preguntarle —dijo ella—. Yo simplemente huiría.

—Huir suena bien.

—Entonces hazlo —dijo ella. Él reprimió una risa, pero ella hablaba en serio—. Lo que tiene la libertad, Kell, es que no viene naturalmente. Yo luché por ella. Se supone que tú eres el mago más poderoso de todos los mundos. Si no quieres estar aquí, entonces vete.

La música se había acelerado y ellos se acercaban y se separaban.

—Le hice una promesa a Rhy —dijo Kell mientras daban una vuelta, llevados por el baile—. Que estaría a su lado cuando fuese rey.

Lila se encogió de hombros.

—La última vez que chequeé, él aún no había subido al trono. Mira, yo me quedé aquí porque no tengo nada a lo que regresar. No hay razón para que, una vez que te vayas, no puedas volver. Tal vez simplemente necesitas estirar las piernas. Vivir un poco. Ver el mundo. Luego puedes regresar y establecerte, y tú y Rhy pueden vivir felices para siempre.

Kell rio por la nariz.

—Pero, Kell… —dijo ella, poniéndose seria—… no hagas lo que yo hice.

—Tendrás que ser más específica.

Ella pensó en Barron, el reloj de plata en el fondo de su abrigo.

—Si decides irte, cuando decidas irte, no lo hagas sin despedirte.

La música tocó sus últimas notas y Kell hizo girar a Lila hacia sus brazos. Sus cuerpos se enredaron y ambos contuvieron la respiración. La última vez que se habían abrazado, ambos estaban magullados y sangrientos y a punto de ser arrestados. Eso se había sentido real; esto se sentía como una fantasía.

Por sobre el hombro de Kell, Lila vio al príncipe de Vesk en el borde de la habitación, rodeado de caballeros, y lanzando puñales con la mirada hacia *ella*. Lila sonrió y dejó que Kell la guiara afuera de la pista, entre un par de columnas.

—Así que Kamerov —dijo ella cuando encontraron un lugar tranquilo donde hablar.

Él la agarró con más fuerza.

—Nadie sabe. *No pueden* saberlo.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—¿Realmente te parezco el tipo de persona que lo contaría? —preguntó. Kell no dijo nada, solo la examinó con esa extraña mirada bicolor, como si esperara que ella desapareciera—. Entonces… —dijo ella, sacando una copa de vino espumante de una bandeja que pasaba—, ¿mataste al verdadero Kamerov?

—¿Qué? Por supuesto que no. Él es una ficción. —Se le frunció el entrecejo—. ¿*Tú* mataste al verdadero Elsor?

Lila negó con la cabeza.

—Está en un barco camino a Delonar. O era Delo…

—¿Delonar? —estalló Kell, negando con la cabeza—. Por los Santos, ¿en qué estabas pensando?

—No lo sé —dijo ella, con honestidad—. No entiendo qué soy, cómo estoy viva, qué puedo hacer. Supongo que solo quería ver.

—No tenías que entrar al torneo más visible de los tres imperios para testear tus incipientes habilidades.

—Pero ha sido divertido.

—Lila —dijo él con suavidad y, por una vez, su voz no sonó enojada. Tensa, sí, pero no furiosa. ¿Había dicho su nombre así alguna vez? Sonaba casi anhelante.

—¿Sí? —preguntó ella, con la respiración contenida.

—Tienes que retirarte.

Y así como así, la calidez entre ambos se hizo añicos, reemplazada por el Kell que ella recordaba, terco y soberbio.

—No, no tengo por qué.

—No es posible que continúes.

—He llegado hasta aquí. No me voy a retirar.

—Lila…

—¿Qué vas a hacer, Kell? ¿Hacer que me arresten?

—Debería.

—Pero no soy Stasion Elsor —dijo ella, señalando su vestido de gala—. Soy Delilah Bard. —La verdad era realmente el mejor disfraz. El ceño de Kell se arrugó aún más—. Vamos, no seas un mal perdedor.

—Perdí a propósito —ladró él—. Y aunque no lo hubiese hecho, *no puedes* continuar.

—Puedo y lo haré.

—Es demasiado peligroso. Si vences a Rul, estarás entre los tres finalistas. Serás desenmascarada. Este engaño tuyo puede funcionar a la distancia, pero ¿honestamente crees que nadie notará quién eres (y quién no eres) si muestras tu rostro? Además, te vi en el *ring* hoy…

—¿Cuando *gané*?

—Cuando *flaqueaste*.

—Llegué hasta aquí.

—Sentí tu poder que se escapaba. Vi el dolor escrito en tu rostro.

—Eso no tuvo nada que ver con nuestro combate…

—¿Qué pasa si pierdes el control?

—No lo perderé.

—¿Recuerdas la regla sagrada de la magia? —presionó él—. «Poder en equilibrio, equilibrio en el poder». —Levantó la mano de Lila, frunciendo el entrecejo ante las venas en el dorso. Estaban más oscuras de lo que debían—. No creo que estés equilibrando. Estás tomando y usando, y te va a pasar factura.

Lila se contrajo por el enfado.

—¿Cuál es, Kell? ¿Estás enojado conmigo o preocupado por mí o contento de verme? Porque no puedo seguirte el ritmo.

Él suspiró.

—Son todas esas cosas. Lila, yo… —Pero él se quedó callado cuando vio algo detrás de ella. Y ella vio que la luz se le iba de los ojos y que apretaba los dientes.

—Ah, ahí estás, Bard —dijo una voz familiar, y ella se dio vuelta para ver a Alucard caminando hacia ella—. Por los Santos, ¿es un *vestido* lo que llevas puesto? La tripulación nunca me creerá.

—Tienes que estar bromeando —gruñó Kell.

Alucard lo vio y se detuvo. Hizo un sonido que era mitad risa mitad tos.

—Perdón, no era mi intención interrumpir…

—Está bien, Capitán —dijo Lila.

Al mismo tiempo Kell ladraba:

—Vete de aquí, Emery.

Lila y Kell se miraron, confundidos.

—¿Lo *conoces*? —preguntó Kell.

Alucard se enderezó.

—Por supuesto que me conoce. Bard trabaja para mí a bordo del *Aguja Nocturna*.

—Soy su mejor ladrón —dijo Lila.

—Bard —la reprendió Alucard—, no lo llamamos robo en presencia de la corona.

Mientras tanto, Kell parecía estar perdiendo la cabeza.

—No —balbució, mientras se pasaba una mano por el pelo rojizo—. No. No. Hay *decenas*.

—¿Kell? —preguntó ella, estirándose para tocarle el brazo.

Él la apartó.

—¡*Decenas* de barcos, Lila! Y tenías que subir a bordo del de él.

—Lo siento —disparó ella, enfurecida—, tenía la impresión de que era libre para hacer lo que quisiera.

—Para ser justos —agregó Alucard—, creo que ella planeaba robarlo y cortarme el pescuezo.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —rugió Kell, girándose hacia ella—. Siempre estás tan dispuesta a dar cuchilladas y puñaladas, ¿por qué no podías apuñalarlo a él?

Alucard se inclinó hacia adelante.

—Creo que ella me tiene aprecio.

—Ella puede hablar por sí misma —disparó Lila. Se retorció hacia Kell—. ¿Por qué estás tan molesto?

—Porque Alucard Emery es un noble despreciable con demasiado encanto y muy poco honor, y tú elegiste irte con él. —Las palabras cortaron el aire justo cuando Rhy doblaba hacia el rincón.

—¿Por qué demonios están todos gritando…? —El príncipe se quedó callado al ver a Kell, Lila y Alucard reunidos ahí—. ¡Lila! —dijo alegremente—. Entonces no eres un producto de la imaginación de mi hermano, después de todo.

—Hola, Rhy —dijo ella con una sonrisa torcida. Ella giró hacia Kell, pero él ya se estaba yendo a toda prisa del salón.

El príncipe suspiró.

—¿Y ahora qué hiciste, Alucard?

—Nada —dijo el capitán, con inocencia.

Rhy se dio vuelta para ir tras Kell, pero Lila se adelantó.

—Yo me ocupo.



Kell empujó un par de puertas que daban al patio y las abrió. Por un momento, solo se quedó ahí parado, dejando que el aire gélido le presionara la piel. Y entonces, cuando el frío penetrante no fue suficiente para apagar su frustración, se sumergió en la noche invernal.

Una mano le tomó la suya cuando entraba al balcón, y él supo sin darse vuelta que era de ella. Las yemas de los dedos de Lila ardían de calor y la piel de Kell atrapó la chispa. No miró hacia atrás.

—Hola —dijo ella.

—Hola —dijo él, la palabra áspera.

Continuó avanzando hacia el balcón, la mano de ella enredada levemente en la suya. El viento frío se aquietó alrededor de ellos cuando llegaban al borde.

—De todos los barcos, Lila.

—¿Me vas a contar por qué lo odias? —preguntó ella.

Kell no respondió. En vez de eso, bajó la vista al Isle. Después de unos momentos, dijo:

—La Casa de Emery es una de las familias más antiguas de Arnes. Tiene largos lazos con la Casa de Maresh. Reson Emery y el rey Maxim eran buenos amigos. La reina Emira es la prima de Reson. Y Alucard es el segundo hijo de Reson. Tres años atrás, se fue, en medio de la noche. Sin decir nada. Sin advertencia. Reson Emery acudió al rey Maxim para pedirle que lo ayudara a buscarlo. Y Maxim acudió a mí.

—¿Usaste tu magia de sangre de la misma forma en que lo hiciste para encontrar a Rhy y a mí?

—No —dijo Kell—. Les dije al rey y la reina que no podía localizarlo, pero la verdad es que nunca lo intenté.

Lila frunció el entrecejo.

—¿Por qué demonios no?

—¿No es obvio? —dijo Kell—. Porque fui yo quien le dijo que se fuera. Y yo quería que se mantuviera lejos.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo?

—A mí *no* —dijo Kell, con los dientes apretados.

Los ojos de Lila se encendieron al entender.

—Rhy.

—Mi hermano tenía diecisiete cuando se enamoró de tu *capitán*. Y entonces Emery le rompió el corazón. Rhy estaba devastado. No necesitaba un tatuaje mágico para saber el dolor que sufría mi hermano en ese aspecto. —Se pasó la mano que tenía libre por el pelo—. Le dije a Alucard que desapareciera y él lo hizo. Pero no se mantuvo lejos. No, regresó unos meses después, cuando lo trajeron a rastras a la capital por crímenes contra la corona. Piratería, para colmo. El rey y la reina eliminaron los cargos, como un favor a la casa de Emery. Le dieron a Alucard el *Aguja Nocturna*, lo instalaron en nombre de la corona y lo enviaron a su suerte. Y yo le dije que si alguna vez ponía un pie en Londres otra vez, lo mataría. Pensé que esta vez realmente iba a escuchar.

—Pero volvió.

Los dedos de Kell se cerraron alrededor de los de ella.

—Así es. —Su pulso golpeaba contra el de él, fuerte y constante. Él no quería soltarla—. Alucard siempre ha sido descuidado cuando se trata de cosas preciosas.

—Yo no lo elegí a él —dijo ella, trayendo a Kell desde el borde—. Solo elegí irme.

Ella empezó a soltarlo, pero él no estaba listo. Kell tiró de ella para acercarla, sus cuerpos pegados contra el frío.

—¿Crees que alguna vez dejarás de irte?

Ella se tensionó contra él.

—No sé cómo.

La mano libre de Kell se movió hacia arriba por el brazo desnudo de ella hacia su nuca. Él inclinó la cabeza y apoyó su frente contra la de ella.

—Podrías simplemente… —susurró él— quedarte.

—O tú podrías irte —contraatacó ella— conmigo.

Las palabras fueron apenas un suspiro de niebla contra los labios de Kell y él se encontró a sí mismo inclinándose hacia el calor de ella, hacia las palabras de ella.

—Lila —dijo, el nombre doliéndole en el pecho.

Quería besarla.

Pero ella lo besó primero.

La última vez —la única vez— no había sido nada más que el espectro de unos labios contra los de él, ahí y ya no, tan poco, un beso robado para la suerte.

Esto era diferente.

Chocaron el uno con el otro como impulsados por la gravedad, y él no sabía cuál de los dos era el objeto y cuál la tierra, solo que estaban colisionando. Este beso era Lila comprimida en un solo gesto. Su orgullo descarado y su determinación tenaz, su temeridad y su osadía y su hambre de libertad. Era todas esas cosas y le quitó la respiración a Kell. Le sacó el aire de los pulmones. Su boca presionada con fuerza contra la de él y sus dedos enredados en el pelo de Kell mientras los dedos de él se hundían por la espalda de ella, enredándose en los intrincados pliegues de su vestido.

Ella lo empujó contra la baranda y él jadeó, el *shock* de la piedra helada mezclado con el calor del cuerpo de ella contra el suyo. Él podía sentir el corazón de Lila que corría, sentir la energía que echaba chispas a través de ella, a través de él. Se dieron vuelta, atrapados en otro baile, y entonces él la sostenía contra la pared escarchada. A ella se le cortó la respiración y sus uñas se clavaron en la cabeza de Kell. Ella hundió los dientes en el labio inferior de él, salió sangre, y lanzó una risa traviesa, y aun así él la besó. No por desesperación o esperanza o suerte, sino porque simplemente quería. Por los Santos, quería hacerlo. La besó hasta que la noche fría cayó y todo su cuerpo trinó de calor. La besó hasta que el fuego consumió el pánico y el enojo y el peso en su pecho, hasta que pudo respirar otra vez, y hasta que a ambos les faltó el aire.

Y cuando ambos se soltaron, él podía sentir la sonrisa de ella contra sus labios.

—Me alegra que hayas vuelto —susurró él.

—Yo también —dijo ella. Y entonces lo miró a los ojos y agregó—: Pero no me voy a retirar del torneo.

El momento se quebró. Se hizo añicos. La sonrisa de ella estaba fija y afilada, y la calidez se había ido.

—*Lila*…

—*Kell* —lo imitó ella, apartándose.

—Hay consecuencias respecto de este juego.

—Puedo manejarlas.

—No estás escuchando —dijo él, exasperado.

—No —estalló ella—, *tú* no escuchas. —Ella se lamió la sangre que tenía en los labios—. No necesito que me salven.

—Lila —comenzó él, pero ella ya estaba fuera de alcance.

—Ten un poco de fe —dijo Lila al abrir la puerta—. Estaré bien.

Kell la observó irse, con la esperanza de que tuviera razón.

II



Ojka se agachó en el patio del palacio, plegada en una sombra donde el balcón encontraba la pared, tenía la capucha puesta para esconder su cabello rojo. Dentro de este extraño castillo fluvial, parecían estar teniendo algún tipo de celebración. La luz bailaba por las piedras y la música se filtraba por las puertas. El aire frío mordía la piel de Ojka, pero a ella no le importaba. Estaba acostumbrada al frío —al *auténtico* frío— y el invierno en este Londres era amable en comparación.

Más allá del vidrio escarchado, hombres y mujeres comían y bebían, reían y daban vueltas en una pista de baile ricamente decorada. Ninguno de ellos tenía cicatrices. A lo largo de todo el salón, la magia era utilizada en forma mezquina, para encender braseros y esculpir estatuas de hielo, para encantar instrumentos y entretener invitados.

Ojka siseó, indignada por el desperdicio de poder. Una runa de lenguaje fresca le quemaba la muñeca, pero no necesitaba hablar esta lengua para saber lo mucho que daban por sentado. Despilfarraban vida mientras su pueblo se moría de hambre en un mundo estéril.

«Antes de Holland», recordó. Las cosas estaban cambiando ahora; el mundo se estaba recomponiendo, floreciendo, pero ¿alguna vez se vería *así*? Meses atrás, imaginarlo hubiera sido imposible. Ahora simplemente era difícil. El suyo era un mundo que la magia despertaba lentamente. Este era un mundo bendecido desde hacía mucho tiempo.

¿Podría una piedra pulida verdaderamente parecer una gema alguna vez?

Tuvo la repentina y apremiante necesidad de prender fuego algo.

«Ojka», sonó una amable voz de reprimenda en su cabeza, suave y provocadora como el susurro de un amante. Llevó los dedos a su ojo, el nudo en el amarre entre ella y su rey. Su rey, quien podía escuchar sus pensamientos, sentir sus deseos —¿podía sentirlos *todos*?—, como si ambos fueran uno.

«No lo haría, Su Alteza», pensó. «A menos que eso lo complaciera. Entonces haría cualquier cosa».

Sintió que la línea entre ellos se aflojaba al regresar el rey a su propia mente. Ojka dirigió su atención nuevamente al baile.

Y entonces lo vio.

Alto y delgado, vestido de negro, dando vueltas por la pista con una muchacha bonita ataviada de verde. Debajo de una diadema de plata y madera, el cabello de la muchacha era claro, pero el de Kell era rojo. No tan rojo como el de Ojka, no, pero el cobrizo aun así capturaba la luz. Uno de sus ojos era claro, el otro tan negro como el

suyo, como el de Holland.

Pero él no era *nada* como su rey. Este *Kell* no era nada más que un muchacho flaco.

Y sin embargo, lo reconoció a primera vista, no solo porque Holland lo conocía, sino porque él brillaba hacia ella como una llama en la oscuridad. La magia irradiaba como calor desde los contornos de su forma, y cuando su ojo oscuro vagó perezosamente por el conjunto de ventanas, más allá de las sombras y la nieve y Ojka, ella *sintió* la mirada. Se extendió a través de ella y ella se preparó, segura de que él la vería, la sentiría, pero él ni siquiera se dio cuenta. Se preguntó si el vidrio estaba espejado en vez de ser transparente, de modo que todos los que estuviesen dentro solo se veían a sí mismos. Las sonrisas reflejándose una y otra vez mientras afuera esperaba la oscuridad, mantenida a raya.

Ojka reacomodó su equilibrio sobre la baranda del balcón. Había llegado hasta ahí por una serie de escalones de hielo forjados en la pared del palacio, pero el edificio mismo debía estar protegido contra intrusiones; la única vez que había intentado deslizarse adentro a través de un par de puertas en el piso superior, había sido repelida, ni ruidosa ni dolorosamente, pero con *fuerza*. El hechizo era reciente, la magia fuerte.

La única forma de entrar parecía ser a través de las puertas de entrada, pero Holland le había advertido contra hacer una escena.

Tiró del amarre en su mente y sintió que él aferraba el vínculo.

«Lo he encontrado». Ella no se molestó en explicar. Simplemente miró. Ella era los ojos del rey. Lo que ella veía, él vería. «¿Lo fuerzo a salir?».

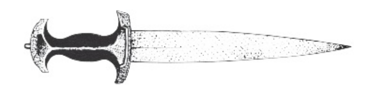
«No», respondió la voz del rey en su cabeza. Vibraba con tanta hermosura en sus huesos. «Kell es más fuerte de lo que parece. Si intentas forzarlo y fracasas, él no vendrá. Él debe venir. Ten paciencia».

Ojka suspiró. «Muy bien». Pero su mente no estaba tranquila y su rey se daba cuenta. Una calma sosegante la atravesó con las palabras, la voluntad del rey.

«No solo eres mis ojos», dijo él. «Eres mis manos, mi boca, mi voluntad. Confío en que te comportarás como te dije que yo lo haría».

«Lo haré», respondió ella. «Y no fracasaré».

III



—Te ves horrible.

Las palabras de Alucard sonaron en su cabeza, fue la única cosa que le dijo esa mañana cuando ella le deseó suerte.

—Dices las cosas más dulces —había gruñido ella antes de escapar a su propia carpa. Pero la verdad era que Lila se *sentía* horrible. No había podido conciliar el sueño en la habitación de Elsor, así que había regresado a Camino Errante, con sus cuartos estrechos y rostros familiares. Pero cada vez que cerraba los ojos, estaba de vuelta en ese maldito cajón o en el balcón con Kell, al final había pasado la mayor parte de la noche mirando hacia arriba, a la luz de la vela que jugaba a lo largo del techo, mientras Tav y Lenos roncaban (vaya uno a saber dónde estaba Vasry) y las palabras de Kell se habían reproducido una y otra vez en su cabeza.

Cerró los ojos y sintió que se bamboleaba levemente.

—Maestro Elsor, ¿se encuentra bien?

Se sacudió para volver a concentrarse. Ister estaba colocando las últimas placas de armadura en su pierna.

—Estoy bien —murmuró, intentando concentrarse en las lecciones de Alucard.

«La magia es una conversación».

«Sé una puerta abierta».

«Deja que las olas pasen».

Ahora mismo, se sentía como un borde costero rocoso.

Bajó la vista a su muñeca. La piel ya se estaba sanando donde la soga la había cortado, pero cuando dio vuelta las manos, sus venas estaban oscuras. No negras, como la de los hermanos Dane, pero tampoco lo claras que debían ser. Se preocupó y la preocupación se extendió a través de ella, pero rápidamente se transformó en molestia.

Ella estaba bien.

Estaría bien.

Había llegado hasta aquí.

Delilah Bard *no* se rendía.

Kell había vencido al veskano Rul por solo dos puntos y había perdido con ella por cuatro. Él estaba fuera de competencia, pero Lila podía perder por un punto y aun así avanzar. Además, Alucard ya había ganado su segundo combate, lo que le aseguraba un lugar en la final junto a una maga llamada Tos-an-Mir, una de las famosas gemelas faronesas. Si Lila ganaba, finalmente tendría la chance de luchar con él. La perspectiva la hizo sonreír.

—¿Qué es eso? —preguntó Ister, señalando con la cabeza la astilla de piedra blanca en la mano de Lila. Ella la había estado frotando distraídamente. Ahora la sostuvo en alto contra la luz de la carpa. Si entrecerraba los ojos, casi podía ver la comisura de la boca de Astrid, congelada en lo que podía ser una risa o un grito.

—Un recordatorio —dijo Lila, que guardó el pedazo astillado de estatua en el abrigo tirado sobre un almohadón. Era un poco mórbido, quizá, pero le hacía sentir mejor a Lila el saber que Astrid ya no estaba y que ya no estaría. Si había un tipo de magia que podría traer de regreso a una reina malvada convertida en piedra, ella tenía la esperanza de que requiriera un conjunto completo de piezas. De esta manera, ella podía estar segura de que faltaba una.

—¿De qué? —preguntó Ister.

Lila tomó las empuñaduras de daga y las deslizó tras las placas de su antebrazo.

—De que soy más fuerte que las probabilidades —dijo, mientras salía caminando de la carpa.

«De que he cruzado mundos y salvado ciudades».

Entró en el túnel del estadio.

«De que he vencido a reyes y reinas».

Se acomodó el casco y salió a la pista, cubierta de vítores.

«De que he sobrevivido a cosas imposibles».

Rul estaba parado en el centro de la pista, una figura imponente.

«De que soy Delilah Bard…».

Sostuvo en alto sus esferas, la vista se le desenfocó por un instante antes de soltarlas.

«Y soy imparable».



Kell estaba parado en el balcón de su habitación, el anillo de oro entre sus manos sobre la baranda, los sonidos del estadio reverberando por el metal.

El estadio oriental flotaba justo al lado del palacio, sus dragones de hielo se mecían sobre el río alrededor de este, con barrigas rojas. Con la ayuda de un telescopio, Kell podía ver a través del estadio, los dos luchadores como puntos blancos contra el piso oscuro de la pista. Lila en su máscara demoníaca. Rul con un rostro canino de acero, su cabello salvaje sobresalía como una melena. Su banderín era un lobo azul contra un fondo blanco, pero el público estaba colmado de cuchillas plateadas sobre negro.

Hastra estaba parado detrás de él, a las puertas del balcón, y Staff a las puertas del dormitorio.

—Lo conoce, ¿verdad? —preguntó Hastra—. ¿A Stasion Elsor?

—No estoy seguro —murmuró Kell.

Abajo, lejos, el público alentaba. El combate había comenzado.

Rul había elegido tierra y fuego, y los elementos giraban alrededor de él. Había llevado un mango y una empuñadura al *ring*; la tierra se arremolinaba sobre el mango y se endurecía como un escudo de piedra, mientras el fuego formaba una espada curva. Las propias dagas de Lila cobraron vida como lo habían hecho el día anterior, una de fuego y la otra de hielo. Por un instante, los dos se quedaron ahí parados, midiéndose el uno al otro.

Luego chocaron.

Lila dio el primer golpe, metiéndose bajo la espada de Rul, luego giró detrás de él e insertó la daga de fuego en la placa trasera de la pierna de Rul. Este se dio vuelta, pero ella ya estaba lejos y de pie, preparando otro ataque.

Rul era más alto por al menos una cabeza y el doble de ancho, pero era más rápido de lo que un hombre de ese tamaño tenía derecho a ser, y cuando ella intentó encontrar un camino debajo de su guardia otra vez, falló y perdió dos placas en el esfuerzo.

Lila bailó hacia atrás y Kell la podía imaginar midiendo al sujeto, buscando un hueco, una debilidad, una rendija.

Ella no peleaba como Rul o Kisimyr o Jinnar. No peleaba como nadie que Kell hubiese visto jamás. No era que ella era *mejor* —aunque ciertamente era veloz e inteligente—, sino que peleaba en el *ring* como él imaginaba que lo hacía en las calles allá en el Londres Gris. Como si todo estuviese en juego. Como si la otra persona fuese lo único que se interponía entre ella y la libertad.

En poco tiempo, ella iba ganando seis a cinco.

Y después, de repente, Rul atacó.

Lila estaba corriendo hacia él y, a mitad de una zancada, él transformó el escudo de piedra y lo lanzó como disco. Este golpeó a Lila en el pecho, con suficiente fuerza como para lanzarla hacia atrás contra la columna más cercana. Estallidos de luz surgieron de las placas en su estómago, hombros y columna, y Lila se desplomó en el suelo de piedra.

El público contuvo el aire y la voz en el aro dorado anunció el daño.

Cuatro placas.

—*Levántate* —gruñó Kell, mientras miraba a Lila ponerse de pie tambaleando, aferrándose las costillas con una mano. Dio un paso y casi se cae, obviamente aturdida, pero Rul aún estaba al ataque. El enorme disco voló de regreso a su mano y en un solo movimiento fluido, dio la vuelta y lo lanzó otra vez, agregándole impulso a la fuerza de la magia.

Lila debió haber visto el ataque, notado la piedra yendo a toda velocidad hacia ella, sin embargo, para horror de Kell, no la esquivó. En vez de eso, dejó caer las dos dagas y alzó las *manos* hacia arriba, en lugar de sus antebrazos, para bloquear el golpe.

Era una locura.

No funcionaría —no podía funcionar— y sin embargo, de alguna manera, el escudo de piedra se *desaceleró*.

El *shock* atravesó al público cuando la multitud se dio cuenta de que Stasion Elsor no era un mago dual después de todo. Tenía que ser *triádico*.

El escudo se arrastró por el aire, como luchando contra una corriente, y se detuvo a unos centímetros de las manos estiradas de Lila. Se quedó ahí flotando, suspendido.

Pero Kell sabía que no estaba simplemente colgando.

Lila estaba *empujándolo*. Intentando dominar el elemento de Rul de la misma manera que había hecho con el de Kell. Pero él la había dejado hacerlo entonces, había *parado* de luchar; Rul, momentáneamente anonadado, ahora redoblaba sus esfuerzos. Las botas de Lila se deslizaron hacia atrás por el piso de piedra mientras empujaba el disco con toda su fuerza.

La pista misma parecía temblar y el viento se levantó mientras los magos peleaban voluntad contra voluntad.

Entre Lila y Rul, el disco de tierra tembló. A través del telescopio, Kell podía ver que a ella le temblaban las extremidades, el cuerpo se le curvaba hacia adelante del esfuerzo.

«Déjalo», quería gritar Kell.

Pero Lila seguía presionando.

«Tonta y testaruda», pensó él mientras Rul reunía fuerza, levantaba su espada ardiente y la lanzaba. El filo se fue ancho, pero la llama debió haber pescado la atención de Lila, porque ella flaqueó, apenas lo suficiente, y el escudo de piedra suspendido inmóvil trastabilló hacia adelante y la alcanzó en la pierna. Un golpe de refilón, pero con la fuerza necesaria.

La décima placa se quebró.

El combate había terminado.

El público estalló y Rul dejó salir un aullido victorioso, pero la atención de Kell seguía en Lila, quien estaba ahí parada, con los brazos a los costados, la cabeza inclinada hacia atrás, viéndose extrañamente en paz.

Hasta que se tambaleó y colapsó.

IV



Kell ya se estaba moviendo por su habitación cuando la voz del juez salió desde el *ring* para llamar a un médico.

Él le había advertido. Una y otra vez, le había advertido.

Kell tenía su cuchillo en la mano antes de llegar a la puerta de su segunda recámara, con Hastra a los tobillos. Staff intentó bloquearle el camino, pero Kell fue más rápido, más fuerte, y estaba en la alcoba antes de que los guardias pudieran detenerlo.

—*As Staro* —dijo, sellando la puerta detrás de él y dibujando el símbolo, mientras Staff golpeaba con fuerza la madera.

—*As Tascen*.

El palacio se disipó y fue reemplazado por la carpa del torneo.

—La victoria es para Rul —anunció el juez, mientras Kell salía a toda velocidad del cuarto de Kamerov y entraba al de Lila. Llegó allí cuando dos asistentes la dejaban sobre un sofá y una tercera trabajaba en quitarle el casco. Se sobresaltaron al verlo y palidecieron.

—Afuera —dijo Kell—. Todos ustedes.

Los primeros dos se retiraron instantáneamente, pero la tercera —una sacerdotisa— lo ignoró y siguió quitando las piezas con bisagra de la cabeza de Lila y poniéndolas a un lado. Debajo, el rostro de Lila estaba de un blanco fantasmal, venas oscuras le marcaban las sienes y corrientes gemelas de rojo negruzco le salían de la nariz. La sacerdotisa descansó una mano sobre su rostro y un momento después, sus ojos parpadearon hasta abrirse. Una decena de maldiciones se acumularon, pero Kell se quedó callado. Se reprimió, mientras ella respiraba hondo con fuerza y se arrastraba a una posición de sentada, se reprimió mientras ella rotaba la cabeza y flexionaba los dedos y levantaba un trapo a su nariz.

—Te puedes ir, Ister —dijo ella, limpiándose la sangre.

Kell se reprimió tanto como pudo, pero en cuanto la sacerdotisa desapareció, estalló.

—¡Te lo advertí! —gritó. Lila hizo un gesto de dolor y se tocó la sien con una mano.

—Estoy bien —murmuró ella.

Kell dejó salir un sonido ahogado.

—¡Colapsaste en el *ring*!

—Fue un combate duro —dijo ella poniéndose de pie, intentó esconder su inestabilidad y fracasó.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpida? —estalló él, elevando la voz—. Estás sangrando negro. Juegas con magia como si fuera un juego. Ni siquiera entiendes las reglas. O peor, decides que no las hay. Vas por el mundo dando patadas, haciendo lo que sea que se te dé la maldita gana. Eres descuidada. Insensata. Temeraria.

—Bajen el volumen, ustedes dos —dijo Rhy, que entró caminando con Vis y Tolners a sus espaldas—. Kell, *tú* no deberías estar aquí.

Kell lo ignoró y se dirigió a los guardias.

—Enciérrenla.

—¿Por qué? —gruñó Lila.

—Por ser una impostora.

Lila se burló.

—Oh, y eres tú el que…

Kell la estrelló de espaldas contra la pértiga de la carpa y le aplastó la boca con la mano.

—No te *atrevas*.

Lila no luchó. Se quedó quieta como una piedra, sus ojos desparejos perforándolo. Había algo salvaje en ellos, y él pensó que quizá ella realmente tenía miedo o, al menos, estaba asombrada. Y entonces sintió el cuchillo presionado contra un lado.

Y la mirada en los ojos de ella decía que si no fuese por Rhy, ella lo hubiese apuñalado.

El príncipe sostuvo una mano en alto.

—Stasion —dijo Rhy, dirigiéndose a Lila mientras tomaba el hombro de Kell—. Por favor. —Ella bajó el cuchillo y Rhy tiró a Kell hacia atrás con ayuda de Tolner.

—Tú nunca escuchas. Nunca *piensas*. Tener poder es una responsabilidad, Lila, una que claramente no mereces.

—Kell —reprendió Rhy.

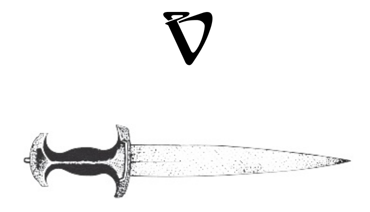
—¿Por qué la estás defendiendo? —estalló él, volviéndose contra su hermano—. ¿Por qué soy yo el único en este maldito mundo que debe responder por sus acciones?

Ellos solo lo miraron, el príncipe y los guardias, pero Lila… ella tuvo el descaro de sonreír. Era una sonrisa amarga, desafiante, enturbiada por la sangre oscura que aún le manchaba el rostro.

Kell lanzó las manos al cielo y salió hecho una furia.

Escuchó el sonido de las botas de Rhy yendo tras él sobre los adoquines, pero Kell necesitaba espacio, necesitaba aire, y antes de saber qué estaba haciendo, había liberado el cuchillo de su vaina y las monedas de su cuello.

Lo último que escuchó antes de presionar los dedos ensangrentados contra la pared más cercana fue la voz de Rhy, que le pedía que se detuviera, pero entonces el hechizo ya estaba en los labios de Kell y el mundo se desvaneció, llevándose todo.



Un momento Kell estaba ahí y al siguiente se había ido, y nada, salvo un toque de sangre en la pared, marcaba su pasaje.

Rhy se quedó parado fuera de la carpa, mirando el lugar donde había estado su hermano, el pecho le dolía, no con dolor físico, sino por la horrible y repentina comprensión de que Kell se había ido a propósito adonde Rhy no podía seguirlo.

Tolners y Vis aparecieron como sombras detrás de él. Se estaba juntando una multitud, la gente ajena a todo salvo la presencia del príncipe entre ellos. Rhy sabía que debía someter sus rasgos para guardar las apariencias, hacer una sonrisa, pero no pudo. No pudo arrancar los ojos de la mancha de sangre.

Maxim entró caminando, seguido por los guardias de Kell. La multitud se separó alrededor del rey, quien sonreía y asentía y saludaba incluso cuando tomó del brazo a Rhy y lo llevó de regreso al palacio, hablando de la ronda final y los tres ganadores y los eventos de esa noche, llenando el silencio con una charla inútil, hasta que las puertas del palacio se cerraron detrás de él.

—¿Qué pasó? —estalló el rey, arrastrándolo a una recámara privada—. ¿Dónde está Kell?

Rhy se dejó caer.

—No lo sé. Él estaba en sus aposentos, pero cuando vio que el combate se iba a pique, bajó a las carpas. Estaba preocupado, padre.

—¿Por qué?

«Por qué, no», pensó Rhy. «Por quién». Pero él no podía contarle al rey sobre la chica que se hacía pasar por Stasion Elsor, la misma que había arrastrado la Noche Negra por la ciudad al lado de Kell (y había salvado el mundo, también, pero eso no importaría), así que en vez de eso, simplemente dijo:

—Tuvimos una pelea.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. —Rhy se puso la cabeza entre las manos, el agotamiento lo hizo doblarse hacia adelante.

—Levántate —ordenó su padre—. Ve a prepararte.

Rhy arrastró la cabeza hacia arriba.

—¿Para qué?

—Para los festejos de esta noche, por supuesto.

—Pero Kell…

—*No está aquí* —dijo el rey, su voz dura como una piedra—. Puede que él haya dejado sus deberes, pero tú no. Tú no lo *harás*. —Maxim ya se estaba dirigiendo a la

puerta—. Cuando Kell regrese, nos encargaremos de él, pero mientras tanto tú sigues siendo el príncipe de Arnes. Y como tal, actuarás como corresponde.



Kell se dejó caer hacia atrás contra la fría pared de piedra, mientras las campanas de Westminster tocaban la hora.

El corazón le palpitaba frenéticamente por lo que había hecho.

Se había *ido*. Había dejado el Londres Rojo. Había dejado a Rhy. Dejado a Lila. Dejado una ciudad —y un lío— tras él.

Todo ello estaba solo a un paso de distancia. A un mundo de distancia.

«Si no quieres estar aquí, entonces vete».

«Huye».

No había tenido la intención —solo había querido un momento de paz, un momento para *pensar*— y ahora estaba aquí, sangre fresca goteaba contra la calle helada, la voz de su hermano aún un eco en su cabeza. La culpa lo tironeó, pero él la hizo a un lado. Esto no era diferente de los cientos de viajes que había hecho, todos y cada uno lo habían dejado fuera de alcance.

Esta vez simplemente había sido *su* elección.

Kell se enderezó y comenzó a caminar por la calle. No sabía adónde estaba yendo, solo que ese primer paso no había sido suficiente; necesitaba seguir moviéndose antes de que la culpa lo alcanzara. O el frío. El invierno del Londres Gris contenía una humedad penetrante. Él se cerró bien el abrigo e inclinó la cabeza y caminó.

Cinco minutos después, estaba parado afuera de Cinco Puntas.

Podría haber ido a cualquier lado, pero siempre terminaba ahí. Memoria muscular, esa era la única explicación. Sus pies lo llevaban por los caminos gastados en el mundo, la pendiente cósmica, una curva gravitatoria que atraía cosas de masa y magia al punto fijo.

Dentro, un rostro familiar levantó la vista desde atrás del bar. No eran las cejas gruesas y la barba oscura de Barron, sino los ojos grandes, la mandíbula pronunciada, la sonrisa amplia, sorprendida, *encantada* de Ned Tuttle.

—¡Maestro Kell!

Al menos el joven entusiasta no se lanzó sobre el mostrador cuando Kell entró. Solo tiró tres copas y derribó una botella de oporto. A las primeras las dejó caer Kell, pero detuvo el oporto a unos centímetros del suelo, el gesto pasó desapercibido para todos salvo para el propio Ned.

Se deslizó a una banqueta y un momento después, un vaso de whisky oscuro apareció frente a él. No era magia, solo Ned. Cuando terminó el primer vaso de un

solo trago, la botella apareció al lado de su codo.

El entusiasta simulaba estar ocupado con el puñado de otros clientes mientras Kell bebía. Al tercer trago, bajó el ritmo; después de todo, no era solo su cuerpo el que estaba arruinando. Pero ¿cuántas veces había aguantado Kell las borracheras de Rhy?; ¿cuántas mañanas se había despertado con el gusto rancio de vino y elixires cubriéndole la lengua?

Kell volcó un poco más en su vaso.

Podía sentir los ojos de los clientes moviéndose hacia él y se preguntó si eran atraídos por la magia o los rumores. ¿Podían sentir la atracción, la inclinación de la gravedad, o simplemente era el boca a boca? ¿Qué les había contado Ned? ¿Algo? ¿Todo?

En ese momento, a Kell no le importaba. Solo quería extinguir los sentimientos antes de que estos pudieran extinguirlo a él. Eliminar la cara ensangrentada de Lila antes de que arruinara el recuerdo de su boca contra la suya.

Solo era cuestión de tiempo antes de que Ned reapareciera, pero cuando lo hizo, no fue con preguntas o cháchara sin sentido. En lugar de eso, el joven espigado se sirvió un trago de la misma botella, dobló los brazos sobre el borde de la barra y apoyó algo frente a Kell, que destelló con la luz de la lámpara.

Un lin del Londres Rojo.

La moneda que Kell había dejado atrás en su última visita.

—Creo que esto es tuyo —dijo.

—Lo es.

—Huele a tulipanes.

Kell ladeó la cabeza; la habitación se inclinó con él.

—El rey de Inglaterra siempre decía que a rosas.

Ned se quedó boquiabierto.

—¿George IV dijo eso?

—No, George III —dijo Kell, como ausente, y agregó—: IV es un imbécil.

Ned casi se ahoga con su bebida, al dejar salir una simple carcajada de sorpresa. Kell giró rápido los dedos y el lin del Londres rojo saltó a su lado y comenzó a dar vueltas lentamente. Los ojos de Ned se abrieron.

—¿Seré capaz de hacer eso alguna vez?

—Espero que no —dijo Kell, levantando la vista—, no deberías poder hacer nada.

Los rasgos del hombre se contrajeron.

—¿Por qué?

—Hace mucho tiempo, este mundo (tu mundo) tenía magia propia.

Ned se inclinó hacia adelante, como un niño esperando al monstruo de la historia.

—¿Qué pasó?

Kell negó con la cabeza, el whisky le nublaba los pensamientos.

—Un montón de cosas malas. —La moneda hacía sus lentas rotaciones—. Todo se trata del equilibrio, Ned. —¿Por qué Lila no podía comprenderlo?—. El caos

necesita orden. La magia necesita moderación. Es como un fuego. No tiene autocontrol. Se alimenta de lo que sea que le des y, si le das demasiado, arde y arde hasta que no queda nada.

—Tu mundo tuvo fuego una vez —dijo Kell—. No mucho (estaba demasiado lejos de la fuente), pero suficiente para arder. Lo cortamos antes de que pudiera hacerlo, y lo que quedó comenzó a reducirse. En un momento, se apagó.

—¿Pero cómo sabes que hubiésemos ardido? —preguntó Ned, con ojos febriles.

Kell derrumbó la moneda con un roce de dedos.

—Porque muy poco de algo es tan peligroso como demasiado. —Se enderezó en la banqueta—. El punto es que la magia ya no debería existir aquí. No debería ser *posible*.

—La imposibilidad es algo que pide ser refutado —dijo Ned animadamente—. Quizá no haya sido posible en años, quizá incluso no sea posible ahora mismo, pero eso no quiere decir que *no lo puede* ser. No quiere decir que no lo *será*. Dices que la magia se fue consumiendo, que la llama se apagó. Pero ¿y si tan solo necesitaba ser reavivada?

Kell se sirvió otro trago.

—Tal vez tengas razón.

«Pero espero que te equivoques», pensó. «Por el bien de todos nosotros».



Rhy *no* estaba de humor.

No estaba de humor para estar en el baile.

No estaba de humor para ser anfitrión.

No estaba de humor para sonreír y bromear y hacer de cuenta que todo estaba bien. Su padre lanzaba miradas de advertencia hacia su lado y su madre robaba vistazos, como si pensara que podía quebrarse. Quería gritarles a los dos por alejar a su hermano.

En vez de eso, se quedó parado entre el rey y la reina mientras los tres vencedores se quitaban las máscaras.

Primero vino el veskano, Rul, con el cabello áspero que le marcaba la mandíbula y aún jactándose de la victoria sobre Elsor.

Luego Tos-an-Mir, una mitad de las gemelas faronesas favoritas, con sus gemas que trazaban intensos patrones de ceja a mentón.

Y por supuesto, Alucard Emery. Renegado, libertino, de la realeza y renovado favorito del imperio arnesiano.

Rhy felicitó a *lord* Sol-in-Ar y al príncipe Col por la excelente actuación, se maravilló en voz alta sobre cuán equilibrada era la final —un arnesiano, una faronesa

y un veskano— y luego se retiró hacia una columna a beber en paz.

Las festividades de esta noche tenían lugar en el Salón del Cristal, una pista de baile hecha completamente de vidrio. Para ser un lugar tan abierto, a Rhy lo hacía sentir sepultado.

Todo a su alrededor, la gente bebía. La gente bailaba. Sonaba la música.

Del otro lado de la pista, la princesa Cora coqueteaba con media docena de nobles arnesianos, mientras echaba miradas en busca de Kell.

Rhy cerró los ojos y se concentró en el pulso de su hermano, el eco del suyo; intentó alcanzarlo por medio de ese latido y transmitirle… ¿qué? ¿Que estaba enojado? ¿Que lo lamentaba? ¿Que no podía hacer nada de todo esto sin Kell? ¿Que no lo culpaba por irse? ¿Que *sí* lo hacía?

«Ven a casa», pensó con egoísmo. «Por favor».

Un aplauso refinado resonó por la habitación de cristal y él abrió los ojos con esfuerzo y vio a los tres ganadores regresar con atuendos nuevos, con sus máscaras bajo el brazo y sus rostros a la vista.

El lobuno Rul fue directo a la mesa de comida más cercana, donde sus camaradas veskanos ya estaban inmersos en sus vasos.

Tos-an-Mir maniobró por la multitud, seguida por su hermana, Tas-on-Mir, la primera en caer ante Kell. Rhy solo podía distinguirlas por las gemas arraigadas a su piel oscura, Tos-an-Mir de un naranja intenso mientras las de Tas-on-Mir eran de un azul perlado.

Alucard estaba en el centro de su propio universo. Rhy observó cómo una bonita *ostra* llevaba sus labios pintados al oído de Alucard y susurraba algo; el príncipe sintió que agarraba con más fuerza su copa.

Alguien se apoyó contra la columna al lado de él. Una figura delgada vestida de negro. Lila se veía mejor que esa tarde: aún demacrada, con sombras como moretones bajo los ojos, y aun así lo suficientemente vivaz como para arrancar dos copas llenas de una bandeja que pasaba. Le ofreció una a Rhy. Él la tomó sin prestar atención.

—Regresaste.

—Bueno —dijo ella, inclinando la cabeza hacia la pista—, realmente sabes cómo dar una fiesta.

—Por Londres —aclaró Rhy.

—Ah —dijo ella—. Eso.

—¿Estás bien? —preguntó él, pensando en el combate de esa tarde.

Ella tragó saliva, mantuvo los ojos en la gente.

—No lo sé.

Se formó una quietud alrededor de ellos, un balsa de silencio en medio de un mar de sonido.

—Lo siento —habló ella finalmente, las palabras tan suaves que Rhy casi no las escucha.

Rotó un hombro hacia ella.

—¿Por qué?

—No lo sé realmente. Parecía que era correcto decirlo.

Rhy tomó un largo trago y observó a esta extraña muchacha, sus contornos afilados, su rostro cauto.

—Kell solo tiene dos caras —dijo.

Lila alzó una ceja.

—¿*Solo* dos? ¿No tiene solo una la mayoría de la gente?

—Al contrario, señorita Bard (y eres Bard otra vez, ¿no?, a juzgar por tu atuendo. Supongo que Stasion quedó en algún lugar para recuperarse). La mayoría de la gente tiene muchas más que dos. Yo mismo tengo un guardarropa completo. —No sonrió al decirlo. Su mirada se fue más allá de sus padres, los nobles arnesianos, Alucard Emery—. Pero Kell solo tiene dos. Una que usa para el mundo en general y una para aquellos que ama. —Bebió un poco de vino—. Para nosotros.

La expresión de Lila se endureció.

—Sea lo que sea que siente por mí, no es amor.

—¿Porque no es suave y dulce y cariñoso? —Rhy se movió hacia atrás y se estiró contra la columna—. ¿Sabes cuántas veces me ha dado golpes sin sentido por amor? ¿Cuántas veces yo he hecho lo mismo? He visto cómo mira a aquellos que odia… —Negó con la cabeza—. Hay muy pocas cosas que le importan a mi hermano, y personas muchas menos.

Lila tragó.

—¿Qué crees que esté haciendo?

Rhy observó su vino.

—A juzgar por la forma en que esto va a mi cabeza —dijo, levantando la copa—, diría que está ahogando sus sentimientos, como yo.

—Él regresará.

Rhy cerró los ojos.

—Yo no lo haría.

—Sí —dijo Lila—, sí lo harías.



—Ned —dijo Kell en las primeras horas de la mañana—, me querías dar algo la última vez que estuve aquí. ¿Qué era?

Ned bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Oh, no era nada.

Pero Kell había visto la excitación en los ojos del joven y aunque no podía llevarse lo que fuera que fuese, aun así quería saber.

—Dime.

Ned se mordió el labio, luego asintió. Buscó bajo la barra y sacó una pieza de madera tallada. Era aproximadamente del tamaño de una mano, desde la palma a la yema de los dedos, con un diseño grabado a lo largo y terminado en punta.

—¿Qué es? —preguntó Kell, curioso y confundido.

Nell arrastró el lin del Londres Rojo hacia él y colocó la punta del palo tallado haciendo equilibrio sobre este. Cuando la soltó, la madera no cayó. Se quedó ahí perfectamente vertical, con la punta tallada haciendo equilibrio en la moneda.

—Magia —dijo Ned con una sonrisa cansada—. Eso es lo que pensé, en todo caso. Ahora sé que no es realmente magia. Un truco ingenioso con imanes, eso es todo. —Dio un empujoncito a la madera con el dedo y esta flaqueó, luego se enderezó—. Pero cuando era chico, me hizo creer. Incluso cuando descubrí que era solo un truco, aun así quise creer. Después de todo, solo porque esto no era magia, eso no significaba que nada lo fuese. —Arrancó el palo de su lugar y lo apoyó sobre la barra, reprimiendo un bostezo.

—Debería irme —dijo Kell.

—Puedes quedarte. —Era muy tarde (o muy temprano) y Cinco Puntas se había vaciado hacía un largo rato.

Antes de que Ned pudiese insistir —antes de que pudiera ofrecerle mantener la taberna abierta, antes de que pudiera darle a Kell una habitación en la cima de las escaleras (la que tenía la puerta verde y la pared aún retorcida por su primer encuentro con Lila, cuando la había amarrado a la madera, la que estaba marcada por el hechizo de búsqueda de Kell y manchada por la sangre de Barron)—, Kell se puso de pie y se fue.

Se subió el cuello del abrigo, salió a la oscuridad y comenzó a caminar otra vez. Caminó por los puentes y las calles del Londres de Lila, los parques y caminos. Caminó hasta que le dolieron los músculos y el agradable mareo del whisky se apagó y se quedó solo con ese dolor tenaz en el pecho y esa irritante opresión de culpa, de necesidad, del deber.

E incluso entonces, caminó.

No podía dejar de caminar. Si paraba, pensaría y si pensaba demasiado, volvería a casa.

Caminó por horas, y únicamente cuando le pareció que si no se detenía, las piernas le cederían, solo entonces se dejó caer en un banco al lado del Támesis y se puso a escuchar los sonidos del Londres Gris, similares y sin embargo tan distintos de los del suyo.

El río no tenía luz. Era un trecho negro que se volvía violeta con los primeros asomos de la mañana.

Dio vueltas las opciones en su cabeza como una moneda.

«Vete».

«Vete a casa».

«Vete».

«Vete a casa».
«Vete».

VI



Londres Rojo

Ojka caminaba de un lado a otro por las sombras del palacio, furiosa consigo misma.

Lo había perdido. No sabía cómo se le había escapado, solo que lo había hecho. Había pasado el día buscándolo entre la muchedumbre, esperando que cayera la noche, había regresado a su puesto en el balcón, pero el salón de baile estaba oscuro, la celebración era en otra parte. Un flujo constante de hombres y mujeres subía y bajaba por los escalones. La gente entraba y salía, pero ninguno era Kell.

En las horas más densas de la noche, vio a un par de guardias, hombres vestidos de rojo y dorado lujoso, que se inclinaban hacia la sombra de las escaleras del palacio, hablando en voz baja. Ojka sacó su cuchilla. No lograba decidir si cortarles el pescuezo y robar su armadura o torturarlos para conseguir información. Pero antes de que pudiera hacer nada, escuchó que un hombre pasaba entre ellos.

«Kell».

Al acercarse, la runa de lenguaje comenzó a arderle en la piel y sus palabras cobraron forma.

—… Dicen que se ha ido… —continuó uno.

—¿Qué quieres decir con *ido*? ¿Se lo llevaron?

—Huyó. Me alegro. Siempre me dio escalofríos…

Ojka siseó y regresó a las márgenes. No se había ido. No podía haberse *ido*.

Se arrodilló sobre la tierra fría, sacó un pergamino de su bolsillo y lo extendió sobre el suelo. A continuación, clavó los dedos en la tierra y arrancó un terrón, que machucó con la mano.

Este no era un hechizo de sangre. Era uno que había usado cientos de veces en Kosik para cazar a quien le debía dinero, o la vida.

—*Køs øchar* —dijo mientras la tierra caía al pergamino. Al caer, trazó las líneas de la ciudad, el río, las calles.

Ojka se sacudió las manos para quitarse el polvo.

—*Køs Kell* —dijo ella. Pero el mapa no cambió. La tierra no se agitó. Donde fuera que Kell estuviese, no era en Londres. Ojka apretó los dientes y se puso de pie, temiendo la reacción de su rey incluso cuando recurría al vínculo.

«Se ha ido», pensó y un momento después se encontró con Holland, no solo con su voz, sino también con su descontento.

«Explícalo».

«No está en este mundo», dijo ella. «Se ha ido».
Una pausa y luego:
«¿Se fue solo?».
Ojka dudó.
«Creo que sí. La familia real aún está aquí».
El silencio que siguió la descompuso. Se imaginó a Holland sentado en su trono, rodeado de los cuerpos que le habían fallado. Ella no podía ser uno de esos.
Finalmente, el rey habló.
«Regresará».
«¿Cómo lo sabe?», preguntó Ojka.
«Él siempre volverá a casa».



Rhy estaba hecho pedazos. Había estado despierto toda la noche, en la oscuridad, rodeado de recuerdos, y resistiendo la urgencia de tomar algo para dormir sin saber dónde estaba Kell y qué pasaría con su hermano si lo supiera. En vez de eso, el príncipe había dado vueltas en la cama durante la mitad de la noche, antes de arrojar las sábanas y caminar de un lado a otro de la habitación hasta que el amanecer por fin abría el día en la ciudad.
El combate final del *Essen Tasch* era en tan solo a unas pocas horas. A Rhy no le importaba el torneo. No le importaban Faro ni Vesk ni la política. Lo único que le importaba era su hermano.
Y Kell aún no regresaba.
Aún no regresaba.
Aún no regresaba.
La oscuridad trepó rápidamente a la cabeza de Rhy.
El palacio se despertaba alrededor de él. Pronto se tendría que poner la corona y la sonrisa y hacer de príncipe. Se pasó las manos por el pelo e hizo una mueca de dolor cuando un rizo negro se enganchó con uno de sus anillos. Rhy maldijo. Y luego dejó de caminar.
Sus ojos danzaron a través de la habitación —almohadas y sábanas y sillones, tantas cosas *suaves*—, antes de aterrizar en el broche real. Lo había lanzado a un lado junto a su túnica después del baile y ahora destellaba con la luz del amanecer.
Probó la punta contra el dedo gordo y se mordió el labio al salirle sangre. Rhy observó la gota brotar y derramarse por su mano, y el corazón se le aceleró. Luego llevó el broche al interior de su codo.
Quizá fue el alcohol que todavía lo afectaba. O quizá fue el persistente pánico de saber que no podía llegar hasta Kell o la culpa de comprender lo mucho que su

hermano había cedido o la egoísta necesidad de que cediera aún más, de que regresara, de que volviera a casa lo que hizo que Rhy presionara la punta del broche contra la carne suave del interior de su antebrazo y comenzara a escribir.



Kell siseó ante un repentino ardor en la piel.

Estaba acostumbrado a molestias sordas, dolores superficiales, ecos de los varios percances de Rhy, pero esto era agudo y vívido, intencionado de una forma en que un golpe oblicuo a las costillas o un choque de la rodilla jamás lo era. El dolor se arrastró a lo largo de la parte interna de su brazo izquierdo. Tiró la manga hacia arriba, esperando ver manchas de sangre en la túnica, marcas de irritación en la piel, pero no había nada. El dolor se detuvo y comenzó otra vez, dibujándose por su brazo en olas. No, *líneas*.

Se quedó mirando fijo la piel, intentando encontrarle sentido al dolor agudo.

Y entonces, de repente, entendió.

No podía ver las líneas, pero cuando cerró los ojos, pudo sentir que trazaban su camino en la piel de la misma manera en que Rhy solía trazar letras con la punta del dedo para escribir mensajes secretos en el brazo de Kell. Era un juego que habían jugado cuando niños, atrapados uno al lado del otro en algún evento o cena aburrida.

Esto no era un juego, ya no. Y sin embargo, Kell podía sentir las letras quemándole el brazo, marcadas con algo mucho más filoso que una uña.

P-

P-E

P-E-R

P-E-R-D

P-E-R-D-O-N



Kell ya estaba de pie en la D, se maldijo por irse mientras sacaba las monedas colgadas de su cuello. Y abandonó el amanecer ceniciento de un Londres por la vibrante mañana de otro.

Mientras se abría camino al palacio, pensó en todo lo que le quería decir al rey, pero cuando subió las escaleras principales y entró al vestíbulo, la familia real ya estaba allí. Al igual que el príncipe y la princesa veskanos y el *lord* faronés.

La mirada de Rhy se encontró con la de Kell y su expresión resplandeció de alivio, pero Kell mantuvo la guardia en alto al dar unos pasos adelante. Podía sentir

que venía la tormenta, la energía en el aire estaba espesa con lo no dicho. Estaba preparado para la pelea, las palabras duras, las acusaciones, pero cuando el rey habló, su voz fue cálida.

—Ah, ahí está. Estábamos por irnos sin ti.

Kell no pudo esconder su sorpresa. Había creído que lo iban a confinar al palacio, quizá indefinidamente. No que le iban a dar la bienvenida sin la menor reprimenda. Vaciló y buscó la mirada del rey. Era inmutable, pero él podía ver la advertencia allí.

—Lamento llegar tarde —dijo, esforzándose por mantener la voz ligera—. Tenía una encomienda y perdí la noción del tiempo.

—Estás aquí ahora —dijo el rey, llevando una mano al hombro de Kell—. Eso es lo que importa. —La mano apretó con fuerza y por un instante, Kell pensó que nunca lo soltaría. Pero entonces la procesión partió y Maxim dejó caer la mano y Rhy vino al lado de Kell; si era por solidaridad o desesperación, no lo supo.

El estadio central estaba lleno en toda su capacidad, los espectadores salieron en masa a las calles a pesar de ser tan temprano. En un toque ingenioso, los dragones del estadio oriental y los leones del occidental habían sido movidos y ahora convergían en el auditorio central: bestias de hielo en el río, leones colocados en soportes de piedra y los pájaros centrales en vuelo en el aire. El suelo de la pista era un revoltijo de obstáculos, columnas y montículos y repisas de piedra, y arriba las gradas llenas de vida y color; el banderín de Alucard con su pluma plateada ondulaba por todos los costados, salpicado aquí y allá con el lobo azul de Rul y la espiral negra de Tos-an-Mir.

Cuando los tres magos finalmente emergieron de sus respectivos túneles y tomaron sus lugares en el centro del escenario, el clamor se volvió ensordecedor; Kell y Rhy se contrajeron por el ruido.

A plena luz de la mañana, el príncipe se veía terrible (Kell solo podía suponer que se veía igual). Las ojeras oscuras resaltaban bajo los ojos claros de Rhy, que sostenía su brazo izquierdo con cuidado, ocultando las letras recién marcadas en su piel. Por todos lados, el estadio estaba rebosante de energía y ruido, pero el palco real estaba peligrosamente callado, el aire tenso con cosas no dichas.

El rey mantenía los ojos en la pista. La reina finalmente echó una mirada a Kell, pero estaba teñida de desprecio. El príncipe Col parecía percibir la tensión y observaba todo con sus ojos azules de halcón, mientras Cora parecía ajena al peligroso ambiente, aún enfurruñada por el sutil rechazo de Kell.

Solo *lord* Sol-in-Ar parecía inmune a la atmósfera de disenso. En todo caso, su humor había mejorado.

Kell escaneó las masas debajo. No se dio cuenta de que estaba buscando a Lila, no hasta que la encontró en la multitud. Debería haber sido imposible en un lugar tan enorme, pero él podía sentir el cambio en la gravedad, la atracción de su presencia, y sus ojos la encontraron del otro lado del estadio. Desde aquí no podía ver sus rasgos, no podía saber si movía los labios, pero imaginó que formaban la palabra *hola*.

Y entonces Rhy dio un paso adelante y se las ingenió para reunir una sombra de su encanto usual mientras llevaba el amplificador dorado a sus labios.

—¡Bienvenidos! —exclamó—. ¡*Glad'ach*! ¡*Sasors*! Qué torneo hemos tenido. Cuán apropiado que nuestros tres grandes imperios se encuentren aquí, representados equitativamente por tres grandes vencedores. De Faro, una gemela sin igual en el *ring*, la feroz Tos-an-Mir. —Silbidos llenaron el aire mientras la faronesa hacía una reverencia y su máscara dorada destellaba con la luz—. De Vesk, una bestia del combate, un hombre lobo, ¡Rul! —En la pista, el propio Rul aulló y los veskanos en las gradas retomaron el aullido—. Y por supuesto, de nuestro propio Arnes, el capitán del mar, el príncipe del poder, ¡Alucard!

Los aplausos fueron atronadores e incluso Kell unió las palmas, aunque despacio y sin demasiado ruido.

—Las reglas de esta final son simples —continuó Rhy—, porque hay pocas. Este ya no es un juego de puntos. La armadura de un mago está compuesta de veintiocho placas, algunas son blancos grandes; otras, pequeñas y difíciles de alcanzar. Hoy, el último con placas intactas gana la corona. ¡Así que alienten a sus tres magos, porque solo uno dejará este *ring* como campeón!

Las trompetas resonaron, las esferas cayeron y Rhy se retiró hacia la sombra de la plataforma al comenzar el combate.

Debajo, los magos se transformaron en una nebulosa de elementos: la tierra y el fuego de Rul; el fuego y el aire de Tos-an-Mir; la tierra, el aire y el agua de Alucard. «Y obviamente es triádico», pensó Kell con amargura.

Le tomó menos de un minuto a Alucard dar el primer golpe, en el hombro de Rul. Le tomó más de cinco a Rul dar el segundo, en la espinilla de Alucard. Tos-an-Mir parecía satisfecha con dejar que los dos hombres se atacaran uno al otro, hasta que Alucard le dio un golpe helado en la parte trasera de las rodillas, y entonces se unió a la contienda.

El aire en el palco real era sofocante. Rhy estaba callado, hundido y con aire cansado en la sombra del toldo del balcón, mientras Kell se hallaba parado alerta al lado del rey, cuya mirada nunca se retiró del combate.

Abajo, Tos-an-Mir se movía como una sombra enmascarada en oro y bailaba en el aire, mientras Rul corría dando zancadas y arremetía en su forma lupina y depredadora. Alucard aún se movía con la postura de un noble, incluso cuando sus elementos trazaban arcos y colisionaban alrededor de él en forma de tormenta. Los sonidos de la pelea se perdían bajo la ola de vítores, pero cada punto estaba marcado por una explosión de luz, un resplandor brillante que solo llevaba a la multitud a un tono más agudo.

Y entonces, misericordiosamente, la tensión en el palco real comenzó a ceder. Los ánimos se aliviaron, como el aire después de una tormenta, y Kell se sintió atontado del alivio. Asistentes trajeron té. El príncipe Col hizo un chiste y Maxim se rio. La reina elogió al mago de Sol-in-Ar.

Al término de una hora, Rul se había quedado sin placas y estaba sentado en el piso de piedra, viéndose aturdido, mientras Alucard y Tos-an-Mir bailaban uno alrededor del otro y chocaban como espadas antes de volver a separarse. Y luego, lento pero seguro, Alucard comenzó a perder. Kell sintió que se le levantaba el espíritu, aunque Rhy le chocó el hombro cuando llegó al extremo de celebrar uno de los golpes de Tos-an-Mir. El capitán se recuperó y redujo las diferencias, y llegaron a un punto muerto.

Finalmente, ella logró colocarse detrás de Alucard y debajo de su guardia. Se movió para destruir la última placa de él con una ráfaga en forma de cuchillo, pero en el último instante, él se retorció para salir del camino y un látigo de agua quebró la última placa de ella.

Y así terminó.

Alucard Emery había ganado oficialmente.

Kell dejó escapar un quejido mientras el estadio estallaba en aplausos y una lluvia de hurras y flores y banderines plateados, y el aire se llenaba con un nombre.

—¡Alucard! ¡Alucard! ¡Alucard!

Y aunque Rhy tuvo el buen gusto de no gritar y bailar como el resto del público, Kell podía ver que sonreía con orgullo mientras daba un paso adelante para anunciar formalmente al ganador del *Essen Tasch*.

«Por los Santos», pensó Kell. Emery estaba a punto de volverse más insoportable.

Lord Sol-in-Ar se dirigió a Tos-an-Mir y al público en faronés, la princesa Cora elogió a Rul y a los veskanos ahí reunidos y finalmente el príncipe Rhy despidió al público con la promesa de fiestas y ceremonias de cierre, el resto del día, motivo de celebración.

El rey sonrió e incluso palmeó a Kell en la espalda cuando la familia Maresh se abría camino de regreso al palacio, con un tren de súbditos alegres siguiéndoles el paso.

Mientras subían las escaleras del palacio y entraban al vestíbulo lleno de flores, parecía que todo estaría bien.

Y entonces Kell vio que la reina retenía a Rhy en el descanso con una palabra, una pregunta, y para cuando se dio vuelta para ver por qué se detenían, las puertas se cerraban y bloqueaban la luz matinal y los sonidos de la ciudad. En el vestíbulo oscuro, Kell vio el destello del metal y el rey se despojó de la ilusión de bondad y dijo solo dos palabras, ni siquiera dirigidas a Kell, sino a los seis guardias que los rodeaban holgadamente.

Dos palabras que hicieron que Kell deseara nunca haber vuelto.

—Arréstenlo.

VII



Lila alzó su vaso junto al resto del *Aguja Nocturna* para brindar por su capitán.

La tripulación estaba reunida alrededor de una mesa en Camino Errante y era como si estuviesen de nuevo en el barco después de una buena recaudación nocturna, riendo y bebiendo y contando historias, antes de que ella y el capitán se retiraran bajo cubierta.

Alucard Emery estaba lleno de moretones, ensangrentado e indudablemente exhausto, pero eso no le impidió celebrar. Estaba parado encima de la mesa en el centro de la habitación, compraba bebidas y daba discursos sobre aves y dragones que Lila realmente no conocía, así que dejó de escuchar. Todavía le latía la cabeza y los huesos le dolían con cada movimiento. Tieren le había dado algo para aliviar el dolor y para que recobrara la fuerza, además de insistir en una dieta de comida sólida y en que durmiera de verdad. Ambas cosas parecían tan probables como salir de Londres sin un precio sobre su cabeza. Ella había tomado la pócima y hecho promesas vagas sobre el resto.

—El equilibrio —le había indicado al presionar el vial en su mano— no es únicamente para la magia. Algo de él es simplemente sentido común. El cuerpo es un recipiente. Si no se trata con cuidado, se romperá. Todos tenemos límites. Incluida tú, señorita Bard.

Se había dado vuelta para irse, pero ella lo había llamado.

—Tieren. —Tenía que saber, antes de renunciar a otra vida—. Una vez me dijiste que veías algo en mí. Poder.

—Así es.

—¿Qué es? —había preguntado—. ¿Qué soy?

Tieren le había dado una de sus miradas largas y directas.

—Me estás preguntando si yo creo o no que eres una *antari*.

Lila había asentido.

—Eso no lo puedo responder —había dicho Tieren con simpleza—. No lo sé.

—Se suponía que eras sabio —había refunfuñado ella.

—¿Quién te ha dicho eso? —Pero entonces el rostro del sumo sacerdote se había puesto serio—. Eres *algo*, Delilah Bard. En cuanto a qué, no puedo decirlo. Pero de una manera u otra, imagino que lo averiguaremos.

En algún lugar se rompió un vidrio y la atención de Lila regresó de golpe a la taberna, y Alucard estaba parado sobre la mesa.

—Eh, Capitán —lo llamó Vasry—. ¡Tengo una pregunta! ¿Qué planeas hacer con todas esas ganancias?

—Comprar una mejor tripulación —dijo Alucard, el zafiro destellaba otra vez sobre su ceja.

Tav pasó un brazo alrededor de los hombros de Lila.

—¿Dónde has estado, Bard? ¡Apenas te he visto!

—Ya tengo suficiente con ustedes a bordo del *Aguja* —se quejó ella.

—Hablas rudo —dijo Vasry, con los ojos vidriosos por el alcohol—, pero tienes un corazón blando.

—Blando como un cuchillo.

—Sabes, un cuchillo es algo malo solo si estas del lado equivocado.

—Por suerte eres una de nosotros.

Sintió que se le oprimía el pecho. Ellos no sabían, sobre su engaño, sobre el verdadero Stasion Elsor en algún lugar del mar, sobre el hecho de que Alucard la había sacado de la tripulación.

Sus ojos encontraron a Lenos del otro lado de la mesa y había algo en esa mirada que le hizo pensar que él sabía. Sabía que ella se iba, al menos, incluso aunque no supiera por qué.

Lila se puso de pie.

—Necesito un poco de aire —masculló, pero cuando salió por la puerta, no se detuvo.

Estaba a mitad de camino al palacio para cuando se dio cuenta y entonces siguió caminando, hasta que subió los escalones y encontró al maestro Tieren en el descanso y vio en sus ojos que algo andaba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El *Aven Essen* tragó saliva.

—Kell.



Había una prisión real reservada para casos especiales.

En ese momento, Kell parecía ser el único. Su celda estaba vacía excepto por un catre y un par de anillas de metal fijadas a la pared. Las anillas claramente estaban destinadas a sujetar cadenas, pero ahora no había ninguna, solo las esposas alrededor de sus muñecas, amarres fríos tallados con magia. Cada pieza de metal en la celda estaba grabada con marcas, encantada para apagar y disminuir el poder. Y vaya que él lo sabía. Había ayudado a hechizarlas.

Kell se sentó en el catre, con los tobillos cruzados, la cabeza inclinada hacia atrás contra la fría pared de piedra. La prisión estaba ubicada en la base del palacio, un pilar arriba del Cuenco donde había entrenado, pero a diferencia del Cuenco, las paredes estaban reforzadas y no se filtraba nada de la luz roja del río. Solo el frío

invernal.

Kell tembló un poco; le habían quitado su abrigo, además de los suvenires para viajar que llevaba al cuello, y los habían colgado en la pared más allá de la celda. No había luchado contra los hombres. Había estado demasiado anonadado como para moverse cuando los guardias lo cercaron y cerraron de golpe las esposas de hierro alrededor de sus muñecas. Para cuando cayó en la cuenta de que era verdad lo que estaba pasando, era demasiado tarde.

En las horas que habían pasado desde entonces, el enojo de Kell se había enfriado y endurecido.

Había dos guardias parados fuera de la celda, observándolo con una mezcla de miedo y asombro, como si él pudiera estar a punto de realizar un truco. Cerró los ojos e intentó dormir.

Sonaron pasos en las escaleras. ¿Quién podía ser?

Tieren ya había venido. Kell tenía una sola pregunta para el anciano.

—¿Sabías sobre Lila?

La mirada en los ojos de Tieren le dijeron todo lo que necesitaba saber.

Los pasos se acercaron y Kell levantó la vista, esperando ver al rey o a Rhy. Pero en su lugar, Kell contempló a la reina.

Emira se paró del otro lado de las barras, resplandeciente de rojo y dorado real, su rostro una máscara premeditada. Si estaba contenta de verlo encarcelado —o triste de verlo así—, no lo mostró. Él intentó mirarla a los ojos, pero estos escaparon a la pared detrás de él.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó ella, como si él fuera un huésped en un ala lujosa del palacio, y no encerrado en una celda.

Una risa intentó abrirse paso por la garganta de Kell. Se la tragó y no dijo nada.

Emira llevó una mano a las barras, como probando su fuerza.

—No debería haber llegado a esto.

Ella se dio vuelta para irse, pero Kell se sentó hacia adelante.

—¿Me odia, mi reina?

—Kell —dijo ella en voz baja—, ¿cómo podría? —Algo en él se ablandó. Los ojos oscuros de la reina finalmente lo encontraron. Y luego ella agregó—: Me devolviste a mi hijo.

Las palabras hicieron daño. Había habido un tiempo en el que ella insistía en que tenía dos hijos, no uno. Si él no había perdido todo el amor que ella le tenía, entonces había perdido eso.

—¿Alguna vez la conociste? —preguntó Kell.

—¿A quién? —preguntó la reina.

—A mi verdadera madre.

Los rasgos de Emira se tensionaron. Se le fruncieron los labios.

Arriba, una puerta se abrió de golpe con un estrépito.

—¿Dónde está? —Rhy bajó las escaleras furioso.

Kell podía escucharlo venir a un kilómetro y medio de distancia, podía sentir el enojo del príncipe enredándose con el suyo, ardiente donde el de Kell se había vuelto frío. Rhy llegó a la prisión, vio a Kell detrás de las barras y palideció.

—Suéltenlo, *ahora* —exigió el príncipe.

Los guardias inclinaron la cabeza, pero se mantuvieron en sus lugares, sus manos con guanteletes, a los costados.

—Rhy —comenzó a decir Emira, estirándose hacia el brazo de su hijo.

—Déjame, madre —estalló y le dio la espalda—. Si no lo dejan salir —les dijo a los guardias—, entonces ordeno que me dejen entrar.

Aun así no se movieron.

—¿Cuáles son los cargos? —gruñó.

—Traición —dijo Emira. Al mismo tiempo la guardia respondió:

—Desobedecer al rey.

—Yo desobedezco al rey todo el tiempo —dijo Rhy—. Y a *mí* no me han arrestado. —Ofreció las muñecas. Kell los observó reñir, se concentró en el frío y dejó que se expandiera como escarcha y lo tomara todo. Estaba muy cansado de que le importara.

—Esto no va a quedar así. —Rhy agarró la barra, exponiendo su manga dorada. La sangre había traspasado la tela, que tenía manchas donde él había tallado la palabra.

Emira palideció.

—Rhy, ¡estás herido! —Los ojos de la reina se fueron inmediatamente hacia Kell, tan llenos de acusación—. ¿Qué…?

Más botas sonaron contra los escalones y un momento después, el rey estaba ahí, su figura llenaba el umbral. Maxim echó una mirada a su esposa e hijo y dijo:

—Váyanse.

—¿Cómo pudiste hacer esto? —reclamó Rhy.

—Quebrantó la ley —dijo la reina.

—Es mi hermano.

—No lo es…

—*Váyanse* —gritó el rey. La reina se quedó en silencio y las manos de Rhy se desplomaron a ambos lados de su cuerpo mientras él miraba a Kell, quien asintió amargamente—. Vayan.

Rhy negó con la cabeza y se fue, Emira lo siguió como un espectro silente, y Kell se quedó solo para enfrentar al rey.



El príncipe pasó como un huracán furioso al lado de Lila.

Unos segundos después, ella escuchó un estallido y al darse vuelta, vio a Rhy agarrando el aparador más cercano y un florero hecho añicos a sus pies. El agua derramó sobre la alfombra y se expandió por el piso de piedra, las flores esparcidas en medio del vidrio roto. Rhy ya no tenía puesta la corona y sus rizos estaban revueltos. Le temblaban los hombros de la furia y sus nudillos estaban blancos sobre el estante.

Lila sabía que probablemente debía irse, escurrirse antes de que Rhy la notara, pero sus pies ya la estaban llevando hacia el príncipe. Pisó sobre el revoltijo de pétalos y astillas de vidrio.

—¿Qué te hizo el florero? —preguntó, apoyando el hombro contra la pared.

Rhy levantó la mirada, sus ojos color ámbar bordeados con rojo.

—Un testigo inocente, me temo —dijo. Las palabras salieron vacías, sin gracia.

El príncipe agachó la cabeza y dejó salir un suspiro tembloroso. Lila vaciló. Sabía que probablemente debía hacer una reverencia, besar su mano o desvanecerse —o como mínimo explicar qué estaba haciendo ahí, en los pasillos del ala privada del palacio, tan cerca de la prisión como podía—, pero en vez de eso hizo un movimiento rápido de dedos y sacó una pequeña cuchilla.

—¿A quién debo matar?

Rhy dejó escapar un sonido sofocado, mitad sollozo, mitad risa, y se dejó caer en cuclillas, aún agarrado al borde de madera. Lila se agachó al lado de él, luego se movió con cuidado y se puso de espaldas al aparador. Estiró las piernas, las botas negras gastadas se hundieron en la alfombra afelpada.

Un momento después, Rhy se tiró sobre la alfombra al lado de ella. Sangre seca manchaba su manga y plegó el antebrazo contra su estómago. Obviamente no quería hablar de eso, así que ella no preguntó. Había cuestiones más urgentes.

—¿Tu padre realmente arrestó a Kell?

Rhy tragó saliva. Asintió con la cabeza.

—Cielos —murmuró ella—. ¿Ahora qué?

—El rey lo dejará libre cuando se le pase el enojo.

—¿Y después?

Rhy negó con la cabeza.

—Honestamente, no lo sé.

Lila dejó caer la cabeza hacia atrás contra el aparador, después hizo una mueca de dolor.

—Es mi culpa, ¿sabes? —dijo el príncipe, frotándose el brazo ensangrentado—. Le pedí que volviera.

Lila rio por la nariz.

—Bueno, yo le dije que se fuera. Supongo que los dos estamos en falta. —Respiró hondo y se impulsó para ponerse de pie—. ¿Vamos?

—¿Adónde vamos?

—Lo metimos ahí —dijo ella—. Ahora vamos a sacarlo.



—Esto no es lo que quería —dijo el rey.

Tomó las llaves y abrió la celda de Kell, luego entró y destrabó las esposas de hierro. Kell se frotó las muñecas, pero no hizo ningún otro movimiento mientras el rey retrocedía a través de la puerta abierta de la celda, acercaba una silla y se sentaba.

Maxim se veía cansado. Le habían aparecido mechones grises en las sienes, que brillaban con la luz de la lámpara. Kell se cruzó de brazos y esperó a que el monarca encontrara su mirada.

—Gracias —dijo el rey.

—¿Por qué?

—Por no irte.

—Me fui.

—Me refiero a irte de acá.

—Estoy en una celda —dijo Kell con sequedad.

—Ambos sabemos que eso no te detendría.

Kell cerró los ojos y escuchó que el rey se dejaba caer hacia atrás en su silla.

—Admito que perdí los estribos.

—Ordenaste que me arresten —gruñó Kell, con voz tan baja que el rey podría no haberlo oído si hubiese habido otros ruidos en la celda. Así las cosas, las palabras resonaron, hicieron eco.

—Me desobedeciste.

—Así es. —Kell se obligó a abrir los ojos—. He sido leal a esta corona, a esta familia, toda mi vida. He dado todo lo que tengo, todo lo que soy, y tú me tratas como si fuera… —Se le quebró la voz—. No puedo seguir haciendo esto. Al menos cuando me trataban como a un hijo, podía simular. Pero ahora… —Negó con la cabeza—. La reina me trata como un traidor y tú me tratas como un prisionero.

La mirada del rey se oscureció.

—Tú creaste esta prisión, Kell, cuando ataste tu vida a la de Rhy.

—¿Hubieras preferido que él muriese? —estalló Kell—. Le salvé la vida. Y antes de que empieces a culparme por ponerla en peligro, ambos sabemos que él mismo se las ingenió para hacerlo solo. ¿Cuándo dejarás de castigarme solo a mí por las faltas de toda una familia?

—Ustedes dos pusieron a *todo este reino* en peligro con su estupidez. Pero al menos Rhy está tratando de redimirse. De probar que merece mi confianza. Todo lo que tú has hecho…

—¡Traje a tu hijo de regreso de la muerte! —gritó Kell, poniéndose de pie de un salto—. Lo hice sabiendo que amarraría nuestras vidas, sabiendo que la resurrección de su vida significaría el final de la mía, y lo hice de todas maneras, porque es mi hermano y tu hijo y el futuro rey de Arnes. —Kell jadeó en busca de aire, las

lágrimas le caían por el rostro—. ¿Qué más se puede esperar de mí?

Ahora ambos estaban de pie. Maxim lo tomó del codo y lo obligó a acercarse. Kell intentó liberarse, pero Maxim era grande como un árbol y su enorme mano agarró la nuca de Kell.

—No puedo continuar redimiéndome —susurró Kell contra el hombro del rey—. Di mi vida, pero no puedes pedirme que deje de vivir.

—Kell —dijo el rey, con voz más suave—. Lo siento. Pero no puedo dejarte ir. —El aire se atoró en el pecho de Kell. El agarre del rey se aflojó y él se liberó con fuerza—. Esto es más grande que tú y Rhy. Faro y Vesk…

—¡No me importan sus supersticiones!

—Deberían importarte. La gente *actúa* de acuerdo con ellas, Kell. Nuestros enemigos rastrillan el mundo en busca de otro *antari*. Nuestros aliados te quieren para sí. Los veskanos están convencidos de que eres la clave del poder de nuestro reino. Sol-in-Ar cree que eres un arma, un filo con el que enfrentar a los enemigos.

—Ni se imaginan que soy solo un *peón* —escupió Kell, apartándose del agarre del rey.

—Estas son las cartas que te tocaron —dijo Maxim—. Es solo una cuestión de tiempo para que alguien intente tomarte para sí, y si no pueden tener tu fuerza, creo que intentarán apagarla. Los veskanos tienen razón, Kell. Si tú mueres, Arnes también.

—¡No soy la clave de este reino!

—Pero eres clave para mi hijo. Mi heredero.

Kell se sintió descompuesto.

—Por favor —rogó Maxim—. Entra en razón. —Pero Kell estaba harto de las razones, harto de las excusas—. Todos debemos sacrificarnos.

—No —dijo gruñendo Kell—. Ya no haré más sacrificios. Cuando esto termine y los nobles y la realeza se hayan ido, me *voy*.

—No puedo dejarte ir.

—Usted mismo lo dijo, Su Majestad. No tiene el poder para detenerme. —Y con eso, Kell le dio la espalda al rey, tomó su abrigo de la pared y salió caminando.



Cuando Kell era niño, solía pararse en el patio real, con su jardín palaciego, y cerrar los ojos para escuchar —la música, el viento, el río—, e imaginar que estaba en otro lado.

Un lugar sin edificios, sin palacios, sin gente.

Estaba parado ahí ahora, entre los árboles —árboles atrapados en la agonía no solo del invierno, sino de la primavera, del verano, del otoño—, y cerró los ojos con

fuerza y escuchó, esperando que la vieja sensación de calma lo encontrara. Esperó. Y esperó. Y…

—Maestro Kell.

Se dio vuelta para ver a Hastra, que esperaba unos pasos atrás. Algo estaba fuera de lugar y, al principio, Kell no podía ubicar qué; luego se dio cuenta de que Hastra no estaba usando el uniforme de guardia real. Kell supo que era por él. Una falta más que agregar al montón.

—Lo siento, Hastra. Sé cuánto querías esto.

—Quería una aventura, señor. Y tuve una. No es tan malo. Rhy habló con el rey y ha accedido a dejar que me entrene con el maestro Tieren. Mejor el santuario que una celda. —Y entonces abrió los ojos—. Oh, lo siento.

Kell solo negó con la cabeza.

—¿Y Staff?

Hastra hizo una mueca.

—Me temo que él se quedará con usted. Staff es quien fue a buscar al rey cuando usted se fue.

—Gracias, Hastra —dijo él—. Si como sacerdote eres la mitad de bueno de lo que has sido como guardia, entonces mejor que el *Aven Essen* cuide su trabajo.

Hastra sonrió y desapareció. Kell escuchó los sonidos de sus pasos yéndose por el patio, el sonido distante de las puertas del patio al cerrarse, y volvió su atención a los árboles. Se levantó viento y el crujido de las hojas era casi tan fuerte como para apagar los sonidos del palacio, para ayudarlo a olvidar el mundo que esperaba tras las puertas.

«Me voy», pensó. «No tiene el poder de detenerme».

—Maestro Kell.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, dándose vuelta. Frunció el entrecejo—. ¿Quién eres?

Había una mujer parada ahí, entre dos de los árboles, con las manos tomadas detrás de la espalda y la cabeza inclinada como si hubiese estado esperando por algún tiempo, aunque Kell no la había escuchado acercarse. Su cabello rojo flotaba como una llama sobre su capa blanca impecable, y él se preguntó por qué se sentía tan extraña y tan familiar al mismo tiempo. Como si ya se hubiesen conocido, aunque estaba seguro de que no.

Y entonces la mujer se enderezó y levantó la vista, revelando su rostro. Piel clara y labios rojos y una cicatriz entre ojos de distinto color, uno amarillo y el otro imposiblemente negro.

Ambos ojos se entrecerraron, aunque una sonrisa le cruzó por los labios.

—He estado buscándolo por todas partes.

VIII



El aire se atoró en el pecho de Kell. La marca de un *antari* estaba confinada a los bordes del ojo, pero el negro del iris de la mujer se desparramaba como lágrimas por su mejilla y como líneas negras que penetraban su cabellera roja. No era natural.

—¿Quién eres?

—Mi nombre —dijo ella— es Ojka.

—¿*Qué* eres?

Ella ladeó la cabeza.

—Soy una mensajera. —Hablaba en alto imperial, pero su acento era marcado y él pudo ver la runa de lenguaje sobresaliendo por el puño. Entonces era del Londres Blanco.

—¿Eres una *antari*? —Pero eso no era posible. Kell era el último de esos. Le dio vueltas la cabeza—. No puedes serlo.

—Solo soy una mensajera.

Kell sacudió la cabeza. Había algo mal. Ella no se *sentía* como un *antari*. La magia se sentía más extraña, más oscura. Ella dio un paso adelante y él se encontró dando un paso atrás. Los árboles encima se espesaron, de primavera a verano.

—¿Quién te envió?

—Mi rey.

Entonces alguien había trepado al trono del Londres Blanco. Era solo cuestión de tiempo.

Ella dio otro paso, lentamente, y Kell mantuvo la distancia, pasando de verano a otoño.

—Me alegra encontrarlo —dijo—, lo he estado buscando.

La mirada de Kell fue rápidamente más allá de ella, a las puertas del palacio.

—¿Por qué?

Ella captó la mirada y sonrió.

—Para entregar un mensaje.

—Si tienes un mensaje para la corona —dijo él—, entrégalo tú misma.

—Mi mensaje no es para la corona —insistió ella—. Es para *usted*.

Un escalofrío lo recorrió.

—¿Qué podrías tener para decirme?

—Mi rey necesita su ayuda. Mi ciudad necesita su ayuda.

—¿Por qué yo?

La expresión de la mujer cambió, se entristeció.

—Porque todo es su culpa.

Kell se tiró hacia atrás, como si lo hubiesen golpeado.

—¿Qué?

Ella continuó avanzando hacia él y él siguió retrocediendo, y pronto estuvieron parados en el invierno, un nido de ramas sin hojas crujía con el viento.

—*Es* su culpa. Mató a los Dane. Mató al último verdadero *antari*. Pero *usted* puede ayudarnos. Nuestra ciudad lo necesita. Por favor, venga. Reúnase con mi rey. Ayúdelo a reconstruir.

—No puedo irme simplemente —dijo, con palabras automáticas.

—¿No puede? —preguntó la mensajera, como si hubiese oído los pensamientos de Kell.

«Me voy».

La mujer —Ojka— señaló un árbol cercano, y Kell notó la espiral ya dibujada con sangre. Una puerta.

Sus ojos fueron hacia el palacio.

«Quédate».

«Tú mismo hiciste esta prisión».

«No puedo dejarte ir».

«Vete».

«Eres un *antari*».

«Nadie puede detenerte».

—¿Entonces? —preguntó Ojka, ofreciéndole la mano, sus venas negras contra la piel—. ¿Vendrá?



—¿Cómo que fue liberado? —estalló Rhy.

Él y Lila estaban parados en la prisión real, mirando más allá del guardia a la celda ahora vacía. Él había estado preparado para atacar a los hombres y liberar a Kell con ayuda de Lila, pero no había un Kell que liberar.

—¿Cuándo?

—Fue orden del rey —dijo el guardia—. No hace más de diez minutos. No pudo haber ido muy lejos.

Rhy se rio, un sonido desagradable e histérico que trepó por su garganta, y después él ya se había ido corriendo por las escaleras a los aposentos de Kell con Lila detrás.

Llegó al dormitorio de Kell y abrió las puertas de golpe, pero la habitación estaba vacía.

Luchó para sofocar el creciente pánico mientras retrocedía al pasillo.

—¿Qué están haciendo ustedes dos? —preguntó Alucard, que subía por las

escaleras.

—¿*Tú* qué haces aquí?

—Buscándote —dijo Alucard.

Al mismo tiempo, Lila preguntó:

—¿Has visto a Kell?

Alucard levantó una ceja.

—Hacemos lo posible por evitarnos.

Rhy dejó salir un sonido de exasperación y pasó a toda velocidad al lado del capitán, solo para chocar con un joven en las escaleras. Casi no reconoce al guardia sin su armadura.

—Hastra —dijo, sin aliento—, ¿has visto a Kell?

Hastra asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Acabo de dejarlo en el patio.

El príncipe se debilitó de alivio. Estaba a punto de comenzar a bajar las escaleras otra vez, cuando Hastra agregó:

—Hay alguien con él ahora. Creo. Una mujer.

Lila se alteró visiblemente.

—¿Qué clase de mujer?

—¿Crees? —preguntó Alucard.

Hastra pareció un poco aturdido.

—Yo… no puedo recordar su rostro. —Una arruga apareció entre sus cejas—. Es extraño, siempre he sido bueno para recordar caras… Pero había algo en su cara…, algo raro…

—Hastra —dijo Alucard, con voz tensa—. Abre las manos.

Rhy no había notado que el joven guardia tenía las manos apretadas a los lados.

Hastra bajó la mirada, como si no se hubiese dado cuenta tampoco, luego las levantó y desdobló los dedos. Una mano estaba vacía. La otra sostenía un pequeño disco que tenía un hechizo garabateado sobre su superficie.

—Mmm —dijo el guardia—. Eso es raro.

Pero Rhy ya estaba corriendo por el pasillo, Lila un paso atrás de él, dejando a Alucard atrás.



Kell se estiró y tomó la mano de Ojka.

—Gracias —dijo ella, su voz llena de felicidad y alivio al apretar los dedos contra los de él. Presionó la mano libre en el árbol marcado con sangre—. *As Tascen*.

Un momento después, el patio del palacio había desaparecido, reemplazado por las calles del Londres Rojo. Kell miró alrededor. Le llevó un momento registrar

dónde estaban… Pero no era dónde *estaban* lo que importante, sino dónde *estarían*.

En este Londres, solo era una calle estrecha, flanqueada por una taberna y la pared de un jardín.

Pero en el Londres Blanco, era la verja del castillo.

Ojka sacó un suvenir de debajo de su capa blanca, luego presionó la mano aún ensangrentada contra la hiedra invernal que se aferraba a la pared de piedra. Hizo una pausa y miró a Kell, esperando su permiso, y Kell se encontró a sí mismo mirando hacia atrás, el palacio real aún era visible en la distancia. Algo se agitó en él —culpa, pánico, duda—, pero antes de que pudiera retroceder, Ojka dijo las palabras y el mundo se plegó sobre sí alrededor de ellos. El Londres Rojo desapareció y Kell sintió que daba un paso adelante, afuera de la calle y adentro del bosque de piedra que había antes del castillo.

Solo que ya no era un bosque de piedra, ya no.

Era uno normal, lleno de árboles, cuyas ramas, vacías por el invierno, daban paso al cielo azul brillante. Kell se sobresaltó, ¿desde cuándo el Londres Blanco tenía estos colores? Este no era el mundo que él recordaba, no era el mundo del que ella había hablado, uno dañado y agonizante.

Este mundo no estaba dañado en lo más mínimo.

Ojka se quedó parada cerca de la verja y se enderezó contra la pared. Cuando levantó la mirada, una sonrisa felina le cruzó el rostro.

Solo tuvo unos momentos para procesar los cambios —el césped debajo de sus pies, la luz del sol, el sonido de los pájaros— y para darse cuenta de que había cometido un terrible error, antes de escuchar pasos y darse vuelta para enfrentar al *rey*.

Este se paró frente a Kell, con los hombros hacia atrás y la cabeza en alto, revelando dos ojos: uno esmeralda y el otro negro.

—¿Holland?

La palabra salió como una pregunta, porque el hombre frente a él casi no se parecía al Holland que Kell había conocido, con el que había peleado —al que había vencido, al que habría arrojado al abismo— cuatro meses atrás. La última vez que Kell había visto a Holland, este había estado a unos pocos pulsos de la muerte.

Ese Holland no podía estar parado aquí.

Ese Holland no podía haber sobrevivido.

Pero *era* Holland quien estaba frente a él y no había simplemente sobrevivido.

Se había *transformado*.

Tenía un color saludable en las mejillas, ese brillo que solo viene con la plenitud de la vida, y su cabello —que, a pesar de su edad, siempre había sido gris oscuro— ahora era lacio y negro y reluciente y marcaba líneas filosas al caer contra las sienes y las cejas. Y cuando Kell encontró la mirada de Holland, el hombre —mago—, el rey —*antari*—, *sonrió* de verdad, un gesto que hizo para transformar su rostro más que el atuendo nuevo y el aura saludable.

—Hola, Kell —dijo Holland, y una pequeña parte de él sintió alivio al encontrar que la voz del *antari* al menos aún era familiar. No era fuerte, nunca lo había sido, pero era autoritaria, con un dejo áspero que la hacía sonar como si hubiese estado vociferando. O gritando.

—No deberías estar aquí —dijo Kell.

Holland levantó una sola ceja negra.

—Tú tampoco.

Kell sintió la sombra a su espalda, el cambio de peso justo antes de una arremetida. Ya estaba estirándose hacia su cuchillo, pero era demasiado tarde y sus dedos solo habían encontrado la empuñadura cuando algo frío y pesado se cerró alrededor de su cuello, y el mundo explotó de dolor.



Rhy salió disparado por las puertas del patio, llamando a su hermano por su nombre. No había signos de él antes de la línea de árboles, no había respuesta, salvo por el eco de la propia voz de Rhy. Lila y Alucard estaban en algún lugar detrás de él, las pisadas de las botas acalladas por el rugido de su pulso.

—¿Kell? —llamó otra vez, acelerando hacia el huerto. Se enterró las uñas en la herida de su brazo; el dolor, un vínculo que intentó tironear al pasar la línea de retoños de primavera.

Y entonces, a medio camino entre las líneas de verde estival y el dorado otoñal, Rhy colapsó con un grito.

Un momento estaba de pie y al siguiente estaba en cuatro patas, dando alaridos de dolor como si algo filoso y dentado lo estuviese desgarrando.

—¿Rhy? —vino una voz cercana, cuando el príncipe se doblaba en dos y un sollozo se le escapaba desgarrado.

«Rhy».

«Rhy».

«Rhy».

Su nombre hacía eco a través del patio, pero él se ahogaba en su propia sangre; estaba seguro de que la vería manchando las piedras. Se le borroneó la vista, que se desenfocó al caer, al igual que lo había hecho tantas veces cuando venía la oscuridad que traía los recuerdos y las pesadillas.

Esto era una pesadilla.

Se le estaba llenando la boca de sangre.

Tenía que ser una pesadilla.

Intentó ponerse de pie.

Tenía…

Colapsó otra vez con un alarido, el dolor lo desgarró por el pecho y se enterró entre sus costillas.

—¿Rhy? —gritó la voz.

Intentó responder, pero tenía la mandíbula trabada. No podía respirar. Las lágrimas le inundaban el rostro y el dolor era demasiado real, demasiado familiar, un cuchillo que atravesaba carne y músculo, rasguñaba los huesos. Su corazón se aceleró y luego trastabilló, se salteó un pulso, la vista se le puso negra y estaba de regreso en el catre del santuario, cayendo por la oscuridad, estrellándose contra…



Nada.

Lila corrió derecho hacia la pared del patio, acelerando para atravesar el extraño huerto y salir del otro lado. Pero no había signos de ellos, no había sangre en las piedras o marca alguna. Retrocedió, tratando de pensar dónde más buscar. Luego escuchó el alarido.

«Rhy».

Encontró al príncipe en el suelo, agarrándose el pecho. Estaba sollozando, tomándose las costillas con el brazo como si lo hubiesen apuñalado, pero no había sangre. No aquí. Y entonces cayó en la cuenta.

Lo que fuera que le estaba pasando a Rhy no le estaba pasando a Rhy en lo absoluto.

Le estaba pasando a *Kell*.

Apareció Alucard y se puso blanco al ver al príncipe. Llamó a los guardias antes de ponerse de rodillas mientras Rhy dejaba escapar otro sollozo.

—¿Qué le está pasando? —preguntó Alucard.

Los labios de Rhy estaban manchados con sangre y Lila no sabía si se los había mordido o si el daño era peor.

—Kell… —jadeó el príncipe, temblando de dolor—. Algo… malo… no puedo…

—¿Qué tiene que ver Kell con esto? —preguntó el capitán.

Aparecieron dos guardias reales, la reina detrás de ellos, pálida de miedo.

—¿Dónde está Kell? —gritó ella, apenas vio al príncipe.

—¡Retírense! —gritaron los guardias cuando un puñado de nobles intentó acercarse.

—¡Llamen al rey!

—Resiste —rogó Alucard, hablándole a Rhy.

Lila retrocedió mientras el príncipe se retorcía.

Comenzó a registrar los árboles en busca de una señal de Kell, de la mujer, del camino por el que se habían ido.

Rhy rodó hacia un costado, intentó levantarse, fracasó y comenzó a toser sangre sobre el suelo del huerto.

—¡Alguien encuentre a Kell! —reclamó la reina, con la voz al borde de la histeria.

¿Adónde había ido?

—¿Qué puedo hacer, Rhy? —susurró Alucard—. ¿Qué puedo hacer?



Kell surgió del dolor.

Se estaba quebrando en pedazos, una parte vital se desgarraba. El dolor irradiaba desde el collar de metal a su garganta, el cual bloqueaba el aire, la sangre, los pensamientos, el poder. Intentó desesperadamente invocar magia, pero nada vino. Respiró con la boca abierta para recuperar el aire; sentía como que se estaba ahogando, como un gusto a sangre que se le acumulaba en la boca, aunque estaba vacía.

El bosque había desaparecido, la habitación alrededor de él estaba vacía. Kell temblaba —su abrigo y su camisa ya no estaba—, la piel desnuda de su espalda y hombros estaba presionada contra algo frío y metálico. No podía moverse; estaba parado derecho, pero no por su propia fuerza. Su cuerpo estaba sostenido por una especie de marco, sus brazos forzados a lo ancho a cada lado, sus manos atadas a las barras verticales de la estructura. Podía sentir una barra horizontal contra los hombros, una vertical contra la cabeza y la columna.

—Una reliquia —dijo una voz monótona, y Kell arrastró la vista hasta hacer foco y vio a Holland parado frente a él— de mis predecesores.

La mirada del *antari* estaba fija, toda su forma inmóvil, como si estuviera esculpido en piedra, en vez de ser de carne, pero su ojo negro se arremolinaba, con sombras plateadas retorciéndose en él como serpientes en petróleo.

—¿Qué has hecho? —dijo Kell con voz ahogada.

Holland ladeó la cabeza.

—¿Qué *debería* haber hecho?

Kell apretó los dientes y se obligó a pensar más allá del dolor gélido del collar.

—Deberías… haberte quedado en el Londres Negro. Deberías… haber muerto.

—¿Y dejar que mi pueblo también muriese? ¿Dejar que mi ciudad se sumergiera en otra guerra más, dejar que mi mundo se hundiera más y más hacia la muerte, sabiendo que podía salvarlo? —Holland negó con la cabeza—. No. Mi mundo ha sacrificado suficiente por el tuyo.

Kell abrió la boca para hablar, pero el dolor lo atravesó como un cuchillo y se afiló sobre su corazón. Bajó la vista y vio que el sello se fracturaba. No. *No*.

—Holland —dijo con voz ahogada—. Por favor. Debes quitarme este collar.

—Lo haré —dijo Holland, despacio—. Cuando aceptes.

El pánico lo desgarró.

—¿Hacer qué?

—Cuando estaba en el Londres Negro (después de que *tú* me enviaras ahí), hice un trato. Mi cuerpo por *su* poder.

—¿Su?

Pero solo podía haber una cosa esperando en esa oscuridad para hacer un trato. La misma *cosa* que había destrozado un mundo, que había intentado escapar en una astilla de piedra. La misma cosa que había destruido parte de su ciudad a su paso, intentando devorar el alma de Kell.

—*Idiota* —gruñó—, fuiste tú el que…, el que me dijo que dejar que la magia oscura entrase era perder… —Le castañeteaban los dientes—. Que o eras el amo… o el sirviente. Y mira… lo que has hecho. Puede que estés libre del hechizo de Athos…, pero has intercambiado un amo por otro.

Holland tomó a Kell por el mentón y le estrelló la cabeza hacia atrás contra la barra metálica. El dolor le resonó por el cráneo. El collar se ciñó y el sello sobre su corazón se agrietó y se partió.

—Escúchame —rogó Kell, el segundo pulso flaqueaba en su pecho—. Conozco esta magia.

—Conociste una sombra. Una fracción de su poder.

—Ese poder ya destruyó un mundo.

—Y sanó otro —dijo Holland.

Kell no podía parar de temblar. El dolor se desvanecía, reemplazado por algo peor. Un frío horrible, mortífero.

—Por favor. Quítame esto. No lucharé. Yo…

—Tú has tenido tu mundo perfecto —dijo Holland—. Ahora yo quiero el *mío*.

Kell tragó saliva, cerró los ojos, intentó que sus pensamientos no se deshilacharan.

«Déjame entrar».

Kell parpadeó. Las palabras habían venido de boca de Holland, pero la voz no era la de él. Esta era más suave, más resonante, e incluso cuando habló, el rostro de Holland comenzó a cambiar. La sombra se infiltró de un ojo al otro, consumiendo el verde esmeralda y manchándolo de negro. Una voluta de humo plateado se enroscó por esos ojos y alguien —algo— miró hacia afuera, pero no era Holland.

—*Hola, antari*.

La expresión de Holland continuó mutando, los rasgos de su rostro se reacomodaron al suavizarse los bordes marcados en unos casi dulces. Las líneas de la frente y de las mejillas se alisaron como piedra pulida y la boca se contorsionó en una sonrisa beatífica. Y cuando la criatura habló, tenía dos voces; una llenaba el aire, una versión más suave de la propia de Holland, mientras la segunda hacía eco en la

cabeza de Kell, grave e intensa como el humo. Esa segunda voz se enroscó detrás de los ojos de Kell y se expandió por su mente, buscando.

—*Puedo salvarte* —dijo, tironeando de sus pensamientos—. *Puedo salvar a tu hermano. Puedo salvar todo*. —La criatura se estiró y tocó un mechón del cabello sudado de Kell, como fascinada—. *Solo déjame entrar*.

—Eres un monstruo —gruñó Kell.

Los dedos de Holland se cerraron alrededor de la garganta de Kell.

—*Soy un dios*. —Kell sintió que la voluntad de la criatura presionaba la suya, sintió que forzaba su camino adentro de su mente con dedos helados y cruda precisión.

—Sal de mi cabeza. —Kell se tiró hacia adelante contra los amarres con toda su fuerza y golpeó su frente contra la de Holland. El dolor lo atravesó como una lanza, ardiente e intenso, y le chorreó sangre de la nariz, pero la cosa en el cuerpo de Holland solo sonrió.

—*Estoy en la cabeza de todos* —dijo—. *Estoy en todo. Soy tan viejo como la creación misma. Soy vida y muerte y poder. Soy inevitable*.

A Kell le palpitaba el corazón, pero el de Rhy se escurría. Un latido por cada dos. Y luego tres. Y luego…

La criatura mostró los dientes.

—*Déjame entrar*.

Pero Kell no podía. Pensó en su mundo, en dejar suelta esta criatura en su propia piel. Vio el palacio derrumbándose y el río volviéndose oscuro, vio los cuerpos cayendo en cenizas sobre las calles, el color desangrándose hasta que solo quedó el negro y se vio a sí mismo parado en el centro, justo como lo había hecho en cada pesadilla. Indefenso.

Le cayeron lágrimas por el rostro.

No podía. No podía hacer eso. No podía *ser* eso.

«Lo siento, Rhy», pensó, sabiendo que acababa de condenar a ambos.

—No —dijo en voz alta, la palabra le arañó la garganta.

Pero para su sorpresa, la sonrisa del monstruo se agrandó.

—*Tenía la esperanza de que dijeras eso*.

Kell no entendió la alegría de la criatura, no hasta que dio un paso atrás y sostuvo las manos en alto.

—*Me gusta esta piel. Y ahora que me has rechazado, puedo quedármela*.

Algo cambió en los ojos de la criatura, un pulso de luz, una astilla de verde, resplandecía, luchaba, solo para ser engullida otra vez por la oscuridad. El monstruo negó con la cabeza, casi con remordimiento.

—*Holland, Holland…* —ronroneó.

—Tráelo de vuelta —exigió Kell—, no hemos terminado. —Pero la criatura seguía negando con la cabeza mientras se estiraba hacia la garganta de Kell. Este intentó apartarse, pero no había escape.

—*Tenías razón, antari* —dijo, pasando los dedos por el collar de metal—. *La magia o es sirviente o es ama*.

Kell luchó contra el marco de metal, las esposas le cortaban las muñecas.

—¡Holland! —gritó, la palabra hizo eco por la habitación de piedra—. ¡Holland, bastardo, pelea!

El demonio solo se quedó parado y observó, sus ojos negros, entretenidos, no pestañeaban.

—¡Muéstrame que no eres débil! —gritó Kell—. ¡Prueba que no sigues siendo esclavo de la voluntad de otro! ¿Realmente regresaste hasta aquí para perder de este modo? ¡Holland!

Kell se dejó caer contra la estructura metálica, con las muñecas ensangrentadas y la voz ronca, mientras el monstruo se daba vuelta y se iba caminando.

—Espera, demonio —dijo con voz atragantada Kell, forcejeando contra la oscuridad apremiante, el frío, el eco agonizante del pulso de Rhy.

La criatura miró atrás.

—*Mi nombre* —dijo— *es Osaron*.

Kell luchó contra el marco de metal mientras su vista se desenfocaba, se enfocaba otra vez y comenzaba a estrecharse como en un túnel.

—¿Adónde vas?

El demonio sostuvo algo en alto para que lo viera y el corazón de Kell dio un tumbo. Era una moneda roja, marcada con una estrella dorada en el centro. Un lin del Londres Rojo.

—¡No! —rogó, retorciéndose contra las esposas hasta que le desgarraron la piel y la sangre le chorreó por las muñecas—. Osaron, no puedes.

El demonio solo sonrió.

—¿Pero quién me detendrá ahora?

IX



Lila caminaba de un lado a otro del huerto.

Tenía que hacer algo.

El patio estaba inundado de guardias, el palacio frenético. Tieren estaba tratando de sonsacar respuestas a Hastra y, varias filas más allá, Alucard aún estaba doblado sobre Rhy, murmurando algo demasiado suave para que ella pudiera escuchar. Sonaba como un susurro de consuelo. O una plegaria. Había escuchado a hombres rezando en el mar, no a Dios, sino al mundo, a la magia, a cualquier cosa que pudiese estar escuchando. Un poder superior, un nombre diferente. Lila no había creído en Dios desde hacía mucho tiempo —había dejado de rezar cuando estuvo claro que nadie respondería— y, si bien estaba dispuesta a admitir que la magia existía, esta no parecía escuchar o, al menos, no parecía que le importara. Lila sintió un extraño placer en eso, porque significaba que el poder era suyo.

Dios no iba a ayudar a Rhy.

Pero Lila podía hacerlo.

Regresó marchando por el huerto.

—¿Adónde vas? —preguntó Alucard, que levantó la vista del príncipe.

—A arreglar esto —dijo ella. Y con eso, se fue corriendo por las puertas del patio. No se detuvo, ni por los asistentes ni por los guardias que intentaron bloquear su camino. Se agachó y giró y siguió corriendo para dejarlos atrás y atravesar las puertas del palacio y bajar los escalones.

Lila sabía lo que tenía que hacer, aunque no tenía idea de si funcionaría. Era una locura intentarlo, pero no tenía opción. Eso no era verdad. La vieja Lila hubiera señalado que siempre había una opción y que ella viviría muchísimo más si optaba por sí misma.

Pero cuando se trataba de Kell, había una deuda. Un vínculo. Diferente del que amarraba a él y Rhy, pero igual de sólido.

«Resiste», pensó.

Lila se abrió paso por las calles atestadas y se alejó de las festividades. Intentó dibujar un mapa del Londres Blanco en su mente, con lo poco que había visto, pero no podía recordar demasiado más allá del castillo, y la advertencia de Kell de no cruzar nunca exactamente por donde querías estar.

Cuando finalmente se encontró sola, sacó la astilla de Astrid Dane de su bolsillo trasero. Luego se arremangó y sacó su cuchillo.

«Esto es una locura», pensó. «Una locura absoluta».

Sabía la diferencia entre elementales y *antari*. Sí, ya había sobrevivido antes, pero

había estado con Kell, bajo la protección de su magia. Y ahora estaba sola.

—¿Qué soy? —le había preguntado a Tieren.

«¿Qué soy?», se había preguntado todas las noches en el mar, todas las noches desde que se encontraba aquí, en esta ciudad, en este mundo.

Ahora, Lila tragó saliva y pasó el filo del cuchillo a través de su antebrazo. Cortó la piel y surgió una estrecha franja roja, que se derramó. Manchó la pared con su sangre y agarró el trozo de piedra.

«Sea lo que yo sea», pensó, presionando la mano contra la pared, «que sea suficiente».

Agradecimientos

Aquí estamos otra vez. El final de otro libro. Siempre me sorprende haber llegado tan lejos. Quizá les haya tomado días o semanas o incluso meses leer *Reunión de sombras*, pero a mí me tomó años escribir, editar y lograr que este libro se publique. Ese tiempo hace de este un momento surreal. E incluso dificulta recordar a quién agradecer.

A mi madre y a mi padre, por decirme que podía ser lo que quisiera ser, sin importar si eso era ser diseñadora, interrogadora o autora de libros fantásticos.

A mi editora, Miriam, por ser una editora increíble, una defensora incondicional y una maestra de los GIF. Y por ser una amiga y compañera en esta aventura particularmente maravillosa.

A mi agente, Holly, por probar una y mil veces que eres mágica.

A mi ex publicista, Leah, y a mi actual publicista, Alexis, y a Patty García, por mantenerme a flote.

A la directora de arte Irene Gallo y al diseñador de tapa Will Staehle, por hacer que las cosas se vean tan intensas.

A mi lectora de pruebas, Patricia, por permanecer a mi lado contra viento y marea y oscuridad y extrañeza.

A mi equipo de Nashville, especialmente Courtney y Carla, Ruta, Paige, Lauren, Sarah, Ashley, Sharon, David y tantos tantos otros, por ser la comunidad más cálida en toda la tierra.

A mi pequeña compañera de apartamento escocesa, Rachel, por ser un verdadero encanto y no burlarse de mí cuando hablaba conmigo misma o desaparecía por largos ratos en el abismo de la fecha límite.

A mi nueva compañera de casa, Jenna, porque no tienes idea de en qué te has metido.

A mis lectores, quienes son, sin duda, los mejores lectores del mundo entero (lo siento, lectores de todo el resto).

A todos los demás: tantos de ustedes han estado a mi lado, han defendido mi trabajo, han alentado en los días buenos y han estado presentes en los malos y han hecho este viaje conmigo paso a paso. Nunca podré agradecerles a todos, pero sepan que si están leyendo esto, me importan. Han tenido un impacto en mi vida y en mis series y, por eso, estoy extremadamente agradecida.

(También quiero señalar que he logrado terminar nueve libros sin invocar el temido final en suspenso).